

# DERROTA MUNDOJAL



**S. BORREGO E.**

**Las Verdaderas Causas de la Segunda Guerra Mundial con Información  
Censurada por el Actual Sistema Global.**

**¡Uno de los libros más impactantes de todos los tiempos!**

# **Derrota Mundial**

**ORÍGENES OCULTOS DE LA II GUERRA MUNDIAL**

**DESARROLLO DE LA GUERRA**

**CONSECUENCIAS ACTUALES DE LA GUERRA**



*Editorial de la Casa  
de Tharsis*



**Edición conmemorativa al Autor**

1a.	Diciembre	de	1958	2.000	ejemplares
2a.	Marzo	de	1955	5.000	ejemplares
8a.	Diciembre	de	1956	4.000	ejemplares
4a.	Octubre	de	1957	5.000	ejemplares
5a.	Enero	de	1959	4.000	ejemplares
6a.	Julio	de	1959	4.000	ejemplares
7a.	Abril	de	1960	5.000	ejemplares
8a.	Noviembre	de	1960	5.000	ejemplares
9a.	Marzo	de	1961	5.000	ejemplares
10a.	Septiembre	de	1961	5.000	ejemplares
11a.	Marzo	de	1962	5.000	ejemplares
12a.	Enero	de	1968	5.000	ejemplares
18a.	Octubre	de	1968	5.000	ejemplares
14a.	Julio	de	1964	5.000	ejemplares
15a.	Abril	de	1965	5.000	ejemplares
16a.	Febrero	de	1966	5.000	ejemplares
17a.	Diciembre	de	1966	5.000	ejemplares

**Autor:** Salvador Borrego Escalante

**Título:** Derrota Mundial

**Arte, Concepto y diseño gráfico:** Melisa Grundy.

**Maquetador electrónico:** Männer gegen Panzer (28-02-2015)

**Última Edición.** Esta obra se terminó de imprimir en Cochabamba-Bolivia en Abril de 2013.

**ISBN:** 4567-5634-76

**Depósito legal:** 340678-2011 Impreso en Cochabamba-Bolivia Editorial Casa de Tharsis

**<http://editorialdelacasadetharsis.blogspot.com/>**

**[casadetharsis@gmail.com](mailto:casadetharsis@gmail.com)**

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La obra de Salvador Borrego E., que hoy alcanza su segunda edición, es una de las más importantes que se hayan publicado en América. Causa satisfacción que un mejicano de la nueva generación, haya sido capaz de juzgar con tanto acierto los sucesos que conocemos bajo el nombre de la «Segunda Guerra Mundial».

Colocados nosotros del lado de los enemigos del poderío alemán, es natural que todas nuestras ideas se encuentren teñidas con el color de la propaganda aliada. Las guerras modernas se desarrollan tanto en el frente de combate como en las páginas de la imprenta. La propaganda es un arma poderosa, a veces decisiva para engañar la opinión mundial. Ya desde la primera guerra europea, se vio la audacia para mentir, que pusieron en práctica agencias y diarios que disfrutaban de reputación aparentemente intachable. La mentira, sin embargo, logró su objeto. Poblaciones enteras de naciones que debieron ser neutrales, se vieron arrastradas a participar en el conflicto, movidas por sentimientos fundados en informaciones que después se supo, habían sido deliberadamente fabricadas por el bando que controlaba las comunicaciones mundiales.

Y menos mal que necesidades geográficas o políticas nos hayan llevado a participar en conflictos que son ajenos a nuestro destino histórico; lo peor es que nos dejemos convencer por el engaño. Enhorabuena que hayamos tenido que afiliarnos con el bando que estaba más cerca de nosotros; lo malo es que haya sido tan numerosa, entre nosotros, la casta de los entusiastas de la mentira. Desventurado es el espectáculo que todavía siguen dando algunos «intelectuales» nuestros, cuando hablan de la defensa de la democracia, al mismo tiempo que no pueden borrar de sus frentes la

marca infamante de haber servido dictaduras vernáculas que hacen gala de burlar sistemáticamente el sufragio. Olvidemos a estos pseudo-revolucionarios, que no son otra cosa que logreros de una Revolución que han contribuido a deshonar, y procuremos despejar el ánimo de aquellos que de buena fe se mantienen engañados.

«Durante seis años, dice Borrego, el mundo creyó luchar por la bandera de libertad y democracia que los países aliados enarbolaron a nombre de Polonia. Pero al consumarse la victoria, países enteros, incluyendo Polonia misma, perdieron su soberanía bajo el conjuro inexplicable de una victoria cuyo desastre muy pocos alcanzaron a prever».

La primera edición del libro de Borrego se publicó hace dos años escasos y en tan corto tiempo, el curso de los sucesos ha confirmado sus predicciones, ha multiplicado los males que tan valientemente descubriera.

Ya no es sólo Polonia; media docena de naciones europeas que fueron otros tantos florones de la cultura cristiana occidental, se encuentran aplastadas por la bota soviética, se hallan en estado de «desintegración definitiva».

Y el monstruo anti-cristiano sigue avanzando. Detrás de la sonrisa de Mendes-France, siempre victorioso, dicen sus secuaces; detrás de esa enigmática sonrisa, seis millones de católicos del Vietnam, fruto precioso de un siglo de labor misionera francesa, han caído dentro de la órbita de esclavitud y de tortura que los marxistas dedican a las poblaciones cristianas.

El caso contemporáneo tiene antecedentes en las invasiones asiáticas de un Gengis-Kan, que esclavizaba naciones; tiene antecedentes en las conquistas de Solimán, que degollaba cristianos dentro de los templos mismos que habían levantado para su fe. El conflicto de la hora es otro de los momentos angustiosos y cruciales de la lucha perenne que tiene que librar el cristianismo para subsistir.

En el libro de Borrego, penetrante y analítico, al mismo tiempo que iluminado y profetice, se revelan los pormenores de la conjura tremenda.

La difusión del libro de Borrego es del más alto interés patriótico en todos los pueblos de habla española. Herederos, nosotros, de la epopeya de la Reconquista que salvó el cristianismo de la invasión de los moros, y de la

Contra-Reforma encabezada por Felipe II, que salvó el catolicismo de la peligrosa conjuración de luteranos y calvinistas, nadie está más obligado que nosotros a desenmascarar a los hipócritas y a contener el avance de los perversos. La lucha ha de costarnos penalidades sin cuento. Ningún pueblo puede escapar en el día, a las exigencias de la historia, que son de acción y de sacrificio.

La comodidad es anhelo de siempre, jamás realizado. La lucha entre los hombres ha de seguir indefinida y periódicamente implacable, hasta en tanto se acerque el fin de los tiempos, según advierte la profecía.

JOSÉ VASCONCELOS

Febrero de 1955.



## PRÓLOGO DEL EDITOR DE LA PRESENTE EDICIÓN

Esta entrega de la obra de Salvador Borrego Escalante constituye una Edición de Homenaje, conmemorativa a uno de los libros revisionistas más importantes de todos los tiempos: «Derrota Mundial».

Constituye para nosotros un honor, como editorial, presentar una edición de lujo con imágenes a color, mapas de las campañas militares especialmente elaborados para esta edición, así como imágenes seleccionadas y actualizadas, que realzan el relato más completo e integral que se haya hecho de la Segunda Guerra Mundial.

Hay que destacar que las ediciones de este libro son inencontrables hoy en día, salvo alguna que otra librería selecta especializada o bibliotecas privadas. Esto porque su contenido es inconveniente para el gobierno mundial del trono del oro, pues pone en evidencia muchos intereses ocultos políticos y sociales que sostienen el actual sistema. Inclusive llegó a circular en la red una edición totalmente alterada y distorsionada para encubrir las verdades que denuncia.

Esta edición limitada que tenemos el gusto de poner a disposición del lector revisionista es fruto del esfuerzo y recuperación de un grupo de buscadores de la verdad, que han dado con uno de los pocos ejemplares de «Derrota Mundial» que aún existen, lo ha editado digitalmente, y ha decidido plasmarlo físicamente, para desarrollar una estrategia de difusión que permita poner al alcance de mucha más gente este maravilloso libro, que en buenas manos, puede generar un activismo político, pertinente hoy más que nunca.

Salvador Borrego demuestra los verdaderos orígenes de la Segunda Guerra Mundial, y nos lleva a través de la historia del marxismo, la irrupción del bolchevismo y su revolución mundial, el surgimiento de los fascismos y los nacionalismos, la manipulación de las grandes transnacionales corporativas detrás de toda la conspiración urdida para promover esta terrible conflagración mundial; demuestra fehacientemente que no fueron el odio racial, ni el afán de dominación, las causas de esta terrible contienda, la guerra más apocalíptica que ha soportado la humanidad, como sostiene el actual sistema educativo del mundo occidental, sino el factor económico, el poder supranacional que se vio afectado por la irrupción del Nacional Socialismo.

Así mismo el autor nos lleva por un viaje extraordinario a los escenarios de las grandes campañas militares de la Segunda Guerra Mundial, donde el lector podrá sentir el dramatismo de las acciones bélicas, narrando con extraordinaria precisión, hasta los más mínimos pormenores de cada batalla y sus protagonistas en un exhaustivo revisionismo avalado por una bibliografía de trescientas cincuenta obras especializadas, y más de 5000 recortes de periódicos y revistas.

Es una obra colosal, digna de hijo de nuestra América, de un nacionalista, de un hombre lleno de voluntad y espíritu que con su legado nos ha dado un ejemplo de valor y virtud al dar la cara por sus ideales, hecho patente demostrado en una vasta obra de más de 33 libros.

La Editorial de la Casa de Tharsis se siente por ello en el deber de recordar y difundir «Derrota Mundial», por la verdad y el ORIGEN.

El Editor

1º de Agosto de 2011

## INTRODUCCIÓN

Es una neutra remembranza volver la mirada a los días extraordinarios de la segunda guerra mundial únicamente con el prolijo escrúpulo de citar fechas y relatar sucesos. Es un lujo de ociosidad volver la mirada al pasado sin el empeño de obtener luces para el presente. Pero conociendo mejor el origen de lo que ocurrió y dé lo que ahora ocurre, más podrá preverse lo que está por ocurrir. Sin esta función específica toda aportación a la historia —y aun la Historia misma— se reducirían a simple curiosidad o pasatiempo.

Es un hecho que aún no silenciado del todo el fuego que durante seis años mantuvo vivo ese siniestro organismo de muerte que fue la segunda guerra mundial, el mundo se halló súbitamente en el umbral de otra guerra más destructora e incierta. Durante seis años la humanidad se creyó luchando por la paz definitiva, mas los acordes de su victoria fueron ensombrecidos por la amenaza de un cataclismo todavía mayor.

Durante seis años el mundo creyó luchar por la bandera de libertad y democracia que los países aliados, enarbolaron a nombre de Polonia. Pero al consumarse la «victoria», países enteros —incluyendo Polonia misma— perdieron su soberanía bajo el conjuro inexplicable de una VICTORIA cuyo desastre muy pocos alcanzaron a prever.

Un asombroso y súbito resultado, después de seis años de aparente lucha por la libertad y la democracia y la paz definitiva, sorprendió al mundo: ya no era la libertad de los polacos —libertad perdida totalmente, pese a la «VICTORIA»— la que se halla en riesgo, sino la libertad del mundo entero; ya no era simplemente la conquista de mercados entre las grandes potencias la que se balanceaba en juego, sino el destino del pueblo

norteamericano, y en cierta forma el de América; el destino de Alemania y la Gran Bretaña, y así el de Europa entera también.

En los orígenes del conflicto armado que empezó la madrugada del primero de septiembre de 1939 palpitaron ya los gérmenes de lo que ahora ocurre y de lo que está por venir. En lo acontecido entonces se filtran ya las sombras de lo que el futuro nos reserva. En el reverbero de la segunda guerra mundial hay relámpagos que alumbran los decenios y quizá los siglos por llegar.

Mucho se ha hablado de la guerra. Un mar de datar casi inagotables abruma y abrumarán por mucho tiempo a los primeros historiadores. La mayor parte de estos datos son jeroglíficos; incluso los hechos y las cifras, pese a lo concluyente de su calidad concreta, son frecuentemente apenas símbolos o frontispicio de realidades más profundas.

Querer entender esta guerra y el monstruoso engaño que el mundo sufrió con ella, viendo simplemente ese mar de datos, es lo mismo que contemplar, clasificar o relatar apariencias de inscripciones cuneiformes y suponer que ya con esto se CONOCIÓ la civilización sumeria. Entre los símbolos y su significación media un abismo.

Y en el caso concreto de la guerra pasada este abismo se ha hecho más oscuro porque los adelantos que la técnica ha puesto al servicio de la difusión del pensamiento —radiogramas, cablegramas, libros, películas, folletos, etc.— tienen su anverso positivo de orientación; y su reverso negativo de confusión, según el sentido en que se les utilice. En la guerra y después de ella se les ha utilizado para confundir.

Un diluvio de crónicas con dosificada intención de libros aparentemente históricos, de radiodifusiones y de películas bajo la influencia intangible de los mismos ocultos inspiradores, oscurecen situaciones, infiltran deformaciones. Nada tiene así de extraño que aun los espíritus más serenos, objetivos e imparciales —para no hablar de masas carentes de opinión propia— lleguen a conclusiones erróneas.

Por eso muchas conciencias firmes han hecho insensiblemente suya la forma ajena y capciosa de plantear el problema internacional de la segunda guerra. Una vez dado ese primer paso en falso, los siguientes son erróneos también, y por eso es tan frecuente que hombres de profunda comprensión y

sólido criterio confiesen ahora su desconcierto ante los sucesos internacionales.

Un nuevo examen de lo que ocurrió, y por qué ocurrió, puede aclarar los sucesos presentes y ayudar a prever los futuros.

El monstruoso engaño que el mundo padeció al inmolar millones de vidas y al consumir en fuego esfuerzos inconmensurables, para luego quedar en situación incomparablemente peor que la anterior, no es obra del azar. Si el resultado sólo fuera desorden quizá nada habría de sospechoso. Pero en la bancarrota que el mundo occidental afronta ahora se oculta un admirable tejido cien acontecimientos.

Dentro del aparente desorden hay un eslabonamiento admirable de hechos que obedecen a un mismo impulso y que marchan hacia una misma meta.

Detrás de todo esto hay una inteligencia y una fuerza. La situación actual no es el resultado fortuito del desorden, sino la notable culminación de una serie de actos que se enlazan siguiendo una secuencia y un camino. Occidente se halla de pronto en el momento más comprometido de su historia, pero su desgracia no ha descendido de accidentales sucesos. Ha sido labrada minuciosa y escrupulosamente.

Examinando los orígenes y el desarrollo de la segunda guerra surgen luces que explican el presente. Tal es el objeto de este libro.

Muchos de los que vieron desaparecer las falanges macedónicas; de los que presenciaron la caída de Alejandro, el asesinato de César, la capitulación de Napoleón, creían asistir a acontecimientos comunes y corrientes, pero estaban presenciando los fulgores que enciende cada zigzag de la historia.

**Lo que ahora tenemos a la vista es algo más que el fulgor de un simple cambio; es el incendio inconmensurable de una cultura que casi sin saber por qué presiente las pisadas de un peligro mortal.**

# **CAPÍTULO I**

**Aurora Roja (1848-1918)**

## 69 AÑOS DE LUCHA INCANSABLE

En la segunda mitad del siglo pasado los umbríos bosques y las extensas estepas de Rusia guardaban ya tan celosamente como ahora la enigmática mística del alma rusa. Fuera de sus fronteras sólo unas cuantas mentes, moduladas para escuchar el pasó de los siglos por llegar, lograban entrever algo. Entre esas pocas mentes que sobre el hombro de una época vislumbraban destellos del futuro político, Nietzsche preveía en 1886: «Es en Francia donde la voluntad está más enferma. La fuerza de voluntad está más acentuada en Alemania y en Inglaterra y en España y Córcega por las duras cabezas de sus habitantes, pero está más desarrollada en Rusia, donde la fuerza del querer por largo tiempo acumulada espera la ocasión de descargarse, no se sabe si en afirmaciones o en negaciones. Yo desearía que la amenaza rusa creciera para que Europa se pusiera en defensa y se uniera en una voluntad duradera y terrible para fijarse una meta de milenios. Pasó el tiempo de la política menuda: el próximo siglo nos promete la lucha “por el dominio del mundo”»<sup>[1]</sup>.

En ese entonces Rusia se debatía en sangrienta turbulencia, que una extraña mezcla de nihilistas y revolucionarios marxistas trataban de encauzar mediante un secreto Comité Ejecutivo. La espina dorsal de ese audaz movimiento la formaban esforzados e inteligentes israelitas, miembros de comunidades que a través de muchas generaciones habían soportado severos sufrimientos en el duro ambiente de Rusia. Desde los primeros años de nuestra Era ya se habían instalado emigrantes judíos en los territorios que siglos más tarde formarían parte de la Rusia meridional. Dolorosas vicisitudes vivieron desde entonces, pero jamás perdieron su cohesión racial En 1648 los cosacos se lanzaron furiosamente contra ellos y

después de sangrientos choques prohibieron que en Ucrania radicaran comunidades israelitas. En general la población era hostil a huéspedes, tan reacios a la fusión de sangre y de costumbres.

Pero las tierras rusas, prometedoras de esplendoroso futuro gracias a sus inexploradas riquezas y enorme extensión, seguían atrayendo incesantemente a comunidades judías emigradas de la Europa occidental. La emperatriz Bisabetha Petrovna se alarmó ante ese fenómeno y en 1743 se negó a admitir más inmigrantes. Sin embargo, cincuenta años más tarde la anexión de territorios polacos convirtió a millares de judíos en súbditos de Rusia.

En esa forma las comunidades israelitas aumentaron considerablemente, no sin sufrir hostilidades y persecuciones, tal como les había ocurrido a sus ancestros en todos los tiempos y en todos los pueblos. El Zar Alejandro I (que gobernó de 1801 a 1825) trató con benevolencia a la población judía y sufrió un completo fracaso al pretender que se asimilara a la población rusa.

El siguiente zar, Nicolás I (1825-1855) se impacientó ante la renuencia de las comunidades israelitas a fusionarse con la población rusa y redujo sus derechos cívicos, además de que les hizo extensivo el servicio militar obligatorio que ya regía en el Imperio. Esto causó trastornos y descontento entre los judíos, pero una vez más lograron conservar sus vínculos raciales y sus milenarias costumbres.

Al subir al trono Alejandro II (1855) la situación de los israelitas volvió a mejorar y no tardaron en prosperar en el comercio, la literatura y el periodismo; varios diarios judíos se publicaron en San Petersburgo y Odessa. Precisamente en ese entonces —girando alrededor de la doctrina comunista delineada en 1848 por los israelitas Marx y Engels—, se vigorizó en Rusia la agitación revolucionaria. En 1880 los israelitas Leo Deutsch, P. Axelrod y Vera Zasluch, y el ruso Plejanov, formaron la primera organización comunista rusa. Y un año después varios conspiradores, encabezados por el judío Vera Fignez, asesinaron al zar Alejandro II. El hijo de éste, Alejandro III, tuvo la creencia de que las concesiones hechas por su padre habían sido pagadas con ingratitud y sangre; en consecuencia, expulsó a los judíos de San Petersburgo, de Moscú y, de otras ciudades, y les redujo más aún sus derechos cívicos. Los crecientes desórdenes y



atentados los atribuyó a la influencia de ideas extrañas al pueblo ruso y ordenó enfatizar el nacionalismo y reprimir las actividades políticas de los intelectuales hebreos. La inteligente población israelita se mantuvo estrechamente unida en esos años de peligro.

Sufrida, inflexible en sus creencias, celosa de la pureza de su sangre, ya estaba ancestralmente acostumbrada a sobreponerse a las hostilidades que su peculiar idiosincrasia provocaba al entrar en conflicto con las ajenas. Ya antes había demostrado con arte magistral que a la larga sabía aprovechar en beneficio de su causa las reacciones desfavorables con que tropezaba en su camino. Es esta habilidad una de sus creaciones más originales y con ella ha demostrado que ningún pueblo está verdaderamente vencido mientras su espíritu se mantenga indómito.

Lo mismo que le había ocurrido en otros países, esa raza vio cómo miles de sus hijos —emigrados a las tierras rusas, prometedoras de esplendoroso futuro debido a sus inexploradas riquezas y enorme extensión— chocaban con el brusco carácter del pueblo ruso y eran luego objeto de hostilidades y persecuciones. El régimen de Alejandro III fue duro con sus huéspedes. Y éstos se protegieron mimetizándose con las nacionalidades de los más variados países de donde procedían, aunque en el fondo seguían siendo una misma raza, una sola religión y un mismo espíritu.

El mismo año en que fue asesinado el zar Alejandro II (1881), el ministro zarista Pobodonosteff calculó en seis millones el número de judíos residentes en Rusia y proyectó una acción enérgica para convertirlos forzosamente al cristianismo y expulsar por lo menos a dos millones de ellos. Aunque su plan no llegó a practicarse, hubo muchos detenidos y numerosos exiliados. A estos últimos los auxiliaban sus hermanos de raza radicados en Nueva York, tales como Jacobo Schiff, Félix Adler, Emma Lazarus, Joseph Seligman, Henry Rice y otros muchos, según refiere el rabino Stephen Wise en su libro *«Años de Lucha»*. (Algunos de ellos eran prominentes banqueros).

La población judía de Rusia era ya tan importante que el israelita James Partes afirma:

«En lo cultural y en lo religioso, puede decirse que el país de Israel se había transportado a Europa oriental. Los judíos representaban la décima

parte de la población. La gran mayoría de los gentiles eran campesinos que habitaban aldeas donde no había judíos, salvo tal vez un hotelero y un comerciante. Los judíos habitaban en pueblos y ciudades. En los primeros constituían a veces el 95% de la población y en las segundas más del 50%»<sup>[2]</sup>.

La situación se hizo todavía más tirante para los israelitas y sus compañeros rusos revolucionarios cuando Alejandro Ilitch Ulianov, hijo de la judía Blanic, falló en su intento de asesinar al zar Alejandro III. Ulianov fue detenido y luego ahorcado junto con cuatro de sus cómplices. Pero su hermano Vladimir guardó para sí el odio que alentaba contra el régimen y sorteó esa época de peligro portándose como estudiante disciplinado y pacífico. (Más tarde se convertía en jefe revolucionario, bajo el nombre de Lenin, en el reivindicador de las minorías israelitas y en el creador de un nuevo régimen).

Por el momento, él y toda la población hebrea pasaron en Rusia años sombríos y difíciles, mas acrecentaron sus fuerzas en el infortunio y vigorizaron sus Creencias ante la hostilidad. Por supuesto, no olvidaron su meta revolucionaria, que el rabino Caleb había esbozado así en la tumba de Simeón Ben Jhuda, en Praga:

*«Conviene que, en la medida de lo posible, nos ocupemos del proletariado y lo sometamos a aquellos que manejan el dinero. Con este medio, levantaremos a las masas... Las empujaremos a las agitaciones, a las revoluciones,, y cada una de estas catástrofes significará un gran paso para nuestras finalidades».*

A la muerte de Alejandro III, en 1894, subió al trono Nicolás II. De tendencias moderadas y escuchando las quejas de los israelitas, ordenó suavizar el trato que se les daba.

Ya para entonces el antisemitismo había cundido tanto en la masa del pueblo que no era fácil extirparlo del todo. De origen ruso es la palabra «progrom», nombre que se dio a los cruentos movimientos populares contra los judíos. De todas maneras, los israelitas disfrutaron de más garantías y libertades. Por ese entonces corrosivas fórmulas ideológicas —no nacidas en Rusia— volvieron a propagarse con renovado impulso para agitar a las masas rusas. Una vez más iba a manifestarse en la historia el gigantesco

poder de una idea cuando se la utiliza en el terreno propicio y del modo adecuado. Esa idea era una mezcla de nihilismo y de marxismo que inquietaba aún más a los proletarios.

Hablando de esa época, el historiador judío Simón Dubnow dice que:

«El mismo año en que se fundó en Basilea la Organización Sionista, formose en Wilno una asociación socialista secreta denominada Bund (1897). Desarrolló el Bund una propaganda revolucionaria entre las masas judías en su lengua, el yidish, lo cual constituyó, en un principio, el único síntoma nacional de ese partido...

»Además del Bund nacieron partidos mixtos de sionistas y socialistas los **Polae Sión** y los **Sionistas Socialistas**. Estos partidos libraron una lucha abierta contra el gobierno ruso, particularmente en la revolución de 1905. Los revolucionarios israelitas “participaron” asimismo en los partidos socialistas rusos, en las manifestaciones estudiantiles, en las huelgas obreras y en los actos terroristas contra los gobernantes»

[3].

La renovada agitación degeneró en graves disturbios obreros en 1899. El Partido Social Revolucionario tenía, una sección, terrorista a cargo del sagaz judío Gershuni, cuyos agentes mataron al ministro ruso Sipyagin, al gobernador Bogdanovich, al premier Plehve, al gran duque Sergey y al general Dubrassov. El zar Nicolás II pensó que había dado un paso en falso al suavizar el trato para los israelitas y restableció algunas de las limitaciones que años antes les levantara. Numerosos propaladores del marxismo, entre ellos el judío León Davidovich Bronstein (posteriormente conocido como León Trotsky) fueron deportados a Siberia. (Trotsky estaba casado con una hija del financiero judío Giovotovsky). Las turbulencias parecieron amainar. Incluso surgió una escisión entre los mismos agitadores; no en cuanto a su meta sino en cuanto a la mayor o menor impetuosidad para alcanzarla. No era que unos hebreos se lanzaran contra otros, sino que diferían de opinión respecto a la táctica de lucha. Así surgieron los bolcheviques (los del programa máximo) y los mencheviques (los del programa mínimo). Vladimir Ilich (Lenin) se hizo líder de los primeros.

Aunque la severa represión oficial alcanzó a muchos agitadores judíos que se movían entre los trabajadores, dejó intacta la estructura secreta que gestaba la revolución. Creyendo haber sido ya suficientemente severo, o buscando una transacción con ellos, en 1904 el régimen suavizó su política hacia los israelitas. Pero éstos inmediatamente, reforzaron su actividad revolucionaria y en 1905 organizaron motines más grandes que los anteriores. Entonces el zar Nicolás II se alarmó e hizo nuevas concesiones al conglomerado judío, pensando tal vez que así se restablecería el orden.

Con esto el marxismo cobró mayor brío. Inútilmente los zares habían querido evitar la agitación reprimiendo a los que directamente alentaban el descontento popular nacido inicialmente de la miseria pero sin anular a los ocultos conspiradores, que eran los que dirigían todo el movimiento para subvertir el orden. Además, poco hacía el régimen por aliviar la miseria misma y por destruir la forma capciosa y oropelesca en que explotaban esta circunstancia los agitadores marxistas.

Ante la sutil técnica de la conspiración marxista los zares fueron incapaces de una acción coordinada y firme para liquidarla. Frecuentemente titubearon y en ocasiones llegaron a concebir el absurdo de que los brotes de desorden podrían conjurarse mediante concesiones. Pero resulta que hacer concesiones a un adversario que busca la victoria total es sólo facilitarle su camino.

Lenin y algunos de sus colaboradores emigraron para ponerse a salvo de las redadas de revolucionarios que de tiempo en tiempo hacía el régimen zarista. Por eso en 1908 los israelitas Apfelbaum Zinoviev, Rosenfeld Kamenev (cuñado de Trotsky) y Lenin se reunieron en París a planear una nueva etapa de agitación: *«No es un azar que hayan ingresado a las huestes revolucionarias rusas tantos israelitas —dice Pierre Charles en “La Vida de Lenin”—. Por lo pronto, si se hace abstracción de las masas rusas, poco propicias para el reclutamiento de políticos, hay que reconocer que el porcentaje de judíos en Rusia no era tan exiguo como se decía. Y además, ¿no era fatal que su febril actividad, contrastando con la población rusa, debía exagerar enormemente su papel en la revolución? Y su espíritu hereditariamente aguzado por el Talmud ¿no debía sentirse cómodo en las controversias de las escuelas socialistas? En fin, los sufrimientos que les*

*endurecieron bajo el régimen zarista los acercaban a su sueño de palingenesia social*». (Resurgimiento y hegemonía del pueblo judío). Uno de los métodos con que los revolucionarios hebreos trataron de ponerse a cubierto de la represión oficial fue tan sencillo como eficaz. En grupos más o menos numerosos se trasladaban a Estados Unidos, se nacionalizaban norteamericanos, regresaban a Rusia y hacían valer su nueva ciudadanía como hijos de una nación poderosa.

En esto eran ayudados por la numerosa colonia israelita radicada en Estados Unidos, que en aquel entonces casi llegaba a tres millones y que influía ya en los círculos financieros y políticos.

«En San Petersburgo —dice Henry Ford en *El Judío Internacional*— llegó a haber 30,000 judíos de los cuales sólo 1,500 se ostentaban como tales».

Las autoridades rusas no tardaron en tratar de frustrar ese inusitado procedimiento de protección y esto dio origen a que numerosos órganos de la prensa americana protestaran contra la falta de respeto a las ciudadanía recién concedidas por los Estados Unidos. Con esa ejemplar hermandad que los israelitas practican desde uno al otro confín del mundo, «el 15 de febrero de 1911, estando Taft en el poder —agrega Henry Ford— los judíos Jacobo Schiff, Jacobo Furth, Luis Marshall, Adolfo Kraus y Enrique Goldfogle le pidieron que como represalia contra Rusia fuera denunciado el Tratado de Comercio». Aunque en un principio Taft se rehusó, israelitas de todo el país enviaron cartas a senadores y diputados, gestionaron apoyo de gran parte de la prensa, pusieron en movimiento el Comité Judío Americano, a la Orden B'nai B'rith y a otras muchas, filiales o afines. El influyente político Wilson, que después llegó a ser Presidente de EE. UU., presionó resueltamente en favor de los judíos y durante un discurso en el Carnegie Hall afirmó:

«El gobierno ruso, naturalmente, no espera que la cosa llegue al terreno de la acción; y en consecuencia, sigue actuando a su placer en esta materia, en la confianza de que nuestro gobierno no incluye seriamente a nuestros compañeros de ciudadanía judíos entre aquellos por cuyos derechos aboga: no se trata de que expresemos nuestra simpatía por nuestros compañeros de ciudadanía judíos, sino de que hagamos evidente nuestra identificación con

ellos. Esta no es la causa de ellos; es la causa de Norteamérica». Finalmente, el Tratado de Comercio suscrito ochenta años atrás, fue denunciado el 13 de diciembre de 1911. Por primera vez un zar —en ese entonces Nicolás II— sintió que los descendientes de aquellos israelitas que 50 años antes rehuían temerosos la violencia rusa, ya no estaban tan solos! Aunque la inmensa mayoría eran nacidos en las estepas, y aunque eran hijos y nietos de otros también nacidos allí, ni el medio ambiente ni la convivencia de siglos los hacían claudicar de sus metas políticas ni de sus costumbres. Tal parecía que conservando sin mezcla su sangre conservaba igualmente sin mezcla su espíritu.

Cierto, que el Imperio Ruso era aún poderoso y que la lejana represalia de la denuncia del Tratado de Comercio americano no bastaba para revocar las limitaciones impuestas a los: israelitas, mas sin embargo, constituía un incómodo incidente que en grado imponderable influyó para que se suavizara el trato oficial a los judíos. Y aunque ese mismo año de 1911 se estableció que los judíos no podían ser electos concejales, en la práctica se les trató con mayor consideración. Entre tanto, el llamado Comité Ejecutivo seguía ocultamente propiciando la rebelión. Las series de huelgas sangrientas que se iniciaron en 1905 adquirieron incontenible impulso en 1910 al estallar doscientos paros obreros. Tres años más tarde las huelgas se contaban por millares. Se agitaba a las masas y su descontento iba siendo crecientemente aprovechado como instrumento revolucionario marxista.

En ese entonces el Imperio Ruso se hallaba ya tan minado que malamente podía afrontar una guerra internacional. Por eso fue tan insensato y hasta inexplicable que se lanzara a una aventura de esa índole en 1914, para apoyar a Serbia en contra de Austria-Hungría. El zar dio contraorden a fin de que no se realizara la movilización general y evitar el choque con Alemania, pero el Ministro de la Guerra, Sujofinov, y todo el Estado Mayor presionaron al zar y se consumó la movilización. Alemania apoyó entonces a su aliada Austria-Hungría y entró en guerra con Rusia. No obstante que la patria rusa libraba entonces una lucha internacional, el movimiento revolucionario no cesó su propaganda para debilitar las instituciones. Además, aprovechó la anormalidad de la situación y proclamó que los obreros no tenían patria que defender, según la tesis marxista

(comunista) de que la idea de patria debe extirparse de las nuevas generaciones.

El gobierno ruso consideró que los judíos influían poderosamente en esta oposición al régimen y ordenó nuevas medidas de coerción. Muchos que por nacimiento o naturalización ostentaban las más diversas nacionalidades, e incluso la rusa, se habían mezclado en el campo y en las fábricas y hacían cundir la agitación.

Poco después de iniciada la contienda, el diario ruso «Ruscoic Snamia» abogaba por las más severas represalias contra los israelitas, a quienes se les achacaban los desórdenes internos, y hasta llegó a alentar los «progroms». No obstante que el ambiente oficial era propicio a estos extremismos, el régimen no quiso complicar más la situación, prohibió el diario y mantuvo a raya el antisemitismo, aunque sin poder suprimirlo del todo.

En Suiza se encontraba entonces desterrado, junto con otros jefes judíos del movimiento marxista, Vladimir Ilich (Lenin) y desde allí dirigía la agitación en la retaguardia del ejército ruso que combatía contra Alemania. Sesenta y siete años después de que dos hebreos —Marx y Engels— habían dado a la publicidad por primera vez el manifiesto comunista, otros miembros de la misma raza luchaban denodadamente por materializarlo en realidad política.

Junto con los judíos Apfelbaum y Ronsenfeld (conocidos bajo los nombres rusos de Zinoviev y Kamenev), Lenin alentaba desde el destierro a los revolucionarios para que contribuyeran a la derrota de Rusia en la guerra que sostenía contra Alemania y Austria. En su periódico «Social Demócrata» del 27 de julio de 1915 daba la siguiente consigna: «Los revolucionarios rusos deben contribuir prácticamente a la derrota de Rusia». Proclamaba que esto abriría el camino a la revolución.

Pierre Charles, biógrafo de Lenin, afirma que en ese entonces «Lenin se entregó en cuerpo y alma a su odio por todo patriotismo... Toda defensa de la Patria —decía— es chauvinismo». Tanto fue así que los alemanes le permitieron pasar por Berlín para que se internara subrepticamente en Rusia y aun le ayudaron económicamente ya que su labor debilitaba al ejército ruso. Así fue como Lenin pudo llegar a San Petersburgo, donde un núcleo de 30,000 israelitas, acaudillados por Trotsky, habían organizado el

cuartel general del movimiento marxista revolucionario. Y desde ahí hizo circular esta proclama: «*Es necesario, sin demora, educar al pueblo y al ejército en el sentido derrotista. Soldados, fraternizad en las trincheras con vuestros camaradas llamados **enemigos**.*»

Poco después Lenin celebraba secretos acuerdos con los jefes revolucionarios. Charles<sup>[4]</sup> refiere que asistían «Kamenev, hombre pequeño, de ojos vivaces bajo el lente; Zinoviev, que se había cortado completamente el cabello ondulado de su gruesa cabeza; Ouritsky, delgado y nervioso, que mas tarde aterrorizaría a Retrogrado durante algunas semanas; los tres eran de raza judía». No tardaron en reunírseles Stalin y Trotsky.

La siembra marxista iniciada décadas atrás, halló en 1917 el clima más propicio para fructificar. La ya minada retaguardia del ejército ruso se debilitó aún más y el desconcierto cundió hasta las líneas avanzadas del frente de guerra; la propaganda derrotista hallaba ciertamente coyunturas en la miseria y en las bajas causadas por la contienda. La promesa de que al triunfar la revolución se repartirían tierras a todos los proletarios fue tan halagadora «que las tropas querían dejar de pelear para llegar al reparto». Coordinadamente las doctrinas bolcheviques agitaban a los militares hablándoles de los derechos del soldado, según los cuales «*los oficiales deberían ser nombrados por selección, de entre los soldados, y éstos podían discutir las órdenes de aquéllos.*»

Desde ese momento quedó rota la disciplina, dice el Tte. Corl. Carlos R. Berzunza en su «Resumen Histórico de Rusia». Y así comenzó la última etapa del fin de la Casa Imperial Rusa. Tatiana Botkin<sup>[5]</sup> dice que acerca de la realeza y particularmente de la Emperatriz, circulaban versiones que indignaban al pueblo y alentaban al derrotismo.

«Frecuentemente se encontraba uno con personas que se habían formado un concepto completamente falso sobre la familia real. Entre nosotros sólo se propagaba lo malo y nadie sabía lo bueno que en realidad existió... No podía creer que los mismos soldados, soldados rusos, en el momento de una guerra de tal magnitud, se amotinaron y mataran a su comandante y ofendieran a la familia real... Así era, desgraciadamente. En las calles de Petrogrado sucedía algo increíble. Los soldados, borrachos, sin



correas, con los capotes desabrochados, unos con rifles, otros desarmados, corrían como poseídos saqueando todas las tiendas».

El descrédito de la casa de los Romanof; la consigna leninista de que la derrota en el frente de guerra abriría el camino al triunfo de la revolución; las crecientes bajas y la miseria; la promesa de que un nuevo régimen daría tierras al proletariado; el relajamiento de la disciplina; las doctrinas de igualdad y supresión de las jerarquías, etc., convergieron por fin en el estallido de la revolución.

La mecha que encendiera el polvorín podía haber sido cualquier cosa. Como en el conocido fenómeno físico de la sobrefusión, cuando la mente de un pueblo llega a su tensión máxima basta el más insignificante incidente para producir el estallido.

Tatiana Botkin refiere así el principio del fin del imperio: «En Kronstadt —precisamente en las cercanías del cuartel general que los caudillos israelitas del marxismo habían formado secretamente en San Petersburgo— empezó la bestial matanza de oficiales. Una vez muertos, los cubrían con heno, los rociaban con petróleo y les prendían fuego. Metían en los ataúdes personas aún con vida junto a cadáveres, fusilaban a los padres a la vista de sus propios hijos, etc. En el frente, los soldados fraternizaban con los alemanes y retrocedían, a pesar de los enormes contingentes reunidos antes de la revolución... el sepelio de las víctimas de la revolución en Retrogrado, fue una mascarada. Los revolucionarios recogieron cuerpos de desconocidos, muertos de frío o por accidente, incluso unos chinos que habían fallecido de tifo, los colocaron en los ataúdes forrados de rojo, los trasladaron al “Campo de Marte y erigieron un gran túmulo”». Esto alentaba la agitación y servía de bandera a los revolucionarios.

Por otra parte, en ningún momento los iniciadores del marxismo en Rusia carecieron de solidaridad y aliento de sus hermanos de raza en el extranjero. El 14 de febrero de 1916 se celebró en Nueva York un Congreso de las Organizaciones Revolucionarias Rusas, alentadas e inspiradas por inteligentes israelitas. El magnate judío-americano Jacobo Schiff era uno de los que costeaban los gastos de estos trabajos políticos; ayudaba particularmente a León Trotsky, también israelita. Otros banqueros judíos,

tales como Kuhn Loeb, Félix Warburg, Otto Kahn, Mortimer Schiff y Olef Asxhberg, daban también su ayuda económica desde Nueva York.

Pese a todo lo que en apariencia hubiera de inexplicable en esas relaciones entre los marxistas revolucionarios de Rusia y los magnates israelitas de América, en el fondo regía la profunda solidaridad de la raza y el anhelo común de la reivindicación hebrea. Unos la buscaban con el instrumento que su compatriota Marx les había heredado en el Manifiesto Comunista de 1848 y otros la procuraban con el instrumento del oro y las finanzas. Dos distintos medios, pero un mismo fin. Y si el destino del mundo iba a jugarse en dos barajas de política internacional —el súper capitalismo y el marxismo—, tener ases en ambas era asegurar el triunfo de la causa común, cualquiera que fuese el resultado de la gran lucha.

Los pacientes esfuerzos de los caudillos marxistas y de quienes los ayudaron desde el extranjero desembocaron el 7 de noviembre de 1917 en el estallido de la revolución comunista.

El zar fue detenido y entre las primeras rectificaciones políticas figuró la abolición de las restricciones jurídicas impuestas a los judíos. El camino a los puestos públicos quedó abierto para ellos. Toda tendencia política perjudicial al judaísmo fue declarada fuera de la ley por decreto de julio de 1918. Entre las tropas del general Budenny ocurrieron actos violentos contra los judíos y fueron severamente reprimidos. A ese respecto el escritor judío Salomón Resnick dice en su libro «5 Ensayos Sobre Temas Judíos»: «Pronto sobrevino una vigorosa reacción contra tales desviaciones: 138 cosacos, entre ellos varios comandantes, fueron condenados a muerte y se impuso a todo soldado rojo la obligación de luchar contra el antisemitismo, esa herencia vergonzosa, criminal y sangrienta».

El jefe revolucionario Sverdlov, judío, ordenó que la familia de los Romanof fuera exterminada. Tatiana Botkin refiere así el final del Zar, de la Zarina, del Zarevich y de las princesas Olga, Tatiana, María y Anastasia: «En la prisión —casa de Ipatiev— de Ekaterimburgo, la familia real sufría mil vejaciones. La situación de todos empeoró al ser nombrado otro comisario; el judío Yurovsky. El trato de los guardias se convirtió en un verdadero martirio, que sus majestades soportaban con verdadera resignación cristiana. Por comida les daban las sobras de los guardias,

quienes además escupían en los platos. Luego les servían la comida y se las arrebataban cuando empezaban a comer».

En la noche del 3 de julio de 1918 fueron bárbaramente asesinados. «Cuando penetró Yurovsky con 12 soldados, de los cuales sólo dos eran rusos (los demás judíos y letones), Yurovsky se encaró con el emperador y le dijo: “Usted se ha negado a aceptar la ayuda de sus familiares (en el extranjero) por lo que tengo que fusilarlo”. El emperador se persignó, abrazó a su hijo con toda serenidad y se arrodilló. La emperatriz hizo lo mismo. Sonaron unos disparos. Yurovsky disparó sobre el emperador; los soldados sobre los demás. Dieron vuelta a los cadáveres y los asaetearon con las bayonetas. Después de esta carnicería los cadáveres fueron despojados de cuanto llevaban, arrojados a un camino y de ahí conducidos a un bosque cercano, donde fueron incinerados en dos hogueras: una de fuego y la otra de ácidos». Inútilmente Nicolás II, lo mismo que su padre Alejandro III, y su abuelo Alejandro II, se habían empeñado en reprimir a algunos de los que promovían y capitalizaban el descontento de las masas, pero no supieron atraerse a éstas ni disolver la conjura. Sesenta y nueve años después de que Marx y Engels crearon su fórmula de agitación, sus descendientes raciales lograban que un gran imperio se viniera abajo. Era ése el primero de sus fabulosos triunfos.

Como no, tardaron los rusos en darse cuenta de que habían sido engañados por los rojos, sobrevino una violenta contrarrevolución encabezada por los generales Antón Ivanovitch, Deniken, Kolchak, Wrangel y Yudenitch. Llegaron a arrebatárles a los rojos territorios con más de un millón de kilómetros cuadrados y se aproximaron amenazadoramente a Leningrado y Moscú. Deniken esperaba ayuda de los gobiernos inglés y francés, pero no la obtuvo.

La opinión pública norteamericana simpatizaba con los rusos antibolcheviques y quería que se les ayudara, pero entonces toda la prensa influida por judíos se dedicó a «desinformar» al pueblo de Estados Unidos. Así, por ejemplo, Herbert Matthews, del «New York Times», cablegrafiaba desde Moscú (mayo 7 de 1918) que la revolución soviética no era propiamente comunista, que nada había que temer y que una encuesta «indica que Lenin, Trotsky, Stalin y otros son anticomunistas»<sup>[6]</sup>.

Mientras tanto, los rusos anticomunistas no recibían ayuda, los bolcheviques recibían armas y dinero que les enviaban diversos magnates hebreos del extranjero, y finalmente fue vencida la contrarrevolución de Oeniken.

El judío Alejandro Kerensky (originalmente apellidado Adler), que se había infiltrado en el gobierno del zar para ayudar secretamente al triunfo de los comunistas, emigró después al Occidente para presentarse como «anticomunista». Bajo ese disfraz mantuvo contacto con los rusos exiliados, auténticamente enemigos del comunismo, y fue un factor decisivo para dividirlos y neutralizarles sus esfuerzos. (Control de la acción y de la reacción).

## **LOS DOS ELEMENTOS QUE FORMARON EL BOLCHEVISMO**

Es siempre costumbre que el triunfo tenga muchos autores, auténticos o no, y que en cambio todos rehuyen la paternidad de los fracasos: pero el triunfo de la revolución rusa es una de las excepciones de esa regla. Por lo menos hasta ahora sólo se ha atribuido fragmentaria y tenuemente a la comunidad israelita. Y esto no obstante la evidencia de que la base ideológica de la revolución rusa la crearon los judíos Marx y Engels; la pusieron en movimiento social Lenin, Zinoviev, Kamenev, Bronstein y otros israelitas; la solapó y ejecutó a medias el hebreo Kerensky; la ayudaron económicamente desde EE. UU. Los magnates Kuhn Loeb, Félix Warburg, Otto Kahn, Mortimer Schiff y Olef Asxhberg, y la hicieron posible agitando a las masas proletarias un sin número de comisarios israelitas, como judíos eran —simbólicamente— 10 de los 12 revolucionarios que ejecutaron a la familia real de los Romanof.

Uno de los modernos profetas del semitismo, Teodor Herzl, ya había advertido antes del triunfo de la revolución rusa: «Somos una nación, un pueblo... Cuando los judíos nos hundamos, seremos revolucionarios, seremos los suboficiales de los partidos revolucionarios. Al elevarnos nosotros subirá también el inmarcesible poder del dinero judío» («Un Estado judío»). Son numerosísimas las huellas que los israelitas dejaron en la preparación y la consumación de la revolución rusa, pero por uno u otro motivo la difusión de estos hechos ha sido tan lenta y fragmentaria que generalmente suenan a inverosímiles o fantásticos cuando se les conoce en toda su magnitud. Ni la universalmente reconocida seriedad de Henry Ford libró a esas revelaciones de las dudas que lógicamente producen:

«Una Rusia Soviética hubiese sido sencillamente imposible —dice Henry Ford en El Judío Internacional—, a no ser que un 90% de los comisarios fueran judíos. Otro tanto hubiera ocurrido en Hungría, de no ser judío Bela Khun (“El Príncipe Rojo”) y con él 18 de sus 24 comisarios... El **Soviet** no es una institución rusa, sino judía».

Preponderantemente con israelitas y cita el siguiente cuadro: Agrega que al triunfar la Revolución bolchevique, el nuevo régimen fue integrado:

Dependencias	Funcionarios	Judíos	%
Consejo de comisarios populares	22	17	77
Comisariado de Asuntos Exteriores	16	13	81
Comisariado de Hacienda	30	24	80
Comisariado de Gracia y Justicia	30	24	80
Comisariado de Instrucción Pública	53	42	79
Comisariado de Socorros Sociales	6	6	100
Comisarios de Provincias	23	21	91
Periodistas (Dirigentes)	41	41	100

«Cuando Rusia se hundió —afirma—, inmediatamente surgió el judío Kerensky. Como sus planes no fueron lo suficientemente radicales, le sucedió Trotsky. Actualmente, en Rusia (1920), en cada comisario hay un judío. De sus escondrijos irrumpen los judíos rusos como un ejército bien organizado... **Todos los banqueros judíos en Rusia permanecieron sin ser molestados, mientras que a los banqueros no judíos se les fusiló...** El bolchevismo es anticapitalista sólo contra la propiedad no judía. Si el bolchevismo hubiese sido realmente anticapitalista, hubiera matado de un solo tiro» al capitalismo judío. Pero no fue así... Sólo a los judíos se les pueden remitir víveres y auxilios de otros países, en Rusia». El mismo autor hace una cita del Dr. Jorge A. Simons, sacerdote cristiano, que escribió: «Centenares de agitadores salidos de los barrios bajos del Este de Nueva York se encontraron en el séquito de Trotsky... A muchos nos sorprendió desde un principio el elemento marcadamente judío de aquél y se comprobó muy pronto que más de la mitad de todos esos agitadores del llamado movimiento sovieta eran judíos».

Asimismo cita a William Huntington, agregado comercial americano en Petrogrado durante la revolución, quien declaró que «en Rusia todo mundo

sabe que tres cuartas partes de los jefes bolcheviques eran judíos».

Coincidiendo con todo lo anterior, el periódico ruso «Hacia Moscú», de septiembre de 1919, dijo: «*No debe olvidarse que el pueblo judío, reprimido durante siglos por reyes y señores, representa genuinamente el proletariado, la internacional propiamente dicha, lo que no tiene patria*».

Y Cohén escribía en «El Comunista», de abril de 1919: «Puede decirse sin exageración que la gran revuelta social rusa fue realizada sólo por manos judías. El símbolo del judaísmo, que durante siglos luchó contra el capitalismo, se ha convertido también en el símbolo del proletariado ruso, como resulta de la aceptación de la estrella roja de cinco puntas que como es sabido fue antiguamente el símbolo del sionismo y del judaísmo en general». Desde un punto de observación muy distante, el investigador Schubart se refiere a este mismo asunto en los siguientes términos:<sup>[7]</sup> «También la nacionalidad de los jefes bolcheviques, entre los cuales hay un gran contingente de judíos, lituanos y grusinos, indica el carácter extraño, *no ruso*, de este movimiento».

»El marxismo no tiene más que una peculiaridad que encuentra afinidad de sentir en el ruso: es el meollo mesiánico de la doctrina. Lo sintió el alma eslava con fino olfato, y lo tomó por punto de partida... El occidental siente latir más fuerte su corazón al pasar revista a sus bienes; en el ruso está vivo el sentimiento de que las posesiones nos poseen a nosotros. De que el poseer significa ser poseído, de que en medio de la riqueza se ahoga la libertad espiritual». Schubart no es el único en considerar que en la idiosincrasia rusa había propicias coyunturas para que el marxismo teórico y utópico ganara adeptos que luego se convirtieran en instrumento para los organizadores judíos. Oswald Spengler apuntó en «Decadencia de Occidente»: «*El alma rusa, alma cuyo símbolo primario es la planicie infinita, aspira a deshacerse y perderse, sierva anónima, en el mundo de los hermanos... La vida interior del ruso, mística, siente como pecado el pensamiento del dinero*».

Otro filósofo, el Conde de Keyserling<sup>[8]</sup> coincide con los dos anteriores: «Los rusos son tan profundamente religiosos en el alma que incluso el materialismo, el ateísmo, la industrialización y el plan quinquenal les sirven de iconos». Igualmente, el sacerdote jesuita norteamericano E. A. Walsh,

que vivió en la URSS en 1923, opina en su libro «Imperio Total»: «El mujik ruso, cuando está impregnado de vodka, revela una sórdida grosería y una torpe animalidad sólo limitada por la capacidad física. Pero, terminada la orgía, llorará con su prójimo en fraterna comprensión, perdonará a los ladrones, cobijará a los asesinos con compasión y manifestará instantánea simpatía hacia todos sus compañeros de peregrinación en este valle de lágrimas, y al arar exclamará: “Dios, ten piedad...!”»

Otto Skorzeny, que como oficial alemán conoció a los rusos durante cuatro años de lucha, da el testimonio de que «el soldado que fue a la guerra por el materialismo dialéctico posee, en realidad, un idealismo religioso... Casi puede decirse que el ruso, en cuanto a alcanzar su objetivo ideal, es un enemigo de lo posible: necesita objetivos lejanos y fantásticos»<sup>[9]</sup>.

Son innumerables los investigadores que habiendo estudiado la psicología del ruso coinciden en que bajo su dureza acorazada por el sufrimiento de siglos y que bajo su crueldad propia de los caracteres primitivos, late un vigoroso sentimiento místico. Y es precisamente en este sentimiento, espontáneo y de distinta índole que el pensamiento lógico, donde el marxismo israelita se injertó; donde el marxismo encontró un apoyo para erigirse en fuerza gigantesca.

El empuje indiscutible del bolchevismo surgió de dos factores: la fórmula alucinante y utópica de Marx y el sencillo misticismo de las almas rusas. Y fueron judíos quienes combinaron ambos factores como se combinan la glicerina y el ácido nítrico para obtener la dinamita.

El bolchevismo cundió luego con su propia dinámica y no requirió razones para subsistir; incluso pudo hacerlo pese a las realidades que lo contradecían. Tal es el mecanismo de los movimientos sociales que llegan a erigirse en creencias místicas o seudomísticas.

Algo de esto señala Max Eastman al afirmar: «El comunismo es una doctrina que no puede ser científica, pues es exactamente lo contrario: religión»<sup>[10]</sup>.

Y algo muy semejante señala Gustavo Le Bon en «Ayer y Mañana»: «Las creencias de forma religiosa, como el socialismo, son inmovibles porque los argumentos no hacen mella en una convicción mística... Todos los dogmas, los políticos sobre todo; se imponen generalmente por las



esperanzas que hacen nacer y no por los razonamientos que invocan... La razón no ejerce influencia alguna sobre las fuerzas místicas».

Así se explica que pese a su procedencia extranjera) pues el marxismo no era ruso ni sus propagadores tampoco, grandes masas del pueblo lo hicieron entusiastamente suyo, por lo menos en la etapa inicial. Lo captaron por una de sus fases, por la fase mística de la reivindicación del indigente, y para esta espontánea adhesión no necesitaban ni investigar orígenes ni razonar; sobre las bases científicas del movimiento.

Durante milenios el hombre ha anhelado barrer el abuso de los poderosos y disfrutar de justicia social. Al prometer la satisfacción de ese viejo anhelo, los creadores israelitas del comunismo lograron un formidable triunfo psicológico y político. Dentro de sus propias filas raciales la minoría judía de Rusia carecía de la fuerza del número, pero la conquistó entre las masas no semitas —e inclusive antisemitas— gracias a las promesas populares que el comunismo hacía. Y a fin de garantizar que esta poderosa arma política se mantuviera siempre dirigida por sus creadores, se le dio el dogma de la internacionalización, de tal manera que se cometía una herejía al querer servir al proletario sin la consigna emanada de Moscú, sede del marxismo-israelita.

Todo movimiento social que se atreviera a violar, ese dogma era objeto de la más violenta hostilidad, no porque sirviera mejor o peor los intereses del proletariado, sino porque se sustraía al control de los creadores del marxismo.

Apenas afianzado el nuevo régimen en el Poder, una súbita lucha antirreligiosa comenzó a realizarse con extraordinaria eficacia. Como si fuera obra de factores no rusos, esa lucha era sistemática y carecía de la imprevisión y de la desorganización propia del ambiente moscovita. En su implacable eficacia se advertía el sello de una mano extraña. «En la fachada del Ayuntamiento de Moscú, en vez de la imagen que se veneraba, se inscribió la frase de Lenin: “La religión es el opio del pueblo”».

Frecuentemente se ha visto que un movimiento religioso, nutriéndose de su propia fe, se lance contra otro movimiento religioso y trate de proscribirlo. Religión contra religión es un fenómeno muchas veces presenciado en la historia. Pero que en un medio eminentemente religioso

nazca un movimiento inflexiblemente ateísta, dirigido contra todas las religiones, es un fenómeno nuevo. ¿De dónde un movimiento político, que oficialmente se apoya en masas religiosas, extrae la inspiración y las energías necesarias para constituirse fanáticamente en un movimiento antirreligioso?

Ha sido, también más o menos frecuente que por conveniencias políticas un régimen hostilice a una religión y se apoye en otras. Pero en Rusia, por primera vez con inconfundible claridad y con extraordinario celo, todas las religiones empezaron a ser perseguidas en cuanto triunfó el bolchevismo.

Lo que el cristianismo padeció en la época antirreligiosa del Imperio Romano tenía la explicación de que se trataba de una religión nueva sin muchos adeptos en la masa del pueblo. En cambio, en Rusia, los sentimientos religiosos eran ya populares cuando el bolchevismo comenzó a imperar 929 años antes Rusia se había convertido al cristianismo.

Que en un pueblo sin religión se combata a una nueva religión, parece explicable; pero que en un pueblo religioso surja un régimen intransigentemente antirreligioso, es un fenómeno de orígenes extraños al pueblo mismo. Y tal fue lo que sucedió en Rusia.

El teniente coronel Carlos R. Berzunza dice en su, resumen histórico: «Numerosas iglesias fueron convertidas en teatros. La revolución inició luego la lucha contra todas las religiones, por todos los medios... Se prohibió la enseñanza religiosa a menores de 18 años. La iglesia protestó. De 900 conventos fueron arrasados 722»<sup>[11]</sup>.

La resistencia de los fieles fue casi pulverizada y 29 obispos y 1,219 sacerdotes pagaron con sus vidas la oposición al régimen y fueron las primeras víctimas de una serie de ejecuciones bolcheviques que más tarde recibieron el nombre de «purgas». Para el 7 de noviembre de 1923 la primera ola de «purgas» había aniquilado a 6,000 profesores, 9,000 médicos, 54,000 oficiales, 260,000 soldados, 70,000 policías, 12,000 propietarios, 355,000 intelectuales, 193,290 obreros y 815,950 campesinos, en mayor o menor grado culpables de oposición. Esta furia aparentemente ciega tenía por objeto aniquilar a la clase pensante y a los núcleos que podían inspirar y organizar la resistencia al nuevo régimen.

En cuanto a los orígenes antirreligiosos del bolchevismo son evidentes. Supuesto que no residían en las masas populares, ni tampoco en ninguna otra religión con predominio en Rusia, se hallaban exclusivamente entre los organizadores israelitas del movimiento revolucionario. El judío A. L. Patkin, miembro del primer consejo de Moscú bajo los rojos, en 1917, dice que «el marxismo es la concha, pero en su interior está la sociología»<sup>[12]</sup>.

En general todos los instauradores del comunismo soviético seguían la sentencia de Marx: «El judaísmo es la muerte del cristianismo»<sup>[13]</sup>.

Ciertamente la masonería también fue un factor en esa lucha antirreligiosa, pero en última instancia la masonería es sólo uno de los brazos del judaísmo. Este creó en Egipto las primeras células secretas en el siglo XV antes de nuestra era, cuando los judíos necesitaron protegerse y ayudarse eficazmente bajo el dominio de los faraones.

Siglos después esa sociedad se hizo extensiva a los no judíos, con objeto de aprovecharlos para los fines políticos israelitas, y se le dio un aspecto de fraternidad y liberalismo. Persistió, sin embargo, el ambiente de misterio bajo el cual había nacido la masonería, y todavía un enorme número de masones ignora hoy su vinculación con el movimiento político judío, a pesar de que son de origen hebreo todos los nombres de sus grados, sus símbolos y sus palabras de paso, como Jehová, Zabulón, Nelcam, Nelcar, Adonai, etc. Esto puede comprobarlo cualquier «iniciado» que conozca a la vez la historia judía.<sup>[14]</sup>

Por eso es que desde el grado tercero de la masonería se designa con símbolos judíos a Jesucristo, a la Iglesia y a los cristianos, como la «ignorancia», el «fanatismo» y la «superstición», respectivamente (Jubetes, Jubelós, y Jubelum), y se plantea simbólicamente la lucha contra ellos.

Ya en 1860 el español Vicente de la Fuente había escrito en «Historia de las Sociedades Secretas»:

«Esa sociedad proscrita en todas partes, y que en todas partes se halla sin patria, que en tal concepto desprecia las ideas de nacionalidad y patria, sustituyéndolas con un frío y escéptico cosmopolitismo, ésa tiene la clave de la francmasonería. El calendario, los ritos, los mitos, las denominaciones de varios objetos suyos, todos son tomados precisamente de esa sociedad proscrita: el judaísmo.

»La francmasonería en su principio es una institución peculiar de los judíos, hija del estado en que vivían, creada por ellos para reconocerse, apoyarse y entenderse sin ser sorprendidos en sus secretos, buscarse auxiliares poderosos en todos los países, atraer a sí a todos los descontentos políticos, proteger a todos los enemigos del cristianismo.

»Es público que todos los periódicos más revolucionarios e impíos de Europa están comprados por los judíos, o reciben subvenciones de ellos y de sus poderosos banqueros, los cuales a la vez son francmasones».

Este paralelismo del judaísmo político y de la masonería lo confiesa el propio israelita Trotsky en su biografía, al referirse a su encarcelamiento de 1898. «Hasta entonces —dice— no había tenido ocasión de consultar las obras fundamentales del marxismo. Los estudios sobre la masonería me dieron ocasión para contrastar y revisar mis ideas. No había descubierto nada nuevo». («Mi Vida». León Trotsky).

Todo lo anterior explica el carácter furiosamente antirreligioso de la época actual de la historia rusa. Una época categóricamente materialista y antirreligiosa, tal como la delineó Marx en su «Introducción a la Filosofía del Derecho, de Hegel», al afirmar que sólo existe la materia. Una época tal como la planeó Lenin al afirmar que «el socialismo, por medio de la ciencia, combate el humo de la religión».

En 37 diversas dependencias de las primeras fases del Estado Soviético figuraron 459 dirigentes de origen judío y 43 rusos, cuyos nombres y cargos aparecen especificados en el libro «La Gran Conspiración Judía», de Traian Romanescu.

## **ALEMANIA META INMEDIATA DEL MARXISMO**

En la segunda mitad del siglo pasado, mientras que en Rusia se abrían paso las doctrinas revolucionarias marxistas, el Imperio Alemán resurgía en 1871 forjado en la victoria de Sedán, bajo Guillermo I. Este segundo Reich era la cúspide de fuerzas cuya inquietud brillaba precisamente entonces en diversas ramas del saber: Goethe en la literatura; Beethoven, Mozart y Wagner en la música; Kant y Schopenhauer en la filosofía; Von Moltke en la milicia; Kirchhoff y Bunsen en la física y la química, y Nipkow en la mecánica.

Sin embargo, en el campo de la política el alemán no tenía nada nuevo bajo la férrea forma de su imperio, y esto hizo creer a los propulsores israelitas del marxismo que sería fácil asentar en Alemania la primera base de la «revolución mundial».

En efecto, Karl Marx (judío originalmente llamado Kissel Mordekay) y su compatriota Frederik Engels, quisieron que el marxismo se materializara en régimen político primero en Alemania y después en Rusia. En su «Manifiesto Comunista» de 1848, ambos israelitas especificaron: «A Alemania sobre todo es hacia donde se concentra la atención de los comunistas, porque Alemania se encuentra en vísperas de una revolución burguesa y porque realizará esta revolución en condiciones más avanzadas de la civilización europea y con un proletariado infinitamente más desarrollado...» Pero un año después de publicado el Manifiesto Comunista, el marxismo sufrió un golpe inesperado en Alemania. Su primer intento para apoderarse de las masas proletarias fracasó en junio de 1849. La disciplina y el nacionalismo inculcados por la milicia eran una barrera ante

la revolución internacionalizada del marxismo. El general Helmuth von Moltke señalaba que ese «cólera moral» fascinaba a los demócratas y se extendía por toda Europa reclutando en sus filas «abogados, literatos y tenientes echados del servicio».

En 1864 Marx fundó la Primera Internacional para impulsar la agitación internacional, particularmente en Alemania y Rusia. El comunismo anhelaba el control de Alemania por sus capacidades industriales y guerreras y el de Rusia por sus vastos recursos naturales y humanos. **Ya en 1776 el judío alemán Adán Weishaupt había creado la secta masónica de los Iluminados de Baviera**, que con el señuelo de dar el dominio político mundial a los germanos pretendió utilizarlos para extender todos los principios que más tarde aprovechó Marx en sus teorías. Pero esta secta fue prohibida y no alcanzó sus metas en Alemania, aunque sí fue uno de los movimientos precursores de la Revolución Francesa<sup>[15]</sup>.

Más tarde, Lenin insistía en el sueño de Weishaupt y de Marx y les decía a sus legionarios que la tarea inmediata era «unir el proletariado industrial de Alemania, Austria y Checoslovaquia/con el proletariado de Rusia creando así una, poderosa combinación industrial y agraria desde Vladibostock hasta el Rhin». Y varios intentos se realizaron con este objeto. «Lenin dijo un día que si era preciso sacrificar la revolución rusa a la revolución alemana, que representaba muchas más probabilidades de buen éxito, no dudaría en hacerlo. Las riquezas agrícolas de Rusia y las riquezas industriales de Alemania formarían una potencia gigantesca»<sup>[16]</sup>.

El propio Lenin dijo también al general Alí Fuad Bajá, primer embajador turco en la URSS: «Si Alemania acepta la doctrina bolchevique me trasladaré inmediatamente de Moscú a Berlín. Los alemanes son gente de principios y permanecen fieles a las ideas una vez que han aceptado su verdad. Proporcionarán un medio mucho más favorable para la propagación de la revolución mundial que los rusos, cuya conversión exigirá mucho tiempo»<sup>[17]</sup>.

Pero el arraigado patriotismo del alemán era un obstáculo para eso. Aun abrazando el marxismo, lo privaba de su sello internacionalista. John Plamenats refiere que Lasalle, judío fundador del Partido Socialista Alemán, no pudo llegar a proclamar abiertamente el comunismo. Sin

embargo, la doctrina hacía progresos y Plamenats afirma que el «Partido Democrático Socialista Alemán adoptó un programa completamente marxista en espíritu. Entre tanto, la industria alemana se desarrollaba rápidamente, y en poco tiempo, este partido se convirtió en el más grande del Estado. Lenin creía que con ayuda de los trabajadores alemanes, los rusos podrían evitar los peligros que de otro modo se derivarían de una Revolución prematura»<sup>[18]</sup>.

En vísperas de la primera guerra mundial el marxismo luchaba con igual denuedo en Rusia y en Alemania, si bien con distinta táctica.

En Alemania había mejor información sobre los orígenes de las diversas tendencias políticas y esto impedía que muchos cayeran en redes hábilmente tendidas. El periodista Marr, el historiador Treitschke, el pastor Stoecker, el filósofo Duehring y el profesor Rohling llamaron frecuentemente la atención sobre la secreta influencia del judaísmo y habían gestionado con Bismarck que se le refrenara. Pero de todas maneras el Partido Democrático Socialista Alemán, con inspiración marxista, iba ganando terreno en los sindicatos.

Años más tarde —a principios de 1913—, un joven descendiente de aldeanos, de 20 años de edad, que de peón había ascendido a acuarelista, reflexionaba en Munich que «la nación no era —según los marxistas— otra cosa que una invención de los capitalistas; la patria, un instrumento de la burguesía, destinado a explotar a la clase obrera; la autoridad de la ley, un medio de subyugar al proletariado; la escuela, una institución para educar esclavos y también amos; la religión, un recurso para idiotizar a la masa predestinada a la explotación; la moral, signo de estúpida resignación, etc. Nada había, pues, que no fuese arrojado en el lodo más inmundo».

Ese joven artesano, llamado Adolf Hitler, era partidario del sindicalismo, pero no bajo la inspiración internacionalista de Marx, sino bajo el ideal nacionalista de Patria y de Raza. «Esta necesidad —la de los sindicatos y su lucha— tendrá que considerarse como justificada mientras entre los patrones existen hombres no sólo faltos de todo sentimiento para con los demás, sino carentes de comprensión hasta para los más elementales derechos humanos. Él sindicalismo, en sí, no es sinónimo de “antagonismo social”; es el marxismo quien ha hecho de él un instrumento para la lucha

de clases... La huelga es un recurso que puede o que ha de emplearse mientras no exista un Estado racial, encargado de velar por la protección y el bienestar de todos, en lugar de fomentar la lucha entre los dos grandes grupos —patrones y obreros— y cuya consecuencia, en forma de la disminución de la producción, perjudica siempre los intereses de la comunidad».

Concebía entonces que en el futuro «dejarán de estrellarse los unos contra los otros —obreros y patrones— en la lucha de salarios y tarifas, que daña a ambos, y de común acuerdo arreglarán sus divergencias ante una instancia superior imbuida en la luminosa divisa del bien de la colectividad y del Estado... Es absurdo y falso afirmar —decía— que el movimiento sindicalista sea en sí contrario al interés patrio. Si la acción sindicalista tiende y logra el mejoramiento de las condiciones de vida de aquella clase y constituye una de las columnas fundamentales de la nación, obra no sólo como no enemiga de la patria o del Estado, sino nacionalmente en el más puro sentido de la palabra. Su razón de ser está, por tanto, totalmente fuera de duda». Con la impetuosidad propia de su edad, y además de su carácter, Hitler trataba de persuadir a sus compañeros de que la defensa del proletariado no era la meta del marxismo, ya que si el proletariado llegaba a satisfacer sus propias necesidades, desaparecería como instrumento de lucha de quienes acaudillaban el marxismo.

Ahondando en esta hipótesis, llegó a un punto que habría de ser elemento básico en la génesis del nacionalsocialismo, sistema político que luego se divulgó con el apócope de «nazi». Por ese entonces —según posteriormente refirió— creía que los judíos nacidos en Alemania sólo se diferenciaban en la religión:

«El que por eso se persiguiese a los judíos como creía yo, hacía que muchas veces mi desagrado frente a exclamaciones deprimentes para ellos subiese de punto... Tuve una lucha para rectificar mi criterio...

»Esta fue sin duda la más trascendental de las transformaciones que experimenté entonces; ella me costó una intensa lucha interior entre la razón y el sentimiento... Se trataba de un gran movimiento que tendía a establecer claramente el carácter racial del judaísmo: el sionismo... Tropecé con él inesperadamente donde menos lo hubiera podido suponer; judíos



eran los dirigentes del Partido Social Demócrata. Con esta revelación debió terminar en mí un proceso de larga lucha interior. Examiné casi todos los nombres de los dirigentes del Partido Social Demócrata; en su gran mayoría pertenecían al pueblo elegido; lo mismo si se trataba de representantes en el Reichstag que de los secretarios de las asociaciones sindicalistas, que de los presidentes de las organizaciones del Partido, que de los agitadores populares... Austerlitz, David, Adler, Allenbogen, etc.

»Un grave cargo más pesó sobre el judaísmo ante mis ojos cuando me di cuenta de sus manejos en la prensa, en el arte, en la literatura y el teatro. Comencé por estudiar detenidamente, los nombres de todos los autores de inmundas producciones en el campo de la actividad artística en general. El resultado de ello fue una creciente animadversión de mi parte hacia los judíos. Era innegable el hecho de que las nueve décimas partes de la literatura sórdida, de la trivialidad en el arte y el disparate en el teatro, gravitaban en el deber de una raza que apenas si constituía una centésima parte de la población total del país...

»Ahora veía bajo otro aspecto la tendencia liberal de esa prensa. El tono moderado de sus réplicas o su silencio de tumba ante los ataques que se le dirigían debieron reflejarseme como un juego a la par hábil y villano. Sus críticas glorificantes de teatro estaban siempre destinadas al autor judío y jamás una apreciación negativa recaía sobre otro que no fuese un alemán. El sentido de todo era tan visiblemente lesivo al germanismo, que su propósito no podía ser sino deliberado».

## PARÉNTESIS DE GUERRA

Tal fue, en síntesis, el proceso del nacimiento del nacionalsocialismo: frente al carácter internacionalista del marxismo, un categórico nacionalismo apoyado en las ideas de patria, de raza; frente al exclusivismo autoritario de la doctrina de Marx; un exclusivismo nacional —igual o mayor que aquél—; frente al origen político-israelita de la doctrina, un antisemitismo político<sup>[19]</sup>.

Los gérmenes del nuevo movimiento se habían perfilado ya, pero tan sólo en la mente del oscuro acuarelista. El estallido de la guerra de 1914 lo sacó de sus disquisiciones.

La víspera de que el conflicto armado se generalizara con la declaración inglesa de guerra contra Alemania, Adolfo Hitler se enroló como voluntario en el 16º regimiento bávaro de infantería, el 3 de agosto de 1914.

Luego combatió en el frente de Flandes y después en el Somme, donde fue ascendido a cabo y ganó la «Cruz de Hierro», que es el máximo orgullo del soldado alemán. El 7 de octubre de 1916 cayó herido y se le trasladó a un hospital cercano a Berlín. Según sus propias palabras, desde allí pudo darse cuenta de que el «frente férreo de los grises cascos de acero; frente inquebrantable, firme monumento de inmortalidad», no tenía igual solidez en la retaguardia, donde el creciente marxismo socavaba el espíritu de resistencia. Esa situación empezó a hacer crisis a principios de 1918 al estallar una huelga de municiones, que aunque prematura y fallida, causó un efecto desastroso en la moral.

«¿Por qué el ejército seguía luchando si es que el pueblo mismo no quería la victoria?»

»¿A qué conducían entonces los enormes sacrificios y las privaciones? El soldado peleaba por la victoria y el país le oponía la huelga<sup>[20]</sup>.

»Las nuevas reservas arrojadas al frente —añade fracasaron completamente. ¡Venían de la retaguardia...! El judío internacional Kurt Eisner comenzó a intrigar en Baviera contra Prusia. No obraba ni en lo más mínimo animado del propósito de servir intereses de Baviera, sino llanamente, como un ejecutor del judaísmo. Explotó los instintos y antipatías, del pueblo bávaro para poder, por ese medio, desmoronar más fácilmente a Alemania».

Y así comenzó a repetirse en Alemania aquella agitación; marxista; que un año antes minó a Rusia y la hizo capitular en la guerra internacional para sumirla en la revolución bolchevique. La base naval alemana de Kiel fue el escenario del primer levantamiento, tal como la base naval de Kronstadt había sido el del primer levantamiento formal de los soviéticos. «Así —dice la Enciclopedia Espasa— toda resistencia resultaba imposible, aunque de haberla podido prolongar unos días hubiera dado a Alemania la posibilidad de una paz mejor... En Baviera proclaman la república... Fórmense consejos de obreros y soldados. Los soldados desarman a los oficiales y, si resisten, los matan... La bandera roja ondea en todos los arsenales alemanes... Alemania toma un aspecto bolchevique. El emperador abdica (día 9 de noviembre de 1918) quedando proclamada la república con un carácter francamente radical y pareciendo un remedo de la república rusa».

Entretanto, el cabo Hitler había vuelto al frente, había sido alcanzado por el gas británico «cruz amarilla y casi ciego fue internado en el hospital Pasewallc, de Pomerania»

«El 10 de noviembre —refiere en “Mi Lucha”— vino el pastor del hospital para dirigirnos algunas palabras... parecía temblar intensamente al comunicarnos que la Casa de los Hohenzollern había dejado de llevar la corona imperial... Pero cuando él siguió informándonos que nos habíamos visto obligados a dar término a la larga contienda, que nuestra patria, por haber perdido la guerra y estar ahora a merced del vencedor, quedaba expuesta en el futuro a graves humillaciones, entonces no pude más.

»Mis ojos se nublaron y a tientas regresé a la sala de enfermos, donde me dejé caer sobre mi lecho, ocultando mi confundida cabeza entre las

almohadas. Desde el día en que me vi ante la tumba de mi madre, no había llorado jamás. Cuando en mi juventud el destino me golpeaba despiadadamente, mi espíritu se reconfortaba; cuando en los largos años de la guerra, la muerte arrebató de mi lado a compañeros, y camaradas queridos, habría parecido casi un pecado el sollozar. ¡Morían por Alemania! Y cuando finalmente, en los últimos días de la terrible contienda, el gas deslizándose imperceptiblemente, comenzara a corroer mis ojos, y yo, ante la horrible idea de perder para siempre la vista, estuviera a punto de desesperar, la voz de la conciencia clamó en mí: ¡Infeliz! ¿Llorar mientras miles de camaradas sufren cien veces más que tú? Y mudo soporté el destino.

»Pero ahora era diferente porque ¡todo sufrimiento material desaparecía ante la desgracia de la patria! Todo había sido, pues, inútil; en vano todos los sacrificios y todas las privaciones, inútiles los tormentos del hambre y de la sed; durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que entre las garras de la muerte, cumplíamos, a pesar de todo, nuestro deber; infructuoso, en fin, el sacrificio de dos millones de vidas.

»¿Acaso habían muerto para eso los soldados de agosto y septiembre de 1914 y luego seguido su ejemplo en aquél otoño, los bravos regimientos de jóvenes voluntarios? ¿Acaso para eso cayeron en la tierra de Flandes aquellos muchachos de 17 años?...

»Guillermo II había sido el primero que, como emperador alemán, tendiera la mano conciliadora a los dirigentes del marxismo sin darse cuenta de que los villanos no saben de honor; mientras en su diestra tenían la mano del Emperador, con la izquierda buscaban el puñal.

»¡Había decidido dedicarme a la política!»

Como consecuencia del tratado de paz, se privó a Alemania de 70.580 kilómetros cuadrados de territorio metropolitano, con 6.475,000 habitantes; además de 2.952,600 kilómetros cuadrados de colonias, y se le fijaron reparaciones por valor de 90,000 millones de marcos oro. Lo que había sido el II Reich quedó reducido a 472,000 kilómetros cuadrados (poco menos que la cuarta parte de Méjico), con 68 millones de habitantes.

Aprovechando el malestar de la guerra perdida —tal como ocurrió en Rusia— el marxismo hizo un supremo esfuerzo en Alemania por establecer

el Estado soviético. Los motines y los paros se utilizaron pródigamente para atemorizar y dominar, pero los revolucionarios tropezaron con una oposición nacionalista más poderosa y consciente que la habida en Rusia. Los agitadores israelitas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo lucharon frenéticamente estableciendo «soviets» en diversas poblaciones hasta que fueron muertos por un soldado. En Munich, el israelita Eisner proclamó en 1919 un régimen francamente soviético, pero después de cuatro semanas fue derrocado en sangrientas luchas callejeras. El ejército repudiaba al bolchevismo y como la gran masa del pueblo seguía queriendo y respetando al ejército, los marxistas tuvieron que limitar sus ambiciones. En Berlín fueron dominados después de que hubo más de mil muertos.

Friedrich Ebert, que en plena guerra había votado por la continuación de la huelga en las fábricas de municiones, logró escalar la Presidencia de la Nueva República y establecer un régimen que aunque todavía muy distante del radicalismo soviético, le seguía los pasos a prudente distancia. Toda la maquinaria oficial adquirió cierto matiz anticristiano y benevolente tolerancia hacia el marxismo, actitudes que hasta entonces no había adoptado ningún gobierno alemán. En 1918 la nueva Constitución alemana fue «delineada por un jurisconsulto judío, Hugo Preuss», según dice el israelita Salomón Resnick, en «Cinco Ensayos Sobre Temas Judíos».

## FACTOR SECRETO EN LA DERROTA ALEMANA

La revolución marxista soviética de 1917 y la revolución marxista alemana de 1918 tuvieron un mismo origen. Desde 1848 era público que Marx y Engels buscaban la conquista del proletariado germano; luego Lenin, Trotsky y otros israelitas proclamaron como meta la unificación e internacionalización de las masas rusa y alemana.

Al caer el Emperador Guillermo III, como cuando en Rusia cayó el zar, los israelitas aumentaron su influencia en Alemania:

«Al terminar la guerra —dice Henry Ford— los gananciosos fueron los judíos... En Alemania (1918) controlaron: Rosenfeld el Ministerio de Gracia y Justicia; Hirsch, Gobernación; Simón, Hacienda; Futran, Dirección de Enseñanza; Kastenbergl, Dirección del Negociado de Letras y Artes; Wurm, Secretario de Alimentación; R. Hirsch y Dr. Stadhagen, Ministerio de Fomento; Cohén, Presidente del Consejo de Obreros y Soldados, cuyos colaboradores judíos eran Stern, Herz, Loswemberg, Frankel, Israelowitz, Laubeheim, Seligschen Katzenstein, Lauffenberg, Heimann, Schlesinger, Merz y Weyl. Nunca la influencia judía había sido mayor en Alemania, y se erigió mediante la ayuda del bolchevismo disfrazado de socialismo, del control de la prensa, de la industria y de la alimentación.

»Los judíos-alemanes Félix y Paul Warburg cooperaban en Estados Unidos, en el esfuerzo bélico contra Alemania. Su hermano Máximo Warburg alternaba, entretanto, con el gobierno alemán. Los hermanos se encontraron en París, en 1919, como representantes de “sus” respectivos gobiernos y como delegados de la paz...<sup>[21]</sup>. Mediante empréstitos, los

judíos se infiltraron en las cortes, lo mismo en Rusia que en Alemania o Inglaterra. Su táctica recomienda **ir derecho al cuartel general**.

»Más coincidencias: Walter Rathenau, judío, era el único que poseía la comunicación telefónica directa con el Káiser. En la Casa Blanca, de Washington influían también varios judíos...

»Al Estado Judío Internacional que vive secretamente entre los demás Estados, le llaman en Alemania “Pan-Judea”. Sus principales medios de dominación son capitalismo y prensa. La primera sede de “Pan-Judea” fue París; luego pasó a Londres, antes de la Guerra, y ahora parece que se trasladará a Nueva York (1920). Como Pan-Judea dispone de las fuentes de información del mundo entero, puede ir preparando la opinión pública mundial para sus fines más inmediatos...

»El Berliner Tageblatt y la Munchener Neuste Nachrichten fueron durante la guerra órganos officiosos del gobierno alemán, y sin embargo, defendían decididamente los intereses judíos. La “Frankfurter Zeitung”, de la que dependen muchos otros diarios, es genuinamente judía».

Muy distante del fabricante norteamericano de automóviles que hacía estas observaciones, el general Ludendorff, estratega alemán, «no se explicaba la derrota, de 1918 y presintió que allí actuaban fuerzas ocultas que no encajaban en los cálculos del Estado Mayor». Después de hacer estudios e investigaciones en este sentido, afirmó que las fuerzas responsables de la derrota de Alemania constituían el poderío secreto del mundo, formado por judíos y masones. Con base en diversos documentos aseguró que éstos habían estorbado la producción de guerra y fomentado la desmoralización en la retaguardia. En su testamento recomendaba a los alemanes un esfuerzo supremo, económico, militar y psicológico, a fin de sacudir la influencia del poderío secreto del mundo. («La Guerra Total»).

Entretanto, con el uniforme de cabo, Adolfo Hitler ya no pensaba en la arquitectura —que fue su ambición anterior a la guerra—, sino en la «política». Le había impresionado sobremanera el triunfo total del marxismo en Rusia y los progresos arrolladores que hacía en Alemania. Lenin anunciaba que las dos primeras etapas del movimiento se habían cumplido ya, dentro de Rusia, y las siguientes se desarrollarían hacia el

exterior mediante el apoyo de la dictadura erigida en la URSS. Polonia, inmediatamente, y Alemania después, eran los objetivos más cercanos.

Hitler argumentaba que las derrotas militares no habían sido la causa de la capitulación, porque eran mucho menores a los triunfos alcanzados. Tampoco creía que la economía fuera la culpable de la rendición, pues el esfuerzo bélico de cuatro años se apoyó más en factores espirituales de heroísmo y organización que en bases económicas. Y concluía que todo se había comenzado a minar ya desde años atrás y que la capitulación de 1918 era sólo el primer efecto visible de esa lenta corrosión interior.

Sin duda algo flotaba en el ambiente y era percibido por todos. Lo que Henry Ford denunciaba desde Norteamérica como hegemonía israelita, el general Ludendorff lo identificaba entre sus documentos de Estado Mayor como «poderío secreto del mundo», y un cabo desconocido lo refería así desde su punto de vista de hombre de la masa del pueblo:

»¿No fue la prensa —decía— la que en constantes agresiones minaba los fundamentos de la autoridad estatal hasta el punto de que bastó un simple golpe para derrumbarlo todo? Finalmente, ¿no fue esa misma prensa la que desacreditó al ejército mediante una crítica sistemática, sabotando el servicio militar obligatorio e instigando a negar créditos para el ramo de guerra? «Karl Marx fue, entre millones, realmente el único que con su visión de profeta descubriera en el fango de una humanidad paulatinamente envilecida, los elementos esenciales del veneno social y supo reunirlos cual un genio de la magia negra, en una solución concentrada para poder destruir así con mayor celeridad, la vida independiente de las naciones soberanas del orbe. Y todo esto, al servicio de su propia raza.

»Adquiriendo acciones entra el judío en la industria; gracias a la Bolsa crece su poder en el terreno económico... Tiene en la francmasonería, que cayó completamente en sus manos, un magnífico instrumento para cohonestar y lograr la realización de sus fines. Los círculos oficiales, del mismo modo que las esferas superiores de la burguesía política y económica, se dejan coger insensiblemente en el garlito judío por medio de los lazos masónicos... **Junto a la francmasonería está la prensa** como una segunda arma al servicio del judaísmo. Con rara perseverancia y suma habilidad sabe el judío apoderarse de la prensa, mediante cuya ayuda



comienza paulatinamente a cercenar y a sofisticar, a manejar y a mover el conjunto de la vida pública.

»Políticamente —añadía Hitler— el judío acaba por sustituir la idea de la democracia por la de la dictadura del proletariado. El ejemplo más terrible en ese orden lo ofrece Rusia, donde el judío, con un salvajismo realmente fanático, hizo perecer de hambre o bajo torturas feroces a treinta millones de personas, con el solo fin de asegurar de este modo a una caterva de judíos, literatos y bandidos de Bolsa, la hegemonía sobre todo un pueblo».

Y el hecho de que el triunfo marxista no fuera tan definitivo en Alemania, se lo explicaba así en 1920:

«El pueblo alemán no estaba todavía maduro para ser arrastrado al sangriento fango bolchevique, como ocurrió con el pueblo ruso. En buena parte se debía esto a la homogeneidad racial existente en Alemania entre la clase intelectual y la clase obrera;, además, a la sistemática penetración de las vastas capas del pueblo con elementos de cultura, fenómeno que encuentra paralelo sólo en los otros Estados occidentales de Europa y que en Rusia es totalmente desconocido. Allí, la clase intelectual estaba constituida, en su mayoría, por elementos de nacionalidad extraña al pueblo ruso o por lo menos de raza no eslava. Tan pronto como en Rusia fue posible movilizar la masa ignara y analfabeta en contra de la escasa capa intelectual que no guardaba contacto alguno con aquélla, estuvo echada la suerte de este país y ganada la revolución.

»El analfabeto ruso quedó con ello convertido en el esclavo indefenso de sus dictadores judíos, los cuales eran lo suficientemente perspicaces para hacer que su férula llevase el sello de la **dictadura del pueblo**.

»La bolchevización de Alemania, esto es, el exterminio de la clase pensante nacional-racista, logrando con ello la posibilidad de someter al yugo internacional de las finanzas judías, las fuentes de producción alemanas, no es más que el preludio de la propagación de la tendencia judía de conquista mundial.

»Como tantas veces en la historia, Alemania constituye también en este caso el punto central de una lucha gigantesca. Si nuestro pueblo y nuestro Estado sucumben bajo la presión de esos tiranos, ávidos de sangre y de

dinero, el orbe entero será presa de sus tentáculos de pulpo; mas si Alemania alcanza a librarse de este atrozamiento, podrá decirse que para todo el mundo quedó anulado uno de los mayores peligros».

## **CAPÍTULO II**

**Hitler hacia el Oriente (1919-1936)**

## CAMBIO DE RUMBO PARA ALEMANIA

Apoyándose en la agitación y en la predisposición mística de las masas rusas, en 1919 el marxismo ya había logrado derrocar el imperio de los zares y apoyándose en los obreros alemanes socialdemócratas y en el malestar provocado por la guerra ya había conseguido abatir la Casa Imperial de los Hohenzollern. (Hohenstaufen) Su plan de conquista — llamada por los propios marxistas revolución mundial— se había anotado dos triunfos importantes.

El cabo Hitler comenzó entonces a proclamar en improvisados mitines que Alemania debería zanjar definitivamente sus querellas con Inglaterra y Francia (es decir, con el Mundo Occidental), y encaminar todo su esfuerzo a aniquilar al comunismo. Veía en esta dictadura el peligro peor y más auténtico contra Alemania y Europa entera.

Así nació el pensamiento básico que determinó la doctrina política de Hitler, primero, y luego de Alemania toda. Hitler consideró al pueblo ruso un conglomerado de razas ignaras dominadas por la fuerza de un núcleo marxista-judío y convertidas en un instrumento para el dominio de otros pueblos. Y consideró que Alemania debería luchar contra la URSS en defensa propia. El crecimiento del Reich a costa del suelo soviético sería la compensación material de esa lucha.

El mismo año de 1919 llegó a creer que tal política contaría con el apoyo de las naciones occidentales, también amenazadas por la «revolución mundial» que anunciaban Lenin y los demás exegetas del marxismo. Desde entonces comenzaron, pues, a delimitarse los campos de la nueva contienda, Hitler y sus partidarios se declaraban categóricamente enemigos del movimiento político judío representado en el Oriente por el marxismo, y a

la vez se declaraban enemigos de las masas soviéticas, a las que consideraban ya como instrumento de aquel movimiento, carentes de voluntad y destino propios...

Es curioso observar que en 1886 Nietzsche había previsto en «Más Allá del Bien y del Mal»; «Alemania está indigesta de hebreos. Los hebreos son sin disputa la raza más tenaz y genuina que vive en Europa. Saben abrirse paso en las peores condiciones, quizá mejor que en las condiciones favorables... Un pensador que medite sobre el porvenir de Europa deberá contar con los hebreos y con los rusos como los factores más probables, y seguros en la gran lucha».

Y ambos factores, que iban a probar su eficacia en «la gran lucha», fueron precisamente los dos enemigos que desde 1919 escogió Adolfo Hitler. Ya en 1912, siendo entonces acuarelista, consideraba que el problema del crecimiento de Alemania no debía resolverse restringiendo la natalidad, como lo proclamaba el médico israelita Magnus Hirschfeld; la colonización interior era sólo un calmante; y en cuanto a la colonización ultramarina, la juzgaba inconveniente porque daría lugar a choques con el Imperio Británico. Esto se hallaba en pugna con su idea básica de marchar contra la URSS y no contra Occidente.

«En consecuencia —decía—, la única posibilidad hacia la realización de una sana política territorial reside para Alemania en la adquisición de nuevas tierras en el Continente mismo... Y si esa adquisición quería hacerse en Europa, no podía ser en resumen sino a costa de Rusia. Por cierto que para una política de esa tendencia, había en Europa un solo aliado posible: Inglaterra»<sup>[22]</sup>.

Posteriormente, al escribir la segunda parte de «Mi Lucha», Hitler entró en más pormenores respecto a su idea de frustrar la absorción marxista de Rusia y de que el crecimiento de Alemania se hiciera a costa de las vastas extensiones territoriales soviéticas.

«La pretensión —añadía— de restablecer las fronteras de 1914 constituye una insensatez política de proporciones y consecuencias tales, que la revelan como un crimen.

»No debe olvidarse jamás que el judío internacional, soberano absoluto de la Rusia de hoy, no ve en Alemania un aliado posible, sino un Estado

predestinado a la misma suerte política. Alemania constituye para el bolchevismo el gran objetivo de su lucha. Se requiere todo el valor de una idea nueva, encarnando una misión, para arrancar una vez más a nuestro pueblo de la estrangulación de esta serpiente internacional...

»Confieso francamente que ya en la época de la anteguerra, me habría parecido más conveniente que Alemania, renunciando a su insensata política colonial y, consiguientemente, al incremento de su flota mercante y de guerra, hubiese pactado con Inglaterra en contra de Rusia y pasado así de su trivial política cosmopolita, a una política europea resuelta, de tendencia territorial en el continente».

## EL PRIMER PARTIDO ANTICOMUNISTA

El ejército alemán —reducido a cien mil hombres por el Tratado de Versalles—, veía con creciente inquietud cómo proliferaba el marxismo. Aunque los militares no podían actuar en política, algunos jefes se esforzaban cuando menos por mantenerse al tanto de los planes de las organizaciones izquierdistas. Era natural que para ellos, que como, soldados se habían formado en el culto de la Patria, de la bandera y de la propia nacionalidad, resultaran particularmente repugnantes las doctrinas izquierdistas que consideraban la Patria como un mito y la internacionalización del proletariado como la muerte del ideal nacionalista. Tan era así que muchos militares fueron como voluntarios en 1919 a combatir a los bolcheviques en Letonia y Lituania, hasta que las potencias aliadas hicieron presión sobre Alemania, para que prohibiera esas actividades. Nadie se explicó entonces esa medida que favorecía al comunismo soviético.

El cabo Adolf Hitler fue comisionado en enero de 1919 para observar las actividades de algunos nacientes «consejos de soldados», similares a los soviets de Rusia. Con el mismo fin visitó la asamblea del naciente Partido Obrero Alemán. Fue ése un instante pleno de futuro.

Propiamente el partido no existía más que en la mente de sus proyectistas Harrer y Antonio Drexler. Una escasa y heterogénea concurrencia escuchaba planes. Entre los oradores figuraba un profesor que abogaba por la desmembración de Alemania, de acuerdo con las ideas que había propalado el israelita Kurt Eisner, consistente en que Baviera debería desligarse de Prusia.

Olvidando su papel de neutro observador, Hitler pidió la palabra. Fue tan violento su discurso que el profesor abandonó la sala. Terminada la sesión, Hitler averiguó más detalles acerca del naciente partido. No había nada: «Ni un volante de propaganda; se carecía de tarjetas de identificación para los miembros del partido; por último, hasta de un pobre sello. En realidad, sólo se contaba con fe y buena voluntad... Desde aquel momento —escribió Hitler— desapareció para mí todo motivo de hilaridad y tomé las cosas en serio».

Aunque desde el 10 de noviembre de 1918, cuando decidió dedicarse a la política, Hitler alentaba la idea de formar un partido y decía que era más fácil forjar algo nuevo que rectificar lo existente, accedió a ingresar al Partido Obrero Alemán como miembro número siete.

De acuerdo con sus seis compañeros procedió luego a redactar invitaciones en máquina, para buscar nuevos adeptos.

«Recuerdo todavía cómo yo mismo en aquel primer tiempo, distribuí un día personalmente, en las respectivas casas, ochenta de esas invitaciones, y recuerdo también cómo esperamos aquella noche la presencia de las masas populares que debían venir. Pero las masas no llegaron y la sesión se efectuó con Los siete miembros de costumbre».

Mediante un aviso en el «Münchener Beobachter», más tarde lograron reunir 111 personas en el «Hofvrauhaus Keller», de Munich.

Los partidarios aumentaban con exasperante lentitud. Entretanto, los organizadores se reunían en una cervecería a cambiar impresiones. Harrer era partidario de proceder con suma cautela y de que ciertos principios no fueran proclamados públicamente, sino difundidos en secreto, a fin de evitar inminentes represalias. Hitler se opuso rotundamente a esta política. «Todo hombre que está enterado de una cosa —decía— que se da cuenta de un peligro latente, y que ve la posibilidad de remediarlo, tiene necesariamente la obligación de asumir en público una actitud franca en contra del mal, en lugar de concretarse a obrar silenciosamente».

Su punto de vista se impuso al siguiente año, en 1920; Harrer renunció como presidente y lo substituyó Drexler, y Hitler asumió el cargo de secretario de propaganda. Organizó luego el primer mitin, si bien con grandes temores de que resultara un fracaso. Poco antes de la hora fijada



«mi corazón saltaba de alegría, pues el enorme local se hallaba materialmente repleto de gente en un número mayor a 2,000 personas».

Entre los asistentes había numerosos comunistas que al principio silbaban a los oradores: «Media hora después —dice Hitler defiriéndose a su propio discurso—, los aplausos comenzaron a imponerse a los gritos y exclamaciones airadas y, finalmente, cuando exponía los 22 puntos de nuestro programa, me hallaba frente a una sala atestada de individuos unidos por una nueva convicción, por una nueva fe y por una nueva voluntad. Quedó encendido el fuego cuyas llamas forjarán un día la espada que devuelva la libertad al Sigfrido germánico y restaure la vida de la nación alemana».

Sin embargo/aquellos pequeños éxitos no trascendían. Ni siquiera la prensa de la localidad se ocupaba de ellos, o bien lo hacía en forma desairada. «Daba mucho qué pensar —agregaba Hitler— el hecho de que frente al poderío de la prensa judía, no existiese ningún periódico nacionalista de importancia efectiva». En consecuencia, su siguiente meta fue hacerse de un periódico; en diciembre de ese año logró que el partido adquiriera el «Völkischer Beobachter», e introdujo la reforma de que el diario procurara su propio financiamiento, en vez de pretender sostenerse con cuotas de los prosélitos.

Hitler mismo creó la bandera del movimiento nazi. El rojo significaba la idea social; el blanco, la idea nacionalista; y la swástica, «la misión de luchar por la victoria del hombre ario y por el triunfo de la idea del trabajo productivo idea que es y será siempre antisemita».

Asimismo creó las «tropas de orden» para repeler en los mítines las perturbaciones de los izquierdistas y esas tropas se convirtieron más tarde en «sección de asalto». Mediante estos progresos fue posible celebrar el 3 de febrero de 1921, en el Circo Krone, el más grande de los mítines nacionalistas, con 6,500 asistentes. En el verano de 1922 logró reunir en Munich 60,000 personas, aunque muchas de ellas no pertenecían al partido.

Ese año organizó el primer desfile en Coburgo, dónde los jefes israelitas, resentidos por los ataques, hicieron un llamado a los «camaradas del proletariado Internacional» para frustrar la marcha.

Rápidamente Hitler iba erigiéndose en el principal inspirador y director del partido y logró que éste proclamara todos sus principios políticos, que en síntesis eran los siguientes:

1°. No existe «más que una doctrina política: la de nacionalidad y patria. Tenemos que asegurar la existencia y el incremento de nuestra raza y de nuestro pueblo, para que nuestro pueblo cumpla la misión que el Supremo Creador le tiene reservada.»

2°. El Estado es el recipiente; el pueblo es el contenido. El Estado tiene su razón de ser sólo cuando abarca y protege el contenido. El Estado no es un fin en sí mismo.

3°. El parlamentarismo democrático no tiende a constituir una asamblea de sabios, sino a reclutar más bien una multitud de nulidades intelectuales, tanto más fáciles de manejar cuanto mayor sea la limitación mental de cada uno de ellos. Sólo así «puede hacerse política partidista en el sentido malo de la expresión. En oposición a este parlamentarismo democrático está la genuina democracia germánica de la libre elección del Führer, que se obliga a asumir toda la responsabilidad de sus actos. La democracia del mundo occidental de hoy es la precursora del marxismo, el cual sería inconcebible sin ella. Es la democracia la que en primer término proporciona a esta peste mundial el campo de nutrición de donde la epidemia se propaga después. En el parlamentarismo no hay ningún responsable. La idea de responsabilidad presupone la idea de la personalidad.

4°. El fuerte es más fuerte cuando está solo. Una ideología que irrumpe tiene que ser intolerante y no podrá reducirse a jugar el rol de un simple partido junto a otro. El Cristianismo no se redujo sólo a levantar su altar, sino que obligadamente tuvo que proceder a la destrucción de los altares paganos. El futuro de un movimiento depende del fanatismo, si se quiere de la intolerancia con que sus adeptos sostengan su causa y la impongan frente a otros movimientos de índole semejante.

5°. Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común. El derecho humano priva sobre el derecho político. Quien no está dispuesto a luchar por su existencia o no se siente capaz de ello es que ya está

predestinado a desaparecer, y esto por la justicia eterna de la Providencia. El mundo no se ha hecho para los pueblos cobardes.

6°. Pueden coartarse las libertades siempre que el ciudadano reconozca en estas medidas un medio hacia la grandeza nacional.

7°. El obrero de Alemania debe ser incorporado al seno del pueblo alemán. La misión de nuestro movimiento en este orden consiste en arrancar al obrero alemán de la utopía del internacionalismo, libertarle de su miseria social y redimirle del triste medio cultural en que vive. El sistema nacionalsocialista (nazi) practica el socialismo como un instrumento de justicia social, pero no como un instrumento de influencia judía. Al privarlo de esta venenosa característica, automáticamente se convierte en enemigo del falso socialismo, internacional.

8°. La exaltación de un grupo social no se logra por el descenso del nivel de los superiores, sino por el ascenso de los inferiores. El obrero atenta contra da patria al hacer demandas exageradas; del mismo modo, no atenta menos contra la comunidad el patrón que por medios inhumanos y de explotación egoísta abusa de las fuerzas nacionales de trabajo, llenándose de millones a costa del sudor del obrero.

9°. Nuestro movimiento está obligado a defender por todos los medios el respeto a la personalidad. La personalidad es irremplazable. Las minorías hacen la historia del mundo, toda vez que ellas encarnan, en su minoría numérica, una mayoría de voluntad y de entereza. No es la masa quien inventa, ni es la mayoría la que organiza y piensa; siempre es el individuo, es la personalidad, la que por doquier se revela. Deberán colocarse cabezas por encima de las masas y hacer que estas se subordinen a aquellas. La ideología nacionalsocialista tiene que diferenciarse fundamentalmente de la del marxismo en el hecho de reconocer la significación de la personalidad.

10°. Establecer mejores condiciones para nuestro desarrollo. Anulación de los depravados incorregibles. En el teatro y en el film, mediante literatura obscena y prensa inmunda, se vacía en el pueblo día por día veneno a borbotones. Y sin embargo, se sorprenden los estratos burgueses de la «falta de moral» como si de esa prensa inmunda, de esos films disparatados y de otros factores semejantes, surgiese para el ciudadano el

concepto de la grandeza patria. El problema de la nacionalización de un pueblo consiste, en primer término, en crear sanas condiciones sociales.

11°. Supresión de la influencia extranjera en la prensa. Aquello que denominamos «opinión pública» se basa sólo mínimamente en la experiencia personal del individuo «y en sus conocimientos; y depende casi en su totalidad de la idea que el individuo se hace de las cosas a través de la llamada información pública», persistente y tenaz.

12°. La misión educadora no consiste sólo en insuflar el conocimiento del saber humano. En primer término deben formarse hombres físicamente sanos. En segundo plano está el desarrollo de las facultades mentales, y en lugar preferente, la educación del carácter, y sobre todo, el fomento de la fuerza de voluntad y de decisión, habituando al alumno a asumir gusto so la responsabilidad de sus actos. Como corolario viene la instrucción científica. Las ciencias exactas estén amenazadas de descender cada vez mas a un plano de exclusivo materialismo; la orientación idealista deberá ser mantenida a manera de contrapeso.

13°. Así como la instrucción es obligatoria, la conservación del bienestar físico debe serlo también. El entrenamiento corporal tiene que inculcar en el individuo la convicción de su superioridad física. El ejercicio físico no es cuestión personal de cada uno. No existe la libertad de pecar a costa de la prole. Basta analizar el contenido de los programas de nuestros cines, variedades y teatros para llegar a la irrefutable conclusión de que no son precisamente alimento espiritual que conviene a la juventud. Nuestra vida de relación tiene que ser liberada del perfume estupefaciente, —así como del pudor fingido, indigno del hombre.

14°. El Estado debe cuidar que sólo los individuos sanos tengan descendencia. Debe inculcar que existe un oprobio único: engendrar estando enfermo. No debe, darse a cualquier degenerado la posibilidad de multiplicarse, lo cual supone imponerla su descendencia y a los contemporáneos de éstos indecibles penalidades.<sup>[23]</sup>

15°. Los hombres no deberán preocuparse más de la selección de perros, caballos y gatos, que de levantar el nivel racial del *hombre mismo*.

16°. El matrimonio deberá hacerse posible a una más temprana edad y han de crearse los medios económicos necesarios para que una numerosa

prole no se reciba como una desventura.

17°. El Partido permitirá al niño más pobre la pretensión de elevarse a las más altas funciones si tiene talento para ello. Nadie debe tener automáticamente derecho a un ascenso. Nadie debe poder decir: «ahora me toca a mí». Precedencia al talento. No hay otra regla.

18°. La mezcla de sangre extraña es nociva a la nacionalidad. Su primer resultado desfavorable se manifiesta en el superindividualismo de muchos. [24]

19°. Los partidos políticos nada tienen que ver con las cuestiones religiosas mientras éstas no socaven la moral de la raza; del mismo modo, es impropio inmiscuir la religión en manejos de política partidista. Las doctrinas e instituciones religiosas de un pueblo debe respetarlas el Führer político como inviolables: de lo contrario, debe, renunciar a ser político y convertirse en reformador, si es que para ello tiene capacidad.

20°. Quien ama a su patria prueba ese amor sólo mediante el sacrificio que por ella está dispuesto a hacer. Un patriotismo que no aspira sino al beneficio personal, no es patriotismo. Los hurras nada prueban. Solamente puede uno sentirse orgulloso de su pueblo cuando ya no tenga que avergonzarse de ninguna de las clases sociales que lo forman. Pero cuando una mitad de él vive en condiciones miserables e incluso se ha depravado, el cuadro es tan triste que no hay razón para sentir orgullo. Las fuerzas que crean o que sostienen un Estado son el espíritu y la voluntad de sacrificio del individuo en pro de la colectividad. Que estas virtudes nada tienen de común con la economía, fluye de la sencilla consideración de que el hombre jamás va hasta el sacrificio por esta última, es decir, que no se muere por negocio, pero sí por ideales.

21°. Luchar contra la orientación perniciosa en el arte y en literatura.

22°. Es cuestión de principio que el hombre no vive pendiente únicamente del goce de bienes materiales. Es posible que el oro se haya convertido hoy en el soberano exclusivo de la vida, pero no cabe duda de que un día el hombre volverá a conciliarse ante dioses superiores. Y es posible también que muchas cosas del presente deban su existencia a la sed de dinero y de fortuna, mas es evidente que muy poco de todo esto

representa valores cuya no existencia podría hacer más pobre a la humanidad.

Estos eran los principios básicos del movimiento «nazi» por lo que se refería a la política, interior de Alemania. En cuanto a la política exterior, la idea fundamental era combatir el marxismo entronizado en Rusia y obtener territorios soviéticos para el crecimiento de Alemania. Por tanto, ésta ya no buscaría más su expansión en ultramar ni interferiría la política colonial de Inglaterra y Francia.

En otras palabras, Hitler buscaba zanjar las viejas querellas con el Mundo Occidental y marchar hacia el Oriente.

Mientras tanto, el marxismo crecía con aspiraciones de dominio universal y se vigorizaba mediante sus instrumentos de lucha de clases e internacionalización del proletariado. Consecuentemente, en todo el mundo iban surgiendo partidos comunistas con ramificaciones de la central de Moscú. En franca oposición con este sistema, el nacional socialismo alemán no era ni podía ser una doctrina de exportación. Al enfatizar categóricamente los valores de patria, nacionalidad y raza, se circunscribía a sus propias fronteras raciales. Si un estadista extranjero quería emular esa doctrina en otro país (como ocurrió en España) tendría automáticamente que buscar contenidos y formas propias, ya que la esencia del sistema «nazi» residía en la afirmación y acentuación de la patria y de la raza. Era ésta su mística y su fuerza dinámica. No internacionalización, sino nacionalización; no una lucha para imponer mundialmente un régimen, sino una lucha para impedir que el marxismo se impusiera mundialmente.

En resumen, el nacionalsocialismo propugnaba cierto socialismo como instrumento de justicia para el pueblo, pero lo condenaba como instrumento internacional de influencia política. El movimiento de Hitler coincidía con la aparente finalidad del socialismo teórico en el milenario y justo anhelo de barrer el abuso de las minorías y llevar la justicia social a las masas del pueblo, pero proclamaba enfáticamente que esto debería hacerlo cada nación en forma soberana, según sus costumbres, sus tradiciones, su religión y su idiosincrasia, sin atender consignas internacionales emanadas

de Moscú. Por eso el movimiento de Hitler se llamó nacionalsocialismo, término que se condensó en el apócope de «nazi».

Naturalmente, en ésa forma el nacionalsocialismo desvirtuaba la característica internacional del bolchevismo y privaba de influencia mundial al núcleo israelita de la URSS. Los revolucionarios judíos sintieron que tal cosa era frustrarles su invención y furiosamente insistieron en la internacionalización del proletariado. Sin esa condición su movimiento político no alcanzaría las metas anheladas, ya que para los fines políticos hebreos nada significaba que las masas proletarias de cada nación logaran beneficios, si entretanto se sustraían a su control. De esa manera no podían ser aprovechadas para los objetos ulteriores de la llamada «revolución mundial».

Así las cosas, el marxismo comenzó a extenderse por todo el mundo, ya que el dominio del orbe era la meta de su acción, en tanto que el nacionalsocialismo se circunscribió a una lucha dentro de Alemania. Su acción hacia el exterior sólo se orientaba en contra de Moscú, qué era la sede del movimiento judío-marxista universal.

Entretanto, el movimiento comunista internacional hizo un nuevo esfuerzo para estrechar los vínculos entre alemanes y soviéticos. El Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Walter Rathenau, judío, concertó con los jefes israelitas de Moscú el llamado Tratado de Rapallo, que era un paso más en el sueño de los israelitas Marx, Engels y Lenin para integrar una poderosa organización marxista con las masas agrícolas de Rusia y los contingentes obreros y técnicos de la industrializada Alemania. Mediante el Tratado de Rapallo fueron enviados ochocientos peritos militares e industriales alemanes a vigorizar la maquinaria soviética, modernizando el Ejército Rojo y creando nuevas industrias. Diarios controlados o influidos por el supercapitalismo hebreo, como el acreditado «Berliner Tangeblatt» o el «Frankfurter Zeitung» propiciaban esa ayuda a la dictadura comunista de la URSS.

Pero poco después el primer ministro Rathenau fue muerto a tiros por nacionalistas alemanes y quedó de manifiesto que la política procomunista no podía dar pasos firmes en Alemania.

Allí se veía cabalmente el peligro del marxismo y los influyentes generales Ludendorff y Hoffmann se habían puesto desde 1923 en contacto con el mariscal Foch, de Francia, con miras a forjar una alianza occidental contra esa amenaza. Foch se mostraba bien dispuesto, pero surgieron muchos obstáculos diplomáticos, tanto en Inglaterra como en Francia, el general Hoffmann. Murió en forma extraña y la alianza no llegó a formalizarse.

En esa agitada situación Hitler trataba de sacar adelante su Partido, que afrontaba enormes dificultades. La derecha conservadora veía con desconfianza la inclinación del nacionalsocialismo por los desheredados, en tanto que los revolucionarios izquierdistas lo combatían furiosamente. En realidad el partido de Hitler era una nueva dirección que ni marchaba con las injusticias de los conservadores ni comulgaba con la tendencia internacional del marxismo israelita.

Ante las dificultades de esa lucha nueva, Hitler argumentaba que no es tarea del teorizante allanarle camino a una idea, sino procurar la exactitud de ésta. En la segunda etapa corresponde al ejecutor práctico vencer las dificultades.



## BAUTIZO DE FUEGO DEL NACIONALSOCIALISMO

Entre cien mil obreros alemanes no hay, por término medio, cien que conozcan la obra de Marx, obra que desde un principio fue estudiada mil veces más por los intelectuales y ante todo por los judíos que por los verdaderos adeptos del marxismo situados en las vastas esferas inferiores del pueblo; ya que tampoco esta obra fue escrita para las masas, sino exclusivamente para los dirigentes intelectuales de la máquina judía de conquista mundial.

Pero además de esas dificultades, el tropiezo más grave del Partido Obrero Alemán ocurrió el 9 de noviembre de 1923 cuando Hitler —alegando que en su **vocabulario** no existían las frases «no es posible», «no debemos aventurarnos», «es todavía muy peligroso»— organizó en Munich un movimiento revolucionario a fin de asumir el poder. En pocas horas fracasó, hubo varios muertos y Hitler y sus principales colaboradores quedaron detenidos en la prisión de Landsberg. Allí permaneció un año y ocho días, tiempo que aprovechó para escribir «Mi Lucha».

«Mis trece meses de prisión —escribió posteriormente Hitler—: me habían parecido largos, con mayor razón porque creía que estaría allí seis años. Me sentía poseído de un frenesí de libertad. Pero sin mi época de cárcel, «Mein Kampf» no hubiera sido escrito. Aquello me dio la posibilidad de profundizar en conocimientos... También en la cárcel adquirí esta fe impávida, este optimismo, esta confianza en nuestro destino que en adelante nada podría quebrantar»...

El Partido Obrero Alemán permaneció disuelto todo ese tiempo y cuando Hitler recuperó la libertad inició la tarea de resucitarlo y

reorganizarlo. Detrás de su visible fracaso, sin embargo, contribuyó imponderablemente a trastornar los planes del movimiento marxista alemán, que en ese entonces era el más poderoso de Europa Occidental y superior al soviético en diversos aspectos de organización. Muchos esperaban que en ese año el comunismo diera el golpe decisivo y que Alemania se convirtiera en otro estado bolchevique, como lo había previsto Lenin. Pero los comunistas no sintieron que el camino estuviera libre y titubearon. El líder marxista Víctor Serge dice que en 1923 la crisis inflacionista situó a Alemania al borde de la revolución, «pero la clase obrera estaba dividida y no actuó; los socialdemócratas retrocedieron ante la oportunidad de asaltar el poder». (Su libro «Hitler contra Stalin»).

Era evidente que la desintegración moral de Alemania no se había obtenido en grado suficiente (en parte debido al nacionalismo alentado por Hitler) y los jefes del marxismo siguieron el consejo de Lenin: **«La más juiciosa estrategia en la guerra es posponer las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo haga posible y fácil asestar el golpe mortal»**.

El resultado fue que el comunismo alemán perdió entonces su mejor oportunidad y el nacionalsocialismo comenzó a resurgir con más bríos.

En ese mismo año de 1923 las altas esferas políticas del Kremlin sufrieron una conmoción. El líder bolchevique judío Vladimir Uliánov (conocido mundialmente como Lenin) enfermó de parálisis y se suscitó una crisis en el poder. El judío Bronstein (Trotsky), creador del Ejército Rojo y precursor de la revolución, comenzó a perder influencia y acabó por ser lanzado al exilio; pero no se trataba de una persecución antisemita, como en el extranjero pudiera creerse, sino simplemente de una división interna.

Muchos años antes Trotsky había militado temporalmente con los mencheviques, partidarios de los mismos principios marxistas que los bolcheviques, pero inclinados a frenar el movimiento para no exponerlo a una prueba prematura. Al enfermar Lenin, la «solapada» división volvió a recrudecerse; Trotsky y los suyos fueron desplazados y entonces se erigieron como amos de Rusia, Stalin y los judíos Kamenev, Radek y Zimoviev.



Justicia social, pero con bandera, tradiciones y fronteras propias, sin un amo internacional, sin una consigna venida del extranjero. Es decir nacionalismo. Al oponerse a la internacionalización marxista. Hitler se convierte automáticamente en el peor enemigo del marxismo. Aquí aparece en uno de los primeros actos públicos de su partido.

Cuando Adolf Hitler, de 35 años de edad, quedaba libre en 1924 e iniciaba la reorganización de su partido nacionalista, José Vissarionovich David Nijeradse Chizhdov Djugashvili, de 45 años, llevaba meses de ser dictador absoluto de la URSS. Había adoptado el apelativo de Stalin, que en ruso significa «acero».

Stalin —que había sido empeñosamente preparado en política marxista por el profesor judío Noah Jordania— acababa de dar a conocer su «plan de operaciones básico» en la más alta institución educacional del bolchevismo, la «Tverskaia», y ese plan consistía en utilizar como palanca la dictadura soviética para ir implantando el marxismo en todos los países. El proletariado de cada uno de éstos sería el punto de apoyo.<sup>[25]</sup>

Poco después ratificó este plan al publicar su libro «Problemas del Leninismo», en el que precisa así la tercera etapa del bolchevismo: «consolidar la dictadura del proletariado en un país (Rusia), empleándole como medio auxiliar para derribar el imperialismo en todos los demás. La

revolución sobrepasa las fronteras de una sola nación, iniciándose la época de la revolución mundial. Fuerza principal activa de la revolución: dictadura del proletariado en un país y movimiento revolucionario del proletariado en todos los demás».

Es decir, una vez más quedaba de manifiesto que el marxismo era una doctrina política con ambición mundial; su ámbito no era la URSS, sino el mundo entero. Y los primeros pasos comenzaron a darse desde luego.

La provincia de Georgia —de donde era originario Stalin— había rechazado violentamente el bolchevismo en 1917 y ante el reconocimiento de todo el mundo se declaró independiente; su tradicional civilización cristiana chocaba profundamente con el marxismo. Sin embargo, su libertad duró poco porque Stalin no tardó en someterla por la fuerza y anexarla a la Unión de Repúblicas Soviéticas.

Los pueblos libres de Azerbaiján y Armenia corrieron igual suerte. La anexión se extendió además a otros cinco estados: Kazakstán, Uzbekistán, Turkmenia, Taqikia y Kirghisia. A este respecto el marxista Víctor Serge admite (en Hitler contra Stalin) que «las cinco repúblicas nacionales de Asia Central constituyen un vasto conjunto cuya unidad geográfica, étnica e histórica no es por nadie puesta en duda... Los kasaks, los turkmenos, los uzbeks, los tadjiks, los kirguises, tienen, a pesar de sus lenguas y orígenes diferentes, una cultura común, debida sobre todo a los mundos árabes y del Irán. Son musulmanes en su mayoría».

Estos ocho pueblos anexados a la URSS se componían de 25 millones de habitantes de las más diversas razas, religiones y costumbres; súbitamente fueron privados de su independencia, de sus instituciones y de su viejo modo de vivir. La revolución mundial preconizada por el marxismo israelita no reconocía fronteras raciales, ni religiosas ni políticas.

La expansión bolchevique barrió con tantas fronteras que todavía en 1935 se editaban en la URSS libros de primera enseñanza en 165 idiomas y dialectos diferentes, según reveló el embajador norteamericano en Moscú William C. Bullit, en «La Amenaza Mundial». El terrorismo fue común denominador para la sarcástica dominación de pueblos a nombre de la «dictadura del proletariado». Pero el proletariado ciertamente nada tenía que ver con la extraña mezcla de gobernantes y comisarios rusos y judíos.

Aunque durante muchos años fue entusiasta partidario de la URSS, Mr. Bullit dio luego un valioso testimonio del terror soviético y refirió: «Para colectivizar la agricultura, Stalin barrió con los pequeños, propietarios. Si protestaban —y millones lo hicieron— se les fusilaba o se les condenaba a trabajos forzados en Siberia. La primera consecuencia de este ataque en el frente agrícola fue el hambre».

Sobre el mismo punto el líder Víctor Serge hizo notar que si el ministro Molotov había manifestado en «Pravda» del 28 de enero de 1935 que 5.500,000 pequeños propietarios agrícolas sufrieron expropiación de tierras y fueron deportados a Siberia, la cifra real debía de ser muy superior. Y como testigo presencial de los hechos añadía que en las granjas colectivas había hambre y descontento.

La promesa de repartir tierras, que líderes bolcheviques utilizaron para atraer masas, se esfumó al implantarse la «dictadura del proletariado». Igual suerte corrió la promesa de tratar a los delincuentes como enfermos sociales «susceptibles de regeneración». Por el contrario, el castigo se extendió a los parientes de los reos políticos y a los vecinos<sup>[26]</sup> y en esta forma se creó automáticamente la más vasta red de espionaje y delatores que país ninguno había soñado tener. El que no denunciaba a un vecino sospechoso de conspirar o de ser un opositor, se hacía culpable de los mismos delitos.

El 7 de abril de 1935 se extendió la pena capital a los jóvenes de 12 años y la deportación de los parientes de quienes eludieran el servicio militar o escapasen al extranjero. Pedro González Blanco explica en «Tigrocracia Staliniana» cómo se esfumó la promesa marxista de igualdad de clases: «Un policía ganaba dos o tres veces más que un obrero. El máximo jornal soviético, según “Pravda” del 26 de diciembre de 1935, era, para los obreros, de 145 rublos y mucho menos para los campesinos. El kilo de pan valía 5 rublos; el de mantequilla, 20; el de carne de buey, 12; un par de zapatos, 70; un vestido ínfimo, 255. El obrero común no pasaba de ganar 100 rublos mensuales ni el adelantado 145. Altos jefes del partido, hasta 5,000 rublos mensuales».

González Blanco cita a Walter Citrino, secretario general de «Trades Unions», que a su regreso de Rusia escribió en Londres: «No hay la menor duda de que reina un régimen de opresión. Los obreros no tienen libertad

para poder hablar, como en Inglaterra. No pueden luchar contra el Estado, contra el Sindicato, contra el comité de fábrica o la célula comunista».

La famosa «dictadura del proletariado» era sólo una fórmula propagandística para encubrir la dictadura extraña impuesta al proletariado ruso. El comunismo teórico había hablado de redención del proletariado para atraer a las masas, pero una vez controladas éstas, el comunismo práctico resultaba ser algo muy distinto. Era, en suma, un imperialismo dirigido y apuntalado por los jefes y los comisarios judíos de la URSS.

El ex presidente mejicano general Abelardo Rodríguez escribió en «Impresiones de mi Viaje a Rusia» que vio cómo se explota al obrero más que en ningún otro país pagándole sólo una quinta parte del valor de su trabajo, pese a las gigantescas riquezas naturales del territorio ruso. Una minoría de funcionarios, policías y comisarios sí vive lujosamente. «Según datos obtenidos en Moscú de personas bien documentadas —anotó el general Rodríguez en 1938—, el número de miembros del Partido Comunista después de las purgas se redujo a un millón setecientos mil o sea exactamente el uno por ciento de los habitantes de la URSS. De éstos, setecientos mil son judíos, a quien atribuyen mis informantes todas las actividades administrativas, muy particularmente los planes de gobierno y los ramos de finanzas e industrias».

Esa preponderancia hebrea explica también que estuviera prohibida la enseñanza religiosa a menores de 18 años, en la seguridad de que a esa edad las nuevas generaciones ya habían sido suficientemente predisuestas en la escuela para no asimilar la religión de sus padres.

Según refiere González Blanco, un Manual Antirreligioso para los obreros circuló profusamente en las fábricas; la obra «Educación Antirreligiosa» fue libro de texto en las escuelas: «Quince años de Ateísmo Militante en la URSS fue diseminado en todos los sectores, y en 1925 se fundó la asociación “Sin Dios”, particularmente para niños y jóvenes. Además, un nuevo himno fue oficial en las escuelas:

*“La estrella de Belén ya se ha extinguido.  
Más entre nosotros brilla eterna  
La estrella de cinco puntas.”*<sup>[27]</sup>

*La cruz y los iconos, todas estas antiguallas  
Las hemos arrojado a la basura,  
Porque todos estos trebejos  
Ensombrecen nuestra ruta.  
Los Sin Dios abatieron  
Toda esa credulidad putrefacta”»*

**El marxismo considera que la educación es un «arma»** y como tal la utiliza desde la cuna hasta el sepulcro. El niño empieza a ser adoctrinado a los dos años de edad en las Casas—Cuna, llamadas por Lenin «la célula germinal de la sociedad comunista». En funciones de títeres se ve a un ciego «Iban» que es oprimido y explotado, pero luego recobra la vista y destruye a sus opresores: la burguesía y la Iglesia.

Lo más grave de este sistema de vida era que no se trataba precisamente de un organismo nacional con fronteras claramente establecidas, sino de un movimiento marxista con aspiraciones universales enfáticamente expresadas en su fórmula de «revolución mundial», mil veces ratificadas por Lenin, Stalin y todos los exegetas del marxismo israelita.

«Pravda» del 15 de noviembre de 1921 decía:<sup>[28]</sup> «En estos cuatro años transcurridos queda demostrado que no puede haber paz entre el reino de la burguesía y el reino del proletariado. No caben fronteras pacíficas entre un Estado Socialista y un Estado Burgués». Y posteriormente el órgano oficial bolchevique «Izvestia» auguraba aún más categórico: **«No está lejano el tiempo en que los ejércitos de obreros y campesinos, definitivamente organizados, pasarán como un huracán de una punta a otra de la tierra».**

Precisamente en ese entonces hubo una crisis terrible en la URSS, por la escasez de víveres, y el régimen bolchevique fue apuntalado desde el exterior, pues en Estados Unidos los cómplices del comunismo invocaron razones humanitarias para enviarle ayuda.

## HITLER Y STALIN CARA A CARA

Y no obstante esa evidente amenaza que ya entonces se cernía palpablemente sobre los pueblos de Europa y América, numerosos estadistas occidentales y los monopolizadores judíos de importantes servicios informativos propiciaban una placentera inconsciencia en el Mundo Occidental. Ante esa amenaza, en Occidente surgía sólo una fuerza categóricamente resuelta a enfrentársele, y esa fuerza era el movimiento nacionalsocialista de Hitler.

Mientras en Moscú se afianzaba el bolchevismo y Stalin trituraba con mano de hierro todo intento de oposición, en mayo de 1928 Hitler lograba 12 escaños parlamentarios en el Reichstag; dos años más tarde obtenía 107 curules y arrastraba consigo seis millones trescientos mil electores, con lo cual su partido era ya el segundo de Alemania.

El 30 de enero de 1933 Hitler era nombrado Canciller, aunque supeditado a la presidencia de Hindenburg. Sin embargo, desde ese momento se volvió oficial la lucha a muerte entre el nacionalsocialismo alemán y el marxismo judío. Hitler prohibió inmediatamente el partido comunista, el socialdemócrata y todos los demás que le eran afines o que representaban sólo tímidos primeros pasos hacia el bolchevismo. De acuerdo con su fórmula de que al terror rojo sólo podía combatírsele eficazmente mediante otro terror, relegó a campos de concentración a los dirigentes intelectuales del movimiento marxista en Alemania.

Los principios del nacionalsocialismo concebidos por Hitler se convirtieron automáticamente en la política interior y exterior de Alemania. Respecto a la política exterior, la orientación era evidente y precisa:



1°. Alemania se declaraba enemiga de la doctrina marxista materializada en el bolchevismo soviético.

2°. Contra el marxismo presentaba la doctrina nacionalsocialista, contraria a la internacionalización del proletariado. En vez de internacionalización, sentimiento de patria y de nacionalidad.

3°. Alemania desistía del viejo intento de crecer a costa de Occidente. No quería entrar en conflicto con los imperios británico y francés buscando dominios ultramarinos. Su crecimiento sería hacia el Oriente, a costa de la URSS.

Nunca en la historia habían sido anunciados con tanta anticipación y tan crudamente los más trascendentales planes de un Estado. Hitler reveló en «Mi Lucha»<sup>[29]</sup> esos tres puntos fundamentales desde 1923; luego los reiteró en 1926; los repitió en innumerables discursos y finalmente los elevó a política oficial en marzo de 1933, una vez que su nombramiento de Canciller fue ratificado por plebiscito.

Stalin sabía desde ese momento a qué atenerse.

Trotsky dijo en el destierro que el ascenso de Hitler al poder era motivo suficiente para que la URSS decretara una inmediata movilización militar. Y la movilización se inició, aunque calladamente.

Al mismo tiempo el marxismo internacional se aprestó a agitar masas para utilizarlas en la defensa de la URSS y obtuvo significativos progresos en Francia, Bélgica, y España. El Frente Popular conquistó en Francia una aplastante mayoría bajo la inspiración del hábil israelita y maestro masón León Blum. En España la desbordante progresión bolchevique recibió un discreto apoyo de los gobernantes de Inglaterra y Francia, aunque luego fue dominada por la reacción nacionalista encabezada por Franco, que a su vez recibió apoyo de Hitler y Mussolini.

El marxismo internacional se alarmó y movilizó sus contingentes en todo el mundo, en un esfuerzo psicológico para hostilizar al nuevo régimen alemán. La lucha se circunscribía a discursos, propaganda y mutuas recriminaciones, pero ya era el presagio de la gran contienda para la cual estaban forjándose armas y voluntades.

Dentro de Alemania misma, el internacionalizado movimiento obrero trató de presentar combate. El partido comunista alemán contaba con dos millones de miembros, además de la parcial adhesión de cuatro millones de socialdemócratas. Aunque severa, la represión no había logrado aniquilar todas las redes ocultas de los organizadores marxistas y éstos prepararon un golpe de Estado en 1935.

Esa fue la más palpable evidencia de que los comunistas de un país son siempre un peligro latente para la Patria, porque en última instancia sus jefes son extranjeros. Naturalmente, las órdenes de éstos no se ajustan al interés de la nacionalidad de sus súbditos; sino a los fines internacionales que el marxismo persigue.

Curt Riess refiere en «Gloria y Ocaso de los Generales Alemanes» que varios dirigentes comunistas creyeron haberse ganado al general Von Rundstedt, comandante de 16 divisiones, y ofrecieron depositar en un Banco suizo 1.250,000 francos para la rebelión. El 11 de julio (1935) el general Von Witzleben se presentó a nombre de Von Rundstedt a recoger el cheque; tomó fotografías y volvió a depositarlo. «Al siguiente día —añade Riess— se desató sobre Alemania una ola de detenciones y cayeron presos muchos antiguos dirigentes de federaciones obreras, así como varios políticos que habían combatido en las filas de la oposición al nazismo».

»En la misma noche los SS (tropas selectas alemanas) hicieron su aparición por las calles, por primera vez desde el 30 de junio de 1934. Inicióse una persecución que en los próximos días alcanzó el máximo de desenfreno. El día 15 —fecha fijada para la insurrección— pasó sin que Rundstedt se levantara en armas». Y es que Rundstedt, aunque indiferente hacia el movimiento nazi (nacionalsocialismo), había fingido estar de acuerdo con los conspiradores y mantuvo al tanto a Hitler de lo que tramaban. Este acontecimiento destrozó los planes de la Internacional Comunista para frustrar desde la retaguardia la marcha hitlerista hacia el Oriente, o sea hacia la URSS.

Como contrapartida, Berlín acogía a los opositores soviéticos que lograban cruzar la frontera y los alentaba en sus planes encaminados a provocar una revolución antibolchevique en Rusia. Desde 1933 el líder alemán Rosenberg se encargó de celebrar juntas con exiliados rusos, entre

quienes figuraba el general Pavel Skoropadsky. La esposa de Rosenberg, una joven rusa llamada Vera Schuster, se hallaba al tanto de estas actividades y a principios de 1936 desapareció misteriosamente. Según dice Curt Riess, las potencias occidentales descubrieron después que la joven era espía de la policía soviética y que llevó a Moscú pistas precisas de los conspiradores.

La magistral espía soviética no fue el único factor del triunfo del contraespionaje stalinista. Churchill revela en sus Memorias que en el otoño de 1936 Alemania hizo un llamado al presidente Benes, de Checoslovaquia, para que se le uniera en la lucha antimarxista, y le insinuó que algo muy importante iba a ocurrir pronto en la URSS. «Mientras que Benes meditaba acerca de esta sugestión —dice Churchill— se dio cuenta de que estaban cruzándose comunicaciones a través de la embajada soviética en Praga entre importantes personajes rusos y el gobierno, alemán. Esto formaba parte de la llamada conspiración militar y de los comunistas la vieja guardia para derrocar a Stalin... Benes se apresuró a comunicar a Stalin todo lo que había podido saber... Vino después la implacable, pero tal vez no innecesaria purga militar y política en Rusia... No baja de cinco mil el número de funcionarios y oficiales con el grado de capitán para arriba que fueron liquidados».



Hitler poco después de tomar el poder en 1934. A la derecha la División de Granaderos Panzer SS.

Para sorpresa de los espectadores del mundo occidental, la «purga» alcanzó a algunos líderes judíos, como Zinoviev y Kamenev; Por segunda vez —después del destierro de Trotsky— pudo creerse en el extranjero que se trataba de una persecución antisemita, pero los acontecimientos posteriores demostraron palmariamente que nada había más falso que esa suposición. El hecho de que entre los eliminados figuraran también funcionarios hebreos que por incapacidad o negligencia habían fracasado en su tarea, era una de las características fanáticas del régimen, mas nada se había modificado en su estructura fundamental. Caían Zinoviev y Kamenev, pero subían sus hermanos de raza Litvinov, Zdanov, Kalinin y Vishinsky.

El diluvio de sangre —más de cinco mil ejecuciones según Churchill— acabó con los sueños de los conspiradores rusos, con muchos de los funcionarios incompetentes que no habían advertido el peligro y con el plan alemán para provocar la caída del marxismo soviético mediante un movimiento interior en Rusia.

En esos juicios que costaron la vida a más de cinco mil militares rusos(,) fungió como fiscal el israelita Andrés Ianurevich Vishinsky, que posteriormente fue delegado ante la ONU. Y los fusilamientos estuvieron a cargo de la policía mandada por el israelita Heinrich Yagoda, que a su vez fue juzgado incompetente y ejecutado años más tarde por el jefe judío Nicolás Yezov.

Después de esas gigantescas purgas los comisarios judíos afianzaron mejor el control del Ejército Rojo. Y como en todos los países donde una minoría activa y audaz tiene el Poder en la mano, las grandes masas fatalistas del pueblo ruso nada sabían ni podían, hacer para modificar su destino.

Terminó así en un empate el primer choque indirecto entre el marxismo israelita asentado en la URSS y el nacionalsocialismo que Hitler creó para combatir a aquél.

## EL COMUNISMO ES DERROTADO EN ESPAÑA

Después de una profunda infiltración masónica en la maquinaria gubernamental, el comunismo sacudió a España el 2 de mayo de 1931 con actos terroristas contra las iglesias de las principales ciudades. Ante ese clima de alarma e inseguridad —precursor de la Revolución Mundial marxista—, el rey Alfonso XIII dimitió y el poder quedó en manos del primer ministro Alcalá Zamora, sefardita, quien por una parte asistía a misa los domingos y tranquilizaba así a la masa católica y por la otra solapaba la infiltración roja. Dos años más tarde Francisco Largo Caballero celebraba un pacto con el embajador soviético, Rosenberg, y a continuación llegaban a España agentes comunistas como Ilya Ehrenburg, Primakoff, Goreff Rose Skoblewski, Aralink Tupolyew, Vladimir Bischitzki, Bela Kun, J. Artadel, Antonow Ovejenko, Moise Rosenberg, Leo Jacobson, Keikin, Kolzow Ginzburg Friedlander, J. Miratvilles, Stillermann, Samuel Fratkin, Shapiro y otros, muchos de ellos judíos disfrazados de rusos. Además, se dedicaban a obtener armas en el extranjero, para los rojos españoles, Lourie Fuchs, Adler, Zibrowki, Merkas y Wall. El judío francés León Blum facilitaba la introducción de armas en España y el paso de oficiales soviéticos, hasta que en octubre de 1934 hubo un levantamiento procomunista en Asturias.

Por otra parte, Gil Robles organizaba a un sector anticomunista en la Confederación Española de Derechos Autónomos, y José Antonio Primo de Rivera ponía en pie a la juventud contra el bolchevismo. El diputado Cano López reveló (febrero 15 de 1935) cómo la masonería reblandecía la disciplina en el ejército y propiciaba los desórdenes comunistas. Pero la conjura siguió avanzando y en mayo del año siguiente subió el maestro

grado 33 Manuel Azaña, que dio apoyo a los rojos. En 4 meses fueron incendiados 170 templos, 69 clubes y 10 periódicos; murieron en actos de terrorismo 269 personas y 1,287 quedaron heridas; estallaron 113 huelgas generales y 218 huelgas parciales. El famoso político José Calvo Sotelo denunció en las Cortes que el país estaba siendo empujado hacia el comunismo y pidió que se restableciera el orden. El Gran Oriente reunido en Ginebra acordó que se liquidara a Calvo Sotelo, el cual horas después fue aprehendido y fusilado.

A los tres días de ese asesinato estalló la rebelión anticomunista del ejército (julio 17 de 1936) donde pese a la infiltración roja había todavía un baluarte de nacionalismo. El general Sanjurjo murió cuando iba a acaudillar el movimiento y entonces quedó al frente de éste el general Francisco Franco.

El creador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, había sido aprehendido meses antes en Madrid y el régimen comunista de Azaña mandó fusilarlo al estallar el levantamiento de Franco. En su testamento José Antonio desmintió a las agencias cablegráficas internacionales que le atribuyeron críticas contra las fuerzas africanas de Franco:

«Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en África heroicos servicios... Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le implique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia».

El Presidente Azaña (de quien Mauricio Karlavilla dice que era homosexual y que el comunismo lo tenía en sus manos mediante el chantaje) era asesorado por el embajador soviético Rosenberg. En Barcelona actuaba abiertamente el cónsul Antonoff Avsceko distribuyendo armas entre los milicianos rojos, en tanto que agentes de Moscú organizaban las «chekas» para eliminar opositores y aterrorizar a la población. Siete mil sacerdotes, incluso 12 obispos, iban a caer asesinados junto con millares de jóvenes nacionalistas, según estadísticas de monseñor Antoniutti, nuncio apostólico en España.

Antes de que se librarán grandes batallas la atención se centró en el Alcázar de Toledo, donde el coronel José Moscardó resistía con mil hombres el sitio de doce mil rojos que dominaban la ciudad. El jefe de los sitiadores hizo enlazar las líneas telefónicas y le habló al coronel Moscardó: «Le exijo —manifestó— que rinda el Alcázar en un plazo de diez minutos, y de no hacerlo así fusilaré a su hijo Luis que lo tengo aquí en mi poder... Para que vea que es verdad, ahora se pone su hijo al aparato». El coronel Moscardó oye la voz de su hijo, de 17 años, y le pregunta:

«¿Qué hay, hijo?» —«Que dicen que me van a fusilar si no rindes el Alcázar...»

El coronel Moscardó le contesta: «Pues encomienda tu alma a Dios, da un grito de ¡Viva España! y muere como un patriota»... «Un beso muy fuerte, papá»... exclama Luis. El jefe comunista vuelve a tomar el aparato y el coronel Moscardó le dice: «Puede ahorrarse el plazo que me ha dado, puesto que el Alcázar no se rendirá jamás».

Poco después Luis era fusilado en un suburbio de Toledo, casi a la vista del Alcázar donde su padre seguía combatiendo.

Después de dos meses y seis días de sitio, el Alcázar convertido parcialmente en ruinas fue liberado con la llegada de las tropas franquistas del general Varela y se convirtió en un símbolo de la contienda que iba a costar cerca de un millón de vidas.

Como el movimiento nacionalista español se oponía a la «Revolución Mundial todos los gobiernos masónicos se apresuraron a condenarlo» En Estados Unidos se formó el «Comité de Norteamérica para la Ayuda a la Democracia Española», encabezado por el rabino Louis Mann y por el famoso judío Albert Einstein. Luego la Conferencia Central de Rabinos de Estados Unidos se reunió el 30 de mayo (1937) en Colombo, Ohio, y declaró: «Esta Conferencia expresa su vigorosa condenación de los insurgentes españoles». A la vez el rabino Stephen Wise abogaba públicamente por los comunistas españoles y el judío americano Herbert L. Matthews, del «New York Times», se trasladó a España para cablegrafiar crónicas favorables a los rojos (como lo hizo 20 años después a favor de los comunistas en Cuba).



La central obrera americana C.I.O., dirigida por los líderes judíos Hillman, Gold y Dubinski, promovió la formación de la brigada «Abraham Lincoln», que llevó 3,200 hombres a pelear por el comunismo en España, incluso al hijo del rabino Levinger. En el bando marxista español figuraban como delegados de Moscú los judíos Neuman y Margarita Nelken, y la asociación Hispano-Hebraica lanzó una proclama pidiendo que en cada país y en cada ciudad se creara «un comité de ayuda al pueblo republicano español que lucha por la fraternidad universal». Muchos liberales españoles quedaron ubicados en el bando de los rojos, aunque propiamente no eran comunistas.

La URSS enviaba armas, peritos y «brigadas internacionales» a España. Por su parte, Mussolini envió un ejército a ayudar a los nacionalistas, en tanto que Hitler anunciaba en Nuremberg: «Es muy cierto que podríamos arrellanarnos en nuestros sillones, diciendo: que maten a sus oficiales, que asesinen a sus sacerdotes y a sus intelectuales; es cosa que no nos incumbe. Pero sólo con mentalidad de niño se podría asumir esa actitud. No vivimos en la Luna; lo que ocurre en Europa nos interesa». Y consecuentemente le mandó a España una flota aérea de combate, la Legión Cóndor con 18,000 hombres entre pilotos y soldados a dar apoyo a los anticomunistas.

Roosevelt se hallaba entonces en molesta situación. Era el impulsor de la Revolución Mundial y anhelaba la comunización de España, pero esto lo repudiaba la opinión pública americana, y como Roosevelt necesitaba votos para sus reelecciones, no podía actuar abiertamente, aunque España se perdiera para la causa marxista. El grupo rooseveltiano luchaba por retener el poder a fin de acudir en defensa de la URSS cuando Hitler descargara su inminente ofensiva antisoviética. Entretanto Roosevelt sacrificaba lo menos por lo más.

John M. Cowles, masón de Washington, enviaba fondos a sus hermanos de España y les explicaba que la masa católica norteamericana era todavía un obstáculo muy grande para intervenir en España: **«Si los católicos votan en masa por los demócratas, vencen, y si votan por los republicanos, vencen también. Al menos este es el caso general por lo que ambos partidos políticos hacen continuamente lo que pueden por conseguir el voto de los católicos»**. Esa fue la causa de la neutralidad de Washington

durante la guerra de España.<sup>[30]</sup> Y sin el apoyo de Washington, el comunismo internacional fue vencido en su intento de dominar a España.

## **CAPITULO III**

**Occidente se Interpone (1933-1939)**

## LO QUE PODÍA ESPERARSE DE BERLÍN Y DE MOSCÚ

Dos ideologías se hallaban frente a frente. De un lado el marxismo con públicas pretensiones de dominio universal. De otro, el nacionalismo alemán, con específicas y públicas ambiciones de abatir al marxismo israelita y de crecer territorialmente a costa de la URSS.

Francia, Inglaterra, Estados Unidos —todo el Occidente— representaban un tercer grupo de fuerzas. ¿Qué ofrecía el marxismo soviético a estos países occidentales? Sus intenciones eran bien claras y populares: anunciaban la «revolución mundial» para establecer el marxismo en todo el orbe. Es decir, la aniquilación de los sistemas políticos, ideológicos y religiosos que desde hace siglos imperan en Occidente<sup>[31]</sup>.

¿Y cuál era la actitud del nacionalsocialismo alemán frente a los países occidentales? Proponía «zonas de influencia» para cada potencia: Alemania no interferiría los intereses de Estados Unidos en América, ni los de Inglaterra y Francia en sus respectivos imperios coloniales. Pero aniquilaría al marxismo imperante en la URSS y crecería a costa de territorio soviético.

Es decir, las instituciones políticas, ideológicas y religiosas de los países occidentales no solamente quedaban al margen de la lucha de Berlín contra Moscú, sino que indirectamente se fortalecían porque al desaparecer el bolchevismo automáticamente desaparecía el enemigo principal de esas instituciones.

Todo evidenciaba, pues, que si entre el nacionalsocialismo de Hitler y el Mundo Occidental existían discrepancias ideológicas, a la vez había muchos puntos de contacto y hasta de mutua conveniencia. Y en cambio,

entre el marxismo de Moscú y los pueblos occidentales sólo existían insalvables abismos de diferencias políticas, ideológicas y religiosas.

La forma extraordinariamente sangrienta en que el bolchevismo conquistó y afirmó el poder en Rusia; lo inusitado de sus doctrinas que niegan los principios milenarios de nacionalidad y patria; su mortal encono contra la propiedad privada; su categórica posición ateísta; su implacable persecución religiosa y su declarada ambición de extender estos sistemas a todo el orbe mediante la «revolución mundial» profetizada por Marx, fueron factores más que suficientes para que los pueblos de Occidente vieran a la URSS con recelo y hostilidad.

¿Cómo fue entonces posible que esos países occidentales no secundaran la acción contra el enemigo común bolchevique?

En menor grado, ¿cómo fue posible que ni siquiera conservaran su neutralidad ante el ataque alemán a esa amenaza común? Y por último, ¿cómo fue posible que dichos países occidentales no reservaran sus fuerzas en expectante espera, a fin de determinar la suerte del mundo una vez que el choque Berlín-Moscú se hubiera decidido en un mutuo destrozamiento?

Todas estas incógnitas se despejan en seguida al observar el desarrollo de los hechos y al ver cómo los países occidentales fueron empujados sucesivamente en favor de los intereses judío-marxistas.

Este increíble proceso encierra ya los gérmenes de la terrible crisis que ahora conmueve a la Civilización Occidental. La abrumadora amenaza de hoy comenzó a forjarse en aquel entonces

## **PUEBLOS LANZADOS A LOS BRAZOS DE SUS ENEMIGOS**

A consecuencia del cataclismo económico que sufrió Estados Unidos en 1929 (el cual muchos peritos atribuyen a los financieros judíos) hubo miles de quiebras, quedaron cesantes once millones de trabajadores, fue devaluado el dólar y perdió fuerza el Partido Republicano, entonces en el poder. En esas circunstancias se presentó la candidatura de Franklin D. Roosevelt, del Partido Demócrata. Roosevelt se hallaba cordialmente relacionado con todas las esferas israelitas, pero como por algunos momentos sus partidarios temieron un fracaso, montaron una campaña de prensa en que se aparentaba que los banqueros de Wall Street eran enemigos de aquél, por ese solo hecho millares de ciudadanos resentidos contra los autores del cataclismo económico se volvieron a favor de Roosevelt.

Roosevelt llegó al poder y llevó consigo a un grupo de colaboradores llamados el Trust de los Cerebros, encabezados por el banquero israelita J. Warburg. Uno de los primeros actos del nuevo Presidente fue entrevistarse con el ministro soviético de Relaciones, Maxim Litvinov (cuyo original apellido judío era Finkelstein) y luego reconocer al gobierno bolchevique de la URSS, cosa que Estados Unidos se había negado a hacer durante 16 años. Este reconocimiento ayudó incalculablemente al régimen soviético en momentos en que se afrontaba una grave oposición interna debido al hambre que sufría la población rusa.

Al iniciarse las relaciones entre la Casa Blanca y el Kremlin, en septiembre de 1933, Hitler asumía el poder en Alemania, suprimía el

Partido Comunista y elevaba sus principios antimarxistas a la categoría de política oficial de su país. (Al año siguiente disolvía la masonería).

William C. Bullit, primer embajador norteamericano en Moscú, revela que el reconocimiento de la URSS se hizo a condición de que ésta dejara de dirigir al Partido Comunista americano. Pero esa condición fue sólo un engaño para suavizar la repugnancia con que la opinión pública de Estados Unidos juzgaba cualquier entendimiento con los preconizadores soviéticos de la «revolución mundial» bolchevique. «No obstante —añade Bullit en «La Amenaza Mundial»—, en 1935 se reunió en Moscú el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista y asistieron no sólo jefes prominentes de los comunistas norteamericanos, sino que se dieron determinadas direcciones al partido comunista estadounidense... Roosevelt llegó a la conclusión de que el interés de los Estados Unidos exigía ignorar temporalmente la violación del compromiso que Stalin contrajo con él». Así empezó a ser engañada la opinión pública norteamericana.

Entretanto, era una evidencia innegable que Alemania y Rusia marchaban; hacia la guerra. Las intenciones antibolcheviques de Hitler, proclamadas desde 1919 y reiteradas en «Mi Lucha», tuvieron una enésima e indudable confirmación en 1934, cuando el señor Messerschmit, embajador de Estados Unidos en Austria, comunicó a Washington que Alemania tenía los ojos fijos en la frontera oriental (hacia la URSS) y que abrigaba «la esperanza de conseguir la Ucrania para el excedente de población alemana». Este testimonio consta en el libro «Paz y Guerra» del Departamento de Estado Norteamericano.

El pueblo estadounidense preveía ese conflicto europeo y deseaba vivamente mantenerse al margen; esta preocupación popular determinó que el Congreso americano prohibiera en agosto de 1935 la venta de armas a cualquier beligerante. Entonces el Presidente Roosevelt inició una intensa propaganda para derogar ese acuerdo y proclamó que Alemania era una amenaza inminente contra los Estados Unidos. Sus discursos fueron subiendo de tono y el 5 de octubre de 1937 llegó a decir que «la situación política y del mundo era para causar grave preocupación» y que «el reino del terror y del desafuero internacional había llegado a tales extremos que amenazaba seriamente las bases mismas de la civilización. Advirtió que era

insensato creer que América podría escapar de esta amenaza o que no se atacaría al hemisferio occidental»<sup>[32]</sup>.

¿Estaba Roosevelt refiriéndose a la URSS, que preconizaba la «revolución mundial» para establecer el comunismo en todo el mundo? ¿Estaba refiriéndose al marxismo judío empeñado en suprimir toda ideología o religión ajena a él? No, ciertamente; Roosevelt se refería sólo al nacional socialismo alemán que se erigía contra el marxismo.

Ya entonces era un hecho palpable que todos los preparativos militares de Alemania se hallaban enfocados a una guerra contra la URSS y que no existía ningún síntoma de que estuviera creando una flota de invasión, ya no digamos para atacar a América, a 7,000 kilómetros de distancia, sino ni siquiera a la Gran Bretaña a escasos 40 kilómetros de la costa europea. Pero una artificial psicosis de guerra estaba siendo creada como requisito previo de la inconcebible tarea de interponer a Occidente entre Alemania y el marxismo, en provecho exclusivo de este último.

No obstante todos los esfuerzos oficiales para crear y acrecentar esa psicosis, Mister Hull reconoce en «Paz y Guerra» que en 1937 «se desarrolló un considerable sentimiento público en los Estados Unidos que pedía una enmienda constitucional que hiciera necesaria la votación popular como requisito previo a toda declaración de guerra». Requisito tan auténticamente democrático en un asunto tan serio como una nueva guerra, parecía ser lógico en una democracia, pero «tanto el Presidente Roosevelt como el Secretario de Estado —agrega Hull— expresaron en varias ocasiones su decidida oposición». Mediante resueltos esfuerzos del Presidente, la proposición fue rechazada por el estrecho margen de 209 votos contra 188.

En ese mismo año de 1937 —dos años antes de la guerra— el embajador norteamericano William C. Bullit se enteraba de que «fueron cerradas diez mil iglesias en Rusia... Se afirma que la NKVD cuenta en estos momentos con 600,000 hombres. Hasta el Ejército Rojo —añade en «Amenaza Mundial»— está sujeto a su control. En los campos de concentración y cárceles de la NKVD el número de prisioneros «no habrá sido nunca inferior, durante los pasados 15 años, a 10 millones, trabajando medio hambrientos».



El sacerdote Walsh, que formando parte de una misión de ayuda social había estado dos años en la URSS, informó pormenorizadamente a Roosevelt de la forma en que eran perseguidas las religiones en Rusia. Sin embargo un velo de indulgente silencio oficial se tendía sobre estos hechos. Pero muy distinta había sido la actitud de Roosevelt **cuando en julio de 1935 las autoridades alemanas habían capturado a varios israelitas conectados con el golpe de estado que Yon Rundstedt hizo fracasar.**

**Y sobre todo, el disgusto de Roosevelt adquirió proporciones de ira cuando en noviembre de 1938 Alemania impuso una multa de 400 millones de dólares a la Comunidad Israelita, como represalia por el asesinato del diplomático alemán Ernest Yon Rath, consumado en París por el judío Herschel Grynszpan.** Ciertamente qué hubo también sinagogas dañadas y cristales rotos en los comercios., judíos (tanto que el suceso es conocido como «la noche de cristal»), pero el gobierno alemán impidió que la indignación degenerase en ataques personales contra los hebreos.

Roosevelt se apresuró entonces a decir (15 de noviembre de 1938): «Apenas puedo creer que esas cosas ocurran en la civilización del siglo XX».

Cosas mil veces peores que multar con 400 millones de dólares a una comunidad judía —poseedora entonces de 3,200 millones de dólares en Alemania— estaban ocurriendo en la URSS y en España, pero de eso no se hablaba. Para la camarilla de Roosevelt era un delito inconmensurable que Hitler enviara a campos de concentración a cientos de agitadores bolcheviques, pero le parecía natural e inobjetable que el Kremlin encarcelara a millones de anticomunistas y que en España las «cheleas» asesinaran en grande escala. El marqués Merry del Val dirigió una carta a Roosevelt preguntándole por qué no mostraba ninguna compasión hacia los millares de católicos españoles asesinados por las brigadas internacionales bolcheviques, y naturalmente Roosevelt no dijo por qué.

A raíz de la multa impuesta a la comunidad judía de Alemania, Roosevelt retiró a su embajador Hugh Wilson y alentó a Inglaterra a declarar combinadamente una guerra comercial contra el Reich.

El primer paso para la ruptura y para la guerra armada se había dado ya.

A continuación Roosevelt agregó que «las tempestades en el extranjero amenazaban directamente a tres instituciones indispensables para los americanos, la religión, la democracia y la buena fe internacional».

Era extraordinario que Roosevelt —masón 33— presentara a Alemania como un peligro para la religión y que nada dijera respecto a la URSS. Berlín acababa de firmar el 20 de julio de 1933 un Concordato con el Vaticano, que incluso concedía libertad completa a las escuelas confesionales, cosa que rige en muy contados países. Además, Hitler proclamaba enfáticamente que «las doctrinas e instituciones religiosas de un pueblo debe respetarlas el Führer político como inviolables... Los Partidos políticos nada tienen que ver con las cuestiones religiosas». Y en contraste con todo esto, en Rusia estaba prohibida la enseñanza religiosa para jóvenes que no hubieran cumplido los 18 años período durante el cual el Estado les inculcaba un profundo sentimiento ateísta, concretado en la conocida frase leninista de que «*la religión es el opio del pueblo*».

Era igualmente extraordinario que Roosevelt presentara a Alemania como una amenaza para la democracia y nada dijera de la URSS, en donde el sistema dictatorial era primitivo y sangriento, con el agravante de que no se trataba de una dictadura instaurada pacíficamente mediante plebiscito — como la de Hitler—, sino mediante purgas sangrientas.

Y también era extraordinario que Roosevelt se refiriera a Alemania como «*amenaza a la buena fe internacional*» —a pesar de que la política alemana se orientaba específicamente contra la URSS—, y que el Propio Roosevelt enmudeciera ante la bien clara intención bolchevique de imponer su sistema de gobierno a todo el orbe. El primer paso en este sentido lo dio el marxismo al integrar la Tercera Internacional Comunista en todos los países de Occidente. Y estas células, avanzadas de la «revolución mundial», ostentaban públicamente los símbolos bolcheviques (bandera roja, hoz, martillo y canto de la Internacional) y recibían instrucciones del Kremlin.

Pero todo esto era soslayado deliberadamente por Roosevelt, según refiere, el diplomático Bullit, quien durante muchos años fue en Estados Unidos el adalid de los que pugnaban por el reconocimiento de la URSS. Sin embargo, más tarde se alarmó ante la política prosoviética de Roosevelt.

Si en estos tres puntos —religión, democracia, y buena fe internacional— carecía de fundamento la acusación de Roosevelt contra Alemania, en cambio sí era un hecho que en la URSS no se combatía al movimiento político judío (del cual el marxismo ha sido uno de sus más poderosos tentáculos) y en Alemania sí se le exhibía y se le retaba.

La eliminación de contados israelitas durante las «purgas» soviéticas, era sólo un fanático castigo de los timoratos o los incompetentes, pero no un ataque fundamental al movimiento político. Caía el hebreo Kerensky, pero surgía el judío Trotsky; caía Trotsky, pero cobraba más poder el hebreo Zinoviev; caía Zinoviev, pero se vigorizaban Litvinov, Kaganovich y todos sus colaboradores.

En cambio, el nacionalsocialismo de Hitler sí era enemigo del movimiento político israelita. Por eso un discurso de Hitler condenando las ambiciones de esa conjura causaba más indignación y alarma entre los círculos israelitas, que la eliminación de unos cuantos judíos en Rusia, hecha por otros de su misma raza y en nombre de su propia causa.

Según podrá ratificarse luego con innumerables pruebas, Roosevelt se hallaba ligado estrechamente a intereses judíos y era ésta la causa —oculta e inconfesable— de que protestara vehementemente cuando en Alemania rompían los cristales de los comercios judíos y de que a la vez guardara silencio acerca de las matanzas de cristianos que se realizaban en Rusia. En el primer caso se trataba de un incidente incruento, pero de honda significación antisionista, y en el segundo de un fanático afianzamiento del marxismo judío.

Cuando los nazis multaban con 400 millones de dólares a la Comunidad Israelita por el asesinato de un diplomático, Roosevelt se indignaba y decía que apenas podía creerse que tales cosas ocurrieran en el siglo veinte, pero con benevolente silencio, pasaba de largo las matanzas que padecía el pueblo ruso bajo el régimen judíomarxista.

El líder comunista español Víctor Serge huyó de Rusia indignado de esas carnicerías humanas y refirió que muchos de los acusados admitían ser culpables para salvar a sus familias. «*Muchos más —dice en “Hitler contra Stalin”— se indignan y acusan: sus gritos son ahogados en las cárceles o se les fusila sin proceso alguno. El número de fusilados asciende*

*probablemente a cien mil. Jamás ningún Estado ha destruido sus cuadros con semejante ensañamiento y de una manera tan completa. Gobierno y comités han sido renovados por lo menos dos veces en dos años. Tan sólo el Ejército perdió 30,000 de los 80,000 oficiales».* Estos desmanes, peores que apedrear vitrinas, también ocurrían en el siglo veinte, pero a Roosevelt no le parecían increíbles ni condenables. Y es que en realidad nadie podía acusar en esa época a Stalin de atacar básicamente al movimiento israelita.

El periodista norteamericano William L. White acompañó a Eric Johnston, Presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, a una gira por numerosas provincias soviéticas y dio el siguiente testimonio: «Una de las cosas admirables del régimen soviético es su actitud hacia cualquier forma de prejuicio de raza, que contiene con mano firme sin ocuparse de discutir con el pueblo ruso, en el cual el antisemitismo ha sido tradición de siglos... El Gobierno ha realizado un gran esfuerzo para reducir el antisemitismo, con el resultado de que en Rusia su importancia es similar a la que tiene en Estados Unidos, aunque las condiciones en este sentido no son tan excelentes como las que existen en Inglaterra»<sup>[33]</sup>.

Esa generosidad era explicable porque el judaísmo había participado como factor decisivo en la génesis del régimen bolchevique y seguía siendo su director intelectual.

La participación del judaísmo en ese régimen determinó el estrecho entendimiento entre Roosevelt y la URSS y fue asimismo la causa de que los pueblos occidentales —contra sus propios intereses— fueran lanzados a aniquilar a Alemania para salvar al marxismo.

Entre el pueblo norteamericano —amante de la libertad, creyente, respetuoso de la vida humana— y el régimen sanguinario y ateísta de plebiscito Moscú, no existía ningún punto de contacto. Pero sí lo había entre el marxismo judío del Kremlin y los prominentes israelitas que rodeaban a Roosevelt. La lista es interminable, pero entre los más conocidos e influyentes, figuraron su inseparable consejero Bernard M. Baruch; el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau; James P. Warburg, dueño del Banco Internacional Acceptance Bank Inc., de Nueva York; Félix Frankfurter, Brandéis y Cardozo en el Tribunal Supremo; Sol Bloom en la Comisión de Relaciones Extranjeras de la Cámara; Samuel Untermyer en

la presidencia de la Federación Mundial Económica Judía, Sam Rosenman, el rabino Stephen Wise y otros muchos.

El escritor norteamericano Robert E. Sherwood colaboró íntimamente en la Casa Blanca y refiere<sup>[34]</sup> que el más cercano colaborador de Roosevelt era Harry Hopkins, educado políticamente por el israelita Dr. Steiner, y fue *«la segunda personalidad individual que de hecho dominó en los Estados Unidos durante el más crítico período de la guerra... Hopkins no vacilaba en aprovechar su íntimo contacto con el Presidente para favorecer sus intereses propios o los de las instituciones con las que tenía personal relación. Hopkins fue el hombre que gozó de la máxima confianza de Franklin D. Roosevelt. Por espacio de varios años fue los ojos, los oídos, y las piernas del Presidente, el instrumento casi anónimo de la voluntad de Roosevelt»*.

Su influencia llegó a ser tan decisiva en asuntos capitales que el general Marshall le confesó a Sherwood que su nombramiento de Secretario de Estado se lo debía «primordialmente a Harry Hopkins». Otro escritor norteamericano, John T. Flynn, revela lo siguiente en «El Mito de Roosevelt»: **«Roosevelt compró al pueblo norteamericano con el dinero del propio pueblo y ganó todas las elecciones. Tengo cuatro millones de hombres —decía Hopkins— pero por amor de Dios no me pidáis que os diga en qué trabajan... Hopkins fue el instrumento principal de Roosevelt en esta grandiosa empresa de derroche y corrupción. El organizó el sistema de las limosnas con dinero público, de tal manera hecha que los subsidios sólo les tocaban a los demócratas, a los fieles de Roosevelt que votaban por él... Hopkins se instaló en la Casa Blanca como favorito oficial y fue, después de Roosevelt, el hombre más poderoso de los Estados Unidos»**.

Según Sherwood, Roosevelt pasaba temporadas en la casa de su consejero israelita Bernard M. Baruch, conocido como el «estadista número uno» y como consejero de presidentes desde la época de Woodrow Wilson. Baruch es jefe del Consejo Imperial de la Gran Masonería Universal. Después de la primera guerra mundial se le acusó a Baruch de haber influido ilegalmente para que el país entrara en la guerra, pero la investigación no prosperó.

Sherwood fue también testigo de que otro israelita, «Sam Rosenman, se movía en el foro del Palacio a guisa de guardia pretoriano. Siempre hubo críticas para aquellas personalidades extraoficiales... Hopkins, Rosenman y yo trabajamos activamente en todos los principales discursos de Roosevelt». Rosenman, juez de la Suprema Corte del Estado de Nueva York, era el enlace entre la Casa Blanca y los jefes israelitas de Nueva York. [35]

Félix Frankfurter, judío nacido en Austria, descendiente de rabinos, era también del grupo íntimo e influyente de Roosevelt. Desde muchos años antes se le identificó como decidido partidario del marxismo; dirigía la Harvard Law School, vivero de jóvenes pro soviéticos a los que luego acomodaba pródigamente en las diversas dependencias de la administración. Además asesoraba a la «*American Civil Liberties Union*», que era otro centro de izquierdistas disfrazados.

El influyente juez Brandéis, también judío, mantenía constante contacto con Roosevelt y se afirma que fue el padre intelectual del «New Deal» (plan económico-político de Roosevelt para asegurar sus re elecciones mediante el dinero del pueblo).

El rabino Stephen Wise también formaba parte de ese grupo, como que desde septiembre de 1914 había apoyado decididamente a Roosevelt en sus primeros pasos políticos.

Ahora bien, según el árbol genealógico investigado por el Dr. H. Laughlin, del Instituto Carnegie, Franklin D. Roosevelt pertenecía a la séptima generación del israelita Claes Martensen van Rosenvelt, emigrado de España a Holanda en 1620, como consecuencia de la expulsión de los judíos. Este informe fue publicado en 1933 en el «Daily Citizen», de Tucson, Arizona. Posteriormente el «Washington Star» dio una información parecida al morir la madre de Roosevelt, Sarah Delano. Y el israelita A. Slomovitz publicó en el «Detroit Jewish Chronicle» que los antepasados judíos de Roosevelt en el siglo. XVI residían en España y se apellidaban Rosa Campo. [36].

Roosevelt contaba también con los jefes del movimiento obrero americano, tales como los líderes judíos Sidney Hillman (C.I.O.), John L. Lewis, Ben Gold, Abraham Flexner, David Dubinski y otros muchos

discípulos del también líder obrerista judío Samuel Gompers, fundador de la American Federation of Labor. El líder Hillman, israelita originario de Lituania y emigrado a los Estados Unidos en 1907, había organizado en 1922 una corporación industrial rusoamericana, en la que su lema era:

**«Nosotros tenemos la obligación moral de ayudar a Rusia a resurgir».**

Hillman era aconsejado por el influyente rabino Stephen Wise, según este mismo lo afirma en su biografía «Años de Lucha». Entre los dirigentes de los obreros norteamericanos han figurado siempre muchísimos judíos. La lista ocuparía varias hojas, pero además de los antes nombrados puede citarse a los muy conocidos Arthur J. Goldberg, Frank Rosenblum, Jacob Potofskvi Dan Tobin, Walter Reuther, Jacob Reuther y Albert Fitzgerald.

Cuando el líder obrero norteamericano John P. Frey denunció ante la comisión parlamentaria de actividades antinorteamericanas la labor comunista de dichos líderes judíos, fue violentamente censurado por escritores y periódicos pro soviéticos. Y Roosevelt dijo al Senador Martín Dies: «¿Cómo se le ha ocurrido permitir esta campaña de difamación contra el C. I. O? No es absolutamente el caso de dar tanta importancia al comunismo». Por algo el periódico judío «Jewish Life», de Nueva York, había dicho el primero de mayo de 1939 que **«los aliados más fieles del judaísmo son los partidos comunistas».**

Así las cosas, en el fondo resultaba muy explicable por qué Roosevelt pugnaba por alinear a Occidente en defensa de la URSS y por qué alentaba a la juventud norteamericana hacia el marxismo. En el congreso juvenil de Washington, en enero de 1940 dijo: «Hace ya más de veinte años, cuando la mayoría de ustedes eran unos niños muy pequeños, yo sentía la misma simpatía por el pueblo ruso. En los primeros días del comunismo entendí que muchos de los dirigentes de Rusia estaban proporcionando mejor educación, y mejor salud... Se dice que algunos de ustedes son comunistas. Este adjetivo, hoy, es muy impopular. Como norteamericanos, tienen ustedes, si quieren, perfecto derecho legal y constitucional a definirse como comunistas»<sup>[37]</sup>.

Marx, Engels, Lenin, Kamenev, Zinoviev, Trotsky y los demás adalides israelitas del bolchevismo soviético habían logrado un triunfo sui generis en la Casa Blanca de Washington, y este triunfo había sido magistral obra de

filigranas políticas en las hábiles manos de los israelitas Wise, Baruch. Rosenman y otras eminencias del llamado «poder secreto del mundo».

El pueblo norteamericano veía con inquietud que se le quería mezclar peligrosamente en el conflicto europeo y que se le empujaba, hacia el campo bolchevique. La política rooseveltiana del «New Deal» se identificaba cada vez más con Moscú. Sherwood refiere que los epítetos «comunista y bolchevique se lanzaban enérgicamente a la faz de la administración rooseveltiana, y sobre todo, a Hopkins.

Martín Dies, presidente de la Comisión Investigadora de Actividades Antinorteamericanas, anunciaba en el Congreso que pediría presupuesto para investigar el manejo de fondos y que haría expulsar a Hopkins, a Harold Kkes y a otros comunistas... Cuando se nombró a Hopkins Secretario de Comercio, el «Chicago Tribune» dijo: Esta designación es la más incomprensible y la menos defendible de cuantas ha hecho el Presidente». Pero confiado en sus influencias y en las de quienes los sostenían, Hopkins decía: «Habrà impuestos y más impuestos, gastos y más gastos y seremos elegidos una y otra vez»<sup>[38]</sup>. Y así fue. Los auténticos intereses del pueblo norteamericano habían pasado ya a un lugar secundario desde el cual no podían normar el destino del país. El Estado judío, dentro del Estado norteamericano, era en ese momento el que imponía el derrotero. Y lo más admirable —por su habilidad política— fue que con el dinero de los propios contribuyentes norteamericanos se compraran indirectamente los votos para las reelecciones de Roosevelt, que garantizaron la continuidad de la influencia judía, contraria a los mismos contribuyentes. El instrumento de esta maniobra se llamó «New Deal» (Nuevo Trato).

La comisión senatorial de investigaciones antiamericanas, presidida por Martín Dies, conmovió al pueblo con sus denuncias. Había descubierto que funcionaban 10 editoriales que hasta 1938 llevaban distribuidos 15 millones de ejemplares de propaganda prosoviética y que existían nexos comunistas en numerosos periódicos, en las ligas de nudistas, en sociedades defensoras de negros y hasta en agrupaciones que tendían la mano a los cristianos. El padre Coughlin hablaba por radio para denunciar muchas de estas maniobras. El general Pershing, de la Legión de Antiguos Combatientes, lanzó asimismo una voz de alerta ante la infiltración bolchevique, pero en



todas partes había células rojas que ahogaban estas denuncias, y el propio Roosevelt paralizó a la Comisión Dies.

## INGLATERRA VALLADAR CONTRA LA MARCHA HACIA MOSCÚ

Desde antes de la primera guerra mundial Adolf Hitler pensaba que Alemania debería rehuir el conflicto con Inglaterra y Francia, desistiendo de su expansión en ultramar, a cambio de adquirir nuevos territorios en la Europa Oriental. Consideraba que si Inglaterra —después del aniquilamiento de España y los Países Bajos como potencias marítimas— concentró a principios del siglo XIX sus energías contra Francia, lo hizo exclusivamente porque Napoleón I puso en peligro la hegemonía británica. Y creía que si otra potencia europea volvía a interferir el dominio inglés en las colonias, sería igualmente combatida por la Gran Bretaña. Alemania no debería correr esa aventura.

Años después, ya como jefe del naciente movimiento nacionalsocialista, Hitler repitió muchas veces esa idea en sus discursos, y en 1923 la proclamó así en «Mi Lucha» y acusó categóricamente a la prensa judía de que alentaba en Alemania el rearme naval y luego hacía de esto un motivo de agitación en Inglaterra, a efecto de sabotear la amistad germano británica. Agregó que Alemania no debería querellarse más con Inglaterra, sino «hacer frente con fuerzas concentradas» al movimiento judío-marxista y a las masas bolcheviques convertidas en ciego instrumento de éste.

Más explícito al escribir en 1926 la segunda parte de «Mi Lucha», Hitler reiteraba así su determinación de no combatir contra el pueblo británico: «Por propia experiencia sabemos nosotros hasta la saciedad cuán difícil es llegar a reducir a Inglaterra. Aun prescindiendo de esto, yo como germano preferiré siempre, a pesar de todo, ver la India bajo la dominación inglesa que bajo otra cualquiera».

A la luz de esas consideraciones, que eran asimismo proclamadas por el movimiento nazi, no tenía nada de extraño que Hitler tratara de ganarse la amistad de Inglaterra y Churchill aun antes de que llegara a la Cancillería del Reich. Así lo reconoce el propio Churchill en sus memorias: «El verano de 1932 —un año antes de que Hitler asumiera el Poder y siete años antes de la guerra— estuve en Munich. Fui visitado por Herr Hanfstaengl, enviado de Hitler. Trataba de hacerse simpático. Después de la comida tocó todos los aires musicales de mi predilección. Me dijo que debería conocer al Führer. Hitler venía al hotel todas las tardes y tenía seguridad de que me vería con agrado. En el curso de la conversación se me ocurrió preguntar: ¿Por qué el jefe de ustedes se muestra tan violento con los judíos?... Más tarde, cuando se había vuelto omnipotente, habría yo de recibir varias invitaciones de Hitler. Pero ya entonces habían ocurrido muchas cosas y tuve que excusarme».

Fueron entonces las primeras veces que Churchill dejó a Hitler con la mano tendida. Y no habrían de ser las últimas... La enemistad entre el judaísmo y el movimiento nacionalsocialista de Hitler se levantaba como escollo insalvable de la amistad entre Alemania y, el pueblo británico.

Parecía absurdo e inverosímil, pero así era. Ya en 1920 Henry Ford había hablado en «El Judío Internacional» acerca de la increíble preponderancia que los israelitas lograron secretamente en Inglaterra desde mediados del siglo pasado, cuando el judío Disraeli fue Primer Ministro y jefe político de los conservadores. Después han figurado prominentemente Lord Reading, en el Gabinete; Lord Rothschild, en las finanzas; Lord Northcliffe, o sea Isaac Harmsworth, en la prensa; Harry Pollit y Arthur Horner, en la organización de células comunistas; Norman Montagu, como director del Banco de Inglaterra; Sidney Silverman en el Parlamento; Samuel Hoare (conocido corrió vizconde Toplewood) en diversos ministerios, y otros muchos. Se considera que den familias de la alta nobleza británica, en su mayor parte de origen judío, son las que dirigen la política del reino. El periódico norteamericano «Common Sense» publicó que el propio Churchill es nieto de judíos.<sup>[39]</sup> No era conveniente para el pueblo británico —como ahora puede verse palpablemente que no lo fue— que entrara en dificultades con Alemania si ésta quería lanzarse contra la

URSS, pero sobre los auténticos intereses del pueblo inglés privaban los intereses del judaísmo. En este punto los británicos se hallaban en idéntica situación que los norteamericanos. El judío se había infiltrado también hábilmente en la Gran Bretaña e hizo de las finanzas uno de los principales reductos, de tal manera que luego su influencia era decisiva. Incluso muchas prominentes familias inglesas han tenido la creencia de que son sucesoras de las doce tribus de Israel, y aunque no lo proclaman públicamente, sus actividades siguen el sendero común del movimiento político-judío. Northcliffe, conocido como el «Napoleón de la Prensa», llegó a controlar los principales diarios británicos y a través de ellos a la opinión pública. Por muchos conductos la mano israelita ha venido influyendo en el Parlamento y en la política exterior inglesa. Ese sello, ajeno al pueblo inglés, es el que inspiró el mote de «la pérvida Albión».

Hasta qué grado Churchill encontró apoyo en esas fuerzas invisibles, pero poderosas, para su política exterior que llevaba al Imperio Británico a interponerse en el camino entre Berlín y Moscú, o hasta, qué grado Churchill fue ciego instrumento de esas fuerzas, es un punto histórico muy difícil de precisar, pero los acontecimientos demuestran la existencia de ese factor.

Entre los reiterados esfuerzos de Hitler por fincar una firme amistad con Inglaterra figura el Acuerdo Naval Anglo germano, firmado el 18 de junio de 1935. Según ese convenio, Alemania se comprometía a no construir una flota de guerra que fuera mayor del 35% de la flota británica. Hitler quería así que la Gran Bretaña continuara siendo la primera potencia marítima, en tanto que Alemania se convertía en una potencia terrestre para luchar contra la URSS.

El historiador inglés F. H. Hinsley, de la Universidad de Cambridge, examinó después de la guerra los archivos alemanes y llegó a la siguiente conclusión: «En particular, no tenía (Hitler) la menor intención de disputar a Inglaterra la supremacía naval... Ninguna de las pruebas de que podemos disponer en la actualidad y que hacen referencia a las negociaciones navales anglo germanas contradicen eso»<sup>[40]</sup>.

Después del acuerdo naval anglo germano, Hitler quiso entrevistarse con el Premier inglés Mr. Baldwin, pero éste dio largas al asunto y no

resolvió nada. «Cuando se lo comuniqué así a Hitler —dice Von Ribbentrop en sus «Memorias»—, su desengaño fue todavía mayor que el mío. Permaneció callado bastante tiempo, después levantó la vista hacia mí. Finalmente me dijo que durante años había tratado de conseguir un entendimiento entre Inglaterra y Alemania, que había resuelto la cuestión de la Flota de un modo favorable para ellos y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa en común con aquel país, pero que por lo visto, Inglaterra no quería comprender su actitud».

Sin embargo, en agosto de 1936 Hitler hizo otro intento de acercamiento con la Gran Bretaña y envió a Londres a Von Ribbentrop para que gestionara un pacto de amistad. Ambos confiaban en la buena voluntad del Rey Eduardo VIII, que no simpatizaba con el marxismo y que deseaba un acuerdo con Alemania. Pero precisamente en esos días tomaba fuerza una conjura política para hacerlo dimitir, apoyada en una campaña de prensa por su matrimonio con la señora Simpson. El rey abdicó en diciembre y el pacto de amistad anglogermano no pudo concertarse.

Seis años después Hitler dijo en una conversación privada: *«El golpe de gracia para el duque de Windsor creo que fue su discurso a los excombatientes, en el que dijo que la meta de su vida era la conciliación de Inglaterra y Alemania. Toda la campaña belicista fue montada por Churchill y pagada por los judíos con la colaboración de los Edén, Vansittart y compañía. Los judíos lograron su intentona de apoderarse de toda la prensa. Para agarrar a Rothermere le suprimieron los recursos de la publicidad. Una nación que no elimina a los judíos acaba, tarde o temprano, siendo devorada por ellos»*. El capitán Russell Grenfell, historiador inglés, considera nefasta para el mundo la obstinación con que Churchill se negó a recibir la amistad que Hitler le brindaba a Inglaterra. Y también juzga absurda la indignación con que Churchill se refería a la «tiranía nazi», al, mismo tiempo que cortejaba a la tiranía bolchevique, mil veces peor. («Odio Incondicional». Cap. R. Grenfell).

Una y otra vez era evidente que Alemania no quería conflicto con Inglaterra. En cambio lo quería y lo buscaba específicamente con la URSS. Von Ribbentrop tuvo la oportunidad de ser Ministro de Relaciones antes de ser Embajador de Alemania en Londres, pero le pidió a Hitler este último

puesto a fin de hacer esfuerzos personales para estrechar la amistad con los británicos.

Churchill así lo admite en sus Memorias y lo refiere con las siguientes palabras textuales: «Cierta día en 1937 —dos años antes de que se iniciara la guerra— tuve una entrevista con Von Ribbentrop, Embajador de Alemania en Inglaterra. La conversación duró más de una hora. Ribbentrop era sumamente cortés. La parte medular de su declaración fue que Alemania buscaba la amistad de Inglaterra. Dijo que pudo haber sido Ministro de Negocios Extranjeros en Alemania, pero que había pedido a Hitler que le permitiera venir a Londres a fin de presentar el caso completo a favor de una “entente” y hasta de una alianza anglo germana. Alemania respaldaría al Imperio Británico en toda su grandeza y extensión. Posiblemente pediría la devolución de las colonias alemanas, pero eso evidentemente no era un punto cardinal. Lo que se requería era que la Gran Bretaña diera a Alemania manos libres en el oriente de Europa... La Rusia Blanca y la Ucrania eran indispensables para la vida futura del Reich alemán, con más de 70 millones de almas. Nada menos se consideraría suficiente. Todo lo que se pedía de la Comunidad Británica de Naciones y del Imperio en general era una actitud de no intervención».

Una vez más quedó así expuesta la más grave y fundamental decisión de Hitler y de Alemania: ataca a la URSS y arrebatarle la Rusia Blanca y ucrania para que Alemania —miembro clave de la civilización occidental— creciera a costa del Oriente y no del Occidente.

Churchill dejó una vez más a Hitler con la mano tendida. Su respuesta fue la siguiente, según lo dice en sus Memorias: «Le dije sin vacilar, que estaba seguro de que el Gobierno británico no convendría en dar a Alemania libertad de acción en la Europa Oriental. Era verdad que nos hallábamos en malos términos con la Rusia soviética y que aborrecíamos al bolchevismo tanto como Hitler mismo, pero podía estar seguro de que aun cuando Francia quedaba salvaguardada, la Gran Bretaña nunca se desinteresaría de la suerte del Continente hasta un extremo que permitiera a Alemania ganar la dominación de la Europa Central y Oriental»...

«No estime usted a Inglaterra en menos de lo que vale. Tiene mucha habilidad. Si nos hundan ustedes en otra guerra, hará que el mundo entero

se ponga contra Alemania, como la última vez. Al oír esto, el embajador se puso de pie muy acalorado y dijo: Inglaterra podrá ser muy hábil, pero en esta ocasión no colocará al mundo contra Alemania».

En este punto Ribbentrop estaba equivocado.

## EL TRONO DEL ORO EMPUJA A OCCIDENTE

Había otro factor también interesado en que «el mundo entero» se alineara en contra de Alemania. Ese factor era el Trono del Oro. Ahí el judaísmo se movía con ancestral destreza y mediante abstrusas teorías pseudo científicas disfrazaba su dominio sobre las fuentes económicas.

La influencia de ese trono acababa de ser proscrita en Berlín. **Hitler había proclamado que la riqueza no es el oro, sino el trabajo, y con la realidad palpable de los hechos estaba demostrándolo así.**

Lentamente iba quedando al descubierto la ruin falacia de que el dinero debe privar sobre las fuerzas del espíritu. El hecho de que así ocurriera no era prueba concluyente de que así debería seguir ocurriendo. La economía nacionalsocialista de Hitler se aventuró resueltamente por un nuevo camino ante los ojos incrédulos del mundo. Había recibido una Alemania exhausta por la última guerra, y de la miseria resurgía como una potencia internacional.

Con un territorio 19 veces mayor que Alemania y con recursos naturales y económicos infinitamente más grandes, Roosevelt no había dado empleo a sus once millones de cesantes. Pese a sus vastos recursos coloniales, los imperios británico y francés tampoco se libraban de ese crimen del trono del oro. En cambio, en la minúscula Alemania, no obstante la carencia de vastos campos agrícolas, de petróleo, de oro y de plata, **la economía «nazi» había dado trabajo y pan a los 6.139,000 desocupados que le heredó el antiguo régimen.**

Si los sabihondos de la «ciencia económica» erigida en «tabú» alegaban que cierto terreno no podía abrirse al cultivo ni acomodarse ahí determinado



número de cesantes, debido a que no había dinero, esto parecía ser una razón suficiente. **La economía nazi, en cambio, se desentendía de que en el banco hubiera o no divisas o reservas de oro;** emitía dinero papel, creaba una nueva fuente de trabajo, daba acomodo a los cesantes, aumentaba la producción y ese mismo aumento era la garantía del dinero emitido. **En vez de que él oro apuntalara al billete de banco, era el trabajo el que lo sostenía. En otras palabras, la riqueza no era el dinero, sino el trabajo mismo, según la fórmula adoptada por Hitler.**

Si en un sitio había hombres aptos para trabajar y obras que realizar, la economía judaica se preguntaba si además existía dinero, y sin éste tercer requisito la obra no se iniciaba y los cesantes permanecían como tales: La economía nazi, en cambio, no preguntaba por el dinero; el trabajo de los hombres y la producción de su obra realizada eran un valor en sí mismos. El dinero vendría luego sólo como símbolo de ese valor intrínseco y verdadero.

Por eso Hitler proclamó: **«No tenemos oro, pero el oro de Alemania es la capacidad de trabajo del pueblo alemán... La riqueza no es el dinero, sino el trabajo».** Los embaucadores del trono del oro gritaban que ésta era una herejía contra la «ciencia económica», mas Hitler refutaba que el crimen era tener cesantes a millones de hombres sanos y fuertes y no el violar ciertos principios de la pseudociencia económica disfrazada con relumbrantes ropajes de disquisiciones abstrusas. **«La inflación —dijo Hitler— no la provoca el aumento de la circulación monetaria. Nace el día en que se exige al comprador, por el mismo suministro, una suma superior que la exigida la víspera...** Allí es donde hay que intervenir. Incluso a Schacht tuve que empezar a explicarle esta verdad elemental: que la causa esencial de la estabilidad de nuestra moneda había que buscarla en los campos de concentración. La moneda permanece estable en cuanto los especuladores van a un campo de trabajo. Tuve igualmente que hacerle comprender a Schacht que los beneficios excesivos deben retirarse del ciclo económico.

»Todas estas cosas son simples y naturales. Lo fundamental es no permitir que los judíos metan en ellas su nariz. La base de la política comercial judía reside en hacer que los negocios lleguen a ser

incomprensibles para un cerebro normal. Se extasía uno ante la ciencia de los grandes economistas. ¡Al que no comprende nada se le califica de ignorante! En el fondo, la única razón de la existencia de tales argucias es que lo enredan todo. Sólo los profesores no han comprendido que el valor del dinero depende de las mercancías que el dinero tiene detrás.

»Dar dinero es únicamente un problema de fabricación de papel. Toda la cuestión es saber si los trabajadores producen en la medida de la fabricación del papel. Si el trabajo no aumenta y por tanto la producción queda al mismo nivel, el aumento de dinero no les permitirá comprar más cosas que las que compraban antes con menos dinero. Evidentemente esta teoría no hubiera podido suministrar la materia de una disertación científica. Al economista distinguido le importa sobre todo exponer ideas envueltas en frases sibilinas...

»Demostré a Zwiedineck que el patrón oro, la cobertura de la moneda, eran puras ficciones, y que me negaba en el futuro a considerarlas como venerables e intangibles; que a mis ojos el dinero no representaba nada más que la contrapartida de un trabajo y que no tenía por tanto valor más que en la medida que representase trabajo realmente efectuado. Precisé que allí donde el dinero no representaba trabajo, para mí carecía de valor. Zwiedineck se quedó horrorizado al oírme. Me explicó que mis ideas conmovían las nociones más sólidamente establecidas de la ciencia económica y que su aplicación llevaría inevitablemente al desastre.

»Cuando, después de la toma del poder, tuve ocasión de traducir en hechos mis ideas, los economistas no sintieron el menor empacho, después de haber dado una vuelta completa, en explicar científicamente el valor de mi sistema»<sup>[41]</sup>.

«Toda vida económica es la expresión de una vida psíquica», escribió Oswald Spengler en «Decadencia de Occidente». Y en efecto, el nacionalsocialismo modificó la economía de la nación en cuanto logró orientar hacia metas ideales la actitud psíquica del pueblo. La falsificación judía de la Economía Política, según la cual el trabajo es sólo una mercancía y el oro la base única de la moneda sana, quedó evidentemente al descubierto.

Muchos incrédulos investigadores fueron a cerciorarse con sus propios ojos de lo que estaba ocurriendo en Alemania. «Radcliffe College», de Estados Unidos, envió a Berlín al economista antinazi Máxime Y Sweezy. Entre sus conclusiones publicadas en el libro «La Economía Nacionalsocialista», figuran las siguientes:

«El pensamiento occidental, cegado por los conceptos de una economía arcaica, creyó que la inflación, la falta de recursos, o una revolución, condenaban a Hitler al fracaso... Mediante obras públicas y subsidios para trabajos de construcción privada se logró la absorción de los cesantes. Se cuidó de que los trabajadores de determinada edad, especialmente aquellos que sostenían familias numerosas, tuvieran preferencia sobre los de menor edad y menores obligaciones... Se desplazó a los jóvenes desocupados hacia esferas de actividad de carácter más social que comercial, como los Cuerpos de Servicio de Trabajo, de Auxilios Agrícolas y de Trabajo Agrícola Anual».

«En el otoño de 1936 ya no existía duda alguna sobre el éxito del primer plan cuatrienal. La desocupación había dejado de ser un problema e inclusive se necesitaban más obreros. El segundo plan cuatrienal quedó bajo la dirección del general Goering, cuya principal meta era independizar a Alemania de todos los víveres y materias primas importadas... Con proteínas de pescado se manufacturaron huevos en polvo; los autobuses fueron movidos por medio de gas; se usó vidrio para fabricar tubería y material aislante; se implantó la regeneración del hule y la purificación del aceite usado y el tratamiento de la superficie de metal contra el moho. Se almacenó aserrín para transformarlo en una harina de madera que también se usó como forraje; el pan se elaboró, en parte, de celulosa; las cubiertas de las salchichas se usaron de celofán; se transformaron las papas en almidones, azúcares y jarabes».

«En Fallersleben se inició la construcción de no sólo la fábrica de automóviles más grande del mundo sino de la fábrica más grande del mundo de cualquier clase. El Volksauto (auto del pueblo) costaría mil ciento noventa marcos (más de dos mil pesos) en abonos de cinco semanarios. **En seis años los nazis terminaron 3,065 kilómetros de carreteras,**

**parcialmente, 1,387 kilómetros más, e iniciaron la construcción de otros 2,499 kilómetros».**

«La estabilización de precios que resultó de la intervención oficial nazi debe conceptuarse como un éxito notable, único en la historia económica desde la revolución industrial... Esta experiencia permitió que prosiguiera la guerra sin que el problema de los precios preocupara a Alemania»<sup>[42]</sup>.

**¿Cómo había sido lograda esa milagrosa transformación si Alemania carecía de oro en sus bancos, si carecía de oro en sus minas y de divisas extranjeras en sus reservas? ¿De qué misteriosas arcas había salido el dinero para emprender obras gigantescas que dieron trabajo a 6.136,000 cesantes existentes en enero de 1933? ¿Había logrado, acaso, la piedra filosofal buscada por los antiguos alquimistas para transformar el plomo en oro?**

La fórmula no era un secreto, pero sonaba inverosímilmente sencilla entre tanta falacia que la pseudociencia económica judía había hecho circular por el mundo. Consistía, básicamente, en el principio de que «la riqueza no es el dinero, sino el trabajo». En consecuencia, si faltaba dinero, se hacía, y si los profetas del reino del oro gritaban que esto era una herejía, bastaba con aumentar la producción y con regular los salarios y los capitales para que no ocurriera ningún cataclismo económico.

El investigador norteamericano Sweezy pudo ver como se daba ese paso audaz y escribió: «Los dividendos mayores de 6% debían ser invertidos en empréstitos públicos. Se considera que el aumento de billetes es malo, pero esto no tiene gran importancia cuando se regulan los salarios y los precios, cuando el Gobierno monopoliza el mercado de capitales y cuando la propaganda oficial entusiasma al pueblo».

Sweezy relata también que la economía nazi ayudó a los hombres de negocios a eliminar a los logreros de la industria; se ampliaron las subvenciones para las empresas productoras de bienes esenciales; se implantó un espartano racionamiento y el comercio internacional se rigió a base de trueque. Mediante el Frente Alemán del Trabajo «la ilusión de las masas se desvió de los valores materiales a los valores espirituales de la nación»; se aseguró la cooperación entre el capital y el trabajo; se creó un departamento de «Fuerza por la Alegría»; se agregó otro de «Belleza y

Trabajo»; se implantó el mejoramiento eugenético y estético de los centros de trabajo. Para reducir las diferencias de clase, cada joven alemán laboraba un año en el «Servicio de Trabajo» antes de entrar en el ejército; se trasladaron jóvenes de las ciudades a incrementar las labores agrícolas; se movilizó a los ancianos a talleres especiales; a los procesados se les hizo desempeñar trabajos duros; a los judíos se les aisló del resto de los trabajadores, «con objeto de que el contagio fuera mínimo»; y las ganancias de los negociantes se redujeron a límites razonables.

El ex Primer Ministro francés Paul Reynaud dice en sus «Revelaciones» que «en 1923 se trabajaban en Alemania 8,999 millones de horas y en Francia 8,184 millones. En 1937 (bajo el sistema nazi que absorbió a todos los cesantes) se trabajaban en Alemania 16,201 millones de horas, y 6,179 millones en Francia». Como resultado la producción industrial y agrícola de Alemania llegó a sextuplicarse en algunos ramos y así la realidad trabajo fue imponiéndose a la ficción oro. Un viejo anhelo de la filosofía idealista alemana iba triunfando aun en el duro terreno de la economía. En sus «Discursos a la Nación Alemana» Juan G. Fichte había dicho en 1809 que «al alumno debe persuadirse de que es vergonzoso sacar los medios para su existencia de otra fuente que no sea su propio trabajo».

Naturalmente que esto entraba en pugna con los intereses de una de las ramas judías que halla más cómodo amasar fortunas en hábiles especulaciones, monopolios o transacciones de Bolsa que forjar patrimonios mediante el trabajo constructivo. Esta implacable ambición que no se detiene ante nada ya había sido percibida años antes por el filósofo francés Gustavo Le Bon, quién escribió en «La Civilización de los Árabes»:

***«Los reyes del siglo en que luego entraremos, serán aquellos que mejor sepan apoderarse de las riquezas. Los judíos poseen esta aptitud hasta un extremo que nadie ha igualado todavía».***

Ciertamente Hitler repudiaba a esos reyes del oro y desde 1923 había escrito que el capital debe hallarse sometido a la soberanía de la nación, en vez de ser una potencia internacional independiente. Es más, el capital debe, actuar —decía— en favor de la soberanía de la nación, en lugar de convertirse en amo de ésta. Es intolerable que el capital pretenda regirse por leyes internacionales atendiendo únicamente a lograr su propio crecimiento.

En la democracia la economía ha logrado imponerse al interés de la colectividad, y si para sus conveniencias utilitarias es más atractivo financiar a los especuladores que a los productores de víveres, puede hacerlo libremente. De igual manera puede ayudar más a los capitales extranjeros que a los propios, si en esa forma obtiene dividendos mayores. El bien de la patria y de la nacionalidad no cuentan para nada en la «ciencia económica» del Reino del Oro. Naturalmente, ese egoísmo practicado y propiciado por el judío fue barrido implacablemente en Alemania. Y una vez afianzada la economía nacionalsocialista, Hitler pudo anunciar el 10 de diciembre de 1940:

*«Estoy convencido de que el oro se ha vuelto un medio de opresión sobre los pueblos. No nos importa carecer de él. El oro no se come. Tenemos en cambio la fuerza productora del pueblo alemán... En los países capitalistas el pueblo existe para la economía y la economía para el capital. Entre nosotros ocurre al revés: el capital existe para la economía y la economía para el pueblo. Lo primero es el pueblo y todo lo demás son solamente medios para obtener el bien del pueblo. Nuestra industria de armamentos podría repartir dividendos del 75, 140 y 160 por ciento, pero no hemos de consentirlo. Creo que es suficiente un seis por ciento... Cada consejero —en los países capitalistas— asiste una vez al año a una junta; oye un informe, que a veces suscita discusiones. Y por ese trabajo recibe anualmente 60,000, 80,000 o 100,000 marcos. Esas prácticas inicuas las hemos borrado entre nosotros. A quienes con su genio y laboriosidad han hecho o descubierto algo que sirve grandemente a nuestro pueblo, les otorgamos —y lo merecen— la recompensa apropiada. ¡Pero no queremos zánganos!»*

Muchos zánganos de dentro y de fuera de Alemania se estremecieron de odio y de temor. Así se explica por qué el 7 de agosto de 1933 —seis años antes de que se iniciara la guerra— **Samuel Untermyer, presidente de la Federación Mundial Económica Judía, había dicho en Nueva York durante un discurso:** «Agradezco vuestra entusiasta recepción, aunque entiendo que no me corresponde a mí personalmente sino a la «Guerra santa» por la humanidad, que estamos llevando a cabo. Se trata de una guerra que debe pelearse sin descanso ni cuartel, hasta que se dispersen las

nubes de intolerancia, odio racial y fanatismo que cubren lo que fuera Alemania y ahora es, hitlerlandia. Nuestra campaña consiste, en uno de sus aspectos, en el boicot contra todas sus mercancías, buques y demás servicios alemanes... El primer Presidente Roosevelt, cuya visión y dotes de gobierno constituyen la maravilla del mundo civilizado, lo está invocando para la realización de su noble concepto sobre el reajuste entre el capital y el trabajo».<sup>[43]</sup> Es importante observar cómo seis años antes de que se encontrara el falso pretexto de Polonia para lanzar al Occidente contra Alemania, ya la Federación Mundial Económica Judía le había declarado la guerra de boicot. La lucha armada fue posteriormente una ampliación de la guerra económica.

Carlos Roel añade en su obra citada: «La Judería se alarmó, pues siendo el acaparamiento del oro y el dominio de la banca sus medios de dominación mundial, significaba un grave peligro para ello, el triunfo de un Estado que podía pasarse sin oro, y además, desvincular sus instituciones de crédito de la red internacional israelita, ya que muchos otros se apresurarían a imitarlo. ¿Cómo evitar ese peligro? No había sino una forma; aniquilar a Alemania».

Agrega que esos amos del crédito realizan fabulosas especulaciones a costa del pueblo; fundan monopolios y provocan crisis y carestías. Y como están en posibilidad de elevar o abaratar los valores de Bolsa a su arbitrio, sus perspectivas de lucro se vuelven prácticamente infinitas. También Henry Ford habla de esto y refiere cómo los americanos fueron testigos durante 15 meses de una de esas típicas maniobras: «El dinero —dice— se sustrajo a su objetivo legal y fue prestado a los especuladores al seis por ciento, quienes a su vez volvieron a prestarlo al 30%».

Era, pues, tan bonancible la situación de los reyes del oro, que naturalmente se aprestaron con odio incontenible a combatir al régimen nazi. El ejemplo de éste desacreditaba la sutil telaraña de pseudo-ciencia económica tras la cual se hallaban apostados los magnates judíos al acecho de sus víctimas.

El sistema alemán de comerciar internacionalmente a base de trueque y no de divisas era también alarmante para esos profesionales especuladores. En respuesta a las críticas contra el trueque, Hitler dijo el 30 de enero de

1939: «El sistema alemán de dar por un trabajo realizado noblemente un contra rendimiento también noblemente realizado, constituye una práctica más decente que el pago por divisas que un año más tarde han sido desvalorizadas en un tanto por ciento cualquiera»<sup>[44]</sup>.

»Hoy nos reímos de esa época en que nuestros economistas pensaban con toda seriedad que el valor de una moneda se encuentra determinado, por las existencias en oro y divisas depositadas en las cajas de los bancos del Estado y, sobre todo, que el valor se encontraba garantizado por éstas. En lugar de ello hemos aprendido a conocer que el valor de una moneda reside en la energía de producción de un pueblo».

La demostración de ese principio ponía automáticamente en evidencia el engaño que padecían otros pueblos. El judaísmo se sintió así herido en dos de sus más brillantes creaciones: en el Oriente, su Imperio marxista se hallaba en capilla; en el Occidente, su sistema económico supercapitalista de especulaciones gigantescas estaba siendo desacreditado ante los ojos de los pueblos occidentales que eran sus víctimas.

Y de ahí nació la entonces tácita alianza entre el Oriente y el Occidente para aniquilar a la Alemania nazi. Ni los yugoeslavos, ni los belgas, ni los franceses, ni los ingleses, ni los americanos, tenían por qué lanzarse a esa lucha, mas para los intereses israelitas era indispensable empujarlos. **¡Con los mismos pueblos que en cierto modo eran sus víctimas, el judaísmo político iba a afianzar su hegemonía mundial!**

Henry Ford escribió en 1920 que «existe un supercapitalismo que se apoya exclusivamente en la ilusión de que el oro es la máxima felicidad. Y existe también un supergobierno internacional cuyo poderío es mayor que el que tuvo el Imperio Romano». Pues bien, ese supergobierno iba a realizar la fabulosa tarea de lanzar a los pueblos occidentales a una guerra que era ajena a los intereses de esos pueblos e incluso perjudicial para ellos.



## PROFUNDAS RAÍCES EN EL ALMA COLECTIVA

Las realizaciones del nacionalsocialismo eran la cúspide de una montaña de fuerzas psicológicas que asentaban sus cimientos en el alma colectiva del pueblo alemán.

Aunque los gobiernos influyen en los pueblos y los encauzan, es el alma de la nación la que les infunde o no el toque de grandeza. Cuando ese espíritu falta, las instituciones son simples «gerencias» administrativas, más o menos toleradas o más o menos populares, pero carentes del fuego que arde en los movimientos históricos que graban épocas milenarias en el Destino de los pueblos.

El movimiento nazi encontró cualidades populares —rezumadas a través de siglos y de generación en generación— que hicieron posibles sus centelleantes realizaciones. No era, por tanto, un movimiento de exportación. Muchos años antes había comenzado a abonarse el terreno mediante la típica disciplina alemana en la escuela y el cuartel. De ella nacieron o se acrecentaron en Alemania las cualidades de orden, de atención concentrada, de paciencia y de minuciosidad.

Desde siglos antes el servicio militar había inculcado reverente culto por la Patria y la nacionalidad; las universidades habían abierto todas las puertas del conocimiento humano a una enorme masa de ciudadanos. Hitler se encontró así a un pueblo culto, pero que gracias a sus reservas vitales —y al ejercicio de la fuerza de voluntad desde la escuela hasta el cuartel— no había caído en la degeneración libresca del intelectualoide que repudia la acción, el esfuerzo, el sacrificio y la disciplina. Este último disfraza su

pereza con sapiencia, pero en vez de una acción sostenida sólo realiza un estéril mariposeo de idea en idea.

Por otra parte, la dictadura de Hitler en Alemania tenía un significado muy distinto a las dictaduras habidas en otros países, donde los dictadores imponen su dominio y el de su camarilla, pero no imponen métodos para realizar ideales. Es ésta una fundamental diferencia.

Cuando un pueblo ansia sustraerse al dominio de un grupo político, ese anhelo es una fuerza libertadora. Por eso Spengler dice que en esencia «la libertad tiene algo de negativo; desata, liberta, defiende; ser libre es siempre quedar libre de algo». Pero en la Alemania nacionalsocialista el pueblo no deseaba sustraerse a su ideal de grandeza y a su aspiración de adquirir espacio para vivir. No deseaba libertarse de su ideal nacionalista; y supuesto que Hitler implantaba una dictadura para realizar esos ideales, el pueblo estaba con él. La dictadura la llevaba el pueblo en su propia alma y era la dictadura de sus ideales. Por eso Hitler —que fue símbolo viviente y bandera humana de esos anhelos— arrastró multitudes.

Esto constituía la característica específica, diacrítica, propia, de la dictadura nacionalsocialista. La dictadura es un instrumento, no una «cosa en sí»; puede ser buena o mala, querida u odiada, según el fin a que se oriente. 458 años antes de nuestra Era, cuando los romanos se hallaban aflictivamente sitiados por los ecuos, recurrieron a Lucio Quincio Cincinato y lo nombraron dictador. Cincinato organizó nuevos ejércitos, restableció la confianza y derrotó a los ecuos.

Frecuentemente se ha visto en la historia que los pueblos en zozobra recurren a la voluntad de un hombre para encontrar su propio camino y cuando en esos momentos aflictivos hallan a ese hombre resuelto a asumir la responsabilidad de todos, la tensión disminuye y la esperanza resurge. La dictadura es una necesidad esporádica en la historia de la humanidad. Si en el caso de Alemania se la vilipendió tanto, fue por intereses partidistas, mas no porque en realidad fuera un régimen contrario a la voluntad popular. La dictadura nazi irrumpió duramente en la vida de Alemania. Hitler mismo lo advirtió así: «El Nacionalsocialismo no es ninguna doctrina de quietud; no es una doctrina de goce, sino de esfuerzo y de lucha». Y sin embargo halló adhesión entusiasta porque no era molición lo que el pueblo deseaba. Así lo

revelaban ya los pensadores alemanes después de 1918 al quejarse de que «ahora vivimos el *happy end* de una existencia sin contenido, a través de cuyo aburrimiento, la música de jazz y los bailes negros entonan la marcha fúnebre de una gran cultura. Hacemos el muerto como insectos humanos». (Spengler).

Pero a partir de 1933 en que los nazis adquirieron el poder, la disciplina y el esfuerzo fueron materializando nuevas instituciones y poniendo en juego las inactivas energías de la nación. Se establecieron centros juveniles como el de Sonthofen, para crear jóvenes «rectangulares de cuerpo y alma». «Los hombres no deberían preocuparse más de la selección de perros, caballos y gatos, que de levantar el nivel racial del hombre mismo».

Ciertos observadores extranjeros se escandalizaban —quién sabe por qué— de que en las escuelas alemanas se les inculcara a los educandos: «muchachos; tenéis que ser duros y resistentes... duros como el acero; ¡el Führer lo quiere!» Desde los catorce hasta los 18 años los muchachos alemanes pertenecían a la Juventud de Hitler, dotada de secciones de aviación, de fusileros, etc., y se les impartían conocimientos de política que en otros países difícilmente logran incluso los adultos.

Contra la internacionalización del obrero proclamada por el marxismo se instituyó el Frente de Trabajo y se alentó el sentimiento de la comunidad nacional. El trabajador no era ni un paria respecto a las demás clases ni un privilegiado aristócrata de overol. El frente del trabajo imponía al patrón «el deber de ser considerado y justo con el obrero». Para esto funcionaba el Tribunal de Honor Social, pero naturalmente su eficacia no se fincaba sólo en bellos reglamentos, sino en la espontánea disposición de patrones y obreros a cooperar al resurgimiento de la nación. La indemnización por despidos injustos ascendía a un año de salario. Pero más que las sanciones, lo que acercaba a las diversas clases y las fundía en un mismo bloque de trabajo era el ideal de una patria grande. Despertar estas fuerzas psicológicas tiene mucho más valor en la práctica que expedir leyes cuya evasión es siempre factible.

En tres años se construyeron en las ciudades 701,552 viviendas populares, con alquiler no mayor de la quinta parte de los ingresos del inquilino. Para evitar amontonamientos deprimentes las viviendas eran de

una sola planta y tenían jardín. Además, el Frente del Trabajo terminó en dos años 21,301 casas de colonos y 59,000 más se hallaban en construcción. [45]

El Frente cuidaba también de los obreros temporales como los de la construcción, que incluso tenían derecho a vacaciones. «El número de obreros con derecho a vacación en Alemania es más del doble del de los demás países. El promedio de vacaciones es también mayor.. Una dependencia del FAT, la Fuerza por la Alegría, atiende a la inversión del ocio. Ningún otro Estado presenta una institución de recreo semejante. Más de 5 millones de personas que no habían salido o habían salido raramente de los muros de su ciudad, han podido conocer lo más hermoso de fa patria alemana»[46].

Las crecidas utilidades obtenidas por un sector no se interpretaban como síntoma de auge nacional, sino como una irregularidad económica que debía ser corregida en beneficio del bienestar colectivo, pues «la economía próspera debe apoyarse en un alto nivel de vida de la masa».

En la obtención de trabajo era factor decisivo el número de miembros de la familia. Y el seguro social, establecido por Bismarck en 1880, alcanzó en 1937 el primer lugar del mundo. La beneficencia pública recurría a la colecta del Plato Único en la comida del domingo; lo economizado por cada ciudadano se destinaba a ayudar a la colectividad. En tres años las colectas ascendieron a 1,095 millones de marcos. Hitler no quería —dice el Dr. Rauecker— que esto fuera sustituido por impuestos, pues sostenía que «el sentimiento de responsabilidad social del individuo no debe debilitarse por medio del impuesto». En vez de una ayuda mecanizada y forzada se apelaba a los sentimientos de camaradería y justicia.

Carlos Roel cita —«Hitler y el Nazismo»— que el departamento de **Fuerza por la Alegría**, cuya tarea consistía en hermohear el medio ambiente de los obreros en las fábricas y hacerles su tarea menos fastidiosa, les decía: «No prometemos las utopías del marxismo. No; nosotros decimos al hombre que trabaja y crea, que la vida es dura y está llena de dificultades de las cuales no podemos librarlo, porque no hay poder en el mundo capaz de ello. Le decimos, empero, que lo esencial no es que desaparezcan los inevitables trabajos del hombre, sino que éste tenga la fuerza suficiente para

afrontarlos. Y esa fuerza queremos dársela por medio de la alegría y la comunidad».

Todo este movimiento constructivo era naturalmente contrario a la demagógica agitación marxista que divide en vez de unir y que Oswald Spengler sintetiza así en «Años Decisivos»:

«Para el comunismo no se entiende por pueblo a la nación toda, sino a la parte de la masa ciudadana que se rebela contra la Comunidad. El trabajador pasa a ser el obrero propiamente dicho, el sentido y el fin de la historia, de la política y de la preocupación pública. Se olvida que todos los hombres trabajan y que hay otros que rinden más: el inventor, el ingeniero, el organizador. Pero nadie se atreve ya a acentuar la categoría, la calidad de un rendimiento. Sólo el «trabajador» halla compasión, sólo él es auxiliado, protegido y asegurado. Más aún, es elevado a la categoría de santo e ídolo de la época. El mundo gira en torno suyo, todos los demás son haraganes; sólo él no... Los representantes del pueblo viven de esta leyenda, han acabado por persuadir de ello a los propios asalariados, quienes se sienten realmente maltratados y miserables, hasta perder todo criterio de su verdadero valor. El que ha provocado esto no es el trabajador, sino el vagabundo, como se le llama en la correspondencia entre Marx y Engels... Ninguno se atreve ya a declarar que quiere representar a otras partes de la nación que al obrero. A éste lo tratan como clase privilegiada, por cobardía o en espera de éxitos electorales».

Pero volviendo al examen de lo que era el Estado Nazi cabe citar que en el ramo de la producción intelectual se publicaron 25,439 libros tan sólo en 1938, según dice el investigador americano Máxime Y; Sweezy, en «La Economía Nacionalsocialista».

Refiriéndose a las realizaciones de su régimen, Hitler pudo anunciar el 30 de enero de 1939: «Esquilmado por el resto del mundo durante 15 años, cargado de deudas enormes, sin colonias, el pueblo alemán es alimentado y vestido y no tiene cesantes. Y la pregunta es:

¿Cuál de las sedicentes grandes democracias estaría en condiciones de lograr una cosa tan difícil?» Esta era una respuesta a la campaña que se había iniciado en Occidente contra Alemania, pero Hitler quiso enfatizar que se trataba de una simple réplica, y precisó: «No exportamos el

nacionalsocialismo ni tenemos motivos para combatir a otros pueblos porque sean demócratas».

Cada nación es libre de escoger su propio sistema de gobierno; al reconocer esa libertad para los demás, Alemania reclamaba igual derecho para sí.

## **ZANJANDO LAS VIEJAS RENCILLAS CON FRANCIA**

Al finalizar la primera guerra mundial, Alemania fue mutilada y reducida a 472,000 kilómetros cuadrados (la cuarta parte de Méjico), y perdió el dominio sobre 6 millones y medio de alemanes, los cuales en contra de su voluntad fueron anexados a otros países.

Además, se la obligó a desmilitarizar el Sarre y la Renania. Que un país se vea forzado a prescindir de la soberanía nacional, aun dentro de sus propias fronteras, es un hecho humillante que no puede durar indefinidamente. Por eso en enero de 1935 se efectuó un plebiscito en el Sarre para saber si la población alemana quería seguir perteneciendo a Alemania o no. La respuesta fue afirmativa en un 90% (477,000 contra 48,000 votos) y en consecuencia se restableció la soberanía nacional alemana sobre aquella zona del país que había estado siendo administrada con intervención de Francia. Con tal motivo, Hitler anunció el 15 de ese mes:



Hitler es recibido en Viena al consumarse la unión Austria. El hecho de que Hitler, austriaco, hubiera sido elevado a la categoría de jefe de Alemania, era la mejor demostración de que se trataba de un solo pueblo.

**«Compatriotas alemanes del Sarre: su decisión me da hoy la posibilidad de declarar que una vez efectuada su reincorporación al territorio del Reich, Alemania no hará ya ninguna reclamación territorial más a Francia. Esta es nuestra contribución histórica y de sacrificio en pro de la tan necesaria pacificación de Europa. Nosotros no luchamos hoy por una posición de poderío mundial; luchamos simplemente por la existencia de nuestra patria, por la unidad de nuestra nación y por el pan cotidiano para nuestros hijos. Si partiendo de este punto de vista tratamos de buscar aliados en Europa, sólo dos Estados deberán tomarse en cuenta: Inglaterra e Italia».**

Hitler refrendaba así su propósito de no buscar querrela con Occidente. Desde el 2 de noviembre de 1933 el embajador alemán en Washington, Luther, había notificado al Departamento de Estado que Hitler prometía no pedir jamás la devolución de Alsacia y Lorena, provincias que en la guerra de 1914 le fueron quitadas al Reich y anexadas a Francia.

Sin embargo, ese propósito de zanjar dificultades con Francia tuvo inmediatamente después una hostil respuesta por parte de los gobernantes



franceses, quienes el 2 de mayo (1935) concertaron un tratado con la URSS para cercar a Alemania. Otro convenio semejante fue firmado el día 16 entre Checoslovaquia y Rusia. No obstante, Hitler continuó su política de acercamiento con Francia e Inglaterra.

El 7 de marzo de 1936 Alemania dio otro paso más para recuperar su soberanía dentro de sus fronteras y militarizó su propio territorio de la Renania. El acuerdo adoptado en 1918 para que Alemania no tuviera soldados en esa provincia suya, no podía ser sino una medida transitoria de emergencia, pero no una claudicación definitiva. ¿Podrían tolerar indefinidamente otros países la exigencia de no tener, tropas en determinadas regiones de su propio suelo?

Pero tal acontecimiento fue difundido en el mundo entero como principio de una espantosa amenaza sobre Occidente. El 31 de marzo de 1936 Hitler anunció su plan de paz, significativamente dirigido al Mundo Occidental; pedía igualdad de derechos para todos los países europeos y prometía que Alemania respetaría las fronteras en el Oeste. Nada remotamente parecido ofrecía respecto a las fronteras de Oriente, concernientes a la URSS. En noviembre de ese mismo año hizo más patente su actitud antibolchevique y firmó el Pacto Antikomintern con el Japón, al cual Mussolini se adhirió un año más tarde. Francia e Inglaterra tenían así pruebas inequívocas de que Hitler no marchaba contra ellas, sino contra Moscú.

Una vez resuelto que el Sarre y la Renania (por ser provincias alemanas), quedaban sujetas al control soberano del Estado alemán, la atención de Hitler se volvió hacia su provincia natal de Austria, cuya unificación con Alemania era un viejo sueño de la población germana. En efecto, al finalizar la primera guerra mundial, la Asamblea Nacional Austríaca había decidido el 12 de noviembre de 1918 que Austria se incorporaría a la comunidad de Estados Alemanes. Pero este acuerdo fue inmediatamente contrarrestado por las potencias aliadas, las cuales prohibieron esa fusión, según el artículo 88 del Tratado de Paz de Saint-Germain. Tal prohibición violaba el principio de la libre auto-determinación de los pueblos, proclamado por los propios aliados.

La asamblea Nacional Austríaca protestó porque no se le permitía su unión con Alemania, pero su protesta fue desoída. Tres años después, en 1921, la Asamblea Nacional Austríaca organizó un referéndum en el que cada ciudadano contestaría a la siguiente pregunta: «¿Debería el Gobierno Federal solicitar el permiso del Consejo de la Liga de las Naciones para la unión de la República Austríaca con el Reich Alemán?» Inmediatamente Francia y Yugoslavia hicieron presión para que el plebiscito se suspendiera, de tal manera que sólo pudo realizarse en el Tirol y en Salzburgo, con 243,848 votos en favor de la unificación y 2,682 en contra.

Lazos de sangre, de idioma, de religión, de costumbres, de confraternidad en las armas, hacían de Austria esencialmente una provincia alemana. El hecho mismo de que Hitler, austríaco, hubiera sido elevado en 1933 a la categoría de Führer de Alemania, era la mejor demostración de que no se trataba de dos pueblos; sino de uno solo —el pueblo alemán— cuya total unificación reclamaba la incorporación de Austria.

A principios de 1938 hizo crisis el deseo popular de que Austria se incorporara a la comunidad de Estados Alemanes. Entonces el Canciller austríaco Schuschnigg, aconsejado por el Ministro francés Puaux, lanzó sorpresivamente una convocatoria para realizar un plebiscito en el término de tres días. Como no había padrones recientes y una gran parte de la población creyó que se trataba de una maniobra fraudulenta, comenzaron a ocurrir desórdenes y manifestaciones.



Hitler llega a Viena el día de la anexión. 15 de marzo de 1938. «Esa ésta la hora más feliz de mi vida, en la que puedo anunciar a la historia la incorporación de mi país natal al Reich alemán...»

Hitler pidió que el plebiscito se pospusiera a fin de que se le preparara convenientemente, y al no conseguirlo ordenó que las tropas entraran en Austria. Esto ocurrió el 12 de marzo (1938) y la población recibió con frenéticas muestras de simpatía a sus hermanos del Norte. Este mismo día Hitler llegó a Viena. El antiguo ejército austríaco desfiló junto con sus compatriotas del 8º ejército alemán al mando del general Von Bock.

En 1912, siendo un muchacho de 23 años, Hitler «aspiraba a estar entre aquellos que tendrían la suerte de vivir y actuar allí donde debía cumplirse un día el mas fervoroso de los anhelos de mi corazón: la anexión de mi querido terruño a la patria común: el Reich Alemán».

Y 26 años más tarde, ya como Führer, Hitler proclamaba en Viena el 15 de marzo de 1938: «Es ésta la hora más feliz de mi vida, en la que puedo anunciar a la historia, como Presidente y Canciller de la Nación Alemana y del Reich, la incorporación de mi país natal al Reich Alemán. Alemania, pueblo alemán, partido Nacional Socialista ¡salud y victoria!»

El diplomático Von Papen, en muchos aspectos opositor a Hitler, refiere así aquellos momentos: «La fantástica ovación había llevado a estos jefes de partido, ya curtidos, a un estado de éxtasis. Era una experiencia extraordinaria, y la repetición incesante del grito triunfal: “Heil, Heil, Sieg Heil” sonaba en mis oídos como un toque de somatén. Cuando Hitler se volvió hacia mí para hablarme, su voz parecía ahogada por sollozos: Qué tarea inmensa tenemos ante nosotros, Herr von Papen; nunca debemos separarnos hasta que nuestro trabajo esté terminado».

Aunque fotografías y noticieros de las más diversas fuentes captaron como testimonio viviente el júbilo con que la provincia austríaca se adhería a la comunidad alemana, y aunque los corresponsales extranjeros informaron de ese estado de ánimo, una corriente propagandística mundial no tardó en referirse a Austria como a un país inicualemente sojuzgado, aunque quedaba sin explicación el hecho de que los «sojuzgados» aclamaran gozosos en las calles a sus «sojuzgadores» y de que no hubiera ni un tiro, ni un acto de sabotaje, ni una protesta.

El 18 de marzo los obispos católicos austríacos, encabezados por el cardenal Innitzer y el arzobispo Waitz, declaraban: «Nosotros reconocemos con satisfacción la relevante tarea que el movimiento nacionalsocialista ha

desempeñado y desempeña en el terreno de la reconstrucción popular y económica, así como su política social para el Imperio alemán y para los más pobres estratos populares. Nosotros tenemos también el convencimiento de que el peligro destructor del bolchevismo ateo fue rechazado merced a la acción del movimiento nacionalsocialista».

El plebiscito efectuado el 10 de abril de ese mismo año de 1938 arrojó un resultado de 4.273,000 votos en favor de la fusión y 11,000 en contra.

La incorporación de Austria a Alemania era mil veces menos objetable y discutible que la anexión de Georgia, Azerbaijón, Armenia, Kaskastán, Uzbekistán, Turkmenia, Tadjikia y Kirghisia a la URSS, ya que estas ocho provincias o países soberanos totalizaban 25 millones de habitantes que en su mayoría ni siquiera hablaban el ruso. Entre ellos y sus anexadores no había lazos de sangre, ni de religión, ni de costumbres. Su incorporación no fue en todos los casos pacífica e incruenta, sino realizada bajo el persuasivo recurso del terror y de las «purgas».

No obstante, un discreto manto de silencio, apenas descornado en esporádicos y comedidos relatos «objetivos» había solapado la expansión de la URSS, en contraste con la» forma sensacionalista y capciosa con que se pretendía hacer del caso austríaco un motivo de agitación mundial contra Alemania.

Y es que estaba ya erigiéndose el escenario para lanzar a Occidente a una guerra ajena y hasta perjudicial a sus intereses.

## EL TALÓN DE AQUILES DEL NACIONALSOCIALISMO

El nacionalsocialismo había surgido como la llama de un movimiento ideológico opuesto al marxismo-israelita. Sus enemigos naturales eran Moscú y los círculos judíos de Occidente. Estos se hallaban empeñados tanto en ayudar a la URSS como en evitar que el nacionalsocialismo siguiera poniendo al descubierto los sistemas de explotación del Reino del Oro.

Tales eran los enemigos exteriores de la Alemania de Hitler. Mas en el interior había un punto débil, un talón de Aquiles, y paradójicamente este punto débil lo formaban los conservadores y la mayoría de los generales. Eruditos y eficientes en su profesión, muchos de los generales eran esencialmente apolíticos, quizá hasta la exageración.

No concebían que los nuevos tiempos reclamaran de un país la más firme y absoluta unidad; unidad de pensamiento y de acción. Creían que la nueva doctrina debería limitarse a la calle y a los partidos, pero sin absorber a la tropa. Su criterio extraordinariamente especializado llegó a creer que el ámbito militar debería formar un mundo diferente, y autónomo dentro de la nación.<sup>[47]</sup>

Y es curioso que en su afán de políticos a ultranza muchos generales cayeran en el error de hacer una política blanca, aséptica; una política carente de meta nacional. La campaña de vacío que trataron de formar para el ejército fue consecuentemente el primer punto débil del movimiento nazi. Así fue como en mayo de 1933 la presión de los generales evitó que el partido nazi absorbiera a los militares. Y así fue como el general Werner Von Fritsch, comandante en jefe del ejército, daba a sus subalternos un

ejemplo de desprecio hacia el nuevo movimiento político. Su sucesor, Von Brauchitsch, mantenía lazos con los social-demócratas, que no eran sino la bifurcación más desleída y timorata de los izquierdistas, y llegó a participar en juntas antinazis tendientes a un golpe de Estado, cosa que dejó de hacer hasta que Hitler vigorizó su posición tras la unión pacífica de Austria.<sup>[48]</sup>

Y así fue también como el general Ludwig Beck, que hasta octubre de 1938 ocupó el cargo de jefe del Estado Mayor General, sustentaba la irrealizable tesis de que el ejército alemán no debería combatir contra nadie. Era éste un general y un alemán muy extraño; de todo lo que significara guerra no quería ni oír hablar; gustaba más de París que de Berlín y su hija se educaba en Francia.



General Ludwig Beck, conspirador. Conocía íntimamente el Estado Mayor General y enviaba informes al extranjero. No fue descubierto sino hasta 1944, y entonces trató de suicidarse.

Beck fue el primero de los grandes conspiradores que tuvo Alemania en la segunda guerra. Siendo todavía jefe del Estado Mayor General hizo un extenso *memorándum* en el que analizaba el estado del ejército alemán y su probable desarrollo; durante un viaje a París se llevó una copia y la entregó a unos amigos extranjeros, quienes a su vez llevaron el documento a Nueva York, según dice el historiador Curt Riess.

El general Beck tenía amigos israelitas y condenaba el «antisemitismo» de los nazis. Posteriormente, ya en plena guerra, todavía sostenía correspondencia con el extranjero. En «Gloria y Ocaso de los Generales Alemanes», Riess dice que «empleaba en su correspondencia un lenguaje incomprensible para los secuaces de Hitler. Acaso al último se cansaron de

leer sus cartas para pensar que el hombre estaba descentrado. Pero Beck no estaba descentrado, ni mucho menos...»

Simplemente era un enemigo del régimen y seguía revelando secretos. Durante seis años trabajó hábilmente en su conspiración y no fue descubierto sino hasta 1944, a finales de la guerra, cuando participó decisivamente en la conjura para asesinar a Hitler.

Los generales Von Fritsch y Von Brauchitsch no llegaron a esos extremos, pero en compañía de otros generales trataban de mantener al ejército fuera de la influencia de Hitler, a quien no consideraban de su clase y veían despectivamente cómo «el cabo». Sus incipientes actividades de conspiración cesaron por un tiempo al ver que la anexión de Austria se había realizado pacíficamente. Von Fritsch se decepcionó y le dijo al general Halder: «Es inútil. Este hombre es el sino de Alemania, y este sino debe seguir su camino hasta el fin».



Almirante Canaris, también conspirador, formaba parte del Gobierno de Hitler nada menos que como Jefe del Servicio Secreto. Habilidad extraordinaria.

Por otra parte, los generales Von Hammerstein Equord y Schleicher (ex Ministro de la Defensa) simpatizaban con los círculos izquierdistas y

mantenían relaciones sospechosas con extranjeros. La Gestapo intentó capturar a Schleicher, pero éste opuso resistencia y fue muerto. Pero el más extraordinario de los conspiradores, que logró conservar hasta fines de la guerra su estratégico puesto de Jefe del Servicio Secreto Alemán, fue el Almirante Guillermo Canaris, hijo de la inglesa Auguste Amélie Popp y descendiente de griegos o de italianos por la rama paterna. Según el escritor antinazi Kurt Singer, en la primera guerra Canaris facilitó la captura de la espía alemana «Mata Hari» (Margarete Gertrude Zelle) mediante el discreto recurso de usar en un mensaje una clave que ya había sido descifrada por los franceses. Pero su traición pasó inadvertida y durante muchos años estuvo haciendo méritos hasta que durante el régimen de Hitler fue ascendido a Jefe del Servicio Secreto, donde disponía de quince mil subordinados.

Una de las primeras actividades de Canaris fue trazar un plan para derrocar a Hitler, pero no pudo realizarlo debido a los triunfos que logró el Führer en los primeros años de su Gobierno. Los principales colaboradores del Almirante, mayor Hans Oster, coronel Piekenbrok y teniente coronel Groscurth, eran también conspiradores. Para la Delegación del Servicio Secreto en Viena, Canaris seleccionó al coronel Marogna-Redwitz, igualmente enemigo de Hitler. Fue tan hábil Canaris para ganarse la confianza de sus superiores (contra los cuales conspiraba), para seleccionar colaboradores que no comprometieran su movimiento y para presentar en su favor pequeños triunfos y deslizar imperceptibles traiciones, que bien puede ser considerado como uno de los más finos conspiradores que conoce la Historia.





Schacht acompaña a Hitler, mientras conspira con él.

En el lejano sector de las finanzas el Dr. Horace Greeley Hjalmar Schacht encabeza un tercer grupo conspirador, bien encubierto. Fingiéndose amigo de Goering, primero, y luego de Hitler, actuó como Presidente del Reichsbank desde marzo de 1933 hasta enero de 1939; como Ministro de Economía desde julio de 1934 hasta noviembre de 1937, y como ministro sin cartera hasta enero de 1943. El caso de Schacht es extraordinario. En 1908 se hizo masón, siguiendo la tradición de su familia, pues su abuelo Christian Ulrich había figurado entre los grandes «maestros» de su época. A través de la masonería Schacht se vinculó con numerosos judíos banqueros internacionales, quienes lo ayudaron a prosperar en su carrera.

En 1923 el israelita Montagu Norman, Gobernador del Banco de Inglaterra, prácticamente le dio el espaldarazo a Schacht, facilitándole un triunfo profesional que comenzó a hacerlo famoso en Alemania.

Posteriormente Montagu Norman fue padrino de un nieto de Schacht, al que se puso por nombre Norman.

En 1933 Schacht se vinculó en Nueva York con influyentes «hermanos» masones judíos, tales como David Sarnoff (emigrado de Rusia a EE. UU.), James Speyer, y el rabino Wise. Según el mismo Schacht dice en sus «Memorias», consideró más efectivo trabajar contra el movimiento de Hitler estando dentro del Gabinete que fuera de él. Y en efecto, así fue. Inteligente y capaz en su profesión, siempre encontraba pretextos lógicos para retardar y sabotear los planes económicos de Hitler, muy particularmente todo lo que se refería al armamento del ejército.

Este banquero, al que periodistas judíos bautizaron como «el mago de las finanzas», estuvo secretamente al servicio de la «Internacional Dorada» (el reino del oro montado por las finanzas judías), y dentro de Alemania conservó estrechos nexos con los banqueros israelitas Von Mendelssohn, Wassermann, Warburg y otros menos conocidos. En 1938 trabó contactos con los generales Von Witzleben y Halder (jefe del Estado Mayor General), tratando de dar un golpe para derrocar a Hitler, pero la anexión pacífica de Austria frustró esa conspiración. Sin revelar entonces el motivo, Schacht se separó de su primera mujer, Luisa, porque ésta era sincera partidaria de Hitler.<sup>[49]</sup>

Por otra parte, alrededor de Franz Von Papen (antecesor de Hitler en la Cancillería y reservado opositor de éste) se formó un cuarto grupo enemigo del Führer, integrado por Bose, Ketteler, Kageneck, Tschirschky y Von Haeften. Ketteler realizó preparativos para asesinar a Hitler, pero la Gestapo lo descubrió y lo ejecutó. Respecto a Tschirschky también tuvo sospechas la Policía, mas Von Papen lo ayudó y logró huir al extranjero. El mismo Von Papen refiere («Memorias») cómo se valió de Kageneck para enviar sus archivos secretos al banco de Zurich, y cómo recurría al Almirante Canaris en demanda de protección para sus ayudantes a quienes ya la policía les pisaba los talones.

El ex jefe del Estado Mayor General, general Ludwig Beck; el jefe del Servicio Secreto, Almirante Guillermo Canaris, y el Ministro de Economía, Hjalmar Schacht, eran en 1937 y 1938 jefes de los tres grupos más poderosos de conspiración. Detrás de ellos, como máximo coordinador y

alentador, actuaba en las sombras el Dr. Goerdeler, quien desde 1933 comenzó a recibir dinero del extranjero y «pudo tomar contacto con los estadistas más importantes del mundo, el presidente Roosevelt y Churchill» según investigaciones publicadas por el historiador antinazi Walter Goerlitz.  
[\[50\]](#)

Habiendo tantos conspiradores, y tan encumbradamente acomodados, el régimen de Hitler se salvó, por muy estrecho margen, de caer en 1938.

## **DESPEJE DEL FLANCO DERECHO**

Para mediados de 1938 todo el servicio diplomático y la prensa oficial alemana se hallaban empeñados en reiterar que Alemania no tenía propósito ninguno de lesionar los intereses de los países occidentales. Después de veinte años, Hitler conservaba la misma política expuesta durante sus primeras actuaciones públicas.

Las viejas rencillas con Francia habían sido zanjadas; por parte de Alemania, con el restablecimiento de la soberanía alemana en los territorios del Sarre y la Renania y con la renunciación a las provincias de Alsacia y Lorena. Concluido ese ajuste en su frontera con Occidente, Hitler cambió su atención hacia la provincia austríaca del sur. Y una vez lograda su anexión inició resueltamente el viraje de todos sus dispositivos hacia el gran encuentro con la URSS.

Fue entonces cuando Hitler trató de poner las bases para asegurar en el sureste el flanco derecho de su marcha hacia el Oriente. En el sureste se hallaba Checoslovaquia. Era un Estado pequeño pero relativamente muy poderoso desde el punto de vista militar. Checoslovaquia había sido inventada a raíz de la terminación de la guerra de 1918 y para formarla fue necesario obsequiarle una parte del territorio alemán y dos millones de habitantes alemanes, además de húngaros, rutenos de Ucrania, polacos y pequeños grupos de otros pueblos. Hitler reclamaba la devolución de la zona poblada por sus compatriotas y esto fue el principio de un nuevo incidente. El Presidente Benes, de Checoslovaquia, había recibido en 1936 una invitación de Hitler para resolver amistosamente sus dificultades; es más, se le reveló el secreto de que Alemania esperaba grandes acontecimientos en Rusia (un golpe de Estado antibolchevique) y de que

desearía un armonioso arreglo germano-checoslovaco, a fin de tener las manos libres para alentar la esperada rebelión antisoviética. Pero Benes se colocó entonces de parte de Stalin, rechazó la amistad de Alemania y se apresuró a poner sobre aviso a Moscú, según lo dice Churchill en sus Memorias.

Con este acto Benes prestó un enorme servicio al bolchevismo y en gran parte frustró la ayuda alemana a los rusos anticomunistas. (Cuando años más tarde Benes creyó que recibiría una recompensa, sufrió la más terrible decepción y vio cómo la URSS absorbía íntegramente a Checoslovaquia y aplastaba todo vestigio de autonomía nacional. Su error le costó la vida).

Era evidente que Alemania no podía atacar a la URSS mientras no conjurara la amenaza que Checoslovaquia ejercía contra el «bajo vientre» del sur de Alemania, que era una de sus regiones más vulnerables. De ahí la gran importancia de ese pequeño país; no se trataba de sojuzgar o no a una nación débil, sino de evitar que ésta fuera aprovechada como punto de apoyo para meterle zancadilla a una acción alemana contra Rusia.

Checoslovaquia tenía una alianza con Stalin. También tenía otra con Inglaterra y Francia. A Hitler no le interesaba que debido al problema checo se hicieran más tensas sus relaciones con Moscú, pero sí quería evitar a todo trance una dificultad con Inglaterra y Francia. Precisamente por eso Hitler buscó por todos los medios posibles que el conflicto con Checoslovaquia se arreglara mediante la amistosa intervención de Inglaterra y Francia, más no con la de Rusia, y por eso invitó a Chamberlain (Premier británico) y a Daladier (Premier francés), para discutir ese problema.

Esto dio lugar a que se celebrara la conferencia de Munich, a la que asistieron Chamberlain, Daladier, Mussolini y Hitler, pero no Stalin. Hitler enfatizaba de este modo que **«Alemania quiere aproximarse a todos los Estados, menos al imperio soviético»**, según lo había dicho en el Reichstag el 20 de febrero de 1938. Asimismo refrendaba lo escrito en «Mi Lucha»: **«Paramos la eterna expedición alemana hacia el Sur y el Occidente de Europa, y dirigimos la mirada hacia el gran país del Oriente» (Rusia).**

Mientras Hitler y Chamberlain conferenciaban en Godesberg, el Presidente Benes anunció por inalámbrica la movilización general.

«A pesar de esta desdichada provocación —dijo Hitler a Chamberlain<sup>[51]</sup>— Cumpliré por supuesto mi promesa de no proceder contra Checoslovaquia durante las negociaciones... No es preciso que haya diferencias entre nosotros; nosotros no nos interpondremos en el camino de ustedes hacia la consecución de sus intereses extraeuropeos mientras ustedes puedan, sin perjuicio, dejarnos manos libres en el Continente, en la parte central y sudoriental de Europa».

De esas negociaciones efectuadas a fines de septiembre de 1938, surgió la fórmula para que Checoslovaquia devolviera a Alemania la región de los Sudetes y la población alemana que, la habitaba. Además, se concertó un acuerdo germano británico que le aseguraba a Inglaterra su hegemonía en los mares. Chamberlain y Hitler declararon el 30 de septiembre:

«Consideramos el acuerdo suscrito en la tarde de ayer y el acuerdo naval germano inglés como expresión simbólica del deseo de nuestros dos pueblos de no volver a hacerse jamás la guerra. Estamos decididos a tratar también otros problemas que afecten a nuestros dos pueblos, de acuerdo con el método de las consultas».

**El júbilo en Alemania, en Inglaterra y en Francia era indescriptible.** Parecía que al fin se habían disipado los nubarrones de guerra y que si ésta llegaba a estallar, sería sólo entre alemanes y soviéticos. **El mismo Churchill escribe que «entusiastas turbas fueron a dar la bienvenida a Mr. Chamberlain en el aeropuerto»**, y lo mismo ocurría con Daladier en París. Era aquélla la expresión auténtica de la opinión pública, pero las secretas fuerzas judías redoblaron sus esfuerzos para desorientar, envenenar y utilizar en su provecho a los pueblos occidentales.

Churchill, que ya en varias ocasiones había rechazado todo acercamiento de Alemania, a Inglaterra, se apresuró a decir en el Parlamento: «Hemos sufrido una derrota total y no mitigada». **La posible caída del bastión checoslovaco que se interponía a la vera del camino entre Berlín y Moscú, era presentada así como una derrota para Londres y no para Moscú.**

Días más tarde Churchill recibió el poderoso apoyo de Roosevelt y del grupo judío que se movía detrás de éste; fue invitado a visitar los Estados Unidos y declaró a través de la radio: «¡Tenemos que rearmarnos!... No

puede existir duda alguna de que tenemos que rearmarnos. La Gran Bretaña abandonará sus seculares costumbres e impondrá a sus habitantes el servicio militar obligatorio... ¿Es esto una llamada a la guerra? Declaro que esto representa la única garantía para la paz». El tiempo demostró, sin embargo, que esos preparativos no podían conducir hacia la paz, sino hacia la más desastrosa de las guerras en que se hubiese empeñado el Imperio Británico.

En cuanto Alemania comenzó a resolver favorablemente el problema de Checoslovaquia, el 2 de septiembre de 1938 el Embajador soviético en Londres, o sea el judío Iván Maiski, visitó a Churchill para gestionar que la base militar checoslovaca fuera mantenida como una posición de flanqueo contra Alemania. Angustiado, el ministro israelita de Relaciones Exteriores de Rusia, Litvinov, hizo otro llamado semejante. Churchill los atendió y redobló su campaña para desacreditar el acuerdo germanobritánico y frustrar así la amistad entre Inglaterra y Alemania. **Bernard Baruch, el israelita consejero de Roosevelt y jefe del consejo imperial de la Masonería Universal**, fue a Londres a vigorizar al grupo de Churchill.

Entretanto, Checoslovaquia y sus 38 divisiones (21 de primera línea y 17 en proceso de movilización), y sus fábricas Skoda, que producían tanto armamento como la Gran Bretaña, constituían una fuerza poderosa frente a las 40 divisiones que entonces tenía Alemania. La «sorda» lucha alrededor de aquella base militar continuó librándose tras la cortina diplomática. Simultáneamente poderosas agencias internacionales de propaganda presentaban el asunto de Checoslovaquia como un punto básico para los intereses británicos en vez de confesar que se hallaba esencialmente ligado con la pugna Hitler-Stalin. En esta forma creaban una artificial agitación en el pueblo inglés.

El historiador británico Russell Grenfell, de la Marina Real, da el testimonio de que se realizó entonces una desenfrenada propaganda anti alemana en Inglaterra, para predisponer los ánimos del pueblo contra la amistad que seguía ofreciendo Alemania.<sup>[52]</sup> Durante esos días ocurrió el asesinato del diplomático alemán Von Rath, a manos del judío Grynspan, y en represalia vino la llamada «noche de cristal» en que los alemanes apedrearon aparadores de los comercios israelitas. Estos acontecimientos

dieron pie a una violenta declaración de Roosevelt y a sus gestiones para realizar juntamente con Inglaterra un boicot contra el comercio alemán. Todo lo que Hitler había logrado en el acuerdo germanobritánico de amistad quedó prácticamente anulado.

A pesar de esto, poco después Hitler hizo otro llamado a la Gran Bretaña. «El pueblo alemán —dijo el 30 de enero de 1939— no siente odio alguno contra Inglaterra ni contra Francia, sino que quiere su tranquilidad y su paz, y en cambio esos pueblos son incitados constantemente contra Alemania por los agitadores judíos o no judíos... Alemania no tiene reivindicaciones territoriales que presentar a Inglaterra y Francia... Si hay tensiones hoy en Europa, hay que atribuir las en primer término a los manejos irresponsables de una prensa sin conciencia que apenas deja pasar un día sin sembrar la intranquilidad en el mundo... Creemos que si se logra poner coto a la hostigación de la prensa y de la propaganda internacional judía, se llegará rápidamente a la inteligencia entre los pueblos. Tan sólo estos elementos esperan medrar en una guerra... Nuestras relaciones con los Estados Unidos padecen bajo una campaña de difamación, que bajo el pretexto de que Alemania amenaza la independencia o la libertad norteamericana trata de azuzar a todo un Continente al servicio de manifiestos intereses políticos o financieros.

A todo trance, y no obstante que corría el riesgo evidente de que Stalin se preparara mejor, Hitler dejaba diáfano que su objetivo ideológico y militar seguía siendo el de aniquilar al régimen bolchevique de la URSS. La historia no puede pasar por alto tantos hechos que lo evidencian así.

El ex Primer Ministro francés Paul Reynaud dice en sus «Revelaciones» que «el 24 de noviembre de 1938 se redactó un documento en el que Hitler declaraba que entre Alemania y Francia no existían diferencias de importancia. Entonces Joaquín Von Ribbentrop (Ministro de Relaciones de Hitler), vino a París y dejó la impresión, posteriormente expresada, con una Nota Especial a nuestros embajadores, de que la política alemana se dirigía contra el bolchevismo».

Por todos los medios, lo mismo antes de asumir el poder que una vez en él, Hitler revelaba que su enemigo era el marxismo israelita. En ningún



pueblo de Occidente el marxismo tenía arraigo popular; y sin embargo, en Francia, en Inglaterra y en Estados Unidos influyentes estadistas y poderosas agencias informativas de propaganda presentaban falsamente a Alemania como enemiga de Occidente y en cambio soslayaban que era enemiga declarada del comunismo.

Cuando la situación de Checoslovaquia tuvo una segunda crisis en marzo de 1939, esa propaganda la aprovechó para alentar la zozobra en Occidente. Resulta que Checoslovaquia había sido inventada artificialmente en 1919, pero carecía de cohesión racial y psicológica. La artificial amalgama de pueblos diversos y la conmoción política determinada por un cambio de régimen, motivó que en marzo de 1939 las provincias de Eslovaquia y Ucrania Carpática se declararan autónomas. **Ante esa emergencia el Dr. Hacha, Presidente de Checoslovaquia, y su Ministro de Relaciones Chavlkosky, acordaron poner el país bajo la custodia de Alemania. El 14 de marzo hicieron la siguiente declaración:**

**«El Presidente del Estado de Checoslovaquia declara que confiadamente encomienda los destinos del pueblo y el país checos al cuidado del caudillo del Reich alemán».**

Así se conjuraba la posibilidad de que dicha nación se convirtiera en un campo de batalla entre las grandes potencias, pues Rusia y el bloque apoyaban el sometimiento de Eslovaquia y de la Ucrania Carpática, en tanto que Alemania propiciaba la libre determinación de esas provincias. La fórmula adoptada por el Presidente Hacha no era agradable, pero cuando menos de ese modo Checoslovaquia no iba a derramar la sangre de sus hijos—como después ocurrió en Polonia— sólo para servir de pretexto a las manipulaciones judías internacionales. En otras palabras, se negaba a sacar las castañas del fuego.

Pero la nerviosidad y la confusión habían abonado ya el terreno y Churchill adquirió más influencia política y con él la falsa tesis de que para Occidente era imprescindible exterminar a Hitler, antes que dejarle manos libres para que se lanzara sobre la URSS.

Ese inconfesado propósito de interponer a Occidente entre el Nacionalsocialismo alemán y el bolchevismo soviético, tenía además otra clara manifestación en las negociaciones que Francia e Inglaterra realizaban

para celebrar una alianza activa con Stalin. Si estos esfuerzos no cristalizaron de momento fue porque Moscú pidió una inmediata sojuzgación de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia —cosa que Occidente no podía conceder públicamente— y porque no le satisfizo a Stalin el potencial bélico movilizado hasta la fecha por los anglofranceses (Memorias de Churchill).

## **A CUATRO HORAS DEL DERRUMBE INTERIOR**

Cuando a mediados de 1938 se aproximaba la crisis en Checoslovaquia, el ejército alemán aún requería por lo menos dos años de crecimiento y rearme a fin de quedar capacitado para la campaña de Rusia. En ese entonces sólo disponía de 40 divisiones. La situación era precaria, pero Hitler la afrontaba con optimismo y confianza creyendo que Occidente entendería que Alemania no buscaba contienda con él. Pensaba que a la postre Inglaterra, Francia y Estados Unidos no interferirían los planes antibolcheviques del nacionalsocialismo. Algunos ministros le reforzaban esa confianza.

Pero numerosos generales, faltos del entusiasmo fanático del movimiento nazi, abrigaban graves temores. Así como se habían alarmado en vísperas de la anexión de Austria, se alarmaron en vísperas de la anulación de Checoslovaquia como base militar contra el desguarnecido sur de Alemania. Su inquietud los llevó al extremo de caer en la red de los conspiradores.

Por distintos caminos esos generales y la quinta columna marxista-judía fueron un frente común de resistencia a la política de Hitler. Los conspiradores natos (encabezados por el Dr. Soerdeler, el Almirante Canaris y el general Beck) hacían todo lo posible por sacar provecho al descontento de los generales de rancio abolengo, y llegaron a establecer contacto con Inglaterra en busca de apoyo, según lo testifica el ex Primer Ministro de Francia Eduardo Daladier.

El jefe del Estado Mayor, general Beck —que tenía conexiones muy extrañas con círculos extranjeros de París y Nueva York— trató de enfrentar al ejército con Hitler, cosa que determinó que fuera sustituido por el general

Franz Halder. Inmediatamente el Almirante Canaris (el más sutil de los conspiradores), trabó contacto con Halder y comenzó lentamente a minarle la moral con informes discretamente matizados de propaganda. El hecho de que esos informes partieran de Canaris, Jefe del Servicio Secreto y aparentemente amigo de Hitler, les daba pleno crédito a los ojos de Halder y de los demás generales.

Halder no compartía las conexiones extranjeras que cultivaba su antecesor, general Beck, pero no tardó también en participar en la conjura. Churchill refiere en sus Memorias que entre los conspiradores figuraban los generales Stuelpnagel, Witzleben (comandante de la guarnición de Berlín), Brockdorff (comandante de la guarnición de Potsdam), y Von Helderff jefe de la policía de Berlín. Dice que «Brauchitsch (comandante del ejército) fue informado y dio su aprobación. La tercera división panzer, mandada por el general Hoepfner, estaba lista al sur de Berlín para dar el golpe a las 8 de la noche del 14 de septiembre, pero a las 4 de la tarde de ese día supo que el Primer Ministro británico, Neville Chamberlain, había accedido a discutir con Hitler la amistosa resolución del problema checoslovaco. Entonces Halder dijo a Witzleben que si Hitler había tenido éxito en el «blof», no procedería justificadamente como jefe del Estado Mayor al descubrir la verdadera situación. En tal virtud se pospuso el golpe».

El general Halder comentó: «¿Qué nos queda por hacer? Todo sale bien»... Brauchitsch estuvo de acuerdo en que ya no procedía el golpe. Von Fritsch, antiguo comandante del ejército, dijo que ya no se podía hacer nada y que Hitler era el destino de Alemania en lo bueno y en lo malo. El general Jodl —uno de los pocos que seguían fielmente a Hitler— anotó entonces que era «muy triste que todo el pueblo apoyara al líder, con excepción de los generales destacados que seguían considerándolo un cabo». Refiriéndose al arreglo de Checoslovaquia, agregó: «Es de esperar que los incrédulos, los pusilánimes y los indecisos queden convertidos con esto».

Por un escaso margen de cuatro horas el régimen hitlerista se había escapado al derrocamiento. Paradójicamente, los generales seguían siendo su Talón de Aquiles, el punto más vulnerable de la nación. Aunque de momento suspendieron sus actividades subversivas, siguieron siendo cultivados por los directores intelectuales del movimiento de resistencia.

Por ejemplo, Beck continuó ampliando contactos, incluso con antiguos agitadores izquierdistas como Guillermo Leuschner. El Almirante Canaris retardaba y obstruía las órdenes superiores, e incluso llegó a proteger a varios israelitas incorporándolos subrepticamente al Servicio Secreto.<sup>[53]</sup> El economista Schacht retardó nueve meses el plan del industrial Voegler para aumentar la producción de gasolina sintética, y lo hizo tan diestramente que Hitler creyó que se debía sólo a falta de visión. También obstruyó económicamente el crecimiento del ejército. Y el doctor Goerdeler prosiguió indirectamente explotando la animadversión que entre los generales aristócratas causaba el hecho de que Hitler fuera jefe de ellos.

## CERROJO EN EL CAMINO A MOSCÚ

Alemania no tenía fronteras con la URSS. Su provincia más cercana al territorio soviético era Prusia Oriental, pero se hallaba artificialmente incomunicada del resto de Alemania mediante una faja de terreno adjudicada a Polonia en 1919. Hitler no podía realizar su proyectada marcha hacia Rusia mientras careciera por lo menos de una ruta terrestre que uniera el corazón de Alemania con su provincia de Prusia Oriental. Por lo tanto, pedía a Polonia que a través del territorio que había sido alemán, se le permitiera construir un ferrocarril y una carretera para comunicarse con Prusia. Alrededor de este punto giró, básicamente, todo el conflicto germano polaco.

Había otros motivos de fricción, pero Hitler nunca los colocó en primer término, pese a lo mucho que significaban para la soberanía de Alemania. Por ejemplo, en 1919 se le adjudicaron a Polonia territorios del Reich ocupados por 2.100,000 alemanes y esta población siempre fue hostilizada por los polacos. Sin embargo, su reincorporación no fue exigida por Hitler.

A raíz de la paz de 1918, Polonia obtuvo el puerto alemán de Dantzig, pese a que allí la población polaca representaba sólo el 3.5 por ciento. En Danziger Niederum el porcentaje era sólo de 1 %, y en Marimburgo, del 3%. El 10 de abril de 1923 el Presidente del Consejo de Ministros polaco, general Sikorski, anunció un programa para la liquidación de los bienes alemanes y la desgermanización de las provincias occidentales». Todo esto, necesariamente, habría de provocar fricciones entre Alemania y Polonia.

El mariscal polaco Pilsudsky era partidario de llegar a una transacción con Alemania y las relaciones mejoraron mucho, pero murió antes de terminar esa obra. El poder pasó entonces a manos del grupo de Sikorski,

enemigo de toda reconciliación. La antigua enemistad de Polonia hacia Alemania fue inmediatamente explotada por todos los intereses internacionales que le cerraban a Hitler el camino hacia la URSS. Como Checoslovaquia ya no era una amenaza de flanqueo en la marcha alemana hacia el Oriente, Polonia constituía el último cerrojo en la ya entonces existente Cortina de Hierro.

El poderoso comercio israelita de Polonia alentó las diferencias germano polacas y colaboró así con las comunidades judías que en Alemania y en otros países de Occidente también se oponían a Hitler. Desde mediados de 1937 los comerciantes y obreros alemanes radicados en Polonia comenzaron a ser hostilizados mediante boicot y ceses. Las consiguientes protestas de Alemania eran presentadas por la prensa como agresivas provocaciones a la Soberanía de Polonia, y paso a paso las relaciones germanopolacas iban enturbiándose y amenazaban romperse.

El 24 de octubre de 1938 Alemania le hizo a Polonia dos peticiones:

1°. Que Dantzig, ciudad poblada en su mayor parte por alemanes, volviera al Reich;

2°. Que a través del corredor polaco, antiguamente alemán, se le permitiera a Alemania construir un ferrocarril que la comunicara con su provincia de Prusia Oriental.

A cambio, Alemania ofrecía lo siguiente:

1°. Reconocimiento de las fronteras comunes, olvidando los territorios que en 1919 habían sido mutilados a Alemania y anexados a Polonia;

2°. Acceso libre de Polonia al puerto alemán de Dantzig.

Polonia repuso que las dificultades políticas interiores impedían aceptar esa proposición.

El 5 de enero de 1939 Hitler comunicó al gobierno polaco que Alemania y Polonia tenían intereses comunes ante la amenaza comunista soviética, y que Alemania deseaba una Polonia fuerte y amiga («Libro Blanco Polaco»).

En febrero de ese mismo año de 1939 se agravaron las relaciones germano polacas al iniciarse manifestaciones antialemanas en Polonia. El 24 de marzo Polonia acordó la movilización de los jóvenes nacidos en 1911

1912,1913 y 1914. La prensa azuzaba al pueblo haciendo coro a los cablegramas de agencias judías y pedía severas medidas contra la población alemana que desde 1919 se hallaba forzosamente formando parte de Polonia. Esa corriente de opinión recibió un poderoso apoyo moral el 31 de marzo al anunciar Inglaterra que «todos los auxilios que del Imperio Británico dependan», serán puestos al servicio de Polonia para repeler a Alemania.

Con anticipación, Roosevelt había alentado también a los jefes polacos para que se negaran a llegar a un acuerdo con Alemania. El origen secreto de esa política, al parecer inexplicable, fue confidencialmente revelado el 12 de enero de 1939 por el Embajador polaco en Washington, Conde Jerzy Potocki, quien informó a su Ministro de Relaciones: «El ambiente que actualmente reina en Estados Unidos se caracteriza por el creciente odio contra el fascismo, y muy especialmente concentrado en la persona del Canciller Hitler... La propaganda se halla sobre todo en manos de judíos, los cuales pertenecen en casi un ciento por ciento a la radio, cine y revistas. No obstante hacerse esta propaganda muy groseramente, poniendo a Alemania todo lo mal posible, tiene efectos muy profundos, ya que el público de aquí no tiene los menores conocimientos de la real situación europea... Un detalle muy interesante en esta campaña es que se efectúa principalmente contra el nacionalsocialismo y se elimina casi por completo a la Unión Soviética. Si se alude a ella se hace de modo amistoso, como si la URSS estuviera adherida a lo que las naciones democráticas persiguen. Gracias a esta hábil propaganda las simpatías del pueblo americano estaban con los rojos españoles... En esta acción; —propagandística— participaron algunos intelectuales judíos, como Bernard M. Baruch; el Gobernador del Estado de Nueva York, Lehmann; el recién nombrado juez del Tribunal Supremo, Félix Frankfurter; el Secretario de Estado Morgenthau y otros íntimos amigos del presidente Roosevelt»<sup>[54]</sup>.

Cuatro días después el mismo Embajador Potocki remitió otro informe confidencial sobre su entrevista con Bullit, Embajador norteamericano en París. Bullit le dio seguridades de que los Estados Unidos combatirían en contra de Alemania. Esto tendería a vigorizar la resistencia de Polonia a un entendimiento con Hitler.



Por otra parte, Jules Lukasiewicz, Embajador polaco en París, el 29 de marzo de 1939 informó a su Ministerio de Relaciones que había conversado con Bullit y que le había manifestado que era «infantil, ingenuo y al mismo tiempo desleal proponer a un Estado que se encuentra en la situación de Polonia, que comprometa sus relaciones con un vecino fuerte, como Alemania, y lance sobre el mundo la catástrofe de una guerra sólo para poder atender las necesidades de la política interior inglesa».

El 28 de abril de 1939 Hitler habló ante el Reichstag y expuso las dos peticiones que había hecho a Polonia y las dos ofertas que le brindaba a cambio. Esto constituye, dijo, «la más considerable diferencia en aras de la paz de Europa». Estaba dispuesto a olvidar los territorios perdidos y a reconocer las fronteras entonces existentes si se le permitía la comunicación con Prusia a través del Corredor Polaco. Además, a cambio de ese acceso a Prusia, cedería otro igual para Polonia hacia el puerto de Dantzig.

En este mismo discurso (y pese a la desairada actitud que sus ofrecimientos de amistad habían hallado siempre en los estadistas británicos partidarios de Churchill) Hitler enfatizó bien que sus ambiciones se enfocaban hacia el Oriente. «Durante toda mi actuación política he mantenido siempre la idea del restablecimiento de la estrecha amistad y colaboración germano británica... Este deseo de una amistad y de una colaboración germano inglesa no sólo está conforme con mis sentimientos, sino también con mi opinión sobre lo importante que es la existencia del Imperio británico en interés de toda la humanidad.

«El pueblo anglosajón —agregó— ha llevado a cabo en el mundo una inmensa obra colonizadora. Yo admiro sinceramente esa labor. Desde un elevado punto de vista humano, el pensamiento de una destrucción de esa obra me pareció y me parece solamente un caso de erostratismo... Yo estimo que es imposible establecer una amistad duradera entre el pueblo alemán y el anglosajón si no se reconoce también del otro lado que no sólo hay intereses británicos sino también intereses alemanes. Cuando Alemania se hizo nacionalsocialista e inició así su resurgimiento, yo mismo he hecho la propuesta de una voluntaria limitación de los armamentos navales alemanes. Esa limitación presuponía la voluntad y el convencimiento de

que entre Alemania e Inglaterra no debería ser ya jamás posible una guerra. Todavía hoy tengo esa voluntad y esa convicción».

Hitler fue increíblemente pertinaz en sus recelos y en sus esperanzas. Y así como jamás creyó posible transigir con el marxismo israelita, tampoco nunca perdió la esperanza de que se evitaría la guerra entre Alemania y los países occidentales encabezados por Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Sus reiterados fracasos en este propósito nunca los creyó definitivos. Siempre confió en que si Alemania luchaba contra el bolchevismo, acabaría esto por tranquilizar al resto del mundo y que esa lucha se vería como un acontecimiento benéfico para la civilización Occidental, cuyas características de propiedad privada, religión, culto a la familia, sentido de nacionalidad, etc., tenían ciertamente muchos más puntos de contacto con Alemania que con el bolchevismo.

El conciliador discurso de Hitler fue ridiculizado por casi toda la prensa de Inglaterra y el gobierno le dio una respuesta hostil cuando el 12 de mayo (1939) firmó un pacto con Turquía para completar el bloqueo de Alemania. Días más tarde los gobernantes franceses redoblaron sus esfuerzos a fin de concertar también una alianza antialemana con Stalin, pero éste continuaba cautelosamente esperando a que el conflicto armado se iniciara primero entre Alemania y el Occidente.

La actitud de Hitler ante esos síntomas ominosos no varió, y aprovechaba todo acto público para insistir en que Alemania no demandaba nada que pudiera ser lesivo para los pueblos occidentales. En consecuencia —infería— no había ningún obstáculo para llegar a una firme amistad, como no fueran las secretas manipulaciones del judaísmo. El 13 de marzo (1939) se efectuó una ceremonia oficial en el Cementerio de Stahnsdorf, ante las tumbas de 1,800 británicos muertos en Alemania durante la primera guerra mundial; el Almirante Erich Raeder, jefe de la Marina alemana, llevó una ofrenda «a la memoria de nuestros caballerosos adversarios —dijo— que cayeron cumpliendo su deber de soldados de su país».

Pero todos esos esfuerzos de conciliación eran rápidamente saboteados. Precisamente en esos días se acentuó la propaganda para agitar a inconscientes grupos polacos que creían actuar en beneficio de su patria provocando desórdenes contra las minorías alemanas. La vieja amistad

polacogermmana estaba siendo exhumada por intereses internacionales para ahondar el abismo entre Polonia y Alemania. Moscú era el único beneficiario.

Alrededor de Roosevelt se movía la camarilla de Hopkins, aleccionado por el judío Dr. Steiner, y de los israelitas Wise, Morgenthau, Frankfurter, Baruch, Untermeyer, Rosenman, que querían salvar al marxismo soviético y aniquilar a Alemania. La meta de esa camarilla era impopular, carecía de apoyo entre los pueblos occidentales. Entonces la eficaz maquinaria propagandística se puso en marcha. Funcionarios de la Casa Blanca ayudaron en esa tarea sobornando a periodistas, periódicos, revistas y escritores no hebreos. (Muchos de estos sobornos fueron posteriormente investigados por el Senado en 1953).

Los israelitas de las altas esferas políticas eran una especie de palanca, y sus hermanos de raza que dirigían la propaganda suministraban el punto de apoyo —en la forma de una engañada opinión pública— para que esa palanca política moviera a los pueblos occidentales hacía el rumbo deseado. En esta forma una minoría relativamente insignificante de judíos engañó y movió una inmensa masa de contingentes no judíos, de la misma manera en que el débil brazo de un hombre puede levantar miles de kilos mediante el auxilio de una palanca y un punto de apoyo.

Como requisito previo para usar la fuerza de los países occidentales, el movimiento político judío los engañó y desorientó. Con razón Schopenhauer dijo el siglo pasado que «el judío es el maestro de la mentira». Con esa maestría ha conseguido que sus propias víctimas le sirvan, naturalmente que sin saber a quién sirven, y hasta con la ilusoria creencia de que se sirven a sí mismas.

Estos alquimistas del engaño concentraron su acción en cuatro puntos:

1° Opacaron la evidencia de que Alemania marcharía contra la URSS.

Así propiciaron que Occidente luchara, engañado, en beneficio del marxismo...

2° Dieron la falsa impresión de que Alemania atacaría al Occidente y no al marxismo israelita del Oriente.

En esta forma agitaron a los pueblos inglés, francés y norteamericano.

3° Crearon la idea de que la pugna entre nazis e israelitas era una rareza de Hitler, sin más fundamento que la aversión contra un conglomerado religioso.

Así se ocultaba el hecho de que esa comunidad no era sólo una inocente secta religiosa, sino un núcleo político con influencia internacional.

4° Presentaron a Alemania como un país antirreligioso.

De esta manera se facilitó que el mundo cristiano se dejara arrastrar a una lucha en beneficio del bolchevismo ateo.

Respecto a los dos primeros puntos, la investigación histórica encuentra miles de pruebas de que Hitler siempre orientó su lucha contra el marxismo. Jamás hizo demandas lesivas para los pueblos inglés, francés o norteamericano, y siempre trató de ganarse su amistad.

Respecto al tercer punto, la pugna entre nazis e israelitas, Hitler anunció el 30 de enero de 1939 que estaba en la mejor disposición de que los países democráticos se llevaran a los judíos que vivían en Alemania, y que les dispensaran todas las prerrogativas y consideraciones que reclamaban para ellos. Hizo observar que algunos países disponían de 10 habitantes por kilómetro cuadrado, y que Alemania, en cambio, necesitaba alimentar a 140 personas por kilómetro cuadrado.

«Cierto es que Alemania —dijo— fue durante siglos lo suficientemente buena para acoger a esos elementos... Lo que ese pueblo posee lo ha adquirido en su mayor parte con las peores manipulaciones a costa del pueblo alemán, no tan astuto.»

»¡Qué agradecidos deberían estarnos por dejar en libertad a esos magníficos portadores de cultura y ponerlos a disposición del resto del mundo! Ese mundo, según sus propias declaraciones, no puede aducir una razón que disculpe la negativa a aceptar en sus países a esa gente valiosísima.

»Los pueblos no quieren volver a morir en los campos de batalla para que esta raza internacional sin raigambres se beneficie con los negocios de la guerra, o para que satisfaga su ancestral deseo de venganza cuyo origen

se remonta al Antiguo Testamento. Sobre la consigna judaica: proletarios de todos los países, uníos, ha de triunfar una visión más elevada, a saber: trabajadores de todas las naciones, reconoced a vuestro enemigo común». Y respecto al cuarto punto, el de que Alemania era enemiga de la religión, Hitler dijo en ese mismo discurso del 30 de enero de 1939: «Uno de los cargos que en las llamadas democracias se levanta contra Alemania es que somos un Estado enemigo de la religión. Primero, en Alemania no se ha perseguido hasta ahora ni se perseguirá tampoco a nadie a causa de sus convicciones religiosas. Segundo, desde el 30 de enero de 1933 el Estado Nacionalsocialista ha puesto a disposición de ambas Iglesias las siguientes sumas producto de los impuestos públicos:

1988	180 millones de marcos
1984	170 millones de marcos
1985	250 millones de marcos
1986	320 millones de marcos
1987	400 millones de marcos
1988	500 millones de marcos

TOTAL 1.700 millones de marcos<sup>[55]</sup>.

Por otra parte, las iglesias son las mayores propietarias de inmuebles después del Estado (cosa que en muy raros países existe). El valor de sus haciendas y propiedades rurales pasa de la suma de diez mil millones de marcos. Los ingresos de estas propiedades se pueden calcular en 300 millones de marcos anuales.

En consecuencia —dicho sea con suavidad— es una desvergüenza que especialmente ciertos políticos extranjeros se atrevan a hablar de hostilidad religiosa en el Tercer Reich.

¿Cuáles son las cantidades que durante este mismo espacio de tiempo han entregado Francia, Inglaterra o los Estados Unidos a sus respectivas Iglesias, de los fondos públicos? El Estado Nacionalsocialista no ha cerrado ninguna iglesia, ni ha impedido ningún servicio religioso, ni ha ejercido la más mínima influencia sobre la forma en que éstos se realizan.

«En el momento en que un sacerdote se coloque fuera de la ley, el Estado le obligará a rendir cuentas como a cualquier otro ciudadano

alemán. Si ahora el extranjero defiende con tanto afán a ciertos sacerdotes —que estaban actuando en la esfera política— esto no puede obedecer más que a razones políticas, puesto que estos mismos estadistas demócratas callaron cuando en Rusia se sacrificaron cientos de miles de sacerdotes y callaron cuando, en España decenas de miles de sacerdotes y monjas fueron asesinados de la manera más bestial o quemados vivos. Los extranjeros sólo se interesan por los enemigos interiores del Estado alemán, no por la religión»<sup>[56]</sup>.

Precisamente cuando Hitler afirmaba esto, en Rusia culminaba una etapa de exterminio de las instituciones religiosas. El autorizado diplomático norteamericano William C. Bullit había informado sobre el particular a Roosevelt. «En 1937 —dice Bullit en «La Amenaza Mundial»— fueron cerradas 10,000 iglesias en Rusia; a fines de 1939 se había aniquilado definitivamente el espíritu de resistencia de la mayoría de los sacerdotes, y no quedaban con vida más que unos pocos o sea los adictos a Stalin». Por eso Hugo Wast pone en boca de los propagandistas israelitas las siguientes palabras: «Dominamos la mayoría de los grandes diarios<sup>[57]</sup> y las agencias de publicidad, y gobernamos los nervios de la humanidad. Asesinad cristianos en Méjico, en España, en Rusia; eso no tiene importancia, no lo transmiten nuestras agencias ni lo publican nuestros diarios. Atropellad un judío en Alemania o en Polonia, y escucharéis como grita el mundo: intolerancia, programa antisemítico. Y el mundo, que no ha llorado el martirio de un millón de cristianos en Rusia, rasgará sus vestidos porque a un profesor israelita le han quitado en Berlín una cátedra». En efecto, el monopolio informativo judío tornó a repetir sus estudiados puntos de propaganda para engañar y azuzar a los pueblos occidentales. Y es un fenómeno infalible en la técnica publicitaria que una verdad expuesta esporádicamente se olvida y desacredita, en tanto que una mentira repetida sin cesar acaba en cierto tiempo por ser aceptada.

«El lector se entera de lo que debe saber —decía Oswald Spengler respecto a los diarios europeos 21 años antes de la guerra— y una voluntad superior informa la imagen de su mundo... ¿Qué es la verdad? Para la masa, es la que a diario lee y oye. Ya puede un pobre tonto recluirse y reunir razones para establecer la verdad, seguirá siendo simplemente su verdad. La

otra, la verdad pública del momento, la única que importa en el mundo efectivo de las acciones y de los éxitos, es hoy un producto de la prensa. Lo que ésta quiere es la verdad. Sus jefes producen, transforman, truecan verdades».

Y eso fue lo que ocurrió con la opinión pública de las potencias occidentales. Mediante el siniestro engaño de que ellas estaban en peligro mortal, y no el marxismo judío, fueron arrojadas a la espalda de Alemania cuando ésta se preparaba para su lucha contra la URSS.

# **CAPÍTULO IV**

**La Guerra que Hitler no Quería (1939-1940)**



## **SI LA GUERRA NO EMPEZABA EN OCCIDENTE, RUSIA LUCHARÍA SOLA**

A mediados de 1939 la crisis de Polonia se aproximaba a su clímax y Stalin veía que ese último obstáculo para la embestida alemana contra Rusia estaba a punto de desaparecer. Su acertada evaluación de las circunstancias era semejante a la que hacían los consejeros israelitas de Roosevelt: si la guerra se iniciaba exclusivamente entre Alemania y la URSS, sería luego punto menos que imposible persuadir al mundo de que debería acudir en auxilio del marxismo. Rusia tendría entonces que luchar sola... y sola, ¡estaba perdida...! En cambio, si se lograba que el Occidente entrara en guerra contra Alemania antes de que ésta atacara a la URSS, entonces quedaría automáticamente garantizado que el Occidente combatiría en el mismo bando del bolchevismo. Y así fue. Una vez comprometidos en la lucha contra Alemania, ningún inglés, francés o norteamericano rechazaría el concurso armado de la URSS.

En consecuencia, el Kremlin extremó su cautela a fin de retardar lo más posible el ataque alemán y le ofreció a Hitler un pacto de no agresión. El 10 de marzo de 1939 Stalin pronunció un discurso en el que significativamente no lanzó ningún ataque a Alemania, y por el contrario, dijo que no sacaría las castañas del fuego a las potencias occidentales, lanzándose a una aventura contra el Reich.

Hitler tomó con desconfianza y hostilidad ese extraño cambio, pero las ofertas soviéticas se repitieron por diversos conductos y los diplomáticos alemanes creyeron que ésta era una gran oportunidad.

Consultando archivos capturados después de la guerra, el historiador inglés F. H. Hinsley precisa que las negociaciones ruso-germanas

empezaron a iniciativa rusa, el 17 de abril de 1939. El 3 de mayo siguiente el Ministro israelita de Relaciones Exteriores de Rusia, Maxim Litvinov (originalmente llamado Maxim Moiseevich Vallakh Finkelstein), fue relevado de su puesto a fin de suavizar la desconfianza» de Hitler.

Ante la crisis de Polonia y la amenaza de guerra de la Gran Bretaña y Francia, Alemania aceptó el ofrecimiento soviético. El Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Ribbentrop llegó a Moscú el 23 de agosto de 1939 y en horas, con inusitada facilidad, se firmó el pacto, como que era lo que precisamente quería el Kremlin. Veinte horas después de su arribo a Moscú, Ribbentrop ya volaba de regreso a Berlín. Ante aquella suavidad de la URSS se ocultaba algo enormemente benéfico para el marxismo. Poco después pudo verse que Hitler no había alcanzado a comprender que el pacto no evitaría que las potencias occidentales le declararan la guerra, pues tal pacto era simplemente una trampa soviética tendida de acuerdo con la camarilla israelita de Occidente. Sin embargo, esto no era visible de momento y Hitler aceptó el tratado con la esperanza de ganar tiempo mientras despejaba la amenaza que se cernía desde Occidente.

«No creemos equivocarnos —dice Hinsley— al afirmar que si sólo hubiera dependido de Hitler, las negociaciones hubieran terminado en un fracaso». Agrega que el Führer confiaba en que ese paso alejaría el peligro de guerra con la Gran Bretaña y Francia.

Ese tratado fue una sorpresa para el mundo, mas no para Roosevelt y sus consejeros israelitas, que día a día estuvieron siendo informados de la cautelosa política de Stalin para lograr la secreta meta común de que Alemania se viera envuelta en una guerra con las naciones occidentales antes que con la URSS.

El diplomático norteamericano William C. Bullit dice<sup>[58]</sup> que desde 1934 Roosevelt fue informado de que Stalin «deseaba concertar un convenio con el dictador nazi y que Hitler podía tener un pacto con Stalin cuando lo deseara. El Presidente Roosevelt fue informado con precisión, día tras día, y paso tras paso, de las negociaciones secretas que tuvieron Stalin y Hitler en la primavera de 1939... En verdad, nuestra información concerniente a las relaciones entre Hitler y Stalin era tan excelente, que

habíamos notificado al Gobierno soviético que esperase un asalto a principios del verano de 1941 y habíamos comunicado a Stalin los puntos principales del plan estratégico de Hitler». En consecuencia —como este aviso era dado en 1939—, quedaban dos años de margen para empujar a los países occidentales hacia la guerra contra Alemania, no en provecho de ellos, sino en anticipada defensa del marxismo israelita que se encontraba ya en capilla.

Tales informes recibidos por Roosevelt y transmitidos a Stalin resultaron absolutamente exactos.

El general Beck, ex jefe del Estado Mayor General alemán, conservaba nexos ocultos con sus amigos israelitas. Por su conducto salieron de Alemania valiosos secretos, vía París, y eran ya del dominio de Roosevelt y Stalin. Este último sabía con certeza, como lo confirma Bullit, que la ofensiva alemana contra la URSS sería en 1941. Para entonces el Kremlin esperaba contar ya con una masa abrumadora de tropas; y mientras tanto rehuía a todo trance que el Ejército Rojo se enzarzara prematuramente en la lucha con el Ejército Alemán. Tal fue el significado del pacto ruso-germano de no agresión firmado el 23 de agosto de 1939.

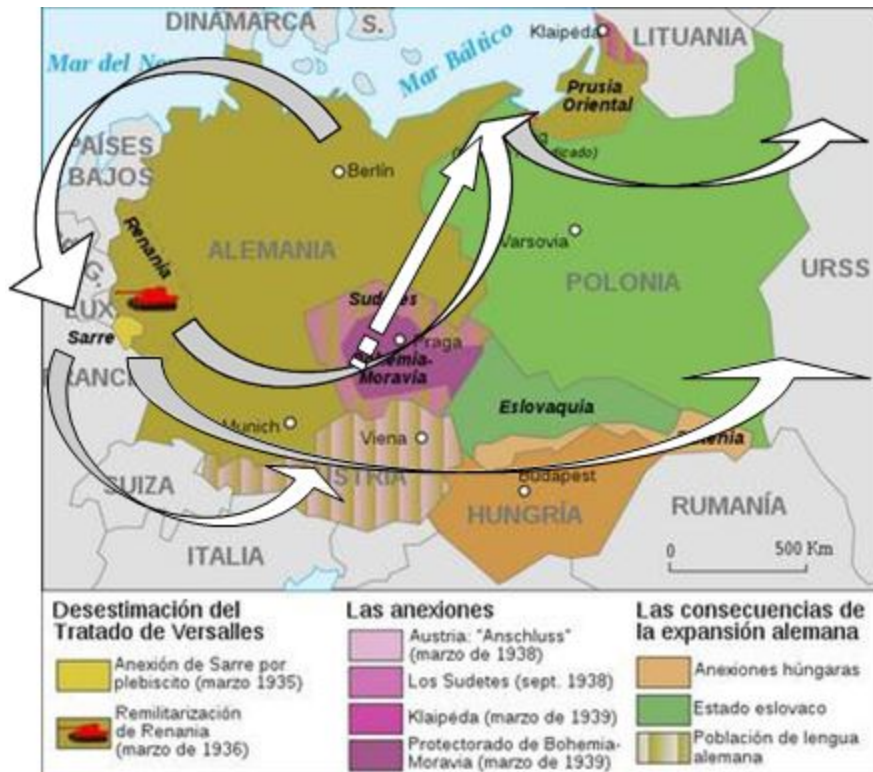
En esos días. Alemania se esforzaba en lograr la anuencia de Polonia para construir un ferrocarril y una carretera que unieran a Berlín con su provincia de Prusia Oriental. Era este el último obstáculo que se interponía para la proyectada ofensiva contra el bolchevismo. Después del conflicto germano polaco figuraba ya la lucha armada con la URSS.

El movimiento político judío decidió asirse firmemente del último obstáculo y convertirlo en un «casus belli» para desencadenar la guerra entre Alemania y los países occidentales. La comunidad israelita radicada en Polonia jugó en esa maniobra un papel decisivo. Su influencia había quedado asegurada en el artículo noveno de la Conferencia de Versalles de 1919, mediante el apoyo de estadistas judíos con influencia en Estados Unidos, el Imperio Británico y Francia. En ese artículo se especificó que de todas las prerrogativas concedidas a la Comunidad Judía se hacía **«no una cuestión de libre albedrío de Polonia», sino «una exigencia de la Sociedad de las Naciones».**

Mediante propaganda, agitación e influencias secretas, la opinión pública polaca fue desorientada y se la alentó al desorden como la forma más segura de evitar todo arreglo pacífico entre Polonia y Alemania. El 3 de mayo hubo un desfile polaco durante el cual las «porras» gritaban: «¡A Dantzig, a Berlín...!» Se hizo correr la versión de que las tropas alemanas estaban hambrientas y no resistirían.

La población alemana anexada a Polonia en 1919, sufrió sangrienta hostilidad en 1939. Ya para el 21 de agosto de ese año el número de fugitivos que cruzaron la frontera germanopolaca, ascendía a 70,000. Según posteriormente pudo establecerse, 12,857 cadáveres de alemanes fueron identificados como victimados por la persecución, en tanto que 45,000 alemanes más desaparecieron<sup>[59]</sup>. Representantes de agencias informativas internacionales —como Mr. Oechsner de la United Press—, fueron invitados por Alemania para que dieran fe de esos hechos.

La provocación de esos acontecimientos dio los nefastos frutos que se esperaban de ellos: el conflicto germano polaco perdió, toda coyuntura de arreglo amistoso y se volvió un polvorín. El 15 de agosto del mismo año de 1939 el Gobierno francés notificó a Alemania que en caso de un choque armado germanopolaco, Francia daría todo su apoyo a Polonia. Cosa igual anunció Inglaterra una semana después. Hitler conferenció entonces con el embajador británico, Neville Henderson, para hacerle ver que Inglaterra estaba prefiriendo cualquier cosa antes que un acuerdo pacífico. «En su voluntad de aniquilar —le dijo— se había dirigido a Francia, a Turquía, a Moscú... Alemania nunca había emprendido nada en perjuicio de Inglaterra, a pesar de lo cual Inglaterra se había colocado contra Alemania».



Al recuperar la soberanía sobre los territorios alemanes del Sarre y la Renania (1936), Hitler anunció que no tenía ya demanda que hacer a las potencias occidentales. Su atención se desvió a la unificación de Austria y a la neutralización de Checoslovaquia (1938) como bastión de la URSS. Por último, en 1939 se lanzó resueltamente hacia el Oriente para unir por tierra a la provincia de Prusia Oriental y preparar así la ofensiva contra el marxismo entronizado en Moscú.

En seguida Hitler se dirigió al Premier británico Neville Chamberlain, en los siguientes términos: «...He empleado toda mi vida en luchar por una amistad germanoinglesa, pero la actitud de la diplomacia británica —por lo menos hasta ahora— me ha convencido de la falta de sentido de este intento. Si ello cambiara en el porvenir, nadie podría ser más feliz que yo».

En respuesta, la prensa inglesa azuzaba a la opinión pública para forzarla a la movilización militar, que seguía siendo popularmente rechazada porque el pueblo juzgaba inútil una nueva guerra contra Alemania.

El 25 de agosto Hitler volvió a tender amistosamente la mano a Inglaterra y hasta le propuso una alianza germano británica. Hablando con el embajador inglés le dijo que estaba dispuesto «a concluir acuerdos con Inglaterra, los cuales garantizaran por parte de Alemania en todo caso la existencia del Imperio británico y de ser necesario, la ayuda alemana

dondequiera que esta ayuda sea precisa. Por último, el Führer asegura de nuevo que no tiene interés en los problemas occidentales y que se halla fuera de toda consideración una rectificación de fronteras en el Oeste».

Pero ese mismo día los gobernantes ingleses —es justo precisar que el pueblo era ajeno a esas maquinaciones— dieron otra despectiva respuesta al llamado de Hitler y firmaron con Polonia un pacto, para prestarle ayuda militar si era atacada por Alemania, pese a que sabían perfectamente que esa ayuda era imposible. Polonia corría como caballo desbocado hacia el abismo y los estadistas occidentales le apretaban más las espuelas.

El historiador británico capitán Liddell Hart afirma en su libro «Defensa de Europa» que la promesa de ayuda militar a Polonia fue inmoral porque era imposible cumplirla. «Si los polacos —dice— se hubieran dado cuenta de la imposibilidad militar de Inglaterra y Francia para salvarlos de la derrota, es probable que no hubieran presentado tan terca resistencia a las originalmente moderadas demandas de Hitler. Dantzig y el Corredor Polaco». Pero los polacos no podían darse cuenta de la forma criminal en que se les estaba usando como mecha de la guerra; previamente la propaganda informativa judía los había engañado y soliviantado.

«He sido por mucho tiempo y muy de cerca, observador de la Historia contemporánea —agrega el historiador Hart— para que no me queden ilusiones acerca de las bases morales de nuestra política exterior. Cuando alguien me dice que de pronto reaccionamos ante la amenaza que el sistema nazi representaba para la civilización, lo único que me queda es sonreír tristemente». Así, pues, los gobernantes ingleses empujaron a Polonia al suicidio a sabiendas de que no podrían salvarla. Y los gobernantes franceses hicieron otro tanto. El 26 de agosto Francia le reiteró a Alemania que daría todo su apoyo militar a Polonia. Hitler le repuso que Alemania no tenía ningún motivo de fricción con Francia y qué esa actitud germanófoba carecía de fundamento.

Inesperadamente el día 28 Inglaterra le aconsejó a Alemania que entablara negociaciones con Polonia. Hitler repuso que las negociaciones habían sido interrumpidas en julio con la movilización polaca y que todas las propuestas alemanas para un arreglo habían sido desoídas. Sin embargo, Hitler agregó que Alemania estaba en la mejor disposición de aceptar la

mediación británica: «El Gobierno del Reich quiere dar con ello al Gobierno de Su Majestad británica y al pueblo inglés una prueba de la sinceridad del propósito alemán de llegar a una amistad duradera con la Gran Bretaña. En estas condiciones está, por consiguiente, conforme el Gobierno del Reich en aceptar la propuesta mediación del Gobierno de Su Majestad para enviar a Berlín una personalidad polaca provista de plenos poderes. Espera que dicha personalidad llegue el miércoles 30 de agosto de 1939».

Pero el miércoles 30 de agosto, a las 4.30 de la tarde, en vez del negociador pacífico llegó la noticia de que Polonia acababa de decretar la movilización general. Además, Inglaterra se retractó de su ofrecimiento de mediadora y comunicó que no podía recomendarle a Polonia el envío de un representante. Hitler entregó entonces al embajador británico, Henderson, las proposiciones que había preparado para ese negociador polaco que no llegó. Consistían, fundamentalmente, en la construcción de una carretera y un ferrocarril que unieran a Prusia, a través del territorio alemán anexado a Polonia en la primera guerra mundial.

A las 6.30 de la tarde del 31 de agosto el Embajador polaco se presentó en la Cancillería del Reich, pero sin poderes para negociar. A las 21 horas Alemania comunicó a Inglaterra que la mediación británica del día 28 había sido aceptada, que Alemania había estado esperando al plenipotenciario y que éste no había llegado. En consecuencia, consideraba que también en esta ocasión habían sido prácticamente rechazados sus propósitos de llegar a un arreglo pacífico.

A las 23 horas de ese mismo día 31 de agosto la radio polaca anunciaba: «La respuesta ha sido las disposiciones militares tomadas por el Gobierno polaco».

## HABLANDO EL MISMO LENGUAJE DE LAS ARMAS

En la azulosa claridad del amanecer del día siguiente, 44 divisiones alemanas se desbordaron en una aurora de fuego sobre la frontera polaca. 36 divisiones polacas, enardecidas de orgullo y alentadas por el prometido apoyo militar de las potencias occidentales, les salieron al encuentro. Un millón doscientos mil hombres chocaron en la mortal aventura de la guerra.

[60] Hitler habló ese día: «Una cosa es, empero, imposible: exigir que se solucione por medio de la revisión pacífica una situación insostenible, y a la vez negarse tercamente a toda revisión pacífica... Me he decidido a hablar con Polonia el mismo lenguaje que Polonia emplea con nosotros hace meses. Yo he prometido solemnemente, y lo repito ahora, que nosotros no exigimos nada de esas potencias occidentales, ni lo exigiremos nunca.

Yo he manifestado palmariamente que los límites entre Francia y Alemania constituyen un hecho definitivo. Yo he ofrecido siempre a Inglaterra una amistad sincera, y en caso necesario, hasta la más íntima colaboración. Pero el amor no puede ser una cosa unilateral.

«Desde las 5.5 se le contesta a Polonia también con fuego. No pido de ningún alemán más de lo que yo estuve dispuesto a hacer en todo momento durante más de 4 años (en la primera guerra). Desde ahora es cuando mi vida pertenece verdaderamente en absoluto al pueblo. No quiero ser ahora más que el primer soldado del Reich. Por ello he vestido de nuevo aquel uniforme que fue para mí el más sagrado y el más querido. Sólo me lo quitaré después de la victoria, o bien, no viviré este final... Sólo hay una palabra que no he conocido nunca y es: capitulación». Testigo de aquel momento, José Pagés Llergo refiere:



«Los civiles pálidos, temblorosos por la emoción, se enjugaban las lágrimas; los diplomáticos, asidos fuertemente del brazo del asiento, contemplaban estáticos, electrizados, la pequeña figura que allá en la distancia se erguía en éxtasis; los militares gritaban, casi aullaban. Afuera, medio millón de personas levantaban un murmullo sordo, aterrador, cuando Adolf Hitler hundía los puños sobre la mesa del Reichstag y rojo, descompuesto, el pelo tirado en desorden sobre la frente, gritaba con los ojos bañados en lágrimas:

«¡En estos momentos no quiero ser más que el primer soldado del Reich!

»Sus brazos se elevaban lentos, teatrales, hacia el cielo. En aquella actitud de pedir silencio, el tigre que hace unos momentos había sido, se transforma, genial, fantástico, en un apóstol del germanismo que va predicando, con rara modulación de voz, su verdad, la verdad de su pueblo.

»A mi lado una mujer solloza, conmovida. Los hombres apenas si respiran: con sus caras cetrinas, los ojos cansados, la frente bañada de sudor por el sacudimiento nervioso, yacen extenuados en sus asientos. En una fracción de segundos Hitler hace vibrar el auditorio hasta el agotamiento. Su voz no es fuerte, pero la modula en tal forma, que sabe hacerla gemir, sabe hacerla dulce, suplicante, fiera.

»El grito de “Heil” se va extendiendo tenue, impreciso, desde la plataforma del Reichstag hasta el anfiteatro, para convertirse en un grito ensordecedor, salvaje, que llena el edificio y trasciende hasta la calle». Entretanto, ese mismo día 1º de septiembre el Soviet Supremo votó una ley de servicio militar que implicaba una movilización total de la juventud rusa. Sus aprestos bélicos se aceleraron».

Al día siguiente, dos de septiembre, Mussolini hizo una gestión ante Alemania, Polonia, Inglaterra y Francia, para concertar un armisticio germanopolaco y buscar un arreglo pacífico. Hitler aceptó y el primer ministro francés también, pero Inglaterra rechazó la proposición y luego insistió frenéticamente para que Francia hiciera lo propio. El embajador francés, Corbin, dice que varios personajes lo presionaban, en favor de la guerra y cuando le explicó a Churchill que había «dificultades técnicas», éste le gritó indignado: «Al diablo con las dificultades técnicas». Corbin

refiere que Churchill «era uno de los más encarnizados». El gobierno francés acabó entonces por rehusar las pláticas de arreglo pacífico y la agencia francesa de noticias «Havas» anuló cablegráficamente el mensaje referente a la aceptación de tales negociaciones.

Goering, el segundo de Hitler, trató de volar a Inglaterra para insistir en un arreglo pacífico. Hitler aprobó el plan y el general Bodenschatz preparó un avión especial. Cablegráficamente se solicitó la anuencia de Londres para el viaje, pero el gobierno inglés contestó negándose a recibir a Goering.

El 3 de septiembre Inglaterra envió un ultimátum a Alemania exigiéndole que para las once horas de ese día retirara sus tropas de Polonia o de lo contrario se considerara en guerra con el Imperio Británico. En Francia aún era muy viva la resistencia de la opinión pública a la guerra y el Gabinete se resistía a declararla. Churchill seguía presionando en Londres al embajador francés Corbin, quien dice que «sus feroces ladridos hacían vibrar el teléfono»<sup>[61]</sup>.

Finalmente Francia accedió a enviar a Alemania un ultimátum igual al inglés hasta las 12.30 del día 3.

El embajador británico Neville Henderson se presentó en la Cancillería de Berlín a entregar el ultimátum con apercebimiento de guerra. El documento fue recibido por el Dr. Paul Schmidt, jefe de intérpretes de la Wilhelmstrasse, quien en seguida se lo entregó a Hitler. Schmidt refiere así lo ocurrido<sup>[62]</sup>:

«Hitler se quedó petrificado en su asiento, con la vista fija hacia adelante. No daba muestras de confusión, como se ha dicho, ni tampoco se encolerizó, como otros refirieron. Se quedó sentado, completamente silencioso, inmóvil. Tras de un intervalo, que a mí me pareció un siglo, se volvió hacia Ribbentrop, que había permanecido rígidamente en pie junto a la ventana. **¿Y bien?** —preguntó Hitler con una mirada penetrante a su Ministro de relaciones como para indicar que Ribbentrop le había informado mal acerca de la actitud de Inglaterra—. Ribbentrop repuso tranquilamente: **«Presumo que los franceses nos entregarán un ultimátum semejante dentro de una hora».**

Minutos después Hitler dictó la siguiente respuesta al gobierno inglés:

«El Gobierno del Reich y del pueblo alemán se niega a recibir, aceptar o cumplir las exigencias con carácter ultimativo del Gobierno británico».

Una contestación semejante fue entregada más tarde al representante de Francia. A las 11 de la mañana del 3 de septiembre de 1939 Inglaterra declaró la guerra a Alemania, y Francia hizo lo propio a las 5 de la tarde de ese día.

Era esta la guerra que Hitler no quería.

## **NI CON SU SILENCIO PUDO AYUDAR ITALIA**

Cuando el 3 de octubre de 1935 Mussolini inició la invasión de Etiopía y atrajo hacia sí un ruidoso boicot de la Liga de las Naciones, Hitler lo apoyó resueltamente. Y es que desde 1923 Hitler admiraba a Mussolini como creador de la doctrina fascista, esencialmente opuesta al bolchevismo. Años más tarde nació el Eje Berlín-Roma como una alianza contra la URSS.

Y cuando en 1939 Alemania trataba de abrir el camino hacia Moscú y esto le ocasionó el conflicto con Polonia, Italia dio un cauteloso paso atrás y decidió ser neutral. Hitler le pidió que no revelara esa decisión sino hasta el último momento. Tenía la esperanza de que si Inglaterra y Francia ignoraban que el Eje Berlín-Roma no era tan firme como parecía, no intervendrían activamente en el conflicto.

Sin embargo, la neutralidad de Italia fue conocida por Inglaterra y Francia antes de que estallara la guerra germanopolaca. Y es que el Ministro de Relaciones, Galeazzo Ciano, les había revelado este secreto. Ciano odiaba a Alemania, aunque no lo manifestaba categóricamente, y era marido de Edda Mussolini, hija de Mussolini y de una judía rusa. Pero esto no lo supo Alemania sino hasta cuatro años después, en 1943.

La frágil alianza germanoitaliana se revela en el propio Diario de Ciano, quien el 20 de marzo de 1939 escribió: «El rey se muestra cada vez más antigermano. Al referirse a los alemanes llegó a calificarlos de mendigos y canallas».

El 26 de agosto de ese mismo año agregaba: «El Duce y yo le enviamos un mensaje a Hitler diciéndole que Italia no puede ir a la guerra si no cuenta

con abastecimientos. Grandes demandas». En efecto, era tanto lo que pedía que se necesitarían 17,000 trenes para transportarlo.

Y el 21 de agosto: «Le aconsejo al Duce que rompa el pacto y se lo arroje por la cara a Hitler».

Las cosas no llegaron a tanto, pero la alianza de Italia no tenía más apoyo que la vacilante actitud del Duce.

## EN LAS ORILLAS DEL ABISMO

Alemania no estaba preparada en 1939 para una guerra contra Francia y el Imperio Británico; en primer lugar porque Hitler no quería ni buscaba esa contienda. El 3 de septiembre, cuando en contra de todo lo esperado recibió las declaraciones de guerra de París y Londres, el ejército constaba teóricamente de 98 divisiones, pero 21 de ellas no habían terminado aún su organización y tenían un alto porcentaje de personal mayor de 40 años, por lo cual no eran de primera línea. Cuarenta y cuatro de las mejores divisiones se hallaban empeñadas en Polonia (y 12 más adscritas como reserva para ese frente). Sólo quedaron 23 divisiones completas y 12 deficientes para el frente occidental, ante las fuerzas anglo francesas, estimadas en 110 divisiones.

Por consiguiente, la situación militar de Alemania en ese momento era casi desesperada. Hitler exigió del ejército una «blitzkrieg» —guerra relámpago— para terminar cuanto antes la campaña de Polonia y afrontar la amenaza de Inglaterra y Francia.

El general Alfred Jodl, en esa época jefe del Estado Mayor del Alto Mando, declaró posteriormente que en esos días «Alemania no sufrió una derrota, porque las 23 divisiones del oeste no fueron atacadas» por las 110 divisiones francesas dispuestas contra Alemania. Y es que los estadistas anglo franceses ya habían ido bastante lejos al declarar una guerra impopular y de inmediato no tenían listo su plan ofensivo, además de que los 3,000 fortines de la Línea Sigfrido fueron un factor psicológico paralizante para el ejército francés, que decidió esperar la llegada de refuerzos británicos.

En el frente polaco, Hitler cifraba sus esperanzas en las seis nuevas divisiones blindadas del ejército alemán y en su aviación. Alemania contaba con 1,553 bombarderos y 1,090 cazas, o sea un total de 2,643. En la campaña polaca utilizó 1,500 incluyendo 500 cazas. En esta arma sí era muy considerable la superioridad sobre Polonia, la cual disponía de 580 aviones de primera línea, incluyendo 250 cazas.

Las fuerzas alemanas se desplegaron de la siguiente manera: por el norte, los ejércitos 3º y 4º de Von Kluge y Von Kùchler, ambos a las órdenes de Von Bock. Y por el sur, los ejércitos 8º, 10º y 14º, de los generales Blaskowitz, Von Reichenau y List; los tres a las órdenes de Von Rundstedt; —De los cinco jefes de ejército sólo Von Reichenau había sido simpatizador del movimiento nazi y a él se le encomendó el ejército más poderoso, con 17 divisiones<sup>[63]</sup>.



Dos ejércitos al norte, al mando de Von Bock, y el grupo de ejércitos del sur, al mando de Von Rundstedt, marcharon hacia el corazón de Polonia. 56 divisiones alemanas y 50 polacas en acción.

Los dos grupos de ejércitos, o sea el de Von Bock por el norte y el de Von Rundstedt por el sur, formaron gigantescas tenazas cuya meta era Varsovia. Dentro de esos dos tentáculos de fuego quedaba la masa del ejército polaco, que debería ser cercada y destruida. Varios generales, incluso el Jefe del Estado Mayor, General Franz Halder, no confiaban en ese plan, pero Hitler insistía en que obtendría éxito.

En vez de desplegar las fuerzas frente a las del adversario, cosa que podía dar lugar a una guerra de trincheras más larga, el ejército alemán pasó por alto muchos puntos fortificados, a veces cruzando zonas que parecían intransitables, y se infiltró resueltamente hacia el corazón de Polonia. Por su parte, los polacos cometieron el error de quererlo «cubrir todo» desplegando sus fuerzas en un largo frente y esto aceleró su derrota. El ariete blindado de los tanques del 10º ejército de Von Reichenau se clavó profundamente en el corazón de Polonia.

Pese al margen de superioridad en tanques, y al margen más amplio de superioridad en el aire. Alemania realizó la campaña de Polonia en una comprometida situación militar. Claro que Polonia se hallaba en situación más desesperada aún, pero cegada por la propaganda, exacerbada en su orgullo y confiada en el apoyo total que Inglaterra y Francia le habían prometido, el pueblo no se daba cabal cuenta del abismo al que se le empujaba con los ojos vendados. Algunos exaltados polacos decían que en 1840 habían derrotado a los alemanes en Tannenberg y que volverían a derrotarlos en Berlín. Hasta el inteligente diplomático Lipski, embajador polaco en Alemania, fue cegado por la criminal propaganda que se hacía en su patria y dijo que a los primeros combates ocurrirían levantamientos en Alemania y que el ejército polaco saldría vencedor. Sin embargo, poco antes de las hostilidades algunos generales abrigaban la esperanza de que se pudiera evitar la guerra con el Reich y de que Polonia y Alemania se enfrentaran juntas a la URSS.

Muchas unidades polacas combatieron con ardor y destreza, y en diversos sectores ocasionaron pérdidas extraordinariamente altas entre la oficialidad alemana que para alentar a la tropa «había entrado en acción con el mayor fervor», según declaración del general Guderian.



Veteranos combatientes, como el teniente coronel Lindeman, dicen que «una de las impresiones más fuertes que uno recibe cuando se enfrenta al enemigo por primera vez es la de sentir miedo. La única diferencia entre un hombre valiente y uno cobarde es que el valiente es capaz de controlar su miedo... El frente de batalla es visto en colores más oscuros y más lleno de peligro que lo que verdaderamente es... No se ha encontrado nada que calme el ánimo en la batalla como estar cerca de alguien que no esté poseído del miedo o del pánico». Y como parte de la infantería alemana estaba aun deficientemente preparada, sus oficiales se lanzaban en primer término para infundir confianza. En los primeros días de lucha perecieron un hijo del general Adam, uno del coronel von Funk y otro del Secretario de Estado, barón von Weizsacker. Mientras, este último se dedicaba a crear una célula de conspiración en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en connivencia con el general Beck y el doctor Goerdeler<sup>[64]</sup> Por esos mismos días el Almirante Canaris, Jefe del Servicio Secreto Alemán, accedía subrepticamente a servir al movimiento judío internacional, rescatando a un prominente rabino polaco para enviarlo a Estados Unidos. Sobre el particular había tenido pláticas privadas con el cónsul Geist, comisionado de Roosevelt<sup>[65]</sup>.

Además, el ministro sin cartera Hjalmar Schacht y el almirante Canaris, Jefe del Servicio Secreto, trataban de ganarse al general Brauchitsch (jefe del Ejército) para que desobedeciera a Hitler. Y el general von Hammerstein Equord, marxista, tramaba la captura del Führer. La situación interna de Alemania seguía pendiendo de un hilo.

Entretanto, la propaganda inspirada por los judíos hizo del caso Polonia un motivo de agitación mundial. Recién iniciadas las operaciones, el 3 de septiembre se difundió que el Santuario Nacional de la Virgen de Polonia, en Czestochova, había sido destruido por los nazis. Al siguiente día los alemanes llevaron a los periodistas extranjeros a Czestochova y éstos pudieron dar fe —entre ellos L. P. Lochner, de la Associated Press— que el Santuario se hallaba intacto. Así lo declaró también el Prior Norbert Motzlewsky. Sin embargo, los rumores alarmistas se difundían ampliamente en extensos mensajes, en tanto que las rectificaciones se ministraban en

insignificantes boletines que sólo en mínima parte borraban la mala impresión causada por la versión original.

El pueblo polaco sufría espantosamente los rigores de la guerra y no se daba cuenta de que estaba siendo manipulado como instrumento de secretas maniobras internacionales. Se le lanzó al sacrificio en la forma más despiadada y siniestra. Para mantener ese engaño, el 5 de septiembre el diario «Kujer Poznanski» anunció a los polacos que todas las fuerzas francesas de tierra, mar y aire habían entrado en acción. Esto no era cierto. El día 6, para que el ánimo no decayera, la radio de Varsovia anunció que la línea alemana Sigfrido había sido rota por los franceses. En realidad, ni siquiera se combatía allí.

El 11 de septiembre la campaña germano-polaca estaba llegando a su punto culminante. Los ejércitos alemanes de von Kűchler habían ya flanqueado a Varsovia por el norte, en tanto que el ejército de von Reichenau hacía lo propio por el sur. Los principales contingentes polacos se hallaban casi copados entre ambas tenazas y sin esperanzas de salvación.

Ese día la propaganda internacional dijo al pueblo polaco que **«el avance francés que había sido detenido momentáneamente por la contra-ofensiva alemana, se reinició el 10 de septiembre»**, y así se le daban falsas esperanzas.

En realidad no existía ni la ofensiva francesa ni la contra-ofensiva alemana en el frente occidental, pero con estas falsedades se exprimía a Polonia hasta el último centígramo de resistencia.

El 17 de septiembre la campaña polaca estaba prácticamente decidida con más de medio millón de polacos prisioneros o dispersos. Hitler habló en Dantzig el día 19 y precisó que Alemania nada pedía ni a Inglaterra ni a Francia, y que la contienda en el Occidente no tenía razón de ser. El régimen de Daladier repuso que Francia «continuará la guerra hasta obtener la victoria definitiva», en tanto que el Premier inglés, Mr. Chamberlain, contestó despectivamente diciendo que **«el ofrecimiento de paz de Hitler no cambia en nada la situación»**. Mientras fallaba este esfuerzo diplomático para hacer la paz en Occidente, el mando alemán pidió la capitulación de Varsovia a fin de ahorrarle inútiles sacrificios a la población civil, pero el comandante polaco se empeñó en convertir la plaza en

parapeto y presentó combate. Ocho días después Hitler intervino en las operaciones militares y ordenó que Varsovia fuera capturada a sangre y fuego. El general Blaskowitz, comandante del 8º ejército, manifestó su inconformidad por la intervención de Hitler y de sus tropas selectas (las SS). Poco después se le relevó del mando. La oposición de los generales seguía siendo el punto más débil de Alemania.

El día 26 la aviación alemana arrojó volantes sobre Varsovia pidiendo que se rindiera. Ante la negativa polaca, esa noche se inició el ataque directo, que culminó el día 28 con la capitulación. Al concertar ésta, **Hitler «dejaba a salvo el honor militar de un adversario que había sucumbido luchando valerosamente»**. A los oficiales se les permitió conservar sus espadas y a la tropa se le dejó en libertad después de desarmarla.

Toda la campaña polaca terminó en 27 días, después de un doble envolvimiento de los flancos enemigos. 13,981 soldados alemanes habían muerto; 30,322 habían caído heridos. **«El ejército de Polonia que nominalmente estaba integrado por dos y medio millones de hombres había dejado de existir como fuerza organizada»**, escribió Churchill.

Hitler entró en Varsovia. Un mejicano —José Pagés Llergo— fue testigo de aquel momento.

«Las doctrinas sociales —le dijo Hitler— son como las plantas: nacen y se desarrollan en climas propicios. El nazismo, que ha sido la respuesta a los males que padecía Alemania, posiblemente no encuentre en la América de ustedes el abono conveniente para que germine... Veinticinco minutos —añade Pagés— he estado a su lado. Cuando se retira para pasar revista por el Bulevard Pilsudsky a cinco divisiones victoriosas, el grito de “Heil” se levanta ensordecedor, siniestro, cubre Varsovia y se propaga por toda la Rosa de los Vientos como la palabra de reto de un pueblo que ve en un hombre la materialización de su revancha».

## OTRA VEZ HITLER TIENDE LA MANO

Un hecho de la más extraordinaria importancia había ocurrido en las postrimerías de la campaña germano-polaca. El 15 de septiembre, cuando ya el ejército polaco se encontraba copado entre los dos grupos de ejércitos de von Bock —en el norte— y von Rundstedt —en el sur—, y cuando Varsovia había sido flanqueada, la URSS invadió a Polonia por el oriente. El Ejército Rojo avanzó sin resistencia en la retaguardia de los polacos y ocupó la mitad del país.

La invasión alemana se había originado en el desacuerdo germano-polaco sobre la vinculación de Prusia Oriental con el resto de Alemania, esencial para la proyectada campaña alemana contra la URSS. ¿Y cuáles eran los orígenes de la invasión soviética de Polonia? Precisamente en ese año de 1939 Stalin publicó un libro, «Problemas del Leninismo», reiterando la meta marxista de la dominación mundial. Decía que la victoria del régimen bolchevique en Rusia no era sino el preludio de otras victorias en todos los demás países de la tierra. Citaba las siguientes palabras de Lenin:

**«Vivimos no sólo en un Estado, sino en un sistema de Estados, y es inconcebible la existencia de la República Soviética por un tiempo largo, junto a Estados imperialistas. A la postre, aquélla habrá de vencer a éstos, o éstos a aquélla».**

Inglaterra y Francia habían iniciado la guerra bajo la bandera de que estaban defendiendo a Polonia. Cuando Stalin atacó por la espalda a los polacos vencidos y les arrebató la mitad de su país, un sospechoso silencio se hizo en Occidente. Ese hecho lo refiere Churchill en sus Memorias con una suavidad de terciopelo:

«El gobierno británico se encontró desde el principio con un dilema. Habíamos ido a la guerra con Alemania como resultado de la garantía que dimos a Polonia... Y Rusia se negaba a garantizar la integridad de Polonia». ¿Podría creerse en la sinceridad de los estadistas occidentales cuando hablaban de defender principios de libertad si los polacos eran atacados por los alemanes, y callaban si los atacantes eran bolcheviques? ¿Podría creerse en esa sinceridad cuando se empeñaban en cerrarle a Hitler el paso hacia Moscú y en cambio no tomaban ninguna providencia contra la amenazante expansión del marxismo soviético hacia el mundo occidental?

Con una inconsciencia sólo explicable por su odio personal contra Hitler —odio que se evidenció desde el verano de 1932, cuando por primera vez se negó a hablar con él—, Churchill hasta se regocijó en cierto modo por la invasión soviética de Polonia y escribió: **«Los rusos han movilizadofuerzas muy grandes y han demostrado capacidad para avanzar lejos y con prontitud»**. No procedía Churchill como estadista, porque la cualidad elemental del estadista es buscar el beneficio de su patria, y no podía ser benéfico que la URSS se desbordara sobre sus fronteras, ya que esencialmente la doctrina bolchevique era contraria al Imperio Británico. Mil veces menos dañoso para Inglaterra era el movimiento alemán hacia el Oriente, con sus metas claramente proclamadas: conquistar territorio soviético, cimentar la amistad con el Imperio Británico e incluso concertar una alianza con él.

Es indiscutible la habilidad de Churchill como líder y como orador. Pero su ceguera o su mala fe como estadista es un hecho que la Historia no podrá soslayar. Es un hecho que está sufriendo en carne propia el mismo Imperio Británico, el cual al terminar la guerra comenzó a desgajarse como si fuera un vencido y no un vencedor. Al concluir la campaña polaca, y por fin ya en la frontera de la URSS, Hitler hizo otro llamado de amistad a Francia y a la Gran Bretaña, que un mes antes le habían declarado la guerra. En sus palabras no había el menor rastro de odio y sí un visible deseo de que el Occidente se reconciliara con Alemania, cuyo propósito no era otro que combatir el bolchevismo, o sea el auténtico enemigo de la Civilización Occidental. El 6 de octubre de 1939 Hitler dijo:

**«Ofrecí a los detentadores del poder en Varsovia dejar salir por lo menos a la población civil... Ofrecí después no bombardear un barrio entero de la ciudad, el de Praga, reservándolo para la población... No obtuve respuesta.** Entonces ordené para el 25 de septiembre el comienzo del ataque...

**«La devolución del Sarre era la única exigencia que consideraba yo como una condición plena e ineludible para un acuerdo germano-francés.** Una vez que Francia misma ha resuelto ese problema, desapareció toda exigencia alemana a Francia. Hoy no existen más exigencias de esta especie ni volverán a hacerse valer nunca... Francia lo sabe así. Es imposible que se levante un hombre de Estado francés y pueda manifestar que he planteado jamás una exigencia a Francia cuyo cumplimiento hubiese sido incompatible con su honor o sus intereses. En lugar de una exigencia tal, lo que he dirigido siempre a Francia ha sido el deseo de enterrar para siempre la vieja enemistad. He hecho todo lo posible para extirpar del pueblo alemán la idea de una enemistad hereditaria e ineludible, inculcándole en lugar de ella el respeto por los grandes hechos del pueblo francés y de su historia, y todo soldado alemán guarda el máximo respeto por las proezas del ejército francés.

«No menores han sido mis esfuerzos para llegar a un acuerdo germano-inglés e incluso a una amistad germano-inglesa... Nunca ni en ningún lugar me he opuesto realmente a los intereses británicos. Si este esfuerzo mío ha fracasado, ha sido porque había en algunos hombres de Estado y periodistas británicos una enemistad personal contra mí.

**«Es también perfectamente claro para mí que cierto capitalismo y periodismo judaico-internacional no sienten en absoluto el compás de los pueblos cuyos intereses dicen representar,** sino que, como Eróstratos de la sociedad humana, ven el máximo éxito de su vida en la provocación de un incendio.

**«¿Alemania ha hecho a Inglaterra alguna reclamación que amenace quizá al Imperio británico o ponga en duda su existencia?** No; al contrario. Ni a Francia ni a Inglaterra les hizo Alemania reclamaciones semejantes... Esta guerra en el Oeste no arregla ningún problema ni mucho menos, a no ser el de las malparadas finanzas de algunos industriales de

armamentos». Respecto a Polonia, Hitler estaba anuente en que resurgiera como país libre mediante la previa resolución del problema de las minorías alemanas, y mediante la comunicación de Prusia y la solución del problema judío. Refiriéndose a la guerra que Francia e Inglaterra habían declarado a Alemania, agregó:

«El mantenimiento del actual estado en el oeste es inconcebible. Un día quizá Francia bombardee por primera vez Saarbruck y la deje demolida. La artillería alemana, por su parte, destruirá en represalia Mülhausen... Se instalarán después cañones de más alcance y la destrucción se irá haciendo mayor... Y el capital nacional europeo reventará en granadas y la energía de los pueblos se desangrará en los campos de batalla. Y un día, empero, volverá a haber una frontera entre Alemania y Francia, pero en vez de ciudades florecientes se extenderán por ella campos de ruinas y cementerios.

«En la historia no ha habido jamás dos vencedores y muchas veces no ha habido más que vencidos. Ojalá que tomen la palabra los pueblos y los gobernantes que son del mismo parecer. Y que rechacen mi mano los que creen ver en la guerra la mejor solución».



Concentración de cien mil hombres en el Estadio de Nuremberg. Hitler insiste en que no quiere guerra con Occidente.

Su mano fue rechazada. No ciertamente por los pueblos, que querían la paz, sino por los estadistas occidentales; por Roosevelt, por Churchill y por Daladier. Incluso el Intelligence Service Británico organizó una minuciosa conjura para asesinar a Hitler en la Cervecería de Munich, durante la ceremonia del 8 de noviembre. Pero el acto duró menos de lo que se suponía porque Hitler sintió una indefinible premura y salió del edificio minutos antes de que estallara la bomba de tiempo colocada para matarlo.

Churchill refiere en sus memorias que ciertamente Hitler se había visto sorprendido por la declaración de guerra de Francia y la Gran Bretaña, con quienes no quería pelea, pero que había supuesto que al terminar rápidamente la campaña de Polonia, su oferta de paz brindaría a Mr. Chamberlain y a Daladier la oportunidad de llegar a un arreglo decoroso. «Nunca se le ocurrió, ni por un momento —añade Churchill—, que Mr. Chamberlain y el resto de la comunidad de naciones que forman el Imperio Británico, tenían la resolución inquebrantable de darle muerte o perecer en la demanda».



En verdad era difícil suponer que el odio contra una persona —en este caso Hitler— fuera más poderoso en Londres que la conveniencia del Imperio Británico, y que se prefiriera aniquilar a Alemania, aunque nada pedía de Inglaterra, que dejarle el camino libre para que se lanzara contra la URSS, cuya doctrina marxista era hostil a todo principio de libertad, hostil al Imperio Británico y declaradamente enemiga del mundo occidental.<sup>[66]</sup>

Churchill fue cegado por ese odio y automáticamente se convirtió en instrumento de otras fuerzas que desde la Casa Blanca de Washington trataban a todo trance de salvar a la URSS. Sobre este punto el escritor norteamericano Robert E. Sherwood dice en su libro «Roosevelt y Hopkins» que cuando la guerra empezó, Roosevelt evidenció una grave preocupación de que fuera a llegarse a una paz negociada. Transmitió esa inquietud al gobierno inglés e inició su «histórica correspondencia con Winston Churchill». Y es que si Alemania llegaba a una paz negociada con Inglaterra y Francia, quedaba con las manos libres para realizar su anunciada ofensiva contra el marxismo.

El pueblo americano no quería la guerra. El propio Sherwood dice<sup>[67]</sup> que ya fuera por la experiencia de 1918 o por simpatía a la ciencia alemana, el sondeo de Roper reveló en 1939 que sólo un 2.5% de la población de Estados Unidos deseaba la intervención occidental contra Alemania, e incluso había un movimiento que proclamaba a Hitler como el adalid del antibolchevismo. Pero a pesar de que Estados Unidos era una democracia, Roosevelt no actuaba de conformidad con su pueblo, sino siguiendo los consejos prosoviéticos del grupo israelita que lo rodeaba: Wise, Baruch, Morgenthau, Frankfurter, Untermeyer, Rosenman, etc.

Y los inconfesables propósitos de este grupo son parcialmente revelados por el mismo Sherwood, quien agrega que el consejero Hopkins «afirmó que la cuestión de Polonia no era, en sí, tan importante por sí misma como por representar un símbolo de nuestra posibilidad de entendernos con la Unión Soviética. Dijo que nosotros no teníamos ningún interés especial en Polonia, ni propugnábamos allí una clase concreta de Gobierno». Polonia era sólo un buen pretexto para defender al marxismo judío que desde 1917 reinaba en la URSS.

Naturalmente que la defensa de Polonia no era lo que se buscaba, y los acontecimientos posteriores así lo evidenciaron claramente. No se permitía que Alemania construyera una ferrocarril a través del Corredor Polaco, pero sí iba a permitirse que Rusia absorbiese al país entero. El embajador norteamericano en Polonia, Arthur Bliss Lañe, se dio cuenta de la inconcebible maniobra y renunció para escribir libremente «Yo vi traicionar a Polonia», donde refiere cómo Roosevelt, Churchill y Stalin se confabularon para subyugar al pueblo polaco. Dice que **«El 90% de la población polaca se opone al comunismo, pero un Gobierno pelele hecho en Moscú fue trasplantado a Varsovia»**. Agrega Bliss Lañe que él se esforzó por que se garantizara el resurgimiento libre de Polonia, pero que **«fue objeto de desaires que equivalían a insultos premeditados a Estados Unidos»**. Y sin embargo, Washington no lo apoyaba.

Los polacos Jan Chiechanowski y Stanislaw Mikolajoyk también refieren pormenorizadamente que los estadistas occidentales sacrificaron a Polonia para favorecer los intereses de la URSS. ¿Era acaso que había relaciones espirituales o raciales entre el pueblo norteamericano y el bolchevismo soviético? Evidentemente no. Pero sí había relaciones espirituales y raciales entre los israelitas de la Casa Blanca y los que habían impuesto al pueblo ruso la doctrina del israelita Marx.

Aunque la tradición le impedía jugar por tercera vez como candidato presidencial, Roosevelt lo hizo disfrazado de pacifista para engañar a los votantes. Y hablando de paz, porque al fin las palabras no son actos, pero actuando para precipitar a Occidente a la guerra, volvió a burlar al pueblo americano. Un testigo de ese doble juego, testigo valioso por su prominente injerencia en el Gobierno Norteamericano, dice<sup>[68]</sup>:

«Sus consejeros de la Casa Blanca lo convencieron (a Roosevelt) de que si decía la verdad perdería en las elecciones de 1940. El Presidente sabía que la guerra se acercaba —supuesto que él mismo la propiciaba—, pero en su discurso de campaña política, dijo: **“Ahora que hablo a ustedes, madres y padres, les diré algo más que los tranquilizará: he dicho esto antes, pero lo repetiré una y otra vez: los hijos de ustedes no serán enviados a ninguna guerra en el extranjero”**. La moralidad presidencial

llegó así a su nivel mínimo, pero el señor Roosevelt ganó las elecciones (2ª reelección)»

Además, cada día destinaba mayores cantidades del presupuesto para nutrir el «New Deal» y creó la WAP, que teóricamente serviría para ayudar a los cesantes, pero que en la práctica era un arma disfrazada a fin de asegurarse la reelección. Hopkins (el discípulo del judío Dr. Steiner) manejaba los fondos de esa institución, pese a que según confiesa Sherwood, compañero de aquél en la Casa Blanca, **«no cabe atribuir a Hopkins las virtudes de un hombre sano en cuestiones de manejo de dinero...»**

Pero seguro del «Poder Secreto del Mundo», Hopkins decía: **«Habrà impuestos y más impuestos, gastos y más gastos, y seremos elegidos una vez y otra».**

## LA MAMPARA DEL IDEALISMO

Los móviles secretos de la guerra anglo-francesa contra Alemania se encubrieron bajo una mampara de «idealismo» y «libertad», que el monopolio informativo internacional erigió mediante costosa propaganda para cegar a los pueblos. Era perfectamente claro que el movimiento bolchevique se había impuesto la tarea de extender mundialmente su doctrina marxista. El primer paso lo había dado ya por medio de la Tercera Internacional, que reclutaba elementos radicales dispuestos a servir a la conspiración internacionalista de Marx. Los partidos comunistas se nutrían en todo el mundo de utopistas bien intencionados, de intelectuales librescos, de intelectualoides soñadores, de bohemios descentrados, de mujeres viriloides y de fracasados resentidos, y lentamente iban ganando terreno en las masas carentes de criterio propio.

Geográficamente, Rusia es el corazón de la tierra firme. Es el sitio desde donde todos los Continentes quedan a la menor distancia posible: Asia y América por el Oriente; Europa por el Occidente, África y Oceanía por el Sur. El marxismo eligió bien su principal base de operaciones.

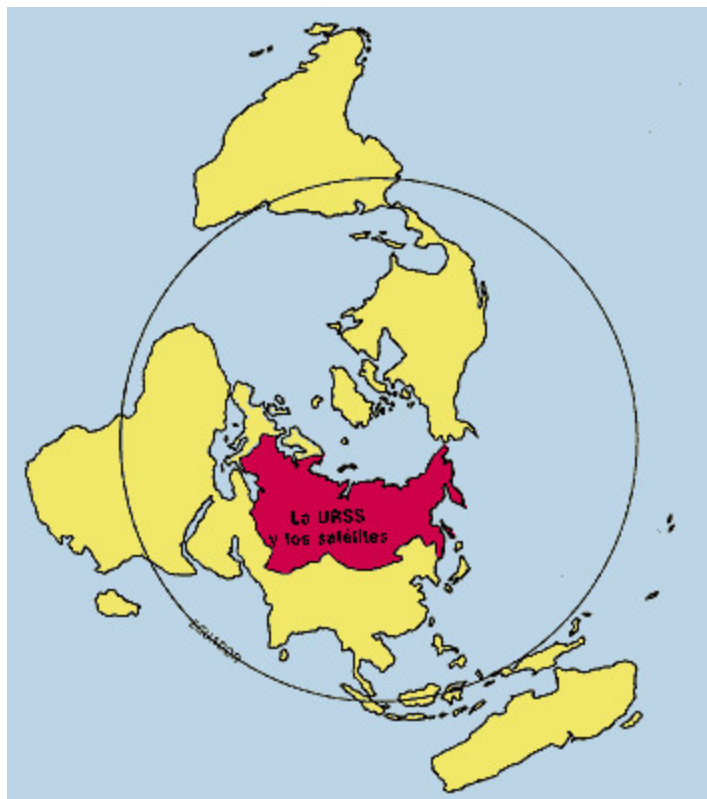
También era perfectamente claro que el marxismo no confiaba únicamente en esa heterogénea penetración ideológica. Contaba particularmente con los enormes recursos naturales de Rusia que le permitían levantar una gigantesca fuerza armada de agresión. Ya en 1904 el geógrafo británico Sir Halfor Mackinder describió a Rusia como el corazón del mundo por ser el sitio desde el cual todos los Continentes quedan a la menor distancia posible, y advirtió que era **«la mayor fortaleza natural del planeta»**. Hizo notar que su extensión y recursos eran tan vastos que organizados propiamente permitirían a su poseedor aventajar a todo el orbe.

Rusia posee la sexta parte de la superficie terrestre, los más variados climas y todas las materias primas imaginables. **«Quien rige sobre el Corazón de la Tierra, domina la Isla del Mundo; quien rige sobre la Isla del Mundo domina el Mundo»**, concluyó Mackinder. Por eso el marxismo escogió a Rusia como su principal base de operaciones.

Y a pesar de esa evidente amenaza, el acrecentamiento del bolchevismo fue soslayado en 1939 por las naciones occidentales. La URSS no tenía ningún Tratado con el Occidente; su Cortina de Hierro era ya tan palpable como Churchill la vio seis años después, y los métodos tiránicos que imperaban en Moscú eran mil veces más drásticos que la dictadura de Hitler en Berlín. Pero acerca de esto nada decían ni Roosevelt, ni Churchill, ni Daladier. Roosevelt se «abochornaba» de que en Alemania fueran apedreados algunos comercios de israelitas o de que ciertos personajes de esa comunidad fueran expulsados, tales como Thomas Mann, Sigmund Freud, Eric María Remarque y Stefan Zweig, pero su humanitarismo enmudecía si actos más crueles eran cometidos por el bolchevismo soviético.

Ninguno de los estadistas occidentales ignoraba la índole del régimen bolchevique. Sus complacencias con él no podían explicarse como ignorancia y sí en cambio como una secreta complicidad. Los informes diplomáticos eran incluso más precisos que los relatos de los comunistas decepcionados que esporádicamente lograban escapar de la URSS.

### **Visión del Mundo de La URSS**



Geográficamente, Rusia es el corazón de la tierra firme. Es el sitio desde donde todos los Continentes quedan a la menos distancia posible: Asia y América por el Oriente; Europa por el Occidente. África y Oceanía por el Sur. El marxismo eligió bien su principal base de operaciones.

Se sabía perfectamente, como lo dijo el general comunista español Valentín González —«La Vida y la Muerte en la URSS»— que «el Estado es la NKVD; es un Estado policiaco, único en su género, como no ha existido otro jamás. En la Alemania nazi ejercía la Gestapo una vigilancia severa y se esforzaba en destruir toda oposición al régimen; era como la OVRA italiana, una institución represiva al servicio del poder totalitario. Pero en la URSS interviene la NKVD en la vida de todos los individuos sin excepción».

Igualmente se sabía que la tiranía bolchevique impedía que un ciudadano viajara sin previa autorización, y que salvo muy contadas excepciones, a nadie se permitía salir de la URSS ni entrar en ella. En el país de la «sociedad sin clases» existían hasta seis clases de obreros; un tercio de los salarios era retenido por el Estado; se castigaba con prisión cualquier falta injustificada al trabajo; el 60% de la burocracia ganaba

menos de 200 rublos mensuales; el kilo de frijol costaba 35 rublos y un par de botas hasta 500, en el mercado libre.

Los estadistas occidentales sabían asimismo que si los obreros de la URSS eran pobres siervos en las fábricas, los campesinos vivían en peores condiciones, pues el 50% de su producción era para el Estado, el 40% para la burocracia y sólo el 10% para ellos. Tampoco era un secreto que en los campos de trabajo forzado se consumían en condiciones infrahumanas 18 millones de desafectos al régimen. Y que cuando en alguna región había síntomas de descontento o rebeldía, **la «ingeniería social» bolchevique entraba en acción para desarraigar del lugar a miles y aun millones de habitantes**, que eran dispersados y canjeados por los de otras regiones.

El ex Embajador americano en Rusia William C. Bullitt, enumeraba que Alemania había cometido 26 violaciones a pactos internacionales, y la Unión Soviética 28, y se mostraba sorprendido de cómo el mundo occidental parecía ignorar la gigantesca amenaza del bolchevismo. Ya entonces había ocurrido la «purga» de los famosos «procesos de Moscú», durante la cual más de cinco mil personas fueron aniquiladas. La religión era sistemáticamente combatida por el régimen y en las escuelas se enseñaba a odiarla.

No obstante todo esto, Roosevelt y sus propagandistas judíos ocultaban su complicidad con el marxismo —y consecuentemente su criminal traición a los pueblos occidentales— bajo la falsa actitud de luchar por la libertad, por la dignidad humana y por las creencias religiosas.

Igualmente falsa era la actitud de los gobernantes británicos. Se proclamaron defensores de la libertad, pero mantenían bajo su dominio a 470 millones de habitantes de sus colonias; se decían idealistas, pero habían hecho una guerra a China para asegurar el comercio del opio, que anualmente enriquecía a veintenas de magnates ingleses y mataba a 600,000 chinos; se ostentaban como abanderados de la integridad de Polonia, pero no tenían ninguna objeción si media Polonia era anexada a la URSS.

Inglaterra siempre había sabido encontrar en los vericuetos de la hipocresía diplomática el camino de la propia conveniencia. Para esto había necesitado mantenerse impasible e indiferente ante los ideales, la sinceridad y la lealtad, como cuando quemó viva a Juana de Arco y como cuando

asesinó a 27,000 boeres en el Transvaal. Pero en 1939 no pudo conservar su frío cálculo utilitarista. Churchill se dejó cegar por el despecho y el odio hacia un vecino europeo que prosperaba, Alemania, y automáticamente se convirtió en dócil instrumento de intereses internacionales no británicos.

En ese odio que Churchill sintetizó al decir que si tuviera que asociarse con el diablo lo haría, con tal de vencer a Hitler, el Imperio Británico dio un paso hacia la ruina. Se apartó de su antigua ruta, que oscura y tortuosa, había sido no obstante eficaz y fructífera para su propio beneficio, y se dejó empujar por intereses ocultos que habían penetrado profundamente en el egoísta, pero sano instinto vital del Imperio Británico.

Con un intervalo de 19 años comenzaba a cumplirse un augurio hecho por Henry Ford en 1920:

**«El judaísmo tolerará incluso a monarcas, mientras pueda sacar provecho de ellos.** Probable es que el último de los tronos que se derrumbe sea el inglés, porque si de un lado el sentir inglés se da por muy honrado al servir de protector del judaísmo, participando así de las ventajas que de ello se derivan, representa, según criterio judío, una ventaja sumamente importante poder utilizar tal potencia mundial para sus objetivos particulares. Un clavo saca otro clavo, y esta sociedad limitada durará exactamente hasta que el judío decida lanzar a la Gran Bretaña a la ruina, lo cual puede hacerse en cualquier momento. Existen indicios de que el judaísmo se halla próximo a emprender esta tarea».

La simbiosis británico-judía ha existido preponderantemente desde hace siglos. El rabino Aarón Weisz decía a su hijo Stephen: **«En tanto Inglaterra viva, el judío está a salvo».** Y el profeta israelita Teodoro Herzl afirmaba en 1904: **«De Gran Bretaña llegará un gran bien para Sión y para el pueblo judío»**<sup>[69]</sup>.

Al calor de las prestigiosas palabras de «libertad», «democracia», «religión», el movimiento político judío infiltrado en la Casa Blanca tendió una mampara de idealismo, utilizó el odio de Churchill contra Hitler para lanzar a Inglaterra a la contienda, y con Inglaterra fue arrastrada Francia, mediante los firmes lazos masónicos.

La guerra que los pueblos francés y británico no querían; la guerra que Hitler se esforzó tanto en conjurar, estaba firmemente apuntalada por el



poder secreto del movimiento judío. La impopularidad de esa contienda fue barnizada de idealismo, pero no perseguía ninguna de las metas que proclamaba. Su finalidad era empujar a Occidente para que combatiera contra Alemania antes de que se iniciara la lucha germano-soviética, pues de lo contrario sería punto menos que imposible convencer a los occidentales de que acudieran en defensa del marxismo israelita.

Y así fue rechazada, una vez más, la mano de paz que Hitler tendió a Inglaterra y a Francia el 6 de octubre de 1939, un mes después de que le habían declarado la guerra<sup>[70]</sup>.

## LA DEBILIDAD DE LA FRANQUEZA

La Naturaleza da al tigre la fuerza de sus garras; al águila, la de sus alas; a la gacela, la defensa de su agilidad, pero no reúne todas estas ventajas en un mismo ser. Siempre a una fuerza corresponde una debilidad. El pueblo alemán es fuerte en su capacidad de trabajo, fuerte en su sentido del deber y del sacrificio; fuerte en su franqueza. No oculta su pensamiento ni su manera de ser, y a estas fuerzas corresponde una debilidad: carece por completo del arte de la diplomacia.

En gran parte la diplomacia es engaño, ocultamiento, ficción, apariencias. La falta de tacto diplomático ha sido uno de los factores determinantes de que Alemania haya perdido dos guerras decisivas, a pesar de tener fuerzas tan formidables para ganarlas.

En cierta forma la enorme franqueza y sinceridad del régimen nazi, que nada ocultaba, fue una de sus más grandes debilidades. Desde su nacimiento en 1920 esbozó su lucha contra el judaísmo político y contra la URSS. Con muchos años de anticipación sus planes fueron conocidos por sus dos enemigos.

Es muy antigua la idea de que la diplomacia tiene mucho de feminidad y de que se basa en la habilidad de ocultar lo que se piensa y de hacerle creer a los contrarios lo que se desea que crean para volverlos menos peligrosos. La diplomacia inglesa, por ejemplo, hacía creer al mundo en 1920 que iba a civilizar y a ennoblecer al Irak, cuando en realidad sólo iba a extraer el petróleo de Mosul; en 1899 hacía creer que iba a redimir a los salvajes del Transvaal, pero en verdad fue a aniquilar a los boeres para arrebatarles las minas de oro; hacía creer a Grecia que debería luchar contra

Turquía, por el cristianismo, y lo que en realidad buscaba era debilitar la influencia turca sobre la zona petrolera de Mosul<sup>[71]</sup>.

La enumeración de triunfos similares es interminable. Fue precisamente esa diplomacia de inspiración israelita la que le valió a Inglaterra el mote de la «Pérfida Albión», pues si el inglés tiene grandes facultades diplomáticas, el judío lo supera con un enorme margen. El judío es el mejor diplomático del mundo; es ésta su más grande fuerza.

Con razón Schopenhauer lo llamó el «maestro de la mentira». Y en contraste, el alemán es el peor diplomático del mundo. Es ésta su más grande debilidad<sup>[72]</sup>.

«La diplomacia que no engaña no es diplomacia», y Alemania no logró engañar jamás a sus enemigos, cosa que les dio opción a prevenirse con mucho tiempo y a mover sus grandes fuerzas de apoyo.

No solamente carece el alemán de habilidades diplomáticas, sino hasta de refinamiento de cortesía, y es que en gran dosis la cortesía es ocultamiento de las íntimas opiniones o exageraciones del afecto hacia el prójimo. Es decir, en la cortesía interviene el engaño, si bien es cierto que se trata de un engaño que el beneficiario se hace la ilusión de disfrutar como algo auténtico. Schubart señala que precisamente la virtud de los franceses que más les granjea la simpatía del extranjero es la cortesía, o sea ese mínimo de respeto que se debe al prójimo. «El alemán —añade— no admite ni siquiera este mínimo». Y analizando el odio a los alemanes agrega que ciertamente la propaganda ha jugado un papel importante, pero que «es también un hecho que ha encontrado terreno propicio. Al alemán no le preocupa que lo odien...

Muchos llegan a mirar el odio anti-alemán con cierta satisfacción. Ven en él la confirmación indirecta de su propio valor. Otro grupo considera que lo malo del mundo odia en el alemán lo bueno del mundo. Un tercer grupo dice: no nos conocen; si nos conocieran, no nos odiarían... por su apego fanático a las cosas despoja de su natural belleza, alegría y plenitud de vida al mundo y lo transforma en una ergástula del deber...

«Se ha culpado a los alemanes de ser brutales, pero en realidad no lo son más que cualquier otro pueblo en guerra. Por el contrario, su sentido de la disciplina los frena más eficazmente que a ningún otro... Ciertamente el

alemán no coincide por completo con la imagen que de él se forman otros pueblos. Pero les ofrece para la misma los principios. Les suministra los elementos del odio que se le tiene. Lo que la envidia y el cálculo político añaden con exageración ha de cargarse no ya en la cuenta del odiado, sino de los que odian».

Y fue en esos puntos impopulares del carácter alemán en donde la habilidad diplomática se apoyó para comenzar a mover pueblo tras pueblo contra Alemania, aun con perjuicio para los propios pueblos movilizados, como Polonia, Francia e Inglaterra.

La falta de flexibilidad diplomática del alemán ha sido observada por muchos. El mariscal italiano Badoglio dice que el embajador von Mackensen mostraba una «expresión muy dura» aun sin proponérselo y que hasta en los momentos en que creía decir una frase amable su tono resultaba seco. Y Dimitri Merejkovsky refiere que Napoleón estuvo a punto de ser asesinado cerca de Viena por un joven alemán de 18 años llamado Friedrich Staps. Napoleón le prometió dejarlo libre si se retractaba de lo que había pretendido hacer, pero Staps respondió:

«No quiero el perdón; lo que siento es no haber podido hacer lo que pensaba... Napoleón le ofreció perdonarlo, pero él le repuso que no por eso dejaría sus ideas. El joven fue ejecutado. Al llegar al lugar de la ejecución gritó: “¡Viva la libertad; viva Alemania!”»<sup>[73]</sup>.

Esa posesión tan completa de sí mismo, con absoluta indiferencia del medio ambiente, frecuentemente le ha granjeado al alemán un odio irreflexivo. Guisa y Acevedo dice en «Hispanidad y Germanismo»:

«El alemán sabe vencerse a sí mismo. Tiene, no cabe duda, el arte inimitable de hacer de su propio yo lo que él quiera. Domina su cuerpo y su espíritu y nunca sabemos de lo que es capaz... Su práctica de la vida y el uso que hace de las cosas son actos de brutos... Acabar con Alemania es acabar con la barbarie». Y ese odio llevó a Guisa y Acevedo al extremo de afirmar, contra sus propias convicciones religiosas:

«Rusia, con sus bolcheviques, es la que defiende con más fervor y con mayores sacrificios nuestra civilización... Que Alemania cuente con los mejores químicos, los mejores físicos, los mejores marinos, etc., esto prueba que es más bárbara y por lo mismo más temible y digna de odio».

Precisamente ese odio, carente de fundamentos racionales, pero poseedor de fuerzas destructivas, fue campo propicio para que la habilidad diplomática alineara a casi todo el mundo en contra de Alemania. Como contrapartida, Alemania carecía de habilidades diplomáticas para neutralizar esa maniobra. Sólo tenía su franqueza, anunciada una y mil veces en sus propósitos de luchar contra el marxismo judío y de afianzar su amistad con Occidente. Pero el melifluo engaño de un bando fue más eficaz para arrastrar pueblos al abismo que la áspera franqueza del otro para detenerlos en su insensata aventura. Así se consumó el absurdo de que los países occidentales —sin saberlo— lucharan en contra de sus propios ideales y hasta de su propia existencia.

## LA TERRIBLE GRANDEZA DE LA GUERRA

Días después del llamado de paz que Hitler hizo el 6 de octubre de 1939, quedó patente que Inglaterra y Francia no querían ninguna fórmula de arreglo. Churchill dice que el Gabinete inglés tenía «la resolución inquebrantable de darle muerte (a Hitler) o perecer en la demanda». Francia seguía sus pasos. Y Roosevelt, por su parte, vivía esos días bajo el temor de «que se llegase a una paz negociada», y a fin de evitarla inició su personal correspondencia con Churchill<sup>[74]</sup>.

Todavía con la esperanza de encontrar posteriormente una transacción, Hitler inició los preparativos para librar la guerra que no quería con Occidente y la guerra que sí quería, contra el Oriente. Ya en la encrucijada, ante el mortal peligro de los dos frentes, Alemania afrontó la guerra con serenidad y con entereza. Como observó Schubart, ningún pueblo ha hablado tanto de la vivencia de la camaradería propia de la guerra como el alemán:

«Solamente la guerra, con sus sombras de muerte, tiene el poder de romper la coraza del alma con que se cubre el alemán en el plano individual. La mónada sobrecargada de responsabilidad personal, que es el alemán, respira cuando la atomizadora vida burguesa desemboca en el estado unitivo de la guerra... Cuanto más herméticamente nos encerramos en la propia personalidad, tanto más violento es a veces el afán de librarnos de la cárcel de la persona. Aquí tenemos la fuente del entusiasmo alemán por la guerra, fuente que emana de las capas más profundas del alma».

Mucho se ha hablado en contra de la guerra. **Pero evidentemente no todo es negativo en ella.** Es en la lucha donde se remueven las más profundas vetas de la personalidad de los pueblos; es en la lucha donde

aflora lo mejor de sus valores y lo peor de sus defectos; es en el momento supremo del «ser o no ser» cuando se ve lo que en realidad contiene un pueblo y lo que guarda celosamente como tesoro no de todos los días.

**Más antiguo que el deseo de paz es el deseo de guerra. Paz es cesación de lucha;** paz es el reverso de un estado exacerbado de actividad y combate por la existencia. La ausencia de lucha es la «paz», es decir, paz es falta de algo. **Todo lo que vive, lucha.**

La guerra es una amplificación gigantesca del espíritu de los pueblos y de los hombres, en la que afloran vivencias ocultas. En ella no solamente hay el significado de un conflicto entre dos gobiernos o entre dos pueblos: hay también significados más profundos e invisibles; quizá por eso es una necesidad esporádica de los pueblos y de la humanidad misma. No simplemente por un capricho irreflexivo, sino por una necesidad potente y misteriosa, es por lo que grandes masas de hombres en la plenitud de su existencia salen al encuentro de la muerte.

Por muchos motivos es lamentable que el deseo de guerra sea tan antiguo como el deseo de paz, pero esto es un hecho. **A veces la paz es cesación de lucha,** aunque no paz verdadera. No siempre la paz es esencialmente perfecta, **y de ahí que se haya dicho que todo lo que vive, lucha.**

En muchas ocasiones la guerra ha sido una amplificación gigantesca de un conflicto o de un espíritu de lucha; a veces encierra significados profundos e invisibles que arrastran a grandes masas de hombres, pese a lo terrible que es la guerra. **Todos los horrores y el dolor que ésta encierra no han sido suficientes para hacer nacer el Espíritu de una Auténtica Paz, que sería la Verdadera, la lograda por Dentro del Espíritu, no convenios o tratados siempre expuestos al fraude o a la traición.**

Paradójicamente, pese a sus cenizas de destrucción, la guerra es también creadora. No fueron sólo los reposados y sabios senadores los que forjaron el Imperio Romano, sino la espada de César y el empuje de sus legiones; no fueron sólo los siete sabios de Grecia los que hicieron de Grecia el corazón de una época y de una civilización, **sino el arrojo espartano de sus guerreros.**

**Los pueblos crecen y se hacen grandes y maduros al golpe de sus luchas a través de la historia. Y esa lucha es dolorosa, pero inevitable y sagrada; es la que va forjando el futuro por más que pacifistas de etiqueta y sabios de salón se empeñen en hacer un mundo sin guerras. En la naturaleza todo es lucha y el hombre no puede sustraerse de la vida superior de la cual es apenas trasunto y brizna.**

En el campo de batalla se descorre toda cortina de diplomacia; dejan de ser válidas las apariencias, la palabrería insidiosa y el doblez político y sólo queda en pie la profunda y auténtica voluntad de la lucha, el peso de la convicción, el valor del sacrificio para morir por lo que se proclama.

Ahí sólo rige la entereza de marchar hasta el final; ahí se esfuma lo que era apariencia vocinglera y se libera de ropajes engañosos lo que era auténtica realidad. Por más que los intelectuales se empeñen abstractamente en afirmar lo contrario, la fuerza de las armas en guerra es un hecho solemne e incontrastable; siniestro, pero grandioso. Que los países desarmados hablen de pacifismo vestidos de frac y que ensalcen el derecho internacional, como el máximo coordinador entre los pueblos, es tan explicable como que el gusano menosprecie la rapacidad del águila y como que el haragán adule a los que puedan arrojarle algunas migajas. Pero todo pueblo con sanos instintos no rehúye jamás el sacrificio de la lucha suprema para asegurar sus derechos que ninguna ley internacional le garantiza. Así ha ocurrido en toda la historia de la humanidad.

Para los pueblos jóvenes y fuertes la guerra siempre ha sido siniestra, pero honrosa; sombría y trágica hasta el extremo de la miseria y de la muerte, pero gloriosa hasta el sacrificio o el brillar de la victoria. En ella el hombre se encara ante la muerte no por el camino desfalleciente de la enfermedad, ni por el apacible sendero de la vejez, sino por la puerta luminosa de un ideal que trasciende los límites personales del individuo y de una generación y vive en los individuos y en las generaciones que aún están por llegar.

A pesar de los pacifistas sinceros o hipócritas —y de los representantes de una época debilitada y en proceso de desintegración— seguirá imperando el relámpago de la espada como signo que escriba en el firmamento de los siglos la historia profunda y arcana de las culturas.



Ojala no hubiera sido necesario que las cosas ocurrieran así, pero así fueron, tal vez por alguna razón trascendente que en el futuro pueda llegar a ser superada. Mientras esto ocurre, se ha visto que los pueblos crecen y se hacen grandes y maduros al golpe de sus luchas a través de la historia. En la naturaleza todo es lucha, y el hombre no ha podido sustraerse a este fenómeno. Su milenarismo anhelo de paz ha naufragado en la injusticia y en la paz falsa, que jamás puede ser definitiva porque carece de la esencia capaz de darle perdurabilidad.

Y así hemos visto de tiempo en tiempo que esa paz aparente se rompe en un instante y reaparece la guerra, con una nueva ilusión de alcanzar la paz verdadera.

Es innegable que en la guerra muchos espíritus creen encontrar la fórmula suprema de enmendar injusticias, quizá porque en la lucha de vida o muerte sólo queda en pie la profunda y auténtica voluntad del sacrificio para morir por lo que se proclama. Este rasgo confiere a la guerra un aspecto grandioso, porque en ella muchos hombres se entregan a la lucha sacrificándose por las generaciones que aún están por llegar.

Ese rasgo ha sido el relámpago de la espada que ha escrito en el firmamento de los siglos la historia del dolor de muchos pueblos en su camino —hasta ahora infructuoso— por alcanzar la paz verdadera, basada en la justicia.

Y ese rasgo se enfatizó antes de la segunda guerra mundial, a veces equivocadamente o en forma exagerada, por boca de diversos escritores y filósofos.

El Conde de Keyserling precisa en **«La Vida Íntima»**:

«Desde el punto de vista de la vida terrestre, el derrotista no vale nunca nada —y la vida de los pueblos es sólo terrestre—. Quien no admite el principio de la conquista y de la supresión del derecho vigente, rehúsa ipso facto admitir el progreso; de lo que se deduce desgraciadamente, que es para siempre imposible abolir la guerra, pues siempre habrá momentos en que sólo el empleo de la fuerza permitirá romper los estatismos caducos o contrarios al instinto vital de una nación dada».

No es por casualidad, ni por caprichos del azar, por lo que tantos hombres han percibido esa dolorosa grandeza de la guerra.

«Deben amar la paz como un medio de guerras nuevas, y la paz corta mejor que la larga. Que el trabajo de ustedes sea una lucha, ¡que su paz sea una victoria!... No su piedad, su bravura es la que salvó hasta el presente a los náufragos», dice Nietzsche en **Así Hablaba Zaratustra**.

Y añade en **El Crepúsculo de los Ídolos**:

«Los pueblos que han tenido algún valor no lo han ganado con instituciones liberales; el gran peligro los hizo dignos de respeto».

El Dr. Gustavo Le Bon, en **«La Civilización de los Árabes»**, reconoce la grandeza de las fuerzas que en el choque de las guerras van fraguando la silueta de los pueblos:

**«Se ha de ser cazador o caza, vencedor o vencido. La humanidad ha entrado en una edad de hierro en la cual todo lo débil ha de perecer fatalmente... Los principios de derecho teórico, expuestos en los libros, no han servido jamás de guía a los pueblos; y la historia nos enseña que los únicos principios que han obtenido el respeto son aquellos que se hacen prevalecer con las armas en las manos».**

Contestando un folleto pacifista del Instituto de Derecho Internacional von Moltke dijo:

**«La paz perpetua es un sueño, y ni siquiera un sueño hermoso. La guerra forma parte del orden universal creado por Dios y en ella se desarrollan las más nobles virtudes del hombre: el valor, el espíritu de sacrificio, la lealtad y la ofrenda de la propia vida. Sin la guerra el mundo se hundiría en el fango del materialismo».**

Juan Fichte, en **Discursos a la Nación Alemana**, habló del poder aglutinante de la guerra:

**«Se llega a la unidad perfecta cuando cada miembro mira como suyo propio el destino de los demás. Cada cual sabrá que se debe enteramente al todo y que con él será feliz y sufrirá... Sólo reposan los que no se sienten bastante fuertes para luchar».**

Oswaldo Spengler, en **Años Decisivos**:

**«Muy pocos soportan una larga guerra sin que su alma se corrompa; nadie una larga paz... La lucha es el hecho primordial de la vida, es la vida misma, y ni siquiera el más lamentable pacifista consigue destruir, desterrar de su alma el placer que despierta. Por lo**

**menos teóricamente quisieran combatir y aniquilar a los adversarios del pacifismo».**

Y Spengler mismo añade, en *Decadencia de Occidente*:

«La guerra es la creadora de todas las cosas grandes. Todo lo importante y significativo en el torrente de la vida nació de la victoria y de la derrota... Los derechos del hombre, la libertad y la igualdad son literatura, pura abstracción y no hechos. El pensamiento puro, orientado hacia sí mismo, ha sido siempre enemigo de la vida, y por tanto, hostil a la historia, antiguerrero, sin raza. Antes muerto que esclavo, dice un viejo proverbio aldeano de Frisia. Lo contrario justamente es el lema de toda civilización postrera... La vida es dura, si ha de ser grande. Sólo admite elección entre victoria y derrota, no entre paz y guerra. Toda victoria hace víctimas. Sólo es literatura la que, lamentándose, acompaña los acontecimientos... La guerra es la política primordial de todo viviente, hasta el grado de que en el fondo lucha y vida son una misma cosa y el ser se extingue cuando se extingue la voluntad de la lucha.

*«La raza es algo cósmico, una dirección, la sensación de unos signos concordantes, la marcha por la historia con igual curso y los mismos pasos. Y de una idéntica pulsación nace el amor real... Contemplad una bandada de pájaros volando en el éter; ved cómo asciende siempre en la misma forma, cómo torna, cómo planea y baja, cómo va a perderse en la lejanía; y sentiréis la exactitud vegetativa, el tono objetivo, el carácter colectivo de ese movimiento complejo, que no necesita el puente de la intelección para unir el yo con el tú... Así se forja la unidad profunda de un regimiento cuando se precipita como una tromba contra el fuego enemigo; así la muchedumbre ante un caso que la conmueve, se convierte de súbito en un solo cuerpo que bruscamente, ciegamente, misteriosamente, piensa y obra. Quedan anulados aquí los límites del microcosmos... Un sino se cierne sobre todas las cabezas». Y así el pueblo alemán en armas, ante la imposibilidad de eludir la guerra en Occidente y ante su necesidad ideológica de hacer la guerra al Oriente bolchevique, cruzó el umbral de la paz y se internó en la siniestra grandeza de la guerra. Con sereno entusiasmo su juventud lo sacrificó todo y se precipitó desde las frías*

*tierras de Noruega hasta los candentes desiertos de África, y desde las floridas campiñas de Francia hasta las polvosas estepas de Rusia.*

## LA DESIGUAL GUERRA EN EL MAR

El choque entre Alemania y las potencias occidentales principió en el mar. Inglaterra y Francia, con Estados Unidos en la reserva, tenían las flotas más poderosas del mundo. La Gran Bretaña se enorgullecía de ser la Reina de los Mares. Alemania había sido privada de toda su marina de guerra en 1918 y se le impuso la condición de que no volvería a forjar una flota de primera línea.

Hitler mismo no era partidario de hacerlo; desde 1923 había anunciado que Alemania no tenía por qué competir con Inglaterra en los mares ni en las colonias: sus miras estaban puestas en la URSS. Y en consonancia con esa política había firmado el 18 de junio de 1935 un Tratado con la Gran Bretaña comprometiéndose a que la flota alemana no llegaría a ser nunca mayor que el 35% de la flota inglesa. El convenio fue denunciado casi en vísperas de la guerra, pero ya entonces la desventaja armada en el mar era irreparable.

Al principiar el conflicto con Occidente, Alemania se hallaba prácticamente inerte ante las flotas combinadas de Inglaterra y Francia. La flota inglesa contaba con 272 barcos de primera línea y la francesa con 99, en tanto que la flota alemana se componía de 54 naves. En cuanto a submarinos, Inglaterra y Francia agrupaban un total de 135, contra 57 de los alemanes. Por eso estas dos potencias escogieron el mar como la primera línea de batalla y establecieron un bloqueo total contra Alemania para impedir que recibiera víveres y materias primas. Tenían la esperanza de vencerla por hambre.

Esa política no se hallaba ciertamente de acuerdo con los tratados internacionales de Ginebra respecto a la forma humanitaria de librar la

guerra, pues en vez de orientarse la acción contra las fuerzas armadas se dirigía contra toda la población civil. Los estadistas occidentales evidenciaban así que su amor a los tratados, al derecho internacional, al humanitarismo, etc., no pasaba de ser el ropaje de idealismo con que se cubrían los inconfesables móviles de la guerra promovida por el movimiento político judío.

Alemania contestó el bloqueo total que sufría en el mar con un bloqueo parcial de las rutas marítimas inglesas, y para esto utilizó submarinos, bombarderos y minas. Sus inventores acababan de producir ingeniosos modelos de minas e inmediatamente comenzaron a ser usadas. Entre ellas, figuraba una mina magnética, de 545 kilos, capaz de partir en dos un barco de regular calado. Al contrario de las antiguas minas flotadoras de superficie —claramente visibles para el enemigo, sujetas al azar de las corrientes marinas y pendientes de la contingencia de que el barco enemigo las embistiera o no—, la nueva mina magnética alemana era atraída por el casco de las embarcaciones desde una distancia de diez metros.

Además, podía ser anclada y fijada en lugares previamente elegidos, bajo la superficie del agua, o depositada en el fondo del mar, en sitios no muy profundos, o sea de 25 a 35 metros. El poder destructivo de esta arma se había decuplicado. Naturalmente la siembra de minas era una labor peligrosísima para los submarinos porque tenían que realizarla en las entradas de los puertos británicos, generalmente bien patrulladas.

Igualmente produjo Alemania una mina acústica, atraída por el ruido de los motores de los barcos. Y luego introdujo un «contador de barcos», que permitía a ciertas minas no estallar cuando se aproximaban las primeras embarcaciones, sino al acercarse la décima, decimoquinta o vigésima. Esto tenía por objeto burlar a las naves barreminas que iban a la vanguardia de los convoyes. Otro novedoso dispositivo hacía que la mina permaneciera «estéril» durante cierto tiempo y que adquiriera su poder explosivo en determinada fecha.

En el Almirantazgo inglés hubo profunda alarma ante la efectividad de esas minas y llegó a temerse la paralización del tráfico mercantil. Fue altamente venturoso para Inglaterra que los alemanes comenzaran a usar esas armas en muy pequeña escala, por no esperar a producirlas en gran

cantidad. Esa precipitación hizo que los ingleses descubrieran y adoptaran ciertas defensas antes de que la siembra de minas magnéticas y acústicas se generalizara en las aguas de 26 puertos británicos. La impaciencia del mando alemán fue evidentemente un error táctico que restringió la capacidad destructiva de tales inventos. Inglaterra llegó a perder un total de 577 embarcaciones (296 mercantes y 281 de guerra) debido a la acción de más de cien mil minas, y es incuestionable que esa cantidad hubiera sido mucho mayor en caso de una súbita siembra de minas en grande escala.

Por otra parte, en el Almirantazgo británico había la creencia de que sus nuevas armas defensivas neutralizarían totalmente los ataques submarinos. El detector «Asdic» era sensible a ondas ultrasonoras que atravesaban el agua y delataban la proximidad del sumergible. Además, existía la circunstancia de que el submarino en inmersión sólo desarrollaba 13 kilómetros por hora y no podía permanecer mucho tiempo así, pues sus acumuladores eléctricos se descargaban y necesitaba salir a la superficie para volverlos a cargar con motores diesel que consumían oxígeno.

Pero muchas de estas debilidades del arma submarina habían sido contrarrestadas por el severo entrenamiento de las tripulaciones alemanas recién formadas por Doenitz. De noche navegaban en la superficie hasta aproximarse peligrosamente al enemigo y sólo recurrían a la inmersión profunda en casos de emergencia. El disparo de torpedos se hacía a no más de seiscientos metros de distancia.

El tipo más usual de sumergible alemán en 1939 era el VII, de quinientas toneladas de desplazamiento, con 14 torpedos y capaz de navegar 6,200 millas y sumergirse en 20 segundos. La nueva flota submarina alemana había comenzado a ser construida 4 años antes por el veterano submarinista Doenitz y apenas tenía 57 naves. Este dato lo confirma Churchill. Dice Doenitz que el resultado de la contienda hubiera sido muy diferente de haber tenido 300 submarinos al empezar la guerra. Pero Hitler no contaba con una guerra contra la Gran Bretaña y fue hasta 1939, después de que fallaron sus frecuentes intentos de una amistad germano-británica, cuando ordenó producir más y mejores sumergibles, pero ya entonces se había perdido mucho tiempo.

El vicealmirante Kurt Assmann refiere que todavía en la primavera de 1939 Hitler dijo al Alto Mando de la Marina que no cabía ni pensar en una guerra contra la Gran Bretaña. Igual cosa le dijo a Doenitz el 22 de julio cuando éste se quejaba de la escasez de submarinos.

Cuando las hostilidades estallaron en septiembre con la guerra que Hitler no quería, la exigua flota de sumergibles fue lanzada a la lucha. Del total de 57, sólo 27 eran capaces de largos recorridos y de operar en acciones contra Inglaterra. Ahora bien, como por cada submarino en acción de guerra en el Atlántico había dos en «punto muerto» (ya sea de regreso a su base, reabasteciéndose o en camino hacia el campo de combate), solamente 9 sumergibles se hallaban diariamente en acción de guerra.

Uno de los primeros triunfos de los submarinos alemanes ocurrió el 18 de septiembre de 1939, cuando el U-12 del capitán Schubart maniobró durante dos horas para situarse favorablemente a través de la escolta enemiga y hundió al portaaviones «Courageous», de 22,000 toneladas, que era uno de los barcos capitanes de la Flota Británica. El U-12 fue perseguido durante seis horas y difícilmente logró escaparse a las cargas de profundidad descendiendo sesenta metros, no obstante que la resistencia teórica del submarino era para cincuenta metros.

Otro golpe más espectacular ocurrió el 14 de octubre del mismo año en la fortificada base británica de Scapa Flow, corazón mismo de la Reina de los Mares. Un submarino alemán logró burlar las defensas y hundir al acorazado Royal Oak.

Günther Prien, de 31 años de edad, cauteloso y audaz comandante del submarino U-47, había sido escogido por el Almirante Doenitz para realizar esa incursión, en la que el capitán Emsmann había muerto en la primera guerra mundial. Prien zarpó de Kiel el 8 de octubre. Varios mercantes enemigos fueron pasados por alto y la tripulación supuso entonces que se iba en busca de un «pez gordo».

El 13 de octubre el submarino se hallaba a la vista de las montañas que rodean Scapa Flow. Prien se sumerge y posa la nave en el fondo del mar, a 30 metros de profundidad. Ordena a sus 38 tripulantes dormir o guardar absoluto reposo para economizar oxígeno y luego les anuncia: «Mañana entraremos en Scapa Flow». Un silencio de incertidumbre y esperanza



sobrecoge a la tripulación. Al anochecer de ese día el submarino emerge de nuevo. Prien duda un instante: hay claridad en el cielo y la incursión resulta así más peligrosa, pero 24 horas de espera pueden debilitar la moral de sus hombres. Decide atacar.

La entrada menos arriesgada es la del canal de Kirk Sound. El U-47, de 500 toneladas, navega en la superficie y todos saben que estará perdido en caso de ser descubierto. Entre dos barcos hundidos que bloquean el paso hay un cable contra submarinos. El costado de babor del U-47 rechina al rozar el cable; el motor de babor desacelera y el de estribor acelera; la nave pasa lentamente. Son segundos de profunda expectación.



Günther Prien, capitán del submarino «U-47», que penetró en la base británica de Scapa Flow y hundió al acorazado «Royal Oak». «Se elevan llamas azules, amarillas, rojas...»

La luz de una bicicleta que camina cerca de la costa es visible para los tripulantes. El submarino se sumerge de nuevo y avanza hacia los muelles. Es la una de la madrugada. Al principio sólo se distinguen dos barcos-tanque. Prien siente que todo su esfuerzo ha sido inútil, pero segundos después distingue la silueta de dos acorazados. Son la presa más valiosa que submarino alguno se atreva a buscar.

El U-47 se sitúa en posición de tiro, Prien da la orden de «¡Fuego!» Salen disparados cuatro torpedos, pero sólo uno estalla. Una columna de agua se levanta entre el submarino y el acorazado. La escena es confusa y el éxito no parece logrado. En las entrañas del submarino la tripulación se mueve febrilmente cargando nuevos torpedos. Entretanto, en las defensas

de la base naval las primeras explosiones han puesto a todos alerta. Churchill refiere que «los primeros disparos que fallaron, se atribuyeron a causas internas, pues todos se creían seguros en Scapa Flow contra ataques enemigos».

Transcurrieron veinte minutos —que para los tripulantes del U-47 eran una eternidad—.

Prien volvió a dar la orden de «¡Fuego!» **Lo que ocurrió entonces lo anotó él mismo en su libro de bitácora:**

«De súbito —dice— ocurre algo que quienes lo vieron, jamás lo olvidarán. Frente a nosotros, una cortina de agua se eleva hacia el cielo. Parece que todo el mar se levanta de pronto. Suenan detonaciones en rápida sucesión como el cañoneo durante una batalla. Se confunden en un solo y ensordecedor estallido. Se elevan llamas azules, amarillas, rojas. Enormes piezas del mástil, del puente, de las chimeneas, vuelan por el aire. Debimos haber logrado un blanco directo en uno de los depósitos de municiones»

En dos minutos el coloso «Royal Oak», de 33,500 toneladas, cuya construcción había importado un equivalente de 562 millones de pesos, se hunde en su propia base con sus 786 tripulantes. Los reflectores hurgan el cielo y el mar; los caza-torpederos y los destructores zarpan en busca del enemigo. Un destructor con reflectores encendidos enfila directamente hacia el U-47, que se siente ya descubierto y hace esfuerzos desesperados por escapar, pero súbitamente el perseguidor vira y se aleja. Ahora toda la base se halla alerta. Prien decide intentar la salida por otro sitio; en vez de pasar entre los dos barcos hundidos del canal de Kirk Sound lo hace entre uno de los barcos y la costa. El submarino libra por centímetros. Ya en alta mar, después de la increíble aventura de dos horas, Prien transmite su parte: «Un acorazado hundido; un acorazado torpedeado».

La pequeña flota alemana ha infligido un golpe humillante a la Reina de los Mares y simbólicamente ha vengado a las prisioneras naves alemanas que en 1918 fueron hundidas en Scapa Flow por los ingleses. Churchill admite, con franqueza que lo honra: «El acto de Prien debe considerarse como una gran hazaña de armas»<sup>[75]</sup>.

Entretanto, otro episodio de la desigual guerra en el mar comienza a desarrollarse en el Atlántico del Sur. El acorazado alemán de bolsillo «Graf

Spee», de 10,000 toneladas, burla el bloqueo franco-británico y sale a cazar barcos enemigos. Después de hundir a varios que navegaban aisladamente se encuentra a una flotilla de tres. Son los cruceros británicos «Exeter» (de 8,390 toneladas), «Ajax» (6,985) y «Achilles» (7,030), que totalizan 22,405 toneladas. Durante una hora y veinte minutos se bate contra ellos.

El «Exeter», a 25 kilómetros, recibió más de cien impactos y 5 de sus 6 cañones grandes quedaron inutilizados. Entretanto los otros dos cruceros se le habían acercado al «Graf Spee» hasta una distancia de 7 kilómetros y lo hostigaban desde diversos ángulos. El barco alemán volvió el fuego contra ellos, pero las granadas los atravesaban de un lado a otro sin tiempo de estallar. Ocurrió luego un mutuo alejamiento, aunque sin perderse de vista.

Churchill refiere en sus Memorias que **«el Exeter recibió un proyectil que lo dejó temporalmente fuera de control al volarle su torrecilla B. A las 7.25 de la mañana las dos torrecillas del Ajax también habían sido destruidas. Asimismo el Achilles sufrió daños».**

Por su parte el «Graf Spee» tenía 36 muertos a bordo, 60 heridos graves y averías que le impedían seguir navegando, máxime que era acosado desde tres diversas direcciones, y buscó refugio en Montevideo a fin de hacer reparaciones de urgencia. Para entonces ya los tres barcos ingleses habían pedido refuerzos y acudían a toda máquina el crucero «Cumberland», el acorazado «Renown», el acorazado «Ark Royal», el crucero «Neptune» y tres destructores. A continuación la fuerza «H» fue también movilizada y acudieron los cruceros «Shropshire», «Cornwall» y «Gloucester» y el portaaviones «Eagle».

Aunque tales naves todavía no llegaban a las cercanías de Montevideo, los ingleses se valieron de un ardid de propaganda para hacer creer que ya habían llegado. Por su parte, Uruguay apremiaba al «Graf Spee» a que zarpara. Fuera lo esperaban teóricamente más de diez barcos de guerra: 200,000 toneladas contra 10,000. Hitler ordenó al comandante Langsdorff que hundiera la nave. El «Graf Spee» zarpó, caminó un poco por el Río de la Plata, puso a salvo en lanchas a sus 965 tripulantes y se voló a sí mismo con bombas de tiempo. Los marinos se refugiaron en Buenos Aires, donde el capitán escribió el 19 de septiembre una carta explicando que las granadas no le bastaban para ningún combate formal. Y agregaba:

«He resuelto afrontar las consecuencias de mi decisión, pues un Capitán pundonoroso sabe que su destino está ligado indisolublemente al de su barco. Ya no podré tomar parte activa en la lucha actual de mi patria. Ahora sólo puedo probar por medio de mi muerte que los servicios de combate del Tercer Reich se encuentran siempre prestos a morir por el honor de la bandera. Asumo toda la responsabilidad de haber echado a pique el acorazado de bolsillo Almirante Graf Spee. Me complace pagar con mi propia vida cualquier desdoro en el honor de la bandera. Me enfrentaré con mi destino abrigando una fe firmísima en la causa y en el porvenir de la nación y de mi Führer». Esa misma noche se dio un tiro.

Era la antigua y solemnemente siniestra tradición de la marina de que el capitán y su barco forman un mismo ser. Ninguno sobrevive al otro. Entretanto, la pequeña flota submarina alemana seguía apegándose al reglamento de presas, según el cual deberían detener a los barcos enemigos de carga y hundirlos después de que sus tripulantes se hubieran puesto a salvo. Pero no obstante esto, la propaganda inglesa difundía que los mercantes eran hundidos sin previo aviso y que perecían mujeres y niños. (Al terminar la guerra, la Gran Bretaña reconoció todo lo contrario).

El 26 de septiembre (1939) Churchill ordenó que todos los mercantes fueran artillados y que sus tripulantes presentaran resistencia a los submarinos, de tal manera que éstos ya no pudieran seguir practicando la guerra limitada que se les había ordenado.

El 30 de octubre el submarino U-56, del capitán Zahn, se jugó peligrosamente la existencia burlando la protección de diez destructores y logró acercarse al acorazado británico «Nelson», en el que hizo blanco con tres torpedos, pero inexplicablemente ninguno estalló. (Posteriormente se supo que en ese acorazado viajaba Churchill). Toda la tripulación del submarino regresó a su base profundamente deprimida por el extraño fracaso.

Durante los meses de invierno los sumergibles se vieron sujetos a duras pruebas: el hielo tapaba los escapes de los motores o afectaba las cualidades de sumergibilidad. En sus 4 primeros meses de lucha hundieron barcos con un total de 505,000 toneladas. El U-49 del capitán von Gossler, se vio en una ocasión tan duramente perseguido por los destructores ingleses que

descendió a 148 metros de profundidad. Fue un experimento que nadie había hecho hasta entonces porque se calculaba que a esa profundidad la enorme presión del agua, equivalente a la de 15 atmósferas, haría trizas al submarino.

Por su parte, la flota anglo francesa fue estrechando el bloqueo. En marzo de 1940 otro submarino alemán penetró en un puerto inglés, el de Kirkwall, y hundió al barco «Corneta». El mercante «Altmark» burló el bloqueo y regresó a Kiel. La superioridad numérica anglo-francesa no lograba satisfactorios progresos ni siquiera en el mar y Churchill decidió arrojar por la borda todo principio de legalidad, aunque era precisamente la legalidad lo que decía defender. La noche del 30 de marzo (1940) Churchill anunció que Inglaterra no reconocía ya como neutrales «los actos que a pesar de que se apeguen al Derecho Internacional, puedan favorecer a Alemania».

Entretanto, en el invierno de 1939-1940 la URSS ha atacado a Finlandia. Pero Inglaterra y Francia no mueven ni un dedo para defender a los finlandeses.

Si Alemania ataca a Polonia, es eso un acto salvaje que debe precipitar a Occidente en una guerra, pero si la URSS ataca también a Polonia y luego a Finlandia, el judaísmo logra que Occidente se lave silenciosamente las manos.

La flota inglesa y la flota francesa violan el Derecho Internacional e incursionan en las aguas de Noruega para impedir que lleguen materias primas a Alemania.

El bloqueo anglo-francés ya no reconoce la neutralidad de ningún país débil. El 31 de marzo Londres anuncia que no se permitirá más el comercio entre Méjico y Alemania, ni tampoco entre Noruega y Alemania. Un nuevo sesgo en la guerra está a punto de estremecer al mundo.

## **NORUEGA, PRIMERA LÍNEA DE LA LUCHA TERRESTRE**

El 16 de diciembre de 1939 Inglaterra comenzó a preparar la invasión de Noruega. Es éste un hecho que ahora parece sorprendente, porque la propaganda hizo creer que Alemania se había lanzado cruel e innecesariamente contra ese país débil y neutral en un loco y suicida intento de dominar al mundo. Pero la verdad fue otra. Churchill asienta en sus Memorias «la parte final de un memorándum que presenté fechado el 16 de diciembre de 1939, decía: Es necesario considerar el efecto de nuestra acción contra Noruega... No habrá infracción técnica del Derecho Internacional mientras que lo que vaya a hacerse no se encuentre acompañado de alguna forma de inhumanidad... Las naciones pequeñas no deben atarnos las manos».



Los alemanes capturaron Oslo, Thondheim y Narvik. Tres días después los anglofranceses desembarcaron en Namsos y Andalsnes. Fuerzas alemanas del área de Oslo batieron en Dombas a las fuerzas aliadas desembarcadas en Andalsnes y el plan aliado se derrumbó.

Y consecuentemente el 16 de febrero de 1940 Churchill ordenó que el barco alemán «Altmark» fuera abordado por fuerzas del «Cossack», a pesar de que navegaba en aguas neutras noruegas.

El historiador británico capitán Liddell Hart dice que el asalto inglés al «Altmark» en aguas noruegas hizo pensar a Hitler que si Churchill estaba dispuesto a violar la neutralidad de Noruega para atacar al «Altmark», estaría más deseoso de hacer lo mismo a fin de cortar los abastecimientos de hierro que tan vitales eran para Alemania, pues para 1940 ascendían a once millones de toneladas.

El mismo Churchill confirma que el 3 de abril de 1940 el Gabinete inglés autorizó que la flota minara las aguas noruegas a partir del 8 de abril. Simultáneamente estaba siendo preparado el Plan Stratford para la ocupación anglofrancesa de los puertos noruegos de Stavanger, Bergen y

Trondheim. Así se flanquearía a Alemania y se haría más efectivo el bloqueo de hambre<sup>[76]</sup>.

El Primer Ministro de Francia, Paul Reynaud, dice en sus «Revelaciones» que cuando se planeaba la ocupación aliada de Noruega, el almirante francés Darlan advirtió que se provocaría una reacción alemana. «Churchill llegó a París el 5 de abril —añade Reynaud— y se aprobó la colocación de las minas, pero la maniobra fue aplazada para el 7 y esta demora permitió a Hitler tener conocimiento del asunto y preparar un golpe en contra». Es un hecho indiscutible, aceptado por Reynaud y Churchill, que Inglaterra y Francia preparaban la invasión de Noruega para estrechar el bloqueo de hambre contra el Reich. La invasión alemana simplemente se anticipó a conjurar los planes anglofranceses.

Sin embargo, al iniciarse esa operación la noche del 9 de abril de 1940, el monopolio de la información internacional la aprovechó para dar la impresión de que Alemania devoraba cruelmente a un país débil y que las potencias aliadas se aprestaban a defenderlo. La historia cinematográfica del villano y del héroe se aplicó al caso de Noruega. Pero la verdad carecía de esos adornos heroicos; simplemente consistía en que las potencias occidentales trataban de estrechar el bloqueo contra Alemania, desde las bases noruegas, y Alemania se adelantaba a conjurar ese golpe. La víctima de esta lucha entre dos colosos era un país débil, pero ninguno de los dos bandos tenía interés específico en él, ni para atacarlo ni para defenderlo.

El anticipado contragolpe alemán fue una desagradable sorpresa para Inglaterra y Francia porque debido a su dominio absoluto del mar se creían al margen de esa contingencia. El Almirante Erich Raeder, jefe de la Marina Alemana, afirmaba que frecuentemente las operaciones militares que violan todos los principios de la técnica de la guerra salen airoso a condición de que se ejecuten por sorpresa. Así lo confirmó una vez más la invasión de Noruega.

La pequeña flota alemana operó con increíble audacia, burló la vigilancia aliada y conduciendo una fuerza de desembarco de sólo 8,850 hombres se acercó a los puertos noruegos de Kristiansand, Stavenger, Bergen, Trondheim y Narvik, casi bajo las narices de los barcos francobritánicos.



Semanas antes de que se iniciara la acción en Noruega, el almirante Guillermo Canaris (jefe del Servicio Secreto Alemán y encubierto conspirador) inició un discreto sabotaje moral contra la operación, mediante numerosos y alarmantes informes sobre los riesgos de las contramedidas aliadas. Esto hizo titubear a varios jefes militares, quienes incluso pidieron a Hitler que la operación se pospusiera. El general Alfred Jodl escribió entonces en su Diario que la voluntad de actuar se estaba debilitando y que el 26 de marzo Hitler intervino decisivamente para alentarla. Pero la intriga siguió adelante y el mayor Hans Oster, uno de los principales colaboradores de Canaris, pidió el 3 de abril al agregado militar holandés, Sas, que comunicara a los aliados el plan alemán de ataque. El investigador Abshagen dice que ese informe fue transmitido a funcionarios noruegos, pero que no lo creyeron. «Oster confiaba en que si no se alcanzaba a parar toda la empresa... por lo menos se lograría, mediante una advertencia, apresurar el fracaso de la operación en una primera fase»<sup>[77]</sup>.

El Almirante Canaris había dicho a sus cómplices que la frustración de la victoria «debe ser nuestro objetivo y propósito esencial». Y todo este grupo de conspiradores trabajó con tal sutileza que no dejaba huellas a la Gestapo. Según el Vicealmirante Kurt Assmann<sup>[78]</sup>, la invasión aliada de Noruega (iniciada 72 horas después que la alemana) se demoró debido a que a última hora el mando británico ordenó un aplazamiento a fin de averiguar hacia dónde se dirigía la flota alemana que había zarpado de sus bases en el Mar Báltico.

Un incidente imprevisto jugó importante papel en esa demora: ocurrió que los barcos alemanes que deberían atracar en Trondheim llegaron a las cercanías con bastante anticipación y para hacer tiempo dieron media vuelta y enfilaron hacia el poniente, lo cual fue visto por un avión británico, cuyo reporte desorientó a los aliados. Cuando horas más tarde los ingleses tuvieron la certeza de que la operación se dirigía hacia Noruega, ya habían perdido la delantera.

Coordinadamente con la operación naval, una compañía de paracaidistas fue enviada por aire a capturar los aeropuertos de Oslo y Stavenger, a los cuales llegaron más tarde transportes bimotores de tropas. En esta misión se utilizaron 550 aviones. La ocupación previa de

Dinamarca se realizó como punto de apoyo obligado para la campaña de Noruega.

«El golpe más atrevido —dice Churchill en sus Memorias— fue el que se dio en Narvik. Diez destructores llevaron 200 soldados cada uno, apoyados por el Scharnhorst y el Gneisenau —cruceros de batalla—; llegaron a Narvik el 9 de mayo muy temprano. La noche del 7 de abril la RAF denunció tales movimientos en el Skagerrak. En el Almirantazgo se creía imposible que aquella fuerza se dirigiera a Narvik».

Churchill juzgó impracticable esa audaz maniobra; tuvo tiempo para impedirla, pero el arrojo triunfó sobre la fuerza numérica. La pequeña flotilla alemana se escurrió zigzagueando hasta los puertos noruegos sin hallar más obstáculos que el destructor inglés «Glowworm» que fue hundido. Días más tarde ocurrió otra batalla naval en la que fueron hundidos el portaaviones inglés «Glorious», dos destructores y dos naves pequeñas, cuando los nazis trataban de aligerar la presión naval sobre Narvik.

Aunque en aquel momento parecía que Alemania desplegaba grandes contingentes que por su peso numérico estaban imponiéndose en Noruega, y aunque la propaganda así se empeñaba en hacerlo creer, la verdad es que se trataba de una extraordinaria lucha en que el arrojo y la sorpresa se imponían sobre enemigos muy superiores en número.

El general Falkenhorts, comandante de las fuerzas alemanas, inicialmente sólo disponía de 8,850 hombres, que después fueron reforzados por 10,000 más. El teniente coronel James A. Bassett<sup>[79]</sup> confirma que en la operación de Noruega participaron «poco menos de 20,000 hombres», distribuidos en pequeños grupos a todo lo largo del accidentado territorio noruego, aún cubierto de nieve.

Setenta y dos horas después de iniciada la invasión alemana de Noruega los ingleses y los franceses descargaron su golpe, al que Hitler se había adelantado. El general Auchinleck dirigió la invasión aliada conforme al madurado Plan Stratford. Los objetivos inmediatos eran Narvik, en el norte, y los puertos de Namsos y Andalsnes, en la cintura de Noruega.

Los submarinos alemanes recibieron la misión de estorbar el desembarque de los aliados en Noruega. Varios de ellos lograron burlar los

barcos de escolta y situarse apropiadamente para el tiro, pero luego comenzaron a ver con gran decepción que los torpedos pegaban en el blanco y no estallaban. El capitán Prien tuvo cerca de Narvik en posición de tiro a tres grandes transportes de tropas y a dos cruceros, pero la carga explosiva de los torpedos fallaba una y otra vez. En el mando de los submarinos se recibían más y más reportes en el mismo sentido. Nueve sumergibles vieron así invalidados sus penosos esfuerzos para acercarse al enemigo. Prien se quejaba amargamente diciendo que los habían mandado a combatir con fusiles de palo. Las fallas de los torpedos ascendían al 66%.

En un principio los técnicos pensaron que el torpedo magnético que estaba en uso —y que corría a bastante profundidad sin dejar estela delatora en la superficie— no estallaba porque el magnetismo disminuía cerca del Círculo Polar Ártico. Se ordenó entonces usar únicamente torpedos de percusión, pero también fallaban. Más tarde, cuando ya muchas oportunidades se habían perdido, una investigación descubrió que los torpedos eran entregados por la fábrica con un desajuste que ya hacía tiempo se había ordenado enmendar, pero que inconcebiblemente estaba volviendo a ocurrir, ¿Negligencia o sabotaje?

Los contingentes anglo franceses desembarcados en Namsos y Andalsnes formaban una tenaza que tenía por meta cerrarse en Trondheim y aniquilar a los 1,700 alemanes que horas antes la habían ocupado. Esto dio lugar a una de las dos batallas decisivas de la campaña de Noruega. La guarnición alemana de Trondheim se defendió desesperadamente, en tanto que otras fuerzas avanzaban desde el sur en su auxilio. Cerca del empalme ferroviario de Dombas se libró la batalla clave. Los anglo-franceses disponían en esa área de 14,000 hombres, contra 5,000 o 6,000 alemanes. Iban ahí a enfrentarse por primera vez en esta guerra.

El entonces Primer Ministro de Francia, Paul Reynaud, confirma tales cantidades en sus «Revelaciones», con las siguientes palabras: «El 20 de abril los aliados tenían al norte de Namsos 8,000 soldados británicos y franceses y 4 batallones de noruegos, y en el sur (Andalsnes) 5,000 ingleses y noruegos. Los alemanes sólo tenían 5,000 o 6,000 hombres en esa región y hallábanse casi rodeados».

Tropas británicas seleccionadas figuraban en esos contingentes cuya superioridad numérica sobre los alemanes era de más de dos a uno, y por momentos pareció que éstos serían arrojados de Noruega. El choque decisivo ocurrió al sur de Trondheim, cerca del empalme ferroviario de Dombas, donde los británicos fueron sorprendidos por la acometividad y rapidez de maniobra de las tropas alemanas y por la iniciativa de sus oficiales.

Al cabo de una semana de lucha las fuerzas aliadas fueron destrozadas y sus restos se reembarcaron hacia Inglaterra. Churchill confiesa en sus Memorias: «En esta campaña de Noruega, nuestras mejores tropas, o sean las de la Guardia Escocesa y las de la Guardia Irlandesa, se quedaron atónitas ante el vigor, el espíritu de empresa y el entrenamiento que tenían los jóvenes que militaban por Hitler».

En la otra de las dos batallas decisivas, la de Narvik, el resultado se tardó más, pero fue el mismo. La flota británica se recuperó de la sorpresa y se congregó frente al puerto. Cuatro destructores alemanes sucumbieron en desigual batalla tratando de impedir el desembarque de 20,000 soldados aliados. A continuación la lucha se desarrolló en tierra. La guarnición alemana y los náufragos de los cuatro destructores ascendían a 6,000 hombres. La superioridad aliada era de más de 3 a 1.

Churchill refiere: «En Narvik una fuerza alemana mixta e improvisada de escasos 6,000 hombres tuvo a raya durante seis semanas a unos 20,000 soldados aliados, y aunque se vio expulsada de la población, sobrevivió para ver marcharse a sus enemigos... Los alemanes cruzaron en siete días el camino de Narnsos a Mosjoen, que los ingleses y franceses habían declarado que era imposible. A pesar de que teníamos el dominio absoluto del mar, nos tomó la delantera el enemigo que avanzaba por tierra a través de distancias muy largas y en medio de todos los obstáculos».

Todavía sin ocultar su disgusto por el anticipado contragolpe alemán, Churchill añade:

«La rapidez con que Hitler llevó a cabo la conquista noruega fue una notable hazaña de guerra y política y un ejemplo imperecedero de la minuciosidad, de la maldad y de la brutalidad alemanas».

3,692 soldados alemanes dieron la vida en ese ejemplo de eficacia militar y 1,604 cayeron heridos. La marina perdió 3 cruceros, 10 destructores, 6 submarinos y 16 naves auxiliares. Allí se evidenció la fuerza incalculable del espíritu de sacrificio sobre las fuerzas materiales de la superioridad numérica. La campaña duró un mes. Tuvo tan relevantes características de arrojo que constituye un ejemplo histórico de cómo un poderoso espíritu de lucha logra superar obstáculos que el cálculo frío juzgaría insalvables.

## FRANCIA, EMPUJADA A SANGRIENTO ABISMO

El pueblo francés padecía graves problemas internos que lo incapacitaban para una contienda internacional. La disipación, el materialismo y el vicio habían debilitado profundamente sus fuerzas psicológicas y hasta sus recursos físicos, tanto así que en el segundo semestre de 1938 hubo 40,000 nacimientos menos que el total de defunciones. Pero los gobernantes servían intereses masónicos cada día más apremiantes y empujaban al pueblo a una guerra en la que el pueblo nada tenía que ganar.

Esos gobernantes, hechura de la masonería, eran a la vez políticamente presionados por la Alianza Israelita Universal (con sede en París), la cual tiene en Francia un poder decisivo, pues además de su brazo masónico influye en la Bolsa de Valores, en casi toda la prensa y en la mayoría de las organizaciones obreras. Judíos han sido los dirigentes y políticos León Blum, Maurice Thorez, Jacques Ducloux, Jules Moch, Edgar Faure, Mendes-France, René Mayer, Maurice Schuman y otros muchos.

Un oscuro político llamado Paul Reynaud, que en Méjico se había enriquecido como dueño de «Las Fábricas Universales», se fingió derechista para lograr cierto apoyo popular: con la ayuda secreta de la masonería escaló después el puesto de Primer Ministro de Francia y una vez seguro reveló sus tendencias izquierdistas. A continuación trató de agitar al pueblo francés para que asumiera la ofensiva contra Alemania.

Casi siete meses después de declarada la guerra, Reynaud hizo el 26 de marzo de 1940 una belicosa excitativa durante la cual afirmó: «**Uno de los deberes más grandes de Francia es hacer la guerra**». Al día siguiente

presentó su Gabinete a la nación como un **«Gobierno de guerra puramente y que tiene una sola meta: vencer al enemigo»**.

Sus arrestos bélicos tenían los siguientes fundamentos militares: Francia se hallaba poderosamente acorazada por su Línea Maginot y disponía ya de 110 divisiones; la Gran Bretaña le había enviado un Cuerpo Expedicionario de 12 divisiones y estaba por enviar algunas más. El flanco izquierdo de la Maginot lo resguardaban las fortificaciones belgas, las defensas acuáticas holandesas y 33 divisiones de Bélgica y Holanda. Inglaterra y Francia confiaban en esos dos países porque la Casa Real de Holanda tenía parentesco con la Casa Real Británica y porque el Rey Leopoldo de Bélgica ya había accedido incluso a que los ejércitos anglo-franceses atravesaran territorio belga para atacar a Alemania, **según lo admite el propio Reynaud en sus «Revelaciones»**. En consecuencia, los aliados disponían de un total de 155 divisiones (2.325,000 combatientes).

En cambio, Alemania sólo había podido movilizar 130 divisiones (1.950,000 hombres) y la amenaza bolchevique le impedía utilizarlas todas en el frente occidental correspondiente a Francia. Por esta circunstancia Reynaud se sentía seguro: sus peritos militares calculaban que un ataque frontal alemán sobre la Línea Maginot sería imposible porque necesitaría sacrificar un millón de hombres para perforarla. Y si Alemania atacaba por el flanco, automáticamente aumentaría el número de sus enemigos al enzarzarse también en una lucha con Holanda y Bélgica.

Fue éste, precisamente, el peligroso riesgo que Hitler se resolvió a correr, y es que no quedaba ninguna otra alternativa. Su esperanza era poder repetir la guerra relámpago que realizó en Polonia, aunque en este caso iba a enfrentarse con un enemigo tres veces más poderoso y con defensas incomparablemente mejores. Los franceses se daban cuenta de esta ventaja y el agregado militar en Varsovia informó a su Gobierno —según dice Reynaud— que en Polonia los alemanes habían gozado de un frente muy extenso, pero que en Francia la situación sería distinta. Encajonado en los angostos sectores de penetración posible, el ejército alemán podía ser aniquilado por las reservas estratégicas anglo-francesas.

Por dos distintos conductos Reynaud y Churchill conocieron los lineamientos generales del plan militar de Hitler. Aunque Mussolini era

aliado de Alemania, el 26 de diciembre de 1939 ordenó a su Ministro Galeazzo Ciano que revelara dicho plan a los representantes diplomáticos aliados, cosa que Ciano hizo el 2 de enero, según lo anotó en su «Diario Secreto». Por otra parte, el mayor alemán Helmut Reimberger, comisionado para llevar a un cuartel el plan operativo de la ofensiva, desvió la ruta de su avión, aterrizó en Bélgica y los documentos le fueron «capturados». Parece que esta maniobra la preparó el Almirante Canaris, el cual era conspirador y hábilmente había logrado encumbrarse como Jefe del Servicio Secreto Alemán.

Aunque ante el mundo no lo parecía, la situación interna del frente de Hitler era gravísima. Disponía de menor número de tropas que sus enemigos; se hallaba enfrascado en una guerra que no había querido contra el Occidente; persistía la mortal amenaza del Oriente; su plan estratégico lo conocían ya en París y en Londres, y por último, la mayoría de sus generales no lo apoyaba. Eran profesionales eficientes, pero carecían de la llama del ideal nacionalsocialista que había galvanizado la voluntad de las juventudes; además, su origen aristocrático los distanciaba de Hitler, a quien en el fondo seguían viendo como el simple cabo que fue en la primera guerra mundial.

Brauchitsch, el comandante en jefe del ejército, no creía posible una victoria en Francia. Otros muchos de sus compañeros compartían sus dudas. El general Blumentritt, que entonces fungía como jefe del Estado Mayor de Rundstedt, reveló posteriormente al historiador Liddell Hart: «Hitler era el único que creía posible una victoria decisiva.





De izquierda a derecha: Hitler y los generales Von Reichenau, Jold, Rundstedt, Von Brauchitsch (jefe del ejército) y Halder (jefe del Estado Mayor General). Estos dos últimos juzgaban imposible la campaña en Francia y estuvieron a punto de derrocar a Hitler.

Entre los generales jóvenes sólo Manstein y Guderian consideraban realizable una campaña relámpago. El general Von Stüelpnagel formuló un estudio según el cual era necesario esperar 3 años para lanzar la ofensiva sobre Francia.

Aunque desorganizada, la oposición de los generales creaba una atmósfera de escepticismo e inseguridad en los altos escalones del ejército. El general Ritter von Leeb, comandante de un grupo de ejércitos, instaba el 31 de octubre (1939) al general Brauchitsch a que hiciera prevalecer su opinión contra los planes de Hitler. Schacht, exministro de finanzas, se valía del general Von Thomas y del Almirante Canaris para influir negativamente sobre el general Halder, jefe del Estado Mayor General. Durante algunos días Halder pensó en hacer un llamamiento al ejército para derrocar a Hitler, y su compañero el general Von Stüelpnagel hizo algunos sondeos y luego le dijo que el llamado no daría resultado porque la tropa y los jefes jóvenes apoyaban al Führer<sup>[80]</sup>.

Por su parte, el coronel general von Hammerstein Equord simpatizaba con el comunismo y llegó a trazar un plan para capturar a Hitler<sup>[81]</sup>.

Por esos mismos días (fines de 1939) el Almirante Canaris y sus principales colaboradores en el Servicio Secreto Alemán, tales como Oster, Dohnanyi y Gisevius, tejían discretos hilos de enlace entre los opositoristas y enemigos de Hitler, particularmente entre los generales Beck, Halder y Witzleben; el ex ministro Schacht; los diplomáticos Weizsacker y von Papen; el conde de Helldorf, jefe de la policía berlinesa, y el general Nebe, de las SS (tropas selectas). Al mismo tiempo Canaris protegía a diversos jefes del movimiento israelita para que no fueran aislados por la Gestapo, y sólo en apariencia secundaba las órdenes de Hitler «simulando el despliegue de una gran actividad, pero en el fondo no se hacía nada para cumplirlas».

«Cada plan del Estado Mayor —dice el historiador antinazi Goerlitz—, era acompañado por otro plan contrario, del mismo Estado Mayor, destinado a oponerse a las consecuencias del primero y sabotear la conducción de guerra de Hitler».

El general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor del Alto Mando y uno de los pocos leales íntegramente a Hitler, escribía en su Diario que «era muy triste» que todo el pueblo apoyara al Führer, menos los generales destacados que seguían **«considerándolo un cabo y no el mayor estadista habido en Alemania desde la época de Bismarck»**.

El Primer Ministro inglés, Sir Neville Chamberlain, recibía amplia información confidencial sobre la oposición de los generales contra Hitler. Según Goerlitz, en Inglaterra se juzgaba ya inminente un golpe de Estado en Alemania. Churchill confirma parte de esto en sus memorias.

El 23 de noviembre (de 1939) Hitler tuvo una acalorada conferencia con los generales y ante la oposición de ellos para atacar a través de Holanda y Bélgica, les echó en cara su «falta de coraje». ¿Cómo iba a ganarse una guerra sin atacar?

Y ¿cómo iba a ganarse si el enemigo llegaba a convertir el reducido territorio alemán en campo de batalla? Según los fríos cálculos numéricos y sin tomar en cuenta las fuerzas psicológicas, la ofensiva en Francia auguraba limitadas probabilidades de triunfo, pero aún había menos esperanzas en el hecho de cruzarse de brazos. Ya muchas veces había ofrecido una paz negociada y Occidente la rechazaba. Ese día Hitler habló

también del peligro que representaba la URSS. «**Las guerras —dijo— siempre han terminado con la destrucción del enemigo. Todo aquel que crea lo contrario, es un irresponsable... El tiempo trabaja en favor de nuestros adversarios**». Y enfatizando más su decisión de combatir, Hitler agregó: «**Me mantendré o caeré en la lucha. Nunca sobreviviré a la derrota de mi pueblo...**»

El general Westphal refiere que después de esa junta Hitler exclamó: «**¿Qué clase de generales son estos a los que hay que empujar a la guerra, en lugar de ser ellos los que lleven la iniciativa?**»<sup>[82]</sup>.



Soldados del Frente Occidental: ¡Su hora ha llegado...! Cien divisiones alemanas (millón y medio de combatientes) se lanzaron contra los ejércitos aliados de Francia, Inglaterra, Holanda y Bélgica, con un total de 155 divisiones (2,325.00 soldados).

Liddell Hart ha logrado establecer que a raíz de esa conferencia entre Hitler y sus generales, el general von Brauchitsch, comandante del ejército, y el general Franz Halder, jefe del Estado Mayor General, **«hablaron de la necesidad de ordenar a las tropas de Occidente que marcharan sobre Berlín para derrocar a Hitler»**, pero el general Fromm, comandante de las fuerzas domésticas, hizo notar que las tropas tenían fe en el Führer y que probablemente el golpe fracasaría.

Este titubeo del general Fromm fue uno de esos insignificantes acontecimientos que producen gigantescos efectos porque bastó para congelar la académica conspiración de los generales Brauchitsch y Halder. Los esfuerzos de Canaris y Schacht para alentar a los conspiradores fallaron una vez más. Un año antes Schacht había incluso saboteado económicamente el crecimiento del ejército y luego había pedido a banqueros israelitas británicos que Inglaterra aumentara su presión contra Alemania, a fin de acosar a Hitler desde fuera y desde dentro. En esos días Alemania se salvó milagrosamente de un desplome interior, la situación del Führer volvió a consolidarse y se acataron sus órdenes para lanzar la ofensiva en el oeste.

Hitler había intentado lanzar su ofensiva el 9 de octubre de 1939, pero el mal tiempo lo impidió. Pensaba entonces que el grupo de ejércitos de von Bock llevara el centro de gravedad del ataque y que buscara el envolvimiento de los aliados avanzando por la costa. El grupo de ejércitos de von Rundstedt, más al sur, realizaría la cobertura de tal operación. Pero después decidió modificar este plan porque ya era del conocimiento de los anglos franceses.

En ese cambio aceptó las sugerencias del general von Manstein, del Estado Mayor de von Rundstedt, para que el grupo de ejércitos de este último se encargara del envolvimiento penetrando con una masa de tanques por las Ardenas, hacia Sedán. El grupo de ejércitos de von Bock trataría de engañar al enemigo haciéndole creer que era el encargado de envolverlo.

Para hablar de este plan, von Manstein se entrevistó con Hitler y dice sobre el particular: «Tampoco es imposible que se le ocurriera espontáneamente a Hitler la misma idea, puesto que a veces nos desconcertaba con su certero instinto de las posibilidades tácticas... Eché de

ver al momento la extraordinaria presteza con que se compenetraba en los puntos de vista que el grupo de ejércitos trataba de imponer desde hacía meses, así como que en todo se mostraba de acuerdo con nosotros».

Adoptado el nuevo plan de ataque, la madrugada del 10 de mayo de 1940, cien divisiones alemanas **escucharon la proclama de Hitler, en la que todavía se traslucía que su intención no había sido la de combatir contra Occidente:**

*«El pueblo alemán no fomenta ningún odio ni ninguna enemistad para con los pueblos británico o francés. El pueblo alemán, sin embargo, está hoy en día frente al problema de si desea vivir o sucumbir... ¡Soldados del frente occidental: su hora ha llegado!... Cumplan ahora con su deber. El pueblo alemán siempre está con ustedes con sus mejores deseos».*

Minutos después la batalla más grande de la historia iluminaba el firmamento y los bosques de las Ardenas.

«Entre la oscuridad —dice Churchill— salían de pronto innumerables grupos de ardorosas tropas de asalto... Mucho antes de que apuntara el día, 240 kilómetros del frente se hallaban en llamas».

El golpe principal se había descargado en los bosques de las Ardenas, precisamente donde los Estados Mayores inglés y francés juzgaban impracticable la operación, como también lo creían en gran parte el jefe del ejército alemán, general Brauchitsch, y el jefe del Estado Mayor General, Franz Halder.

El sistema fortificado de Eben Emael, en Bélgica, era la primera gran muralla. Su fuego no dejaba ángulos muertos a su alrededor y según todos los cálculos el avance procedente de la frontera alemana era imposible. Pero el teniente Witzig, con 78 ingenieros paracaidistas, descendió a las cuatro de la mañana en el corazón mismo de las fortificaciones. Algunos planeadores bajaron silenciosamente en los prados y un pelotón aterrizó en el exterior para llamar la atención. Mientras tanto, los hombres de Witzig se acercaban a las aspilleras de las casamatas y atacaban a los artilleros con lanzallamas, bombas de mano y paquetes de trilita. Los grandes cañones estaban siendo vencidos como monstruos prehistóricos por osadas hormigas. El coronel Ricardo Munaiz («Operaciones Aerotransportadas») califica este ataque de «espectacular e increíble».

«En cuestión de minutos —dice H. R. Kurz en **“La Captura del Fuerte Eben Emael”**— las dotaciones de las armas antiaéreas habían sido vencidas y eliminadas. Los Stukas bombardeaban entre tanto, la zona circundante de la fortificación con bombas de 500 kilos. Inmediatamente después los alemanes reforzaron las tropas de asalto con paracaidistas que descendieron sobre la fortaleza. Con ese contingente los atacantes ascendían aproximadamente a 300 hombres para el amanecer (la guarnición belga constaba de 1,185 defensores). Para el 11 de mayo prácticamente todas las armas de defensa exterior estaban fuera de combate... Los alemanes habían construido en Hildesheim un modelo exacto de Eben Emael para ensayar el ataque. En su asalto verdadero hasta pasaron por alto las cúpulas simuladas».

Después de treinta y dos horas y media de lucha, Eben Emael cayó a las 12.30 del 11 de mayo. A la vez otra operación de paracaidistas y tropas aerotransportadas se realizaba para capturar posiciones en el Canal Alberto y facilitar el paso de las tropas. Suprimidos los peores obstáculos fronterizos para el despliegue de las fuerzas alemanas, divisiones blindadas y de infantería comenzaron a precipitarse hacia las masas estratégicas del enemigo. El grupo de ejércitos de von Bock, con los ejércitos 18º, 6º, y 4º integrados por 28 divisiones (420,000 hombres), se clavó profundamente en el norte de Bélgica. Hacia el sur, el grupo de ejércitos de von Rundstedt, con los ejércitos 12º, 16º, 9º y 2º integrado por 44 divisiones (660,000 hombres), formaba el otro extremo de las tenazas que premiosamente trataban de cercar al enemigo.

En el extremo norte del frente, o sea en Holanda, siete divisiones se empeñaban en otra operación de audacia. Cuatro mil paracaidistas descendieron cerca de la capital holandesa, seguidos de una división aerotransportada de 12,000 hombres y simultáneamente una solitaria división blindada se lanzó en su apoyo y penetró 144 kilómetros por un sector poco defendido.

«Las fuerzas alemanas se enfrentaban a una abrumadora superioridad numérica —dice Liddell Hart en su libro **“La Defensa de Europa”**—, pero la estocada tan profundamente asestada al corazón de Holanda ocultó la debilidad de los invasores y creó una confusión paralizante... Este golpe

triple (el de Eben Emael, el del Canal Alberto y el de Holanda) fue una idea personal de Hitler y su realización había sido puesta en duda por la mayoría de sus generales».

En efecto, el general Student, comandante de los 4,500 paracaidistas de que disponía Alemania, dice que la idea de tales operaciones fue de Hitler y que él solo se encargó de trazar el plan en detalle, contra la opinión de los generales von Reichenau y von Paulus, que juzgaban irrealizable la maniobra. Ciertamente la primera oleada de paracaidistas y transportes aéreos sufrió muy grandes bajas. Hubo unidades que perdieron el 42% de sus oficiales y el 28% de sus tropas, pero en conjunto la audaz operación forzó la capitulación de Holanda a los cinco días de lucha.

Entre tanto en el extremo sur del frente, el general Ritter von Leeb desplegaba 17 divisiones del Mosela a Suiza y trataba de acosar y fijar en sus posiciones a los contingentes franceses de las principales fortificaciones de la **Línea Maginot**.

Pero propiamente dicho, la batalla se libraba en la parte central del frente, en la tenaza de von Rundstedt. Era ahí donde al mando del general von Kleist se habían concentrado las diez divisiones blindadas del ejército alemán. Dice Blumentritt que estas 10 divisiones se hallaban densamente agrupadas, pero que en despliegue podían formar una columna de 1,100 kilómetros (de Méjico a Torreón). Fue una hazaña del Estado Mayor situar y coordinar para el ataque a la enorme masa de 660,000 combatientes del grupo de ejércitos de von Rundstedt, en la estrecha frontera con Bélgica y Luxemburgo.

En la vanguardia del conjunto blindado iba el general Guderian, de 52 años, con la primera división panzer. Ante la indiferencia de la mayoría de los generales, Guderian había sido uno de los principales organizadores de esa arma, mediante el decidido apoyo de Hitler, quien se empeñó en que hubiera tanques pesados, no obstante que varios peritos aseguraban que sólo el tanque pequeño y ligero tendría algún valor. El general Otto von Stüelpnagel había considerado que la división blindada era «una utopía» y el general Beck (ex jefe del Estado Mayor General y enemigo acérrimo de Hitler) compartía igual juicio. «La intuición» de un cabo estaba superando la sapiencia de muchos estrategas de Academia.

El dominio casi instantáneo del fuerte Eben Emael y del Canal Alberto, y el espíritu ofensivo de Guderian y de las tripulaciones de sus tanques, apoyado desde las alturas por la nueva aviación alemana de guerra que cumplía apenas cinco años de vida, fueron el fulgurante despuntar de la ofensiva. En las tres primeras semanas de combate la Luftwaffe derribó 1,142 aviones enemigos, la artillería antiaérea 699 y otros 1,600 fueron destruidos en sus aeródromos, con lo cual la Luftwaffe conquistó el dominio del aire. Esto le costó a la aviación alemana cinco mil aparatos, según el coronel Paquier, del ejército francés («Conceptos Alemanes Sobre la Superioridad Aérea»).

Entretanto, las 23 divisiones del ejército belga recibieron el primer impacto. Inmediatamente acudieron en su auxilio los ejércitos franceses 1º, 7º y 9º y el Ejército Expedicionario Inglés. «Cuando llegó la noticia de que sobre toda la extensión del frente el enemigo avanzaba —dijo después Hitler— me hubiera puesto a llorar de alegría: ¡habían caído en la trampa! Estaba bien calculado lanzar el ataque sobre Lieja. Había que hacerles creer que seguíamos fieles al viejo Plan Schlieffen». En efecto, al precipitarse tres ejércitos franceses y el ejército inglés hacia el Norte, en dirección a la tenaza de von Bock, hacían posible que la tenaza de von Rundstedt penetrara hacia el Sur y los envolviera por el flanco y la retaguardia.

Contrariamente a lo que el público sabía en aquellos días, los tanques franceses eran superiores en número. Sin embargo, dice el general von Bechtolsheim, combatían en forma estática y desperdiciaban así su ventaja inicial. La infantería alemana y sus secciones especializadas de lucha antitanque se encargaron de neutralizar buena parte del blindaje francés, en tanto que los tanques alemanes se infiltraban penetrando arriesgadamente en territorio enemigo.

Por su parte, el arma antitanque francesa operó desde larga distancia y fracasó; le faltaban la suficiente disciplina y espíritu de sacrificio para aguardar serenamente a que los tanques alemanes se aproximaran. A los siete días de combate, en vísperas ya de cristalizar un gran triunfo, estuvo a punto de ocurrir un grave trastorno en la ofensiva alemana. El general von Kleist se presentó en la vanguardia de los tanques y sin saludar siquiera al general Guderian le echó una dura reprimenda por su impetuoso avance y le



ordenó detenerse para esperar a que llegara la infantería. Von Kleist trataba así de imponer las ideas del general Halder, jefe del Estado Mayor General, quien incluso era partidario de dispersar las fuerzas acorazadas entre las divisiones de infantería.

Guderian alegó que eso era derrochar la movilidad de las divisiones blindadas, protestó ante von Rundstedt y pidió ser relevado si no se continuaba el plan que ya estaba en práctica y que Hitler mismo había aprobado. Von Rundstedt lo apoyó y el avance pudo continuar. Tres días después el batallón Spitta, de la 2a. división blindada, alcanzó la costa francesa de Noyelles, después de avances diarios hasta de 45 kilómetros. El involucramiento de todas las fuerzas belgas, francesas y británicas que operaban en Bélgica se había consumado...

El general francés Touchon refirió así lo ocurrido en los primeros días de lucha:

«La súbita revelación surgió como una horrible sorpresa. Los hombres quedaron atontados, bombardeados por Stukas cuyas bombas zumbantes eran más aterradoras que destructivas. Nuestros artilleros quedaron atontados cuando vieron los tanques alemanes avanzar sobre los cañones que aún estaban disparando a un objetivo calculado a varios kilómetros de distancia. Los oficiales quedaron atontados cuando las Panzer súbitamente aparecieron en sus puestos de mando como primera indicación de que el frente había sido perforado».

Los audaces golpes iniciales estaban así abriendo las puertas de la «Blitzkrieg» al ejército alemán y las del desastre a los ejércitos francés, belga y británico. Nuevamente las imponderables fuerzas del espíritu alteraban los previsibles y lógicos resultados que auguraban las cifras de los cálculos. Nuevamente Moltke tenía razón: «En la guerra todo es incierto; cierto es sólo la voluntad y el espíritu que el estratega lleva en su propio pecho».

A los cinco días de lucha —dice Churchill en sus Memorias— Reynaud le habló por teléfono. Sus arrestos bélicos se habían esfumado: «Hemos sido derrotados; hemos sido derrotados —le dijo—; hemos perdido la batalla. El frente está roto cerca de Sedán y por allí se precipitan grandes masas con tanques y carros blindados...» Reynaud pedía más ayuda a

Churchill y éste a Roosevelt, como el principal alentador moral y proveedor material que era de la guerra anglo-francesa contra Alemania.

Entretanto, la tenaza de von Rundstedt, con Guderian en la vanguardia, atravesaba todo el norte de Francia envolviendo a los ejércitos belga, francés y británico. La síntesis que Clausewitz había hecho de la táctica de Napoleón estaba dando sus más brillantes resultados: «marchar y combatir, combatir y marchar». Un gigantesco Cannas se iba forjando implacablemente. En la clásica batalla de Cannas (216 antes de nuestra era) Aníbal envolvió con 50,000 cartagineses a 72,000 romanos y los aniquiló. En la nueva y gigantesca lucha de envolvimiento, conocida como la batalla de Flandes, 945,000 ingleses, franceses y belgas estaban siendo cercados.

El general Jodl anotó en su Diario que el 20 de mayo, al llegar la noticia de que las tropas anglo-francesas habían sido envueltas en Flandes, Hitler dijo fuera de sí de alegría, que pronto podría hacer las paces con los ingleses. Creía que después de aquel descalabro aceptarían la amistad que hacía tiempo les brindaba.

El 22 de mayo la tenaza de von Rundstedt llegó hasta el puerto de Boulogne, y el 23 a Calais. Las divisiones blindadas de Guderian estaban a punto de cerrar la trampa de Flandes. A las tropas aliadas no les quedaba más escapatoria que el mar, por el puerto de Dunkerque, y fue allí donde ocurrió uno de los más espectaculares hechos de la guerra. Churchill proclamó como un triunfo que el ejército inglés, aunque perdiendo el equipo, hubiera salvado la vida. Lo que no se supo entonces fue que Hitler había hecho posible esa salvación en un nuevo intento para llegar a un acuerdo con Inglaterra.

## LOS PANZER DEJAN ESCAPAR A LOS INGLESES

El historiador militar británico Liddell Hart dice que el 23 de mayo las divisiones blindadas alemanas llegaron hasta el Canal Aa, en Gravelines, a 16 kilómetros de Dunkerque; el Cuerpo del general Reinhardt avanzó hasta el Canal Aire St. Omer-Gravelines, donde sólo había un batallón de los aliados. Las blindadas establecieron cabezas de puente sobre el Canal, el día 23, después de lo cual no quedaba obstáculo ninguno. Pero cuando la trampa iba a cerrarse en Dunkerque mediante un factible golpe de las panzer, llegó la orden terminante de **«hacer alto»**. **«Esta orden expedida por el Alto Mando enemigo —dice Hart— preservó al ejército británico cuando no había nada que lo salvara»**.

Von Kleist, el comandante de las fuerzas panzer, refiere que al recibir la orden le pareció que no tenía sentido. Guderian, comandante de un Cuerpo de Ejército Blindado, agrega que protestó contra la «maldita orden», pero que ésta fue repetida. Asimismo especifica que la orden fue recibida por él a las seis de la mañana del 21 de mayo y **«quedarnos sin habla»**, pero no hubo más remedio que acatarla. **«¡Lo hice con gran dolor de mi corazón!»**, refiere en sus memorias. Después de la 10ª división blindada llegó la 2ª, el «Leibstandarte Adolf Hitler», y luego otra más, todas las cuales fueron quedando ociosas y estacionadas, casi frente a Dunkerque. El general von Brauchitsch, comandante del ejército, le explicó a Guderian que la orden era de Hitler. Liddell Hart dice que el general von Thomas, que acompañaba a Guderian, divisó Dunkerque y varias veces pidió al Alto Mando permiso para avanzar, pero se lo negaron.

«Los comandantes alemanes —añade Hart— tuvieron que sentarse y ver cómo los británicos se les escapaban delante de sus narices... El general Siewert, ayudante de Brauchitsch, asegura que Hitler personalmente ordenó el alto, pese a la oposición de Brauchitsch y Halder».

Churchill atribuye a von Rundstedt la orden de ese extraño freno a las divisiones blindadas que podían impedir la escapatoria de los ingleses por Dunkerque, pero Liddell Hart dice que no hay evidencias históricas de tal afirmación. Por el contrario, el mismo von Rundstedt declaró que él deseaba proseguir el ataque, pero que Hitler dio órdenes específicas de cesar todo avance (orden que von Rundstedt simplemente transmitió) y sólo permitió que se utilizara la artillería como fuego de hostigamiento. Hart agrega que tampoco hay evidencia de que la defensa transitoria de Calais hubiera salvado a Dunkerque —como insinúa Churchill—, pues la división blindada alemana que atacó a Calais era sólo una de las siete que había en el área y que no tenían nada que hacer.

El general Blumentritt, jefe del Estado Mayor de Rundstedt, le refirió a Liddell Hart que «la orden de Hitler tenía origen político... Al visitar el cuartel general de Rundstedt en Charleville, Hitler se encontraba de muy buen humor... Opinó que la guerra se terminaría en seis semanas. Después de haber deseado llegar a una paz razonable con Francia, el camino estaría libre para llegar a un acuerdo con la Gran Bretaña. Luego nos sorprendió —sigue diciendo el general Blumentritt—, al expresarse con admiración del Imperio Británico, de la necesidad de su existencia y de la civilización que la Gran Bretaña había introducido al mundo... Comparó el Imperio Británico con la Iglesia Católica diciendo que ambos eran elementos esenciales para la estabilidad del mundo. Dijo que todo lo que quería de Inglaterra era que reconociera la posición de Alemania en el Continente... y que hasta apoyaría a la Gran Bretaña si ésta se viera envuelta en dificultades... Concluyó que sus miras eran las de hacer la paz con Gran Bretaña sobre una base que ella considerara aceptable y compatible con su honor».

Blumentritt dedujo que Hitler no quería enardecer más al pueblo británico. Dejando escapar a las tropas expedicionarias actuaba conforme a su viejo anhelo de lograr que Alemania y la Gran Bretaña llegaran a ser

amigas. «Su indiferencia hacia la posibilidad de invadir Inglaterra —añade el mismo general alemán— comprobaba lo anterior»<sup>[83]</sup>.

Hitler fue partidario de audaces planes militares y esto le causó frecuentemente dificultades con su Estado Mayor General. Al ordenar el «alto» frente a Dunkerque parecía que de súbito se había vuelto torpemente cauteloso. La explicación de ese aparente absurdo es que no procedía entonces por razones militares, sino políticas, y una vez más creyó que evitando el enardecimiento de los ánimos en Inglaterra sería posible que se aceptara un nuevo ofrecimiento de paz que ya tenía en mente.

Entretanto, Churchill había ido a París el 22 de mayo a gestionar que la lucha prosiguiera, pese a la evacuación inglesa de Dunkerque, y para asegurar la escapatoria de su derrotado ejército utilizó a las tropas belgas y francesas en las líneas de retaguardia. Reynaud advirtió esa maniobra impropia de un aliado y se lo reconvino a Churchill el 24 de mayo, echándole en cara que por una parte había prometido desarrollar una acción conjunta y por la otra estaba retirando a las tropas inglesas hacia Dunkerque, en vez de participar en un contraataque de los franceses para romper el cerco alemán.

Pero Churchill se mantuvo inflexible y la retirada de las maltrechas fuerzas británicas siguió adelante. El ejército belga, al igual que el francés, se vio también abandonado por los ingleses. Había hecho un esfuerzo tan grande que los soldados belgas se dormían sobre sus cañones en medio de la batalla, y el rey Leopoldo consideró injusto seguir llevando casi todo el peso de la lucha y el 26 de mayo comunicó a sus aliados que el límite de la resistencia belga estaba llegando a su fin. Sin embargo, no recibió ninguna ayuda. Al siguiente día advirtió a los anglo-franceses: «El ejército belga ha cumplido su misión».

Sus unidades son incapaces de volver mañana al combate. La retirada hacia Yser no puede ser porque contribuiría a congestionar el espacio que ocupan las fuerzas aliadas, ya mortalmente cercadas entre Yser, Calais y Cassell». El día 28 el rey Leopoldo capituló junto con sus tropas. Entonces Reynaud y Churchill cometieron la ingratitud de acusarlo de traición, y el monopolio de la propaganda internacional hizo un coro gigantesco a esa calumnia. En la evacuación de Dunkerque se emplearon 850 barcos, de los

cuales 700 eran ingleses. Churchill admitió que 230 fueron hundidos y 43 averiados. «En Dunkerque —dice en sus Memorias— se perdió todo el equipo del ejército inglés: 7,000 toneladas de municiones, 90,000 rifles, 120,000 vehículos, 8,000 cañones y 400 armas antitanque».

Prácticamente sólo la aviación alemana intervino en operaciones de acoso sobre las playas e impidió que las tropas británicas se llevaran su equipo bélico. Es tan evidente que Hitler no quiso violentar más al pueblo británico aniquilándole o capturándole a sus tropas expedicionarias, que el general inglés Desmond Young aporta el siguiente testimonio en su libro «Rommel».

«Speidel era jefe de la sección primera del 9º Cuerpo en Dunkerque y confirma que fue la orden de Hitler la que evitó que von Bock usara los dos cuerpos blindados de Guderian y de von Kleist contra los ingleses que se embarcaban. Si hubieran sido usados, ni un solo soldado inglés hubiera podido salir de las costas de Francia». Otro valioso testimonio al respecto es el del Teniente Coronel francés De Cossé Brissac, quien afirma:

«Hitler, especialmente, cometió el grave error de detener súbitamente la acción de las fuerzas blindadas alemanas contra la cabeza de puente aliada, que se hallaba debilitada en extremo».

Por último, el capitán inglés Liddell Hart concluye:

«La escapada del ejército británico en Francia ha sido frecuentemente llamada el milagro de Dunkerque... Aquellos que lograron escapar, muy a menudo se preguntan cómo es que pudieron arreglárselas para haberlo conseguido. La respuesta es que la intervención de Hitler fue lo que los salvó cuando no había nada que fuera posible que los salvara. Una orden repentina detuvo a las fuerzas blindadas exactamente cuando éstas se encontraban a la vista de Dunkerque».

La salida de 338,226 soldados británicos terminó el 4 de junio (1940). Ese día un recuento parcial alemán hacía ascender los prisioneros franceses y belgas a 330,000 y el Alto Mando anunció: «La gran batalla de Flandes y del Artois ha terminado. Será inscrita en la historia de la guerra como la más grande batalla de aniquilamiento hasta la fecha».

## EL DERRUMBE DE FRANCIA

Y mientras esa batalla tocaba a su fin, Francia echaba mano de todas sus reservas para improvisar un nuevo frente a lo largo del río Somme. Reynaud pidió ayuda a su aliado Churchill y éste repuso que cinco escuadrillas de caza (135 aviones) «volando continuamente, era todo lo que podía hacer». La situación se había agravado para Francia con la pérdida de 370,000 de sus soldados, muertos o capturados en la batalla de Flandes, y con la retirada hacia Inglaterra de las doce divisiones británicas (180,000 hombres), y todos sus servicios hasta totalizar 338,000.

La segunda gran batalla, la del Río Somme, se inició la madrugada del 5 de junio con la siguiente proclama de Hitler a sus tropas:

«¡Soldados!, muchos de ustedes han sellado su lealtad con la vida. Otros han resultado heridos. Los corazones del pueblo, con profunda gratitud, están con ellos y con ustedes. Los gobernantes plutocráticos de Inglaterra y de Francia que han jurado por todos los medios impedir el florecimiento de un mundo mejor, desean la continuación de la guerra. Su deseo se realizará. ¡Soldados! En este día el frente occidental vuelve a marchar. Toda Alemania está de nuevo con ustedes. Por esto ordeno que durante ocho días ondeen en toda Alemania las banderas. Esto debe constituir un homenaje en honor de nuestros soldados. Ordeno además que durante tres días repiquen las campanas. Que su eco se una a las oraciones con las cuales el pueblo alemán deberá desde ahora acompañar a sus hijos, pues hoy por la mañana las divisiones alemanas y las escuadrillas aéreas han reanudado la batalla por la libertad y el futuro de nuestro pueblo».

En ese mismo frente Hitler había combatido como cabo 24 años antes y había caído herido. Ahora era el jefe absoluto de Alemania y quizá muchas

veces recordó los combates de septiembre de 1916, que relató como **«monstruosas batallas de material, cuya impresión difícilmente se puede describir; aquello era más infierno que guerra»**. La historia se repetía en junio de 1940 y la batalla era más monstruosa aún. Pero así como ardía con mayor fuerza, más pronto llegaba a su fin; era la «blitzkrieg», guerra relámpago, que Hitler había pedido a sus generales basándose en los estudios de von Moltke, de Schlieffen y de Ludendorff.

En medio de un sofocante calor y espesas polvaredas, a 112 kilómetros al Norte de París, dos millones de combatientes eran confusamente movidos por sus estados mayores que anhelosamente buscaban la victoria. El generalísimo francés Máxime Weygand sustituyó a Gamelin y el 7 de junio decía patéticamente a sus tropas: **«El futuro de Francia depende de la tenacidad de ustedes... ¡Afiáncense con firmeza al suelo de Francia!»**.

Pero mayor era aún la firmeza de los atacantes. El Alto Mando Alemán anunció poco después: **«La línea Weygand fue rota en toda su extensión y profundidad»**. Era ésta la alborada de la victoria. División tras división se precipitó entonces por las brechas hacia el corazón de Francia.

Reynaud (Primer Ministro de Francia) había telefoneado el 5 de junio a Roosevelt para pedirle premiosamente más cañones y aeroplanos. Aunque Roosevelt carecía de facultades para hacer que Estados Unidos interviniera en una guerra ajena, ordenó que le fueran enviados. El consejo supremo del Rito Escocés acababa de reunirse en Washington (31 de mayo) y había acordado que el país debería intervenir cuanto antes en la guerra. Y el 10 de junio, en un esfuerzo desesperado por apuntalar el frente antigermano, Roosevelt exhortó a los franceses a desplegar «un valeroso esfuerzo» y prometió: **«Pondremos a la disposición de los enemigos de la violencia las fuentes de ayuda material de esta nación y activaremos al mismo tiempo los recursos de estas fuentes»**.

Ese mismo día Weygand volvió a exhortar a sus tropas «para que no solamente desplieguen más valor, sino la más obstinada resistencia, iniciativa y espíritu de lucha de que son capaces. El enemigo ha sufrido fuertes pérdidas; pronto habrá de terminar su esfuerzo. Hemos llegado al último cuarto de hora. ¡Sosténganse!»



El día 13 Roosevelt volvió a intervenir y cablegrafió a Reynaud que: «mientras los gobiernos aliados continúen resistiendo, este gobierno redoblará sus esfuerzos para mandarles aeroplanos, artillería y municiones». Pero al día siguiente cayó París.

El desmoronamiento de Francia era ya incontenible. La batalla iniciada el día 5 en el río Somme degeneraba ya el día 15 en una general persecución. Tan sólo una división blindada alemana, la 7a. de Rommel, capturó 97,000 prisioneros, incluyendo un comandante de Cuerpo de Ejército y 4 comandantes de división, y destruyó y capturó 456 tanques y 4,400 vehículos.

Reynaud fue depuesto y sustituido por el Mariscal Petain, quien el día 20 anunció qué había solicitado el armisticio por conducto de España «porque la situación militar no respondía a nuestras esperanzas después del fracaso sufrido en las líneas sobre los ríos Somme y Aisne...

Saquemos la lección de la batalla perdida —añadió—. Desde el comienzo de la guerra la tendencia a divertirse era mayor que la disposición para el sacrificio. Se quiso evitar cualquier esfuerzo. Hoy tenemos la desgracia. Estuve con ustedes en los días de gloria y permaneceré con ustedes también en estos días funestos».

Petain estaba así coincidiendo con un augurio del filósofo Scnubart, quien años antes de la guerra había dicho que el pueblo francés se hallaba en peligro por su inclinación a los placeres temporales: «**Quien no quiere más que gozar de la vida no triunfará de ella**». Sin embargo, otro importante factor que debilitó también la resistencia fue que a los franceses se les empujó a una guerra no deseada. La enemistad entre Hitler y Stalin, y el forcejeo del primero por abrirse paso a través de Polonia, era un asunto lejano que en nada afectaba la integridad de Francia.

Churchill y Roosevelt se esforzaban por convencer a Petain para que abandonara al pueblo a su suerte, se trasladara a África y continuara la lucha. Pero Petain no se dejó persuadir «**Si no he podido ser su espada —dijo a los suyos—, seré su escudo**», y se quedó con ellos a procurar que las condiciones del armisticio fueran lo más benignas posible. Consiguió muchísimo para su pueblo, pero este rasgo no se lo perdonaron jamás los estadistas de Occidente. Ciertamente la guerra no se había iniciado

atendiendo a los intereses del pueblo francés, y quien se detuviera a reflexionar en ellos traicionaba automáticamente la secreta causa internacional. Posteriormente Petain iba a pagar con prisión perpetua su lealtad al pueblo francés y su temporal deslealtad a las miras internacionales de la guerra.

La aventura bélica a la cual fue lanzada Francia a fin de evitar que Alemania se abriera paso a través de Polonia para su lucha contra la URSS, se epilogó en el armisticio firmado en el bosque de Compiègne, en el mismo carro de ferrocarril donde 22 años antes Inglaterra, Francia y Estados Unidos habían dictado el armisticio a Alemania. Hitler estuvo presente en la ceremonia cuando fueron recibidos los representantes franceses encabezados por el general Huntziger.

Contrastando con la ceremonia del armisticio de 1918, en la cual los representantes alemanes saludaron y no obtuvieron respuesta, ni ninguno de los presentes se puso de pie para recibirlos, Hitler sí se paró al entrar la delegación francesa. Hicieron lo mismo el general Keitel, jefe del Alto Mando Alemán, y el general Brauchitsch, comandante del ejército. A continuación se dio lectura a una declaración a nombre del Führer, en que se hacía constar que Francia había presentado una resistencia heroica y que **«por lo tanto, Alemania no tiene la intención de dar a las condiciones del armisticio o a las negociaciones sobre dicho armisticio rasgos de insultos frente a un adversario tan valiente»**. Se agregaba que el único propósito de Alemania era terminar el conflicto con la Gran Bretaña y restablecer la paz en Europa.

Después de esos conceptos que abrían a Francia las puertas de la reconciliación, Alemania habló con hechos y por tanto en las condiciones del armisticio no pidió territorio francés, ni colonias francesas y ni siquiera la flota francesa. La condición más dura, pero ineludible, consistía en ocupar temporalmente la costa de Francia, mientras se resolvía la guerra con el Imperio Británico. No ocuparla habría equivalido a dejar las puertas abiertas para que los ingleses regresaran.

Contrastando también con el armisticio de la primera guerra, se permitió a la delegación francesa que se comunicara telefónicamente con su gobierno.

Veintidós años antes se había puesto a los representantes alemanes en la disyuntiva de contestar «sí» o «no» a las condiciones, sin opción de consultar. Con todas estas diferencias, en momentos en que los vencedores podían haber hecho gala de altanería y venganza, Hitler estaba demostrando una vez más que no abrigaba ningún sentimiento de enemistad hacia los países occidentales. Las negociaciones del armisticio, que estuvieron muy lejos de ser una democrática **«rendición incondicional»**, terminaron el 22 de junio y las hostilidades cesaron a las 1.35 del día 24. La ceremonia final se desarrolló de la siguiente manera:

«En todas las caras se refleja la seriedad y la grandeza de esta hora. Los delegados franceses con dificultad logran disimular su intensa emoción. Han venido como soldados a Compiègne para recibir las condiciones del armisticio. Ahora deben declarar si Francia depone o no las armas. En el salón donde se llevan a cabo las negociaciones no se oye el menor ruido. Todos miran hacia Huntziger, quien preside la delegación francesa, y que ahora, frente al coronel general Keitel, declara:

**«al poner la firma la delegación francesa, por orden del gobierno francés, al pacto del Armisticio, los plenipotenciarios franceses consideran necesario hacer la siguiente declaración: Bajo el imperativo del destino forjado por las armas, que obliga a Francia a abandonar la lucha en la cual se encontraba inmiscuida al lado de su aliada, Francia ve que le han sido impuestas rigurosas demandas en condiciones tales que aumentan considerablemente el peso de éstas. Francia tiene el derecho a esperar que en las futuras negociaciones Alemania se dejará guiar de un espíritu que haga posible a los dos grandes pueblos vecinos el vivir y trabajar en paz. El presidente de la delegación alemana, como soldado, comprenderá muy bien la amarga hora y el doloroso destino que a Francia le esperan».**

El coronel general Keitel (jefe del Alto Mando Alemán) contestó: «Confirmando la declaración recibida aquí respecto a la disposición de firmar el armisticio por orden del gobierno francés. A las declaraciones que el señor general ha agregado, solamente puedo dar la contestación de que también es honroso para un vencedor el honrar al vencido en la forma que le corresponde».

A continuación Keitel rogó a todos los delegados que se pusieran de pie en honor de los caídos, mientras decía: «Todos los miembros de las delegaciones francesa y alemana que se han puesto de pie, cumplen en este momento con el deber que el valiente soldado alemán y el francés han merecido. A todos los que han derramado su sangre y que han sufrido por la patria, les rendimos honores al ponernos de pie».

El Dr. Paul Schmidt, Jefe de Intérpretes de la Wilhelmstrasse, reveló posteriormente: «Después de la firma del armisticio, sólo Keitel, Huntziger y yo permanecemos en el histórico carro. Keitel dijo entonces al general francés Huntziger: **“No quiero dejar, como soldado, de expresarle a usted mi simpatía por el triste momento que como francés, ha experimentado usted. Su pena puede aliviarse ante el convencimiento de que los soldados franceses lucharon valerosamente, según yo deseo expresamente manifestarle”**. El alemán y el francés estaban de pie, silenciosos; ambos tenían los ojos llenos de lágrimas. **“Usted, general —añadió Keitel—, ha representado los intereses de su patria con gran dignidad en estas difíciles negociaciones”**, y le dio a Huntziger un apretón de manos».

Era aquella una paz entre soldados...

Muy ajeno estaba Keitel de imaginar que cuando cinco años más tarde la suerte lo colocara en el lugar del vencido, no habría para él ningún rasgo de caballerosidad. La «democrática» rendición incondicional, la horca y la dispersión de sus cenizas era el fin que le esperaba.

Tras la rendición, a Francia se le permitió conservar su flota y sus instituciones gubernamentales. Sus archivos, su historia, sus métodos escolares, sus relaciones diplomáticas, no fueron interferidos. Paradójicamente, en la desventura de su capitulación tuvo más que sentir de sus aliados que de sus vencedores. Por ejemplo, a medida que la batalla de Francia iba siendo ganada por los alemanes, la propaganda internacional fue forzando más sus métodos para desfigurar la verdad. Al iniciarse la ofensiva alemana el 10 de mayo, esa propaganda dijo que los nazis arrojaban paracaidistas disfrazados de sacerdotes y monjes y que sus éxitos se debían al increíble número de traidores y quintacolumnistas. Numerosas

publicaciones militares francesas y el historiador británico Hart, niegan enfáticamente esos embustes.

Cuando tales infundios fueron ya insostenibles y el avance alemán proseguía, la propaganda dijo que los nazis utilizaban 8,000 tanques y que superaban numéricamente a los franceses. La revista francesa «**Illustration**» y el teniente coronel De Cossé Brissac («La Campaña de Francia»), niegan rotundamente esa afirmación. Coincidiendo con los anteriores, la «**Revue Historique de L'Armée**», dice que el tanque francés «Somua» era más poderoso que el Panzer III de los alemanes, pero que éstos tuvieron **«mejores planes de fuego, de maniobra y de transmisiones, y sus tripulantes iban imbuidos de mejor espíritu de lucha»**.

Después de prolijas investigaciones históricas el capitán inglés Liddell Hart confirma todo lo anterior y añade en su libro «**La Defensa de Europa**»: «No es cierto que Hitler obtuvo la victoria porque contaba con fuerzas abrumadoramente superiores. De hecho, Alemania no movilizó tantos hombres como sus oponentes... Lo que decidió la contienda fueron las rápidas embestidas de sólo 10 divisiones blindadas escogidas —el 8% del Ejército— antes de entrar en acción el grueso de las fuerzas.

«Tampoco tenía el ejército alemán mucho mayor número de tanques que los aliados, como la gente creía en aquella época... Alemania empleó sólo 2,800 tanques en la fase inicial y decisiva de la invasión. Ahora bien, los empleó de la manera más provechosa posible».

La división blindada (panzer) era una afinada amalgama de todas las armas. Su gran potencia de fuego, su extraordinaria movilidad, su cuidadosa coordinación mediante centenares de radiotransmisiones y el espíritu combativo de sus integrantes la hacían terriblemente eficaz para perforar defensas y penetrar hasta la retaguardia enemiga. Cada división blindada (participaron 10 en la ofensiva contra Francia) constaba de un regimiento acorazado de 220 tanques, un regimiento de fusileros motorizados, un batallón de motociclistas, un regimiento de artillería motorizada, un batallón acorazado de reconocimiento, un batallón antitanque, un batallón de ingenieros, un batallón de transmisiones, un batallón motorizado de artillería antiaérea y una escuadrilla de reconocimiento aéreo. Las panzer,

en combinación con los aviones de vuelo picado, formaban la espina dorsal de la «blitzkrieg».

Contra los 2,800 tanques alemanes lanzados en la campaña de Francia, el ejército francés enfrentaba 2,361 tanques modernos y 600 antiguos y disponía de 584 más en la reserva, según recopilaciones hechas por el teniente coronel Gonzalo D. de la Lastra, del ejército español. Este dato lo comprueban indirectamente las autorizadas publicaciones francesas «**La Revista de Defensa Nacional**» y la «**Revue Historique de L'Armée**», las cuales revelaron que según los archivos oficiales franceses no existía superioridad de tanques alemanes. Las dos revistas afirman que los efectivos eran más o menos iguales por parte de los alemanes y los franceses. Añadiendo los tanques ingleses y belgas, las fuerzas blindadas aliadas eran numéricamente superiores.

Las cantidades de aviones también fueron escandalosamente exageradas. La Luftwaffe apenas igualaba en número a las aviaciones combinadas de Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica (alrededor de 3,000 aparatos de cada bando), si bien las superaba en algunos aspectos de calidad, organización y espíritu de combate.

Por último, cuando Francia se desplomó y se hizo patente que 100 divisiones alemanas habían derrotado y eliminado como fuerza combatiente a 155 divisiones aliadas, la propaganda realizó un supremo esfuerzo para oscurecer y empequeñecer este triunfo a fin de no desmoralizar a otros pueblos que a su turno deberían ser lanzados también a la contienda. En esa tarea para deformar la verdad, la propaganda no se detuvo en arrojar lodo sobre Francia atribuyéndole toda la responsabilidad del desastre. Y así fue como el 18 de junio Churchill culpó de la derrota a los franceses y dijo — porque a posteriori es muy fácil prescribir remedios ya imposibles— que debían haber ordenado una retirada al ser roto el frente de Sedán.

El Alto Comisionado de Propaganda de Francia, Jean Prevost, refutó el 25 de ese mes:

«Pedimos a nuestros amigos de América que traten de comprender bien toda la tristeza inmensa de Francia... Quisiéramos que nuestros amigos ingleses respetasen nuestro dolor e hiciesen su propio examen de conciencia... Los gobiernos de Daladier y de Reynaud no cejaron en su

empeño de demostrar al gobierno de la Gran Bretaña la dificultad que teníamos en mantener sobre las armas hombres de 48 años de edad, mientras que Inglaterra no llamaba siquiera a sus jóvenes de 26 años».

Churchill guardó silencio ante esa fundada réplica. En cambio, ordenó que la flota británica del Mediterráneo se acercara sigilosamente a la base de Mers-el-Kevir, en África, y cañoneara por sorpresa a la flota francesa, que había sido respetada por Hitler. Los marinos franceses no tuvieron siquiera oportunidad de defenderse, anclados como se hallaban, y mil de ellos perecieron. Churchill pudo entonces vanagloriarse de esta hazaña de guerra.

Ahí se tenía a la Inglaterra, escribió, «descargando implacable un tremendo golpe contra sus más queridos amigos de ayer y asegurándose así el indiscutible dominio de los mares. Se hizo patente para todos que el Gabinete de Guerra de la Gran Bretaña nada temía, ni se detenía ante nada».

En el juego de la política internacional —manejada por el movimiento político judío— el pueblo francés era ya un limón a medio exprimir. Sus antiguos aliados le volvieron la espalda con desdén. De cada cuatro franceses movilizados para la guerra, uno había caído en la batalla o había sido capturado. Esta proporción parecía insignificante a los antiguos aliados de Francia, por lo cual no cesaban de recriminarla.

Al sangriento precio de 70,000 muertos y 318,000 heridos, el Ejército Francés había ocasionado al Ejército Alemán 156,465 bajas (27,047 muertos, 18,384 desaparecidos y 111,034 heridos). Pero esto no se le tomaba en cuenta a Francia porque había desoído la consigna internacional y pactado el armisticio. No tardarían en buscarse conductos ocultos para aprovechar los recursos franceses que habían quedado en pie. La defensa del marxismo demandaba esfuerzos incesantes en todos los confines de Europa.

# **CAPITULO V**

**De Nuevo Hacia el Oriente (1940-1941)**



## OTROS DOS OFRECIMIENTOS DE PAZ A INGLATERRA

Por tercera vez en un lapso de diez meses, desde que la guerra se había iniciado, Hitler hizo público su viejo empeño de amistad con Inglaterra. A 22 días de la rendición de Francia, el 14 de julio de 1940 le declaró al periodista norteamericano Wiegand:

«Nunca fue mi intención ni mi objetivo destruir al Imperio Británico. Al contrario, aun antes de comenzar la guerra, le sometí proposiciones al gobierno inglés. Mi proposición fue rechazada con desdén».

El 19 de ese mismo mes, un llamado de paz más amplio, formal y solemne fue formulado por Hitler desde la tribuna del Reichstag: «Aún hoy todavía lamento —dijo— que a pesar de todos mis esfuerzos no haya podido llegar a aquella amistad con Inglaterra que, como creo, hubiera sido una bendición para los dos pueblos. No tuve buen éxito, a pesar de todos mis esfuerzos honrados.

«En esta hora considero mi deber ante mi propia conciencia apelar una vez más a la razón y al sentido común, lo mismo en Gran Bretaña que en otras partes (Estados Unidos). Me considero en situación de dirigir este llamamiento ya que no soy un vencido que solicita favores, sino un vencedor que habla en nombre de la razón. No veo motivo para que esta guerra tenga que continuar... Yo he aligerado mi conciencia respecto a las cosas que vendrán».

A continuación, según el historiador inglés F. H. Hinsley, siguieron gestiones diplomáticas de paz por conducto de Suecia y del Vaticano. Este cuarto llamamiento de paz, desde que la Gran Bretaña había declarado la guerra a Alemania, fue complemento de la orden que Hitler dio a sus

divisiones blindadas para hacer alto frente a Dunkerque y permitir así la escapatoria de los soldados ingleses. Pensaba que en esa forma no se enardecerían más los ánimos en Inglaterra. Pero su llamado a la concordia corrió la misma suerte que los anteriores. La propaganda lo desfiguró, lo ridiculizó y criminalmente lo presentó al pueblo inglés como una exigencia a la «rendición». En seguida Lord Halifax, Ministro de Relaciones de Inglaterra, dio un terminante «no». El «Times» azuzó con los encabezados siguientes: «El Pueblo británico declaró la guerra a Alemania y la continuará»; «Un desdeñoso silencio fue la respuesta de Churchill».

Y para ahogar todo intento pacifista del pueblo británico la propaganda comenzó a agitar a la opinión pública con el espantajo de la invasión. Apenas concluida la lucha en Francia, se inició el traslado del ejército alemán hacia el Oriente. Churchill y sus demás colaboradores sabían perfectamente que el siguiente golpe iba contra la URSS, pero cuidaron de no revelarlo así al mundo ni al pueblo inglés. Por el contrario, se creó un estado de psicosis anunciando a diario que la invasión alemana de Inglaterra era inminente.

Liddell Hart refiere así ese momento<sup>[84]</sup>: «Aunque el Ejército Británico se les había escapado a las fuerzas blindadas alemanas, no estaba en condiciones para la defensa de Inglaterra. Había abandonado la mayor parte de su armamento y los almacenes domésticos estaban vacíos... De momento nosotros creímos que el detener a la Luftwaffe en la batalla sobre Inglaterra era lo que había salvado al Imperio Británico. Eso sólo es parte de la explicación. La última es ésta: la causa original, la que se profundiza más, es la de que Hitler no quiso conquistar a Inglaterra. Tomó muy poco interés en los preparativos de la invasión y por semanas no hizo presión sobre éstos... En su lugar se estaba preparando para invadir a Rusia».

La conversión de cien divisiones alemanas desde la Europa Occidental hasta la Europa Central, para preparar el ataque a la URSS, era un hecho gigantesco que no podía ocultarse, máxime que se operaba sobre territorio belga y francés, donde los espías aliados se movían casi libremente, este enorme movimiento de dos millones de hombres con todo su equipo bélico se inició en julio y se aceleró a fines de 1940. Pero a fin de que Occidente no abandonara la lucha, la propaganda siguió explotando la falsa amenaza

de la invasión a Inglaterra como un recurso de agitación popular. En esa infame representación teatral Churchill lanzó un reto para que se desencadenara la ofensiva que ni Alemania preparaba ni Inglaterra tenía con qué afrontar: «A Hitler se le han dado los primeros autobuses para realizar su viaje a Londres —dijo Churchill a fines de junio—; sólo le queda el último».

Esas bravuconadas eran sólo farsa y engaño. El general británico H. Rowan Robinson dice en «La Estrategia de la Guerra» que después de la caída de Francia no existía un ejército inglés capaz de impedir la invasión. Asimismo, la revista británica «The Tank» reveló en noviembre de 1945 que cuando Francia se desplomó, «él general inglés Mac Naughton tenía bajo su mando las únicas fuerzas organizadas y completas: la primera división canadiense, una parte de la segunda división canadiense y varias unidades británicas, un total de 50,000 hombres».

Aún más, el mismo Churchill admite en sus Memorias: «Después de la caída de Francia, Inglaterra sólo tenía unas cuantas divisiones mal equipadas con menos de 100 tanques y 200 cañones de campaña. Alemania no llegó a construir embarcaciones para la invasión».

El 16 de julio (1940) Hitler ordenó preparar la Operación «Seelowe» (León Marino) para efectuar un desembarque en Inglaterra con 39 divisiones y evitar «que el territorio inglés sirva como base para la continuación de la guerra», pero al mes siguiente canceló tales preparativos, aun antes de que se hubieran iniciado formalmente. El Estado Mayor había proyectado a grandes rasgos que la operación la realizaran los ejércitos 16º y 9º, partiendo de Calais y El Havre, respectivamente, primero con una oleada de 10 divisiones y luego con otra de 21.

El profesor Hinsley, británico, coincide en que la invasión de Inglaterra no fue seriamente planeada porque Hitler ya pensaba entonces en atacar a la URSS, según se desprende del examen de los archivos alemanes.

Estrategas tan acreditados como Von Rundstedt juzgaban muy difícil la invasión, debido a la falta de una marina poderosa, en tanto que otros, como el mariscal Kesselring, todavía hoy afirman que hubiera sido factible. Como ex mariscal de la Luftwaffe, Kesselring asegura que en agosto y septiembre la aviación británica tenía muy precario dominio sobre el Canal Inglés y

que entonces, era realizable la invasión. El almirante Raeder, como jefe de la Marina, juzgaba que no era tan completo el dominio del aire y que la invasión sería punto menos que imposible. El Estado Mayor General no creía en la empresa, aunque luego empezó a dudar.

Pero todos coinciden en que Hitler no llegó, a iniciar preparativos formales para esa operación. Sus ojos estaban fijos en la URSS, tanto que en agosto llegó a considerar la posibilidad de iniciar el ataque antibolchevique ese mismo año, pero esto no era posible porque el solo traslado de sus tropas, desde Francia a Polonia, requería por lo menos tres semanas y luego se necesitaba acumular pertrechos, de tal manera que la ofensiva vendría iniciándose ya en vísperas del invierno.

Sin embargo, cegado por el odio contra Hitler, Churchill seguía empujando a Inglaterra a una contienda en la que el único beneficiario era el imperio marxista de la URSS, el cual sí alentaba una mortal enemistad contra el pueblo inglés. Entre Inglaterra y la URSS no existían más nexos espirituales o materiales que los establecidos por los israelitas, y fueron éstos los que decidieron la política exterior británica valiéndose del odio que cegaba a Churchill.

Al descorrer el engaño que durante la guerra tendió la propaganda, Liddell Hart precisa en «La Defensa de Europa»: «Todo lo que Hitler se proponía era asestar a Francia un golpe contundente que la obligara a pedir la paz y ocupar entonces la costa del Canal para obligar a Inglaterra a hacer lo mismo. El nunca pensó conquistar a Inglaterra...

Es interesante ver cuánto estaba él dispuesto a ceder para una reconciliación, aun cuando más engreído se hallaba de su triunfo y los ingleses estaban casi indefensos». Pero tales esfuerzos de reconciliación se estrellaban en el odio de Churchill. El escritor norteamericano Sherwood dice que a Roosevelt le impresionó entonces «cuan pertinaz sabía ser Winston Churchill». Los admiradores de Churchill lo llamaban tenaz e indomable, y sus detractores, «obstinado, terco como una mula y con cabeza de palo». Para afianzar a Churchill en el poder y dar cierta consistencia a sus arrebatos bélicos Roosevelt ideó el ingenioso procedimiento de ordenar que el ejército devolviera parte de su equipo a la industria norteamericana, con objeto de que ésta (controlada por judíos)

enviara ese equipo a Churchill. Así logró burlar a la opinión pública norteamericana que seguía resistiéndose a que su país se inmiscuyera en la guerra europea.

Al principiar 1940 Roosevelt había subido el tono de sus ataques contra Alemania y lentamente iba enredando a su país en la contienda, temeroso —como lo revela Sherwood— de que en Europa «se llegara a una paz negociada» que permitiera a Hitler lanzar todas sus fuerzas contra la URSS. El 3 de enero Roosevelt dijo ante el Congreso que «el mundo futuro sería lugar mísero y peligroso donde vivir» si venciera Alemania y pintó un tétrico cuadro para «nuestros hijos en un mundo donde se prohibiera adorar a Dios y en el que el comercio libre sería imposible».

Era una falacia inconmensurable que Roosevelt, masón 33, «Gran Cedro» de la Logia 81 «Los Grandes Cedros de Líbano», de Warwick, Nueva York, quisiera dar un cariz religioso a la guerra contra Alemania — donde el Estado nazi ayudaba con 700 millones de marcos anuales a las dos principales iglesias— y en cambio guardara silencio de cómplice ante la persecución religiosa de los bolcheviques. En Rusia la religión era tratada como «el opio del pueblo»; a los niños se les había agrupado en la Asociación de los sin Dios y en las escuelas se cantaba el «himno» de que «la cruz y los iconos, todas estas antiguallas, las hemos arrojado a la basura... y la estrella de Belén ya se ha extinguido, mas entre nosotros brilla eterna la estrella de cinco puntas», o sea la estrella judía impuesta a Rusia.

Con falsedades acerca de lo que era el nacionalsocialismo, y con silencio criminal de lo que era el bolchevismo, Roosevelt fue creando la psicosis necesaria para acudir en auxilio del Imperio marxista de Moscú. Así cimentó entonces el famoso plan de Préstamos y Arrendamientos y solicitó al Congreso 1,800 millones de dólares para armas. En mayo pidió 1,000 millones más. Y al ocurrir el desplome de Francia en julio y perfilarse que el Ejército Alemán iba a reconcentrarse para su ataque a la URSS, exigió otros 5,000 millones. En agosto logró una parcial movilización de reclutas.

A rastras, en contra de su voluntad, el pueblo norteamericano estaba también siendo empujado a la contienda germano soviética. La oposición era grande, pero casi carecía de medios de expresión pública. Lindbergh no

cesaba de refutar a Roosevelt: «Hoy nos hallamos en peligro de guerra —decía—, no porque los europeos intenten mezclarse en nuestros asuntos íntimos sino porque los americanos intentan mezclarse en los asuntos íntimos de Europa».

Los aislacionistas —según lo reconoce Sherwood en «Roosevelt y Hopkins»— decían claramente que «el país se enfrenta a una maquinación de judíos para hacernos entrar en la guerra», pero esas denuncias se apagaban ante la gigantesca propaganda que había monopolizado el cable internacional, los estudios de cine y las principales radiodifusoras. (En el cine, la Metro Godwyn Mayer es obra de los israelitas Marcus Loew y Samuel Goldwyn; la Fox Film, del judío William Fuchs; la Warner Bros, de los hermanos Warner; la Universal Film, del también judío Julio Baruch. En cadenas radiodifusoras, las prominentes Radio Corporation of American y Columbia Broadcasting System están controladas por los israelitas David Sarnoff y William Paley.

Tres de las cuatro grandes redes de televisión también las manejan ellos, encabezados por Irving Kahn. En la prensa son famosos Adolph Oachs, dueño del «New York Times»; Joseph Pulitzer, del «New York World», y los que controlan la información internacional. En las organizaciones obreras, Ben Gold, Sidney Hillman, John L. Lewis, David Dubinski y casi todos los dirigentes sindicales. Además de otros muchos personajes oficiales y privados, por lo menos 64 diferentes órdenes masónicas, con cientos de logias cada una, hacían presión sobre política, banca, comercio, industria, centros culturales, etc. Una de las más famosas e influyentes de esas órdenes es la B'nai B'rith, integrada por judíos prominentes. Y toda esta gigantesca maquinaria trabajaba coordinadamente para empujar hacia la guerra al renuente pueblo norteamericano).

Precisamente en esos días un empleado de la Embajada americana en Londres, Tyler Kent, comunicó a varios amigos suyos que había visto documentos según los cuales Roosevelt estaba comprometiendo secretamente a los Estados Unidos en la guerra, en connivencia con eminentes israelitas. Kent creía que estos manejos debían ser sacados a la luz pública, pero no tardó en ser detenido como «espía» y sentenciado en

Inglaterra a siete años de cárcel, pese a que como norteamericano y miembro de la Embajada debía haber sido juzgado en su país.

Ian Ross MacFarlane, analista de noticias de la Estación WITH, de Baltimore, fue a Inglaterra y habló con John Bryan Owen (hijo del antiguo cónsul americano en Dinamarca), quien conocía detalladamente el «caso Kent». Owen se trasladó a Estados Unidos a declarar, pero al siguiente día de haber llegado a Greenwich Village se le encontró muerto por envenenamiento de barbitúricos. Gerard L. K. Smith y la señora Keot, madre del acusado, afirmaron enfáticamente que había una trama siniestra para ocultar el hecho de que Roosevelt estaba llevando al país a la guerra, sin el consentimiento del Congreso ni del pueblo. En diciembre de ese mismo año de 1940 Roosevelt redobló sus esfuerzos ante el Congreso para aumentar la manufactura de armas y poder enviarlas directamente a quienes combatieran contra Alemania. Estaba violando así la neutralidad del país y contrariando la voluntad del pueblo, pero es que en realidad no le importaban los intereses del pueblo, sino los intereses del «poder secreto del mundo», cuyos representantes lo rodeaban incesantemente:

Morgenthau como secretario del Tesoro; Bernard Baruch como profeta de la política internacional; Samuel Untermyer como Presidente de la Federación Mundial Económica; Sam Rosenman, y otros más, todos ellos judíos. A tales personajes les urgía apuntalar el frente occidental contra Alemania, pues si desaparecía antes de que se iniciara el choque entre Berlín y Moscú, sería luego imposible alinear al Occidente en el bando del marxismo israelita y éste sería aniquilado. Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia habían desaparecido ya como rompeolas del ejército alemán que se disponía a marchar contra la URSS. Inglaterra había sido desarmada y económicamente destrozada, pero no ocupada, y Roosevelt se encargó de mantenerla semierrguida, sangrante y exhausta, con tal de que no desapareciera el frente occidental. Así quedaba la puerta abierta para que otros pueblos occidentales —incluso el norteamericano— fueran arrojados a una contienda que sólo reforzaría al marxismo y al Poder Judío. De acuerdo con esa táctica «en junio de 1940 Roosevelt vendió a Inglaterra armamentos «americanos que inicialmente costaron 300 millones» de dólares, en 43 millones (testimonio del almirante Harold R. Stark, el 3 de

enero de 1946). Dicho armamento consistía en 895 piezas de artillería, 1.115,000 fusiles, 85,000 ametralladoras, aviones y municiones...

Y el 8 de octubre de 1941, a pesar de que seguíamos siendo neutrales, el Presidente mandó que unidades de nuestra flota del Atlántico protegieran a los convoyes aliados en dicho mar, destruyendo todas las fuerzas navales y aéreas, alemanas o italianas, que encontraran en su camino»<sup>[85]</sup>.

Después de Dunkerque, el Imperio Británico no sólo estaba desarmado, sino también económicamente vencido y superado por la economía nacionalsocialista. Churchill revela en sus Memorias la decisiva ayuda que entonces recibió de uno de los jefes del judaísmo:

«En Mr. Morgenthau —dice—, secretario del Tesoro Americano, la causa aliada tenía un campeón infatigable. Hasta noviembre de 1940 habíamos estado pagando todo cuanto se nos suministraba. Ya habíamos vendido 335 millones de dólares de acciones americanas; además, habíamos pagado en efectivo más de 4,500 millones de dólares y habíamos llegado al punto en que sólo contábamos con 2,000 millones de dólares, cantidad representada en su mayor parte por inversiones, muchas de las cuales no eran susceptibles de una realización rápida». (Entonces Inglaterra comenzó a recibir armas y municiones sin necesidad de pagarlas).

«No teníamos —agrega Churchill— cañones antitanques que valieran la pena y ni siquiera contábamos con artillería ordinaria de campaña... Hice una visita a nuestras playas en St. Margaret's Bau, cerca de Dover; el brigadier que tenía ahí el mando me dijo que su brigada sólo contaba con tres cañones antitanques y únicamente con seis cargas para cada cañón, a fin de proteger una costa de 4 o 5 millas... De hecho el número de nuestros cañones de campaña de cualquiera clase que fuesen, no llegaban a quinientos, y nuestros tanques medianos y pesados difícilmente llegaban a doscientos en todo el país».

Fue una intencionada patraña de la propaganda decir que el mayor error de Hitler fue no haber empeñado sus fuerzas en invadir Inglaterra en 1940. Esto equivale a decir que su error consistió en haber sido acérrimo enemigo del bolchevismo y no del mundo occidental. En primer lugar, Hitler nunca pensó en destruir el Imperio Británico. En segundo, parecía más aventurado empeñar el Ejército Alemán en una campaña ultramarina, dejando a



retaguardia todo el intacto poderío de la URSS, que lanzar a ese ejército contra Moscú y dejar a retaguardia las maltrechas fuerzas británicas aisladas por el Canal de la Mancha.

Posteriormente Goering reveló en los procesos de Nuremberg<sup>[86]</sup> que en 1940 «el Estado Mayor General alemán tenía informes de que Rusia atacaría a Alemania por la espalda tan pronto como Alemania invadiese Inglaterra o comenzase a pelear contra ingleses y norteamericanos en el continente europeo». Agregó que Hitler le dijo<sup>[87]</sup>: «Si Inglaterra sigue presentándonos combate a pesar de encontrarse sola, es porque debe tener escondido un as en la manga».

Y ese «as» era el secreto contubernio entre los estadistas de Occidente y el marxismo israelita.

## TERRORISMO EN VEZ DE SOLO LUCHA ENTRE SOLDADOS

Uno de los hechos más extraordinarios de la guerra fue que los gobernantes británicos adoptaron los bombardeos de terror contra la población civil alemana. Esto se hizo no obstante que Hitler había circunscrito su aviación únicamente a «bombardeos tácticos», o sea contra metas militares, en cuya categoría se hallan incluidas las ciudades fortificadas que se convierten en frente de combate las zonas industriales.

El 11 de mayo de 1940, al día siguiente de que se había desencadenado la ofensiva alemana sobre Bélgica, Holanda y Francia, la Real Fuerza Aérea británica recibió por primera vez la orden de volar a gran altura a través del frente de combate y de ir a descargar sus bombas sobre las ciudades alemanas. El ex Secretario del Ministerio Británico del Aire, Mr. J. M. Spaight, consigna este hecho<sup>[88]</sup> con las siguientes palabras: «Comenzamos a bombardear las ciudades alemanas antes de que el enemigo procediera de igual forma contra las nuestras. Este es un hecho histórico que debe ser admitido públicamente. Pero como teníamos dudas respecto al efecto psicológico de la desviación propagandística de que habíamos sido nosotros quienes habíamos empezado la ofensiva de bombardeos estratégicos, nos abstuvimos de dar la publicidad que merecía a nuestra gran decisión del 11 de mayo de 1940.

Seguramente esto fue un error. Era una espléndida decisión». Mr. Fuller, crítico militar inglés dice: «Aun cuando Churchill, aun siendo comandante supremo de las fuerzas armadas británicas, no podía actuar como caudillo militar, superó esta dificultad dirigiendo una guerra particular con las formaciones de bombardeo de la RAF, una especie de ejército privado suyo.

El 11 de mayo de 1940 ordenó bombardear la ciudad de Freiburg. Hitler, empero, no devolvió el golpe, pero no cabe la menor duda de que estos ataques contra Freiburg y otras ciudades alemanas lo impulsaron a pasar a su vez al ataque».

Y el escritor inglés F. J. P. Véale dice que esa histórica noche, 18 grandes bombarderos ingleses «Whitley», en vez de atacar las concentraciones alemanas en el frente, fueron lanzados hacia la retaguardia civil del enemigo. «Era un acontecimiento —afirma— que hacía época, puesto que era la primera ruptura deliberada de la regla fundamental de la guerra civilizada, de que sólo se deben llevar a cabo hostilidades contra las fuerzas combatientes enemigas...

Sin saberlo, los tripulantes de esos 18 bombarderos estaban dando la vuelta a una gran página de la historia. Su vuelo marcó el fin de una época que había durado dos siglos y medio».

En efecto, durante los últimos 250 años los europeos habían humanizado la guerra bajo el principio de que el objeto de las operaciones militares es destruir las fuerzas armadas del enemigo. Este principio fue abandonado por los aliados en la segunda guerra mundial, quienes adoptaron la tesis de que el objeto de las operaciones militares es destruir al enemigo mediante la aniquilación de sus fuerzas armadas o mediante otros medios más rápidos y fácilmente realizables. Así se priva de toda consideración humanitaria a la población civil, pues mediante la aviación es la parte más «fácilmente» destructible del enemigo.

La adopción del terrorismo aéreo por parte de Inglaterra, hecha el 11 de mayo de 1940 (precisamente 24 horas después de que Churchill había asumido todo el Poder), tuvo al parecer por objeto provocar represalias alemanas y enardecer así los ánimos del pueblo británico, que seguía resistiéndose a la guerra.

Semanas más tarde, al ser derrotada Francia, y cuando Hitler hacía su nuevo llamado de paz a Inglaterra, Churchill ordenó intensificar los bombardeos «estratégicos» sobre la población civil alemana. No fueron devastadores, pero sí todo lo poderosos que podían ser en vista de las entonces casi infranqueables defensas antiaéreas del Reich. En julio Hitler hizo una advertencia: «Hasta ahora —dijo— no se ha contestado

debidamente a estas agresiones, pero esto no quiere decir que vayan a quedar sin respuesta».

El Vicemariscal del Aire Británico. Sir Thomas Elmhiret pudo años después averiguar que «Hitler estaba furioso con la primera incursión de bombardeo nocturno de la RAF contra un suburbio de Berlín el 27 de agosto (1940) y ordenó a los bombarderos de la Luftwaffe tomar represalias contra Londres. El ataque empezó el 7 de septiembre» («Las Fuerzas Aéreas Alemanas». Vicemariscal Elmhiret). Mr. Spaight, ex Secretario del Ministerio Británico del Aire, precisa que Hitler empezó a contestar los bombardeos contra ciudades tres meses después de que la Real Fuerza Aérea los había iniciado, y que estuvo dispuesto, en cualquier momento, a suspender esa clase de guerra. «Desde luego —dice— Hitler no quería que continuase el mutuo bombardeo». Una revelación muy semejante hace el mariscal británico del aire Sir Arthur Harris en su libro «Ofensiva de Bombardeos», en el que defiende la política inglesa de los bombardeos de terror y considera «anticuada» la doctrina de guerra alemana.

Fue así como se inició la llamada batalla aérea de Inglaterra: una respuesta alemana a los bombardeos británicos de terror y un acoso sobre la industria bélica inglesa para impedirle que se recuperara, mas no fue jamás un intento formal de «blitzkrieg». Hablando de esos bombardeos alemanes el mismo Churchill confiesa que su efecto «en aquellos días fue objeto de grandes exageraciones», que principiaron el 7 de septiembre (casi cuatro meses después del primer ataque británico de terror) y que cada día la Luftwaffe utilizaba «un promedio de doscientos bombarderos»<sup>[89]</sup>.

Para mayor precisión del bombardeo de metas militares, la Luftwaffe puso en juego el invento de enviar dos rayos eléctricos desde diversos puntos, de tal manera que se cruzaran precisamente arriba de la meta elegida. El avión seguía la señal de uno de esos rayos, como si se tratara de un camino aéreo, y descargaba las bombas al escuchar la señal de intersección. Los británicos se sorprendieron de la exactitud de esos ataques, efectuados incluso con niebla o en noches muy oscuras. Poco después descubrieron en un avión derribado un extraño aparato receptor, lograron ciertos informes de pilotos prisioneros y acabaron por descifrar el secreto. Es más, luego las mismas señales de los radiofaros alemanes

servían a los británicos para saber con anticipación cuál era la meta que iba a ser atacada.

La guerra era una prueba constante para el ingenio de ambos bandos.

En agosto de ese año (1940), la aviación alemana tenía 2,669 aviones, o sea: 1,015 bombarderos, 346 aparatos de picada, 933 cazas y 375 aviones pesados de combate. Esta fuerza aérea en aquel tiempo formidable, no fue lanzada en masa contra la población civil británica porque Hitler repudiaba el «bombardeo estratégico». Por otra parte, tampoco se empleó íntegramente en combate decisivo contra la aviación inglesa, entonces formada por 1,080 cazas y 400 aviones de otros tipos. Ciertamente la Luftwaffe podía a la postre dominar a la aviación de Churchill; tenía la calidad y el poderío suficientes para hacerlo, pero Hitler no quería la lucha con Inglaterra y en cambio necesitaba preservar sus fuerzas para la gran ofensiva contra la URSS.

Desde septiembre de 1939 hasta mayo de 1941 la Luftwaffe cambió cinco veces de táctica en la lucha contra Inglaterra. Al principio el objetivo eran únicamente los barcos, y después sucesivamente, los cazas británicos, los aeródromos, las fábricas de armamento y por último las instalaciones navales y militares de Londres. No había una táctica definida y llevada hasta lo último.

El general Galland, en aquel tiempo piloto de caza, dice que «la mirada de Hitler continuaba dirigida hacia el Este (Rusia) y la lucha contra Gran Bretaña no era para él más que un mal ineludible que tenía que afrontar, ¡sin saber exactamente en qué forma había de hacerlo!»

En esa época el odio de Churchill no titubeó en violar los más rudimentarios sentimientos humanitarios de la guerra y ordenó que sus aviones hicieran fuego contra los aparatos de la Cruz Roja alemana que prestaban auxilio a los pilotos caídos al mar. Churchill refiere este hecho en sus Memorias con las siguientes palabras: «Todas las ambulancias aéreas alemanas fueron derribadas u obligadas a descender por nuestros aviones de combate, de acuerdo con instrucciones que habían recibido la aprobación del Gabinete de Guerra».

Sin embargo, en el panorama que la monopolizada información internacional presentaba al mundo se repetía el estribillo hollywoodense: las

fuerzas alemanas eran identificadas con el villano y las que luchaban contra ellas representaban invariablemente al héroe más noble y caballeroso. Muchos años antes Schopenhauer había escrito:

«El judío es el gran maestro de la mentira». Las exageraciones respecto a la lucha aérea en Inglaterra; las falsas historietas sobre heroísmo y maldad, y la alharaca sobre la «blitzkrieg» aérea como precursora de la invasión naval, fueron el material con que se nutrió la propaganda a fines de 1940 y principios de 1941 para alentar la guerra artificial de Occidente contra Alemania.

El escritor inglés F. J. P. Véale, al consignar que los bombardeos de terror fueron iniciados por Churchill, comenta: «Uno de los mayores triunfos de la moderna ingeniería emocional es que, a pesar de la claridad del caso, que no podía enmascararse ni torcerse materialmente, el público británico, a través de todo el período de la guerra relámpago —1940-1941— siguió convencido de que la responsabilidad por los sufrimientos que estaba experimentando recaía sobre los jefes alemanes».

Mr. Spaight reconoce que «hay abundante evidencia de que Hitler se opuso tenazmente al terror... ¿Qué?, puede exclamar el lector atónito. ¿Que no lo empezó? ¿Y Varsovia y Rotterdam? ¿No empleó Hitler en esas ciudades las tácticas de Douhet?

La respuesta es que ni en Varsovia ni en Rotterdam el bombardeo empleado fue estratégico; en otras palabras, no fue el tipo de bombardeo que Douhet imaginó. Fue un tipo táctico, usado para forzar la rendición de la guarnición que ocupaba la ciudad. La captura de una plaza defendida no figura en el bombardeo estratégico. Lo de Varsovia y Rotterdam fue semejante a los ataques de artillería sobre ciudades situadas en la línea del frente»<sup>[90]</sup>.

En otras palabras, el bombardeo táctico consiste en atacar ciudades fortificadas sobre la línea de combate, o metas militares a retaguardia, y fue éste el bombardeo que practicó la Luftwaffe. En cambio, es muy distinto el bombardeo «estratégico», porque se dirige específicamente contra grandes masas de población civil para crear el caos y desmoralización en el pueblo. Y fue éste el sistema que Churchill empezó a practicar el 1º de mayo de 1940 y que juego fue reforzado entusiastamente por Roosevelt y Stalin.

Tal revelación constituye un valiosísimo hecho histórico que la propaganda ha oscurecido.

## FRANCIA TAMBIÉN REHÚSA LA RECONCILIACIÓN

Lo que Hitler tantas veces había dicho a Francia antes de que ésta le declarara la guerra, o sea que no existían motivos de contienda entre alemanes y franceses, lo ratificó con hechos a la hora del armisticio y no le hizo demandas territoriales. Ni siquiera le pidió la Flota, que podía considerarse como botín de guerra. Y es que la Flota sólo hubiera sido útil para combatir contra Occidente, que era en lo que Hitler se rehusaba a pensar seriamente, mas no para la guerra contra la URSS, que era el motivo de su lucha.

Por eso fue que Hitler trató de ganarse amistosamente a Francia cuando la tenía a su merced después de derrotarla. Ismael Herráiz, testigo de aquellos días, escribe en *Europa a Oscuras*: «Era el propio vencedor quien trataba de apresurar la sonrisa sobre el rostro de la “Grande Mondaine”».

Tenía miedo de su propia fuerza, y como el gigante, se estremecía con el temor de aplastar a Gulliver entre sus dedos. Toda aquella portentosa musculatura política y militar del Reich se aflojaba tímidamente frente al regalo prodigioso que la guerra había traído hasta sus manos. En la Cancillería de Berlín se dibujaba el bizarro sueño de la colaboración... El alemán andaba sobre puntillas en la tierra de su reciente victoria. Yo vi que un dueño de restaurante se negó a servir a dos soldados alemanes, que tras de una ligera insistencia optaron por retirarse. Creo que nunca ha existido una victoria con menos alharaca.

La masa militar del Reich hacía muy poca ostentación de su fuerza, entonces colosal... Vivía la guerra sin desviarse un milímetro de la consigna de cada día. En el camino y en el vivac la conducta del soldado alemán era



intachable». Si Hitler no pedía la flota francesa, en cambio Roosevelt amenazaba a Francia con que «perdería la simpatía de Estados Unidos» si llegaba a entregarla. Y Churchill le decía al general Eisenhower<sup>[91]</sup>:

«Si pudiera encontrarme con Darlan, con todo lo que le aborrezco, con gusto me arrastraría sobre mis rodillas y mis manos una milla entera si haciéndolo así lograra que atrajera esa flota suya al círculo de las fuerzas aliadas». Tal era la actitud de Churchill —incongruente con su cargo de almirante de la Reina de los Mares— ante la remotísima posibilidad de que la pequeña flota alemana se viera acrecentada por la flota francesa.

Precisamente ese temor llevó a Churchill a realizar su máxima hazaña guerrera cuando ordenó que las naves francesas ancladas en *Mers-el-Kevir* fueran cañoneadas por sorpresa. Hubo mil bajas entre los marinos franceses, quienes nunca se imaginaron que las naves británicas que se aproximaban fueran a atacarlos a mansalva. Esa acción de Churchill fue una mancha que ciertamente no merecía la Real Marina Británica.

El pueblo francés seguía teniendo más motivos de ofensa de sus antiguos aliados que de sus vencedores. Hitler hizo viaje especial para entrevistarse con Petain y buscar la reconciliación. No era una guerra totalitaria; por lo menos no lo era de parte de Alemania hacia el Occidente. Francia conservaba sus instituciones y Hitler iba a parlamentar con ella. Londres reconoció el 25 de octubre de 1940 que **«más parece que Hitler trata de ganarse a Francia para la paz que para la guerra»**.

«Entretanto —revela Cordell Hull<sup>[92]</sup>—, la política de Estados Unidos respecto a Francia era impedir una alianza amistosa con Alemania». Y Londres anunció el 22 de diciembre de 1940. «La misión del embajador norteamericano ante Vichy, almirante Leahy, consiste en reforzar el espíritu antigermano de Francia». El resultado de este forcejeo fue que también el nuevo gobierno rechazó la amistad que Alemania le ofrecía, si bien no lo hizo abiertamente.

Mientras Petain fingía, por un lado, que deseaba la reconciliación germanofrancesa y accedía a suprimir la masonería, por otro seguía manteniendo vínculos secretos con Churchill y Roosevelt. Louis Rougier refiere («Misión Secreta en Londres») que Petain y Churchill estaban de acuerdo en muchas cosas en cuanto a la política a seguir en Francia.

Posteriormente el mismo Petain reveló<sup>[93]</sup> que cuando Alemania solicitaba mano de obra, él fingía acceder, pero luego silenciosamente impedía que la solicitud fuera atendida. «Mantuve así —dice— el potencial económico de Francia... En 16,000 empresas no hubo reclutamiento ni de un solo obrero... Mi política en Noráfrica al desembarcar los aliados fue:

1° Dar a los alemanes una apariencia de resistencia: al desembarque...

2° No hacer nada que pudiese, de una manera eficaz, obstruir a los aliados... En efecto, es cierto que mandé negociar un tratado, que debía mantenerse secreto, con el Sr. Wiston Churchill».

Así se frustró, secretamente; el más grande intento que hizo Hitler para lograr la reconciliación francesa y alemana, y fue el más grande y el más auténtico porque se realizó cuando Francia estaba caída y a merced del gigantesco poderío de cien divisiones alemanas que podían haber destruido todas las fibras de la soberanía de Francia.

En su libro «Odio Incondicional» el historiador inglés Russell Grenfell afirma: «Los alemanes comenzaron exteriorizando su deseo de ser conquistadores irreprochables. Los periódicos ingleses de 1940 informaron respectó a la excelencia de sus modales en Francia, levantándose los soldados alemanes en tranvías y autobuses para ofrecer sus asientos a las mujeres, etc. Pero Mr. Churchill sabotéó con éxito esta conducta alentando y armando los movimientos de resistencia europeos, en gran parte constituidos por emboscados comunistas.

Los persas habían dicho muchos siglos antes: «O estrellamos la cabeza de nuestros enemigos contra una piedra o serán ellos los que colgarán nuestros cuerpos en los muros de la ciudad». Y Gengis Khan había agregado: «Cuando es necesaria la severidad, la blandura está fuera de lugar. Con ella no transformarás al enemigo en amigo, sino que reforzarás más aún sus exigencias... Aniquilen siempre a sus enemigos».

Pero Hitler nunca consideró que Inglaterra y Francia fueran sus enemigas, y ambas iban a levantarse nuevamente (movidas por el Poder Judío) para atacar a Alemania cuando su situación fuera más comprometida en su batalla contra la URSS. Desde el punto de vista estrictamente militar

era un error que Hitler no apretara la mano sobre Francia para obtener ventajas estratégicas respecto a la guerra con la Gran Bretaña. El mariscal Kesselring recuerda al respecto el proverbio de que «después de la victoria, cíñete más fuerte el casco», y dice que Hitler ignoró esa ley. El general Gurderian opinaba que tras la rendición de Francia debían invadirse sus colonias en África, con o sin su consentimiento, para batir al imperio colonial inglés y forzarlo a hacer la paz. Pero desde el punto de vista político (de una política orientada contra la URSS y no contra Occidente) era lógico que Hitler buscara la amistad de Francia e hiciera todo lo posible para no agraviarla.

Es curioso observar cómo había más enemistad de parte de Italia hacia Francia, que de Alemania hacia Francia. Cuando el 10 de junio el ejército francés estaba ya completamente derrotado por el ejército alemán. Mussolini declaró la guerra sólo para tener derecho al botín. El mariscal Badoglio alegó que el ejército italiano no estaba preparado y Mussolini le repuso:

«Le aseguro que en septiembre todo estará terminado y sólo necesitaré algunos millares de muertos para sentarme a la mesa de la paz como beligerante»<sup>[94]</sup>.

Cuando días más tarde ocurrió la rendición francesa, Hitler procuraba suavizar las condiciones del armisticio e Italia quería hacerlo más drástico. Galeazzo Ciano, Ministro de Relaciones Exteriores italiano, escribió en su «Diario Secreto»:

«Junio 17, 1940. [El] Disgusto de Mussolini por la rápida llegada de la paz, que trastorna sus planes. Quisiera la ocupación total del territorio francés y exige la rendición de la flota. Alemania prefiere benignidad hacia Francia. Ribbentrop insiste en que las condiciones deben ser benignas. Hitler considera al Imperio Británico, aun en los actuales momentos, factor mundial de equilibrio».

El propio Ciano anotó el 20 de junio: «Hitler habla con una moderación y una perspicacia que después de una victoria como la suya, en realidad sorprenden. No soy sospechoso de excesiva simpatía por él, pero hoy le admiro de verdad! Y el 20 de noviembre (1940) agregaba: «Hitler tiene uno

de sus característicos accesos de emoción... tenía los ojos empañados. Qué hombre tan extraño».

Testimonios de las más variadas fuentes y hechos reiterados a cada paso de la guerra demuestran hasta qué grado era profunda la determinación de Hitler de ganarse la amistad de Occidente y circunscribir la lucha entre Alemania y el marxismo israelita.

En su obra «Rommel» el general británico Desmond Young alude a ese esfuerzo alemán por ganarse la amistad de Francia: «No había un gran resentimiento —dice— contra el ejército alemán. Por el contrario, se le observaba con contrariada admiración.

Aún hoy los ex miembros del movimiento de resistencia reservan su odio para la Gestapo y los SS. Respecto a los miembros del ejército alemán, nadie puede decir que no fueran correctos y con la gente, se oye aún frecuentemente en la región de Francia donde estoy escribiendo. Su conducta es, en verdad, favorablemente comparada con la de los libertadores norteamericanos... ¿Por qué Hitler no fue hasta el corazón del Imperio Francés?... Si Inglaterra era terca, él esperaba atraer a Francia... Además, ya pensaba en Rusia.

## **COMPLICIDAD DE OCCIDENTE CON LA EXPANSIÓN DEL MARXISMO**

En el invierno de 1939, a 1940, cuando Alemania afrontaba la difícil situación creada en el oeste debido a la declaración de guerra a Inglaterra y Francia, la URSS atacó a Finlandia para obligarla a que le cediera bases militares.

Entre los americanos hubo indignación por ese ataque comunista y se pidió que E. U. ayudara con armas y créditos a los finlandeses, pero Roosevelt dio largas al asunto. Finlandia luchó heroicamente y al fin capituló sin haber recibido ni un dólar ni un fusil, de Churchill o de Roosevelt, que se decían enemigos de la agresión.: El falso barniz de ideales que la propaganda judía había dado a la contienda no resistía ninguna prueba; meses antes presentó como inconcebible que la superioridad de fuerzas de 80 millones de alemanes entrara en conflicto con 40 millones de polacos.

¿No era más indignante la desproporción de 200 millones de soviéticos contra tres y medio millones de finlandeses?

Una vez más quedaba claro que en la lucha contra Alemania no se estaba defendiendo a los países débiles. Cuando el Ejército Rojo sojuzgó a Georgia, Azerbaijón, Armenia, Kazajistán, Uzbekistán, Turkmenia, Tadjikia y Kirghisia, los estadistas occidentales guardaron silencio. Cuando más tarde el Ejército Rojo atacó a Polonia por la espalda, y ocupó la mitad del país, Churchill y Roosevelt no le hicieron la menor recriminación. Y lo mismo ocurrió, por último, durante el ataque soviético contra Finlandia.

Meses más tarde, el 16 de junio de 1940, la mayor parte del ejército alemán se hallaba empeñado en la campaña de Francia. La URSS

aprovechó entonces la ocasión para invadir otros tres pequeños países: Estonia, Letonia y Lituania. ¿Dónde estaban, otra vez, los que decían combatir por el derecho y la libertad de los débiles? Acerca de esas invasiones, Churchill escribe en sus memorias: «Rusia avanzó sobre los inermes estados de Estonia, Letonia y Lituania. Una feroz liquidación de todos los elementos anticomunistas y antirrusos fue llevada a cabo empleándose los métodos acostumbrados.

Gran número de personas que durante veinte años habían vivido disfrutando libremente de su tierra natal, y que habían representado la mayoría dominante de su pueblo desapareció para siempre... El 19 de junio llegó Zhadanov a Tallin para instalar un régimen similar al de los otros Estados. El 5 y 6 de agosto se barrió hasta con la ficción de los gobiernos llamados democráticos y amigos de los soviéticos, y el Kremlin declaró que los Estados del Báltico quedaban anexados a la Unión Soviética». Esa feroz liquidación del anticomunismo en Estonia, Letonia y Lituania, «según los métodos acostumbrados» —como dice Churchill— recibe en la URSS el nombre de «ingeniería social».

El periodista norteamericano William L. White dice sobre el particular<sup>[95]</sup>: «Los comunistas reconocen que en las regiones recientemente ocupadas, muchos individuos no se pueden adaptar al sistema soviético; tales provincias constituyen un problema de «ingeniería social». Tardan en adaptarse los que han obtenido cierto éxito bajo el régimen anterior. La lista negra incluye gobernadores, miembros del Parlamento, empleados municipales, policías, grandes propietarios, etc. Los soviéticos infieren que el hecho de que esta gente haya servido al régimen anterior la hace innecesaria para el nuevo. En consecuencia, los arresta y deporta a campos de trabajo».

El general republicano español Valentín González<sup>[96]</sup> añade: «A los depurados de Estonia se les despojó de todo y se les envió a las regiones polares y a Siberia; a los de Lituania, a Arcángel, donde el frío llega a veces a 60° y 70° bajo cero. El tratamiento peor fue infligido a los rusos blancos... Así fueron trasladados de un extremo a otro de la inmensa Rusia muchos millones de seres humanos».

En vez de hacer la más ligera reprobación por la crueldad con que cuatro países débiles acababan de ser atacadas por la URSS y tres de ellos aniquilados, Churchill le dirigió el 25 de junio de 1940 una carta personal a Stalin para estrechar más sus «relaciones confidenciales», según dice en sus Memorias.

Al día siguiente Stalin movilizó tropas hacia la frontera de otra pequeña nación vecina, Rumania, y le envió un ultimátum exigiéndole la entrega de la provincia rumana de Besarabia y parte de Bucovina. Los rumanos no tuvieron más remedio que ceder y replegarse a la parte del territorio que les restaba.

Todo esto ocurrió mientras los alemanes luchaban en Francia, muy lejos de la frontera soviética. Pero en cuanto los franceses capitularon, el ejército alemán viró hacia el Oriente, acudió a reforzar a Rumania para que los soviéticos no penetraran más y comenzó a preparar las bases desde las cuales atacaría al Ejército Rojo. Entre tanto, la propaganda judía seguía hablando de la invasión alemana de Inglaterra, y tal embuste no tenía más objeto que azuzar a los pueblos occidentales —haciéndoles creer que se hallaban en peligro— para que no aceptaran la amistad que Hitler les ofrecía y permitieran así que todos los efectivos alemanes se lanzaran contra la URSS.

Por este tiempo Churchill planeó su acción «Catalina» para forzar el paso de la flota por el Báltico y «extender a Rusia la mano en forma que probablemente ejercería un efecto decisivo», según dijo. Y a propósito del último atropello bolchevique contra Rumania, escribió Roosevelt: «Es posible que Rusia prive a Rumania de Besarabia, pero esto no tiene que estar necesariamente, en conflicto con nuestros intereses principales, que consisten en contener el movimiento alemán hacia el oriente», o sea hacia Rusia (Memorias de Churchill). Para entonces (verano de 1940) el Kremlin ya había concentrado cerca de Alemania 153 divisiones (2.295,000 combatientes), o sea 88 divisiones más que las que tenía allí antes de la ofensiva alemana en Francia. Después de ese significativo movimiento, el Ministro Molotov se trasladó a Berlín el 12 de noviembre (1940) y pidió manos libres para reanudar el ataque contra Finlandia, para incorporar a Bulgaria a su zona de influencia y para exigirle a Turquía bases en los

Dardanelos. Hitler contestó negativamente las tres peticiones, Molotov regresó desairado a Moscú y en Berlín se activó el trazado del Plan Barbarroja para la invasión de la URSS.

Desde ese momento ya no cabía duda sobre el inminente choque germano-soviético. La actitud de Hitler, que en tan decisiva ocasión actuó conforme a los intereses de toda Europa, contrastaba por cierto con la diplomacia de Churchill y Roosevelt, que precisamente en esos días daban al Kremlin manos libres sobre Rumania y Bulgaria, sin perjuicio de gestionar asimismo (por otra parte) que estos países lucharan contra Alemania.



## CARNE DE CAÑÓN PARA FRENAR EL GOLPE CONTRA LA URSS

Iniciado el traslado del ejército alemán, de Francia a las bases de partida contra la URSS, los esfuerzos combinados de Stalin, Churchill, Roosevelt y su camarilla judía se concentraron en agitar a los países balcánicos para que atacaran a Alemania. Y no porque hubiera la más remota posibilidad militar de que triunfaran, sino simplemente para que sirviendo como carne de cañón frenaran y demoraran el inminente ataque germano contra la URSS.

Ya no había entonces —fines de 1940— ninguna duda de que Hitler, como lo había dicho desde 1919, iba hacia el Oriente. El 3 de septiembre los planes de invasión de Rusia se hallaban ya en su apogeo y fueron revelados a los principales comandantes del ejército. El Diario Secreto de Ciano testifica, en su anotación del 4 de octubre, que en la entrevista Hitler-Mussolini de ese día, en el Paso del Breñero, no se habló de ningún plan para invadir a Inglaterra; Hitler expresó sus esperanzas, de ganarse la amistad de Francia y se mostró «enérgica y extremadamente antibolchevique».

Ante los inequívocos síntomas de que el ejército alemán erigía bases en el Este para lanzarse contra el marxismo judío entronizado en Moscú, el Presidente Roosevelt, Churchill y Stalin reemprendieron desesperada búsqueda de más países que desangraran y retardaran el golpe de Hitler. Polonia, usada con ese fin en 1939, ya había sucumbido. Francia, Holanda y Bélgica, utilizadas en 1940, estaban también fuera de combate. Las miradas de los tres estadistas se volvieron hacia los Balcanes.

Allí estaban Yugoslavia, Bulgaria y Grecia. Activamente comenzaron a ser azuzadas y se les hicieron fabulosas promesas para que lucharan contra

Alemania. En el Medio Oriente, Turquía también fue cortejada con igual fin. La casa Real de Grecia estaba emparentada con la Casa Real de Inglaterra y fue fácil que cediera bases navales a la flota Británica. Un incidente ajeno a la voluntad, de Stalin, Churchill y Roosevelt vino luego a facilitar sus planes para encender la guerra en los Balcanes.

Resulta que ante la penetración soviética en la provincia rumana de Besarabia, Hitler ofreció a Rumania su apoyo para impedir que los rusos avanzaran más. Rumania pidió tropas y Hitler le envió 12 divisiones, pero esto lo mantuvo en secreto hasta última hora y no se lo comunicó ni a Mussolini. (Cuando la guerra con Polonia y cuando la invasión de Francia, Hitler ya había comprobado que en Roma no sabían guardar ningún secreto).

El Duce se molestó porque no se le había informado previamente de los sucesos de Rumania y a su vez comenzó a preparar la invasión de Grecia — para anularla como base británica— sin consultar el caso con Hitler. Ciano anotó en su Diario el 12 de octubre (1940) que Mussolini había dicho: **«Hitler me presenta los hechos consumados. Tendrá noticia por los periódicos de que habré ocupado Grecia. Creo que esta acción será útil y fácil».**

Algo, sin embargo, se supo en Berlín, y el Secretario de Relaciones Von Ribbentrop se apresuró a comunicarle a Italia «que no será bien vista acción ninguna contra Grecia». Simultáneamente Hitler preparaba otra entrevista con Mussolini para disuadirlo de ese ataque, pero el Duce descargó repentinamente el golpe el 28 de octubre (1940). 27 divisiones italianas y una poderosa aviación fueron lanzadas desde Albania contra 16 divisiones griegas, pero fracasaron. No había en ellas espíritu de lucha.

Hitler recibió con gran contrariedad la noticia de que Italia había iniciado la invasión de Grecia. Eva Braun dice en su Diario que el Führer comentó: «El Duce me contestó que todos éramos jugadores, en cierto modo, pero no es exacto. No soy un jugador; soy un organizador. La guerra con Grecia era inútil y puede acarrear una nueva orientación. Veremos ahora la fuerza de Gran Bretaña y si los italianos saben pelear; luego, amo a los griegos y creo que cumpliré para Europa lo que Pericles realizó para la pequeña Grecia». Días más tarde, tras un ligero retroceso motivado por la

sorpresa, las tropas griegas se repusieron y rechazaron a los italianos hasta sus puntos de partida, y en ciertos sectores aún más atrás. Esta situación se mantuvo así todo el invierno de 1940-1941.

Como Hitler lo temía, la campaña italiana de Grecia tuvo dos gravísimas consecuencias: primera, al abrirse el frente ítalo griego se facilitaron los planes de Churchill, Stalin y Roosevelt para provocar agitación en los Balcanes y empujar a Yugoslavia contra Alemania. Segundo, España se impresionó profundamente al ver que Italia era sólo una deslumbrante apariencia, y casi la víspera de aliarse al Eje resolvió volverse neutral.

La participación de España en la guerra era ya un hecho casi decidido; iba a ser una participación limitada en la que se permitiría a un Cuerpo de Ejército Alemán, al mando del mariscal Von Reichenau (operación «Félix»), pasar a través de la península para arrebatarse a los británicos el Peñón de Gibraltar, cerrar el Mediterráneo y además conjurar así una invasión aliada de Europa por el Sur, como ocurrió tres años después. Franco había empezado ya a preparar a la opinión pública. El primero de junio de 1940 se hicieron manifestaciones estudiantiles en Madrid a fin de pedir que el Peñón fuera devuelto a España. El periodista Aznar, intérprete de Franco, escribió ese día: «Queremos y enérgicamente demandamos, que Gibraltar sea devuelto porque es un jirón sagrado del suelo nacional».

El 4 de junio hubo manifestaciones juveniles similares en Barcelona, Salamanca, Valencia, Granada, Málaga y Cartagena. El 17 de julio Franco declaró ante el ejército que la «misión histórica de España, impuesta por sus reyes católicos, fue la de poseer Gibraltar, extender el dominio español en África y el mantenimiento de unidad». Al día siguiente doscientos mil obreros desfilaron ante Franco gritando: «¡Gibraltar!»

El 31 de julio las propias autoridades británicas previnieron al pueblo inglés que posiblemente en una semana más España se convertiría en aliada de Alemania. El 23 de agosto (1940), Galeazzo Ciano anotó en su Diario Secreto: «**El Caudillo Franco habla de la próxima entrada de España en la guerra y dice que ha pedido ya a los alemanes lo que necesita**». El 23 de noviembre Churchill comunicó a Roosevelt que era inminente el paso de tropas alemanas por España para capturar Gibraltar.

Pero en vísperas de que tal cosa ocurriera, Franco vio que Italia fracasaba en Grecia, lo mismo que en Noráfrica, y comprendió que Alemania se hallaba sola en una inmensa contienda. Entonces decidió esperar más y dio media vuelta hacia la neutralidad. Ramón Serrano Suñer, en aquel entonces Ministro de Relaciones Exteriores de España, hizo un viaje a Berchtesgaden para entrevistarse con Hitler. Su misión en ese momento era ya la de aplazar indefinidamente la entrada de España en la contienda. Respecto a esa entrevista, dice<sup>[97]</sup> que Hitler comenzó: «Los italianos acaban de cometer un gravísimo e imperdonable error al empezar la guerra contra Grecia. Ni siquiera han tenido en cuenta el uso de la aviación, que es la mejor arma que ellos tienen». Luego pidió que España le permitiera atacar a Gibraltar.

Serrano Suñer refiere que rehuyó esa petición alegando las dificultades interiores de España y las grandes necesidades de abastecimientos, y que entonces el Führer, con aire muy burgués y con ademán en cierto modo paternal, dijo: «Quiero hablarle como el mejor amigo de España que soy. No quiero insistir. No comparto enteramente sus puntos de vista, pero me hago cargo de las dificultades de este momento». Tenía entonces la esperanza de que España se decidiría poco más tarde; llegó a creer en un plazo de un mes, pero Franco había ya percibido la incertidumbre del futuro: Italia fracasaba en Libia y en Grecia y se convertía en un lastre para Alemania, y Alemania sola se enfrentaba a una gigantesca combinación de fuerzas enemigas.

España ya no iba a modificar su actitud de espectador neutral. Mussolini fue el causante de la pérdida de ese aliado, cuya aportación bélica pudo haber cambiado el curso de los acontecimientos<sup>[98]</sup>. El 20 de noviembre de 1940 Hitler le escribió a Mussolini haciéndolo ver los inconvenientes del ataque italiano a Grecia. «Hablando en términos generales —le decía— sentimos las consecuencias de un esfuerzo de la tendencia de no comprometerse prematuramente a nuestro favor», como era el caso de España. El 31 de diciembre volvía a escribirle a Mussolini: «España se ha negado a colaborar con las potencias del Eje... Lo siento, porque de nuestra parte habíamos completado todos los preparativos para cruzar la frontera española el 10 de enero y atacar a Gibraltar a principios de febrero. Esto, en

mi opinión, nos hubiera dado, el triunfo en un tiempo relativamente corto. Las tropas destinadas a esta operación habían sido escogidas y adiestradas especialmente. En el momento en que el Estrecho de Gibraltar hubiese estado en nuestras manos, se hubiera acabado definitivamente el peligro de un cambio radical de actitud en África del Norte y África Occidental»<sup>[99]</sup>.

Comentando ese episodio, Churchill dice: «La política del general Franco durante la guerra había sido de sangre fría y completamente egoísta. La gratitud a Hitler y Mussolini no entraron para nada en su cerebro a pesar de la ayuda que les debía... España tenía la llave de todas las empresas navales británicas en el Mediterráneo y ni en nuestras horas más sombrías había usado esa llave en contra nuestra. Había otra forma sencillísima como el Gobierno de Franco podía habernos descargado este golpe de destrucción. Podía haber permitido que las tropas de Hitler cruzaran la Península y que sitiaran y capturaran Gibraltar para España...» Pero la alocada invasión italiana de Grecia ocasionó que España prescindiera de su alianza con Alemania. Y además también abrió las puertas de los Balcanes para que fuerzas británicas desembarcaran en Grecia y para que Yugoslavia se alineara en contra de Alemania.

En enero de 1941 el coronel Donavan llevó la representación de Roosevelt a Yugoslavia y alentó al Gobierno a que lanzara al país a la contienda. El 14 del mes siguiente Roosevelt se comunicó con el gobierno yugoslavo<sup>[100]</sup> para pedirle que no firmara el pacto de paz y amistad con Alemania. A sabiendas de que era imposible enviarle ayuda y de que si Yugoslavia combatía sería vencida, volvió a alentarla con irrealizables promesas.

El pueblo americano, sin embargo, no apoyaba esa intromisión de Roosevelt en la guerra europea y seguía siendo neutral. Para vencer esa resistencia, el Secretario de Estado, Cordell Hull, dijo el 24 de abril: «Desgraciadamente muchas personas no se han dado cuenta de la naturaleza de la crisis mundial... Los acontecimientos han demostrado hasta la saciedad que la seguridad de este hemisferio y de la nación exige resistencia dondequiera que la resistencia sea más efectiva».

Ya entonces Hull y Roosevelt sabían con absoluta certeza que Alemania hacía los últimos preparativos para atacar a la URSS y que Estados Unidos

y los intereses de todos los países occidentales se hallaban completamente al margen de las metas de Hitler. Pero esto lo ocultaron al pueblo norteamericano a fin de seguirlo empujando a la contienda. Por su parte, Churchill secundaba a Roosevelt. «Desde Londres —dice en sus Memorias— hice cuanto me fue posible para poner a Yugoslavia contra Alemania y el 22 de marzo telegrafí al doctor Cvetkovic... Contamos con la indiscutible supremacía de los Océanos, y con la ayuda americana pronto obtendremos una superioridad decisiva en el aire... la historia de la guerra rara vez ha presentado otra oportunidad mejor». Era esa la macabra oportunidad de empujar a la muerte a millares de yugoslavos.

Sin embargo, el gobierno yugoslavo percibió la infamia de la maniobra y la rechazó. El 24 de marzo firmó el pacto de paz y amistad con Alemania. Nada perdía con eso, porque Hitler no le pedía nada, y ni siquiera existía conflicto alguno germano-yugoslavo.

«Entonces —dice Churchill— envié a nuestro embajador en Yugoslavia, Mr. Campbell, un mensaje que decía: No deje usted que se forme una brecha entre su persona y el príncipe Pablo o los ministros. Continúe molestándolos y figurativamente hostigándoles. Solicite audiencias, no acepte respuestas negativas. Aférrase a ellos, indicándoles que los alemanes ya están considerando como supuesta la subyugación del país. No es este el momento de hacer reproches ni de formular despedidas con mucha dignidad». Es decir, la intriga proseguía...

Las organizaciones secretas se movieron desesperadamente. Jefes inteligentes de los 650,000 judíos que habitaban en los Balcanes movieron resortes de agitación pública; los partidos comunistas recibieron instrucciones del Kremlin y el 27 de marzo ocurrió un cuartelazo. El Gabinete yugoslavo fue derrocado, se desconoció el tratado de paz con Alemania, hubo manifestaciones antigermanas y Yugoslavia fue puesta en pie de guerra casi a retaguardia de las fuerzas alemanas que se hallaban en vísperas de atacar a la URSS.

Churchill se presentó gozoso en el Parlamento a dar la «buena noticia». Si no había triunfos militares, por lo menos el arma de la intriga seguía siendo eficaz. En Moscú se recibió la noticia con vítores y la noche del 5 de

abril Stalin ofreció a Yugoslavia una alianza. De ese modo Grecia y Yugoslavia se convirtieron en un nuevo frente de lucha contra Alemania.

Stalin, Roosevelt y Churchill tenían grandes esperanzas en que ese frente montañoso, lleno de bosques, falto de caminos, atascara por mucho tiempo la máquina militar alemana. Para sostenerlo había 42 divisiones aliadas (23 yugoslavas, 15 griegas y 4 británicas) colocadas frente a 31 divisiones que Alemania había distraído de las bases desde las cuales preparaba el ataque a Rusia. El Estado Mayor General alemán batió un récord de improvisación en este caso y desde Prusia Oriental transfirió tropas que ya se encontraban dispuestas para la embestida contra la URSS. Fue raro que una improvisación así resultara cronométricamente exacta.

Casi todo el equipo blindado que iba a participar en el extremo sur de la invasión de Rusia fue sacado de sus bases y empleado en esta campaña de emergencia, y consecuentemente la fecha del ataque antisoviético tuvo que aplazarse. En su desesperada lucha contra el tiempo y los preparativos de Stalin, Hitler volvió a pedir a sus tropas un esfuerzo supremo para vencer rápidamente la crisis en los Balcanes, y la mañana del 6 de abril (1941) dio la orden para que 20 divisiones se lanzaran contra el nuevo frente.

El Mariscal Wilhelm List dirigió al 12º ejército en la principal embestida, que trepando por las accidentadas montañas de Serbia cortó a Yugoslavia por el sur. En cinco días su 2ª división blindada se abrió rabiosamente paso hasta el puerto griego de Salónica. Esta maniobra fue un golpe fulminante de triple acción:

1º El ejército yugoslavo quedó cortado de los ingleses y los griegos.

2º El frente griego de Macedonia —donde se esperaba una larga lucha en las montañas— fue súbitamente envuelto y cortado de sus bases de abastecimiento.

3º El frente anglo griego de Albania se vio peligrosamente flanqueado y tuvo que batirse en retirada<sup>[101]</sup>.

Fragmentado así el frente, el ejército yugoslavo fue comprimido en la trampa que se formó entre Belgrado y Skoplje. Al onceavo día de lucha capituló y cayeron prisioneros 335,000 soldados que no llegaron a recibir la

prometida ayuda de Roosevelt y de Churchill. Y es que la promesa de esa ayuda, militarmente imposible, sólo había sido un recurso para que la URSS ganara más tiempo mediante la ajena carne de cañón.

El frente griego de Macedonia luchó desesperadamente y el anglo-griego del sur de Albania se batió en retirada para no ser copado. El histórico Paso de las Termopilas y la legendaria Atenas volvieron a ser escenarios de combates. Los británicos retrocedieron hasta reembarcarse por donde habían llegado y el 24 de abril Grecia se quedó sola y también capituló, después de haber perdido 233,000 prisioneros, la mayor parte de ellos en la batalla de cerco librada en Macedonia. Al concertarse el armisticio, Hitler ordenó que todos los prisioneros griegos fueran puestos en libertad.

La campaña de los Balcanes duró 18 días; 1,676 oficiales y soldados alemanes perecieron, y 3,752 cayeron heridos. Recapitulando lo ocurrido, Hitler dijo ante el Reichstag el 5 de mayo:

«A todos nos asombró la noticia del golpe de Estado, dado por ese puñado de conspiradores, el cual provocó un acontecimiento que permitió al Primer Ministro británico decir con alegría que por fin tenía una buena noticia que dar... Seguramente comprenderéis que cuando oí esto, inmediatamente di la orden de atacar a Yugoslavia... Es intolerable concertar un tratado exclusivamente en interés de la otra parte, y descubrir que no solamente ha sido quebrantado de la noche a la mañana, sino que es respondido con insultos al representante del Reich alemán, con amenazas al agregado militar y al ayudante de éste, con la destrucción de los comercios alemanes, a los que se maltrata y se aterroriza.

»¡Dios sabe que quise la paz...! Las fuerzas armadas superáronse a sí mismas en esta campaña. La justicia histórica me obliga a decir que el enemigo, particularmente los soldados griegos, lucharon con valor y desprecio de la muerte. Capitularon únicamente cuando la resistencia se hizo imposible y por tanto inútil... Como alemán y como soldado considero indigno vituperar al enemigo caído... Con la mirada en el Altísimo que guía los destinos de la humanidad, agradezcámosle que haya hecho posible para nosotros alcanzar tantos éxitos con tan poco derramamiento de sangre. Sólo podemos pedirle que no abandone a nuestro pueblo en el futuro... En la era



del judaísmo y del capitalismo, el nacionalsocialismo brega por la justicia social y por el buen sentido».

Aunque Yugoslavia y Grecia habían sido anuladas como bases militares contra el Ejército Alemán, gran parte de los propósitos del judaísmo se habían realizado. El propio Churchill dice en sus Memorias: «Sabemos que la directiva de Hitler el día 18 de diciembre (1940) había prescrito el 7 de mayo (1941) como la fecha para la invasión de Rusia y que en su furia por la revolución de Belgrado, la aplazó el 27 de marzo durante un mes y posteriormente hasta el 22 de junio»<sup>[102]</sup>.

Mientras Churchill y Roosevelt sacrificaban a Yugoslavia y Grecia para demorar la ofensiva alemana antibolchevique, el Alto Mando Alemán veía con alarma cómo la URSS iba concentrando en su frontera más de 100 divisiones de infantería, 40 motorizadas y 20 de caballería. El jefe del Estado Mayor General Alemán, Franz Halder, dijo posteriormente que sintió recorrer su cuerpo un escalofrío al enterarse de las aterradoras concentraciones soviéticas.

Por otra parte, el Ejército Alemán iba paulatinamente disgregándose y el ataque a la URSS ya no tendría su máxima concentración. Sin contar con las 216,000 bajas padecidas en la lucha desde Polonia hasta Yugoslavia y Creta, ese ejército tenía que vigilar más de un millón de kilómetros cuadrados (1.019,297) de territorio hostil, poblado por 83 millones de habitantes. Tan sólo para esa misión de patrulla Hitler tuvo que distraer íntegramente 63 divisiones, compuestas por 945,000 hombres, según precisa el capitán Stig Waldenstrom en la revista sueca No. 11 «Ny Militar Tidkrift», de 1951. Consecuentemente, más de un millón de hombres se restaron a la ofensiva contra Rusia. Ese fue el provecho que el marxismo israelita obtuvo del sacrificio de los países europeos arrastrados a una guerra que no les concernía y entre los cuales figuraron Polonia en la primera etapa; Noruega, Holanda, Bélgica y Francia en la segunda, y Yugoslavia y Grecia en la tercera.

En esa crisis Turquía logró conservar su neutralidad, pese a la tremenda presión diplomática y a las promesas de ayuda que estuvieron haciéndole Roosevelt, Stalin y Churchill.

## **ALARMA DE LA REINA DE LOS MARES**

Al iniciarse la guerra en 1939 sólo ocho o nueve submarinos actuaban simultáneamente contra las flotas aliadas mientras los 18 restantes se reabastecían o se dirigían a las líneas de combate. En los doce primeros meses de lucha Alemania botó 28 submarinos más, pero apenas bastaron para cubrir las bajas, que eran del 46% de sus efectivos. Cada submarino costaba casi el equivalente a doce millones de pesos. En el primer año de guerra habían hundido 471 barcos aliados con más de un millón de toneladas.

Casi otro tanto echaron a pique los bombarderos tetramotores FW-200, las minas y los 7 mercantes artillados que zarparon como corsarios en 1940 y que jugaban mortalmente a las escondidas con la flota británica en todos los mares. Para desorientar a sus perseguidores cambiaban su camuflaje en alta mar y a veces tenían que enfrentarse a barcos de guerra o a mercantes ingleses también artillados (barcos «Q»). Entre esos 7 corsarios alemanes figuró el «Atlantis», de 8,000 toneladas, del capitán Bernhard Rogg, que navegó 22 meses sin tocar tierra, recorrió 185,000 kilómetros abasteciéndose de lo que arrebatava al enemigo y hundió o capturó 22 barcos que en total desplazaban 146,000 toneladas, hasta que a su vez fue hundido en el Atlántico del Sur.

Otro de los corsarios famosos fue el «Orion», del capitán Kurt Weyher, que en 17 meses de ininterrumpidas correrías escabullándose a la flota inglesa, hundió barcos por 80,000 toneladas y sembró 228 minas en las entradas de diversos puertos de Nueva Zelanda, las cuales ocasionaron graves pérdidas a los británicos.

En agosto de 1940 comenzó una nueva etapa de la lucha en el mar. Los británicos habían recurrido al sistema de convoyes, consistente en agrupar veintenas de barcos, con poderosa escolta, que formaban una gran fortaleza flotante, al parecer inexpugnable. Y contra ese sistema, el almirante Doenitz puso en acción la táctica de atacar en «manadas». Varios sumergibles mantenían comunicación inalámbrica entre sí y perseguían durante varios días a los convoyes. Esta persecución no podía hacerse bajo el agua porque en inmersión el submarino era sumamente lento (13 kilómetros por hora), y por tanto tenía que correr grandes riesgos al navegar en superficie. Los vigías eran atados en la cubierta para que durante las tormentas no los arrastrara el oleaje. Y de tiempo en tiempo era necesario sumergirse para detectar con el hidrófono el rumbo del convoy, que con frecuencia era modificado para despistar a los perseguidores.

Los bombarderos ingleses, que iban en aumento, eran peligrosa amenaza para el submarino en la superficie. Cada día se apremiaba más a los constructores para que produjeran una nave capaz de permanecer más tiempo sumergida y de correr a mayor velocidad bajo el agua, siquiera igual a la de los barcos. El ingeniero Walter trabajaba desde 1936 en un proyecto para producir un verdadero sumergible, con motor de superóxido de hidrógeno, pero en 1940 todavía no pasaba de la fase experimental. Contra lo que generalmente se supone, todavía en esa época el submarino no era verdaderamente una nave submarina, ya que sólo podía caminar unas cuantas horas en inmersión y a velocidad muy reducida. En la superficie era una «cascara» vulnerable a cualquier cañonazo o al bombardeo de un avión ligero.

En una de las primeras embestidas de submarinos en «manada», participaron coordinadamente los ocho submarinos de los comandantes Prien, Kretschmer, Schpeke, Fraunheim, Endrass, Bleichrodte, Moehle y Liebe. En una jornada de dos noches de combate hundieron 38 grandes barcos con 325,000 toneladas. Fueron dos noches desastrosas para la marina británica.

El comandante Prien, que en Scapa Flow había hundido el acorazado Royal Oak, fue el primero en rebasar las doscientas mil toneladas de barcos hundidos, después de un año de combates, cosa que le valió las Hojas de

Roble para la Cruz de Caballero. Vivía entregado a su especialidad y decía que «un ejercicio de primera clase contra convoyes me gusta más que la mejor licencia».

Aunque Inglaterra había endurecido y perfeccionado sus defensas, las pérdidas eran tan altas que Churchill acudió a Roosevelt en demanda de más ayuda y éste le transfirió cincuenta destructores, que inmediatamente fueron puestos en acción contra los submarinos. Los combates entre sumergibles y grandes naves de guerra fueron haciéndose más frecuentes. En una de ellas el U-99 del comandante Otto Kretschmer hundió a los cruceros «Laurentic», de 18,000 toneladas, y «Patroclus», de 11,000. Kretschmer navegaba sumergido de día y en la noche atacaba desde la superficie.

El arma submarina alemana, que Inglaterra había creído poder abatir fácilmente, estaba dando en esos días un rendimiento terrible. Doenitz reclamaba más y más naves para aprovechar esa situación que podía ser transitoria, pero hasta fines de 1940 no pudo disponer de más de 60 naves en acción. Italia había enviado 27 sumergibles para que participaran en la batalla del Atlántico y Doenitz los recibió con grandes esperanzas y les dio minucioso entrenamiento, pero luego se quedó grandemente sorprendido al ver que en dos meses de recorrido los 27 submarinos sólo habían hundido un pequeño barco. Y es que casi todos seguían la vieja táctica de sumergirse y esperar que la presa pasara descuidada frente a ellos. Sólo los comandantes Cossato y Sazzana llegaron a dominar la nueva táctica y a hundir 16 y 11 barcos, respectivamente.

**LA LUCHA EN 1941.** Aunque en enero y febrero del nuevo año el número de submarinos en acción descendió a 6, la flota británica seguía batiéndose con graves pérdidas y Churchill reclamaba más y más ayuda de Roosevelt. Este intervino crecientemente en una guerra no declarada, en particular cuando Alemania se lanzó contra la URSS. Sin embargo, durante todo 1941 Hitler mantuvo su orden de que los submarinos no contestaran los actos bélicos de Roosevelt. (El historiador inglés Hinsley lo comprobó así en los archivos alemanes capturados).

Durante marzo y abril fueron hundidos doscientos barcos y se hizo más encarnizada la Batalla del Atlántico. Los submarinos alemanes tenían nuevas bases en la costa francesa, que les permitían mayores recorridos, como la de St. Nazaire, con 12 diques bajo un techo reforzado de 7 metros de espesor a prueba de bombas. Por su parte, los ingleses habían aumentado sus estaciones de tierra para captar mensajes de los submarinos y mediante triangulaciones llegaron a averiguar con bastante exactitud el número de sumergibles en acción y la zona donde se hallaban.

Como el «asdic» (usado por los barcos ingleses) no detectaba a los submarinos cuando éstos navegaban, en la superficie, y como en la noche los submarinos se acercaban a los convoyes ingleses precisamente en la superficie, los británicos recurrieron a lanzar luces de bengala («copo de nieve») que convertía la noche en día. Así los barcos de escolta podían atacar fácilmente a los submarinos no sumergidos. Sin embargo, esta era un arma de dos filos porque otros sumergibles alejados de los barcos de escolta aprovechaban la claridad para atacar. En estas batallas Alemania sufrió en marzo la pérdida de tres de sus mejores comandantes de submarino. El día 17 el U-100, de Schpeke, fue dañado con cargas de profundidad y se vio precisado a emerger, prácticamente como náufrago. En ese momento lo embistió un destructor inglés, cuya proa mató en su puesto de mando al comandante Joaquín Schpeke, que llevaba en su haber más de 200,000 toneladas hundidas. En ese mismo combate, media hora más tarde, el U-99 del capitán Otto Kretschmer navegaba en la superficie y se metió en medio de un convoy, para atacarlo, pero fue descubierto y hundido, aunque sobrevivió y fue capturado por los británicos. El almirante Doenitz lo consideraba su mejor alumno y su mejor comandante; llevaba hundidos 44 barcos con un total de 313,611 toneladas. (En 1962 es jefe de la naciente flota submarina alemana).

En ese mismo mes de marzo el teniente Prien desapareció sin dejar rastro. El día 7 había radiado a su base que perseguía a un convoy entre Irlanda e Islandia. Durante muchos días se le estuvo llamando infructuosamente: «**U-47, comuníqueme posición, situación y éxitos**». Dos meses más tarde se le dio al fin por perdido y el almirante Doenitz dijo en su Orden del día: «Günther Prien, el héroe de Scapa Flow, ha realizado su

postrer viaje. Nosotros los submarinistas nos inclinamos en señal de glorioso luto ante él y sus hombres. Cubierto por el inmenso Océano, Günther Prien se encuentra, sin embargo, entre nosotros. Ninguna nave parte al Oeste sin que él la acompañe y sin que ella lleve consigo algo de su espíritu... Exuberante en brío juvenil y acometividad, será un perenne ejemplo para los combatientes submarinos»<sup>[\*]</sup>.

Y nuevos comandantes, con nuevos submarinos, recogieron la bandera de Prien y acrecentaron la flota submarina. La batalla del Atlántico cobró extraordinaria dureza en 1941. Las manadas se lanzaban contra la escolta de los convoyes y durante una semana se sucedían las complicadas maniobras de emerger, de sumergirse, de acomodarse para el tiro, de evadir las cargas de profundidad y de burlar a los destructores.

El 19 de noviembre ocurrió una de las más inusitadas batallas navales, cuando el mercante alemán «Kormoran», del capitán Theodor Detmers, que operaba como corsario desde fines de 1940 y que había hundido 11 navíos, con 77,000 toneladas en total, inesperadamente topó cerca de Australia con el crucero de guerra inglés «Sidney», de poderoso blindaje, 16 cañones y 8 tubos lanzatorpedos. La desigual batalla se inició a mil metros de distancia y el fuego del «Kormoran» fue tan veloz y certero (granadas cada 4 segundos) que a los primeros disparos el «Sidney» quedó mortalmente herido, aunque seguía disparando. A los 30 minutos de combate, tras de haberse cruzado más de 500 proyectiles, el crucero inglés se fue a pique con sus 640 marinos, en tanto que el mercante alemán se retiraba envuelto en llamas, hasta que minutos más tarde —ya cuando sus tripulantes se hallaban a salvo en balsas— estalló en pedazos y se hundió.

Churchill no cesaba de pedir más ayuda a Roosevelt y éste ordenó en abril que cuatro quintas partes del Atlántico fueran consideradas como zona de seguridad de Estados Unidos, lo cual equivalía a una intervención armada en favor de la flota británica. Ante los primeros triunfos alemanes contra la URSS, Roosevelt ordenó que fuerzas americanas relevaran a los británicos que se hallaban en Islandia, para que éstos pudieran reforzar la lucha contra los submarinos alemanes. Y además mandó que la flota americana escoltara a los convoyes ingleses entre Estados Unidos e Islandia.

Al ver que la guerra iba empeorando para la URSS, Roosevelt ordenó que sus barcos acecharan a los submarinos alemanes para dirigir contra ellos a los bombarderos ingleses. El destructor americano «Greer» atacó con cargas de profundidad al U-652, el cual disparó dos torpedos para escabullirse. Entonces Roosevelt se quejó de agresión y dijo al pueblo americano que los alemanes trataban «de someter a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos a su dominio del terror y la esclavitud». Los historiadores americanos Langer y Gleason admiten que el «Greer» había estado persiguiendo al submarino alemán y guiando a los bombarderos ingleses contra él.

A partir de septiembre de 1941 (cuando el bolchevismo sufría graves derrotas en la URSS), Roosevelt empeñó a la flota americana en una guerra no declarada contra los submarinos alemanes, que únicamente estaban en guerra contra la Gran Bretaña y la URSS, pero no contra Estados Unidos.

El historiador inglés Roshill dice en su libro «La Guerra en el Mar»: «Desde septiembre fue una realidad la participación americana en la batalla del Atlántico. Naturalmente todo esto hizo más pesada la lucha para los sumergibles alemanes, pero Hitler todavía insistió el 17 de septiembre en que se abstuvieran de atacar a los barcos americanos.

Las preocupaciones iban en aumento para el almirante Doenitz, jefe de los submarinos, quien a mediados de año percibió síntomas de que los ingleses detectaban a los sumergibles desde el aire, pero los técnicos dijeron que eso no era posible y que el radar aún no podía usarse en los aviones. Algunos submarinos se habían perdido en forma extraña. Para agravar la situación, a fines de año tuvo que retirar submarinos del Atlántico y enviarlos al Mediterráneo, debido a que la flota italiana no garantizaba el abastecimiento de las tropas alemanas que habían ido a ayudar a los italianos en Noráfrica. Un total de 41 sumergibles fueron transferidos a las bases de Italia.

Para que los sumergibles duraran más en sus recorridos Doenitz diseminó barcos nodriza en diversos parajes del Atlántico, muy aislados de las rutas usuales de navegación. Fue entonces posible que los submarinos, reabastecidos en mitad del Atlántico, hicieran recorridos hasta de nueve mil kilómetros. Pero esta táctica sufrió un golpe terrible en junio al ser hundidos

por los ingleses 5 de los barcos nodriza, a los que dé la noche a la mañana localizaron en sus alejados parajes, tal como si conocieran exactamente su ubicación. ¿Coincidencia o sabotaje? A fines del año se repitió otro golpe igual y llegó a pensarse en una traición de alguien que se hallaba al tanto de los secretos de la flota.

Pero pese a todo esto Inglaterra estaba perdiendo en 1941 la batalla del Atlántico. No obstante su enorme flota y la ayuda que recibía de Roosevelt, por cada nave que construía perdía 3. En los dos primeros años de lucha fueron hundidos 2,432 barcos aliados con un total de 8.938,828 toneladas. La Luftwaffe hundió 526 de esos barcos. La situación de la Gran Bretaña era cada día más comprometida.

Por eso Churchill acudía una y otra vez a Roosevelt en demanda de ayuda (en 5 años de operaciones recibió cien millones de toneladas de alimentos, de municiones y de materias primas). También le pedía más barcos porque los cincuenta destructores que le había cedido un año antes no eran ya suficientes. «Este peligro mortal —decía— es la constante y creciente disminución del tonelaje marítimo...» Agregaba que en sólo cinco semanas se habían perdido 420,000 toneladas de barcos (más de setenta naves) y comentaba: «Nos falta la ayuda de la Armada Francesa, de la Japonesa y, sobre todo, la de los Estados Unidos... Estos dos acorazados alemanes (se refería al Bismarck y al Tirpitz aún no terminado) modernos y de primera clase, de 35,000 toneladas, con cañones de 15 pulgadas, nos obligan a mantener una concentración que no se había hecho antes necesaria.

Churchill se quejaba así de que su flota estuviera sola en la lucha, a pesar de que era la más grande flota del mundo, compuesta de 272 barcos de guerra de primera línea, entre los que figuraban 12 acorazados, 7 portaaviones, 63 cruceros y 179 destructores. Sin embargo Churchill no se sentía seguro frente a la pequeña flota alemana de 54 naves, que ocupaba un sexto lugar después de la inglesa, la norteamericana, la japonesa, la francesa y la italiana.

No era ésa, realmente, una actitud decorosa del Primer Ministro de la Reina de los Mares. El «Tirpitz» era uno de los dos únicos acorazados alemanes que tanto inquietaban a Churchill, pero aún no estaba terminado.



El otro era el «Bismarck», y quedó listo en 1941. La noche del 21 de mayo zarpó de Noruega bajo el mando del vicealmirante Luetjens (quien durante un recorrido anterior en los cruceros Scharnhorst y Gneisenau había destruido 22 barcos británicos con un total de 115,000 toneladas). El «Bismarck» iba acompañado del crucero «Príncipe Eugenio», de 10,000 toneladas. El día 23 las dos naves fueron avistadas por los cruceros ingleses «Suffolk» y «Norfolk», los cuales se concretaron a seguir las a respetable distancia y a pedir, fuerzas superiores que las batieran.

A las 5 de la madrugada del día 24, en las frías aguas comprendidas entre Islandia y Groenlandia, dos poderosos acorazados británicos convergieron a cerrarle el paso al «Bismarck»: uno era el «Hood», de 42,100 toneladas, barco insignia de la flota; su construcción había costado un equivalente a 115 millones de pesos en 1920. El otro era el moderno «Príncipe de Gales», de 35,000 toneladas. Las tripulaciones de los cruceros «Suffolk» y «Norfolk», que habían seguido de lejos la marcha del acorazado alemán, se dispusieron a presenciar su destrucción.

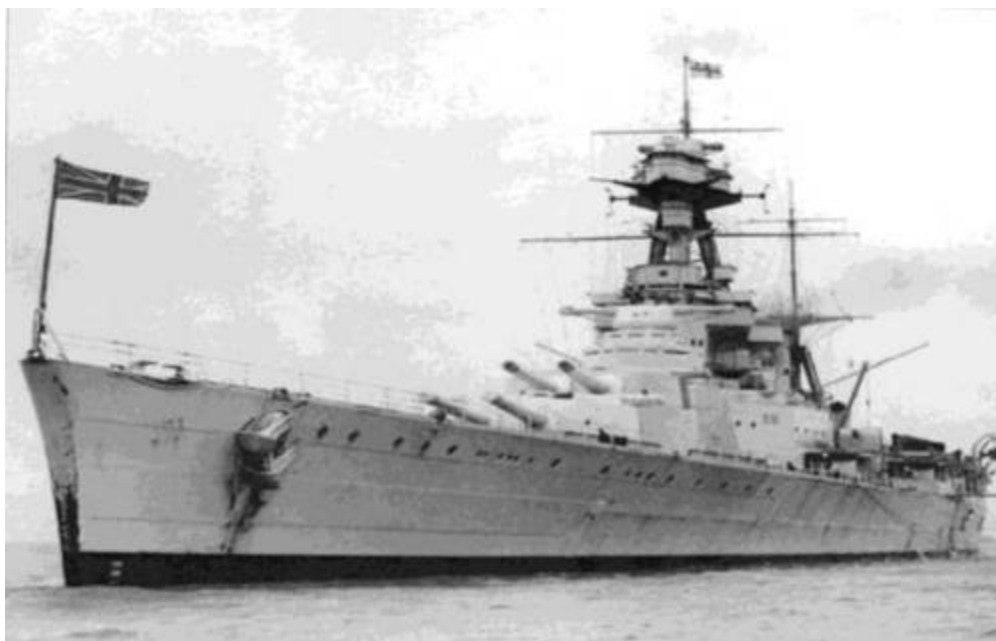
Churchill dice en sus Memorias que el «Hood» y el «Príncipe de Gales» habían pedido el refuerzo del acorazado «Renown», del portaaviones «Ark Royal» y del crucero «Sheffield». Pero antes de que estas naves llegaran el «Hood» abrió el fuego a una distancia de 25 kilómetros; el «Príncipe de Gales» lo secundó. Instantes después el «Bismarck» contestó con los cañones de todas sus torres. La lucha se circunscribía a los dos acorazados ingleses, con un total de 17 grandes cañones (de 35 centímetros de diámetro), y el acorazado alemán con ocho. El crucero «Príncipe Eugenio» no podía participar en una batalla de gigantes.

Los acorazados, se cruzaban proyectiles de más de 800 kilos cada uno. El fuego del «Hood» era certero y a la tercera descarga logró situar disparos a corta distancia del «Bismarck», por ambos costados. El «Príncipe de Gales» consiguió lo mismo hasta la sexta andanada. Columnas de agua se levantaban a 60 metros de altura y servían como puntos de referencia para afinar la puntería, todavía falla en novecientos metros.

Por su parte, el «Bismarck» había concentrado el fuego sobre el «Hood». Seis minutos después, a la tercera andanada, logró uno o varios impactos que ocasionaron una terrífica explosión. Los testigos dicen que

una erupción de llamas se alzó entre los mástiles del «Hood» a más de trescientos metros de altura y que se vio ascender una gran bola incandescente. Torres completas de artillería y partes de coraza habían sido lanzadas al aire. Tras del relámpago cegador fue perceptible que el «Hood» se había partido en dos y que los levantados extremos de la popa y de la proa se hundían rápidamente.

De su tripulación de 1,500 hombres, encabezada por el Vicealmirante L. E. Holland, sólo se salvaron tres. La explosión mató a la mayoría.



Acorazado «Hood», barco insignia de la Flota Británica: 42.000 Toneladas. Costó un equivalente de 120 millones de pesos en 1920.

Los cañones del «Bismarck» se volvieron entonces contra el «Príncipe de Gales», le hicieron cuatro impactos con proyectiles de 15 pulgadas y tres con proyectiles de 8; uno le destruyó el puente y otro le abrió un agujero por donde le penetraron cuatrocientas toneladas de agua. «El Príncipe de Sales» rompió entonces el combate y se retiró para ponerse a salvo. Llevaba varios muertos y heridos a bordo. Al parecer hubo entonces un momento de indecisión a bordo del «Bismarck»: el comandante Lindeman quería regresar a la base de Noruega, por la misma ruta, y Hitler les dijo en radiograma que creía que eso era lo más conveniente, Pero el Vicealmirante Luetjens, que iba a bordo del «Bismarck», resolvió que se adentraran en el

Atlántico para cumplir la orden de atacar convoyes británicos. Más tarde recibió noticias de que numerosos barcos enemigos convergían hacia él para cerrarle el paso, de tal manera que no le quedaría más alternativa que combatir nuevamente contra fuerzas superiores y tratar de alcanzar las bases alemanas en la costa francesa, a más de mil kilómetros de distancia.

Churchill refiere así aquel dramático momento;

*«El Almirantazgo Británico llamó a todas las fuerzas. El “Rodney”, el “Ramillies”, el “Rebenge” y otros acorazados fueron a la persecución del “Bismarck”. Aquella noche el “Bismarck” cambió súbitamente de rumbo para enfrentarse a todos sus perseguidores. Ahora sabemos que este movimiento se llevó a cabo para cubrir la fuga del “Príncipe Eugenio”, que diez días después llegó a Brest (Francia). El portaaviones “Victorius” se unió a la caza del “Bismarck” cubierto por cuatro cruceros. Luego les siguieron los acorazados “Jorge V” y “Rodney”».*

En vista de lo ocurrido al «Hood», que era considerado como la nave más poderosa del mundo por su potencia de fuego, velocidad y coraza, el Almirantazgo Británico ordenó extraordinarias precauciones y comunicó al acorazado «Renown» (próximo a la zona) que no fuera a entrar en combate con el «Bismarck», a menos que pudiera hacerlo junto con los acorazados «Jorge V» y «Rodney».

Acorazados, cruceros, destructores y portaaviones, procedentes de Groenlandia, de Inglaterra y de Gibraltar, fueron cautelosamente convergiendo por los cuatro puntos cardinales. Así llegaron los cruceros de batalla «Renown» y «Repulse»; los acorazados «Nelson», «Rodney», «Príncipe de Gales», «Ramillies» y «Jorge V»; los portaaviones «Ark Royal» y «Victorious»; los cruceros «Norfolk», «Suffolk», «Sheffield» y «Dorsetshire», los destructores «Maori», «Zulú», «Sikh», «Piorun», «Cossack» y otros más, hasta hacer un total de 8 acorazados y cruceros de combate; 2 portaaviones, 4 cruceros, 21 cazatorpederos, 6 submarinos y más de cien aviones. De Groenlandia y de varios portaaviones salieron bombarderos y torpederos para localizar al «Bismarck», cuyo rastro habían perdido el día 25 los cruceros ingleses «Suffolk» y «Norfolk». De pronto, el «Bismarck» comenzó a comunicarse largamente con el Alto Mando de la Marina y delató su posición. Los británicos no salían de su asombro... ¿A qué se debía esa insensatez? Posteriormente se supo que a bordo del

«Bismarck» se registraron las pulsaciones eléctricas de los radares de los dos cruceros ingleses, de tal manera que Luetjens creyó que no le habían perdido la pista. Lo que ignoraba era que tales pulsaciones, muy débiles, no alcanzaban a regresar a los cruceros británicos y que éstos daban ya por perdida la pista del «Bismarck».

Al funcionar la radiotransmisora, el acorazado alemán delató su posición a los dos cruceros que lo seguían a respetable distancia. Como consecuencia, no tardaron en caer bandadas de aviones bombarderos y torpederos que estuvieron acosándolo todo el día 26. Al anoecer, después de tres días de persecución, el acorazado alemán fue alcanzado por un torpedo aéreo que le destruyó los timones y le averió las hélices. (Previamente la protección del timón había sido dañada por otro torpedo). Al pegar el segundo torpedo en el mismo sitio, el daño fue irreparable. Aunque intacto, el gigante quedó casi al garete y moviéndose lentamente en mitad del Atlántico; no podía maniobrar ni tomar dirección determinada. Sus 138,000 caballos de fuerza eran ya inútiles.

Luetjens comprendió que estaba perdido... Esa misma noche envió el siguiente radiograma al Alto Mando de la Marina: «Buque incapaz de maniobrar. Lucharemos hasta la última granada. ¡Viva el Führer!.— Vicealmirante Luetjens».

A las dos de la madrugada los cazatorpederos «Maori», «Sikh», «Zulú», «Piorun» y Cossack.» disminuyeron la distancia y comenzaron a lanzar andanadas de torpedos contra el «Bismarck», que ya se hallaba inmóvil. A pesar de la obscuridad éste contestó con fuego muy certero, por primera vez en la historia dirigido por radar, y los cazatorpederos volvieron a alejarse. Estos también tenían radar, pero era de un tipo todavía muy primitivo.

Al amanecer el día 27 el vicealmirante Luetjens pidió que un submarino se acercara para entregarle su cuaderno de bitácora. Por un capricho del azar la comisión le fue dada al U-556 del teniente Wohlfarth, quien tiempo antes se había cruzado en su base con el «Bismarck» y le había dicho mediante señales, humorísticamente: «Cuando le toque zarpar, no se preocupe. Cuidaré de que no le pase nada malo». Ahora el «Bismarck», en capilla, lo llamaba para entregarle sus memorias.

El U-556 trató de acercarse y súbitamente, al emerger, se encontró que tenía a tiro al acorazado inglés «Renown» y al portaaviones «Ark Royal». Era una posición privilegiada en que bastaría disparar los torpedos de proa y popa para hundir ambas naves que cercaban al «Bismarck». Pero lleno de amargura Wohlfarth no pudo hacer nada por su hermano mayor: no le quedaba ya ni un solo torpedo... En su bitácora anotó:

«¡Si tuviera ahora torpedos! Posición ideal para un ataque. ¡Sin destructores, sin zig zag!... Observo disparos de bengalas y fuego de defensa del “Bismarck”. Ataque de artillería. Una sensación espantosa, estar cerca y no poder hacer nada».

Ni siquiera pudo el U-556 recoger la bitácora del vicealmirante Luetjens. Dos horas antes, a las 8.47 de la mañana, el «Bismarck» había comenzado su última batalla. Los acorazados «Rodney» y «Jorge V» iniciaron el cañoneo, inmediatamente seguidos del «Príncipe de Gales» y de otros más. El acorazado alemán ya no podía maniobrar y relativamente era una presa fácil.

El comandante del «Dorsetshire» también participó en el cañoneo durante nueve minutos, pero después declaró que se había retirado «porque ya no era posible distinguir los disparos, que llovían sobre el Bismarck». Varias naves también lo acosaban con torpedos. Doce bombarderos del «Ark Royal» volaron sobre la acorralada presa y debido a lo nutrido del fuego no pudieron descender lo suficiente para atacar.

Ante la imposibilidad de maniobrar y de dirigir el tiro, él vicealmirante Luetjens ordenó a todas las torres de artillería «fuego a discreción». Los artilleros que morían eran sustituidos por personal no especializado sólo para que simbólicamente siguieran disparando. Frederick Kramer dice que por unos momentos los marinos cantaron su himno ante el fin inminente de su nave.

El «Bismarck», inmóvil a 640 kilómetros de Brest, resistió un fuego concentrado que antes ninguna otra embarcación de guerra había recibido. Durante algunos minutos disparó contra el «Jorge V» y contra el «Rodney», pero bien pronto el fuego de tres barcos le inutilizó sus cañones, que quedaron muertos apuntando hacia diversos rumbos. A las 10 de la mañana la cubierta del acorazado estaba destrozada y se elevaban grandes

humaredas. Como la nave seguía a flote y sin arriar la bandera, le siguieron lloviendo granadas y torpedos desde cuatro barcos, hasta que a las 10.40 comenzó a hundirse de costado.

El oficial británico L. R. Crocker refirió: «Vi que nuestras granadas; sacaban las entrañas al «Bismarck». Acometimos contra su popa y se extendió el incendio en la nave. Pero los nazis tenían valor.

El «Rodney» disparó contra la torrecilla posterior hasta derribarla. Para entonces, el «Bismarck» se hundió entre llamas y olas con su bandera izada que significaba no rendición».

Cuando el acorazado alemán se fue a pique, la Flota Británica tuvo oportunidad de ejercer un último desquite: se retiró de aquellas aguas sin rescatar a los náufragos supervivientes, entre los cuales figuraban muchos de los 500 cadetes de la marina alemana que hacían su primer viaje de entrenamiento. Al parecer sólo algunos fueron recogidos para interrogatorios. El oficial británico L. R. Crocker dijo:

«Había muchos “jerries” (alemanes) en el agua y no tenían nada a qué aferrarse, ni siquiera una balsa». Así quedó vengado el hundimiento en combate del acorazado «Hood», barco insignia de la Flota Británica.

El capitán Russell Grenfell<sup>[103]</sup>, de la Real Armada Británica, hace notar que meses antes de la batalla del «Bismarck», Alemania había lanzado al Atlántico a sus cruceros de combate «Scharnhorst» y «Gneisenau», que luego fueron inmovilizados y cercados en Brest, Y agrega que poco después del hundimiento del «Bismarck» «quedó su hermano gemelo, el “Tirpitz”». «Si los alemanes se hubieran esperado hasta que el “Tirpitz” estuviera listo—dice Russell Grenfell— y entonces hubieran enviado a los cuatro juntos; el problema de habérselas con ellos en alta mar hubiera sido en verdad espinoso. Pero, felizmente para nosotros, los alemanes decidieron gastar centavo a centavo, el capital de sus naves».

En efecto ese error de impaciencia fue cometido por Alemania lo mismo con los barcos que con otras armas (como ciertas minas, tanques y aviones) cuya superioridad cualitativa pudo haber rendido incalculables dividendos caso de haberse usado con mayor concentración.



El Capitán del Dorsetshire, Benjamin Martin (derecha), que tomó la decisión de dejar a cientos de marineros alemanes en el agua. Más tarde, el submarino alemán U-74 rescató a tres marineros. Al día siguiente, el buque alemán Sachsenwald rescató dos más. De un total de 2.221 hombres, solo 115 sobrevivieron.

## 4000 SEPULTURAS EN MALEME

Tras la victoria alemana en Yugoslavia y Grecia, los británicos se retiraron a la isla de Creta, en la cual proyectaban erigir bases aéreas contra las bases alemanas de la Europa Sudoriental y: eventualmente desquiciar el abastecimiento de petróleo del Reich bombardeando los campos petroleros de Rumania. El general Freyberg se hizo cargo del mando aliado en Creta. Aunque por el momento el peligro era insignificante, Hitler vio con inquietud ese ámago al flanco derecho de su proyectada invasión de Rusia. Alentado por el general Kurt Student, comandante del 11º Cuerpo Aéreo, accedió a un peligroso intento de capturar Creta desde el aire.

Como los preparativos se hicieron forzosamente en Grecia, el espionaje aliado tuvo oportuno conocimiento de ellos. El 17 de abril (1941) Churchill ordenó al general Wavell que se previniera para preservar a Creta. 28,600 soldados británicos se parapetaron en la isla, al lado de otros 28,000 soldados griegos. Este total de 56,600 hombres disponía de artillería, cuerpos de tanques y vehículos de transporte, por lo cual parecía suicida cualquier ataque de paracaidistas, cuyo número necesariamente tenía que ser muy inferior y prescindir de armas pesadas y de autotransportes. Hitler mismo abrigaba muchas dudas sobre la suerte del ataque.

El general Freyberg, comandante de la guarnición aliada de Creta, comunicó al Alto Mando inglés, el 5 de mayo<sup>[104]</sup>: «No puedo explicarme la nerviosidad; no me preocupa lo más mínimo un ataque aerotransportado». Mostraba más preocupación por una invasión naval, pero la Real Armada había ya descartado esa posibilidad.

Quince días más tarde —el 20 de mayo—, la séptima división de transporte por aire, que era la única con que contaba Alemania, emprendió



una de las más arriesgadas acciones militares de todos los siglos. Cinco mil paracaidistas fueron arrojados ese día por la Luftwaffe cerca de las tres principales bases militares de Creta: Maleme, Retimo y Heraklión. Después de un ataque de 640 aviones, cinco mil miembros del movimiento nacional-socialista de Hitler arrostraron con fanático espíritu de lucha la tarea de atacar a una guarnición enemiga de 56,600 hombres, dotada de armas pesadas y firmemente acantonada en sus defensas. La desproporción era tan grande que el general Freyberg, comandante aliado en Creta, había dicho:

«No me preocupa lo más mínimo un ataque aerotransportado». El propio Mando Alemán tenía profundas dudas acerca del éxito del asalto y se abstuvo de dar a conocer su iniciación. Refiriéndose a esa acción de guerra, el capitán británico Liddell Hart escribió: «Hace diez años ocurrió la hazaña más pasmosa y audaz de la guerra. Fue también la más sorprendente de todas las operaciones aerotransportadas».

La lucha librada el 20 de mayo tuvo excepcionales características de violencia. La capacidad de fuego de la guarnición superaba varias veces el relativamente débil fuego de los atacantes. El Regimiento de Asalto de los paracaidistas alemanes luchó desesperadamente por la base aérea de Maleme; sufriendo pérdidas que podían haber arredrado a cualquier otro cuerpo de combate, ganaba terreno milímetro a milímetro.

La proclama del teniente coronel Von der Heydte a su regimiento de asalto estaba teniendo validez en la prueba de fuego: «Yo exijo de cada soldado la plena renuncia a todo apetito personal. Quien ha jurado servir la bandera de Prusia, ¡ya no posee nada suyo! Porque de la abnegación y renuncia de la condición individual es de donde surge la auténtica personalidad marcial... Todo soldado tiene que aprender a creer en la victoria, hasta si en ciertos momentos pareciera inconcebible».

El segundo día de la batalla Churchill pudo dar un informe optimista en la Cámara de los Comunes y anunció que «la mayor parte» de los paracaidistas había sido aniquilada. Los supervivientes luchaban sin desmayo, pero se creía poderlos dominar. También el Cuartel General Británico del Medio Oriente siguió confiando en la victoria otros dos días más.

«La noche del 20 al 21 de mayo —dice el general Student, comandante de los paracaidistas alemanes— fue crítica para el Mando Alemán. Tuve que tomar una grave decisión. Decidí emplear la masa de las reservas de paracaidistas, con que todavía contaba, para la ocupación final del aeródromo de Maleme. Si el enemigo hubiese hecho un contraataque organizado durante esa noche o en la mañana del 21 de mayo, probablemente hubiese tenido éxito en derrotar los muy abatidos y exhaustos restos del regimiento de asalto, máxime que éste sufría de una terrible escasez de municiones».

Ese regimiento se enfrentaba con el valioso regimiento de asalto de las tropas escogidas de Nueva Zelandia y con otros contingentes británicos. Al siguiente día las mermadas reservas de paracaidistas capturaron en parte el aeropuerto y el pueblo de Maleme y esa misma tarde llegó de refuerzo el primer batallón alpino alemán, a bordo de 500 transportes y planeadores. Ciento cincuenta de ellos fueron derribados o se accidentaron al bajar, pero lo más crítico de la batalla había pasado ya.

Sin embargo, miles de paracaidistas habían muerto. En el momento supremo se inmolaron resueltamente conforme a su propio canto de guerra: «Alemania debe vivir aunque nosotros tengamos que morir».

Cierto que en todas las batallas hay en mayor o menor grado ese espíritu de sacrificio, pero no una certidumbre tan palpable de que la muerte es ineludible como la que afrontaron los paracaidistas en esa lucha excepcionalmente desigual.

El mismo Churchill confiesa en sus Memorias: «Puede decirse que la batalla de Creta fue única. El cuerpo aéreo alemán representaba la llama del movimiento juvenil de Hitler y era una encarnación ardiente del espíritu teutónico del desquite por la derrota de 1918. La flor y nata de la virilidad alemana estaba expresada en esas tropas paracaidistas de los nazis, valientes, bien entrenadas y completamente fanáticas. Ningún ataque de los lanzados por los alemanes había sido más atrevido ni más implacable».



Por su parte, la guarnición aliada combatió con coraje, y del coraje pasó a la rabia, al ver cómo aquel puñado de jóvenes soldados iba arrebatándole la isla que había considerado inexpugnable. El Alto Mando Alemán denunció que las tropas aliadas no estaban haciendo prisioneros a los paracaidistas cercados, inermes o heridos, sino que los descuartizaban a bayonetazos; violando las leyes de la guerra —decía— se había hecho fuego contra los paracaidistas antes de que llegaran a tierra. Para aminorar este riesgo, la Luftwaffe hacía vuelos casi rasantes y arrojaba a los soldados desde muy poca altura, apenas para dar tiempo a que sus paracaídas se abrieran.



General Student, comandante del XI Cuerpo Aéreo, que capturó la isla de Creta.

«Muchos —dice Liddell Hart— fueron muertos o heridos por accidentes en los aterrizajes, pero aquellos que sobrevivieron eran los más fieros combatientes, mientras sus adversarios numéricamente superiores no estaban tan altamente adiestrados». Los paracaidistas contaban con recibir armas pesadas y refuerzos por mar, pero las pequeñas embarcaciones mercantes que llevaban esos refuerzos carecieron del apoyo de la flota italiana —que no se atrevió a acercarse al combate— y la flota británica se dio gusto cazando lanchones. En esa operación murieron ahogados 800 soldados alemanes que trataban de llegar a Creta, y 1,500 tuvieron que regresarse a Grecia.

Carentes de marina en el Mediterráneo, los alemanes sólo pudieron lanzar su aviación contra la flota británica, y en rabiosos ataques de venganza hundieron a los destructores «Herward», «Kelly», «Greihound» y «Kashmir» y a los cruceros «Gloucester» y «Fiji», además de averiar gravemente a 4 cruceros más y a los acorazados «Warspite» y «Valiant». Los ingleses perdieron dos mil marinos. Su Flota del Mediterráneo,

maltrecha, tuvo que retirarse el 23 de mayo. Pero ni ese triunfo alentó a la escondida flota italiana.

El séptimo día de lucha el comandante británico en Creta, general Freyberg, informó a Churchill: «En mi opinión las tropas bajo mi mando han llegado al límite del sufrimiento... Nuestra posición aquí es insostenible». Liddell Hart comenta que «ese veredicto, viniendo de un soldado como el general Freyberg, poseedor de la Cruz de la Victoria, no fue refutado». Churchill accedió a la retirada por mar, la cual se inició la noche del 29 de mayo, exactamente diez días después de que principió el ataque alemán 16,000 soldados aliados fueron evacuados de Creta y 11,000 de ellos lograron llegar a Egipto; 2,000 perecieron en los ataques aéreos alemanes a la Flota Británica en retirada. El resto de la guarnición (40,000 hombres) cayeron prisioneros en la isla. En las Memorias de Churchill estas cifras son menores porque sólo aluden a los efectivos y a las bajas de los ingleses, australianos y neozelandeses, que eran 28,600, y no incluye a las dos divisiones griegas compuestas de otros 28,000 soldados.

Para el día 29 en que se inició la retirada de los británicos, los alemanes ya habían logrado llevar un total de 22,000 hombres, pero los que estuvieron en lo más crítico de la lucha, los que con sus vidas hicieron posible la victoria, reposaban para siempre en 4,000 sepulturas cerca de Maleme.

El escritor norteamericano Robert E. Sherwood dice: «La derrota que los paracaidistas alemanes infligieron a los ingleses fue una de las más aplastantes y humillantes de la guerra». Sin embargo, no es ése el significado de la batalla de Creta; su real significación, su verdad histórica, es el coraje militar con que el ejército alemán sacudió de uno al otro confín de Europa las garras con que los protectores judíos del marxismo querían asirlo por la espalda y por los flancos para retardar y aminorar su golpe contra la URSS.

Los soldados alemanes muertos en las nieves de Noruega fueron la Muralla con que el Ejército Alemán guardaba el flanco izquierdo de su futura ofensiva contra la URSS; los cadáveres dejados en los campos de Francia protegían la retaguardia de esa misma ofensiva; y las 4,000 sepulturas de Maleme, en Creta, eran simbólica muralla del flanco derecho.

El auténtico frente —el frente de la cruzada que desde 1919 proclamó Hitler contra el marxismo israelita— apuntaba hacia el Oriente bolchevique. Después de Creta...

### **¡Rusia!**

Al epilogarse en Creta el desplome aliado en los Balcanes, Hitler aseguró al fin las bases militares desde las cuales lanzaría la invasión de la URSS. Grandes ejércitos alemanes se habían reconcentrado ya en Prusia, en Polonia y en Rumania; eran tan grandes que no podían pasar inadvertidos para nadie ni ser disimulados bajo camuflaje. Henry C. Cassidy, corresponsal de la «Associated Press», así lo admite en su libro «Fechado en Moscú». Dice que en todas las cancillerías de Europa se anunciaba la proximidad del choque germanosoviético.

Los servicios secretos de Churchill y Roosevelt tuvieron detallado conocimiento de esos preparativos y se los comunicaron a Stalin, pero se los ocultaron a sus propios pueblos. La propaganda clamaba que Occidente se hallaba en peligro de invasión y esta superchería tenía por objeto azuzar a la opinión pública y rechazar la paz que Hitler proponía, porque en caso de hacerse la paz, el marxismo israelita tendría que luchar solo.

El 8 de enero de 1941 Hitler le dijo a su Ministro Ribbentrop<sup>[105]</sup> que seguía dispuesto a hacer concesiones para llegar a un acuerdo con Inglaterra, pero que el Gobierno inglés no quería tomar en consideración esa posibilidad. Recién terminada la campaña de los Balcanes, casi en vísperas de la invasión de Rusia, Hitler repitió lo mismo a Rudolf Hess (líder del Partido Nazi, representante del Führer y sucesor suyo después de Goering).

Esto hizo pensar a Hess que una «acción fuera de lo corriente, que llamara la atención de todo el mundo, acaso lograría suavizar la irreconciliable actitud de Inglaterra»<sup>[106]</sup> y decidió volar a la Gran Bretaña para ofrecerle la paz. Después de secretos preparativos, la tarde del 10 de mayo (1941) salió de Alemania piloteando un avión de caza Me 110. En una carta que le dejó a Hitler le decía: «Y en el caso, mi Führer, de que mi proyecto fracase, y reconozco que existen muy pocas probabilidades de éxito, y el Destino se muestra adverso, no puede tener esto para usted, ni para Alemania, consecuencias graves: declare que estoy loco».

A las diez de la noche de ese día Hess cruzó la costa inglesa a 750 kilómetros por hora, volando peligrosamente bajo para eludir a la aviación británica. A las 22.40 horas localizó Dungavel, finca del duque de Hamilton, y se arrojó en paracaídas. Era ése su primer salto en paracaídas y estuvo a punto de perecer.

Hess llevaba el propósito de convencer a los ingleses de que Alemania quería su amistad y de que Hitler sólo pretendía aniquilar al marxismo. Churchill admite en sus Memorias: «El 10 de mayo el Duque de Hamilton me buscó urgentemente para decirme que Hess había llegado a Escocia. Era el suplente del Führer, miembro del Consejo Secreto del Reich, miembro del Gabinete Secreto para Alemania y Líder del Partido Nazi.

»Conocía y era capaz de entender los pensamientos íntimos de Hitler, tales como su odio por la Rusia Soviética, su ambición de destruir el bolchevismo, su admiración por Inglaterra y su sincero deseo de mantener su amistad con el Imperio Británico... La idea que tenía Hess acerca del cuadro europeo, era la de que Inglaterra había sido apartada de sus verdaderos intereses y de una política de amistad con Alemania, pero sobre todo de una alianza contra el bolchevismo, por los incitadores a la guerra, de los cuales Churchill era la manifestación superficial.

»Pero si él, Rudolf, podía llegar al corazón de Inglaterra y hacer que su rey creyera lo que sentía Hitler por su nación, las fuerzas malignas que ahora regían en aquella infortunada Isla, y que habían traído consigo tantas miserias innecesarias, quedarían suprimidas...»

¿Hacia quién volverse? Ahí estaba el duque de Hamilton. Lo había conocido en los juegos olímpicos. Sabía también que el duque de Hamilton era el senescal del rey. Un personaje así probablemente comería todas las noches con el soberano, quien seguramente le prestaría toda su atención. He aquí un conducto de acceso directo.

Por eso fue que Hess descendió cerca de la casa del Duque de Hamilton y pidió entrevistarse con él. Pero no logró hablar con el rey. El Duque lo puso en contacto con Churchill y éste lo encarceló y lo mantuvo aislado. (Posteriormente se le condenó a prisión perpetua). La propaganda tendió luego una espesa nube de reticencias y mentiras para ocultar a los pueblos occidentales el propósito de paz que llevaba Hess. Simultáneamente se

soslayó la inminencia de la invasión alemana de Rusia, y a sabiendas de que Hitler no preparaba ninguna ofensiva contra Inglaterra, siguió alentándose la patraña de que Estados Unidos y la Gran Bretaña se hallaban en mortal peligro.

Con objeto de reforzar esa falsedad y de acrecentar la psicosis de guerra, Roosevelt proclamó el 27 de mayo «una emergencia nacional ilimitada» y engañó a su pueblo haciéndole creer que de un momento a otro los nazis podrían llevarle la más espantosa desolación. (En esos momentos 145 divisiones, de un total de 208 de que disponía Hitler, se alistaban ante la frontera soviética para el asalto contra el bolchevismo). Con la «emergencia ilimitada» declarada por Roosevelt prácticamente todos los recursos de Estados Unidos se alinearon en la guerra contra Alemania y anticipadamente se colocaron al servicio de la URSS, que era realmente la que peligraba.

Así logró el movimiento político judío que los pueblos occidentales — democráticos y religiosos— se aliaran incondicionalmente a la tiranía que más furiosamente proscibía la libertad y la religión. Los israelitas de Occidente y los israelitas que habían entronizado en Moscú el sistema político del judío Marx, formaban un sólido frente.

¡En toda la historia de la humanidad era ésa la coalición más grande levantada por el judaísmo político mediante la perfidia del engaño!



Dos imágenes del acorazado Alemán Bismarck.





## **CAPITULO VI**

**La Guerra que Hitler sí Quería (1941)**

# EL PLAN ESTRATÉGICO DE HITLER CONTRA RUSIA

La campaña de Polonia en 1939 se había desarrollado conforme al plan estratégico trazado por el Estado Mayor General Alemán. Hitler intervenía poco y aisladamente en las operaciones militares, como cuando ordenó el asalto final sobre Varsovia. Pero ocho meses más tarde Hitler intervino fundamentalmente en el desarrollo de la campaña de Francia, concibió los golpes de audacia sobre el Canal Alberto y las fortificaciones de Eben Emael, y asimismo hizo posible que Guderian se lanzara por el norte de Francia y envolviera a los ejércitos aliados de Flandes. Todo esto lo realizó contra la opinión de muchos de los viejos y experimentados generales, partidarios de procedimientos más ortodoxos y menos audaces.

Pese a los notables aciertos de estrategia que Hitler demostró en la campaña de Francia, varios aristócratas generales se resistían naturalmente a aceptar sus sugerencias, y aun sus directivas, que eran órdenes. Y es que seguían viendo en él a un cabo, carente de preparación académica, y no cabía en su cabeza de peritos que un autodidacta en cuestiones militares pudiera intuir los principios básicos del arte de la guerra, a veces con más profundidad que los profesionales saturados de teoría y de pormenores técnicos.

Esa latente pugna entre Hitler, que trataba de imponer sus concepciones estratégicas, y los generales que procuraban modificarlas, fue una de las más grandes debilidades de Alemania. Aun en muchos casos en que las directivas del Führer eran obedecidas, faltaban la fe y el entusiasmo que son indispensables para ejecutar acertadamente órdenes ajenas de cuya exactitud duda el ejecutante.

Esta pugna se agravó en la campaña de Rusia. Por principio de cuentas muchos generales encabezados por Brauchitsch, como jefe de ejército; por Halder, como jefe del Estado Mayor General, y por Von Rundstedt, decano de los estrategas, no creían que la operación de Rusia fuera realmente inevitable. Aunque eruditos en su profesión, carecían de la necesaria visión política panorámica para ver que esa operación no era opcional, sino ineludible.

El desacuerdo se agudizó el 18 de diciembre de 1940 cuando Hitler comunicó a los jefes del ejército los principios básicos de su Plan Barbarroja para la invasión de la URSS.

El Plan Barbarroja —llamado así en memoria de Federico I que en el siglo XII pereció en las Cruzadas— dividía el frente germanorruso en tres sectores; norte, central y sur. El principal objetivo concebido por Hitler era limpiar todo el flanco izquierdo de su avance (sector norte), para lo cual era necesario aniquilar al enemigo en Lituania, Letonia y Estonia, capturar Leningrado y enlazar con los finlandeses. El segundo objetivo era realizar en seguida una progresión de norte a sur, aniquilar a los ejércitos soviéticos del sector central, envolviéndolos, y capturar Moscú. El tercer objetivo (sector sur) era avanzar en dirección de Kiev y la desembocadura del Dniéper, cerca de Kherson.

Poco después, el 3 de febrero de 1941, o sea cinco meses antes de que se iniciara el ataque, Hitler reiteró a sus generales que el principal objetivo era asegurar el flanco izquierdo (sector norte), con lo cual se facilitaría el flanqueo en profundidad del sector central y por tanto la captura de Moscú. Además, especificó que no deberían buscarse simultáneamente ambos objetivos (Leningrado y Moscú), salvo que ocurriera un «sorprendente y rápido colapso de la resistencia rusa».

Tal era, en síntesis el Plan Barbarroja trazado por Hitler para la invasión de la URSS. Pero Brauchitsch, como jefe del Ejército, y Halder, como jefe del Estado Mayor General, no estaban de acuerdo con él. Ambos querían descargar el golpe más fuerte en el sector central y adentrarse profundamente hasta capturar Moscú. En términos generales seguían las huellas de la invasión napoleónica.

De ese desacuerdo entre Hitler, por, una parte, y Brauchitsch y Halder por otra, resultó un plan que ni era el ideado por Hitler ni tampoco se ajustaba por completo al deseo de dichos generales. El historiador británico Liddell Hart reconoce ese hecho y comenta:

«Barbarroja, aprobado por Hitler el 18 de diciembre, contenía ideas perfectamente claras, aunque Brauchitsch las había tergiversado» («Los Generales Alemanes Hablan». Liddell Hart).

Este fue el primer paso en falso de la campaña de Rusia.

Así las cosas, se formaron tres grandes grupos de ejércitos, o sea uno por cada sector (norte, central y sur), mandados respectivamente por los mariscales Ritter Von Leeb, Von Bock y Von Rundstedt. Cada grupo de ejércitos constaba de tres o cuatro ejércitos, y a su vez cada ejército se componía de diez o quince divisiones. (La división alemana estaba formada por 15,000 hombres).

Von Brauchitsch se salió en parte con su idea y reforzó particularmente el grupo de ejércitos de Von Bock, o sea el del sector central, que tenía por meta Moscú, pese a que Hitler había ordenado que el primer objetivo debería ser Leningrado y el enlace con Finlandia, en vez de Moscú, que debería quedar como segundo objetivo.

Otro paso en falso en la campaña de Rusia fue que el Estado Mayor General Alemán calculó, con base en informes que no eran verídicos y que indudablemente los mismos soviéticos indujeron, que durante 1941 el Ejército Rojo no podría poner en pie de guerra más de 300 divisiones. Aun cuando Hitler sólo disponía de 145 divisiones alemanas para la campaña de Rusia (más 33 de sus aliados finlandeses, rumanos, húngaros, eslovacos e italianos), confiaba en que la calidad y la superioridad operativa borrarían esa diferencia de un millón ochocientos treinta mil combatientes y que los 2.175,000 soldados alemanes derrotarían antes del invierno a los 4.500,000 soviéticos.

En este último punto los cálculos de Hitler eran correctos, pero él Ejército Rojo no iba a lanzar sólo 300 divisiones en 1941, como se creía, sino 460, o sea cerca de siete millones de combatientes. Sobre la base de 145 divisiones alemanas (más 33 del Eje) y 300 soviéticas, Hitler estaba seguro de alcanzar la victoria antes de que llegara el invierno. En

consecuencia, según palabras del general Von Kleist, refrendadas por otros muchos, «No había preparativos para una lucha prolongada. Todo se basaba en la idea de un resultado decisivo antes del otoño».

Pero desde el primer día de la lucha Alemania estuvo en desventajosa situación, principalmente debido a tres factores:

1º Porque la oposición de los generales creó constantes perturbaciones en el Alto Mando e impidió que el Plan Barbarroja de Hitler fuera ejecutado tal como se le trazó.

2º Porque Alemania no podía concentrar todo su esfuerzo contra la URSS, y en cambio ésta sí podía hacerlo contra Alemania. Occidente le mantuvo a Hitler 63 divisiones inmovilizadas (945,000 soldados) en la Europa occidental y en los Balcanes. Y esto en los primeros meses del ataque a Rusia, pues luego ese número fue aumentado.

3º Porque las 145 divisiones alemanas lanzadas al frente ruso no iban a combatir en 1941 contra 300 divisiones soviéticas, como se creía en Berlín que sería el peor de los casos, sino contra 460. Debido a esta mala información (obra del conspirador Canaris) Alemania no preparó una campaña de invierno, cosa que la URSS sí hizo<sup>[107]</sup>.

Fue un hecho extraordinario que a pesar de esas enormes desventajas el Ejército Alemán penetrara tan profundamente en Rusia. Igualmente notable fue que colocara al gigantesco Ejército Rojo al borde del desastre y que lo obligara a clamar angustiosamente la ayuda de Roosevelt y de Churchill, sin la cual habría perecido. Tal hazaña se debió a las cualidades de combate del soldado alemán y a las imponderables fuerzas del espíritu.

El escritor norteamericano William L White señala que la enorme población rusa dispone anualmente de dos millones de jóvenes de 18 años, mientras que los alemanes sólo pueden oponer 500,000. «Considerando solamente los efectivos militares —dice—, el milagro es que cualquier soldado alemán fue capaz de pisar suelo ruso».

## LA MÁS GRANDE LUCHA EN LA HISTORIA DE LAS ARMAS

El sacrificio de Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda, Francia, Yugoslavia y Grecia, y el sacrificio que aún seguía imponiéndose al pueblo inglés para que prosiguiera la guerra, fue obra del movimiento político judío en beneficio del marxismo israelita, el cual ciertamente capitalizó con extraordinaria maestría la sangre de esos ocho pueblos.

En los dos años que Hitler había pasado librando la guerra que no quería (de 1939 a 1941), la URSS redondeó la movilización de sus gigantescos recursos. En ese lapso la industria fue ampliada y forzada a aumentar su producción en un 50%. La «Ossoaviakim» redobló sus esfuerzos para impartir nociones militares a 36 millones de hombres, a fin de tener una enorme reserva de reclutas, francotiradores, guerrilleros o saboteadores, y fueron adiestrados varios cientos de miles de especialistas en las diversas fases de la guerra.

El Ejército Rojo había esclavizado los países de Estonia, Letonia y Lituania —con la tácita aprobación, de Churchill y Roosevelt— y amenazaba a Alemania por el norte y el Mar Báltico. También había sojuzgado la provincia rumana de Besarabia y amenazaba al Reich por el sur. En el centro de esas tenazas ocupó media Polonia y erigió bases cerca de los centros industriales germanos.

160 divisiones soviéticas se hallaban en la frontera y otras 140 en bases situadas a profundidad (un total de cuatro millones y medio de combatientes), además de grandes reservas que premiosamente estaban siendo equipadas. Todo esto ocurría a principios de 1941. Dado que la ideología nazi de Hitler había nacido desde 1919 como un movimiento

específicamente antibolchevique, veía con creciente inquietud la gigantesca concentración armada soviética.

Según el diplomático norteamericano William C. Bullitt<sup>[108]</sup>, en 1939 Roosevelt le comunicó a Stalin que esperara un ataque alemán para, «principios del verano de 1941» e incluso le revelaba cuáles eran «los puntos principales del plan estratégico de Hitler». Y a fin de darle tiempo al Ejército Rojo para que aumentara sus efectivos, Alemania fue forzada a combatir contra Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Yugoslavia y Grecia.

La primavera de 1941 tocaba a su fin y Hitler se hallaba ante la terrible alternativa de lanzarse contra Rusia, sin haber suprimido del todo el frente occidental representado por Inglaterra, o aplazar esa ofensiva y correr el riesgo de que el bolchevismo se lanzara contra Alemania. En este caso el campo de maniobra era tan reducido (por la pequeñez territorial del Reich) que la industria bélica podía sufrir una herida devastadora en el primer impacto.

El Ejército Alemán constaba entonces de 208 divisiones, pero 63 de ellas se hallaban inmovilizadas como guarnición de los países ocupados o en previsión de un ataque británico. Para la operación de Rusia, Hitler sólo podía disponer de 145 divisiones y se calculaba que los soviéticos tenían 300. (En realidad eran más de 400). Por consiguiente, la invasión de Rusia implicaba un riesgo enorme, pero sin duda el aplazarla implicaba un riesgo mayor: si en 1941 Inglaterra todavía no se reponía de la derrota sufrida en Flandes, para 1942 ya habría armado un nuevo ejército; si en 1941 Roosevelt aún no lograba empujar al pueblo norteamericano a la contienda, más tarde sí conseguiría hacerlo, y si en 1941 Stalin disponía de 400 divisiones, no tardaría en tener 500. La población alemana de 80 millones de habitantes no podría a la larga movilizar tantas masas combatientes como la gigantesca coalición levantada por el movimiento político judío.

En resumen, el ataque alemán a la URSS a mediados de 1941 era una operación peligrosísima, pero cada día que pasara los riesgos aumentarían en vez de disminuir. Hitler sostuvo consigo mismo una lucha en esa encrucijada, antes de que a las siete de la noche del 21 de junio de 1941 diera la orden para que el ataque a la URSS principiara a las cuatro de la



mañana del día siguiente. De ese conflicto íntimo en el umbral de la terrible decisión quedó constancia en una carta que esa noche dirigió a Mussolini<sup>[109]</sup>:

«Le dirijo ésta en un omento en que las preocupaciones producto de meses de profunda meditación y terrible expectativa, me ha llevado a tomar la decisión más grave de mi vida. Después de haber analizado la situación rusa creo que no puedo seguir asumiendo la responsabilidad de continuar esperando por más tiempo... Rusia e Inglaterra están igualmente interesadas en el derrumbe de Europa. Agazapados detrás de estos dos países, pero con la mira de provocar dificultades, se encuentran los Estados Unidos. (En realidad, Roosevelt y su grupo de judíos)... El despliegue de las fuerzas rusas es enorme; puede uno decir que todas aquellas divisiones de que dispone la Unión Soviética se encuentran en nuestra frontera. Además, desde que entró el verano han estado muy ocupados en la construcción de fortificaciones». Por otra parte, Hitler dijo a la nación y al mundo:

«Durante más de dos decenios los judíos bolcheviques que tienen el poder en Moscú, han procurado incendiar no sólo a Alemania, sino también a Europa entera. A partir del 10 de mayo de 1940 la concentración rusa en Occidente fue adquiriendo una gravísima amenaza. Por eso pensé en agosto de 1940 en no dejar desguarnecidas las provincias orientales... Hoy, unas 160 divisiones rusas están ante nuestra frontera (140 más se hallaban en líneas posteriores de resistencia). La tarea de este frente deja de ser la de proteger fronteras particulares y tornase en la tarea de proteger a Europa y salvarnos a todos. Por ello he decidido confiar la suerte y el futuro del Reich alemán y de nuestra nación una vez más a nuestros soldados. ¡Que Dios nos ayude en esta lucha decisiva!»

Entre sus allegados, Hitler comentó en su cuartel de Prusia Oriental: «Al principio de cada campaña se empuja un enorme portón que da acceso a una estancia sumida en la oscuridad. Nunca se puede saber lo que se oculta detrás».

Aunque iba a librarse una cruzada por la suerte no sólo de Alemania, sino de Europa toda, la propaganda judía oscureció ese hecho incontrovertible. Luego la influencia masónica en los gobiernos europeos y la postración causada por las inútiles luchas en Polonia, Noruega, Bélgica,

Francia, Holanda, Yugoslavia y Grecia, acabaron de cegar al Viejo Continente.

Alemania no contó con ningún apoyo efectivo: se hallaba sola en la gran lucha.

Finlandia se unió a Alemania con 10 divisiones, que 4 meses después recibieron órdenes de no atacar y mantenerse atrincheradas. Rumania, con 15 divisiones, fue la aliada más fiel que tuvo Hitler. El general Antonescu, jefe del gobierno y de las tropas rumanas, arengó a su ejército: «Ha llegado la hora de la lucha sagrada. Hombro con hombro, corazón con corazón, combatiréis con el Ejército más formidable y más lleno de gloria: con el ejército alemán. ¡Sed dignos del honor que os brinda la historia!»

Desde que 2,500 años antes los medos tuvieron el primer ejército organizado que se conoce, el choque germanosoviético fue la acción guerrera más grande de la historia. Asimismo fue la que con más tiempo pudo preverse por parte del atacado y que con más anticipación se anunció por parte del atacante. En 1923 Hitler la proclamó en «Mi Lucha» y en 1926 la reiteró al precisar que no buscaría colonias a costa de los países occidentales, sino que pactaría con Inglaterra, en contra de la URSS. El judaísmo político, sin embargo, frustró el acuerdo con Gran Bretaña.

La noche del 21 de junio, en todos los sitios de concentración de tropas para el ataque a la URSS, se dio lectura a una proclama de Hitler, la cual precisaba que iba a iniciarse una gigantesca lucha contra la base del comunismo «para salvar a toda la civilización», y añadía: «Soldados alemanes: hoy comienza una lucha dura y de la mayor responsabilidad, pues el destino de Europa y del Reich está en vuestras manos. ¡Que Dios os ayude en esta lucha!...» Más de dos millones de soldados alemanes, a lo largo de 1,800 kilómetros de bosques, prados o sembradíos, pasaron esa noche con gran expectación. La mayoría no podía dormir.

A las 3.15 de la madrugada del 22 de junio, cientos de comandantes de artillería dieron la voz de «¡Fuego!» La noche se llenó de resplandores y de truenos. A las 3.40 los «Stukas» entraron en acción. Entre las 4 y las 4.15 la artillería fue desplazando su huracán de fuego hacia el interior de las líneas soviéticas, a la vez que miles de tenientes, con una pistola o con una

granada en la mano, saltaban de sus posiciones encabezando el avance de sus tropas.



La tarea de este frente —dijo Hitler— deja de ser la de proteger fronteras particulares, y tornarse en la tarea de proteger Europa... Dos millones 115.000 alemanes se desbordan sobre un frente de 1800 kilómetros. Creían erróneamente que iban a enfrentarse a 4.500.000 millones de soviéticos.

Así comenzó a desbordarse en un frente inicial de 1,800 kilómetros (aproximadamente la distancia de Méjico a Chihuahua), 19 divisiones blindadas, 13 motorizadas, 108 de infantería y una de caballería, o sea un total de dos millones ciento quince mil (2.115,000) combatientes alemanes. A estas 141 divisiones se agregaron a continuación 10 más, y con los contingentes finlandeses, rumanos, húngaros e italianos el gran total ascendió después de varios meses a 178 divisiones.

La lucha más gigantesca de la historia estaba en marcha.

## EL PRIMER «CANNAS» DE RUSIA EN 1941

El centro de gravedad de la vasta ofensiva recayó en el sector central donde se enfrentaban los grupos de ejércitos de Von Bock y Timoshenko. Desde el primer momento las vanguardias alemanas advirtieron la dureza de sus opositores; cada punto fortificado resistía aunque fuera completamente cercado y era frecuente que las unidades alemanas de asalto sufrieran bajas hasta del 50%, según informes del general Blumentritt, en esos días jefe del Estado Mayor del 4º ejército alemán.

El grupo de Ejércitos de Von Bock se componía de los ejércitos regulares 2º, 4º y 9º y de los ejércitos blindados 2º y 3º respectivamente al mando de los generales Von Weichs, Von Kluge, Strauss, Guderian y Hoth. Este grupo de ejércitos disponía de 1,125 tanques, encuadrados en 9 divisiones blindadas que eran un afinado mecanismo de coordinada precisión y eficacia, escrupulosamente adiestradas para fulgurantes movimientos. Su opositor Timoshenko mandaba una imponente masa de 3,500 tanques, pero su calidad operativa era inferior a la alemana y en vez de moverse como divisiones blindadas eran más bien armas de apoyo de la infantería, superiores en número, pero con la torpe pesadez del mamut.

Aprovechando esa circunstancia, el tercer ejército blindado alemán —mandado por el general Hoth— se desprendió desde la Prusia Oriental, abrió un boquete en el frente ruso y se precipitó como relámpago, hacia la retaguardia enemiga, en tanto que el 2º ejército blindado —al mando de Guderian— hacía lo mismo más al sur. Para cruzar el río Bug se emplearon ochenta tanques capaces de caminar por debajo del agua mediante los cuales fue posible ganar rápidamente cabezas de puente en la orilla enemiga.

En los flancos de esos dos grandes brazos blindados, la infantería iba perfilando otras dos tenazas de fuego. Al segundo día de lucha el general Halder anotó: «Los rusos han aceptado la gran batalla de la frontera», y al siguiente día agregaba: «La tenaz resistencia de las unidades individuales rusas es extraordinaria. Guarniciones de casa-matas, se han volado ellas mismas con las casamatas, antes que rendirse». Era frecuente que los comisarios bolcheviques descuartizaran a los oficiales alemanes capturados. Ni pedían ni daban cuartel. El soldado ruso era duro, pero los comisarios lo superaban con fanatismo encarnizado.



El avance se pagaba con vidas. Muchos cadáveres de soldados alemanes eran enterrados en el mismo lugar donde caían en tanto que sus compañeros seguían adelante.

Al quinto día de operaciones los tanques de Hoth llegaron por el norte a las orillas de Minsk, después de haber penetrado 290 kilómetros en un avance fulminante de 58 kilómetros diarios. Cegadoras luces de bengala alumbraron esa noche la batalla. Al día siguiente llegaron por el sur los tanques de Guderian, que combatiendo frenéticamente se habían abierto paso a través de 320 kilómetros, a un promedio de 64 kilómetros diarios.

Para no confundirse con el enemigo, en medio de la terrible confusión del combate, las tropas de los dos ejércitos alemanes que convergían hacia Minsk se hacían señales con luces de bengala. Luz blanca significaba «aquí estamos». Luz roja, «el enemigo ataca». Verde, «fuego de artillería alargado». Bengala azul quería decir «tanques enemigos a la vista».

La guerra relámpago estaba alcanzando en ese entonces sus más brillantes realizaciones. Dentro de aquel círculo de acero, que Hoth y Guderian cerraron en Minsk y que luego fue reforzado por la infantería, quedaron cercados en un gigantesco Cannas más de 400,000 soldados soviéticos, correspondientes a más de treinta divisiones altamente mecanizadas, en tanto que otras divisiones fueron diezmadas y arrojadas hacia retaguardia o hacia los flancos. En realidad fue un doble envolvimiento de tres ejércitos rusos y varios cuerpos de tanques, primero alrededor de Bialystok y casi simultáneamente alrededor de Minsk.



Allí sí estaba la Luftwaffe empeñando a fondo todos sus efectivos Junker 87 (Stuka) en picada sobre el frente ruso.

El doble cerco se convirtió luego en una jadeante batalla de aniquilamiento. Las fuerzas soviéticas copadas eran extraordinariamente poderosas en material blindado y contaban con 3,500 tanques, o sea el triple de sus atacantes. Una infernal masa de dos mil cañones operaba también en el área del envolvimiento. Repetidas veces los rojos contraatacaron en diversas direcciones tratando de romper el cerco, pero sus tanques se movían desorientadamente, cual gigantescos monstruos, antediluvianos, y eran sangrientamente rechazados por las unidades alemanas especializadas en lucha antitanque o por las divisiones blindadas que se movían más diestramente, minuto a minuto controladas por radio, operando con precisión de relojería. El campo de maniobra de los contingentes bolcheviques copados, que inicialmente era un enorme triángulo de más de 300 kilómetros por lado, iba estrechándose mortalmente...

En los aires se libraba otra gigantesca batalla. La Luftwaffe había organizado 2,800 aviones en tres flotas comandadas por Loehr, Kesselring y Keller. Al iniciarse las hostilidades, numerosas escuadrillas (cada una de tres bombarderos, con personal altamente especializado) se internaron en territorio ruso volando casi al ras del suelo y sin cruzar ciudades, para atacar sorpresivamente los principales aeródromos en un radio de 300 kilómetros. Inmediatamente después de esos golpes destinados a crear confusión en las bases aéreas enemigas, entraron en acción las grandes flotas.



Generales Loehr y Von Richthofen (izquierda y derecha) planean un ataque a los aeródromos soviéticos.

El golpe inicial de la Luftwaffe fue una terrible sangría para la aviación bolchevique, superior en número a todas las aviaciones del mundo, pero inferior a la alemana en calidad y organización.

En los dos primeros días de lucha la aviación alemana reportó 2,500 aviones rusos abatidos en el aire o en sus aeropuertos. El mariscal Goering no lo creía y mandó ratificar el dato; como poco después el ejército ocupó los aeródromos y además pudo contar los aviones derribados en el campo, se precisó que habían sido destruidos 2,700 aparatos.

Apenas repuesto de la sorpresa el comandante judío-ruso Yakov V. Smushkevich lanzó una masa de reservas aéreas para apoyar a los contingentes terrestres cercados en Bialystok y Minsk. La flota de Kesselring acudió a frustrar esa ayuda. El general soviético Kopets se suicidó al perder 600 aviones en su sector.

Enjambres de cazas soviéticos J-15 y de bombarderos relativamente lentos acudían sin cesar a la batalla.

A las tropas alemanas les sorprendía, la obstinación con que atacaban una y otra vez las escuadrillas rusas, pese a las grandes bajas que padecían. Y los Stukas alemanes Junker 87 y cazas Messerschmit 109 partían premiosamente de sus bases y regresaban a reabastecerse para salir de



nuevo al frente. Allí sí estaba la Luftwaffe empeñando a fondo todos sus efectivos, no como en la llamada «batalla de Inglaterra». Un cruento testimonio de ese esfuerzo total de la aviación alemana fueron los 6,233 aviones soviéticos abatidos en el aire o destruidos en tierra durante los primeros 19 días de campaña.

Protegido desde el aire por la segunda flota de Kesselring, Von Bock no soltó su presa. Tenía careados a cuatro ejércitos soviéticos que desesperadamente trataban de salvarse. Un ejemplo típico de esta lucha era el sector de la 29ª división de infantería alemana, llamada «Halcón». Varias oleadas de soviéticos gritando «¡hurra!» se lanzaban sobre ese sector para romper el cerco. Caía una ola, pero la siguiente lograba avanzar más. Para no delatar anticipadamente sus posiciones, los ametralladoristas alemanes recibieron orden de no hacer fuego sino hasta que los rojos se aproximaran.

«Mudos de asombro —dice un testigo— escuchaban los ¡hurra! de los soviéticos que avanzaban en grandes grupos... A los soldados alemanes que servían en las ametralladoras se les oprimía de angustia el corazón. ¿Quién iba a detener esto...? Luego les daban la orden de ¡Fuego...! Ustedes o nosotros, pensaban, y apretaban el gatillo. Caía una ola, pero en seguida venía la segunda, que se aproximaba más, pero que también caía. Y luego una tercera y una cuarta, con tanques, cañones y caballos. Los caballos heridos caían y relinchaban... Era un infierno».

La batalla de aniquilamiento del cerco de Bialystok-Minsk ardió 14 días, del 27 de junio al 10 de julio, y al desplomarse la resistencia en esa área fueron capturados 323,898 prisioneros; y capturados o destruidos 3,332 tanques y 1,909 cañones. En ninguna otra operación ha llegado a destruirse en una sola batalla un número tan fantástico de material blindado. El bolchevismo perdió ahí en este terrífico combate de 14 días, más tanques que todos los lanzados por Francia a la lucha en 1940. El mamut acorazado de Timoshenko fue abatido por el menos pesado, pero diestro zarpazo de las panzer.

La cifra de 3,332 tanques rusos puestos fuera de combate, adquiere perfiles más impresionantes si se la compara con el total de tanques alemanes disponibles para la invasión de Rusia, o sea 2,434; pero se

empequeñece ante el total soviético de 20,000 máquinas para 1941. Sin embargo, esto último lo ignoraban entonces los alemanes.

El cuerpo de espionaje alemán, a cargo del almirante Canaris, que resultó ser un traidor al servicio de los enemigos de Alemania, no había averiguado ningún dato valioso acerca de las fuerzas soviéticas. Lo único que se conocía del Ejército Rojo eran sus emplazamientos en la frontera, debido a tres escuadrillas aéreas organizadas por acuerdo de Hitler, con aparatos de cabina presurizada y motores especiales para grandes alturas. Estos aviones (precursores del U-2 americano) habían tomado fotos de la región fronteriza soviética, sin ser vistos ni interceptados por los rusos. Principalmente localizaron los aeropuertos enemigos y prepararon así el golpe que la Luftwaffe aplicó a la aviación soviética, que era la más grande del mundo.

En la creencia de que todo el poderío soviético para 1941 era de 300 divisiones como máximo, y de que 30 de las más maduras y mecanizadas habían sido copadas y ya no podían librarse del aniquilamiento, el general Halder —jefe del Estado Mayor General— escribió entusiasmado el 3 de julio: «No es probablemente una exageración afirmar que la campaña de Rusia ha sido ganada en 14 días». Indudablemente suponía que las 145 divisiones alemanas sólo tendrían ya que enfrentarse a 270 divisiones soviéticas privadas de la mayor parte de su material blindado. Pero en realidad aún restaban más de 370 con 17,000 tanques.

En cambio, el espionaje comunista sí sabía con exactitud los grandes secretos militares alemanes. En París operaba el grupo rojo de Leopoldo Trepper, que tenía enlaces en Berlín. En Bélgica funcionaba la red «capilla roja», dirigida por Víctor Sokolov. En Suiza operaba Rodolfo Hossler, originario de Alemania, que manejaba una red de infiltrados en diversos círculos. Y en Tokio operaba el Dr. Ricardo Sorge, consejero de la Embajada alemana, quien secretamente estaba al servicio del movimiento comunista-judío. Por todos estos conductos Moscú conocía los planes de Hitler. Cuando la 221 división alemana capturó los archivos del primer ejército cosaco, en Lomsa, encontró mapas de Alemania con indicaciones de los puntos de concentración de los ejércitos, grupos de ejércitos y

divisiones. Las anotaciones eran rigurosamente exactas. El espionaje llegaba hasta el Estado Mayor General alemán.

## **SEGUNDA EMBESTIDA DE VON BOCK**

Apenas terminada la batalla de Bialystok-Minsk; Von Bock lanzó hacia adelante la vanguardia de sus 9 divisiones blindadas y sus 7 divisiones motorizadas, seguidas por 35 divisiones de infantería que iban limpiando el terreno y asegurando el dominio sobre las zonas ocupadas. Por algunos kilómetros fue una marcha sin grandes dificultades a través del enorme boquete recién abierto en el sector central del frente soviético.

Más que la resistencia enemiga, de momento fuera de equilibrio, las condiciones del terreno ruso eran el peor obstáculo. En Francia se había contado con una moderna red de carreteras, en tanto que en Rusia los caminos eran pocos y malos, y los primeros aguaceros los volvían casi intransitables. Los grandes bosques daban magnífico refugio a los guerrilleros y a divisiones enteras camufladas que atacaban por sorpresa donde menos se les esperaba. Además, los soviéticos habían dispuesto de muchos años para preparar sus defensas y era común y corriente que los atacantes tropezaran con campos que ocultaban hasta 100,000 minas. La inseguridad y el peligro asechaban a cada paso.

Adelante de Minsk, en las orillas del histórico río Beresina (escenario de la catastrófica retirada napoleónica), los alemanes sufrieron una de las primeras crisis de la campaña al enfrentarse con un tipo de tanque soviético desconocido hasta entonces. Ni siquiera se sospechaba su existencia. Era el T-34, con coraza frontal de 7 centímetros de espesor y cañón de 7.6 centímetros de diámetro, eficaz a 1,500 metros de distancia, en tanto que los tanques alemanes tenían coraza frontal de 4 centímetros y cañón con alcance seguro de sólo 500 metros.

Efectivos de la 18ª división blindada, del ejército de Guderian, vieron aproximarse al nuevo tanque, que fácilmente incendió a un tanque alemán. Dispararon sobre el tanque ruso y éste seguía avanzando. Los proyectiles de 3.7 centímetros rebotaban sin causarle daño, y también los de 5 y 7.5. Contaron hasta 23 impactos y el tanque soviético continuaba aproximándose. Los artilleros alemanes palidecían, a 20 metros de ese nuevo tanque que parecía invulnerable. Fue necesario un repliegue y en seguida se le buscaron puntos débiles al monstruo de acero. Varios soldados se aproximaron a lanzarles explosivos contra el pivote giratorio de la torreta. Algunos artilleros lograron blancos eficaces contra las cadenas o contra el cañón mismo, aunque esto era muy difícil. Luego se vio que el T-34 tenía muy mala visibilidad hacia atrás y que su comunicación por radio de onda corta era defectuosa.

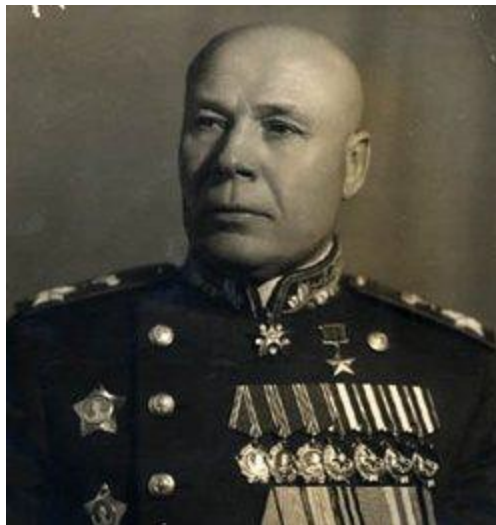
Igual malabarismo se pusieron en juego para repeler a otro tipo de tanque, el KW-2, de 52 toneladas, con el cual los soviéticos esperaban aplastar el frente alemán.

Después de momentos de sorpresa y desconcierto, en penosa lucha fueron destrozadas diversas unidades soviéticas encabezadas por el VIII Cuerpo de Ejército, que era una unidad modelo y en la cual militaba y fue hecho prisionero Jacobo Djugashvili, hijo de Stalin. En las orillas del Beresina quedó un cementerio de tanques y el frente bolchevique fue nuevamente hendido.

Adelante de ese río se erguían fortificaciones aún no concluidas de la enigmática Línea Stalin, apoyadas sobre el anchuroso río Dniéper. Casi sin tomar respiro, y para no darlo al adversario, Von Bock aprovechó el momento de confusión que sufría Timoshenko y lanzó contra la Línea Stalin a su grupo de ejércitos. El repentino ataque fue una magistral explotación del triunfo recién logrado y abrumó a los defensores del sistema fortificado. El escritor antinazi Max Werner reconoce que la «perforación de la Línea Stalin y la captura de Perekop fueron hazañas máximas, no igualadas por ningún otro ejército del mundo» («La Gran Ofensiva», por Werner).



Von Bock, glacial en la batalla «...Morir de resultas de un balazo enemigo es algo muy de agradecer», decía, y así murió en las postrimerías de la guerra.

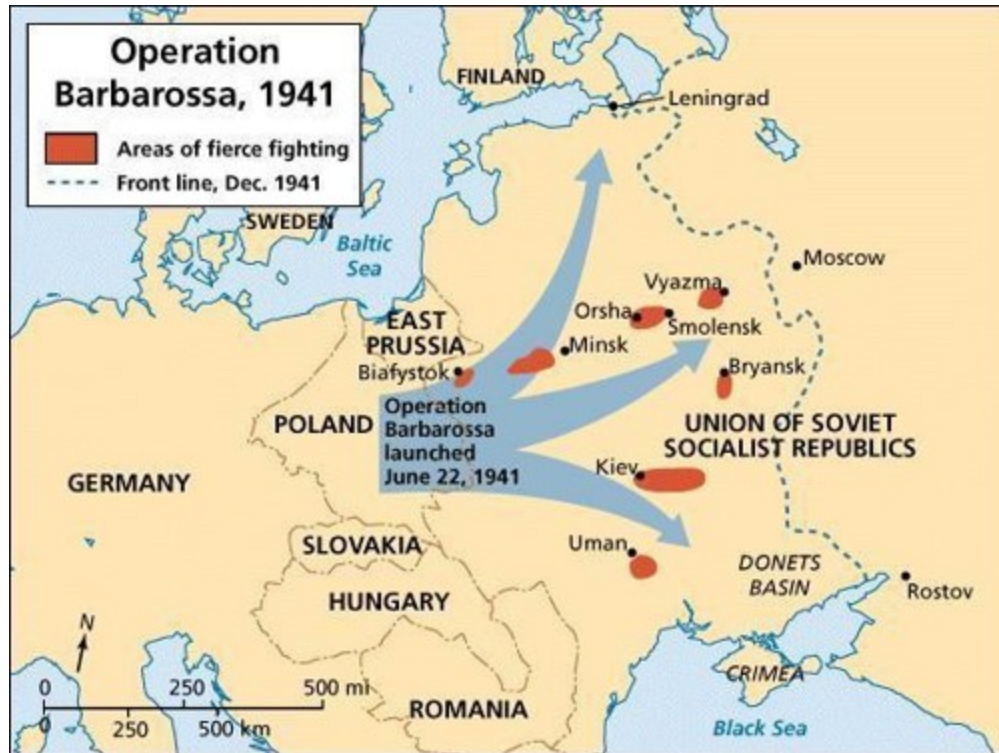


Mariscal Timoshenko, adversario de Von Bock. Si una primera oleada sucumbía, enviaba otra inmediatamente detrás. «Empeñese al instante, si es que no quiere perder la cabeza».

Los tanques y la Infantería alemana se abrieron paso entre las fortificaciones rusas, vadearon de noche el río Dniéper y el 16 de julio llegaron a las cercanías de Smolensk, después de un avance de 700 kilómetros en 26 días de lucha. Allí les esperaba otra de las más encarnizadas batallas.

Timoshenko recibió nuevos ejércitos procedentes del área de Moscú, con más de 3,200 tanques en que abundaban los modelos gigantes de 48 y 62 toneladas. También fue provisto de una infernal masa de 3,500 cañones. Stalin era entusiasta partidario de esta arma y había dicho que «el cañón es el dios de la guerra». En Smolensk no escaseaban ni las fortificaciones, ni los campos minados, ni la artillería, y los soviéticos dijeron confiadamente que «durante muchos años» iba a hablarse de esa batalla.

El mariscal Fedor Von Bock había participado decisivamente en la campaña de Polonia, en el cerco de Flandes y en la batalla de aniquilamiento de Blalystok y Minsk, pero en Smolensk desplegó su más fanática determinación guerrera frente a su digno rival el mariscal Timoshenko, que tampoco tenía contemplaciones en la lucha.



Von Bock, de 61 años, con 48 de soldado, había ganado en la primera guerra mundial la condecoración por méritos y en su hoja de servicios figuraba el inusitado calificativo de «Bravura Increíble». Hosco y nada sociable, decía que «morir de resultas de un balazo enemigo es algo muy de agradecer». Se le reconocía un gran desprecio a su vida y en cierta forma se le censuraba que igual desprecio sintiera por la vida de los demás. También se decía que exigía a sus hombres, privaciones extremas, si bien él era el primero en compartirlas.

Columnas alemanas en combate y marcha durante varios días hacían un alto de descanso y se quedaban «sumidas en un sueño tan profundo como la muerte», según informe del general Schaal, de la 10<sup>o</sup> división blindada. Las bajas en los tanques oscilaban entre el 60 y 70%.

En la batalla de Smolensk, Fedor Von Bock no ahorró sangre alemana... Copar los nuevos ejércitos de Timoshenko, acorazados de artillería y tanques pesados, requería un alto costo, pero el costo fue pagado... Entre otros muchos miles, allí cayó muerto el teniente Hans Keitel. Su padre era el mariscal Wilhelm Keitel, que como jefe del Alto Mando de todas las fuerzas armadas del Reich pudo haberlo sustraído al combate, pero quiso



dar un ejemplo espartano de que todo soldado se debía a la Patria antes que a nadie. Al enterarse de lo ocurrido se mostró impasible: «Es poco germánico —dijo— mostrar duelo por un hijo que ha alcanzado el Honor supremo de morir en el campo de batalla».



Mariscal Keitel, Jefe del Alto Mando Alemán. Sus hijos marcharon como oficiales al frente de Rusia. El menor cayó muerto en Smolensk.

Las cincuenta divisiones de Von Bock (750,000 combatientes), fatigadas por las frenéticas batallas del cerco de Minsk, el cruce del Dniéper, la perforación de la Línea Stalin y el avance de 700 kilómetros, se abrieron nuevamente en dos grandes tenazas para cercar a Smolensk. En su mayor parte los defensores rusos eran tropas de refresco, cuyo flamante equipo tenía las bases de abastecimiento muy cerca en tanto que los atacantes se alejaban cada vez más de las suyas.

El mando soviético empezó a usar ingeniosas tácticas; en algunos sectores sus fuerzas cedían al empuje de los tanques alemanes y éstos se precipitaban velozmente hacia adelante, pero luego el boquete se cerraba y quedaban aislados del apoyo de su infantería y expuestos al aniquilamiento. Por su parte, los comandantes alemanes no tardaron en anular y volver provechoso ese mismo truco: organizaron grupos especiales de tanques que atacaban por la noche y deliberadamente se metían en la trampa, mas se

ocultaban en los bosques cercanos para no ser destruidos; a la mañana siguiente salían en bandadas y a una hora previamente convenida atacaban por la retaguardia cierto punto de las líneas soviéticas, que en el mismo instante estaba siendo atacado de frente por la infantería alemana. Entre dos fuegos, el rompimiento era entonces verdadero y definitivo.

Combinando la táctica con el ingenio las divisiones blindadas y motorizadas de Guderian, por el sur, y de Hoth por el norte (ambos a las órdenes de Von Bock) se hundieron sangrientamente en el frente soviético de Smolensk (correspondiente al sector central de todo el frente). Las lluvias comenzaron luego a empantanar los primitivos caminos rusos y fueron un poderoso aliado de los bolcheviques. Pero glacial, impasible, Von Bock exigía un supremo esfuerzo y en esa actitud Hitler lo apoyaba. «Dábase por contento —dice Wilhelm S. Hart— pareciendo lo que era: un esclavo de la disciplina».

Y Curt Riess refiere: «Era Von Bock uno de los pocos generales que arriesgaban diariamente su vida, aun sin necesidad alguna. Casi todos los días volaba en su avión personal sobre las líneas, rusas debajo veía los miles de tanques y cañones y cientos de miles de hombres que luchaban, sufrían y morían, y la tierra arrasada, incendiada y removida de Rusia; y en su rededor muchos aviones, aviones alemanes para protegerlo y aviones rusos tratando de derribar el aparato en que volaba el general. Von Bock jugaba a la guerra como quien juega al ajedrez; la vida de sus soldados para nada le importaba y enviaba a éstos al sacrificio en forma aún más despiadada que ninguno de sus carneradas.

»No podía sentir piedad hacia otros quien no la tenía para consigo mismo». ¡Pero sólo esa dureza podía romper el frente ruso en Smolensk! El rival de Von Bock, mariscal Timoshenko, lanzaba tropas en masa contra las vanguardias alemanas y cuando eran aplastadas lanzaba otras, también sin la más mínima conmiseración por sus bajas. «Los rusos soportan grandes pérdidas con estoicismo —dice el teniente coronel Waibel— y si el primer escalón de ataque es aniquilado totalmente, el segundo y el tercero avanzan sin vacilación.

El método de combate ruso consiste en que si el ataque no tiene éxito, se repite, y si es necesario, se sigue con una rápida sucesión de ataques de

infantería en masa. El ruso es resuelto y valiente y frecuentemente prefiere morir a retroceder». En esos días los soviéticos pusieron en acción una nueva arma secreta, «Eresa», o sea baterías de cohetes que hacían llover 320 poderosos proyectiles sobre un reducido sector, en medio minuto. Su efecto psicológico y destructivo era tremendo y provocaron varias crisis en diversos sectores.

Era aquél un duelo gigantesco entre el Ejército Alemán y el Ejército Rojo, cuyas grandes masas de hombres le permitían sacrificar vidas pródigamente. La batalla de Smolensk, iniciada el 18 de julio, terminó el 7 de agosto. En 21 días de lucha las divisiones de Von Bock tendieron un cerco de cadáveres y de supervivientes alrededor del área de Smolensk y sobre el sacrificio de unos se fincó la victoria de otros. El cerco se estrechó mortíferamente y al caer Smolensk fueron capturados 310,000 prisioneros soviéticos, 3,205 tanques y 3,210 cañones. Un Cannas gigantescamente amplificado, el segundo que ocurría en la campaña de Rusia, acababa de consumarse bajo la glacial determinación de Von Bock.

El 10 de agosto el general Franz Halder anotaba en su Diario:

«Al comienzo de la guerra teníamos que vérnoslas con aproximadamente 200 divisiones enemigas; ahora ya hemos contado 360... Si aplastamos una docena de ellas, los rusos simplemente ponen en su lugar otra docena».

En las unidades soviéticas no formadas por jóvenes fanáticos ocurrieron muchas deserciones en masa. Oficiales israelitas de la NKVD tuvieron que ser distribuidos en todas las corporaciones, además de los comisarios políticos, para reprimir a los reacios. **El judío norteamericano Ben Hecht dice que en el Ejército Rojo combatieron 700,000 hebreos.**

Otro escritor judío, Salomón Resnick, refiere así la firmeza con que sus compatriotas se batieron en el ejército soviético: «Un sentimiento patriótico intenso, henchido de sinceridad y heroísmo, se apoderó de los judíos rusos, quienes se incorporaron en masa a las filas y lucharon valientemente por la patria agredida. Esta vez, contrariamente a lo que sucedía en épocas pretéritas, no defendían una patria abstracta, sino su propia tierra, su bienestar propio, su bienestar tan largamente anhelado, su dignidad

conquistada a fuerza de cruentos sacrificios» («5 Ensayos Sobre Temas Judíos», por Salomón Resnick).

El marxismo israelita se hallaba en mortal peligro y sus creadores luchaban con valeroso fervor para salvarlo.

Hitler consideró que los comisarios judíos no eran combatientes legales, según la tradición de la beligerancia, pues forzaban a las tropas a violar las reglas de la guerra. Y en consecuencia expidió su llamada «Orden de los Comisarios», a fin de ejecutar en el acto a los que cayeran prisioneros. Sin embargo, la mayoría de los generales soslayaron esa orden alegando que era cruel e infructuosa.

## HITLER ORDENA VIRAR HACIA EL SUR

Al terminar la «superbatalla» de Smolensk, como la llamó el Alto Mando Alemán, los alemanes quedaron firmemente situados a 300 kilómetros de Moscú. Entonces el mariscal Brauchitsch, jefe del Ejército, y el general Halder, jefe del Estado Mayor General, querían que prosiguiera inmediatamente el avance para capturar la capital soviética. Von Bock también era de la misma opinión. Pero Hitler se opuso. En vez de Moscú quería aniquilar al grupo de ejércitos del mariscal Budenny, que operaba en Ucrania, y para esto era necesario que parte de los contingentes de Von Bock fueran temporalmente transferidos del sector central al sector sur del frente.

Diversos comentaristas han dicho que esa determinación de Hitler fue un burdo error y que se perdió la oportunidad de capturar Moscú. Sin embargo, hay otros factores en contrario: aun cuando la captura de Moscú fuera en ese momento una tarea factible, era innegable que si las fuerzas de Von Bock seguían penetrando más en Rusia, todo su flanco derecho y sus líneas de abastecimiento quedarían gravemente amenazadas.

Y esto se debía particularmente a que las fuerzas del mariscal Rundstedt, del sector sur del frente, que era el que cubría el flanco derecho del sector central a cargo de Von Bock, se hallaban atascadas a las puertas de Kiev. El mariscal ruso Budenny tenía ahí cinco ejércitos, con más de 700,000 hombres, parapetados en poderosas defensas. Además, al norte de Kiev, en la región de Gomel, había otro ejército soviético de más de 100,000 soldados que también amenazaba las extendidas líneas de abastecimiento de Von Bock.



Mariscal Von Rundstedt, sector sur. Desde un principio se vio en aprietos para hacer rendir al máximo sus 600 tanques.



Mariscal Budenny. Sufrió un descalabro en Umán, pero se hizo fuerte en Kiev con su grupo de ejércitos: 700 mil hombres.

En consecuencia, Hitler se negaba a extender más esas líneas antes de resolver el problema que se había creado en el sector sur al paralizarse el avance de Von Rundstedt. Evidentemente Brauchitsch, Halder y Von Bock estaban subestimando la resistencia soviética mucho más de lo que Hitler mismo lo hacía. En todo caso, al decidir Hitler que se desviarán tropas hacia el sur para aniquilar al Grupo de Ejércitos de Budenny, estaba apegándose a un principio estratégico: «La destrucción de las fuerzas enemigas es la base de toda acción guerrera».

Además, alegaba razones económicas para la ocupación de las ricas tierras agrícolas y mineras de Ucrania.

Karl Rudolf Serd Von Rundstedt, de 66 años de edad, era el más antiguo de los generales alemanes. En sus 49 años de soldado había ganado el calificativo de «Gran Sacerdote de la Estrategia». Enemigo de la ostentación y de la publicidad no creía sino en la eficacia del trabajo realizado por cada quien.

Al iniciarse la campaña de Rusia, Hitler le confió el sector sur del frente en Ucrania, que era el tercer objetivo del Plan Barbarroja. En consecuencia, se le asignaron menos fuerzas que al sector del centro, o sea los ejércitos 6º, 11º y 17º y el 1º blindado, respectivamente al mando de los generales Von Reichenau, Von Schobert, Von Stuelpnagel y Von Kleist. Les prestaba apoyo la 4ª flota aérea del general Loehr.

La primera gran batalla librada por Von Rundstedt en Rusia se efectuó en el área de Lutsk. Fue un desproporcionado duelo de masas de tanques e infantería soviética contra tanques e infantes alemanes muy inferiores en número, pero superiores en comando y maniobra. El mariscal ruso Budenny contaba con 2,400 tanques, en tanto que el primer ejército blindado de Von Kleist, a las órdenes de Rundstedt, sólo agrupaba 600; sus efectivos se habían mermado en las campañas de Yugoslavia y Grecia, Von Rundstedt y su subordinado Von Kleist hicieron milagros de malabarismo para explotar al máximo la eficacia y maniobrabilidad de sus relativamente escasas fuerzas blindadas. Llevándolas rápidamente de uno a otro punto crítico de la batalla, se impusieron a las masas de tanques soviéticos en el área de Lutsk y obligaron a los principales contingentes de Budenny a retroceder más de 450 kilómetros, hasta Kiev.

Tres ejércitos soviéticos que operaban más al sur no pudieron retirarse con suficiente rapidez y fueron copados en la histórica plaza de Umán (teatro de encarnizada batalla entre judíos y cosacos, en 1768). Allí perdieron los bolcheviques 103,000 prisioneros, 217 tanques y 856 cañones. Sin embargo, el grueso de los contingentes de Budenny había logrado ponerse a salvo tras las fortificaciones de Kiev; y las líneas se estabilizaron.

El ala izquierda de Von Rundstedt, a cargo del sexto ejército de Von Reichenau, fue bloqueada; y el ala derecha a cargo del primer ejército blindado, de Von Kleist, rebasó a Kiev por el sur, pero carecía de fuerza para realizar un completo envolvimiento.

Ese empate fue roto cuando Hitler ordenó que Von Bock cediera el 2º ejército motorizado de Von Weisch y el 2º Ejército blindado de Guderian. Ambos se desprendieron desde el sector central, hacia el sur, y en el área de Gomel, Von Weischs envolvió y aniquiló a un ejército soviético de cien mil hombres. El 20 de agosto hizo 78,000 prisioneros y capturó 144 tanques y 848 cañones.

Guderian, el mago de los tanques —como luego fue internacionalmente reconocido—, llevaba todo el empuje y la embriaguez de la victoria. Sus fuerzas penetraron hasta Rommy (cerca de Poltava), cuyas fortificaciones fueron capturadas por la 3ª división blindada del general Model durante una noche de combate y lluvia. Así se completó el avance relámpago de más de 500 kilómetros al sur de Smolensk.

Con ese movimiento Guderian se situó a 190 kilómetros a retaguardia de las fuerzas de Budenny y les cortó una de las dos principales rutas de escape. Simultáneamente el ala derecha de Von Rundstedt, a cargo del primer ejército panzer de Von Kleist, cruzó el anchuroso Dniéper de 3 kilómetros de cauce para completar el cerco de las fuerzas enemigas, que desesperadamente trataban de escapar por el empalme ferroviario de Poltava. Un mortal choque se libró en esa área y un alud de fuego alemán cortó la última puerta de escape. De 362,000 casas que había en la región desaparecieron cien mil en la infernal hoguera encendida por los tanques, la artillería y la aviación.

El 14 de septiembre las divisiones blindadas de Guderian, por el norte, y de Von Kleist, por el sur, cerraron el cerco alrededor del Grupo de Ejércitos



de Budenny, en el área de Kiev. Contingentes de los ejércitos rusos 21,5, 37, 26 y 38 se debatieron en la más espantosa confusión bajo fuertes embestidas desde los flancos y la retaguardia. El cerco lo formaban cinco ejércitos alemanes, o sean los blindados 1º y 2º y los de infantería 17º, 2º y 6º. Fue una batalla de aniquilamiento que trece días después culminó con la caída de la capital de Ucrania y la captura de 665,000 prisioneros. Asimismo fueron capturados o destruidos 884 tanques y 3,718 cañones, con lo cual dejaron de existir cinco ejércitos soviéticos, y dos más padecieron graves pérdidas. En total, hubo allí un millón de bajas por parte del Ejército Rojo.



General Heinz Guderian, comandante del 2º ejército blindado. «Con soldados alemanes, decía, puedo derrotar una superioridad triple o aún quíntuple del enemigo».

Una de las más grandes operaciones de coto y aniquilamiento se había consumado. Fue la quinta de la campaña de Rusia, después de Minsk, Smolensk, Umán y Gomel. Las fuerzas de Von Rundstedt pudieron entonces continuar su avance a través de Ucrania y destrozar el grueso de los ejércitos soviéticos 6º, 12º, 19º y 18º, a los que les capturaron 100,000 hombres en las costas del Mar de Azov, 212 tanques y 672 cañones. El camino hacia Rostov parecía ya libre. Los contingentes de Guderian y de

Von Weischs se reincorporaron a las fuerzas de Von Bock en el sector central. Un ejemplo de guerra de movimientos en grande escala se había escrito en la historia de las armas. La ocupación de Ucrania por los alemanes privó a la URSS de una producción anual de 13 millones de toneladas de cereales).

Cuando el gran cerco de Kiev estaba cristalizando, Hitler comentó en su Cuartel General:

«La operación que se desarrolla actualmente, un cerco cuya tangente mide más de cien kilómetros, ha sido considerada como en alto grado irrealizable. He tenido que dejar sentir toda mi autoridad en la balanza para imponerla. Hago notar de paso que el origen de gran parte de nuestros éxitos se halla en los errores que hemos tenido la audacia de cometer...

»Puedo decir que no dudé jamás de las cualidades del soldado alemán, como les ha ocurrido a los jefes de la Wehrmacht.

»Si tuviera 25 años menos, estaría en primera línea. Me gusta apasionadamente ser soldado... El que quiera actuar debe apoyarse sobre la fe, y la fe no se encuentra más que en el pueblo... Me gustaría no ver sufrir a nadie, no hacer mal a quien quiera que sea. Pero cuando vislumbro que la especie está en peligro, el razonamiento más frío sustituye dentro de mí al sentimiento. Ya no soy sensible sino a los sacrificios que el porvenir exija, en desquite de los que hoy titubeo en aprobar... Queremos gozar plenamente de la belleza, asirnos a ella y evitar, en la medida posible, todo lo que pueda perjudicar a nuestros semejantes. Si hoy hago un mal a los rusos, es para no darles la oportunidad de que ellos nos lo produzcan a nosotros. ¡Esta Asia! ¡Qué inquietante vivero de hombres! La seguridad de Europa sólo estará garantizada cuando hayamos hecho retroceder a Asia más allá de los Montes Urales...»

»Si hoyuviéramos un Moltke, me eclipsaría y le dejaría la tarea a él. Por tanto, no intervengo en la actividad de mis colaboradores cuando veo que cumplen con su cometido tan bien como lo haría yo mismo»<sup>[110]</sup>.

En el extremo meridional del frente Sur, el 11º ejército alemán, con su nuevo comandante Von Manstein se lanzó a la captura de la Península de Crimea. Se trataba de una batalla particularmente difícil porque el único punto de posible irrupción era el istmo de Perekop, con 7 kilómetros de

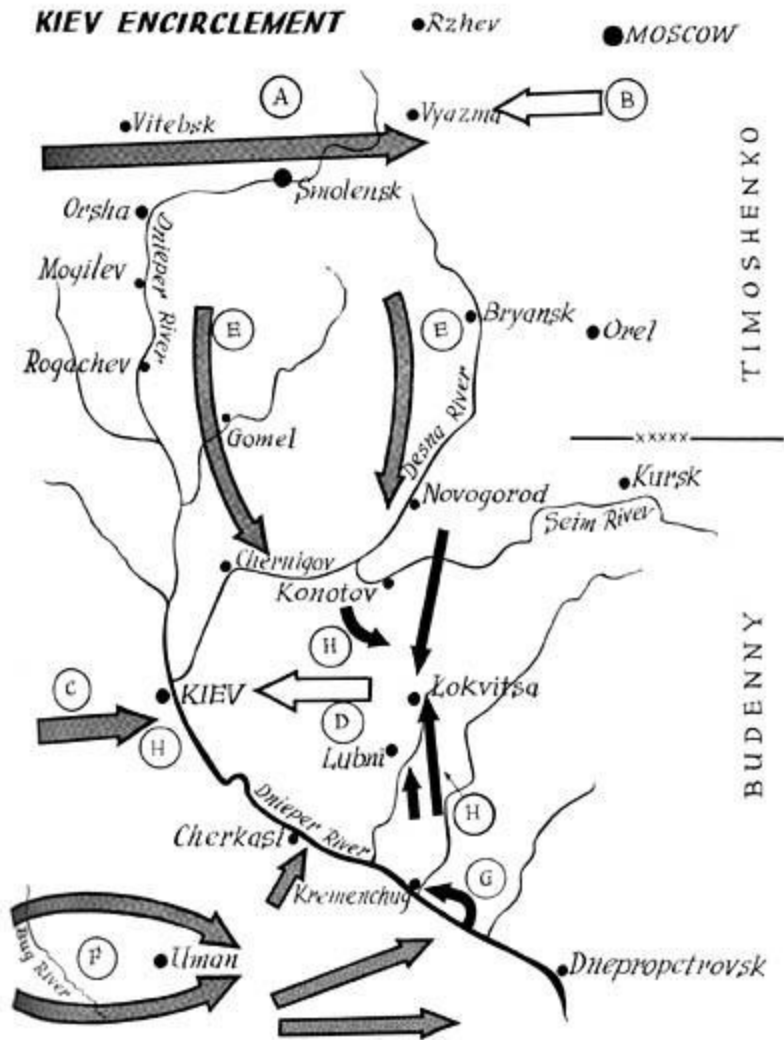
anchura, y el de Ishun, con 3 poderosísimas defensas soviéticas que se extendían a una profundidad de 15 kilómetros. Todo era terreno descubierto y lo angosto de los istmos impedía intentar cualquier maniobra de envolvimiento. La ofensiva fue extraordinariamente penosa y se prolongó desde el 24 hasta el 29 de septiembre, fecha en que las sangrantes divisiones alemanas 24, 26 y 76 lograron abrir un boquete en el bastión soviético. Capturaron 10,000 prisioneros, 112 tanques y 135 cañones.

Más adelante, ya en terreno libre, los bolcheviques lograron estabilizar un nuevo frente con 16 divisiones. Las 6 divisiones del 11° ejército alemán fueron lanzadas de nuevo al ataque y el 25 de octubre se hallaban a punto de quedar exhaustas. Varios comandantes reportaron ese día que sus tropas habían llegado casi al límite de la resistencia, pero haciendo un supremo esfuerzo la ofensiva prosiguió. Dos días después el frente soviético fue roto y cristalizó una nueva victoria. El Ejército Rojo perdió en esa batalla 100,000 prisioneros, 25,000 muertos, más de 50,000 heridos, 160 tanques y 700 cañones.

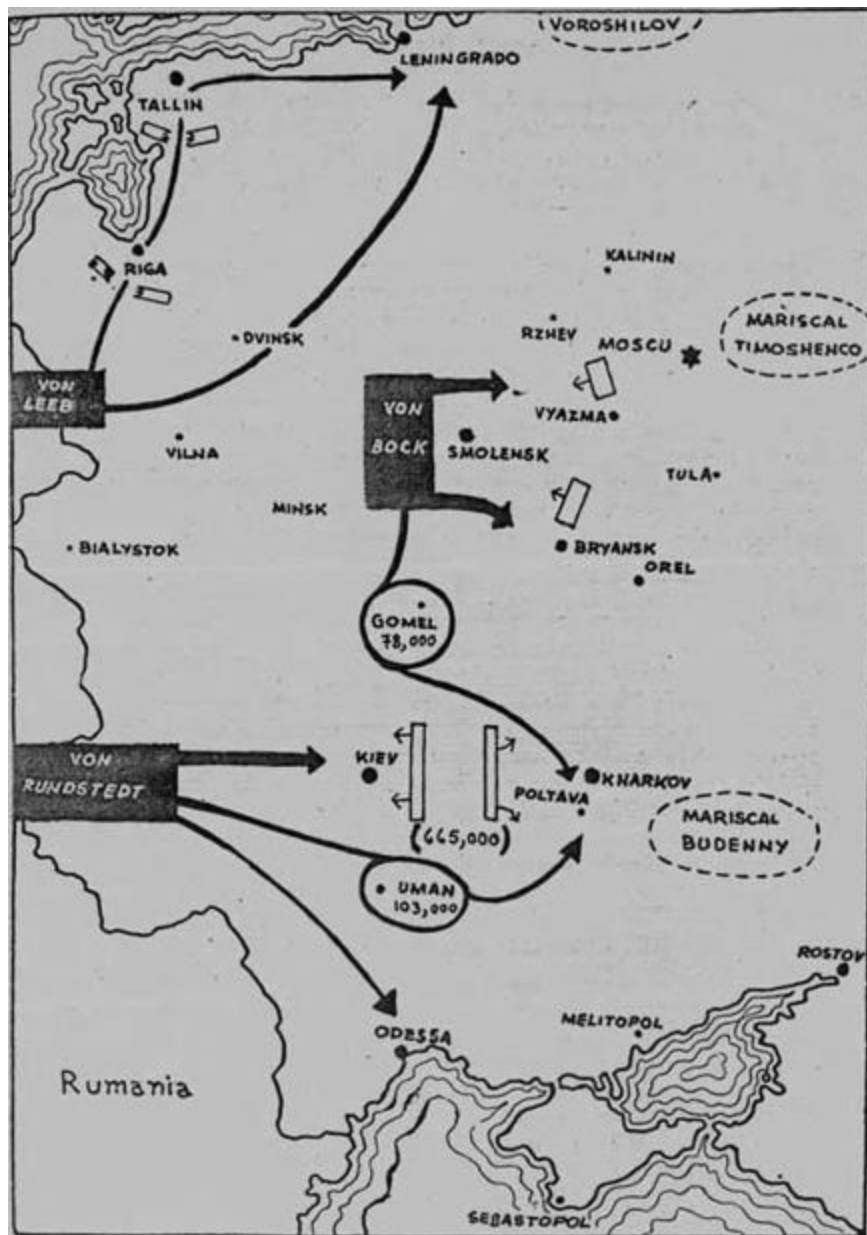
El diezmo 11° ejército alemán se desbordó entonces hacia Kertsch y Sebastopol, últimos reductos bolcheviques de Crimea.

El mariscal Von Rundstedt, comandante del Grupo de Ejércitos que operaba en todo el sur de la URSS, o sea en Ucrania y Crimea, años después recordaba así la vida tras el frente: «Después de la ocupación de Ucrania hicimos todo lo posible por devolver al pueblo sus iglesias que, en su mayor parte, habían sido profanadas y convertidas en «museos ateos». Los habitantes se apresuraron a volver a llevar los iconos y ornamentos sagrados que habían mantenido escondidos y a celebrar de nuevo el servicio divino. Por esa época yo acostumbraba frecuentar una iglesia de Poltava en la cual, en 1709, Pedro el Grande celebró un Te Deum después de su victoria sobre Carlos XII de Suecia.

«Tenía la costumbre de ir siempre sin armas... Nadie me molestó jamás, y la población de Ucrania nos llevaba a los militares dentro de su corazón. Apenas había guerrilleros en mi zona, por aquel entonces, y los ucranianos nos consideraban como a sus libertadores».



Von Rundstedt realizó el envolvimiento de más de 100.000 soviéticos en Umán, pero quedo inmobilizado ante Kiev. Fuerzas de Von Bock acudieron en su auxilio y consumaron el envolvimiento de Gomel y el magno cerco de Kiev, 665.000 prisioneros.



Entre el 24 y el 27 de junio; cuando los alemanes se acercaban a la ciudad de Lwów, los comisarios judíos ordenaron ejecutar a tres mil ucranianos que tenían presos por oponerse al bolchevismo. Al llegar los alemanes, hubo un repentino levantamiento de civiles ucranianos que en venganza por tales ejecuciones se dedicaron a matar judíos<sup>[111]</sup>.

## **ORGÍA DE SANGRE EN LENINGRADO (FRENTE NORTE)**

En esos días la moral de los soviéticos descendió vertiginosamente y el régimen trató de apuntalarla mediante fanáticos comisarios rusos y judíos que en todos los escalones del mando imponían la más ciega obediencia.

El general español Valentín González se hallaba entonces en Rusia y refiere que al ser perforado el frente soviético «la sorpresa y la desilusión fueron enormes en el pueblo. Nadie tuvo la osadía de decir nada, pero las caras y los ojos hablaban un lenguaje muy elocuente». Para atraerse al pueblo el régimen arrojó por la borda sus patrañas de internacionalismo y recurrió a los estímulos patrióticos e incluso evocó los viejos himnos zaristas, resucitó los antiguos distintivos y hasta prometió restablecer la pequeña propiedad agrícola. El canto de «La Internacional» fue substituido por un himno nacional. Eran días de aflictivo apremio y el régimen fingía concesiones para granjearse la voluntad de los muchos reacios al comunismo.

Mientras tanto la hornaza de la guerra devoraba hombres y armas en un frente sin paralelo de 2,500 kilómetros.

En el sector norte del frente la meta era Leningrado. El Plan Barbarroja de Hitler disponía que ésa era la primera meta de la campaña, y Moscú la segunda. Sin embargo, en la práctica no estaba ocurriendo así. El Estado Mayor General había concentrado más fuerzas en el sector central y daba preferencia a la captura de Moscú. Al sector norte, encomendado al mariscal Ritter Von Leeb, se le asignaron los ejércitos regulares 16º y 18º y el 4º blindado, respectivamente al mando de los generales Busch, Von

Küchler y Hoepfner. En total, 30 divisiones, o sea 450,000 combatientes. Tenían el apoyo de la primera flota aérea del general Koller.

El viejo mariscal Rundstedt opinaba que en el sector norte debería acentuarse la presión y que la captura de Leningrado era correctamente señalada por Hitler como el primer objetivo de la campaña. Con la captura de Leningrado y el enlace con los finlandeses, prácticamente se lograría el dominio absoluto del sector norte del frente, de tal manera que entonces los contingentes del sector norte y del sector central, podían concentrarse en un movimiento envolvente hacia Moscú, que era el segundo objetivo.

El general Guderian también opinaba que esa era el mejor plan, supuesto que aseguraría «para siempre el flanco izquierdo de la totalidad de las fuerzas de combate alemanas reunidas en Rusia». Pero el general Von Brauchitsch, comandante del Ejército, y el general Franz Halder, jefe del Estado Mayor General, no tomaban muy en serio el Plan Barbarroja «del cabo» Hitler. Esto provocó interferencias en el Alto Mando que llegaron a hacerse sentir en el frente, a través de órdenes contradictorias.

El grupo de Ejércitos de Von Leeb (dos ejércitos regulares y uno blindado) se abrió paso por la Rusia noroccidental, arrebató a los soviéticos los Estados bálticos de Lituania, Letonia y Estonia, en cincuenta» días de lucha aniquiló gran parte de las tropas de Voroshilov y arrolló a otras en un avance de 900 kilómetros, hasta situarse en las goteras de Leningrado.



Mariscal Von Leeb, aristócrata. Celoso por la intervención de Hitler. 900 kilómetros de avance hasta las goteras de Leningrado, pero «no tenía su corazón puesto en esto» y acabó por renunciar.



Mariscal Voroshilov. Sé fortifico en Leningrado. Más de medio millón de bajas. Obró con implacable frialdad y ordenó sostener la plaza aunque perecieran centenares de miles de civiles.

Fue una larga marcha combatiendo contra grandes contingentes soviéticos y abriéndose paso a través de campos sembrados de minas. En pequeños sectores había hasta 1,500 minas de madera, no detectables, de tal manera que los zapadores alemanes sufrían muchas bajas para abrir estrechos caminos, señalados con rayas blancas, por los que luego avanzaban la infantería y los tanques.

En una vasta zona al poniente de Leningrado, poderosos contingentes bolcheviques se hicieron fuertes en la costa y recibieron el apoyo de una cortina de fuego que la flota soviética del Báltico tendió sobre ellos desde el mar. En esta batalla los Stukas alemanes desempeñaron un papel decisivo al lanzarse sobre los barcos. El fuego antiaéreo era particularmente violento —más de mil cañones en cien kilómetros cuadrados— y una nube de granadas cubría el espacio. No sin grandes bajas la Luftwaffe logró al fin hundir los acorazados «Marat» y «Revolución de Octubre», así como varios cruceros y destructores. La infantería alemana pudo entonces arrollar al



adversario. En un período de dos meses las tropas de Von Leeb hicieron 216,000 prisioneros.

Del 10 de agosto al 8 de septiembre el 4º ejército blindado del general Hoepfner, que era la punta de lanza de Von Leeb, libró una encarnizada batalla para perforar las fortificaciones al sur y sureste de Leningrado y cercar la plaza. Voroshilov movilizó a toda la población civil para evitar que la ciudad cayera.

Dos factores se conjugaron entonces para salvar a la antigua metrópoli: por una parte Hitler toleró las modificaciones que a su Plan Barbarroja habían hecho los general Von Brauchitsch y Halder; por otra parte, el mando ruso obró con implacable frialdad y decidió sostener la plaza aunque perecieran centenares de millares de civiles. Es de justicia reconocer que la fanática defensa de Leningrado constituye un extraordinario ejemplo de sacrificio que quizá sólo el pueblo soviético —endurecido por siglos de sufrimiento y privaciones— es capaz de realizar.

Oficialmente nunca se revelaron las bajas soviéticas en Leningrado, pero diversos conocedores de los asuntos rusos —entre ellos el periodista norteamericano William L. White— coinciden en que los cálculos varían entre medio millón y millón y medio de muertos.

El capitán ruso doctor Dimitri Constantinov refiere así el estado psicológico que imperaba en Leningrado al iniciarse la guerra germanosoviética<sup>[112]</sup>:

«¿Obtendrían con la guerra su libertad los 20 millones de seres que se consumían en los campos de concentración soviéticos? ¿No señalaría este día el principio del renacimiento de Rusia? Me imaginé a mi patria de nuevo libre y nacional; otra vez Rusia y no la URSS. ¿Sería ésta una guerra de liberación o de conquista? Si el enemigo venía en son de conquista y sin otro propósito que avasallar nuestra patria, había que defenderse por todos los medios, relegando para más tarde el arreglo de cuentas con los amos del Soviet. Así pensaba la gran mayoría del pueblo». Agrega que cuando los alemanes llegaron a orillas de Leningrado, masas de milicianos rusos sacados de los talleres y las fábricas fueron lanzadas a detenerlos. «Aquellos desdichados perecieron ametrallados y aplastados por los tanques alemanes; muchos se rindieron al enemigo y el sobrante fue muy

pronto disuelto y distribuido en las unidades regulares del ejército rojo. El bluff de la Milicia Nacional costó centenares de miles de vidas».

Los bombardeos aéreos principiaron el 7 de septiembre y fueron destruidos los «Depósitos de Bodeff», donde se hallaban almacenados los víveres. «Aumentaban los enfermos y hospitalizados —dice el Dr. Constantinov—; mas a nadie se le ocurrió dar de baja a aquellos hombres... Nunca pude comprender, ni lo comprendo hoy, por qué el ejército alemán no entró en Leningrado, pues la ciudad hubiera podido ser ocupada sin disparar un tiro. En la línea de fuego que en algunos de sus sectores coincidía con la periferia de la ciudad, combatían los desmoralizados restos de un ejército en retirada.

«La ración era de 125 gramos de pan por persona y por día. Ya en el mes de noviembre comenzaron a venderse chuletas de carne humana. La ciudad padecía hambre en proporciones incomprensibles para quienes no han pasado por idéntico trance. En la calle se veía gente de cara amoratada por falta de nutrición. La temperatura era de 25 grados bajo cero... Era suficiente con que rodara por tierra un animal para que de todas partes acudiera corriendo la gente, ávida de hacer literalmente pedazos de la pobre bestia». Refiriéndose a las iniciales esperanzas de que la invasión de Rusia produjera una favorable modificación de la tiranía bolchevique, el doctor Constantinov dice: «Ese estado de ánimo no era solamente el mío, sino el de casi todos al estallar la guerra. Nadie experimentaba odio por los alemanes. Al contrario, la actitud hacia ellos habría podido concretarse en la siguiente reflexión: en cualquiera de los casos, peores que éstos no han de ser...

Con todo, la dominación comunista de tantos años producía sus efectos; aunque a desgano, los hombres marchaban al frente y se hacían matar, acallando por temor cualquier manifestación de descontento o protesta. Aquella dominación y el hábito de una obediencia mecánica y ciega, como si se tratara de fieras domesticadas, fue siempre y seguirá siendo un factor consustancial del ejército rojo, particularidad que no deben olvidar quienes deban entrar en contacto con él». Afirma Constantinov que los prisioneros y la población rusa eran tratados bien por las tropas alemanas del frente, pero la cosa cambiaba fundamentalmente cuando pasaban al control de las

autoridades alemanas de ocupación. «En mala hora —comenta— el régimen de Hitler no quiso aceptar al pueblo ruso como aliado suyo en la guerra contra la URSS y, en lugar de buscar dicha colaboración, optó por la Ostopolitik, de Rosemberg; con dicha actitud se declararon los alemanes enemigos de toda la población de la URSS...

»Si los alemanes, una vez posesionados de parte del territorio ruso, hubiesen constituido de inmediato un gobierno nacional ruso y echado mano de los prisioneros para organizar un ejército libertador, es muy posible que sus tropas habrían sido recibidas con los brazos abiertos...<sup>[113]</sup> El ejército libertador ruso hubiera crecido como una bola de nieve, al convertirse el conflicto internacional en guerra civil y la lucha habría terminado con un triunfo poco menos que sin la intervención del ejército alemán. El país entero hubiese estallado como un barril de pólvora. Hacia fines de 1941 cesaron las rendiciones en masa, disminuyó también el número de los que se pasaban al enemigo individualmente. Teniendo en su favor todas las probabilidades de ganar, Alemania las perdió por su falta de sentido político».

En efecto, en los altos círculos alemanes, y particularmente en Hitler, privaba la idea de que el bolchevismo y el pueblo ruso «se hallaban tan mezclados que no era posible tratar separadamente con este último. También se creía que una guerra contra la URSS sólo podía decidirse con medios militares, sin aprovechar para nada los recursos políticos. No hubo, en este punto, la menor flexibilidad para tratar de aprovechar el profundo descontento de grandes masas rusas contra el régimen bolchevique.

En Estonia, Letonia y Lituania la población aclamó a los alemanes y muchos hombres de edad militar se ofrecieron a combatir contra el Ejército Rojo, pero su ofrecimiento no fue aceptado. Al principio ni siquiera se les aprovechó en funciones de policía. El general ruso Wlassov, capturado por los alemanes, se ofreció a formar un «ejército de liberación» con voluntarios rusos. Hitler tardó dos años en aceptar ese ofrecimiento, con recelo y limitaciones, pero ya entonces las circunstancias favorables habían cambiado.

El diplomático alemán Peter Kleist refiere que en muchos lugares de la URSS las tropas alemanas fueron entusiastamente recibidas. «La

posibilidad de ganar para nuestra causa a los pueblos soviéticos —dice en su libro “Entre Hitler y Stalin”— estaba tan cercana y era tan positiva y convincente, que en modo alguno podía ser pasada por alto y arrumbada a un lado». Sin embargo, este error se cometió.

Los ucranianos de Lemberg quisieron unirse al ejército alemán en su lucha contra el bolchevismo, pero no se les aceptó como aliados y se les envió a un campo de concentración. Coincidiendo con todo lo anterior, el historiador militar norteamericano teniente coronel Lloyd M. Marr, instructor de la Escuela de Comando y Estado Mayor (EE.UU.), habla de la inicial buena disposición del pueblo ruso hacia las tropas alemanas.

«Los habitantes locales —dice en “La Seguridad de la Zona de Retaguardia”— por lo general cooperaban con los alemanes y los recibieron como sus libertadores, deseando con fervor volver a sus actividades normales y pacíficas. Esta actitud se demostró en distintas formas... Se informó en diferentes ocasiones que divisiones de combate, que por una u otra razón permanecieron en una región por algún tiempo, lograron con gran éxito la pacificación de la zona bajo su control. Se restablecieron muchas libertades; se reabrieron todas las iglesias, y las tropas alemanas y los habitantes locales se reunían en reverencia común. Las noticias se propagaron rápidamente por toda la zona y, desde, lejos, los padres rusos traían sus niños para bautizarlos en la iglesia reabierta».

Añade el teniente coronel Marr que cuando las zonas conquistadas por las tropas pasaron al dominio de las autoridades alemanas de ocupación, el control administrativo fue tan rígido y tan severas las penas a los infractores que «los elementos sinceros de la población que habían demostrado su buena voluntad de cooperar, totalmente, estaban ahora amargamente decepcionados».

El Teniente Coronel F. O. Miksche («Revista de la Defensa Nacional», París, diciembre de 1952) afirma que «no es un secreto que en los países balcánicos, en la Ucrania y en muchas otras regiones, las tropas alemanas fueron aclamadas como libertadoras», aunque luego ese sentimiento fue modificándose debido a la dureza de la ocupación.

Acerca de esa buena acogida de gran parte del pueblo ruso a las fuerzas alemanas, da también testimonio el general Guderian. «En Ucrania y en

Rusia Blanca —dice— nuestros soldados fueron acogidos, con los brazos abiertos». Otros muchos comandantes rindieron informes similares y añadieron que el odio a los judíos marxistas era palpable en muchas poblaciones rusas. Esta coyuntura de entendimiento germanoruso no fue aprovechada debido a la dureza de las autoridades alemanas de ocupación. Al parecer esto se debió a varios factores: primero, a que Hitler no quería contemporizaciones con Rusia; segundo, a que se negaba a hacer promesas de benignidad que no estuviera dispuesto a cumplir después de la victoria; tercero, a que el comunismo organizó millares de sabotadores a retaguardia de las líneas alemanas y era muy difícil hacer distinciones entre la población pacífica y los sabotadores emboscados.

Stalin proclamó que la guerra no era únicamente entre dos ejércitos, sino al mismo tiempo una guerra de todo el pueblo soviético contra las tropas alemanas. Cualquier civil ruso que mantuviese su condición de civil, podía ser ejecutado por sus propios conciudadanos como un traidor. Incluso el mando soviético formó «batallones de exterminio» que operaban detrás de las líneas alemanas para matar a rusos que no combatían, para mantener un estado de anarquía y para incitar rebeliones. Algunos de estos grupos operaban con traje de civil y otros con uniforme alemán. En consecuencia, las zonas que el ejército alemán iba ocupando, quedaron sujetas a un durísimo régimen de emergencia y el pueblo ruso vio que se encontraba entre la espada y la pared. De un lado el terrorismo bolchevique que lo empujaba a defender un régimen de opresión; y del otro, un invasor implacable.

Esa disyuntiva ayudó en Leningrado a conservar la moral de los defensores. La temperatura descendió hasta 30 grados bajo cero y «en las fábricas los obreros comían grasa de los cañones. Muchas familias enterraban a sus muertos en su casa, para seguir usando sus tarjetas de racionamiento»<sup>[114]</sup>.

Constantinov dice que «el vapor expirado posábase en las gorras, en los cabellos y en las pestañas y las cejas, en forma de blanca escarcha, que muy luego se transformaba en trocitos de hielo. En Leningrado alcanzaba la mortandad proporciones aterradoras; ya no era posible dar sepultura a los cadáveres, que se amontonaban como leña en las calles».

Contra lo que entonces parecía, los alemanes no hicieron un esfuerzo final por capturar Leningrado, que ya tenían cercado. Después de seis semanas de forcejeo con casi todos los generales del Alto Mando, Hitler accedió a que su Plan Barbarroja fuera modificado. Eso constituyó una infortunada decisión, según se puso de manifiesto más tarde. La intuición de Hitler había estado más cerca de la realidad, pero se dejó desviar por la opinión de generales de sólida preparación académica como Halder, Brauchitsch, Von Kluge, Von Bock y Guderian.



Un oficial alemán destruye una ametralladora soviética. Varios civiles rusos presencian la escena.

A esto se agregaba que el comandante del sector norte, mariscal Von Leeb, no tenía mucho entusiasmo en la empresa y había desaprovechado algunas oportunidades de penetrar a Leningrado mediante golpes de sorpresa. Rectificado, pues, el Plan Barbarroja, el 4º ejército blindado de Hoepfner fue retirado del sector norte y enviado al sector central a reforzar la embestida de Von Bock hacia Moscú. Numerosas escuadrillas aéreas del general Keller también fueron transferidas. Con la llegada del invierno y la

congelación del Lago Ladoga, los soviéticos pudieron llevar algunos víveres y refuerzos a través del hielo. La situación de Leningrado mejoró ligeramente, pero el acoso iba a persistir todavía durante 17 meses.

## LA DUREZA DEL SOLDADO RUSO

En los tres primeros meses de la campaña en Rusia la extraordinaria fuerza de choque del soldado alemán arrolló al Ejército Rojo y penetró un promedio de 750 kilómetros en un sector gigantesco de 1,500. El total del frente de operaciones cubría 2,500 kilómetros. Era una lucha sin paralelo en la historia. Se extendía desde la tundra, sobre el Círculo Polar Ártico (zona del sol de media noche, sin caminos y casi sin vegetación), hasta las costas calurosas del Mar Negro, en el sur.

La invasión napoleónica se había desarrollado en un estrecho frente de 250 kilómetros y el número de contendientes era aproximadamente de 700,000 hombres, en tanto que el frente germanoruso de 1941 era de 2,500 kilómetros y en la lucha participaban cerca de nueve millones de soldados. Además, en 1812 el ejército ruso se replegó hasta las cercanías de Moscú casi sin combatir, en tanto que los ejércitos de Stalin lucharon encarnizadamente por cada centímetro de suelo.

Las 145 divisiones de la ofensiva alemana se desangraron copiosamente. Pero la sangría de las 360<sup>[115]</sup> divisiones soviéticas lanzadas contra la invasión era algo inconcebible. El soldado ruso combatía con asombrosa determinación, aunque no con igual destreza que sus atacantes. En lo físico y en lo moral era extraordinariamente duro.

Cuando el grupo de ejércitos de Von Bock (sector central) cedió parte de sus contingentes para la batalla de Kiev (sector sur), sus debilitadas fuerzas cavaron trincheras y durante agosto y septiembre hicieron frente a incesantes y cruentos contraataques del mariscal ruso Timoshenko. El oficial alemán Otto Skorzeny se hallaba en ese frente y da el siguiente testimonio («El Soldado Ruso»):



«Sin reparar en los destrozos causados por la metralla penetraban continuamente más compañías, como empujadas por una fuerza invisible, en la zona prácticamente infranqueable. Nuestros ojos, con el auxilio de los prismáticos, se resistían a contemplar escenas tan espantosas... Este cuadro horrible nos hizo tal impresión que sólo con la ayuda del vodka nos pudimos sobreponer a ella. Aquello no era luchar; era, simplemente, una matanza. Sin culpa por nuestra parte, porque el enemigo atacaba ciegamente...

»El ruso, fatalista, jamás considera importante su personalidad. Carece completamente de autocrítica y de compasión para consigo mismo. Los reveses que sufre los acepta como destino natural, y en esta forma los sobrelleva más fácilmente». En muchas ocasiones, dice Skorzeny, los prisioneros rusos utilizados como enterradores arrojaban con los muertos a sus propios camaradas heridos, y era necesario que los vigilantes alemanes intervinieran para salvar a esos desventurados.

»En el aspecto físico del soldado ruso —añade— tropezamos igualmente con muchos fenómenos inexplicables e incomprensibles para el mundo occidental. ¿Qué explicación hay para la casi sobrehumana fortaleza y resistencia del hombre ruso? Aunque parezca paradójico, el soldado ruso saca la fuerza para su disposición de combatiente, de su condición profunda y casi mística... En cuatro años de lucha dura y terrible en Rusia superamos los alemanes de lo que son capaces los rusos en virtud de esta tendencia mística. En julio de 1941 alcanzó mi división la localidad de Nelie, al sureste de Smolensk. Ahí aparecieron los tanques rusos T-34 (con coraza de 7 centímetros).

»Sus ocupantes jamás se rendían aunque quedaran aislados. El soldado ruso luchaba dentro de las líneas enemigas, sin pensar en la posibilidad de retirarse. Cuando el tanque en llamas lo obligaba a salir de él, seguía luchando con pistola-ametralladora y bombas de mano hasta su inevitable fin».

Asimismo hace notar Skorzeny que el ruso no sólo combate fieramente en masa, sino también aislado, y la muerte no le causa ningún horror; casi está exento de individualismo y ante su fin personal confía en el porvenir de

todos. Su vida ha sido tan dura bajo los zares y bajo el bolchevismo, que la muerte es vista en muchos casos como una liberación.

«En Gshatsk, sobre la autopista Smolensk-Moscú, dos hombres viejos y tres mujeres fueron heridos por una bomba soviética. Sus compañeros del pueblo —sigue diciendo Skorzeny— se echaron sobre ellos después del primer susto, y nosotros creíamos que querían recoger a los heridos. Sin embargo, los despojaron de sus chaquetas de lana, grises y sucias; les quitaron las bofas de fieltro, casi rotas, y, se alejaron con su botín. Nadie pensó en ayudar a los heridos, y tampoco se oyó ninguna queja por parte de éstos.

»En el último pueblo que tuvimos que tomar para cerrar la gran bolsa de Kiev, nuestra división halló un hospital ruso. Vimos cómo uno de los soldados rusos, al que acababan de amputar los dos brazos desde los hombros, se dejó ayudar para levantarse de su lecho de paja. Después, él solo salió tambaleándose un poco, para utilizar una letrina que había al lado del edificio, y todos los médicos y enfermeras lo encontraban muy natural. Sólo nosotros nos asombramos.

»En febrero de 1945, en la cabeza de puente de Shwedt, sobre el Oder, vi cerca de uno de mis puestos de mando de batallón a una brigada rusa prisionera. En un sótano; de pie, apoyado en un rincón, se hallaba un soldado ruso. Le dirigí por medio del intérprete algunas preguntas. Entonces noté que su guerrera estaba roja de sangre y un reconocimiento demostró que estaba gravemente herido. Un tiro le había atravesado el pecho muy cerca del corazón. Sin embargo, este hombre se encontraba de pie y quizá hubiera seguido así».

El mismo oficial alemán relata que el soldado ruso realiza marchas increíbles; es capaz de dormir con la ropa mojada y empuja carros de municiones kilómetros y kilómetros.

«También su estómago —añade— aguanta lo inaguantable. Yo mismo he visto a prisioneros soviéticos arrancando y devorándolos crudos, trozos de carne de los cadáveres de caballos, caídos hacía ya tiempo. Asimismo pueden alimentarse durante muchos días de nabos crudos, sin enfermar de disentería. Un día hasta llegamos a conocer de un caso comprobado de canibalismo».

El general Dittmar refrenda esa rudeza del combatiente ruso y dice: «Yo pondría en primer lugar lo que podría llamar lo desalmado de las tropas; esto era más que fatalismo». Y el general Blumentritt agrega: «Los comandantes rusos pueden exigir de sus tropas cosas increíbles en todos sentidos y no hay murmuraciones ni quejas». Las mujeres rusas fueron utilizadas en las fábricas, en el servicio de abastecimiento, en los hospitales e incluso como soldados de línea y como tanguistas. El general alemán Menteuffel dice que eran «bravas, recias y fanáticas». Ya muy avanzada la campaña de Rusia, después de las gigantescas batallas de Smolensk y Kiev, Hitler reveló en su Cuartel General:

«Me hizo falta una gran fuerza de espíritu para tomar la decisión de atacar al bolchevismo. Debía prever que Stalin atacaría el año de 1941. Había pues que ponerse en marcha cuanto antes... He querido contar incluso con el peligro de que quedaran aún en las filas de la Wehrmacht algunos elementos contaminados por el comunismo. Si los había supongo que aquellos que han podido ver lo que pasa en Rusia, estarán ya curados... Cuando el ataque aéreo sobre París, nos limitamos a actuar sobre los aeródromos, para preservar a una ciudad de glorioso pasado.

»Es cierto, tomándolo en conjunto, que los franceses se conducen de un modo feo, pero están sin embargo cerca de nosotros y me hubiera hecho daño tener que; atacar una ciudad como Lyon con su catedral... El 22 de junio (cuando la invasión de Rusia) una puerta se abrió ante nosotros y no sabíamos lo que había detrás. Podíamos temer la guerra de gases, la guerra bacteriológica. Esta incertidumbre que pesaba sobre nosotros me estrechaba la garganta. Estábamos allí, frente a seres que nos eran completamente desconocidos. Todo lo que se parece a la civilización, los bolcheviques lo han suprimido, y no sentiré la menor emoción si arraso Kiev, Moscú, o San Petersburgo». (Conversaciones sobre la Guerra y la Paz).

Las terribles bajas sufridas por el ejército rojo en los primeros meses de la lucha no fueron estériles porque también ocasionaron bajas a los atacantes alemanes, si bien no tan desproporcionadas, y porque dieron tiempo a la URSS para aprovechar la enorme corriente de armamento que le enviaron sus aliados. Sin embargo, el precio de sangre que el soldado ruso pagó por ganar tiempo fue tan extraordinario y lo soportó con tal

resignación que seguramente ningún otro ejército del mundo podría haber hecho lo mismo.

Roosevelt y Churchill se hallaban al tanto de las enormes bajas del ejército rojo y temían su colapso. Desde que se iniciaron las operaciones en Rusia Mr. Churchill puso incondicionalmente todos los recursos del Imperio Británico al servicio de la URSS, y Roosevelt hizo lo propio a pesar de que Estados Unidos no se hallaba en guerra. Es más, Roosevelt envió inmediatamente a Moscú a su consejero Harry Hopkins (discípulo del judío Dr. Steiner), para que Stalin le dijera qué era lo que más necesitaba.

Y detrás de Hopkins se inició ininterrumpido envío de víveres, maquinaria y armamento. En esta forma el ejército rojo iba a recibir de Roosevelt un total de 427,000 camiones, 5,000 carros blindados, 7,000 tanques, 5,000 tractores de artillería, 2,000 talleres autopropulsados, 14,000 aviones, 2,000 locomotoras, 11,000 vagones de ferrocarril, 500,000 teléfonos de campaña, 2.670,000 toneladas de productos petrolíferos, 4.478,000 toneladas de alimentos, seis refinerías de petróleo completas, una enorme fábrica de llantas, grandes cantidades de armas portátiles, medicinas, materias primas, repuestos, máquinas, tornos y otras, herramientas en gran cantidad. Y de Churchill, no tardó Stalin en comenzar a recibir parte de un total de 5,031 tanques, 6,800 aviones, 4,600 armas antitanque y 150 millones de proyectiles.

Es evidente que sin esta gigantesca ayuda directa el ejército rojo habría sucumbido, pese a su indiscutible superioridad numérica sobre el ejército alemán.

Además de esos envíos de material bélico, la URSS disfrutó de la ventaja de que 63 divisiones alemanas (cerca de un millón de soldados) se encontraban inmovilizados fuera del frente ruso debido a la política pro soviética de Roosevelt y Churchill. Con esas 63 divisiones Alemania guarnecía la Europa occidental y los Balcanes.

## LA QUE PARECÍA SER LA ÚLTIMA BATALLA

Una vez concluida la batalla de Kiev, el 2º ejército blindado de Guderian y el 2º motorizado de Von Weichs se reincorporaron a fines de septiembre a las fuerzas mermadas de Von Bock en el sector central. Desde principios de agosto la infantería de Von Bock luchaba a duras penas para sostenerse en sus improvisadas trincheras al oriente de Smolensk y rechazar los crecientes contraataques de una segunda ola de reservas soviéticas. Todo un nuevo y poderoso grupo de ejércitos —el tercero que se confiaba a Timoshenko— iba concentrándose amenazadoramente a 300 kilómetros al suroeste de Moscú. El gigante bolchevique aún no perdía la cabeza, mas parecía que esos recursos, aunque formidables y de primer orden, eran ya el fondo de su arsenal.

Von Bock se hallaba impaciente por reanudar la ofensiva sobre la capital soviética. «Insistía más que Hitler arguyendo que ambos lados se encontraban exhaustos y que sólo la superior fuerza de voluntad decidiría la lucha», según refiere el general Blumentritt. Los mariscales Von Rundstedt y Von Leeb no compartían ese punto de vista. Sin embargo, había muchas probabilidades de que Von Bock estuviera en lo justo porque más de 200 divisiones soviéticas habían sido ya totalmente puestas fuera de combate por las 145 divisiones alemanas; otras 100 divisiones rusas se hallaban gravemente diezmadas y algunas de ellas hasta en franco proceso de disolución.

El Estado Mayor General Alemán había calculado antes de la invasión que Rusia no dispondría en 1941 de más de 300 divisiones. En agosto fue evidente que esa cantidad era errónea, pues 360 habían sido identificadas

ya. Pero aun así —con 360 divisiones enemigas— la victoria alemana se hallaba dentro de lo posible.

El mariscal ruso Timoshenko había perdido gran parte de su grupo de ejércitos en las batallas gemelas de Bialystok y Minsk; reforzado con una primera ola de reservas y aprovechando la experiencia adquirida, dio en Smolensk una encarnizada pelea, aunque al final fue nuevamente derrotado. La calma que luego hubo en ese sector le permitió recibir y organizar una segunda ola de reservas, o sea ocho ejércitos con 70 divisiones, cuyas bases se hallaban cerca de Moscú. Era ése el contingente más poderoso de todo el frente ruso y abundaban los indicios de que se trataba de la última reserva (movilizada y armada) del ejército rojo.

En ese momento se abrían dos caminos: o la meta número uno era la captura de Leningrado, conforme al Plan Barbarroja de Hitler, o bien, debería ser la captura de Moscú, como lo querían Von Bock (comandante del Grupo de Ejércitos del centro), Von Brauchitsch (comandante del Ejército) y Halder (Jefe del Estado Mayor).

Según el Plan Barbarroja, los ejércitos blindados 3º y 2º, de Hoth y Guderian, deberían capturar Smolensk y a continuación ser transferidos al sector norte para ocupar Leningrado. Y luego, eliminado ya el frente norte, concentrar todas las fuerzas del norte y del centro para flanquear y capturar Moscú, que era la meta número dos. Guderian dice que «hubiera sido el mejor plan, pero desgraciadamente nunca volví a oír hablar de él».

La captura de Leningrado hubiera aligerado enormemente el abastecimiento de las tropas alemanas y permitido una mayor concentración hacia Moscú.

Desde un principio Von Brauchitsch y Halder se habían opuesto a ese plan de Hitler. A fines de septiembre insistieron en que Moscú debería ser la meta número uno, y al parecer lo persuadieron, pues no sólo no se reforzó el asedio de Leningrado, sino que se retiró de sus alrededores al 4º ejército blindado, para la ofensiva hacia Moscú. En el Alto Mando Alemán privó entonces la creencia de que una nueva batalla de cerco y aniquilamiento que eliminara a las 70 divisiones situadas frente a Moscú, sería la derrota definitiva de la URSS.

Se hicieron febriles preparativos a fin de trasladar a través de 800 kilómetros la enorme masa de abastecimiento para esa nueva batalla que parecía ser la última, y el 2 de octubre se dio la orden que puso otra vez en marcha al sector central del frente, en una extensión de 600 kilómetros.

«Mis camaradas —dijo Hitler a sus tropas en una proclama de esa fecha—, han reconocido dos cosas: Primero, que este enemigo se había pertrechado militarmente para un ataque en medida tan inmensa, que aun nuestras peores aprensiones se vieron sobre pujadas; segundo, ¡que Dios se apiadara de nuestro pueblo y de todo el mundo europeo si este enemigo hubiese lanzado sus decenas de miles de tanques contra nosotros! Hubiera sido la perdición de toda Europa. Ahora, mis camaradas, han visto personalmente, con sus propios ojos ese “paraíso de obreros y campesinos”. En ese país que en razón de su extensión y su feracidad podría alimentar al mundo entero, impera una pobreza inconcebible para nosotros los alemanes. Este es el resultado de 25 años de dominación judaica, ya que el bolchevismo es básicamente una variante del capitalismo, pues los dirigentes son, en ambos casos, los mismos: judíos y sólo judíos.

»Han tomado más de 2.400,000 prisioneros, destruido o tomado más de 17,500 tanques, más de 21,600 cañones; derribado o destruido en tierra 14,200 aeroplanos. ¡El mundo jamás vio nada semejante! El territorio que las tropas alemanas y aliadas han ocupado abarca una superficie más de dos veces que la del Reich alemán en 1933... (La superficie ocupada de Rusia equivalía a más de la mitad de Méjico).

»Gigantesca es asimismo la labor que se ha realizado detrás de nuestro inmenso frente de combate. Se han construido casi 2,000 puentes y reactivado 25,500 kilómetros de vías férreas (tres mil kilómetros más que toda la red ferroviaria de Méjico). Otros. 15,000 kilómetros de líneas ferroviarias fueron adaptados a la trocha normal europea.

»En esos tres meses y medio, mis soldados, se han sentado las bases para el último y gigantesco esfuerzo destinado a aplastar al enemigo antes de que sobrevenga el invierno...

»Comienza hoy la última gran batalla decisiva de este año. Será un golpe aniquilador para este enemigo.

»De esta manera libramos al Reich alemán y a toda Europa de un peligro como jamás se cernió otro igual sobre el Continente desde los tiempos de los hunos, y más tarde, de las tribus mongolas. El pueblo alemán, por lo tanto, estará en las próximas semanas más que nunca a vuestro lado... Reteniendo el aliento, la Patria toda os acompañará con sus bendiciones en los graves días por venir». En la creencia de que las últimas reservas del ejército rojo se hallaban en capilla ante la lucha que estruendosamente se libraba a 380 kilómetros de Moscú, y dada la evidencia de que la maniobra para coparlas progresaba firmemente Hitler anunció el 3 de octubre:

«Esto puedo decirlo hoy, lo digo hoy solamente porque estoy en condiciones de afirmar que este enemigo ha sido aplastado y que jamás se recobrará... Nadie tuvo jamás idea ni siquiera aproximada del poderío ruso; hubiera sido otra invasión mongólica de Gengis Khan». Y rindiendo un homenaje a la Infantería Alemana que había soportado la lucha más extraordinaria contra oleadas sucesivas de reservas al parecer inagotables, Hitler agregó: «Nuestras divisiones de tanques, nuestras divisiones motorizadas, nuestra artillería, nuestros exploradores, nuestros cazas, nuestros stukas, nuestros pilotos de combate, nuestra marina, nuestros submarinos, nuestros cazadores del norte, nuestras tropas de asalto son todos idénticos.

»Pero lo mejor de lo mejor es el soldado alemán de infantería. Tenemos ahí divisiones que desde la primavera han marchado a pie de 2,500 a 3,000 kilómetros. Numerosas otras han recorrido 1,000. 1,500 y 2,000 kilómetros». Ese mismo día Hitler hizo una alusión a la guerra con los países occidentales y volvió a recordar: «yo no lo quise. Después del primer encuentro tendí la mano...»

Stalin y su alto mando se hallaban optimistas respecto a la posibilidad de frustrar la nueva ofensiva alemana, pues conocían todo el plan de ataque y habían tenido tiempo de concentrar ocho ejércitos en los sitios más apropiados. Resulta que el Estado Mayor General alemán trazó el plan de la operación «Taifun» y lo presentó a Hitler el 18 de agosto, pero ya desde el día 1º lo conocía Stalin, debido a los infiltrados que trabajaban en Berlín y



que tenían comunicación con la red de espionaje de Alejandro Rado, con sede en Ginebra, Suiza.

No obstante, los 5 ejércitos alemanes de Von Kluge, Strauss, Hoepfner, Guderian y Hoth, al mando de Von Bock, volvieron a hendir las líneas rusas, penetraron 180 kilómetros y su mejor capacidad operativa se impuso en la batalla contra fuerzas superiores, que fueron cercadas en las regiones de Vyazma y Bryansk. Ochocientos mil hombres de Timoshenko —del total de un millón— se vieron atacados por los flancos y la retaguardia. Sus desesperados intentos de abrir una ruta de escape se desplomaron una y otra vez bajo un huracán de fuego y los bombardeos de 900 aviones de la Luftwaffe. Torrenciales lluvias hicieron más penoso el combate en esos días.

La sangre volvió a correr en las frías tierras rusas, en los bosques a 200 kilómetros de Moscú. Entre cadáveres de ambos bandos, exhaustas divisiones alemanas mantuvieron y estrecharon el cerco alrededor de los 8 ejércitos de Timoshenko. En el mando alemán, el optimismo era ya irrefrenable.

El 9 de octubre, a la vista del triunfo de Bryansk y Vyazma, Otto Dietrich, jefe de la prensa de Alemania, anunció: «Con la destrucción del grupo de ejércitos de Timoshenko se ha decidido la campaña en el este. La decisión militar es terminante... Desde el punto de vista militar estos golpes han terminado con la Unión Soviética. No dispone ya de unidades que tengan suficiente libertad de acción. Las divisiones arrojadas contra los alemanes, que ahora se encuentran cercadas, fueron las últimas de que disponía». Al día siguiente la prensa alemana anunciaba: «Lo increíble y casi inconcebible ha sucedido. El enemigo ha sido derrotado aun antes de la llegada del invierno».

Después de 16 días de agotadora lucha contra los 8 ejércitos de Timoshenko, la gran batalla de cerco terminó el 18 de octubre. Se hicieron 648,198 prisioneros y fueron destruidos 1,197 tanques y 5,229 cañones. Es esta la más grande batalla de aniquilamiento de todos los tiempos; superior en más de seis veces a la clásica batalla de Cannas, y fue la mayor de las realizadas por el ejército alemán en Rusia. En ninguna otra parte ejército alguno ha superado esa marca; quedará en la historia militar como la mayor

hazaña de las operaciones de envolvimiento y exterminio. Aun cuando en la captura de Kiev se hicieron 15,000 prisioneros más que en Bryansk y Vyazma, los 8 ejércitos destrozados en estas dos plazas eran muy superiores en artillería y blindaje. (Constaban de 70 divisiones y varias brigadas).

La operación de Vyazma y Bryansk fue la sexta de las batallas de envolvimiento realizadas en Rusia por el ejército alemán durante 1941, después de las de Bialystok-Minsk, Smolensk, Umán, Somel y Kiev. Tan sólo la tarea de levantar el campo ocupó a veintenas de millares de hombres. El oficial alemán Skorzeny refiere a este respecto: «Cuando en octubre de 1941 cayó la gran bolsa de Vyazma, después de intentar en vano durante días la evasión, hubo que enterrar verdaderas montañas de cadáveres en muchos sitios. Para ello empleamos prisioneros de guerra rusos.



Cerco de Vyazma y Bryansk... 70 divisiones destrozadas. El Alto Mando Alemán creyó que esta era la última batalla en Rusia.

Vi con mis propios ojos cómo éstos arrojaban a las fosas comunes no sólo muertos, sino también heridos. Los sargentos alemanes que vigilaban

este trabajo tuvieron que intervenir severamente para que los rusos sacaran a sus camaradas que aún estaban heridos para llevarlos al botiquín de urgencia. El soldado ruso herido, y muchas veces también el prisionero, ya no cuenta en absoluto ni para sus camaradas ni para el Mando».

El total de bajas del ejército rojo al terminar el envolvimiento de Vyazma-Bryansk, incluyendo las habidas en otras batallas menores y a lo largo de todo el frente de 2,500 kilómetros, ascendía a las siguientes cifras:

— 3.048,000 prisioneros (873,000 más que el total de los atacantes).

— 18,697 tanques (casi ocho veces más que las fuerzas blindadas alemanas).

— 26,829 cañones (el triple de toda la artillería que produjo Francia antes de la guerra).

— Agregando los heridos y los muertos, el gran total correspondía a más de 300 divisiones. Hasta entonces, 700,000 soldados alemanes habían caído en Rusia<sup>[116]</sup>.

— 35 divisiones blindadas soviéticas, compuestas cada una de 400 tanques, fueron totalmente aniquiladas del 22 de junio al 18 de octubre, y otras 30 quedaron gravemente mermadas y desorganizadas.

Lo que se creía que era el Ejército Rojo había sido ya vencido por la fuerza numérica inferior de 178 divisiones alemanas y del Eje. En 2,600 años de historia de las armas, nunca una contienda había sido tan dramáticamente gigantesca y desproporcionada como la campaña alemana de la URSS. Todo lo que exageradamente podía exigirse del ejército alemán fue exigido hasta octubre de 1941, cuando aproximadamente 325 divisiones soviéticas, integradas por cerca de 5 millones de combatientes, habían sido ya destrozadas. El Alto Mando Alemán, que originalmente concibió al Ejército Rojo Integrado por 300 divisiones, tuvo entonces la certeza de que la victoria era ya ineludiblemente suya.

De otra manera Hitler no habría proclamado la victoria, ni hubiera dicho que la batalla de Vyazma era la última de la campaña en Rusia, ni hubiera afirmado que el enemigo había sido aplastado y que ya jamás se recobraría. Si el ejército rojo no hubiera perdido más de 300 divisiones en los primeros

tres meses y medio de lucha, y si la propaganda aliada hubiera estado en lo cierto al afirmar que los soviéticos se habían retirado intactos para atraer a los alemanes a una trampa, el Mando Alemán no habría proclamado la victoria para ponerse deliberadamente en ridículo. Era tal su certeza de que ya tenía asegurada la victoria, que en noviembre comenzó a desmovilizar algunas divisiones, en la creencia de que ya no serían necesarias.

Fue absolutamente falso que el Ejército Rojo hubiera cambiado territorio por tiempo y rehuido el combate para presentar batalla cerca de Moscú. Todos los ejércitos que lanzó a la lucha se afianzaron firmemente a su terreno y fueron destrozados.

Si la suerte de la campaña cambió al entrar el invierno, fue exclusivamente porque ejércitos soviéticos de refresco, con los que nunca soñó el mando alemán, entraron en acción inesperadamente. Lo que entonces hizo el agotado ejército de Hitler para sostenerse rebasó los linderos de lo previsible y tuvo características de milagro militar.

## MOSCÚ TREPIDA BAJO EL CAÑONEO

Concluida la batalla de envolvimiento en Bryansk-Vyazma, los alemanes quedaron firmemente situados a 200 kilómetros de Moscú. Hubo entonces una junta de Hitler y sus generales. Muchos recomendaban una retirada en el sector central para enderezar las líneas y vigorizar las comunicaciones. El problema logístico de abastecer ejércitos a través de mil kilómetros de territorio devastado y hostil era espantoso y el invierno iba a agravarlo todavía más. Las primeras nevadas habían caído ya.

Una minoría de generales, encabezados por Jodl, aconsejaba un esfuerzo más para capturar Moscú. No se creía ya que hubiera ejércitos soviéticos organizados y solo se contaba con una fanática resistencia en las defensas periféricas de la ciudad. Dar un momento de reposo al enemigo parecía dejar escapar una brillante oportunidad. Hitler también pensaba de este modo. Al final de las discusiones se tomó la decisión de atacar.

13 divisiones de tanques, 33 de infantería y 5 motorizadas, o sea un total de 51, fueron reagrupadas en el sector central, y este grupo de ejércitos se puso en manos del general Von Kluge porque el mariscal Von Bock sufría dolores de estómago y había llegado al límite de su resistencia física. Von Kluge se exponía con frecuencia en los puestos avanzados del frente, se levantaba al amanecer y fuere cual fuere la gravedad de la situación se acostaba temprano. No confiaba mucho en la nueva operación, pero se fue alentando al ver el entusiasmo de las tropas, y entonces se quejaba de que el general Hoepfner (comandante del 4º ejército blindado y encubierto enemigo de Hitler) no tuviera entusiasmo por la acción que iba a emprenderse. Por su parte, Hoepfner se quejaba continuamente de los abastecimientos. «Un cuadro no muy satisfactorio», comenta el mariscal

Kesselring. (Y acentuando aún más esas perturbaciones, en el comando del Grupo de Ejércitos se había formado una célula de conspiración, compuesta por los coroneles Hening von Treskow, Von Gersdorff y Schultze. Treskow trató de ganarse al mariscal Von Bock, quien cortó en seco la conversación y salió de la sala diciendo que no toleraba ni siquiera hablar de eso. Pero la conspiración seguía cundiendo en el Estado Mayor. Los que se negaban a secundarla sentían repugnancia por denunciarla).

Entretanto, en apoyo del avance hacia Moscú se iniciaron bombardeos aéreos con 150 y 200 aparatos. La nieve había comenzado a caer y la Luftwaffe tropezaba con grandes dificultades. De 80 hombres que en tiempos normales necesitaba por cada avión en operación requirió entonces 120. La nieve tenía hasta 90 centímetros de altura en algunos aeropuertos y eran necesarios mil trabajadores para limpiar una pista. Hasta los frenos hidráulicos se congelaban. Al principio los aviones eran envueltos en abrigo de paja y bien pronto ya ni esto fue suficiente; los mecánicos dormían entonces a intervalos y varias veces por la noche calentaban los motores para que al amanecer pudieran arrancar. Los vuelos se racionaron dejando únicamente a los pilotos más expertos. Para colmo, la segunda flota aérea recibió órdenes de trasladar parte de sus efectivos al Mediterráneo, con objeto de ayudar a Italia en África.

El periodista norteamericano William L. White da la siguiente versión de lo que entretanto ocurría en la capital soviética:

«Varios testigos me refirieron el pánico de Moscú en octubre de 1941. La gente empezó a destruir todo lo que pudiera probar que había simpatizado con el partido. Los alemanes arrojaron volantes, pero la propaganda alemana no fue la única responsable del crecimiento del antisemitismo en Moscú. La propaganda soviética, en un esfuerzo por levantar el fervor patriótico, repopularizó los descartados héroes de los tiempos zaristas... Comenzó a decirse que no se luchaba por el bolchevismo, sino por Rusia. El orgullo de raza del eslavo fue enfatizado.

»Esta popularización del antiguo mito eslavo determinaba una elevación del descontento contra los judíos. Posiblemente el Kremlin calculó mal, o tal vez creyó que el beneficio Inmediato en espíritu de lucha valía por su costo temporal... Un amigo mío refiere que cuando el pánico de Moscú, los

habitantes lo detenían en las calles o lo enfrentaban en el subterráneo, diciéndole: ¿Por qué están ustedes enviando ayuda a este régimen? ¿No saben que solamente están prolongando la guerra?... Y si alguien comenzaba a pronunciar un discurso patriótico, alguno observaba agriamente: ¿Qué le pasa? ¿Es usted judío?...

»El resentimiento se exacerbó cuando fue evacuado de Moscú el Comisariado Teatral, que en Rusia, como en muchos países, contiene algo más que el promedio normal de judíos. Varios rumores sin base circularon que habían sido evacuados apresuradamente y con grandes lujos... Una mañana los policías desaparecieron. Se difundió la noticia de que habían sido llevados a cubrir una brecha en Mojhais. Inmediatamente ocurrieron asaltos a los establecimientos de comestibles. Circularon rumores de que en los suburbios habían sido golpeados varios judíos. El 20 de octubre el gobierno declaró la ley marcial en la ciudad, lo que moderó a todos» («Mi informe sobre los rusos»).

Ante los desórdenes ocurridos en Moscú, el 17 de octubre, en los que hubo ataques a los judíos y brotes de resistencia contra la policía, muchos diplomáticos extranjeros acreditados ante la URSS hacían cálculos sobre la fecha probable del derrumbamiento del régimen soviético. Por otra parte, el jefe de la Associated Press en Rusia, Henry C. Cassidy, hace el siguiente relato en su libro «Fechado en Moscú»:

«El Partido Comunista generalizó la movilización a todos los civiles. Cuando comenzó la evacuación en masa, el 15 de octubre, hubo tres días de huida en desorden. La gente asaltaba las estaciones de ferrocarril en procura de medios de transporte... En los negocios de alimentos se formaban colas para conseguir las raciones extra de pan, salchichas y queso. Hubo una alza tremenda en el mercado matrimonial, pues la gente se casaba con aquéllos cuyas oficinas o fábricas habían sido evacuadas...

»Los alemanes iniciaron su segunda gran ofensiva sobre Moscú el 16 de noviembre. Avanzaron en todo el frente. Las cuatro divisiones comunistas de Moscú recibieron su bautizo de fuego... Sus pérdidas fueron horrorosas.

»Fueron días muy negros para los voluntarios comunistas. La carnicería se convirtió en una de las grandes glorias de la defensa de Moscú. En cambio, fueron alegres días para los alemanes. Habían calculado el máximo

poder del Ejército Rojo en 330 divisiones y había coincidido ese número, pensaban, con el de las divisiones derrotadas. Ahora aparecían ante ellos unas pocas divisiones nuevas y harapientas, de obreros movilizados con tal prisa que luchaban con el espíritu de mil demonios. Los alemanes pensaban que el final estaba a la vista, y los directores de diarios de Berlín fueron advertidos, el 2 de diciembre, para que reservaran en sus primeras páginas espacio destinado a la caída de Moscú». El judío Mendel Mann, que había huido de Polonia a Moscú, publicó últimamente un libro en Israel, «Ante las Puertas de Moscú», en el cual refiere haber visto una manifestación de rusos que gritaban en la calle Kaluga: «Muerte a los comunistas. Abajo los judíos... Gracias Virgen Santa, madre de Dios». Estos manifestantes esperaban la llegada de los alemanes, de un momento a otro, y fueron diezmados y dispersados por la NKVD.

Para entonces el mariscal ruso Timoshenko había sido sustituido por el general Zhukov, ex discípulo del general alemán Von Seckt.

Los alemanes agruparon sus tanques en los flancos del ataque: al norte de Moscú, los ejércitos panzer de Hoepfner y Hoth, y al sur el ejército panzer de Guderian; en el centro marchaban principalmente divisiones de infantería.

Las principales defensas periféricas de Moscú fueron perforadas. Varias divisiones siberianas sufrieron enormes bajas, pero no pudieron cerrar las brechas. Hubo días en que fue militarmente factible que los alemanes llegaran a la capital soviética, pero los caminos se habían empantanado y los tanques y camiones no podían avanzar ni un metro. El barro atascó varios días la ofensiva y Von Bock dijo que no había más remedio que esperar las heladas para que se endureciera el suelo, que era un mar de lodo.

Según se puso en claro 8 años más tarde (al revelarlo el general McArthur), en 1941 operó en Japón una banda de espionaje integrada por el judío-alemán Richard Sorge, por el japonés Ozaka Hozumi y por la escritora norteamericana Agnes Smedley, y esa banda comunicó a Stalin el plan alemán contra Rusia y muy principalmente el valioso dato de que el Japón, pese a su compromiso contraído con Alemania al firmar el pacto anticomunista, no atacaría a la URSS. Tal cosa permitió a Stalin retirar gran



parte de sus contingentes armados de Asia y reforzar las incógnitas reservas que había ocultado entre los bosques, muy al oriente de Moscú.

El Mando Alemán tuvo indicios de que ciertas reservas se movían hacia la capital soviética, pero nunca sospechó su magnitud<sup>[117]</sup>.

La oscuridad de la niebla duraba hasta las 9 de la mañana. El Sol sólo se distinguía como una bola rojiza a las 11 de la mañana, la oscuridad empezaba a las tres de la tarde y una hora después era completamente de noche. La segunda división blindada alcanzó a ver el Kremlin al llegar a Khimki, 8 kilómetros al norte de Moscú, y el fuego de los antiaéreos de la capital soviética era claramente visible para las entusiasmadas tropas alemanas que se hallaban casi en los suburbios por el norte y el oeste. Muy ajenas estaban al peligro que se cernía en los umbríos bosques del oriente.

Cassidy añade que «regularmente, a intervalos de un cuarto de hora, pasaban trenes a lo largo de todas las líneas de ferrocarril en dirección al frente y transportaban tropas de refresco de jóvenes soldados vestidos con abrigadas ropas de invierno y armados hasta los dientes, y desaparecían dentro de los bosques... Los rusos se hallaban perfectamente preparados con sus botas de fieltro, sus chaquetas acolchonadas, sus sombreros de pieles, sus capas blancas, sus esquíes, sus raquetas de nieve y sus trineos. En cambio, los alemanes estaban completamente desprovistos de todo». Como confesó el general Jodl, «el Alto Mando Alemán no había previsto una campaña de invierno ni la había planeado».

La primera helada fuerte hizo descender la temperatura a 20 grados bajo cero y sorprendió a las tropas con pantalones de dril. El suelo se endureció con el frío y era imposible excavar refugios. Todavía en 1966 no puede precisarse hasta qué grado el sabotaje jugó su papel en aquello que simplemente parecía imprevisión. Ciertamente se sabía que el invierno en Rusia era extremadamente riguroso y que aun cuando la campaña terminara en diciembre, una gran parte del ejército tendría que seguir guarneciendo poblados y líneas de comunicaciones. Y sin embargo, nada se hizo. Se sabía así mismo que los rusos usaban botas dos números más grandes que el pie, con objeto de empalmarse calcetines o cuando menos rellenarlas de paja para evitar la congelación, pero las botas de los soldados alemanes eran ajustadas a su número exacto. Además, tenían clavos, pese a que se sabía

que éstos eran un conducto para la pérdida de calor. En fin, no había ni la más elemental precaución ante el fenómeno invernal que era perfectamente conocido.

Para el 27 de noviembre el termómetro ya había descendido a 40 grados centígrados bajo cero en diversos sectores del frente. Los soldados luchaban desesperadamente por la posesión de cualquier aldea para guarecerse en la noche. Los guardias se relevaban cada hora y llevaban consigo un ladrillo caliente, no tanto para calentarse ellos, sino para evitar que el aceite se congelara en los fusiles, pues no se sabía en qué momento ocurriría un ataque enemigo.

El 6 de diciembre Zhukov contraatacó con 100 divisiones soviéticas, en su mayor parte de refresco; 100 divisiones con las que el mando alemán no había contado jamás y que hacían subir a 460 las divisiones rusas desplegadas en el frente durante 1941. En ese momento un cataclismo mortal encaró a las diezmadas y exhaustas 51 divisiones alemanas que acosaban a Moscú y que eran el remanente operativo (en condiciones de realizar guerra de movimiento) de las 145 que habían iniciado en junio la campaña de Rusia.

## DE LOS ALBORES DE LA VICTORIA A LAS ORILLAS DEL DESASTRE

El mando soviético anunció que no se estaban enviando al frente refuerzos de refresco para cubrir bajas y reanimar divisiones diezmadas; es decir, no se trataba de transfusiones, «sino fundamentalmente de nuevos ejércitos». La súbita entrada en combate de los 8 ejércitos de Zhukov aumentaba abrumadoramente la superioridad numérica rusa y además significaba que tropas descansadas y con equipo flamante caían inesperadamente sobre tropas alemanas agotadas por cinco y medio meses de lucha. Soldados exhaustos por una sucesión de batallas y por la marcha accidentada de 1,500 a 3,000 kilómetros; soldados que habían vencido a tropas superiores en razón de 2 a 1, y a contingentes mecánicos superiores en proporción de 8 a 1, y que realizaban un supremo esfuerzo en lo que parecía la última batalla, vieron de pronto que la victoria se esfumaba y que un desastre mortal se cernía sobre el vasto frente de nieve.

Varios generales sopesaron la situación numéricamente. Y la situación era insostenible. En su opinión, una retirada general y profunda, abandonando equipo, era lo único que la ciencia militar aconsejaba. El mariscal Von Leeb (uno de los más recalcitrantes opositores de Hitler pedía una retirada de más de mil kilómetros hasta Polonia. El general Blumentritt<sup>[118]</sup> dice que una retirada profunda era imposible porque la nieve sólo permitía marchas de 10 kilómetros por día y que después de tres jornadas las tropas hubieran caído exhaustas. Hitler se opuso al repliegue.

Goerlitz dice que lo hizo «con una firmeza demoníaca y tan feroz, que destacados militares, tan diferentes entre sí como Jodl y Rundstedt, no pudieron menos que admirar esa conducta». Colocado en peor situación que

Napoleón, decidió afrontar la más desesperada de las batallas. Aprovechando que Brauchitsch, jefe del Ejército, había enfermado y solicitado permiso. Hitler asumió directamente el mando de las tropas. Con ello asumió también personalmente la suerte de su grave decisión.

«Los hombres —explicó después Hitler— se vieron sometidos a la misma tensión psicológica que aniquiló al ejército francés en 1812. En ese momento me sentí obligado a unir mi nombre a la suerte del ejército».

Su primera tarea fue la de vigorizar el espíritu de resistencia de los comandantes, y a través de ellos el espíritu de todo el frente.

Al noroeste de Moscú, donde el ejército de Hoepfner había llegado a ocho kilómetros del Kremlin, dos ejércitos de los generales rusos Kuznetsov y Rokossovski cayeron sobre el flanco desguarnecido de los alemanes. Por el sur, los ejércitos rusos de los generales Boldin y Below embistieron encarnizadamente el flanco del ejército de Guderian.

Si las tropas de Guderian y Hoepfner se desplomaban en una retirada general, toda la infantería alemana correría el riesgo inminente de ser aniquilada; las líneas se hundirían en el sector central y el desastre se generalizaría a lo largo de los 2,500 kilómetros de todo el frente.

Indudablemente que varios generales alemanes recomendaban la retirada general no por ignorancia, sino porque todos los cálculos de Estado Mayor indicaban que resistir era imposible. Sin embargo, Hitler creyó poder vencer al imposible. Su voluntad fue tan profunda, tan firme y tan inflexible, que el imposible fue vencido. Mediante fuerzas psicológicas, ahí donde las fuerzas físicas se hallaban abrumadoramente superadas por el enemigo, divisiones enteras se enraizaron en la nieve ante el alud de fuego soviético y se sacrificaron sin esperanza de salvación; para ellas no existía salvación, pero podía haberla para el frente en general. Así lo creía Hitler y así se lo hizo creer a muchos de sus comandantes. Y esta creencia forjó el milagro si bien sobre la tumba de millares de hombres.

Por ejemplo, las divisiones blindadas 6 y 7 se mantuvieron firmes ante la muerte al noroeste de Moscú. La séptima, que Rommel había conducido en triunfo a través de Bélgica y Francia, y que más tarde marchó y combatió más de dos mil kilómetros a través de suelo ruso luchó sin retroceder sobre un terreno que prácticamente habría de ser su tumba.

La 162ª división de infantería fue también destrozada. Los soldados se enredaban trapos en el cuello o en las botas, y hasta trozos de alfombra atados con alambres, para resistir la lucha a la intemperie. Muchos testigos refieren que el aliento parecía una costra de hielo.

Al analizar estos momentos el historiador británico Liddell Hart dice: «Fue la decisión que Hitler adoptó para no retirarse lo que desvió el pánico en esa hora negra. Daba la impresión de tener nervios de acero... Eso iba en contra del consejo de los generales... Le señalaron que las tropas no estaban equipadas para el invierno, pero Hitler se rehusó a oír. El ejército —dijo— no se retirará ni un solo paso. Cada hombre debe pelear en donde se encuentre. Sin embargo, los acontecimientos lo justificaron una vez más». («¡Yo no uso de blandura con ustedes, yo los amo de todo corazón, hermanos de la guerra!» Nietzsche).

Y las tropas se agruparon en bosques, ciudades o aldeas cercanas formando «erizos» para resistir los ataques de frente, de flanco o por la retaguardia, y recibieron órdenes de permanecer allí aunque se les flanqueara o se les copara, sin más alternativa que sobrevivir o perecer. El general Von Tippelskirch comentó posteriormente que eso había salvado al frente alemán de un completo desastre.

El general Hoepfner, comandante del 4º ejército blindado y antiguo conspirador desde 1938, hizo un repliegue sin autorización. El general Von Kluge lo reconvino; Hoepfner protestó por «la profana» dirección de Hitler, al que consideraba «un cabo», y fue retirado del servicio. Guderian, comandante del 2º ejército blindado, fue personalmente a pedirle autorización a Hitler para replegarse. «¡No, lo prohíbo!», fue la respuesta del Führer. Guderian alegó que resistir en donde estaba ocasionaría más bajas.

«¿Cree usted —le repuso Hitler— que los granaderos de Federico el Grande morían con gusto? También querían vivir, y sin embargo, estaba el Rey autorizado en el mismo caso para exigir a todos los soldados alemanes el sacrificio de sus vidas».



Cerco de Vyazma y Bryansk... 70 divisiones destrozadas. El Alto Mando Alemán creyó que esta era la última batalla en Rusia.

Guderian regresó desconsolado a su puesto de mando y poco después hubo un repliegue en su sector; él afirma que fue involuntario, pero su inmediato superior, el general Von Kluge, no se lo quiso creer, lo reportó a Hitler y Guderian fue substituido por el general Rudolf Schmidt. De un modo o de otro, la despedida de Guderian fue dramática: «Estábamos unidos —dijo a sus tropas— en la prosperidad y la desgracia y era mi mayor alegría cuidarlos y poder estar entre ustedes... Sé que seguirán luchando valientes como hasta ahora y vencerán a pesar de las calamidades del invierno y de las fuerzas superiores. Mi pensamiento los acompaña en su duro camino. ¡Ustedes lo siguen por Alemania! ¡Heil, Hitler!»

El mariscal Kesselring dice que «la responsabilidad cada vez mayor y los esfuerzos físicos llegaron incluso, como se demostró más tarde, a influir y agotar físicamente al ducho y resistente comandante».

En efecto, al dejar el frente, Guderian tuvo que sujetarse a un tratamiento médico del corazón que duró casi un año.

La temperatura llegó a 51° centígrados bajo cero. Era uno de los peores y más prematuros inviernos de Rusia. Caer herido significaba la muerte por congelación en pocos minutos si no se recibían auxilios inmediatos. Las

armas quemaban al contacto de la mano y toda la gigantesca maquinaria mecánica se paralizaba. Las ventajas técnicas de la motorización desaparecieron al conjuro de la nieve y paradójicamente los primitivos medios que empleaban los ejércitos soviéticos se adaptaban mejor al temporal. El trineo superaba al camión con gasolina congelada y los granaderos en esquíes envolvían el tanque inmovilizado. Curt Riess da una versión sobre el particular en «Gloria y Ocaso de los Generales Alemanes», con las siguientes palabras:

«Horriblemente sufrían los soldados. Ninguno de ellos había experimentado jamás semejante frío y pocos se imaginaron siquiera que un ser humano pudiese vivir en tales condiciones... Se congelaba el rancho y se congelaba el combustible en tanques y autocamiones. Congelábanse las manos, los pies, las narices y orejas hasta caerse a pedazos, comidos por la gangrena... Y el frío arreciaba más y más; caía la nieve y se empantanaban la artillería y los transportes; las raciones no llegaban y los rusos aparecían por todos lados, sin un momento de pausa, sin descanso, sin un minuto de tregua que permitiera siquiera dormir unos instantes al ejército.

»¿Por qué no desertaban y se entregaban?



«Se congelaba el rancho y se congelaba el combustible en tanques y autocamiones...»

»Soldados alemanes eran ellos. Podían haber sido otra cosa alguna vez. Pero ahora eran soldados y nada más. Los Herr Müller o Herr Schmidt que allá en sus aldeas y ciudades, y en lejanos tiempos fueron carpinteros, zapateros o labriegos, habían desaparecido bajo el uniforme y la mentalidad del soldado». «Soldado es el alemán con cuerpo y alma —escribió el letones Walter Schubart en “Europa y el Alma del Oriente”».

Los franceses son soldados porque aman a su patria, los alemanes lo son porque aman la vida de soldado... El militarismo alemán procede de un afán secreto de sentir la comunidad.

Es un comunismo militar. Es una nostalgia profunda que unos burgueses egoístas sienten de un estado en que dejan de ser burgueses. El extranjero no comprende la influencia salvadora que ejerce sobre los alemanes, la vida de soldado. De ahí que las malas inteligencias a que se ve expuesto el militarismo alemán en el extranjero no sean solamente graves, sino inevitables e invencibles «...Puesto que el alemán es entre todos los europeos el que sufre más profundamente el miedo originario, es también el



hombre más activo y de mayor fuerza de voluntad que jamás haya habido. Ser alemán significa hacer una cosa por amor a la misma. Alemania es la ergástula del deber».

El 20 de diciembre la situación era tan desesperada en el frente que el doctor Goebbels —ministro de Propaganda— hizo una patética excitativa a la población alemana para que enviara más ropa a las tropas que se helaban en Rusia: «Estoy enterado —decía— de que durante la última contribución, el pueblo alemán dio todo cuanto podía dar, cuenta habida de la escasez. Con todo, existen todavía en los hogares innumerables objetos y ropas de invierno que la población civil confiesa indispensables, pero de los cuales hay necesidad en el frente aún con mayor agobio que en la patria... Todo lo que resta de abrigo de invierno en los hogares debe ser enviado al frente... Nuestros soldados lo necesitan mil veces más que nosotros... Lo que la patria ha sufrido en la guerra sólo significa una pequeña restricción y un ligero inconveniente comparado con lo que soportan nuestras tropas cada día y cada hora desde hace dos años.



Combate nocturno de tanques en el frente alemán ante Moscú.

»Así como nuestros soldados han sufrido durante los meses de verano sin tregua y sin quejarse del calor, las terribles lluvias de verano, el polvo y

el lodo, en esfuerzos sobrehumanos por obtener la victoria, así resisten ahora en sus posiciones de invierno entre la nieve, el hielo, la lluvia, la escarcha y el frío, como guardianes del territorio patrio».

Y en tanto que unas divisiones se inmolaban para que otras prepararan defensas y el frente se salvara, Hitler arengó a sus tropas el 21 de diciembre: «Soldados: conozco la guerra por los cuatro años de lucha gigantesca en el frente occidental, de 1914 a 1918, y he vivido sus horrores y he participado de casi todas las grandes batallas como soldado raso. Dos veces caí herido y a poco estuve de quedar ciego. Por ello nada de lo que les atormenta y agobia me es extraño.

»Mis soldados: comprenderán, pues, que mi corazón está con ustedes y que mi voluntad y mi capacidad de trabajo indoblegables están al servicio de la grandeza de mi Patria y la suya, y que mi mente y mi decisión no saben sino del aniquilamiento del enemigo, esto es, la terminación victoriosa de la guerra.

»Todo cuanto se puede hacer por ustedes, soldados del ejército y de la guardia de Élite, se hará... El Dios Todopoderoso no negará la victoria a sus más bravos soldados».

La vida en el frente era espantosa hasta para las bestias, tan sólo en el área de un cuerpo de ejército alemán cayeron durante un mes 18,000 caballos, 795 de ellos por agotamiento. Por una parte aumentaban el frío y los ataques enemigos y por otra disminuían las raciones de víveres, de municiones y de combustible. Ni los veteranos de dos guerras habían sospechado que fuera posible una situación igual. Pero alentadas por Hitler, la mayoría de las tropas flanqueadas o copadas resistían o morían en vez de rendirse. Hasta el 20 de enero —con 42 grados centígrados bajo cero— los casos de congelaciones graves y leves ascendían a 54,000. Sin embargo, esos inenarrables sacrificios fueron un rompeolas viviente donde la furia de los ocho nuevos ejércitos soviéticos se desangró y perdió fuerza. El 16º ejército alemán, del general Von Busch, copado en Staraya Rusa, rechazó, reiteradas demandas de capitulación y logró sobrevivir. En Klin, la guarnición alemana también quedó totalmente aislada del resto del frente y 3,000 soldados perecieron antes que capitular. En Rzhev, los ejércitos rusos 29 y 39 flanquearon al 9º ejército y le cortaron la ruta de abastecimientos,

pero luego la primera división alemana y la división SS Das Reich restablecieron sus comunicaciones; el 9º ejército pudo contraatacar y copó y aniquiló a una parte de ambos ejércitos rusos.

Esta batalla duró cuatro semanas con una temperatura de 45° bajo cero. «Una y otra vez los rusos interrumpieron las líneas alemanas —dice el informe de uno de los comandantes— pero siempre eran repelidos. Las villas caían y eran recapturadas repetidamente. Unidades completas se sacrificaban defendiendo sus posiciones y ocasionaban serias bajas a los rusos, pero el frente seguía resistiendo. Los rusos peleaban con admirable denuedo, según se estrechaba el cerco. El 17 de febrero fue el día en que las operaciones llegaron a su punto culminante. Los rusos realizaron esfuerzos sobrehumanos. La situación era extremadamente crítica. Durante los días 18 y 19 hubo muchas horas difíciles. El 20 de febrero terminó la batalla de Rzhev, acción decisiva en la campaña invernal del frente oriental».

Hasta ese día —según anotación hecha por el ministro Goebbels en su Diario— las bajas alemanas ascendían a 199,448 muertos; 708,351 heridos (incluyendo 112,627 casos de congelación), 44,342 dispersos. Total 952,141.

La tarea de abastecer a los combatientes era un problema logístico espantoso para los alemanes, que se hallaban a más de 1,000 kilómetros de sus bases. Cada división requería 200 toneladas diarias de abastecimientos vitales, lo cual significaba cada día más de 36,000 toneladas para todo el frente. Las precarias comunicaciones, la nieve y los sabotajes empeoraban aún más la situación. Aunque la Luftwaffe había operado al máximo de sus energías durante el verano y el otoño, en que destruyó en tierra o en el aire a 22,000 aviones enemigos, durante la crisis de invierno se le exigió un supremo esfuerzo para auxiliar a las tropas aisladas en los «erizos». Todos los peritos coinciden, en que ese esfuerzo de combate y transporte de víveres causó una herida irreparable a las fuerzas aéreas alemanas.

El 30 de enero Hitler habló ya con más seguridad sobre el frente y reiteró su determinación de no capitular. «El pueblo alemán —dijo— puede tener también una seguridad: mientras yo viva no se repetirá un 1918. Nunca arriaré esta bandera... Este 30 de enero os aseguro que no sé cómo terminará este año. No sé si terminará la guerra... Señor: dadnos fuerzas

para defender nuestra libertad contra el comunismo; para defenderla para nosotros, para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, y no solamente para el pueblo alemán, sino para toda Europa, y así realmente, para toda la humanidad».

En su cuartel general, Hitler dijo a su ayudante Bormann: «Ya sabe usted que siempre odié la nieve; siempre la he aborrecido. Ahora ya sé por qué. Era un presentimiento... Hoy puedo decirlo ya: durante las dos primeras semanas de diciembre, perdimos mil tanques y nos quedaron dos mil locomotoras fuera de servicio»<sup>[119]</sup>.

El general Guderian, analizando la situación después de la guerra, escribió que los planes de Hitler en Rusia eran realizables si las operaciones hubieran comenzado, antes, como estaba previsto. Las lluvias de primavera y la campaña de Yugoslavia y Grecia retardaron el ataque a la URSS.

Cuando Henry C. Cassidy, jefe de la Associated Press en Moscú, visitó un sector del frente, escribió así sus impresiones: «La nieve y el hielo vestían a sus muertos con un piadoso manto de blancura. Entre tantas inequívocas señales de desastre de los alemanes se encontraban pruebas de que, aun en derrota, eran buenos soldados. De trecho en trecho había tanques colocados sobre elevaciones o curvas de los caminos con sus cañones apuntando aún hacia el este»

Otro periodista norteamericano, Larry Lesueur, de la Columbia Broadcasting, refirió:

«Los nombres y las edades de los alemanes caídos habían sido grabados al fuego en la madera fresca. Muchos tenían la silueta de una cruz de hierro marcada debajo de los nombres. Sorprendía ver cuan jóvenes eran los hombres caídos.

Las edades indicadas en las cruces oscilaban entre los 19 y 23 años... A un lado había varios tanques alemanes y rusos esparcidos en el campo como si fuera un depósito de chatarra; el bosque que lo rodeaba parecía que hubiera sido devastado por un huracán. Había ramas rotas por todas partes y los árboles yacían arrumbados como rastrojos; era una prueba evidente del terrorífico fuego de artillería y de las luchas mortíferas entre los tanques. Las ruinas ennegrecidas de las aldeas resultaban espantosas...



«Las edades indicadas en las cruces oscilaban entre 19 y 23 años... Cementerio alemán al poniente de Moscú».

Los muertos apenas si parecían seres humanos. Parecían maniqués de cera sacados de un escaparate, echados en el suelo en posturas grotescas, inhumanas, con sus brazos apuntando al cielo, con las piernas congeladas como si estuvieran corriendo. Sus rostros no tenían sangre alguna, eran de un blanco de cera». Fue la tajante voluntad de Hitler, fueron esos muertos, lo que salvó a todo el frente alemán en Rusia durante el invierno de 1941 a 1942. El general Von Tippelskirch, comandante de un cuerpo de ejército en 1941, declaró posteriormente a Liddell Hart que la táctica de los «erizos» fue idea de Hitler y que constituyó una gran proeza poderlos sostener. «Si las tropas se hubieran empezado a retirar —agregó— la retirada se hubiera transformado en una desbandada llena de pánico».

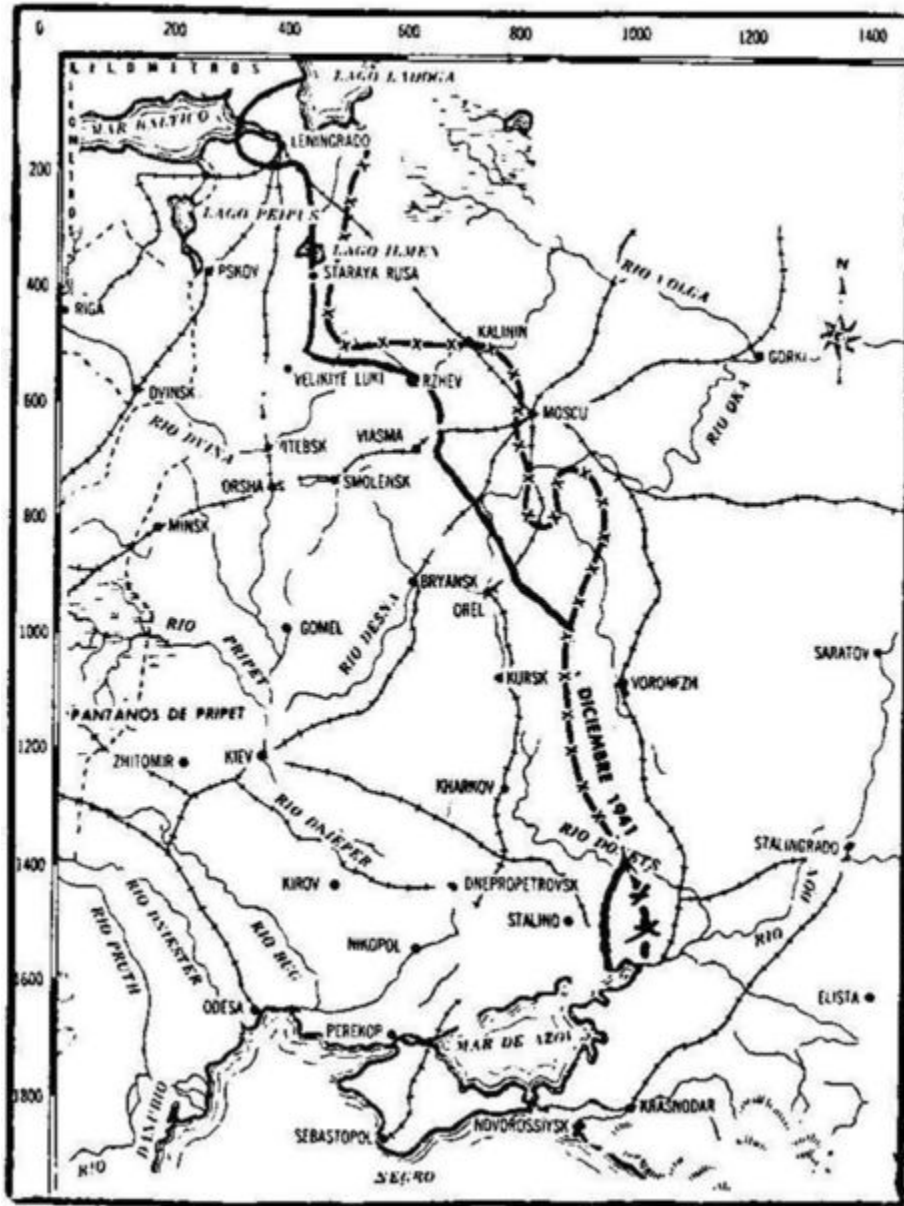
Otro de los pocos generales que coincidían con Hitler —Hans Kissel—, dice que intentar la retirada hubiera sido un error porque «las tropas, exhaustas después de unas pocas marchas en la nieve y el hielo, hubiesen sucumbido a la desintegración moral».

Cuando el invierno tocaba a su fin, el 20 de marzo (1942), el Ministro Goebbels anotó en su Diario: «Los generales, en su mayor parte, no han ayudado. No pueden soportar un esfuerzo intenso, ni hacer frente a fuertes crisis espirituales. Además, los triunfos iniciales que obtuvieron en esta

guerra han persuadido a muchos de ellos de que cualquier cosa puede realizarse a la primera tentativa. Fue el Caudillo quien salvó solo el frente Oriental en el invierno próximo pasado. La verdadera razón de que ese frente no se tambaleara, radicó en que Hitler no mostró signos de debilidad. ¡Maldito sea este invierno, prolongado, crudo y cruel! Nos ha creado problemas que no hubiéramos considerado como posibles... La guerra ha alcanzado su intensidad, más alta desde fines de noviembre. Dice el Caudillo que en ocasiones temió sencillamente que no fuera posible sobrevivir. Sin embargo, seguía haciendo frente invariablemente a los asaltos del enemigo con su último alarde de voluntad y cada vez lograba salir airoso. ¡Gracias a Dios que el pueblo alemán sólo se enteró de una parte de esto!

«Hitler está encaneciendo —agregó Goebbels en su Diario— y el solo hecho de hablar de los cuidados que entraña el invierno, le hace parecer muy avejentado. Me refirió cuan cerca estuvimos de un invierno como los de Napoleón, en los últimos meses. Si hubiéramos flaqueado siquiera por un momento, el frente se hubiera derrumbado y habría ocurrido una catástrofe que hubiese dejado pequeño al desastre que tuvo Napoleón en Rusia.

»A Brauchitsch —jefe del ejército— le corresponde una gran dosis de responsabilidad por esto. El Caudillo habló de él con desprecio. El Caudillo no tenía ninguna intención de ir a Moscú. Deseaba cortar el Caucaso y con eso herir el sistema soviético en su punto vulnerable. Pero Brauchitsch y su Estado Mayor General creyeron saber más. Ese jefe siempre recomendó que se marchara sobre Moscú».



La línea con cruces marca el frente al iniciarse la contraofensiva invernal soviética. La línea negra no interrumpida señala las ganancias de esa ofensiva.

El desacuerdo de Hitler con sus generales seguía aumentando. En el sur, donde el ejército alemán había penetrado 1,250 kilómetros en territorio ruso, perdió en algunos sitios de 30 a 40 kilómetros, como en Rostov. En el sector central, donde el frente alemán había penetrado más de 1,000 kilómetros, los rusos lograron avances aislados de 30 a 150 kilómetros. Y en el sector norte, donde las ganancias alemanas habían sido también de más de 1,000 kilómetros, sus pérdidas de territorio oscilaban entre 50 y 100.

Hitler derrotó al invierno; fue su voluntad lo que en última instancia aceró el frente azotado por la nieve y el fuego —un frente que habría de soportar todavía tres años y medio de lucha—. En la desolación de hielo, la sombra de Napoleón alentó a los rusos y sobre— cogió a los alemanes, pero el desastre de 1812 no se repitió.



El ejército alemán sobrevivió en el crudo invierno Ruso. (Ofensiva del Cáucaso, verano de 1942).



# **CAPÍTULO VII**

**Salvando al Bolchevismo (1941-1942)**

## **BRAZOS ISRAELITAS EN AUXILIO DE LA URSS**

Un año antes de que se iniciara la guerra germano-soviética Hitler había extirpado ya la influencia desmoralizadora que el movimiento político judío ejercía en Alemania sobre el teatro, el cine, la prensa, la literatura, etc.<sup>[120]</sup> Esta tarea depuradora fue presentada en el extranjero como excéntrica y «salvaje persecución». Pero el movimiento secreto judío no estaba vencido del todo en Alemania. Al iniciarse el auge del nacional-socialismo, las grandes Logias Masónicas ofrecieron romper sus nexos internacionales, pero Hitler no creyó en eso y las disolvió en 1934. Aunque perdido ese eficaz brazo, el movimiento político judío tenía ocultos colaboradores suyos en la maquinaria oficial, incluso en el Servicio Secreto Alemán. Esto último suena a fantástico, pero abundan pruebas de que así fue. Como antecedente histórico de esa increíble habilidad, ya en 1485 el movimiento judío se había apoderado en Zaragoza, España, «hasta del tribunal de Justicia y de los principales cargos, pues gran parte de los abogados de aquella ciudad eran judíos en su vida privada, y cristianos sólo en apariencia... En 1799 la tercera parte del Episcopado español estaba bajo el control de francmasones y jansenistas. Llorente, secretario del Santo Oficio, al lado del Inquisidor General, estableció una Logia en el edificio mismo de la Suprema en 1809»<sup>[121]</sup>.

Apenas Hitler terminó el plan para la invasión de la URSS, un informe secreto llegó a manos de Roosevelt y de su grupo de israelitas. Así lo revela un documento oficial de la Casa Blanca: «En el invierno de 1940-1941 este Gobierno recibió informes de que Alemania se disponía a atacar a la Unión

Soviética. El señor Welles, Subsecretario de Estado, hizo llegar esta información al embajador ruso.

El 20 de marzo de 1941 el señor Welles informó al embajador ruso que este Gobierno tenía nuevos informes que confirmaban los anteriores» («Paz y Guerra», Departamento de Estado de Estados Unidos. Cordell Hull).

Sin embargo, ese valioso informe de que Hitler marcharía sobre el bolchevismo y no contra las naciones occidentales fue ocultado a la opinión pública norteamericana. Además, se le sustituyó por la mentira de que Estados Unidos se hallaba en inminente peligro y de que era ineludible que los americanos participaran en la lucha contra Alemania, cosa que se resistían a hacer.

Nervioso ante esa resistencia, el 6 de enero de 1941 Roosevelt trató una vez más de alarmar y desorientar al pueblo: «Nunca como hoy —dijo— se vio tan gravemente amenazada desde el exterior la seguridad de los Estados Unidos», y se cuidó de revelar (cosa que ya sabía) que Alemania agrupaba todos sus recursos contra el bolchevismo. A continuación agregó: «Aspiramos a un mundo que se funde en cuatro libertades humanas esenciales: libertad de palabra y de expresión; libertad de todo hombre para adorar a Dios a su manera; libertad para vivir exento de miseria y libertad para vivir exento de temor».

Sólo la primera y la última de esas cuatro libertades habían sido coartadas en Alemania, específicamente en perjuicio de los marxistas y de las organizaciones masónicas, pero las cuatro habían sido sangrientamente proscritas en la URSS. Si Roosevelt en realidad hubiera estado al servicio de la libertad, no habría solapado y defendido al imperio bolchevique, donde no existía, por ejemplo, la libertad de «adorar a Dios», que sí se ejercía públicamente en Alemania<sup>[122]</sup>.

En cuanto a miseria, había más en Rusia que en Alemania; y respecto a libertades personales y de expresión, eran más bárbaramente suprimidas por Stalin que por Hitler.

Como preámbulo de la ayuda armada para Rusia, el 6 de enero de 1941 Roosevelt pidió al Congreso 1,000 millones de dólares más para armamento. Cuatro días después envió a Londres a su consejero Hopkins

para alentar a Churchill a no aceptar la paz que Hitler seguía ofreciendo en vísperas de invadir a la URSS.

Y a fin de estrechar más el frente bolchevique judío, el 20 de junio de 1941 el embajador americano en Londres se entrevistó con el Primer Ministro Inglés. «Me trajo —dice Churchill en sus Memorias—, la seguridad del Presidente Roosevelt de que si Hitler atacaba a Rusia él me ayudaría en cualquier gestión, dando la bienvenida a Rusia como aliada. Mi secretario particular, Mr. Colville, me preguntó el 21 de junio que si para mí, archianticomunista, el apoyo a Rusia no equivalía a inclinarme en la Casa de Rimón; **yo contesté: de ninguna manera; sólo persigo un fin, que es la destrucción de Hitler, y mi vida se ha simplificado mucho de esta manera. Si Hitler invadiera el infierno, haría yo por lo menos una referencia favorable al diablo en la Cámara de los Comunes**».

En efecto, así fue. La invasión de Rusia comenzó el 22 de junio y Churchill le abrió públicamente los brazos a la URSS, en su histórica declaración ante la Cámara de los Comunes. En esa fecha quedó plenamente demostrado que el Imperio Británico no combatía por ideales de libertad, puesto que se unía a la más sangrienta tiranía de la Historia, y precisamente a una tiranía que proclama como meta la imposición mundial de su dictadura marxista.

Ese mismo día Roosevelt ordenó al Subsecretario de Estado, Mr. Welles, que anunciara —sin ninguna autorización de la opinión pública ni del Congreso— que Estados Unidos apoyaba a la URSS porque era una «**democracia agredida**». Al mismo tiempo Hopkins, asesor de Roosevelt, fue el 30 de junio al Kremlin a ofrecer el incondicional apoyo de Estados Unidos, para lo cual el pueblo norteamericano ni siquiera había sido consultado. En el juego de los compromisos judaicos sólo se le reservó a ese pueblo un sitio prominente en el sacrificio de trabajo y sangre. William C. Bullit, ex embajador de Washington en Moscú, dice en «La Amenaza Mundial» que «Hopkins no pidió nada a cambio de tal ayuda, ni hizo referencia al interés vital que tienen los Estados Unidos en que Europa sea libre.

Una segunda y espléndida oportunidad para servir a nuestros intereses y a los de Europa y de la paz se presentó mientras prestábamos ayuda a Rusia

cuando M. Averell Harriman y Lord Beaverbrook conferenciaron con Stalin entre el 26 de septiembre y el 1º de octubre de 1941. Pero tampoco se aprovechó. Sólo se pidió que Rusia amainara la propaganda antirreligiosa porque esto provocaba crítica en la prensa americana. Y Stalin suspendió la revista *El Ateo*».

Fue ésa una de las maniobras más sucias contra el pueblo norteamericano; no se pedía a Stalin que rectificara su política antirreligiosa, sino simplemente que la ocultara un poco y contribuyera así al engaño de la opinión pública estadounidense, lo cual era indispensable para proseguir la ayuda americana a la URSS. El escritor Sherwood refiere<sup>[123]</sup> que Hopkins se quejaba de que «toda la población católica» de Estados Unidos se oponía a ayudar a los bolcheviques. Y por eso, precisamente, se le pedía a Stalin que contribuyera a enganar a los católicos haciéndoles creer que el marxismo prescindía súbitamente de su esencia antirreligiosa.

Roosevelt y sus asesores judíos sabían perfectamente que esa «conversión» era falsa, tanto así que Mr. Harriman (hebreo) informó confidencialmente a la Casa Blanca que el culto religioso seguía siendo, perseguido en Rusia y que nadie menor de 30 años podía practicarlo. «Desde luego —decía su informe— incurre en delito grave cualquiera que imbuye ideas religiosas a los menores de 16 años... Las prácticas religiosas sólo se toleran bajo una estrecha vigilancia de la GPU, a fin de mantenerlas sometidas a una rigurosa fiscalización, como un fuego que se deja arder mientras es fácil aplastarlo de un pisotón... es incuestionable que los comunistas proseguirán la educación antirreligiosa de los jóvenes hasta los 16 años». Sin embargo, de todo esto se guardaba silencio, y en cambio el cierre de la revista «*El Ateo*» se presentaba como la conversión de la URSS. Era el contubernio de los judíos del Kremlin y de la Casa Blanca para enganar al pueblo norteamericano.

El mismo contubernio que realizó el milagro de que los norteamericanos, esencialmente enemigos de la tiranía bolchevique fueran insensiblemente empujados a combatir por ella.



Harry Hopkins, principal consejero de Roosevelt. Voló a Moscú a ofrecer ayuda incondicional. Alentaba a Churchill a no hacer la paz.

Nervioso ante el ataque alemán a la URSS, Roosevelt burló las leyes de neutralidad y ordenó congelar los créditos de Alemania en Estados Unidos y cerrar consulados. En septiembre el Canadá fue forzado a entrar en la guerra contra los alemanes. Y más nervioso aún con las primeras derrotas soviéticas, Roosevelt ordenó ocupar Islandia para usarla como base antisubmarina y el 17 de noviembre dispuso que los mercantes americanos fueran artillados, que llevaran armas a la URSS y que abrieran el fuego contra los submarinos germanos.

Seis meses antes la Marina había querido eliminar de sus filas a los comunistas y Roosevelt había dicho al Secretario Frank Knox y al contraalmirante Adolphus Staton: «Los Estados Unidos están obligados a no oponerse a las actividades del Partido Comunista en Norteamérica»<sup>[124]</sup>. Este partido había sido fundado en Estados Unidos por los judíos Harold E. Ware, Warl Recht, Sidney Hollman, Josif Schlossberg, Abraham Schiplacoff y otros también originarios de Rusia.

En realidad, el israelita Roosevelt comenzó a ayudar a la URSS desde que tomó posesión como presidente de Estados Unidos, pues inmediatamente restableció las relaciones con Moscú y propició el envío de ingenieros americanos para impulsar la industria soviética, en particular la electrificación. Más de diez millones de judíos-rusos supieron desde 1932 que sus hermanos de Norteamérica estaban prestos a defender al marxismo.

## **LA COALICIÓN MÁS GRANDE DE LA HISTORIA**

Rusia con la sexta parte de la tierra del planeta, con 202 millones de habitantes, con un segundo lugar mundial como productor de trigo, de hierro, de oro y de energía eléctrica, quedó colocada en el frente principal de Alemania. Inmediatamente después, como arsenal soviético, fueron lanzados a la lucha los inmensos recursos de Estados Unidos, con sus 150 millones de habitantes y el 40% de la riqueza mundial. Sirviendo de puente entre la URSS y Roosevelt, el Imperio Británico contribuía con el esfuerzo de sus 45 millones de habitantes y sus 30 millones de súbditos distribuidos en colonias que totalizaban 36 millones de kilómetros cuadrados.

Tan sólo esas tres potencias representaban un conglomerado de 397 millones de habitantes (sin incluir los 300 millones de súbditos ingleses), con los recursos territoriales de 67 millones de kilómetros cuadrados. Alemania, con 80 millones de habitantes y medio millón de kilómetros cuadrados, era la meta de esa coalición. Mas poseía una fuerza dinámica tan grande, debido al movimiento antibolchevique creado por Hitler, que para aniquilarla iban a necesitarse cinco años de desproporcionada lucha.

Al iniciarse la guerra germano-soviética Roosevelt movilizó todos los recursos de la nación para ponerlos incondicionalmente al servicio de la URSS. El 25 de agosto de 1941, ingleses y soviéticos invadieron a Irán, país neutral, a fin de asegurar una ruta de abastecimiento para la URSS. Entretanto, Roosevelt ordenaba cargar armas en veintenas de barcos y enviarlas al Ejército Rojo, parte por Irán y parte por el Mar del Norte. Hopkins conferenciaba en el Kremlin sobre los abastecimientos más urgentes y al mismo tiempo otro judío, Bernard M. Baruch, trazaba en



Washington el plan de movilización industrial. En ese entonces Estados Unidos y Alemania no se hallaban en guerra; Alemania no había ofendido en lo más mínimo al pueblo norteamericano ni le había hecho la menor demanda que pudiera inquietarlo, y en cambio Roosevelt no cesaba de empujar al país a la contienda, sin la anuencia del Congreso ni de la opinión pública.

Conocedor de la inconcebible conjura judía, Henry Ford se resistía a cumplimentar los pedidos de armamentos. 21 años antes había escrito en **El Judío Internacional**: «Bernard M. Baruch, judío, ha sido llamado el prócsul de Judá, el Disraeli americano<sup>[125]</sup>. Súbitamente surgió del anonimato en 1915 y formó parte en la Junta de Asesores consejeros de la Casa Blanca. Entonces el Presidente Wilson preparaba su reelección mediante la mentira de que mantendría a Estados Unidos alejado de la guerra. Baruch formó también parte del Comité de Defensa Nacional (1915) y de la Junta Industrial de Guerra...

Ni en la guerra ni en la paz el Presidente Wilson procedió por su propia cuenta. Tras de él estaba incesantemente Baruch, quien lo acompañó a París, a la Junta de la Paz. 30,000 millones de dólares costó a Estados Unidos la guerra, de los cuales 10,000 fueron prestados a los aliados. Toda esta fortuna la manejó Baruch. La organización del empleo de los capitales incumbió nominalmente a la Junta de Inversión de Capitales, a cuya cabeza figuró el judío Eugenio Meyer, hijo... Lo referente al vestuario del ejército estuvo controlado por Eisenmann, judío. El abasto del cobre, por Gudgenheim, también judío».

Y la historia se repitió en 1941. El plan de movilización fue trazado por el judío Baruch, y el Presidente de la Junta de Distribución de Municiones fue Hopkins, el protector de las maniobras judías. Muchos norteamericanos advertían esa sospechosa injerencia hebrea y el escritor Hugh S. Johnson denunció que nadie había elegido a Hopkins para cargo alguno, no obstante lo cual su influencia era decisiva en el destino de Estados Unidos. El representante popular John W. Taber censuró acremente el 16 de marzo de 1942 la tortuosa política de Hopkins, pero éste continuó desamparando a los contingentes de McArthur en el Pacífico y encauzando todo el material bélico americano hacia la URSS.

Naturalmente eso se hacía con aprobación de Roosevelt. Mark S. Watson refiere<sup>[126]</sup> que Roosevelt se hallaba preocupado por las victorias alemanas en Minsk, Smolensk y Kiev, y se mostraba «impaciente» por acrecentar la ayuda al ejército rojo. En este sentido apremiaba constantemente al Secretario de la Defensa.

El pueblo americano no había aprobado esa guerra no declarada contra Alemania, a favor del comunismo, pero Roosevelt y su camarilla judía ya la habían desencadenado. Para dorar la píldora Roosevelt y Churchill proclamaron el 15 de agosto (1941) la famosa Carta del Atlántico, cuyos puntos básicos de libertad no eran ciertamente respetados por la URSS. Redondeando la sarcástica burla a los pueblos occidentales, Stalin se adhirió a esa Carta. El diplomático americano William C. Bullit escribió al respecto: «Se hizo creer entonces que Rusia se había reformado. Esta campaña sistemática para engañar al pueblo de los Estados Unidos en lo referente al carácter y a los fines del gobierno soviético tuvo éxito» («La Amenaza Mundial»).

Detrás de los falsos cantos de libertad y democracia se agigantaba la ayuda a la peor tiranía conocida en la historia. Convoyes enteros con armas zarpaban para apuntalar al ejército rojo. Y el 11 de septiembre (1941) Roosevelt se quejaba sin sonrojo de que los submarinos nazis hundían algunos de sus barcos. Describía tal cosa como un acto de barbarie y anunciaba que a partir de esa fecha la flota americana escoltaría los convoyes.

Bullit afirma que esos envíos de armas costaron diez mil millones de dólares y hace la observación de que Rusia seguía siendo una dictadura que se diferenciaba de la de Hitler por el hecho de que éste perseguía a los judíos, en tanto que **«Stalin no mataba más que a los nobles y ricos y a los que habían provocado su disgusto»**.

¡Era ésa una diferencia fundamental! Tanto así que ahí residía la clave de la alianza entre los judíos que rodeaban a Roosevelt y el régimen marxista-judío de la URSS. El movimiento israelita internacional acudía a luchar contra Hitler y socorría presurosamente al régimen bolchevique, creación brillante del judaísmo representado; por Marx, Engels y Lenin.

Cuando todavía el sortilegio de la propaganda no adormecía a la opinión pública, para todo el mundo resultaba inconcebible cómo Estados Unidos —sede de enormes capitales— podía defender tan decididamente a una potencia enemiga del capital, como la URSS. La explicación es tan sencilla como increíble a primera vista: tanto el supercapitalismo forjado en Wall Street como el bolchevismo forjado en Rusia son instrumentos del judaísmo. Tan judíos los magnates de las grandes especulaciones financieras de la Bolsa de Valores de Nueva York como Marx el padre intelectual del bolchevismo, y como Lenin, Trotsky, Kamenev, Zinoviev y Ouritsky, implantadores de la tiranía soviética en Rusia. Entre esas dos ramas del judaísmo puede haber grandes diferencias incluso enemistades, pero toda discrepancia desaparece en cuanto surge un enemigo exterior, como fue Hitler.

El establecimiento del comunismo en un país no afecta en nada al capitalismo judío. Al que aniquila es al capitalismo no judío. Por lo demás, el movimiento judío-marxista se convierte en el dueño absoluto del Estado y de la economía. Es decir, todo el capital y todo el poder pasa a manos judías.

Ya en 1911 los influyentes judíos norteamericanos Jacob Schiff, Jacob Furth, Luis Marshall, Adolf Kraus y Enrique Solfogle habían impulsado al Presidente Taft a que presionara al régimen zarista de Rusia, en pro de los judíos revolucionarios de Leningrado. Y en 1917 los capitalistas judíos de Nueva York acudieron en auxilio de la naciente revolución rusa. Khun Loeb, Félix Warburg, Otto Kahn, Mortimer Schiff y Olef Asxhberg ayudaron entonces económicamente a los revolucionarios soviéticos.

No era, pues, en 1941, la primera vez que el núcleo súper capitalista judío de Estados Unidos (que de ninguna manera debe ser identificado ni confundido con el pueblo norteamericano) acudía en auxilio del grupo bolchevique judío. Entre ambos extremos han existido siempre profundos lazos de hermandad.

Otro síntoma de lo anterior es el convenio que la organización israelita norteamericana llamada Consejo de Relaciones Exteriores celebró con Rusia en 1926. El Consejo está dominado por el multimillonario judío Rockefeller, que oficialmente es protestante. El escritor americano

Emmanuel M. Josephson reveló que dicho pacto financiero era un «Eje Rockefeller-Unión Soviética».

Así se integró una especie de yunque y martillo, gigantescos sistemas ideológicos (uno supercapitalista y otro bolchevique) entre los cuales los pueblos no judíos han venido siendo debilitados o destrozados en su economía o su cultura, y de tiempo en tiempo devastados por contiendas artificialmente provocadas. Aunque el judío repudia al no judío tan frenéticamente como repudia el hecho de mezclar su sangre con él, sabe utilizarlo con maravillosa agilidad para sus propios fines. «Una aptitud magistral del judío —dice Henry Ford— es la de concitar odios contra las personas a quienes trata de hostilizar; es uno de los medios de combate orientales más rastreros, y que sólo puede esgrimirse por personas de determinada predisposición». Realmente se trata de una aptitud que se lleva en la sangre; quienes carecen de ella a duras penas pueden siquiera comprenderla. Esa habilidad judaica se puso premiosamente en juego para lanzar al pueblo norteamericano a una guerra de la que saldría en peores condiciones que antes de la **«victoria»**.

Los americanos fueron arrojados mañosamente al abismo de una lucha contraria a sus propios intereses. Precisamente cuando las tropas alemanas se lanzaban a la batalla de Vyazma y Bryansk, el judío americano Averell Harriman anunciaba que Norteamérica daría a Rusia toda la ayuda militar posible hasta derrotar a Alemania. En ese entonces el pueblo americano se oponía inútilmente a la ayuda a Stalin. El 8 de octubre (1941) Roosevelt y su camarilla judía lograban que se destinaran 5,985 millones de dólares para ayudar particularmente al ejército rojo. Y el 9 de diciembre Roosevelt anunció por radio, 48 horas después del ataque japonés a Pearl Harbor, que **«aunque Alemania e Italia no habían hecho declaración de guerra, se consideran en estos momentos tan en guerra con los Estados Unidos como puedan estarlo con Inglaterra y Rusia»**.

Era ésa una declaración de guerra, después de varios años de una guerra no declarada. Alemania se vio atacada por Roosevelt en los precisos momentos en que el frente alemán en Rusia se cimbraba bajo la contraofensiva soviética de invierno. Un mes más tarde 27 países en guerra contra Alemania se comprometieron a no hacer la paz por separado.

Prácticamente todo el mundo quedaba así alineado en la más gigantesca coalición de la Historia para salvar al marxismo israelita.

## **NO EXISTIÓ EL EJE ROMA-BERLÍN-TOKIO**

Frente a la gran coalición de la URSS y el Occidente, el Eje Roma-Berlín-Tokio sólo existió en teoría. Por el extremo de Italia casi todo era vano exhibicionismo. Y por el otro extremo, en Japón privaba el egoísmo. Además, Japón adolecía de tremendas debilidades (como falta de combustibles naturales y sintéticos) y estaba muy lejos de ser una potencia de primer orden.

Antes de la guerra, el 30 de enero de 1939, Hitler precisó cuál era el objeto de su alianza con Japón: «Nuestra relación con el Japón está determinada por el conocimiento y por la resolución de atajar con toda energía el bolchevismo que amenaza a un mundo que parece ciego. El derrumbamiento del Japón sólo significaría la bolchevización del Extremo Oriente. Prescindiendo del judaísmo internacional, no hay pueblo que pueda desear tal cosa». Cuando empezó la guerra en Europa, Japón guardó discreto silencio para ver cómo se desarrollaban los sucesos. Cuando en 1941 los alemanes pusieron fuera de combate a más de 300 divisiones soviéticas, cuando los ingleses concentraron casi todos sus recursos en el territorio metropolitano y en el frente contra Rommel, y cuando Roosevelt destinó la mayor parte de su producción bélica a ayudar a ingleses y soviéticos, los japoneses creyeron llegado el momento de aprovechar la situación apoderándose de las posesiones asiáticas de Inglaterra, Estados Unidos y Holanda.

En vez de atacar a la URSS y cumplir así su alianza antibolchevique, Japón obró egoístamente y prefirió ocupar posesiones norteamericanas, británicas y holandesas que se hallaban casi desguarnecidas. En vista de los

preparativos nipones para esa aventura, Stalin pudo retirar la mayor parte de sus tropas de Siberia y enviarlas en noviembre de 1941 al frente de Moscú.

Entretanto, Japón realizó un fácil recorrido a través de 5,000 kilómetros, brincando de una a otra isla.

Según lo estableció posteriormente el Almirantazgo británico, después de examinar documentos alemanes e interrogar a altos jefes, «el ataque Japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 fue una sorpresa completa para los jefes políticos y militares alemanes», quienes a principios de 1941 —según lo confirma Churchill— habían recomendado al Japón que no atacara a los norteamericanos. El Ministro de Relaciones Matsuoka visitó a Hitler y ambos llegaron al acuerdo de que el Eje debería combatir contra la URSS. Sin embargo, luego sobrevino una grave división entre los altos jefes nipones y se aprobó lanzarse mejor sobre las posesiones angloamericanas que se hallaban poco guarnecidas. Matsuoka se opuso y fue destituido.

El investigador norteamericano Emmanuel M. Josephson revela que ese inesperado cambio de frente japonés fue inducido y alentado por el Consejo de Relaciones Exteriores, poderosa organización israelita que funciona en Estados Unidos bajo el patrocinio de Rockefeller. Como Alemania no atacaba a Norteamérica, ni le hacía ninguna demanda, ni le dañaba ninguno de sus intereses, Roosevelt seguía tropezando con dificultades para intervenir íntegramente en la guerra, a favor de la URSS. Entonces se hicieron esfuerzos secretos a fin de persuadir al Japón de que EE.UU. tenía puntos débiles en el Pacífico y que le sería más fácil ganar allí que en Rusia.

Cuarenta y ocho horas después de la invasión alemana de la URSS, Roosevelt había pedido al Japón que «en bien de la paz» diera garantías de no atacar a los soviéticos. Y mes y medio después, sin motivo alguno, Roosevelt lanzaba contra los japoneses la grave provocación de congelarles todos sus valores depositados en Estados Unidos. Automáticamente los suministros de petróleo quedaron suspendidos y esto provocó una grave crisis en Japón. Además, en noviembre (1941) Roosevelt expidió un ultimátum poniendo fin a las negociaciones diplomáticas americano-japonesas.

Por un lado Roosevelt cercaba económicamente a los japoneses, los dejaba sin petróleo y los humillaba, y por el otro les presentaba el cebo de la flota inerte en Pearl Harbor. La ambición y el amor propio herido acabaron por cegar a los jefes nipones y cayeron en la trampa al atacar Pearl Harbor el domingo 7 de diciembre de 1941. Automáticamente ese ataque enardeció al pueblo americano y creó la situación que Roosevelt necesitaba para anunciar, por fin, que «aunque Alemania e Italia no han hecho declaración de guerra, se consideran en estos momentos tan en guerra con los Estados Unidos como puedan estarlo con Inglaterra y Rusia». Y así el pueblo norteamericano se vio forzosamente mezclado en la guerra que jamás había querido. Los instigadores hebreos de la contienda europea se ocultaban tras la sangre de los 3,303 norteamericanos muertos en Pearl Harbor.

Josephson dice textualmente: «Las pruebas que aparecen en los debates del Congreso demuestran que el Consejo de Relaciones Exteriores apoyó económicamente por intermedio de su subsidiario, el Instituto de Relaciones en el Pacífico, la red comunista de espías de Richard Sorge que operó en Japón y que indujo a los nipones a atacar la base norteamericana de Pearl Harbor en lugar de seguir su plan original de atacar a Rusia. En esa forma precipitaron otra cruzada de Rockefeller, la Guerra de Roosevelt.

Pero tan grande es el poder de los amos del CRE que el Congreso nunca se ha atrevido a denunciarlos ni a perseguirlos por su alta traición»<sup>[127]</sup>.

Esta revelación coincide con el testimonio del mayor general Charles A. Willoughby, jefe del Servicio Aliado de Inteligencia en Tokio, quien declaró que el Instituto de Relaciones en el Pacífico, (de Rockefeller) empleó la red de espionaje de Richard Sorge para hacer que Japón desistiera de su ataque a Rusia y se lanzara contra Pearl Harbor, cuya guarnición se hallaba sorprendentemente desprevenida. Afirma que los agentes secretos conocían hasta la fecha y la hora en que se produciría el ataque. La obra de los agentes de Rockefeller fue un fantástico «quite» que el poder israelita de Estados Unidos le hizo al toro japonés, en beneficio del marxismo israelita de la URSS. Si ese 7 de diciembre de 1941 los japoneses atacan a Rusia en vez de atacar a Pearl Harbor, el Kremlin no hubiera podido lanzar su



contraofensiva de invierno a las puertas de Moscú. Esto habría sido sencillamente mortal para el ejército rojo.

Las fuerzas japonesas eran insuficientes para una campaña en los vastos espacios del Pacífico, dispersadas a 5,000 kilómetros de sus bases terrestres, pero en Siberia hubieran ganado mayor concentración de fuego —con abastecimientos seguros— para atraer y derrotar por lo menos a 50 divisiones soviéticas. Su esfuerzo se habría coordinado ahí con el del ejército alemán. Precisamente por eso el Consejo de Relaciones Exteriores (de Rockefeller) pugnó por evitarlo. Ya en 1926 este magnate había concertado una especie de convenio con la URSS para ayudarla económicamente. El investigador norteamericano Josephson llamó a ese convenio el «Eje Rockefeller-Unión Soviética».

El almirante norteamericano Robert A. Theobald afirma que la flota del Pacífico fue intencionalmente debilitada y anclada en Pearl Harbor, en ostensible pasividad y desprevenición, para servir de anzuelo y atraer un ataque de sorpresa por parte de Japón. Dice que Roosevelt sacrificó a los 4,575 norteamericanos muertos o heridos en Pearl Harbor, además de las 18 unidades navales hundidas o dañadas y los 177 aviones destruidos.

Agrega el Almirante Theobald que «Washington sabía que la aviación atacaría Pearl Harbor a las 8 a. m. Lo supo con suficiente certeza al menos cuatro horas antes... Fue una hora antes cuando se envió un mensaje de alarma a Hawaii... pero por vía ordinaria de radiotelégrafo, teniendo a mano el teléfono transpacífico. Dicho mensaje llegó al general Short seis horas más tarde y al almirante Kimmel ocho horas ¡después del ataque!» Theobald considera que Roosevelt buscó el ataque «deliberadamente» por constarle que sólo de ese modo el pueblo norteamericano apoyaría de todo corazón la guerra contra Alemania»<sup>[128]</sup>.

El Almirante de cinco estrellas William F. Halsey y el contralmirante Husband E. Kimmel ratificaron todo lo anterior. El almirante William H. Standley reafirmó que Roosevelt pudo haber dado la señal de alerta en Pearl Harbor antes del 7 de diciembre».

El escritor americano John T. Flynn refiere que diez días antes del ataque japonés, «Roosevelt dijo al Secretario de Guerra, Stimson, que la mejor táctica era obligar a los japoneses a que atacasen primero. Esto

conduciría automáticamente a la guerra, y el problema quedaría resuelto... Roosevelt consiguió lo que deseaba. Naturalmente, el traidor ataque unió a la nación alrededor del Gobierno»<sup>[129]</sup>. Parece increíble, pero los planes del ataque japonés eran más del dominio de Roosevelt que de Hitler. El 27 de enero de 1941, once meses antes del asalto, el Embajador Grew comunicó a la Secretaría de Estado que el Japón preparaba un ataque contra bases norteamericanas.

Todavía 20 días antes de la agresión el Embajador Grew cablegrafió desde Tokio que había que estar alerta contra un repentino ataque japonés<sup>[130]</sup>. Sin embargo, Roosevelt no envió refuerzos ni ordenó ninguna precaución que pudiera hacer desistir a los japoneses de su ataque a Pearl Harbor y Filipinas. Necesitaba ese golpe japonés para lanzar al pueblo americano a la guerra de Europa y salvar así al marxismo judío. Es significativo que el jefe de la banda de espías que alentó a los japoneses al ataque fuera el judío Richard Sorge, ayudado por el judío «Makov», del Ejército Rojo.

Roosevelt conoció todos los movimientos secretos japoneses y los preparativos contra Pearl Harbor. El «código secreto» de los nipones, llamado «código púrpura», había sido descifrado. Incluso se construyeron en Washington cinco máquinas «Magia» para realizar ese complicado trabajo. De esta manera estuvieron siendo captados los mensajes que Tokio enviaba a sus diplomáticos o a sus espías, el 24 de septiembre, el 22 y el 30 de noviembre y el 7 de diciembre, antes del bombardeo a Pearl Harbor.

Sin embargo, Roosevelt y Marshall mantuvieron criminalmente en la ignorancia del golpe japonés a los comandantes de dicha base. Hasta el último momento temieron que cualquier movimiento defensivo oportuno disuadiera a los japoneses y se frustrara así la maniobra cuidadosamente tejida para empujar al pueblo americano á la guerra que se empeñaba en rehuir<sup>[131]</sup>.

En cambio, Alemania estuvo totalmente ignorante de los verdaderos planes japoneses. Al iniciarse en junio de 1941 la invasión alemana de la URSS, Berlín le pidió a Tokio que de acuerdo con la alianza anticomunista atacara a Rusia por Siberia. Japón dio largas al asunto y hasta el 6 de diciembre, víspera del ataque a Pearl Harbor, le comunicó a Alemania que

no podía atacar a la URSS. (Esto fue establecido por el historiador inglés Hinsley revisando los archivos alemanes).

Contando con Japón como aliado contra el marxismo, Hitler le había entregado secretos sobre los bombarderos de picada y hasta le envió a un grupo de instructores, a las órdenes de Von Gronau, para adiestrar pilotos japoneses. Pero el Mikado usó a sus aviadores perfeccionados, no para atacar a Rusia, sino a Pearl Harbor. Mediante este golpe una parte de la flota norteamericana del Pacífico quedó fuera de combate, pero los portaaviones se «hallaban a salvo en otros sitios y habrían de lanzar ataques demoledores en un futuro inmediato. De momento Japón inició su fácil marcha a través de 5,000 kilómetros de mar y de islas y ocupó las casi desguarnecidas posesiones de Filipinas-Indochina, las Indias Orientales Holandesas, Nueva Guinea y parte de Borneo.

Contrariamente a lo que entonces parecía, Japón no era una potencia de primer orden y no disponía de grandes contingentes. Toda la campaña la realizó con 400,000 hombres (aproximadamente 26 divisiones) y 3,000 aeroplanos de segunda categoría. En la mayor de sus ofensivas, en Malaya, utilizaron 150 tanques y 600 aviones, y en las Filipinas usaron 300 aviones, 400 en Birmania y 400 en Java.

Una de las batallas más espectaculares de la ofensiva japonesa fue la del Corregidor, en Filipinas, donde fueron capturados 11,500 prisioneros norteamericanos. Junto a los gigantescos combates del frente ruso, las operaciones en el Pacífico eran relativamente insignificantes. Los efectivos más numerosos de Japón se hallaban inmovilizados en Manchuria y China. Eran 128 «divisiones (1.930,000 hombres), pero no se trataba de un ejército moderno mecanizado y blindado, sino de tropas de infantería de segunda clase. Riley Sunderland y Jacqueline Perry coinciden (en «La Operación Japonesa de la China) en que el Japón sólo utilizó 23 divisiones y 20 brigadas mixtas en toda su ofensiva del Pacífico.

De por sí risibles para una gran lucha, esas 23 divisiones quedaron atomizadas y dispersas en docenas de islas, a 2,000, 3,000 y hasta 5,000 kilómetros del Japón. Y por eso fue que en cuanto McArthur tuvo 4 divisiones norteamericanas y 6 australianas, con apoyo de 150

bombarderos, pudo ir batiendo en detalle a las disgregadas guarniciones niponas.

La ofensiva japonesa fue una enorme llamarada, pero sin consistencia, y sin coordinación con las operaciones alemanas. De todas las batallas terrestres libradas en Asia durante la fase del ataque japonés, la mayor fue la de Singapur, y aun ésa resultó un melodrama. Inglaterra había montado numerosos cañones, pero todos eran eficaces contra una invasión por mar y no por tierra. La base inglesa se hallaba defendida por fuerzas equivalentes a 2 divisiones británicas (33,000 hombres) y 4 divisiones de tropas coloniales.

Churchill hizo una patética exhortación a sus comandantes de Singapur para que combatieran hasta morir, antes que rendirse, pero la moral de las tropas coloniales era muy baja y la resistencia se desplomó al quinto día de iniciado el ataque.

En realidad Hitler simpatizaba más con Inglaterra que con Japón. El 18 de diciembre de 1941 comentaba con Himmler: «Lo que pasa en Oriente, yo no lo he querido. Desde hace años he venido diciendo a los ingleses que perderían Extremo Oriente si se comprometían en una guerra en Europa».

Y así fue. A la postre Inglaterra ha perdido su influencia en Asia a manos del bolchevismo.

## GUERRA A MUERTE ENTRE NAZIS Y JUDÍOS

Hasta el momento en que esa gran coalición organizó todos sus inmensos recursos en la lucha contra el nacionalsocialismo, los judíos residentes en Alemania no habían sido dañados en sus personas, aunque sí en sus intereses políticos y económicos. Por ejemplo, se les impidió que mediante la pintura estrambótica, la música sensualista, los bailes vulgares, la pornografía y las teorías disolventes y debilitadoras de los valores morales eternos, relajaran el medio ambiente de la población alemana. Y no es que el judío carezca de moral; todo lo contrario, es un pueblo de admirables costumbres, sobrio y disciplinado, pero sus líderes utilizan todas las corrientes impuras que puedan dañar o debilitar a los no judíos. No consumen venenos, pero propician la popularización de ellos.

Cuando a los líderes hebreos se les impidió seguir realizando esa hábil política, sus monopolios de propaganda gritaron mundialmente que eran objeto de persecución. Las quejas subieron de tono cuando Hitler barrió asimismo con las organizaciones masónicas, que escudándose en la ciencia y el estudio se infiltra en las altas esferas oficiales y refuerzan la influencia del movimiento secreto judío<sup>[132]</sup>.

Giovanni Papini hizo una notable síntesis de la habilidad de los jefes israelitas para alentar o esparcir tendencias corrosivas entre la población no judía. «¿De qué manera —dice— el hebreo pisoteado y escupido podía vengarse de sus enemigos? Rebajando, envileciendo, desenmascarando, disolviendo los ideales del Goim. Destruyendo los valores sobre los cuales dice vivir la Cristiandad... La inteligencia hebrea, de un siglo a esta parte, no ha hecho otra cosa que socavar y ensuciar vuestras más caras creencias;

las columnas que sostenían vuestro pensamiento. Desde el momento en que los hebreos han podido vivir libremente, todo vuestro andamiaje espiritual amenaza caerse.

«El Romanticismo alemán había creado el idealismo y rehabilitado el Catolicismo; viene un pequeño hebreo de Dusseldorf Heine, y con su genio alegre y maligno se burla de los románticos, de los idealistas y de los católicos.

»Los hombres han creído siempre que política, moral, religión, arte, son manifestaciones superiores del espíritu y que no tienen nada que ver con la bolsa y con el vientre; llega un hebreo de Tréveri, Marx y demuestra que todas aquellas idealísimas cosas vienen del barro y del estiércol de la baja economía. «Todos se imaginan al hombre de genio como un ser divino y al delincuente como un monstruo; llega un hebreo de Verona, Lombroso, y nos hace tocar con la mano que el genio es un semiloco epiléptico y que los delincuentes no son otra cosa que nuestros antepasados sobrevivientes, es decir, nuestros primos carnales.

»A fines del ochocientos, la Europa de Tolstoi, de Ibsen, de Nietzsche, de Verlaine, se hacía la ilusión de ser una de las grandes épocas de la humanidad; aparece un hebreo de Budapest, Marx Nordau, y se divierte explicando que vuestros famosos poetas son unos degenerados y que vuestra civilización está fundada sobre mentiras.

»Cada uno de nosotros está persuadido de ser, en el conjunto, hombre normal y moral; se presenta un hebreo de Freiburg, en Moravia, Sigmund Freud, y descubre que en el más virtuoso y distinguido caballero se halla escondido un invertido, un incestuoso, un asesino en potencia.

»Desde el tiempo de las Cortes de Amor y del Dulce Estilo Nuevo estamos habituados a considerar a la mujer como un ídolo, como un vaso de perfecciones; interviene un hebreo de Viena, Weininger, y demuestra científica y dialécticamente que la mujer es un ser innoble y repugnante, un abismó de porquería y de inferioridad.

»Los intelectuales, filósofos y otros han considerado siempre que la inteligencia es el medio único para llegar a la verdad, la mayor gloria del hombre; surge un hebreo de París, Bergson, y con sus análisis sutiles y geniales abate la supremacía de la inteligencia, derroca el edificio milenario

del platonismo y deduce que el pensamiento conceptual es incapaz de captar la realidad. «Las religiones son consideradas por casi todos como una admirable colaboración entre Dios y el espíritu más alto del hombre; y he aquí que un hebreo de Saint Germain de Laye, Salomón Reinach, se ingenia para demostrar que son simplemente un resto de los viejos tabúes salvajes, sistema de prohibición con superestructuras ideológicas variables... Esta propinación secular de venenos disolventes es la gran venganza hebraica contra el mundo griego, latino y cristiano».

Hitler barrió con todos esos magos de la disolución social. Freud, Ludwig, Remarque, Tomás Mann, Zweig y otros personajes judíos emigraron a diversos países a seguirse haciendo adorar como benefactores de la humanidad a la que estaban envenenando o desorientando. Y un coro de protestas extranjeras acompañó a esos adalides en su desairada huida. Utilizando sus vastos recursos publicitarios y sus secretos tentáculos, la judería mundial clamó plañideramente que era víctima de persecuciones en Alemania.

Nada dijo, sin embargo, de los orígenes del conflicto. Y es que «invariablemente —observa Ford— los judíos señalan como antisemitas a quienes revelan sus conspiraciones y explican ese antisemitismo mediante tres razones: prejuicios religiosos, envidia económica, aversión social. Pero ningún judío menciona, los motivos políticos de la cuestión ni discute sobre ellos, o bien lo hace en forma fragmentaria y parcial». Así por ejemplo, se abstuvieron de confesar que «la campaña contra la natalidad fue realizada (en Alemania) por tres médicos judíos: Max Hodman, la doctora Rubén Wolf y, sobre todo, la nauseabunda obra de Magnus Hirschfeld. Bajo un aparente disfraz científico, la mercancía homosexual judía abrumaba de vergüenza la infeliz existencia de la Alemania de 1918. Una oleada de fango miserable amenazaba con ahogar toda la antigua moralidad germana»<sup>[133]</sup>.

Cuando el nacionalsocialismo barrió con esas alimañas, simplemente impidiéndoles que siguieran adelante en su criminal tarea, se quejaron de salvajismo e intolerancia. La realidad es que todavía en abril de 1942 Hitler había respetado la vida de los judíos residentes en Alemania. En el Diario de Goebbels figura una anotación el 27 de abril de ese año que dice: «Hablé

una vez más de la cuestión judía con el Führer. Su actitud no ha variado. Está decidido a expulsar a los judíos de Europa. Tiene razón. Los judíos han traído tantas desgracias a nuestro continente que el castigo más severo que pueda imaginarse será aún demasiado benigno para lo que se merecen».

Entretanto, no sólo la población judía de los territorios ocupados por Hitler, sino también los judíos residentes en Alemania —millares de los cuales eran nacidos ahí y se ostentaban como alemanes— organizaron y vigorizaron un movimiento de resistencia, de conspiración y de sabotaje contra el ejército alemán.

En estas tareas ocultas los dirigentes israelitas son sencillamente insuperables. Lo han sido desde la antigüedad. Mil cien años antes de nuestra era el judío Ahod logró infiltrarse hasta el rey moabita Eglón para asesinarlo. 886 años antes de J. C., el judío Jehú fingió amistad a los jefes babilonios, caldeos y fenicios, a quienes les tendió una mortal trampa en el templo de Baal, que luego hizo quemar.

En el año 67 de nuestra era la judía Berenice fascinó a Tito, hijo de Vespasiano, para sabotear la batalla de éste contra los judíos levantados en armas. En el año 548 a. de C. Nehemías consiguió situarse como copero del rey persa Artajerjes a fin de ayudar a su tribu. En 622 la judía Zeinab se ganó en parte la confianza de Mahoma y trató de envenenarlo. En 711 los judíos nacidos en España ayudaron a los invasores musulmanes, tanto que Toledo fue entregada por ellos al árabe Tarilc.

En 1391 muchos judíos de España se fingieron católicos para infiltrarse en puestos importantes. En 1399 los médicos judíos Manuelo y Angelo se infiltraron hasta el Vaticano bajo la máscara de benefactores de los pobres. En 1492 el judío Isaac Abrabanel se colocó como ministro de finanzas en España para ayudar a los suyos<sup>[134]</sup>.

Ejemplos semejantes son interminables.

Por eso cuando Von Ribbentrop, ministro de Relaciones Exteriores, propuso a Hitler suspender la guerra ideológica contra el judaísmo y el marxismo, para simplificar la lucha militar, Hitler le repuso: «Eso es un desconocimiento total del problema y un inocente punto de vista. Esta guerra es una guerra ideológica entre los judíos bolcheviques por una parte y el mundo nacionalista por la otra, y esta guerra no puede resolverse por



compromisos diplomáticos»<sup>[135]</sup>. Y acerca del mismo tema Hitler agregaba: «El judío debe salir de Europa o no hay acuerdo posible entre los europeos. El judío es quien lo enreda todo. Cuando pienso en ellos, me apercibo de que soy extraordinariamente humano. En otras épocas los judíos eran maltratados en Roma. Hasta 1830, se paseaba una vez al año, por las calles de Roma, a ocho judíos montados en asnos. Yo me limito a decirles que deben marcharse.

La etapa siguiente es cuando se vuelven filántropos y crean fundaciones. Cuando un judío hace esto, el hecho se nota especialmente por que todo el mundo conoce su poca honradez. En general son sólo los más astutos los que se conducen así. Y entonces oís a esos mentecatos de arios diciendo: ¿No lo están ustedes viendo?

¡Hay judíos buenos...! El judío vistió sencillamente de religión su doctrina racial. Todo lo que emprende está basado en la mentira... La mentira es su fuerza, su arma en la lucha... Este papel destructor del judío, ¿tiene una razón en cierto modo providencial?

Quizá la Naturaleza ha querido que el judío sea el fermento que provoca la descomposición de los pueblos, procurando así a esos mismos pueblos la ocasión de una reacción saludable. Por el hecho de su presencia provocan la reacción de defensa del organismo atacado»<sup>[136]</sup>.

Con habilidad perfeccionada a través de siglos y milenios, los judíos europeos lograron relacionarse secretamente con los más diversos círculos y mantener una gigantesca labor de zapa. El Ministro Goebbels escribió en su Diario: «El problema judío vuelve a darnos dolores de cabeza porque no avanzamos lo suficiente». Y páginas más adelante: «Por desdicha nuestros círculos mejores, especialmente los intelectuales, no han comprendido aún la política que seguimos con los israelitas, y en varias ocasiones han tomado el bando de éstos». Funcionarios en tan altos cargos como el Gran Almirante Raeder, jefe de la Armada, consideraban demasiado severas las leyes de Nuremberg tendientes a limitar la influencia de los judíos en la vida de la nación. Opinaba que tales leyes eran discriminatorias y admite que siempre protegió a los judíos que trabajaban en la Armada y evitó su licenciamiento.

Por esos mismos días (mayo de 1942) Hitler comentó en su Cuartel General: «No admito, pues, más que la siguiente alternativa: el soldado del frente puede morir, el granuja de la retaguardia debe morir... Tengo el deber de impedir que pueda formarse en la retaguardia, tal como sucedió en 1918, un ejército de criminales, mientras nuestros héroes caen en los campos de batalla. Desde el momento en que en el frente debe reinar una disciplina férrea constituiría una injusticia hacia nuestros soldados practicar la condescendencia en el interior».

Fue entonces cuando se comenzó a tratar a los judíos conspiradores con la dureza que las leyes de todos los países prescriben para aquellos que sin ser soldados regulares realizan actividades bélicas contra un pueblo en guerra. Entonces sí pudo hablarse cabalmente de «persecución», aunque las condiciones ya eran tales que en realidad se trataba de una persecución de agentes emboscados de resistencia, de conspiración y de sabotaje. Es decir, era una persecución de individuos colocados al margen de la ley. (Posteriormente, al enardecerse los ánimos, ocurrieron abusos con los rehenes).

La propaganda que otros israelitas manejaban en el extranjero presentó el hecho como algo absolutamente injustificado y sin precedente. En realidad, el hecho no era nuevo en la historia e incluso tenía más justificaciones legales que los movimientos antisemitas de otras épocas.

¿Por qué en fechas tan distantes, separadas por siglos; por qué en regiones tan opuestas, por qué entre pueblos tan diversos, el judío ha sufrido represiones violentas? ¿No es acaso que él mismo lleva en su sangre escrupulosamente mantenida sin mezcla, los elementos esenciales que de cuando en cuando atraen sobre sí mismo la indignada reacción de otros pueblos? ¿No es él mismo el causante de las tragedias que de tiempo en tiempo lo agobian?

Manuel Serra Moret, en «Los Fundamentos de la Historia y la Filosofía», dice que el pueblo hebreo, amante de las ideas absolutas, «ni un solo, instante de su azarosa historia ha podido abandonar la propensión de ser el pueblo escogido y de encontrarse a título exclusivo en posesión de la verdad, dentro de un mundo de gente condenada a la que hay que convertir a la fe única o exterminar sin piedad». Desde Cristo hasta ahora, lo mismo

que desde Abraham a Cristo, «la doctrina de la intransigencia ha sido predicada sin haber perdido nunca su rigor y aspereza primitivos característicos del pueblo de Israel».

No cabe duda que el judío mismo, en su milenarismo anhelo de grandeza, en su intransigencia que crucificó a Jesús porque no le daba el dominio del mundo; en esa intransigencia que lo ha mantenido casi sin mezcla de sangre a pesar de su constante peregrinar y que le impide asimilarse a ningún otro pueblo, aunque resida en él durante siglos, lleva los gérmenes de las persecuciones periódicas de que es víctima. Y jamás podrá evitar definitivamente esas reacciones en contra suya mientras él mismo no se reconcilie con los «goim» (cristianos) y deje de verlos como enemigos a los que es necesario corromper, debilitar y sojuzgar por medio del Reino del Oro de los venenos ideológicos y del poder masón y político.

El antisemitismo de Hitler, el antisemitismo del nacionalsocialismo alemán, no fue una causa, sino un efecto; una reacción fanática ante el fanatismo del movimiento político judío; y es evidente que el fenómeno no desaparece suprimiendo simplemente el efecto. Las causas primarias del antisemitismo anidan en la conducta misma del hebreo, y mientras él no se modifique, llevará latentes consigo los gérmenes de nuevos movimientos en contra suya. Ni el gigantesco poder que ha alcanzado lo librará de esa desgracia inherente a su empeñada manera de ser.

Esas reacciones antisemitas no son nuevas ni las inventó una monomaniaca predisposición de Hitler. 2,500 años antes de que Hitler creara el nacionalsocialismo, los judíos atraían sobre sí la ira de Nabucodonosor; 2,000 años antes de que Alemania fuera acusada de intransigencia racial, la intransigencia judía ya había crucificado a Jesucristo porque no consagraba al hebreo como dominador del mundo.

Inglaterra en 1290, Francia en 1390, España en 1492, Portugal en 1497, Praga en 1561, etc., etc., sintieron también la enguantada garra del judaísmo y temporalmente la sacudieron. Rusia trató de hacerlo a fines del siglo XIX y a principios del XX, pero sucumbió bajo la Revolución bolchevique inspirada por Marx. Y cuando Hitler se disponía a lanzarse contra esa creación judía que es la URSS, se le acusó precisamente de lo que el pueblo judío ha venido tratando de lograr en los últimos cuatro mil años, o sea la

hegemonía mundial. ¡Con cuánta razón Henry Ford escribió que «la desfiguración hábil de los hechos es una de las armas predilectas del judío!»

## **DILUVIO DE FUEGO SOBRE ALEMANIA**

Desde junio de 1941 en que se inició la lucha germano-soviética, pero muy particularmente a partir de 1942, una vez que la movilización bélica de Roosevelt entró en su apogeo, la mayor parte de los recursos de Occidente fueron lanzados contra las espaldas del ejército alemán para salvar a la URSS.

La Luftwaffe había desplegado en 1941 una descomunal pelea contra la aviación soviética, que era la más grande del mundo, aunque no la mejor. Los rusos carecían de material electrónico y de equipos de radar para proteger convenientemente sus aeródromos; y esa debilidad fue explotada por los alemanes, que en 1941 destruyeron 22,000 aparatos, incluyendo gran cantidad de transportes.

Al sobrevenir en el invierno la contraofensiva soviética, la Luftwaffe hizo un supremo esfuerzo para cooperar en el abastecimiento y protección del ejército. Esto le impuso un grave desgaste precisamente cuando más necesitaba restañar sus heridas. El veterano general Udet, con 62 victorias en la primera guerra mundial, fungía en 1941 como director del material de la Luftwaffe y no pudiendo sobreponerse a la crisis que veía venir se suicidó. El coronel Werner Moelders, inspector de cazas, iba a los funerales de Udet y pereció en un accidente aéreo. Tenía acreditados 115 aviones enemigos derribados.

Malos vientos soplaban para la Luftwaffe. En diversos sectores ocurrían accidentes cuyo origen podía ser el descuido o el sabotaje. La Gestapo (policía de seguridad dirigida por Reinhardt Heydrich) descubrió una vasta red de espionaje soviético, llamada «Capilla Roja», que tenía espías alemanes (comunistas) en todos los ministerios. El coronel Becker, de los

servicios de aviones de combate y bombardeo, fue descubierto y ejecutado. Cinco cómplices suyos operaban en el Estado Mayor de la Luftwaffe. Siguiendo la pista se sorprendió a un tal Harnack, encargado nada menos que del aprovisionamiento y reparto de materias primas en el Ministerio de Economía. Quedaron así al descubierto muchas traiciones inconcebibles, pero lógicas en comunistas fanáticos para los cuales no hay nacionalidad ni patria.

Los servicios secretos de la Gestapo (de la cual Heydrich era subjefe) alcanzaron en 1942 un alto grado de eficacia y localizaron 64 puestos de espionaje, con sus correspondientes radiotransmisoras, las cuales fueron ocupadas con gran sigilo para que no sospecharan nada los puestos-escucha de la URSS. De esta manera las transmisoras pudieron ser temporalmente utilizadas para enviar informes falsos a los soviéticos, como si los remitieran los espías rojos, ya capturados.

Entretanto —no repuesta aún del extraordinario desgaste padecido el año anterior— la aviación alemana se vio en 1942 gravemente amenazada por las crecientes fuerzas aéreas de Churchill y Roosevelt. El nuevo año trajo, sin embargo, un nuevo aparato: el Focke Wulf 190 con motor enfriado por aire, de 14 cilindros y de 1,875 caballos de fuerza, capaz de volar a 680 kilómetros por hora. En diez minutos remontaba 8,000 metros. Sus 4 cañones de 2 centímetros de diámetro de tiro rápido, y sus dos ametralladoras pesadas de 13 milímetros superaban el poder de fuego del caza inglés «Spitfire IX». También era superior a éste en velocidad de ascenso y picada.

Asimismo la técnica de las defensas antiaéreas había mejorado. Ya para abril de 1942 el radar alemán captaba los aviones enemigos desde que se aproximaban a Alemania, de tal manera que había bastante tiempo para acosarlos antes de que llegaran a sus metas. El radar inglés no le iba a la zaga, pues desde la costa británica podía seguir a los aviones alemanes que volaban sobre París.

En los «centros de información y control» alemanes, sobre una pantalla de vidrio opalino de 10 metros de largo, se seguía el vuelo de los aviones enemigos y propios, tan sólo con una diferencia de sesenta segundos. Esa representación aérea se integraba eléctricamente gracias a las instalaciones

de radar, a los puestos radiogoniométricos, a los puestos de escucha, a los aviones de observación y a los propios cazas combatientes. Mil peritos trabajaban en cada uno de estos «cerebros» que eran el sistema más moderno del mundo para controlar operaciones aéreas.

Un nuevo dispositivo de defensa antiaérea determinaba la distancia y posición de cualquier aparato que se aproximara, lo cual hacía cada vez más difíciles los ataques británicos. La Real Fuerza Aérea necesitaba averiguar urgentemente cómo funcionaba la defensa alemana. Y un día un comando inglés desembarcó en la costa francesa, fue derecho hacia donde se hallaba uno de los secretos dispositivos alemanes de defensa y capturó valiosos datos para que Inglaterra pudiera reorganizar sus ataques.

Heydrich, de los servicios secretos de la Gestapo, tuvo sospechas de una traición y de que andaba de por medio la mano de su colega el Almirante Canaris, jefe del servicio secreto militar. Primero casi intuitivamente, y después con base en una serie de pequeños detalles extraños que había observado, Heydrich suponía que Canaris era traidor desde 1939, pero como carecía de pruebas quiso observarlo un tiempo más.

Sensible y astuto como pocos traidores de la historia, Canaris advirtió que Heydrich recelaba de él y trató de ganarse su confianza, pero no lo consiguió. Heydrich (de quien Hitler decía que era «hombre de corazón de hierro») se mantenía alerta y prevenía a sus colaboradores para que «no se dejaran aletargar.» por Canaris. Era un duelo entre dos colosos de la astucia.

Entretanto, la guerra continuaba. Hasta septiembre de 1942 los cazas nocturnos alemanes abatieron mil aviones, de los cuales 800 eran bombarderos. Pero si bien la Luftwaffe tenía superioridad cualitativa en diversos aspectos, precisamente en 1942 comenzó a lanzarse contra ella una gran superioridad numérica. A la aviación británica se agregó una corriente ininterrumpida de aviones y pilotos norteamericanos. A principios de ese año Alemania disponía de 5,000 aviones de combate, de los cuales 1,700 operaban en el frente soviético, pero al aproximarse las nuevas operaciones en la URSS se transfirieron más aparatos al frente oriental. Divididos así sus efectivos, la Luftwaffe no podía concentrarse en ningún sitio contra el enemigo, y en cambio la aviación aliada agrupaba todos sus efectivos sobre una meta común.

En 1941 Roosevelt había enviado de refuerzo numerosas fortalezas aéreas a la aviación británica, pero aun así no lograban perforar las defensas alemanas en ataques diurnos.

La industria bélica alemana y otras metas militares estaban siendo eficazmente protegidas pero nada semejante podía hacerse con las vastas zonas residenciales de la población civil. Por tanto, los bombardeos de terror que inició Churchill el 11 de mayo de 1940 (al día siguiente de tomar posesión como Primer Ministro), se cuadruplicaron en 1941 y se septuplicaron en 1942, tan sólo por lo que se refiere a la aviación británica. Stalin pidió que esos ataques fueran más intensos, y Churchill y Roosevelt le dieron gusto. El artículo 25 del Convenio de La Haya, firmado por Inglaterra, dice que se prohíbe bombardear «pueblos, viviendas o edificios» que no sean metas militares. Naturalmente, esa limitación fue desechada por Roosevelt y Churchill, tan celosos defensores del «derecho internacional».

El 28 de abril de 1942 las siete décimas partes de la zona residencial de Rostock quedaron arrasadas por uno de los primeros bombardeos con mil aviones. Goebbels anotó en su diario: «La vida colectiva ha terminado prácticamente allí».

El 31 de mayo Colonia recibió un diluvio de bombas. Hubo 460 muertos y quedaron sin hogar 45,000 personas. El general inglés J. F. C. Fuller, en «Historia de la Guerra Mundial II», cita el caso de la destrucción de Hildesheim, Alemania, y dice que la aviación aliada acabó con «uno de los ejemplos más perfectos de ciudades medievales europeas sin la menor significación militar», pues hasta el empalme ferroviario se hallaba fuera de la ciudad.

Hasta qué punto irreconocible la propaganda falseó la historia, lo revelan numerosos documentos de origen británico<sup>[137]</sup>, según los cuales Hitler —representado como un monstruo ajeno a toda consideración humanitaria— se opuso al terrorismo aéreo, en tanto que Churchill y Roosevelt —presentados como campeones del humanitarismo y la legalidad— practicaron los bombardeos terroristas desde 1940 y 1942, hasta que Alemania fue aniquilada en 1945. «Durante 1942, el diluvio de bombas fue



haciéndose cada vez más frecuente, a cuenta de un total de 2.700,000 toneladas que Roosevelt mandaría arrojar sobre Alemania.

La devastación de hogares y la matanza de civiles en masa fue un terrorífico intento para minar la retaguardia del Ejército Alemán, que en el frente ruso estaba a punto de derribar el imperio del marxismo israelita.

Los cazas alemanes de la Europa Occidental (debilitados siempre por las sangrías en el frente soviético y en África), apenas tenían descanso tratando de interceptar a los bombarderos. Muchos pilotos alcanzaron marcas increíbles, como el capitán Osterman, que murió en combate el 13 de agosto, después de una carrera en que había logrado cien victorias.

Ante el abrumador acoso, Hitler comentó que la guerra sólo podía terminar con una catástrofe para el Imperio Británico. «Su coalición con Rusia es inmoral y antinatural... Estos estados que se han aliado al bolchevismo, probablemente se convertirán muy pronto en víctimas del mismo».

Por otra parte, en el Alto Mando Alemán habían surgido diferencias de criterio respecto a la forma de habilitar a la Luftwaffe para las nuevas cargas que le iban acumulando. Goering, que la había creado de la nada, se echó a dormir en sus laureles. Con los primeros triunfos comenzó a volverse apático. En 1940 ordenó casi suspender las investigaciones acerca de los aviones de chorro, alegando que «no confiaba en fantasías». En 1941 juzgó suficiente la producción de 500 aviones mensuales y apoyó a los peritos que dictaminaron que no podían fabricarse más. (Tres años después, bajo condiciones peores, Speer iba a producir 3,300 por mes). Por último, en 1942 Goering se hacía el desentendido ante el aumento de los aviones ingleses y norteamericanos.

Por su parte, Hitler intervenía más y más en la discusión de detalles técnicos. Contra la opinión de los expertos, dijo que el acoplamiento de los motores en el He-177 era defectuoso. Y también modificó las reformas proyectadas para el armamento del Me-109. Como los hechos le dieron luego la razón (según dice el general aviador Galland fue perdiéndoles confianza a los expertos y luego impuso sus particulares puntos de vista, no siempre acertados como aquéllos. Los generales Milch, director de material, y Galland, inspector de cazas; pedían a toda costa que se diera prioridad a la

construcción de cazas, pero Hitler se empeñaba en tener más bombarderos para lanzar ataques de represalia.

Todo lo anterior originó fricciones y la pérdida de un tiempo precioso para vigorizar las defensas aéreas. Hitler, que llevó al extremo el principio de que «la mejor defensa es el ataque», acabó por imponer la divisa de que «la Luftwaffe ataca, no se defiende».

## LOS 6 FRENTES CONTRA ALEMANIA EN 1942

Stalin, amo de un país 42 veces más grande que Alemania, con una población casi tres veces mayor que la alemana, pudo concentrar desde el primer momento de las operaciones todos sus efectivos en un solo frente. Aun así, pronto comenzó a clamar la ayuda de un segundo frente. Con la mañosa denominación de «segundo frente» la propaganda soslayaba que en realidad ya existían seis frentes contra Alemania, a lo largo de los cuales se dispersaban sus recursos. Y esos seis frentes en 1942 eran los siguientes:

**1° Frente ruso.** Absorbía la mayor parte del ejército alemán y el 34 % de la aviación de combate.

**2° Frente Occidental, parcialmente activo.** Inmovilizaba en Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Francia 43 divisiones alemanas y la mayor parte de la aviación, o sean 1,800 aparatos.

**3° Frente balcánico.** Parcialmente activo con los guerrilleros serbios movilizados por los comunistas. Absorbía 20 divisiones alemanas y 200 aviones.

**4° Italia y África.** frente activo. Absorbía más de 10 divisiones alemanas, una sensible parte de la producción de guerra (debido a las pérdidas en el mar por la falta de eficaz escolta italiana) y 1,300 aviones de la Luftwaffe.

**5° Frente aéreo de Alemania.** activo. Los ataques aliados de terrorismo dislocaban la vida civil en la retaguardia y minaban la resistencia. Más de 2 millones de hombres atendían las defensas antiaéreas.

**6° Guerra en el mar.** Los aviones de gran radio de acción y la flota de submarinos eran pesada carga para el esfuerzo bélico alemán.

Por consiguiente, fuera del frente soviético —cosa que significaba en 1942 una enorme ayuda para el ejército rojo— luchaban o estaban inmovilizadas 73 divisiones alemanas (1.095,000 combatientes); 3,300 aviones de guerra; más de 2 millones de personas en las defensas antiaéreas y otros cientos de miles de peritos en diversos servicios, tales como la Marina, el abastecimiento de las tropas, el contraespionaje, etc. Esto demuestra que era impropio hablar de un «segundo frente». En realidad, Moscú estaba clamando angustiosamente por un séptimo frente que disminuyera todavía más los contingentes alemanes que operaban contra el ejército bolchevique.

Mucho se habló del esfuerzo soviético, del esfuerzo británico y del esfuerzo de otros beligerantes. Mas ¿qué podría decirse del esfuerzo alemán que con una tremenda inferioridad numérica y de elementos hacía tan penosa la lucha para esa gigantesca coalición aliada?

En tierra, en el aire y bajo el mar, la lucha sobrepasaba todo cuanto se había visto en la primera guerra mundial.

## **LA BATALLA DEL ATLÁNTICO: 7 MILLONES DE TONELADAS DE BARCOS A PIQUE EN 1942**

El frente marítimo alcanzó en 1942 una dramática intensidad. Inglaterra estuvo entonces a un paso del desplome. Si permaneció en pie fue exclusivamente por la ayuda de Roosevelt. Ni siquiera el frente comunista, con el enorme consumo de recursos alemanes que hizo durante 1941, fue suficiente respiro para que Inglaterra restañara sus heridas y prosiguiera la lucha por sí misma.

Así lo sentía Churchill el 7 de diciembre de 1941, cuando sólo la entrada cabal de Estados Unidos en la guerra lo hizo sentirse tranquilo. «Ningún americano pensará mal de mí —escribe en sus Memorias— si proclamo que el tener a los Estados Unidos al lado nuestro, era para mí la alegría más grande... Estando saturado y saciado con la emoción y con la sensación (el día del ataque japonés a Pearl Harbor), me fui a la cama y dormí el sueño de quien se encuentra salvado y agradecido».

Desde la época de paz Roosevelt se había esforzado por lograr que Occidente entrara en guerra con Alemania antes que ésta atacara a la URSS. Su animosidad subió de punto en vísperas de la invasión alemana a Rusia y ordenó que los barcos de guerra norteamericanos acecharan a los submarinos alemanes para delatarlos a la flota británica. Y días más tarde, en cuanto se inició el ataque alemán contra la URSS, Roosevelt ordenó a su flota que atacara a los submarinos.

La guerra no declarada, en favor del marxismo, se volvía así más evidente. Cuando el 7 de diciembre de 1941 Roosevelt aprovechó el momento psicológico de Pearl Harbor para meter oficialmente a Estados

Unidos en la guerra contra Alemania (que nada le había hecho en Pearl Harbor), los comandantes de submarinos alemanes se vieron libres de la prohibición de atacar a los barcos de Roosevelt. El 13 de enero (1942) se les autorizó para iniciar la operación «mazazo» en todos los mares. Y se lanzaron a una cacería que abarcó el Atlántico Occidental, el Atlántico del Sur y el Mar Caribe.

Hubo entonces submarinos, como el U-161, que recorrieron más de 15,000 kilómetros en una misión de guerra. Para que duraran más tiempo en alta mar, el almirante Doenitz estableció en abril el primer submarino nodriza, el U-459 de 1,700 toneladas, que a mitad del Atlántico abastecía de combustible y torpedos a los «lobos grises», como eran llamados los discípulos del almirante.

Más tarde hubo hasta cinco «submarinos-lecheros» que a la vez llevaban refacciones y peritos para reparar en alta mar a los submarinos averiados.

En poco más de seis meses fueron hundidos en la zona occidental del Atlántico, correspondiente a Roosevelt, 495 barcos aliados, con un total de dos millones y medio de toneladas.

En ese año de 1942 nuevos sumergibles entraron en acción, algunos de más de mil toneladas de desplazamiento. El total de unidades subió a 250, de las cuales aproximadamente 75 operaban a la vez en los frentes de guerra, desde Terra Nova en el Norte hasta las cercanías de Cabo Buena Esperanza en el sur de África. El almirante Von Friedeburg, encargado del entrenamiento de las nuevas tripulaciones, logró reponer las bajas sufridas hasta entonces.

Esos nuevos submarinos tenían las máquinas y otras partes esenciales montadas sobre metales oscilantes y sobre, guarniciones de goma que absorbían las sacudidas de las explosiones. Esto les daba mayor resistencia. También se hallaban dotados de una sustancia química (equipo «Bold») que al ser derramada bajo la superficie del agua reflejaba los rayos del detector inglés «Asdic» y hacía aparecer al submarino en un lugar algo distante de donde realmente se hallaba.

Para burlar el bloqueo naval inglés en el Mar del Norte y en el Canal de la Mancha —que dañaba particularmente a los corsarios alemanes de

superficie y a los submarinos— los alemanes operaban equipos especiales de descifradores de las claves británicas. Los ingleses se dieron cuenta de que sus claves no duraban mucho tiempo en secreto y optaron, por cambiarlas diariamente, a media noche, pero entonces la habilidad de los descifradores se perfeccionó tanto que llegaron a lograr su cometido en una hora.

En general, la Batalla del Atlántico iba siendo perdida por Inglaterra, pese a la ayuda total de Roosevelt. En esos días ocurrió el hecho de que los cruceros alemanes Scharnhorst, Gneisenau y Príncipe Eugenio burlaran a la flota británica en una espectacular escapada. Desde el año anterior los tres barcos se hallaban prácticamente cercados en el puerto francés de Brest, donde la aviación británica había lanzado sobre ellos 299 ataques.

A las 11 de la noche del 11 de febrero, el Scharnhorst, el Gneisenau y el Príncipe Eugenio, bajo el mando del almirante Ciliax, zarparon de Brest y se lanzaron a atravesar el Canal inglés. En las primeras horas los británicos no advirtieron la escapatoria porque su radar sufría extrañas interferencias. El almirante Maertens, jefe del Servicio Naval Alemán de Inteligencia inalámbrica, había introducido un nuevo procedimiento de interferencias. Dice Churchill que como eso se hizo gradualmente «nadie sospechó que hubiese cosa alguna poco usual. Para el 12 de febrero la interferencia se había hecho tan fuerte que nuestro radar que vigilaba el mar era de hecho inútil».

Además, los ingleses pensaban que si los barcos alemanes tratasen de romper el bloqueo, aparecerían en el punto más expuesto —o sea el Paso de Calais— al amparo de la noche, pero resultó que aparecieron precisamente al medio día. La noticia se conoció en Londres hasta las 11 de la mañana del día 12, por el aviso de un caza británico. Inmediatamente comenzaron a elevarse escuadrillas para atacarlos. Por su parte, desde que la Luftwaffe se había ido al frente soviético, los alemanes sólo disponían en el frente occidental de 250 aviones. El general Galland se encargó de dirigirlos y de hacer malabarismos para proteger a los cruceros.

Frenéticamente 250 bombarderos ingleses, escoltados por cientos de cazas, trataron de caer sobre los barcos alemanes, en la más encarnizada

batalla aérea de 1942, que duró todo el día 11. Sucumbieron 60 aviones británicos y 17 alemanes.

Sobre las aguas agitadas del Canal, torpederos, destructores y lanchas rápidas británicas trataron infructuosamente de acercarse a los navíos fugitivos. Los ingleses habían colocado más de mil minas magnéticas en la probable ruta de los cruceros. El Scharnhorst chocó a intervalos con dos de ellas y sufrió tan graves daños que por momentos se le consideró perdido. Sin embargo tres cruceros lograron llegar a Alemania. El control británico sobre el Canal de la Mancha había sido violado por primera vez desde el siglo XVIII.

Entretanto, la flota submarina alemana tuvo un presagio alarmante en febrero, cuando el U-82 del capitán Rollmann desapareció al perseguir en el golfo de Vizcaya a un convoy poco protegido. En marzo ocurrió otro caso igual con el U-587 del comandante Borchardt, cosa que se repitió en abril con el U-252 del capitán Lerchen, no obstante que se le había advertido que procediera con sumo cuidado en esa zona peligrosa.

Doenitz volvió a pensar que los ingleses tenían una nueva arma, tal vez un sistema desconocido de detección desde el aire, pero los técnicos en electrónica insistieron en negarlo. Doenitz pidió entonces a los submarinos que radiaran pormenorizados informes de todo lo que vieran, no obstante que esas radiaciones delataran su posición.

Los informes eran indispensables para saber qué estaba ocurriendo con los sumergibles que desaparecían en forma extraña. Se sabía ya que las nuevas bombas británicas de profundidad eran efectivas a 170 metros bajo el agua y que las lanzaba a 240 metros de distancia un perfeccionado «erizo» de varios cañones, pero nada de esto explicaba la desaparición súbita de submarinos que se dirigían hacia los convoyes.

Mientras se averiguaba cuál era la nueva arma inglesa, la lucha proseguía en todos los mares. El Almirantazgo Británico admitió haber perdido 145 buques durante junio y Churchill reconoce que esas pérdidas «de hecho casi nos llevaron al desastre de una indefinida prolongación de la guerra». El 14 de junio le cablegrafió a Roosevelt que en los últimos 7 días había perdido 400,000 toneladas de barcos, «cifra sin paralelo en esta guerra ni en la anterior». (Operaban entonces 121 sumergibles).



La situación era tan grave para Inglaterra que las flotas de Churchill y Roosevelt se combinaron y dedicaron aproximadamente dos mil naves de todos los tipos y mil aviones para combatir a los submarinos. Los aviones aliados comenzaron a aparecer por todas partes, desde sus bases de Inglaterra, Irlanda, Islandia, Gibraltar, las Bermudas, Terranova y desde varios portaaviones. Las escoltas de convoyes se reforzaron más.

Barcos poderosamente artillados aparecían a veces disfrazados de inofensivos cargueros. Los sumergibles se veían cada día obligados a navegar más y más bajo el agua, donde su velocidad se reducía a 13 kilómetros por hora. Ante la proximidad de un avión, el submarino ya no podía sumergirse porque esta maniobra lo volvía inerme y era fácil blanco de las bombas.

En auxilio de los submarinos, los «crucigramómanos» alemanes estaban siempre alerta para escuchar; y descifrar los mensajes en clave de los aliados, a fin de averiguar la formación y curso de los convoyes. Luego guiaban hacia ellos a los sumergibles, frecuentemente mediante señales radiogomométricas.

Los más extraños combates se trabaron entre submarinos y barcos ingleses de escolta, como el del U-210, sorprendido en superficie (agosto 6) por el destructor «Assiniboine»; ya no había tiempo de sumergirse y el U-210 le hizo frente con su pequeño cañón de popa. Las dos naves se causaron daños, pero como los cañones del destructor eran varios y más grandes, el submarino se acercó decididamente al barco y éste ya no pudo utilizar su artillería porque los disparos más bajos que era capaz de hacer pasaban por encima del sumergible. Entonces anduvieron sacándose vueltas: el U-210 trató de sumergirse, el destructor lo embistió y lo averió, hasta que finalmente logró destruirlo con cargas de profundidad.

Operando en «manadas» hasta de diez o veinte unidades, los «lobos» de Doenitz seguían aplicando muy duros golpes pese a las enormes fuerzas desplegadas contra ellos. Roosevelt, furioso, ordenó que la lucha se realizara sin atender ninguna de las limitaciones humanitarias reconocidas hasta entonces. Esto fue lo que produjo la «guerra total» en el mar.

Ocurrió que el 17 de septiembre el submarino alemán U-156, bajo el mando del teniente Hartenstein, operando 500 millas al sur de las Azores

hundió al barco inglés «Laconia», de 19,605 toneladas. Al ver que eran muchos los náufragos (pues llevaba 811 tripulantes y civiles ingleses y 1,800 prisioneros italianos) y que no bastaban las lanchas salvavidas, el U-156 comenzó a auxiliarlos y reportó al Alto Mando de la Marina lo que estaba ocurriendo. A su vez el Alto Mando ordenó a los submarinos 156, 506 y 507 que suspendieran sus acciones de guerra y acudieran también a salvar náufragos. Asimismo autorizó al U-156 a radiar en inglés el siguiente mensaje: «no atacaré a ningún barco que acuda en auxilio de la tripulación del “Laconia” a condición de que yo tampoco sea atacado por mar o por aire».

Atraídos por el mensaje, que indicaba la posición del submarino, poco después aparecieron varios bombarderos «Liberator». El U-156 había puesto sobre su cubierta la bandera de la Cruz Roja y mediante cables remolcaba varias lanchas salvavidas llenas de náufragos, incluso civiles ingleses. Pero nada de esto fue tomado en cuenta; los bombarderos tenían orden de atacar y lanzaron sus bombas contra el submarino, que llevaba 260 náufragos apiñados en su interior. Avenado, el U-156 soltó los cables de las 4 lanchas que remolcaba con más náufragos y logró escabullirse sumergiéndose. La mayoría de los rescatados eran ingleses, quienes antes de abandonar el barco que se hundía encerraron con llave a los italianos en las galeras prisión.

También el U-506, que había rescatado a 142 personas, en su mayoría británicos, fue atacado por los bombarderos. De los 811 ingleses del barco hundido fueron salvados 800, y de los 1,800 italianos, sólo 450. Pero este esfuerzo había recibido pago tan amargo que el almirante Doenitz ordenó a sus submarinos que ya no trataran de salvar náufragos en otras ocasiones. Churchill y Roosevelt acababan de arrojar por la borda los más elementales principios de humanidad vigentes hasta entonces en la guerra del mar.

En el segundo semestre de 1942 las bajas de los submarinos comenzaron a subir. De un promedio de 3 mensuales, llegaron a 17 en julio, 10 en agosto, 12 en septiembre, 13 en octubre y 15 en noviembre. Otro hecho ominoso ocurrió cuando un submarino fue atacado de noche, bajo un cielo nublado, por un avión que repentinamente encendió un reflector desde dos mil metros de altura y ametralló y bombardeó con súbita precisión. La

oscuridad ya no era, pues, un abrigo suficiente. Los sumergibles navegaban bajo el agua con los motores eléctricos, pero después de una hora necesitaban salir a la superficie para que trabajaran los motores Diesel y se cargaran de nuevo los acumuladores eléctricos.

¿Ahora iban a ser localizados aun de noche, cuando emergieran en busca de oxígeno?

En esas circunstancias la lucha se hizo más difícil. Los submarinos tenían que aproximarse hasta 250 metros de su presa antes de disparar sus torpedos y luego tratar de huir sumergiéndose a más de 150 metros. Durante muchas horas no podían subir a la superficie. El ingeniero de a bordo sudaba la gota gorda vigilando la cantidad de ácido carbónico dentro de la nave y aportando de tiempo en tiempo nuevas raciones de oxígeno, en tanto que el fuego enemigo estremecía la nave.

A veces ocurrían desesperadas luchas a gran profundidad. Por ejemplo, el U-126, del teniente Bauer, fue dañado en el Atlántico del Sur y se precipitó sin control hasta 240 metros bajo la superficie. Cuando ya todos esperaban que la terrible presión resquebrajara a la nave, la caída pudo ser detenida, se reparó la avería y lentamente volvieron a emerger. En otra ocasión el U-333, del teniente Cremer, fue averiado y se desplomó a pique frente a la costa de Florida, hasta que llegó al fondo, no demasiado profundo para que la presión aplastara al sumergible. En esas condiciones se trabajó durante horas para reparar la avería y salir a flote.

La moral, sin embargo, no decaía. Sintomático del espíritu de los submarinistas fue la nota-testamento que había dejado a sus compañeros el comandante Rolf Muetzelburg, uno de los «ases» muertos en septiembre. «Dimos gustosamente nuestras vidas por la grandeza de Alemania, por los que nos sustituyen y por ustedes que vivís...»

Ante las crecientes bajas, Doenitz apremiaba a los inventores. El nuevo torpedo Pi-2, más eficaz para destrozarse las quillas de los buques, y otro que corría en zigzag, fueron, puestos en acción. El profesor Walter experimentaba un nuevo combustible de superóxido de hidrógeno y planeaba nuevos sumergibles que corrieran 38 kilómetros por hora bajo el agua, en vez de 13, pero se quejaba de no haber contado con todo lo necesario para terminarlos en 1942.



El Fw 190 representó uno de los máximos logros de la tecnología de combate.

Bajo el apremio de Doenitz, el mismo profesor Walter inventó el «Schnorchell», un tubo con válvula automática que permitiría a los motores Diesel respirar bajo el agua.

Esto aliviaría la situación en un futuro próximo. Pero a la vez urgían nuevos submarinos más rápidos, que pudieran escapar a sus perseguidores, y algo que contrarrestara el misterioso sistema británico de detección. A este respecto algunos técnicos propusieron un receptor llamado «Metox11» para que los sumergibles escucharan las señales del detector británico y pudieran sumergirse oportunamente. Aseguraban que el «Metox» no emitía ondas que pudieran delatar la posición del propio submarino. A gran prisa, pues, comenzó a hacerse esta nueva instalación. Y como las primeras pruebas parecieron satisfactorias, fue dotándose de «Metox» a todas las naves, sin sospechar el peligro mortal que eso entrañaba.

Doenitz lamentaba una vez más que el esfuerzo para acrecentar la flota submarina hubiera sido tardío; él había propuesto que para 1939 hubiera 300 submarinos, en vez de 27, pero el jefe de la Armada, Raeder, tenía cierta inclinación por las grandes unidades de superficie, en tanto que Hitler estaba empeñado en evitar toda disputa con la Gran Bretaña y en dedicar la mayor parte de sus recursos a la lucha contra el bolchevismo. En 1942 había ocasiones en que sólo 19 sumergibles se hallaban en combate porque los demás estaban siendo reparados o se hallaban en tránsito a sus bases.

El capitán de navío Miles R. Browning, de la marina de guerra de Estados Unidos, dice en «La Guerra de Submarinos»: «Es evidente que de no haber sido por la ayuda y los esfuerzos de los Estados Unidos en el

momento oportuno, Alemania hubiese derrotado a Inglaterra en 1917 y otra vez en 1941-1942... La Gran Bretaña estuvo tan cerca del desastre que en cierta época de 1942 sólo disponía de una reserva de comestibles para tres semanas». (Necesitaba importar diariamente cincuenta mil toneladas de víveres). El capitán Browning se extraña de que al principiar la guerra en 1939 Alemania tuviera tan pocos submarinos; dice que de haber concedido más importancia a esta arma «cabe poca duda de que hubiera ganado la guerra europea antes de finalizar el año de 1941».

El desconcierto de Browning se debe a que no toma en cuenta que Hitler no preparaba ni deseaba una guerra contra la Gran Bretaña. Y por tanto sus preparativos en el mar eran casi nulos, comparados con los esfuerzos que realizaba para erigir un ejército que pudiera combatir contra las masas soviéticas.

Las afirmaciones del capitán de navío Browning se basan en que las pérdidas de barcos aliados siguieron excediendo a las construcciones en un 250 por ciento, durante 1942. Mensualmente más de cien buques eran hundidos: 108 en agosto, 98 en septiembre, 93 en octubre, 117 en noviembre. Además de las enormes bajas padecidas por la flota mercante, la flota de guerra inglesa llevaba perdidos hasta 1942 un total de 5 acorazados, 4 portaaviones, 15 cruceros, 68 destructores y 37 submarinos, aparte de otras muchas unidades averiadas. Inglaterra pudo sostenerse a duras penas gracias a los centenares de barcos y a los cien millones de toneladas de municiones, comestibles y materias primas que le había comenzado a enviar Roosevelt desde dos años atrás.

1942 fue el año en que más combates ganaron los submarinos. Echaron a pique cientos de naves aliadas que conducían tanques, cañones, proyectiles, bombas y aviones para todos los frentes. Se apuntaron el hundimiento de barcos que desplazaban en conjunto seis millones 250,000 toneladas, o sea el triple que el año anterior. Los tetramotores de la Luftwaffe, las minas y los barcos corsarios echaron a pique un millón 456,000 toneladas más. El total de hundimientos en 1942 ascendió a la catastrófica cantidad de 7.706,000 toneladas.

Y el gran total desde el principio de la guerra subía a 16 millones 644,000 toneladas.

Alemania estaba a punto de ganar la Batalla del Atlántico<sup>[138]</sup>.

(Al principiar la guerra la flota mercante inglesa era de 25 millones de toneladas y luego logró 9 millones más de barcos aliados).

## UN LASTRE Y NO UN ALIADO

Alemania no tuvo suerte con sus aliados. Cuando ya no había duda de que el ejército alemán estaba consumando en el Oeste la derrota de los ejércitos francés, belga y británico, Italia se apresuró a declarar la guerra, únicamente para exigir el botín. Y con la entrada de Italia automáticamente se abrió el frente de Noráfrica, en donde colindaban colonias inglesas e italianas. Lo menos que podía esperar Hitler era que Mussolini atendiera por sí solo su único frente norafricano, máxime que los ingleses se hallaban allí en inferioridad numérica respecto a los italianos.

El 13 de septiembre de ese año de 1940 Mussolini ordenó la ofensiva contra el octavo ejército inglés de Egipto, que entonces sólo constaba de 50,000 hombres. Mussolini disponía de 100,000 para esa operación, sin incluir las reservas. En la frontera de Libia y Egipto sólo había puestos británicos de observación y los italianos iniciaron el «ataque» como si se tratara de un desfile. Pero una vez que avanzaron 50 kilómetros y avistaron al grueso del ejército británico, se detuvieron y no volvieron a atacar.

Tres meses más tarde los ingleses iniciaron una exploración para averiguar qué ocurría con aquella masa de italianos inmóviles. A los primeros disparos el escenario se vino abajo y hubo tal confusión y desconcierto en las filas italianas, que los ingleses siguieron empujando, pese a que su «raid» de exploración sólo preveía 5 días de actividades. El vistoso frente italiano se desmoronó y el general Bergonzoli se apresuró a rendirse. El comandante en jefe, general Graziani, se pasaba todo el día oculto en una caverna, a gran distancia del frente, y al enterarse de los progresos ingleses huyó a Roma, según dice su compañero el Mariscal

Badoglio. Mussolini trató de procesarlo, pero el rey Víctor Manuel lo impidió.

Los ingleses avanzaron y avanzaron, a través de 800 kilómetros y en su recorrido hicieron 130,000 prisioneros y capturaron o destruyeron, 400 tanques y 1,290 cañones. Jamás habían soñado que su «raid de exploración iba a convertirse en una victoria.

Acudiendo en auxilio de su aliado, Hitler envió al general Stumpff a la isla italiana de Sicilia, con 250 aviones alemanes, bajo cuya protección el general Erwin Rommel transportó a Noráfrica un cuerpo de ejército alemán de 2 divisiones blindadas y una de infantería, el cual (aún incompleto) entró en combate el 31 de marzo de 1941. El ejército británico comenzó entonces a desandar el terreno que había ganado... Rommel se hallaba en inferioridad numérica, más decía que los soldados no deben contarse sino pesarse. En sus primeros encuentros se valió de argucias para ocultar su debilidad; hizo que los camiones de transporte se mezclaran entre los tanques para levantar polvaredas y aparentar más contingentes, y tendió trampas de cañones 88, hacia los cuales algunos tanques «cebo» conducían a los tanques británicos para destrozarlos.

Las tretas de Rommel y la decisión de sus tropas se impusieron en la primera semana de combate. Los británicos se vieron pronto superados en habilidad operativa y en recursos tácticos y cayeron en una emboscada que les costó la destrucción de su segunda división blindada y de su tercera brigada motorizada, con lo cual prácticamente desapareció la superioridad numérica que inicialmente tenían. Esta fue una derrota abrumadora y Rommel los arrolló a través de 700 kilómetros de desierto. Los recientemente ascendidos y condecorados generales Sir Richard O'Connor, Neame y Combe, fueron vencidos tan súbitamente como ellos habían vencido a los italianos.

Los restos del Octavo Ejército inglés se replegaron desordenadamente hasta la frontera de Egipto, donde nuevos refuerzos y equipo formaron prácticamente otro octavo ejército. Con excepción del puerto de Tobruk los británicos perdieron todo el terreno que habían arrebatado poco antes a los italianos.



Rommel pidió a los jefes italianos los planos de las defensas de Tobruk, para atacar a los ingleses que se habían fortificado ahí, pero se negaron a dárselos. Tales eran la envidia y el despecho que comenzaban a anidar en ellos. El escritor español Ismael Herráiz dice en «Italia Fuera de Combate» que la increíble ineptitud del mando italiano fue el punto de partida de la animadversión italiana contra el ejército alemán. Al ver que los alemanes triunfaban rápidamente —afirma— los italianos se sintieron envidiosos.

«Del complejo de inferioridad se pasa a la envidia invencible, y de aquí al abandono de todos los deberes, con tal de ver hundido a un gigante que humilla con su sola presencia». La flota italiana de 140 barcos incluía siete poderosos acorazados, 19 cruceros y 60 destructores. Era más fuerte que la flota inglesa del Mediterráneo oriental y diariamente se la elogiaba en Italia, pero si acaso salía de sus bases su principal preocupación era eludir el encuentro con la flota británica. Inconcebiblemente fue la única flota, de todos los países en guerra, que no llegó a participar en ninguna operación de importancia.

Entre tanto, los transportes que llevaban abastecimientos a Rommel eran hundidos tranquilamente por los ingleses. El Cuerpo Africano alemán llegó a la frontera de Egipto exhausto y casi sin abastecimientos. Así no podía explotar su triunfo relámpago sobre el 8º Ejército inglés.

Hitler volvió a intervenir en favor de Italia y ordenó que el Almirante Doenitz, contra su voluntad, pasara 25 submarinos alemanes del Atlántico al Mediterráneo para apuntalar las débiles comunicaciones que abastecían a Rommel.

«Nuestro intervalo de inmunidad y de ventaja llegó a su fin —dice Churchill—. Los submarinos alemanes se presentaron en escena. El 12 de noviembre el portaaviones Ark Royal (27,000 toneladas) fue torpedeado y hundido. Este fue el comienzo de una serie de dolorosas pérdidas para nuestra escuadra en el Mediterráneo y de una debilidad que nunca habíamos conocido antes». El «Ark Royal» llevaba 70 aviones al ser hundido por el submarino U-81 del capitán Suggenberger. Poco después el submarino U-331, del teniente Von Tiesenhausen, avistó al medio día a una flota de tres acorazados y 12 destructores ingleses.

Haciendo acopio de sangre fría tuvo la suerte de pasar por debajo del cinturón defensivo de los destructores y luego emergió el periscopio y esperó hasta situarse, a cuatrocientos metros del acorazado «Barham», de 31,000 toneladas, tripulado por 860 marinos. Entonces disparó 4 torpedos, 3 de los cuales hicieron volar al acorazado, que era seguido por el «Queen Elizabeth» y el «Valiant». En 5 minutos no quedó nada del «Barham» sobre el agua, pero entretanto el submarino vivía una aventura extraordinaria.

Ocurrió que al lanzar los 4 torpedos falló el mecanismo que introduce agua al sumergible para compensar la pérdida del peso de los proyectiles, y bruscamente subió a la superficie frente al acorazado «Valiant», que inmediatamente empezó a hacerle fuego con sus cañones de proa. Pero el U-331 se hallaba tan cerca del «Valiant» que por más que éste inclinó sus cañones, los disparos le pasaban al sumergible por encima de la torre. El teniente von Tiesenhausen mandó inundar todos los tanques de agua y concentró a los tripulantes en la proa, con lo cual logró sumergirse violentamente, pero en forma tan irregular que se desplomó 260 metros bajo el agua hasta que a duras penas logró controlar la nave, eludir las cargas de profundidad y salvarse por estrecho margen.

Días más tarde el «Valiant» y el «Queen Elizabeth» fueron averiados gravemente por marinos italianos que con escafandras y materialmente montados en torpedos sumergidos se acercaron hasta el casco de los acorazados y colocaron los torpedos para que estallaran minutos después. Este inusitado golpe italiano fue dirigido por el teniente Luigi Durand, que por cierto fue capturado y accedió a combatir a favor de los ingleses.

Por esos mismos días el submarino alemán U-73 del teniente Rosenbaum hundió al portaaviones británico «Eagle» y la situación fue particularmente favorable para que la flota italiana se uniera a la flota submarina alemana y conquistara el dominio del Mediterráneo, con lo cual quedaría asegurado el abastecimiento de las fuerzas de Rommel en Noráfrica. Pero la flota italiana no quiso salir de sus bases. Los submarinos alemanes padecieron graves bajas (36 durante 1941) y se quedaron solos librando la batalla del Mediterráneo, que era virtualmente una batalla de Italia. Mussolini no quiso correr ningún riesgo y los ingleses siguieron

soportando las bajas que les infligían los submarinos, con tal de interceptar los abastecimientos a Rommel.



En su primera embestida Rommel destruyó al 8º ejército inglés y lo arrojó hasta la frontera de Libia. El 8º ejército se rehízo y lanzó otra ofensiva; y cuando todo parecía indicar que las fuerzas alemanas estaban perdidas, Rommel contraatacó; destruyó nuevamente al 8º ejército y llegó hasta El Alamein. Tiempo después un tercer ejército inglés inició allí la última ofensiva aliada. La cual coincidió con el desembarque y el ataque angloamericano a través del Noroeste de África. En el Túnez fue el fin de las fuerzas de Rommel.

Por si esa inactividad fuera poca cosa, hasta hubo italianos traidores que comunicaban a los aliados la salida de convoyes del Eje, a efecto de que los hundieran más fácilmente. «Hoy sabemos —dice Kesselring— que el almirante italiano Maugeri se hizo responsable por su traición del hundimiento de muchos barcos y de la pérdida de muchas vidas humanas»<sup>[139]</sup>.

También posteriormente se supo que el almirante Canaris, jefe del servicio secreto militar alemán, pudo haber frenado el sabotaje italiano, pero no lo hizo por complicidad.

La salida de transportes aéreos o navales era oportunamente comunicada desde Italia a los ingleses para que los atacaran.

Galeazzo Ciano, Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, apuntó displicentemente en su Diario, el 2 de septiembre de 1941: «Rommel se ha quedado detenido en Libia por falta de combustible. Tres de nuestros barcos-tanque —que llevaban combustible para Rommel— han sido hundidos en dos días». Esta indiferencia de Ciano era representativa de la actitud mental del mando italiano.

Por su parte, los ingleses rehacían su 8º ejército y acumulaban nuevamente una considerable superioridad numérica sobre el África Korps.

Todo lo hecho por Rommel estaba a punto de perderse. El general Auchinleck, jefe británico del Medio Oriente, advirtió a sus tropas que, Rommel se estaba convirtiendo «en una especie de mago o coco» porque se hablaba mucho de él, y pidió a sus comandantes que expulsaran por todos los medios posibles, la idea de que Rommel representaba otra cosa que un general común y corriente. Sin embargo, el general inglés Desmond Young dice que las tropas británicas, seguían;» refiriéndose a Rommel medio afectuosamente, como «ese... Rommel», y hasta los soldados veteranos «tenían la tendencia a explicar: chocamos con alemanes, como si esa explicación fuera suficiente para disculpar los fracasos».

«En aquel entonces —añade el general Young— creíamos que el África Korps era un cuerpo selecto, formado por voluntarios entrenados especialmente para el desierto. No era así. El África Korps estaba formado por el tipo común y corriente de los alemanes. Es más, difícilmente podía adaptarse a la vida del desierto; estaban en desventaja respecto a las tropas coloniales británicas.

Fue Rommel quien desde el primer momento, con su influencia personal, su ejemplo, la fuerza de su carácter, el arriesgarse más que sus tropas, lo convirtió en esa fuerza ruda, truculenta, endurecida que conocimos... Fue él quien los enseñó a sacar hasta la última onza de sus energías y nunca admitir que estaban vencidos... Aun cuando eran tomados prisioneros marchaban por los muelles de Suez con la cabeza erguida...

En 1949 aún llevan su insignia con la «palma» en sus carteras. Si usted les pregunta si estuvieron en Noráfrica se enorgullecen al contestar: «Sí, yo estuve en el África Korps, yo peleé con Rommel». Que tengan suerte porque pelearon bien, y como dicen los alemanes, lo mejor después de un buen amigo es un buen enemigo». El 8º ejército reunió fuerzas hindúes, sudafricanas, neozelandesas, australianas e inglesas —además de las polacas que ya operaban en Tobruk—. Sus efectivos ascendieron a 118,000 hombres y 455 tanques.

Rommel disponía de 96,000 hombres, de los cuales 32,000 eran alemanes y el resto italianos. Las divisiones alemanas blindadas 15 y 21 (con un total de 260 tanques) y la 90 de infantería ligera, eran realmente las que sostenían la situación. Tanto fue así que Rommel dio a sus oficiales la

siguiente orden secreta: «Los alemanes han sido siempre buenos soldados; por tanto, no deben vanagloriarse. Y menos aún deben empequeñecer los hechos de los de otras naciones.

El italiano no es, naturalmente, como el alemán, y tiene sus peculiaridades propias. Es un ser distinto. Por tanto, sería injusto medirle con el rasero alemán. Pelea lo mejor que puede y esto es digno de tenerse en cuenta. Sería indigno burlarnos de nuestro aliado y hablar de su blandura. Hemos de procurar ver sus buenas cualidades».

En el aire, la superioridad británica era mayor: 1,100 aviones contra 120 alemanes y 200 italianos. (Poco después Hitler retiró aparatos del frente soviético para enviarlos al África).

En vísperas de su nueva ofensiva, los ingleses trataron de matar a Rommel en su cuartel de Veda Littoria, para lo cual transportaron en submarino a 52 voluntarios, detrás de las líneas alemanas. Pero Rommel no se hallaba en su cuartel la noche del ataque y la mayoría de los asaltantes perecieron.

El 18 de noviembre (1941) el rehecho 8º ejército inglés se lanzó a la ofensiva. «Fue una batalla digna de soldados, una pelea de perros —dice el general inglés Desmond Young, que participó en ella—. Fue peleada a tal velocidad, con cambios tan bruscos en las situaciones, bajo tal nube de tanques ardiendo y de granadas estallando entre el polvo de vehículos que derrapan, entre tal confusión e informes contradictorios, que nadie sabía lo que estaba sucediendo a una milla de distancia...

Hay centenares de hombres cuyas hazañas pasaron inadvertidas. ¿Cuántos hay que hayan oído de cómo el mayor general Dennis Reíd, Comandante del grupo de brigadas de la India, tomó Gialo él solo y rindió con su pistola a 60 oficiales italianos que estaban comiendo?» Las numéricamente superiores fuerzas aliadas de Cunningham —en las cuales ya figuraban considerables pertrechos enviados por Roosevelt— perforaron profundamente el frente de Rommel y alcanzaron Sidi Rezegh, a 70 kilómetros de donde se inició la lucha, 39,000 italianos se desplomaron y fueron capturados. Churchill habló entonces de una gran victoria en vías de consumación.

Rommel, que según el general inglés Desmond Young, «tenía un don maravilloso para aparecer en los puntos vitales y dar ímpetu decisivo a la acción en los momentos cruciales», tuvo entonces una de sus más arriesgadas y brillantes inspiraciones. Saliendo de las normas ortodoxas de la guerra se desentendió casi por completo del centro de gravedad de la batalla, impuesto por Cunningham, y ordenó a sus divisiones 15 y 21 que dieran un rodeo al frente y se lanzaran sobre la retaguardia del enemigo.

Eso equivalía a ir a incendiar la casa del enemigo antes de apagar el fuego en la propia, pero el arrojo y la decisión se impusieron a las frías leyes académicas de prudencia y orden, y Rommel arrebató la victoria a Cunningham del bolsillo. Una vez más se demostraba que sobre las cifras incontrovertibles de superioridad de hombres, de tanques, de cañones y de aviones hay imponderables fuerzas del espíritu capaces de obrar milagros.

«Para el 23 —dice Churchill— habíamos perdido dos terceras partes de los tanques. Rommel se abrió camino hacia el este y causó tal caos y alarma, que nuestros jefes abandonaron la lucha y se retiraron... Ante este grave tropiezo Auchinleck sustituyó a Cunningham con el general Ritchie, pues aquél se hallaba perturbado acerca de la situación».

El 8º ejército, descalabrado y desorientado, suspendió la ofensiva. Las fuerzas de Rommel, por su parte, también habían sufrido una terrible sangría. Además de los 39,000 italianos capturados, las bajas alemanas ascendían a 21,000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, pues nuevamente habían sobrellevado todo el peso de la lucha.

En los meses siguientes se libró la batalla de los abastecimientos. Rommel también hizo sus demandas, pero... la flota italiana seguía «heroicamente» en sus escondrijos. El 13 de diciembre de ese mismo año de 1941, Ciano anotaba en su diario: «Los contratiempos navales acostumbrados... hemos perdido dos barcos grandes con tanques para Libia...» Cuando menos, a Mussolini le correspondía hacer que su flota escoltara los pertrechos que Alemania seguía restando al frente ruso con tal de ayudar a Italia, pero Mussolini buscó la línea del menor esfuerzo y en vez de obligar a su marina a combatir, pidió a Hitler que obligara a Francia a ceder bases en Bizerta. Hitler se opuso —aunque tenía a Francia a su

merced— porque le había ofrecido respetarle su Imperio Colonial y porque seguía soñando en la reconciliación germano-francesa.

La inactividad de la flota italiana de guerra ocasionó que en agosto de 1941 se perdiera el 35% de los pertrechos; en octubre, el 63% y en diciembre el 75%. Rommel tuvo que acortar su frente y ceder terreno. Los ingleses trataron nuevamente de atraparlo y se les escabulló. Aunque entonces se libraba la encarnizada lucha a las puertas de Moscú, Hitler retiró de Rusia el segundo Cuerpo del Aire, con el mariscal Kesselring y su Estado Mayor, y lo envió a Italia para realizar el trabajo de escolta que no hacían los italianos. Rommel pudo así rehacer sus bajas.

Poco después Rommel preparó un contraataque; el general italiano Bástico no era de la misma opinión y amenazó con retirar sus tropas del frente. «Me da lo mismo», repuso Rommel. Finalmente llegaron a un acuerdo y la operación se inició la tarde del 26 de mayo (1942).

Según el plan, los italianos quedarían en la línea ya estabilizada y los alemanes tratarían de envolver por el flanco y la retaguardia a los británicos. Pero en la práctica éstos se desentendieron del frente cubierto por los italianos y concentraron sus fuerzas contra Rommel, al que casi llegaron a cercar. El comodoro británico del aire L. McLean dice a propósito de esta batalla:

«La campaña del desierto en Egipto Occidental y en Libia, donde los alemanes siempre fueron inferiores en número, posiblemente ilustre mejor la técnica alemana. De entre muchos ejemplos, creo que el más brillante fue cuando las fuerzas blindadas de Rommel escaparon de la trampa en el Caldero, donde estaban rodeadas por minas antitanque al sur, este y oeste y fuerzas británicas poderosas por el norte... Cercada y aislada de sus bases, y con pocas municiones, combustibles y alimentos, la fuerza blindada era, al parecer, el blanco ideal para los bombarderos. Pero sucedió todo lo contrario. Rommel logró abrir una brecha a través de los campos de minas del oeste, pasó sus fuerzas a través de ella y después de reaprovisionarse lanzó un impetuoso contraataque contra el Caldero. Como consecuencia, el 8º ejército se replegó de la línea Gazala dejando en peligro a Tobruk.

Entonces Rommel atacó a Tobruk y lo capturó». El nuevo 8º ejército quedó destrozado por segunda vez en una retirada de más de 500

kilómetros.

Churchill había pedido al general Auchinleck que Tobruk fuera retenido a cualquier precio: «Por tanto —dice— fue una sorpresa que el 20 de junio, en Washington, llegara la noticia de que Tobruk se había rendido con 35,000 hombres, ante una fuerza que tal vez no llegaba ni a la mitad de ese número... Esto era tan sorprendente que no podía yo creerlo... Fue uno de los más fuertes golpes que puedo recordar».

Del 26 de mayo al 30 de julio Rommel capturó sesenta mil prisioneros y destruyó 2,000 tanques y vehículos acorazados. Prácticamente se volvió a perder todo el 8º ejército inglés.

Los restos de las fuerzas británicas fueron perseguidos hasta El Alamein, donde tropas y pertrechos llegaron apresuradamente a integrar un nuevo octavo ejército. Era ya el tercero que se reorganizaba desde la llegada de Rommel a Noráfrica. Roosevelt ordenó inmediatamente que el ejército americano cediera 300 tanques y 100 cañones para enviarlos a Egipto. Otros pertrechos fueron embarcados días después y el octavo ejército resucitó por tercera vez, incluso con un nuevo jefe.

«Rommel había demostrado una vez más —dice Churchill— ser un maestro de la táctica en el desierto... Rommel había recibido aviones retirados del frente ruso y contaba con 120 tanques alemanes... Nuestra primera división blindada contaba con 150. Sin embargo, el uso ineficaz que se hizo de dicha división no ha sido explicado todavía... La primera división blindada era una de las mejores que teníamos. La integraban principalmente hombres que contaban con más de dos años de preparación y representaban tan alto grado de eficiencia como cualquiera que pudiera encontrarse en nuestras fuerzas regulares...





Capitán Hans Joachim Marselle, considerado como el mejor piloto alemán de caza. Pereció el 30 de septiembre de 1942. En una batalla sobre el desierto egipcio ardió su avión y su paracaídas se atoró en la cola. Llevaba 158 aviones enemigos derribados, 151 de ellos en África. Su carrera duró un año, con 388 salidas.

Esta magnífica división perdió más de cien de sus tanques». Aunque el general británico Young dice que «los tanques alemanes eran de una inmensa superioridad en calidad, aun sobre los nuevos tanques americanos General Grant», la superioridad numérica de los aliados era bastante para anular la superioridad cualitativa. Si las tropas alemanas seguían sosteniéndose en África, era seguramente por factores imponderables del espíritu. Los abastecimientos escaseaban en el frente alemán y todo iba de mal en peor.

Un signo desfavorable fue la muerte de Marselle, conceptualizado como el «as» de los pilotos germanos. Hans Joachim Marselle, de 22 años de edad, había derribado 158 aviones y Rommel decía que sus esfuerzos en el aire equivalían al rendimiento de una división. Pese a tal récord su deseo era derribar aviones, pero no matar á sus adversarios, según lo revela una carta en que decía a su madre: «Esperé ver los paracaídas. ¿Por qué no saltan los ingleses? Quedé horrorizado cuando el avión se estrelló contra el agua...» Su 158ª victoria fue la más difícil y acerca de ella escribió: «Era un combate parejo. También fue un combate muy corto, pero por primera vez no tuve la certeza de que yo iba a ganar». En su siguiente vuelo sobre el frente aliado se le incendió el aceite, retrasó el salto en paracaídas para

regresar hasta «las líneas alemanas, pero cuando al fin saltó, el paracaídas se atoró en la cola del avión, que se precipitó envuelto en llamas.

El mariscal Kesselring dijo en su sepelio: «Murió en el aire, como hubieran sido sus deseos. Capitán Marselle, de 22 años de edad, todavía invicto, todavía el mejor piloto.

El ejército de Rommel había superado varias crisis. Sin embargo, todo tiene su límite, y el África Korps alemán alcanzó el suyo en El Alamein a cien kilómetros de su meta, que era Alejandría.

Ahí se puso el sol para Rommel. Su contrincante era entonces el general Montgomery, británico, a quien se le atribuyó el triunfo y se le ensalzó como el realizador de lo que ni Cunningham ni Ritchie habían podido lograr. La realidad, sin embargo, era bastante más simple. En la batalla de El Alamein, Montgomery disponía de 1,114 tanques nuevos contra 219 tanques alemanes y 339 italianos; disponía de 150,000 hombres contra 32,000 alemanes y 60,000 italianos, y de más de mil aviones contra menos de cien. Propiamente la batalla la ganó la producción de guerra aliada. Ante esa gran superioridad numérica de elementos el factor comandante y el factor soldado eran ya secundarios.

Así lo reconoce en su libro «Rommel» el general británico Young, quien afirma: «Según dice la leyenda, llegó el general Montgomery enviado del cielo, y habiendo reorganizado o mejor dicho organizado el 8º ejército, tornó la derrota en victoria. «Esta leyenda es injusta al 8º ejército. Es también contraria a los hechos. Los generales Montgomery y Alexander tomaron el mando el 15 de agosto de 1942. Para entonces, el 8º ejército tenía dos divisiones inglesas extra y una masa de tanques como el 8º ejército jamás había visto antes».

Por su parte, Rommel anotó en sus apuntes: «Mis números se hacían menores, mientras los del enemigo aumentaban. Siempre los mismos tanques que entraban a la batalla y los mismos artilleros. Lo que esos oficiales y soldados realizaron en esa semana toca los límites de la eficacia humana... De hecho, los ingleses no intentaron nada que pudiera llamarse una operación, sino que confiaron absolutamente en los efectos de su artillería y aviación. Con sólo la mitad de sus fuerzas podían haber destruido todas las nuestras».

La batalla de El Alamein principió el 23 de octubre de 1942. Rommel, agotado, disfrutaba de una licencia en Berlín. Su sustituto, el general Stumme, procedente del frente antioviético, tuvo que ordenar que no se contestara el fuego en varios sectores porque era necesario ahorrar municiones. Ese mismo día Stumme murió de un ataque al corazón y Rommel —aún en convalecencia— regresó apresuradamente. Los días 26, 27 y 28, tres barcos tanque italianos que llevaban combustible y que no iban suficientemente protegidos porque la flota de Mussolini seguía oculta, fueron hundidos por la aviación aliada. El combustible para los tanques se racionó al máximo, la situación se hizo más crítica y a los ocho días de combate el frente era ya insostenible. De 219 tanques quedaban ya sólo 106.

El 3 de noviembre Rommel recibió una orden de Hitler: «No será la primera vez en la historia que la voluntad más fuerte prevalecerá sobre los más poderosos batallones enemigos. Solamente puede mostrar a sus tropas el camino que conduce a la victoria o a la muerte». El mariscal Kesselring dice que al llegar la orden las tropas ya no se encontraban acantonadas, sino en el desierto, y que él le telegrafió al Führer explicándole que ya no era aplicable su disposición. Entonces Hitler autorizó que las operaciones se dirigieran según las necesidades, y el repliegue se generalizó. Refiriéndose a esta retirada de 2,400 kilómetros a través del desierto, el coronel norteamericano John K. Boles<sup>[140]</sup> dice que «en vez de considerarse como el pináculo de la persecución, puede considerarse con más exactitud como un ejemplo notable de la evasión con éxito de una fuerza perseguida».

Mientras Rommel eludía a Montgomery por el oriente y se replegaba a través de Libia, en el extremo opuesto de África desembarcaban el 8 de noviembre (1942) tropas americanas e inglesas, ayudadas secretamente por el gobierno francés del mariscal Petain. Ese fue el pago que recibió Hitler por haber respetado el Imperio Colonial de Francia y haber soñado en la reconciliación.

Para el África Korps ya no había salvación posible.

En esos días Rommel había perdido ya la moral, según dice el mariscal Kesselring, quien revela que no quiso darle dos divisiones motorizadas que aquél le pedía porque supuso que «esto sólo serviría para que pudiera

retirarse todavía más «rápidamente». Hitler volvió a intervenir en este frente de Mussolini y envió a Túnez al 5º ejército al mando del general Von Arnim.

En un supremo esfuerzo la 21ª división panzer fue retirada del frente que detenía al 8º ejército británico, en el este, y lanzada al oeste contra la primera división blindada norteamericana y las fuerzas inglesas y francesas que la acompañaban. Del 14 al 23 de febrero (1943) los aliados pasaron horas difíciles en el Paso Kaserine, donde sus líneas fueron perforadas y los restos de la 21ª división alemana ganaron terreno peligrosamente. La primera división norteamericana perdió un tercio de sus efectivos, incluyendo 2,459 prisioneros. El general Alexander tuvo que pedir al general Montgomery que le ayudara a restablecer la situación mediante un ataque por el este, y así se logró que la 21ª división panzer soltara a su presa. Posteriormente Alexander escribió en su informe: «La batalla de Kaserine me dio muchos momentos de ansiedad».

A su turno, Eisenhower dijo en «Cruzada en Europa» que «en el Paso Kaserine fuimos hasta el fondo del barril al enviar reservas para contener el ataque alemán».

Fue ese el último zarpazo de Rommel en África. Luego lo llamó Hitler, para encomendarle la defensa de Italia, y en su lugar se quedó el general Von Arnim, que cayó prisionero con los restos de sus tropas. Antes ya había sido capturado el general Von Thoma, segundo de Rommel. El general Montgomery, comandante del 8º ejército inglés, lo invitó a comer y ambos discutieron el desarrollo de la batalla. Otro general alemán, Von Ravenstein, comandante de la 21ª división panzer, también fue capturado por los ingleses y envió la siguiente carta a su contrincante, el general Campbell: «Su séptimo grupo de artillería de apoyo nos hizo el combate muy penoso y aún recuerdo el mucho hierro que voló cerca de nuestras orejas junto al aeródromo. Los camaradas alemanes lo felicitan por habersele conferido la Cruz de la Victoria. Durante la guerra su enemigo, pero muy respetuosamente. Von Ravenstein».

Esta tradicional caballerosidad entre combatientes sólo pudo ser practicada entre algunos alemanes y británicos. Donde la influencia israelita era más cercana, el odio hacía imposibles esas cortesías que ciertamente no

restan valor a los contendientes. Por ejemplo, el general Dwight David Eisenhower, nieto de los israelitas Jacobo y Rebeca, emigrados de Alemania a Estados Unidos en el siglo XVIII, se negó a hablar con el capturado general Von Arnim y dio la siguiente orden: «A ninguno de ellos debe permitírsele visitarme».

## OCCIDENTE AL SERVICIO DE LA URSS

Aunque dramática la lucha en África, porque allí un puñado de alemanes hacía frente durante dos años a los recursos combinados de Churchill y Roosevelt; aunque también dramática la lucha en el mar, porque 250 submarinos combatían contra las flotas más grandes del mundo, y aunque igualmente desproporcionada la contienda que libraban sobre Europa Occidental una parte de la Luftwaffe y las aviaciones casi íntegras de Roosevelt y Churchill, las operaciones en Rusia seguían siendo el hecho más gigantesco en la historia de las armas.

A principios de 1942 —segundo año de la guerra en la URSS— los soviéticos habían perdido aproximadamente un tercio de sus centros industriales y todos los campos trigueros de Rusia Blanca y Ucrania. También habían perdido la mitad de sus yacimientos de carbón de piedra, las tres cuartas partes de sus fuentes de carbón de coque y el 62% de hierro en bruto. Sus bajas en soldados y equipo bélico correspondían a 400 divisiones. El territorio ruso ocupado por los alemanes tenía una población de 80 millones de habitantes, o sea el 40% de todos los habitantes de la URSS. La situación del Imperio comunista era extremadamente crítica.

En ese año la ayuda de Roosevelt y Churchill al imperio bolchevique creció en cifras astronómicas. El diplomático norteamericano William C. Bullit dice que él y otros consejeros pidieron a Roosevelt que exigiera a Moscú seguridades de que respetaría las fronteras en Europa y en Asia, pero Roosevelt rechazó esa petición. Tal complacencia rayana en la complicidad era también compartida por Churchill, quien al enterarse de que Stalin persistía en su deseo de sojuzgar a Estonia, Letonia, Lituania y Rumania, pese a lo establecido en la Carta del Atlántico, cablegrafió a su Secretario

de Negocios Extranjeros en Moscú: «Naturalmente, no debe mostrarse usted tosco o áspero con Stalin».

Durante 1942 una procesión de funcionarios de Occidente fue a Moscú a reconfortar a Stalin, a llevarle ayuda y a ofrecerle más para el futuro. Entre la población rusa había síntomas de agotamiento y cansancio y hasta de rebeldía. El ejército alemán había conservado el 95% del territorio arrebatado al ejército rojo y sobrevivido al invierno y a la contraofensiva soviética; Stalin había visto parcialmente destrozados los ocho ejércitos de reserva que lanzó a su ofensiva invernal, y su situación era tan comprometido que Occidente podía haber dosificado su ayuda en la medida en que la URSS se comprometiera a no ser una amenaza para el mundo. Pero Roosevelt y su camarilla judía impidieron que eso se hiciera.

El comandante norteamericano George Racey Jordán sirvió en 1942 como oficial de enlace entre el ejército estadounidense y el ejército rojo, y revela que en ese año comenzaron a suministrarse materiales para que los soviéticos hicieran una pila atómica. Dice que además frecuentemente llegaban a Estados Unidos aviones soviéticos que cargaban gran cantidad de planos y estudios secretos de la industria militar norteamericana. Alger Hiss —el judío posteriormente procesado como espía bolchevique— era bajo el régimen de Roosevelt uno de los principales proveedores de los soviéticos. El comandante Racey Jordán quedó frecuentemente sorprendido al ver que la Casa Blanca entregaba a los rojos informes confidenciales que los diplomáticos americanos habían enviado a Roosevelt, acerca de los rusos. Agrega que «esperando despertar interés en lo que a mí me parecía una violación páfida de la seguridad de los Estados Unidos» denunció tales hechos en la Secretaría de Estado, pero sólo obtuvo la sorprendente respuesta de que «los oficiales que llegaban a ser demasiado oficiosos corren el peligro de que se les envíe al Pacífico del Sur»<sup>[141]</sup>.

En esa forma los influyentes israelitas de la Casa Blanca, traicionaban a los funcionarios americanos que se interesaban por la suerte de su patria.

No en balde en las escuelas soviéticas se loaba a Roosevelt... En abril (1942) llegó a Moscú el nuevo embajador americano, William Standley, y prometió que el frente ruso recibiría la mayor parte del esfuerzo bélico norteamericano. Tres meses después regresó al Kremlin Harry Hopkins,

enviado de Roosevelt, para acrecentar la ayuda y estudiar si el «hundimiento ruso» era inminente, en cuyo caso debería violentarse la invasión de Europa Occidental. Poco más tarde también acudió Churchill a reconfortar a Stalin: en sus «Memorias» dice que cuando le anunció que no podría haber invasión de Europa en 1942, el rostro de Stalin se ensombreció. «Dijo que no había en Francia ni una división alemana de algún valor. Le repuse que había 25, nueve de las cuales eran de primera línea. Se contentó con mover la cabeza».

La actitud de Stalin fue tan despectiva que Churchill estuvo a punto de suspender su visita y regresar a Londres antes de lo planeado. La ayuda en abastecimiento y equipo para el ejército rojo era enorme, pero Moscú exigía más. El general Marshall (Jefe del Estado Mayor General de Estados Unidos) estimó esa ayuda en 20,000 millones de dólares, tan sólo por lo que se refiere a la cooperación norteamericana, y calculó que equivalía a «558 divisiones blindadas o a 2,000 de infantería». («La Victoria en Europa»).

Las tremendas derrotas padecidas por los soviéticos en 1941 se agravaron en 1942. Casi todo el equipo mecanizado se había perdido y una parálisis general amenazaba a las tropas rusas. El Comisario de Transportes de la URSS, el judío Lazar Kaganovich, recurrió a los medios más dramáticos: «Mediante el esfuerzo humano se rodaban los barriles con gasolina por las carreteras hasta cerca del frente, y después mujeres y niños eran obligados a cargar con ellos a través del accidentado terreno y bajo enormes fatigas, hasta las primeras líneas. Las cestas de proyectiles y cajas de municiones para las ametralladoras se transportaban por medio de cadenas humanas kilométricas, pasándolas de mano en mano durante días y noches.

Nadie se preocupaba en proporcionar a esa gente sitio para dormir, ni a nadie se le ocurría ofrecerles, durante su trabajo, en medio del intenso frío, una bebida caliente. Seres agotados desfallecían y surgían otros en su lugar. Pero ¡qué importaba! una vida humana no tiene ningún valor en Rusia»<sup>[142]</sup> Sin embargo, Kaganovich no estaba solo. Sus hermanos de raza de Occidente le enviaron durante el primer año de ayuda —a costa de los contribuyentes americanos— 131,000 vehículos, 42.000 toneladas de gasolina y 66,000 de aceite. Para los demás jefes del marxismo israelita



llegaron en ese año, 4,600 aviones, 5,800 tanques y 830,000 toneladas de otros implementos bélicos norteamericanos<sup>[143]</sup>.

Churchill envió (1941-1942), 6,200 tanques y 5,600 aviones.

Aunque enorme la ayuda que recibía, Stalin no se cruzó de brazos. Su totalitarismo, más absoluto que el de Hitler, hizo el milagro de movilizar para fines militares a toda su población de 35 millones de hombres en edad militar<sup>[144]</sup>. Tan sólo la juventud de komsomoles (jóvenes fanáticamente educados en el bolchevismo y enemigos acérrimos del cristianismo) ascendía a 14 millones. Las mujeres cubrían los puestos de los hombres que pasaban a las filas del ejército rojo. El periodista norteamericano Lesueur refiere que «la movilización de las amas de casa ha sacado a relucir a un gran número de mujeres sin ninguna preparación previa. Durante esta semana he visto mujeres movilizadas trabajando en la limpieza de la línea de ferrocarril que corre a lo largo del Volga... Una vez al día hacen un alto para obtener su ración de pan moreno. Esto es lo único que comen durante el trabajo, pero parecen saludables».

Stalin pidió juramento a los Comisarios políticos, en su mayor parte judíos, de que derrotarían al ejército alemán en 1942. Tal como lo habían hecho ya el año anterior, los jefes judíos del bolchevismo se batieron fanáticamente. Más de cien judíos-rusos ganaron la máxima condecoración militar de «Héroe de la Unión Soviética». Uno de ellos, el general Leo Dovator, murió en combate y fue consagrado como héroe nacional. Se convirtió en el paradigma de los jóvenes comunistas y su popularizada «canción de los Dovatorsi» pasó a ser himno bolchevique.

## **DE KERTSCH A SEBASTOPOL Y DE SEBASTOPOL A LENINGRADO**

Y mientras un diluvio de bombas —que alcanzó un total de 2.700,000 toneladas— comenzó a ser lanzado sobre las ciudades alemanas por la aviación de Roosevelt y Churchill, y mientras tres millones de alemanes eran acosados o inmovilizados en frentes ajenos a Rusia (dos millones en las defensas antiaéreas y más de un millón en las guarniciones o en África), en el Frente Oriental del bolchevismo las fuerzas de Hitler reasumieron la ofensiva.

Ya no era el mismo poderío del año anterior; en parte debido al desgaste de la primera ofensiva y a los rigores del invierno; en parte debido a los requerimientos de otros frentes amenazados por los aliados de Stalin. Pero de todas maneras el 60% del ejército alemán, luchando en Rusia contra el ejército rojo íntegro, volvió a imponerse.

De las 21 divisiones blindadas alemanas que operaron en 1941, sólo 10 pudieron ser reorganizadas en el frente oriental y premiosamente se formaron 4 más. Las fábricas de tanques desviaron gran parte de su capacidad a la producción de piezas, para la flota submarina, cuya acción en la Batalla del Atlántico obligaba a Churchill a pedir apremiantemente el auxilio de Roosevelt.

En 1941 las ofensivas se habían realizado con 12 ejércitos alemanes, en tanto que en 1942 se desarrollaron con 6. Los demás sólo conservaban sus posiciones.

En septiembre y octubre de 1941, el 11° ejército alemán del general Von Manstein había perforado en penosa lucha el Istmo de Perekop y conquistado toda la Península de Crimea, con excepción de la fortaleza de

Sebastopol. Von Manstein trató de capturarla en un golpe de mano, para lo cual retiró fuerzas alemanas de las estepas de Nogais y las sustituyó con el tercer ejército rumano, pero horas más tarde los rumanos flaquearon ante una embestida soviética, su frente fue perforado y Von Manstein tuvo que ordenar que regresaran a ese sector, a toda prisa, la 17ª división de infantería y el regimiento Leibstandarte. La crisis fue conjurada ahí, pero se perdió un tiempo precioso y ya no fue posible tomar a Sebastopol antes de que recibiera refuerzos. Su captura habría de costar más tarde mucho tiempo y mucha sangre.

Sebastopol era la fortaleza más poderosa del mundo, con un triple cinturón defensivo, con artillería de grueso calibre y con defensas bajo la roca. El 17 de diciembre (1942) Von Manstein lanzó una ofensiva para capturarlo, con parte del 11º ejército. El ataque prosperaba bien y diez días después ya se había logrado una importante perforación, pero en eso ocurrió a retaguardia una crisis y la ofensiva tuvo que ser suspendida totalmente.



¡...Fuego...! Un oficial de la SS de artillería da la voz de mando a su unidad. El frente oriental vuelve a marchar. Mil kilómetros dentro de Rusia se inicia la ofensiva de 1942.



Antes de reanudar la marcha en el Oriente, una Compañía rinde honores a sus compañeros muertos. Hasta el 12 de agosto (1942) 337,342 habían caído para siempre. Los heridos ascendían a un millón.

Resulta que era invierno y el agua se había congelado en varios puntos de la península de Kertsch. Los soviéticos aprovecharon la ocasión e invadieron la península con sus ejércitos 44 y 51. En el primer impacto recuperaron la población de Kertsch y en el segundo el puerto de Feodosia. La zona estaba al cuidado de dos divisiones alemanas, al mando del general conde Hans Graf von Sponeck, quien desobedeciendo órdenes específicas realizó un apresurado repliegue, con grandes pérdidas de material. Von Manstein tuvo que retirar fuerzas de Sebastopol y acudir a estabilizar las líneas en la península de Kertsch. El general Sponeck había dado pruebas de valor y destreza en varias batallas, pero al parecer su resistencia tuvo un momento de flaqueza en Kertsch. El Alto Mando le formó consejo de guerra y lo condenó a muerte, pero Hitler le conmutó la pena por 7 años de prisión.

También a la 46ª división de infantería, mandada por Sponeck le alcanzó el castigo, y en la orden del día el mariscal Von Reichenau anunció

que le negaba «su honor de soldados, por su precipitado repliegue en la península». Sin embargo, días más tarde el mariscal Von Bock la reivindicó de toda culpa.

Durante un contraataque los alemanes recuperaron el puerto de Feodosia. Por cierto que cuando había caído en manos del Ejército Rojo, ocurrió allí un suceso significativo y curioso. La pequeña guarnición alemana se retiró librando combates de contención y no tuvo tiempo de llevarse a 8,000 rusos que tenía prisioneros. Al darse cuenta de la situación, los prisioneros salieron huyendo, pero no al encuentro de los bolcheviques, sino rumbo a la base alemana de Sinferopol, donde volvieron a entregarse a sus captores. Y es que aún bajo la dureza del cautiverio, habían conocido otro estilo de vida y temían su regreso a la URSS.

El 11º ejército alemán pasó semanas muy críticas a fines de 1941 y principios de 1942, pero logró mantenerse en pie. Para mayo, los ejércitos soviéticos 44 y 51 se hallaban ya firmemente atrincherados en la garganta de Parpatsch, a la entrada de Kertsch, y allí fue precisamente donde se iniciaron las operaciones ofensivas alemanas en 1942. Los rojos tenían en ese sector 17 divisiones de infantería, 2 de caballería, 3 brigadas de tiradores y 4 brigadas de tanques. Por su parte, el ejército 11º de Von Manstein había cubierto las bajas de sus 6 divisiones alemanas y dos y media rumanas.

El 8 de mayo, el 11º ejército se lanzó a la ofensiva. Von Manstein fingió que iba a atacar en el extremo norte del Estrecho y se valió de mensajes desorientadores y de simulada preparación artillera para engañar a los soviéticos. El truco tuvo buen éxito y el golpe principal se descargó en el extremo sur. Para el 11 de mayo habían quedado ya envueltas 8 divisiones soviéticas: el día 16 cayó Kertsch y el 18 terminaba la batalla, con excepción de grupos aislados comandados por comisarios judíos suicidas.

En la recaptura de Kertsch y Feodosia el 11º ejército capturó 180,000 prisioneros soviéticos; 1,303 cañones y 343 tanques. Fueron destruidos 3,814 vehículos, 323 aviones, y 16 barcos. Las tres cuartas partes del 11º ejército alemán habían puesto fuera de combate a los ejércitos 44, 51 y 47.

Apenas terminada esa campaña, el 11º ejército comenzó nuevamente a estrechar el cerco en las afueras de Sebastopol, que Stalin se empeñaba en

sostener como amenaza al flanco derecho del frente alemán. Detrás de escarpadas laderas, Sebastopol era el único reducto soviético en la Península de Crimea. Durante 7 meses, numerosos comisarios hicieron erigir defensas en profundidad y se computaron millón y medio de jornadas en esta tarea. El frente tenía 35 kilómetros de extensión alrededor de Sebastopol y había 208 baterías de artillería soviética y tres grandes cinturones defensivos que totalizaban 350 km de líneas fortificadas. El general Petrow disponía e 8 divisiones y 3 brigadas de marina parapetadas. Sebastopol estaba considerado como la mayor fortaleza del mundo.

Por su parte, los alemanes empleaban en al asalto de Sebastopol a 7 divisiones. Llevaban dos cañones especiales de 60 centímetros y el famoso «Dora», de 80 centímetros de diámetro, que ha sido el cañón más grande del mundo. Pesaba 1,488 toneladas, tenía 50 metros de largo, 10.7 de altura, disparaba proyectiles de 4,800 kilos a 47 km de distancia y de 7 toneladas a 38 Km; requería, de 4,120 hombres para su emplazamiento y protección. Hizo volar un depósito de municiones a 27 metros de profundidad en la roca, pero era un monstruo tan difícil de cambiar de lugar que no tuvo aplicación práctica en la guerra de movimiento.

El 7 de junio (1942) la artillería alemana y el 8º Cuerpo Aéreo de Von Richthofen iniciaron una lluvia de fuego sobre las defensas del Sebastopol y la mantuvieron durante, cinco días. «Era un espectáculo imponente, inenarrable», dice el mariscal Von Manstein, en aquel entonces comandante del 11º ejército. Tan sólo los cañones alemanes de 8.8. cms. de diámetro dispararon un total de 181,787 granadas. En ocasiones concentraban el fuego sobre un estrecho sector fortificado y no lo perforaban, pero la guarnición soviética quedaba abrumada o padecía muchas bajas por ruptura de vasos sanguíneos, debido; a la percusión.

La infantería alemana se lanzó al asalto el 12 de junio y dificultosamente fue infiltrándose por el laberinto defensivo de los bolcheviques. Los comisarios israelitas y los jóvenes komsomoles (juventud comunista) sostuvieron fanáticamente la resistencia en las cuevas del vasto sistema defensivo. Toda la población civil fue movilizadada para auxiliar a las tropas. Cuando algunos fortines se veían aislados y perdidos, los comisarios judíos esperaban a que se acercaran los alemanes y luego se volaban con

dinamita. Así vendían cara su vida y causaban más bajas a los atacantes. La 132 división de infantería alemana sufrió bajas tan elevadas que tuvo que ser relevada y sustituida por la 24ª.

Finalmente, la resistencia se desarticuló el 30 de junio y se desplomó el 4 de julio después de una intensa batalla de 23 días, y de 7 meses de sitio terrestre, aunque no marítimo. Noventa mil soviéticos cayeron prisioneros y más de 35,030 habían perecido.

Con la conquista de Sebastopol, toda la Península de Crimea quedó en manos alemanas y el 11º ejército fue penosamente trasladado a través de 2,300 kilómetros hasta el sector norte del frente, donde se preparaba un ataque para capturar la plaza de Leningrado, sitiada durante la ofensiva de 1941. En el invierno la ciudad había logrado un parcial comunicado a través de las aguas congeladas del Lago Ladoga, pero se había quedado sin servicio eléctrico y sin calefacción central.

Los soviéticos se apercibieron de los preparativos alemanes y se anticiparon con una contraofensiva, empleando a sus ejércitos 2, 52 y 59. El primero de estos tres ejércitos embistió en la zona de Wolchow y abrió una brecha de 8 kilómetros en el sector del 18º ejército Alemán. Entonces el 11º ejército de Von Manstein, recién llegado de Crimea, entro en operaciones y para el 21 de Septiembre los soviéticos que habían perforado las líneas alemanas se encontraban copados.

Los ejércitos rusos 52 y 59 trataron de salvar a sus compañeros del 2º ejército y acometieron briosamente, pero una y otra vez fueron rechazados con grandes pérdidas. Una parte considerable de la artillería alemana que sitiaba a Leningrado se trasladó al sector de Wollchow para acosar a los bolcheviques acorralados. El fuego fue tan intenso, dice el Mariscal Von Manstein, que «el bosque quedó convertido en un paisaje lunar, sin más vegetación que unos tristes tocones de lo que había sido corpulenta arboleda».

Con mano de hierro los comisarios israelitas prolongaron la resistencia hasta el 2 de octubre, fecha en que 12,000 supervivientes se rindieron con 300 cañones, 500 lanzagranadas y 244 tanques. El numera de muertos y heridos duplicaba varias veces el de prisioneros. Dentro del cerco habían sido aniquiladas íntegramente 7 divisiones y 4 brigadas de tanques. Otras 9

divisiones que embestían por fuera quedaron destrozadas. Pero mediante el costoso sacrificio de todo su 2º ejército; los soviéticos habían obligado a los alemanes a suspender el ataque a Leningrado, que estuvo bajo sitio parcial 2 años y 8 meses.

Por lo que se refiere al sector central del largo frente los rotos trataron de perforar las líneas alemanas y capturar Rzhev, 200 kilómetros al poniente de Moscú, pero estos esfuerzos se desplomaron el 13 de julio (1942) cuando uno de sus ejércitos fue copado y destruido. Sus bajas ascendieron a 40,000 prisioneros, 220 tanques y 738 cañones, sin contar muertos y heridos. Después de esta operación el sector central tuvo muchos meses de calma.

Los soviéticos se dedicaron entonces en la retaguardia de sus líneas a exhumar los cadáveres dejados por los alemanes el año anterior, en su avance sobre Moscú. Retiraron miles de cruces que los cubrían y los restos humanos fueron enterrados en grandes fosas comunes, para que «no envenenaran la tierra».



## DE CRIMEA A LAS MONTAÑAS DEL CAUCASO

En la parte oriental de Ucrania, correspondiente al sector Sur del frente germano-soviético el mariscal Timoshenko inició el 14 de mayo una furiosa ofensiva hacia Karkov, en un frente de 160 kilómetros. Dispuso en forma de tenazas sus ejércitos 6, 9 y 57, compuestos por más de trescientos mil hombres, altamente mecanizados. Trataban de cercar y aniquilar al 6º ejército alemán en el área de Izyun-Barvenkovo, cuyo octavo cuerpo con base en Wolchansk fue sometido a un tremendo mazazo de tanques, artillería e infantería. El frente del 6º ejército fue perforado por el norte, hasta 20 kilómetros de Karkov, y por el sur fue rebasado hasta cerca de Poltava, 100 kilómetros a retaguardia de Karkov. La situación era muy grave. A los 4 días de resistir un torrente incesante de fuego, el comandante del 6º ejército alemán reportó que sus tropas habían llegado «al final de sus fuerzas», pero se le dijo que resistiera un poco más, para acudir en su auxilio.

Von Bock dudaba acerca de lanzar una contraofensiva con un ejército que tenía disponible y su jefe de estado mayor, el general Sundenstern, lo alentó a que utilizara ese único brazo, que a primera vista parecía insuficiente. Una vez tomada la decisión, el primer ejército blindado de Von Kleist se lanzó como rayo, perforó un flanco de los soviéticos y penetró hasta la retaguardia en furiosa batalla.

Los tres ejércitos soviéticos se vieron súbitamente cercados y trataron de abrirse paso en furiosas embestidas, lanzadas particularmente de noche, pero eran rechazados una y otra vez, en ocasiones a sólo cien metros de las líneas alemanas.

Incesantes y mortíferos bombardeos fueron descargados desde el aire contra los atacantes bolcheviques. El capitán Hartmann completó en 1942 el más alto número de derribos, o sean 346 aparatos. Sin embargo, siguió considerándose a Marselle en el primer lugar (con 158 victorias) pues era mucho más difícil el combate aéreo con los británicos.

En la operación de Izyun-Barvenkovo, la Luftwaffe estrenó sus nuevos cazas, un Messerschmit 109-G, enfriado por líquido, de 1,700 caballos de fuerza, y el Focke Wulf 190. Ambos alcanzaron más altura y velocidad que los mejores cazas soviéticos, como el Sturmovik, y que los cazas que recibía Stalin de sus aliados occidentales, tales como el Curtiss P-40 y el Airacobra. También el móvil cañón antitanque y antiaéreo de 88 milímetros entró devastadoramente en acción. La calidad del armamento y del soldado alemán triunfó una vez más sobre la superioridad numérica. «Si podéis tomar Karkov —decían unos volantes arrojados a los rusos— no nos molestaremos en defender Berlín».

En efecto, los tres ejércitos de Timoshenko fueron superados en la guerra de movimientos por el primer ejército panzer de Von Kleist y por el 6º ejército, al que trataban de atrapar. Los papeles se invirtieron y los tres ejércitos rusos fueron copados, desorganizados en ataques de retaguardia y flanco, comprimidos en un estrecho sector y finalmente destruidos en una batalla que duró 16 días. Von Kleist hizo 239,306 prisioneros y destruyó o capturó 2,026 tanques, 540 aviones y 1,249 cañones soviéticos. Con este sangriento fracaso terminó la ofensiva de Timoshenko sobre Karkov.

Asegurada ya totalmente la Península de Crimea y destrozada la embestida de Timoshenko, toda el ala sur integrada por 5 ejércitos alemanes y 3 rumanos se dispuso a iniciar su ofensiva el 29 de junio, en una extensión de 600 kilómetros.

El plan ofensivo, llamado «Operación Azul», había sido supervisado por Hitler, y consistía fundamentalmente en que un grupo de ejércitos avanzara hacia los pozos petroleros del Cáucaso para enlazar con Turquía y animarla a que se convirtiera en aliada de Alemania. Cubriendo el flanco de ese avance, otro grupo de ejércitos realizaría varias maniobras para cercar grandes contingentes soviéticos y avanzar en dirección a Stalingrado, plaza que sería el objetivo número dos, pues el Cáucaso era el número uno.

Hitler tenía gran desconfianza hacia los infiltrados o traidores y ordenó que el Plan no fuera revelado ni a los comandantes de división. Sólo sería conocido por los comandantes de ejército y de cuerpos de ejército. Así las cosas, el 19 de junio el general Stumme, comandante del 40º cuerpo de ejército, reunió a sus tres comandantes de división y les habló del Plan «Operación Azul». El jefe de la 23ª división blindada, general Von Boinevurg, pidió permiso de hacer anotaciones y el general Stumme se lo dio no obstante que estaba infringiendo la orden de Hitler.



Messerschmitt 109: dos cañones, dos ametralladoras, 1700 caballos de fuerza; 600 kilómetros por hora. Junto con el Focke Wulff 190 en 1942 conservó el dominio del aire en Rusia.

La junta terminó y todos se retiraron a sus posiciones. Pocas horas más tarde el general Von Boinevurg le comunicaba al general Stumme que su comandante Reichel (jefe de la sección la. de su Estado Mayor) había desaparecido en un avión, con los mapas y todas las anotaciones de la «Operación Azul». Stumme se estremeció, alertó a todas las divisiones del frente y pidió informes a todos los puestos de observación.

Horas más tarde la 333 división de infantería reportó que un avión como el de Reichel había sido visto en la tarde y que se dirigió a las líneas soviéticas, detrás de las cuales había descendido. Inmediatamente se preparó un regimiento reforzado que perforó el frente bolchevique y logró llegar hasta donde se hallaba el avión, solitario y sin huellas de violencia ni de fuego. Cerca se encontró una tumba con dos cadáveres, desnudos y tan

desfigurados que no podía saberse si se trataba de Reichel y del piloto. Los documentos no aparecieron por ningún lado. Los soviéticos tenían instrucciones de no hacer daño a los oficiales alemanes de Estado Mayor y de enviarlos a una sección especial que se encargaba de torturarlos y de hacerlos confesar secretos. Era posible que Reichel se hallara vivo.

En vísperas de empezar la ofensiva alemana, los generales Stumme y Von Boinevurg fueron destituidos, lo mismo que el jefe de Estado Mayor de 40º Cuerpo, coronel Franz.

En estas circunstancias de perturbación se iniciaron el 29 de junio las dos grandes embestidas alemanas: una hacia el sureste, tratando de lograr el objetivo número uno, o sea la conquista del petróleo del Cáucaso, y otra hacia el oriente, para cercar grandes fuerzas soviéticas, cubrir la retaguardia de la operación caucasiana y eventualmente llegar hasta Stalingrado.

El primer ejército panzer de Von Kleist se lanzó hacia el Cáucaso, reforzado luego por el 17º ejército de infantería. Nuevamente las defensas rusas fueron perforadas y arrolladas; cayeron los defendidos centros industriales de Kupyansk, Voroshilovgrado y Rostov. Los soviéticos volaron presas para enlodar el terreno y frenar el avance, pero finalmente se vieron obligados a retroceder o cayeron prisioneros en violentas batallas de cerco. La población civil caucasiana y las tribus kalmukas recibían a los alemanes como libertadores y ofrecían cooperación. Más tarde Stalin habría de deportarlos en masa a Siberia.

La ofensiva alemana se generalizó con furia a lo largo de 600 kilómetros mediante una compleja red de guerra de movimientos. La habilidad operativa del ejército alemán se imponía de nuevo a la superioridad numérica en hombres y en material. Stalin había exhortado al ejército rojo a que lograra la victoria en 1942 y al ver que nuevamente se hundía el frente, el 5 de julio ordenó una más drástica movilización. Las listas de personal exento de servicio militar fueron revisadas y se llamó a filas a hombres hasta de 50 años, y a hombres de 60 para los servicios de abastecimiento. El 26 de julio Stalin expidió su orden 227 en que significativamente hacía una exhortación al patriotismo de los rusos, no al Partido Comunista ni a los comunistas. Sabía que éstos eran impopulares y omitió aludirlos. «Manteneos firmes hasta el fin —decía a sus tropas—. Los

tímidos y los cobardes deben ser muertos sobre la marcha. Nadie debe dar un paso atrás». Sin embargo, el frente no soportó el embate de la embestida germana y fue destrozado desde Kursk hasta Rostov.

El 9 de agosto Von Kleist consumó prácticamente la derrota de las fuerzas que se le oponían en su avance y capturó el centro petrolero de Maikop, en el Cáucaso. Después de esa batalla sus tropas se desbordaron sin resistencia sobre los valles, llegaron a la enorme cordillera caucásica y treparon jadeantes por las montañas. La altura media del Cáucaso es de 2,750 a 3,700 metros y eso era mayor obstáculo que la debilitada resistencia soviética.

En ese momento la victoria en el Cáucaso se hallaba al alcance de la mano, con todas las desastrosas implicaciones para la URSS, pero dos sucesos se combinaron para frustrarla. Primero, resulta que en la retaguardia de esta ofensiva el 6º ejército alemán tropezaba con dificultades muy extrañas, como si todos sus movimientos fueran adivinados por el enemigo, y tal cosa obligó al frente del Cáucaso a cederle gran parte de sus tanques y casi toda su artillería antiaérea. Simultáneamente, el frente soviético del Cáucaso lanzó nuevas reservas a la lucha utilizando grandes envíos de armamento hechos por Roosevelt y Churchill, incluso ochocientos aviones.

Sin embargo, las fuerzas de Von Kleist, aunque privadas de la mayor parte de sus defensas antiaéreas, siguieron empujando lentamente y llegaron hasta Ordzhonikide. Sus avanzadas ocuparon el Monte Elbrús el mayor de Europa, con 5,658 metros de altura. Este frente se hallaba entonces a dos mil kilómetros de la frontera alemana y sus comunicaciones a través de territorio enemigo eran muy precarias. Semanas enteras los tanques carecían de combustible, el cual en ocasiones llegaba en camellos y a veces era saboteado en el camino.

En la zona petrolera de Ordzhonikide los contraataques soviéticos se vigorizaron. Pero eso no era lo peor. En la grandeza impasible de las montañas y de los valles floridos del Cáucaso se cernió súbitamente una amenaza; imprevista y mortal. Al sobrevenir la crisis alemana en Stalingrado, quedaba casi a descubierto toda la retaguardia de los dos ejércitos de Von Kleist. En esas condiciones el frente del Cáucaso se tornó

insostenible y Von Kleist inició una penosa maniobra para retirar a través de 700 kilómetros a sus dos ejércitos, compuestos de 25 divisiones.

Eran en total 700,000 hombres incluyendo a todos los servicios de retaguardia. Tan sólo los heridos del primer ejército panzer sumaban 25,000.

Las primeras nieves del invierno de 1942 y el constante fluir de nuevas reservas soviéticas se conjugaron para hacer más difícil la maniobra, que se prolongó hasta el deshielo del año siguiente. Tropas del 17º ejército combatieron entre pantanos y lluvias incesantes para mantener abiertos los caminos de escape. Ningún atrincheramiento era posible y menudeaban los combates cuerpo a cuerpo. Los comandantes de la fogueada 13ª división blindada alemana decían que jamás habían visto dificultades mayores.

Para el transporte del 1er ejército blindado se requerían 155 trenes, que naturalmente no los había. Von Kleist combinó entonces una maraña de contraataques y repliegues escalonados y logró mantener en orden todo el frente. Fue una filigrana de táctica hasta alcanzar bases más seguras en Ucrania.

El 14 de enero el 1er ejército blindado terminó su repliegue hasta Rostov para salir de la trampa en ciernes. Su frente, que se hallaba inicialmente hacia el sur, quedó hacia el oriente para afrontar al alud soviético que descendía de Stalingrado. Entre tanto, el ejército 17º (también de Von Kleist) se quedaba en la zona de Krasnodar para detener a los soviéticos que descendían del Cáucaso.

A un costo increíblemente bajo, dos ejércitos fueron rescatados de un alud enemigo que amenazaba estrangularlos. Tal hazaña le valió a Von Kleist el ascenso a mariscal. (Al terminar la guerra los soviéticos lo mantuvieron 9 años en cautiverio hasta que murió).

## **700 KM DE AVANCE HASTA KALATSCH**

La otra de las dos grandes operaciones ofensivas alemanas de 1942 partió desde las zonas de Kursk y Karkov y atravesó las ricas cuencas del Donetz y del Don. Esta operación tenía como objeto inmediato cubrir toda la retaguardia de la ofensiva hacia el Cáucaso, cercar y aniquilar grandes fuerzas soviéticas concentradas entre los ríos Don y Donetz, y eventualmente capturar la gran metrópoli industrial de Stalingrado.

De acuerdo con la «Operación Azul», se inició un movimiento cuidadosamente planeado para cercar y destruir grandes contingentes soviéticos al oriente de Kursk. Se lograron dos perforaciones, las tenazas alemanas penetraron profundamente y lograron unirse, formando una enorme «bolsa», pero dentro no había nada... Los soviéticos habían logrado retirarse velozmente, en una maniobra bien preparada que les permitió llevarse hasta la artillería pesada y los abastecimientos. Las tenazas alemanas se lanzaron violentamente más adelante, completaron un avance relámpago de 225 kilómetros y en Voronez cercaron y destruyeron a un ejército soviético, al que le arrebataron 120,000 prisioneros, 1,077 tanques y 1,688 cañones. Sin embargo, este no era el grueso de las fuerzas, que lograron formar nuevas líneas al oriente de Voronez.

Otra operación de tenazas, que partió de la zona de Karkov, también logró perforar el frente bolchevique, penetrar bastante al oriente y cerrarse formando una enorme bolsa, pero dentro casi no había nada... Contra lo acostumbrado hasta entonces, los soviéticos habían podido retirarse llevándose todos sus implementos, tal como si hubieran adivinado cada uno de los golpes alemanes, la cuantía de las fuerzas atacantes, los centros de gravedad y la dirección de las irrupciones. ¡Tal como si hubieran

adivinado...! Eran ya muchas coincidencias... En el grupo de ejércitos alemán se vio entonces claramente que los soviéticos conocían previamente la «Operación Azul». Es decir, que el traidor comandante Reichel les había entregado los planos y las anotaciones que se llevó en avión al frente bolchevique, después de haberlos obtenido de la junta celebrada con el general Stumme.

Los alemanes avanzaban hacia el Don y Stalingrado, pero no habían podido encerrar y aniquilar a las grandes concentraciones soviéticas. El general Von Bock, comandante del Grupo de Ejércitos en esa zona, pretendía que le dieran autoridad sobre otras fuerzas y quería desviar la ofensiva. Surgieron interferencias y Hitler lo sustituyó con el mariscal Von Wiechs. (A finales de la guerra, con 52 años de soldado, el viejo y erguido mariscal Von Bock, veterano de todas las ofensivas alemanas de la segunda guerra mundial, pereció durante un bombardeo aéreo. Cuando treinta años atrás ganó durante la primera guerra el inusitado calificativo oficial de «bravura increíble», había dicho: «morir de resultas de una bala enemiga es algo muy de agradecer»).

Los «erizos» que Hitler había utilizado en 1941 para afrontar y desgastar la contraofensiva soviética eran agrupamientos de tropas capaces de defenderse de frente, de flanco y de retaguardia. Como una variante ofensiva de esa idea, en 1942 se organizaron unidades cuadrangulares con tanques por todos lados, que avanzaban sin preocuparse de la resistencia residual. En la marcha a través de la cuenca del Don se les conoció con el nombre de «Motpulk» y con frecuencia se abrieron sangrientamente paso a través de las grandes masas de tanques soviéticos, incluso el «Voroshilov» de 46 toneladas, y muchos de los enviados por Churchill y Roosevelt.

Los alemanes entrenaron tropas especiales de cazatanques para contrarrestar esa superioridad numérica; cavaban pequeñas fosas para ocultarse y se cubrían con ramas y tierra. Aguardaban a que los tanques pasaran lo más cerca posible y luego saltaban de sus escondites y lanzaban granadas especiales contra las partes vulnerables de las máquinas. Otros cazadores utilizaban minas «portátiles» que mediante un juego de poleas colocaban a última hora sobre el camino de los tanques. También se



formaron grupos de motociclistas para asestar golpes de pega y corre a las formaciones blindadas.

Para el cruce del anchuroso río Don, el más grande de Rusia, los ingenieros alemanes construyeron puentes sumergidos, 60 centímetros abajo de la superficie del agua, con objeto de evitar que la aviación soviética los localizara y destruyera. Sólo mediante la sorpresiva ventaja de veintenas de argucias fue posible que la inferioridad numérica alemana arrebatara al ejército rojo —compelido por Stalin a resistir o perecer— las ricas cuencas del Don y del Donetz, fuentes primordiales de víveres, carbón, hierro y manganeso. Al perder esa región la URSS perdió también el oleoducto Rostov-Moscú que nutría a una buena parte de la industria bélica.

La gigantesca producción soviética de armas se hallaba por primera vez en aprietos y las fabulosas demandas del frente dependían cada vez más de la corriente de pertrechos británicos y norteamericanos. La lucha era tan violenta que tan sólo un regimiento motorizado de Zhukov lanzó 35,000 proyectiles sobre el ala izquierda alemana a lo largo de la curva del Don.

Sin embargo, esos días volvieron a ser de triunfo para las armas alemanas y la URSS afrontó el momento más negro de su historia. Su economía estaba siendo estrangulada por la ocupación de otros 350,000 kilómetros cuadrados de sus más ricas tierras y de su vital cuenca carbonífera. Ya para entonces había perdido más de la mitad de sus ferrocarriles y aproximadamente millón y medio de kilómetros cuadrados (tres cuartas partes de la superficie de Méjico), precisamente en las zonas más pobladas y mejor comunicadas, y sus oleoductos se hallaban cortados.

El general republicano español Valentín González fue testigo de esas crisis y aporta los siguientes pormenores: «Tan grave como en 1941 fue la situación de 1942 y en 1943. El primer gran pánico lo provocó el peligro en que se hallaba Moscú. La llegada de los alemanes ante Stalingrado generalizó la creencia de que una vez cortado el camino del petróleo sería inevitable el hundimiento de la URSS. En medio de aquella desmoralización y de aquel caos era corriente oír esta reflexión: «¡Después de todo más vale un fascista alemán que tres comunistas rusos!» Las masas populares y las bandas de desertores principiaban a destruir los retratos de

Lenin y de Stalin y en sus emplazamientos aparecían imágenes religiosas y hasta los retratos de los zares».

El periodista norteamericano Larry Lesueur dice que se notaba en el ambiente una cierta irritación. Cada día más personas temían la llegada del invierno sin el carbón de la Cuenca del Don, que ya se había perdido; todos los escolares fueron utilizados en cortar leña.

Entre los kalmuks, los tchnetnics, los tártaros y los cosacos del Kubán hubo levantamientos contra el régimen. El brote más serio ocurrió entre los cosacos, que asesinaron a sus comisarios rusos y judíos, hasta que grandes fuerzas se movilizaron contra ellos. Las escuadras de la muerte de Semenovitch Arbakinov les aplicaron el método Suvorov de ejecución en masa. Quince mil de los rebeldes fueron liquidados y se les enterró en las arenas del Mar Caspio, en la desembocadura del Volga. Los trabajadores metalúrgicos de Kazan también se pronunciaron, hasta que 500 de ellos fueron fusilados y el resto trasladado a Siberia. En noviembre, Stalin tuvo que intervenir para apaciguar a los kalmuks de Astrakán.

Stalin mismo reveló lo apremiante de su situación cuando urgió a los aliados, por el inusitado conducto de la Associated Press, para que realizaran un desembarque en Francia que obligara a Hitler a retirar más tropas del frente ruso. El historiador británico Liddell Hart afirma que en esos días «con un poco más de esfuerzo por parte de los alemanes, el colapso de la resistencia local rusa se habría convertido en fracaso total. Para ese tiempo la moral de la población civil así como de las tropas estaba muy deprimida, especialmente en Rusia Meridional» («La Defensa de Europa». Liddell Hart).

La situación era tan comprometida para la URSS que Roosevelt envió en agosto a su representante personal el general Follet Bradley para que le entregara a Stalin una carta de aliento y le comunicara que envíos más grandes de comestibles y armas iban ya en camino. En ese momento de crisis cinco factores se conjugaron en favor del bolchevismo, que estaba a punto de desplomarse:

1º Se acrecentó la ayuda angloamericana de pertrechos para el ejército rojo.

2º Hitler tuvo que restar tropas y aviones al frente ruso para luchar contra la invasión aliada de Noráfrica, que abría un nuevo frente y amenazaba todo el sur de Francia, de Italia y de los Balcanes.

3º Fue necesario retirar dos divisiones selectas del frente ruso y enviarlas a la costa occidental de Francia, en previsión de nuevos desembarques anglocanadienses, como el de Dieppe. Canaris exageraba la inminencia de nuevos desembarques angloamericanos para que así Hitler retirara más fuerzas del frente anti-soviético.

4º La traición del comandante Reichel, del Estado mayor de la 23ª división blindada alemana, que llevó a los soviéticos los planes de la «Operación Azul», frustró en julio y agosto el cerco y aniquilamiento de grandes contingentes soviéticos. Esto iba a tener repercusiones enormes.

5º Los conspiradores y traidores, por una parte, y la oposición de un grupo de generales por la otra, ahondó la escisión en el Alto Mando Alemán.

Entre los conspiradores categóricos figuraban en primer término el doctor Goerdeler, que desde 1933 tenía nexos delictuosos con el extranjero; el general Ludwig Beck, ex jefe del Estado Mayor General, que había entregado secretos a los enemigos de Alemania, y el Almirante Canaris, Jefe del Servicio Secreto Alemán, que relacionaba entre sí y protegía a los conspiradores. Incluso ayudaba a ciertos agitadores israelitas para que salieran de Alemania disfrazados de agentes saboteadores alemanes.

Canaris les comunicaba a ciertos generales cantidades más bajas que las reales sobre producción de armas soviéticas, para inducirlos a la confianza excesiva, en tanto que a otros los desmoralizaba hablándoles de fuerzas bolcheviques enormes. Era un sicólogo consumado y para cada temperamento tenía un tipo apropiado de ideas a fin de influirlo negativamente. Además, Canaris era ayudado por el general Schellenberg, que mucho tiempo antes se había infiltrado en las SS y en el servicio extranjero de la Gestapo; por Nebe, director de la Policía Criminal, y por otros muchos funcionarios situados en puestos importantes, a quienes había dicho que la frustración de la victoria «debe ser nuestro objeto y propósito esencial».

Reynhard Heydrich (de los servicios de seguridad del Reich) le pisaba ya los talones a Canaris. Había reunido datos suficientes para desenmascararlo ante Hitler, pero precisamente en esos días Heydrich fue asesinado cerca de Lídice, Bohemia, por paracaidistas que arrojaron los ingleses. Al parecer el jefe de esos paracaidistas era el judío Peretz Golstein o alguno de sus compañeros. Este golpe salvó por milímetros a Canaris.

El israelita J. E. Sireni, marxista, había presentado al «Intelligence Service» británico un plan de arrojar paracaidistas judíos detrás de las líneas alemanas, pues por su fanatismo —decía— estaban capacitados para realizar las más peligrosas misiones de sabotaje. Y los hechos lo comprobaron ampliamente.

La Gestapo cercó a Lídice en busca de los asesinos de Heydrich, a quienes protegían 120 guerrilleros. Una vez desalojada la población civil, Lídice fue arrasada por la policía alemana, pero ya la decidida resolución de los paracaidistas judíos había salvado a su amigo Canaris de ir al paredón en 1942

Para la Gestapo fue irreparable la pérdida de Heydrich, quien la había llevado a un alto grado de eficacia. Sus servicios secretos llegaron a captar las pulsaciones eléctricas del cable submarino y a descifrarlas mediante laborioso proceso de matemáticos e ingenieros radiotécnicos. En esta forma una vez fue descifrada una plática telefónica entre Roosevelt y Churchill, sostenida de Washington a Londres. Algunos agentes de la Gestapo disponían de aparatos transmisores casi del tamaño de una cajetilla de cigarros, capaces de transmitir en tres quintos de segundo una grabación de seiscientas palabras en clave. Así no podía ser descubierta.

Además del grupo de traidores de Canaris, que acababa de salvarse casi milagrosamente, Hjalmar Schacht (ex presidente del Banco de Alemania y ministro sin cartera durante todo 1942) se dedicaba a desmoralizar generales y a tratar de agrupar a los enemigos de Hitler. En 1941, en plena ofensiva contra la URSS, había persuadido al general Hoepfner, comandante del 4º ejército blindado, de que proseguir la lucha contra el comunismo era ayudar a Hitler. Hoepfner acabó por insubordinarse y fue dado de baja.

Y aparte de los prominentes conspiradores a quienes guiaban sus compromisos internacionales (como Goerdeler, Beck, Canaris y Schacht), numerosos generales se oponían a Hitler. Unos lo hacían por el celo profesional y aristocrático de que «un cabo» fuera su comandante supremo, y otros por vagos móviles políticos o porque sinceramente creían (como se los decían Goerdeler, Beck, Canaris y Schacht) que eliminando a Hitler, Alemania no tendría nada que temer de sus enemigos.

También ocurría que muchos de los generales querían batallas en las que previamente, con cifras, estuviera asegurado el éxito, en tanto que Hitler afirmaba fanáticamente —y así lo había demostrado en varias ocasiones— que las fuerzas espirituales y la inteligencia pueden sobreponerse a las desventajas materiales.

Al reanudarse en 1942 la campaña en Rusia, numerosos generales habían formado de hecho un frente de resistencia pasiva. El mariscal Ritter von Leeb, que en 1941 mandó el frente norte, con meta en Leningrado, quería en 1942 una retirada general y acabó por renunciar. Blumentritt, entonces subjefe del Estado Mayor General, comentó que Von Leeb «no tenía puesto el corazón en esto. Además de considerar la aventura como sin esperanza, también se oponía al régimen nazi».

El mariscal Von Mackensen y el general Streccius hacían circular una falsa carta del extinto aviador Moelders, a quien se le atribuía una excitativa a la juventud alemana para que no luchara más por el nacionalsocialismo. El general Stuelpnagel, comandante en París, se negaba a adoptar medidas severas para reprimir el sabotaje, que cada día sustraía más fuerzas a la campaña de Rusia.

Hitler sólo percibía parte de la resistencia y hacía cambios por gente que consideraba de confianza, pero el fondo de la conspiración o del malestar creado por los descontentos seguía minando los cimientos. El general Blumentritt refirió al historiador británico Liddell Hart que Hitler «envidiaba a Stalin porque tenía un ejército y generales completamente impregnados de la propia ideología, mientras que los generales alemanes no tenían las mismas creencias fanáticas en el nacionalsocialismo». «Ellos —decía Hitler— tienen escrúpulos, hacen objeciones y no están lo suficientemente conmigo». Muchos no podían estarlo. Perteneían a una

casta aristocrática, difícilmente asimilable a la doctrina nacionalsocialista. El diplomático Von Papen —antiguo rival de Hitler en la Cancillería y protector de diversos opositores— afirma que el 90% de la resistencia a Hitler procedía de las derechas conservadoras. En realidad el movimiento nacionalsocialista no estaba ni con las izquierdas ni con los conservadores; era un tercer camino que se apoyaba en las masas del pueblo y particularmente en la juventud. Era un socialismo nacional<sup>[145]</sup> depurado del control internacional del judaísmo.



Coronel General Franz Halder, jefe del E. M. General. En constantes disputas con Hitler. El Fuehrer lo acusaba de restarle energías con sus interferencias. Por su parte Halder consideraba que Hitler se perdía en «especulaciones místicas».

Prácticamente Alemania estaba internamente escindida: la extrema izquierda se hallaba anulada en campos de concentración, pero los conservadores de la «clase alta» conspiraban o simplemente se oponían al régimen, Hitler y las masas del pueblo formaban el núcleo de la lucha.

Cuando se reanudaron las operaciones en Rusia, en 1942, muchos de los generales que habían estado a punto de derribar a Hitler en 1938, primero, y en 1939, después, volvieron a inquietarse. El general Halder, jefe del Estado Mayor General, se opuso a los nuevos planes. Censuraba la creencia del Führer, de que la inflexible voluntad para la victoria y la implacable persecución del objetivo hacían milagros. Decía que todo eso eran «especulaciones místicas». Por su parte, Hitler se quejaba de «ese predicador turbulento del establecido orden militar» y acabó por destituirlo. En su lugar nombró al general Kurt Zeitzler, quien dice que en el Alto Mando encontró una atmósfera de desconfianza e ira». Nadie confiaba en sus camaradas y Hitler desconfiaba de todos.

Al destituir a Halder, Hitler le enumeró todas las diferencias y choques que habían tenido y le dijo que esa lucha permanente con el Estado Mayor le había consumido la mitad de sus energías. Agregó que la tarea del Ejército ya no era un asunto de capacidad profesional, sino de «fervor nacionalsocialista», palabras que ciertamente no hallaban eco en la mayoría de los jefes de Estado Mayor.

Pero a pesar de las remociones, la resistencia a Hitler continuaba. El propio Von Paulus, que dirigía el ataque sobre Stalingrado, no tenía mucha fe en la empresa. Hitler observó el 21 de agosto: «Cuando se emprende una acción militar diciéndose: ¡Prudencia!, esto puede fracasar entonces no puede menos que fracasar. Cuando se quiere forzar la decisión, hay que estar dispuesto a ir hacia adelante, ocurra lo que ocurra».

Halder refirió posteriormente que a Hitler le hubiera gustado remover a todo el Estado Mayor General, si hubiera tenido con quién reemplazarlo. Pensaba que los integrantes de ese cuerpo **«no ponían todo el corazón en su idea»**.

«En la Wehrmacht —decía Hitler en 1942— hacen falta cinco días para que una orden mía se traduzca en hechos. En el Partido todo se hace rápida y simplemente. En el Partido reside nuestra fuerza de acción... Desconfío de

los oficiales con espíritu demasiado teórico... Me gustaría saber lo que resulta de las teorías en el momento de la acción». En los oídos de muchos profesionales y especialistas esto sonaba a imperdonable herejía<sup>[146]</sup>.

Agravando todas esas dificultades internas, el 19 de agosto los ingleses realizaron un desembarco en Dieppe, Francia, con 253 naves. Utilizaron particularmente tropas canadienses. La división alemana de infantería 302, de las fuerzas de Von Rundstedt, hizo fracasar el ataque tras de una batalla de ocho horas. La amenaza de que ocurrieran otros golpes en mayor escala obligó a Hitler a retirar de Rusia a dos de sus mejores divisiones, la SS Leibstandarte y la Großdeutschland, integradas con tropas y oficiales nazis, fanáticamente adictos al Führer.



Soldados del 6º ejército. Habían combatido en Flandes, en Francia, en el cerco de Kiev, en Karkov, en la batalla de la cuenca del Don y en Kalatsch. Aquí se ven al irrumpir en Stalingrado. Ahí era la cita con el destino.

Simultáneamente, en Francia aumentaban los guerrilleros y saboteadores y esto obligaba a restarle más fuerza al frente ruso. No obstante todos estos factores adversos, todavía por algún tiempo el frente soviético siguió siendo empujado hacia atrás, hasta llegar al gran recodo del Don, en la región de Kalatsch, donde el mando soviético decidió cambiar sangre por tiempo, a fin de agrupar más fuerzas en la región de Stalingrado y darles más armamento, del que ya estaba recibiendo de Churchill y Roosevelt.



El Ministro Goebbels anotó en su Diario que el general Sepp Dietrich, comandante de la división de asalto «Leibstandarte Adolf Hitler», le había referido cosas terríficas del pueblo ruso y añadió: «Ese no es un pueblo, sino un conglomerado de animales. El peligro mayor que nos amaga en el Oriente es la imperturbable estolidez de esa masa... Los soldados no se rinden cuando se ven rodeados por completo, al contrario de lo que se estila en el Occidente de Europa, sino que continúan peleando hasta que son muertos a golpes».

En efecto, en Kalatsch el mando soviético ordenó que el 1er ejército acorazado y varias formaciones del 62º de infantería formaran ahí un cerrojo, aprovechando fortificaciones largamente preparadas, para proteger a Stalingrado. Trece divisiones de infantería, dos motorizadas y ocho brigadas de tanques, con un total de 250,000 rusos, se afianzaron en Kalatsch, sobre el río Don. Stalin volvió a hacer una excitativa a sus tropas: **«Está amenazada la existencia misma de la URSS. Los soldados del Ejército Rojo deben morir antes que retroceder. ¡Ni un paso atrás!».**

Públicamente se censuraba a las tropas que después de un involucramiento se consideraban perdidas y capitulaban.

El sistema de los comisarios políticos (en su mayoría judíos), que apuntalaban la resistencia de las masas rusas, fue modificado en octubre, para hacerlo más efectivo. Se seleccionaron oficiales judíos o comunistas del movimiento «komsomol» (educados en el odio a todo lo que no es bolchevismo) para comandar desde el batallón hasta el ejército. De junio de 1941 a septiembre de 1942 tales comisarios habían padecido grandes bajas, pero impidieron muchas deserciones y evitaron que la moral se desplomara. Con mucha razón Stalin le dijo un día a su amigo Averell Harriman (después embajador especial de Kennedy) que «en el ejército soviético hace falta más valor para retirarse que para avanzar».

La lucha era frenética y el 6º ejército alemán se valía de toda clase de argucias para continuar el avance. Arrojan paracaidistas a retaguardia de los rusos para provocar incendios y aparentar nuevos involucramientos; o usaban tanques de cartón al ponerse el sol, para dar la impresión de que disponían de más fuerza, pero la resistencia se hacía cada vez más dura.

En Kalatsch los soviéticos combatieron sin retroceder y sin rendirse. Fue una batalla frenética por ambos lados y se prolongó del 24 de julio al 10 de agosto. Una masa de 250,000, rusos, integrantes del primer ejército blindado y parte del 62o. de infantería, se volvió una muralla viviente que lanzaba repetidos ataques con poderosas fuerzas blindadas. Pistola en mano, los comisarios políticos mataban al que intentaba retirarse. Cuando al fin la resistencia se desplomó, el número de prisioneros ascendió sólo a 57,000 hombres, debido a que el número de muertos y heridos había sido extraordinariamente alto. Fueron capturados o destruidos mil tanques y 750 cañones.

Tanto por su ímpetu como por su técnica, las operaciones ofensivas alemanas no tenían paralelo en la historia, de las armas. Como tampoco lo tenía, ni siquiera remotamente, la enormidad de los recursos humanos y materiales que la URSS les enfrentaba. El mundo no había visto jamás nada semejante y ningún Estado Mayor del Mundo Occidental llegó a sospechar que batallas como las libradas en Rusia fueran posibles. El ministro Von Ribbentrop refirió que Hitler le había dicho:

«Stalin es el gran rival que tengo en el mundo. Si alguna vez cae en mis manos, le daré el más hermoso castillo de Alemania para que viva en él. No estará libre, pero no se le hará ningún daño. La creación del Ejército Rojo es una gran obra y el mismo Stalin es una personalidad histórica de calidad extremadamente grande». En otra ocasión agregó: «Ese Stalin es una bestia sucia, pero verdaderamente hay que reconocer que es un tipo extraordinario». Hasta el 12 de agosto de 1942 el Ejército Alemán había logrado en el frente soviético los siguientes resultados:

Año	1941	1942 (Hasta el 12 de agosto)	Totales
Prisioneros rusos	3.600.000	1.04.741	4.644.741
Tanques (destruidos o capturados)	18.697	6.261	24.958
Cañones (destruidos o capturados)	26.829	10.131	36.960
Aviones (Abatidos en combate o destruidos en tierra)	22.000	6.000	28.056

Las bajas soviéticas, incluyendo prisioneros, muertos y heridos, ascendían a 10 millones.

Los alemanes habían sufrido 337,342 bajas entre muertos y desaparecidos y un millón de heridos. Pese a ser inferiores sus pérdidas, relativamente eran más graves que las bolcheviques porque Alemania únicamente tenía 80 millones de habitantes y luchaba sola contra la población soviética de 202 millones, reforzada por los enormes recursos de Roosevelt, del Imperio Británico y de otros 30 países aliados.

## **EL 6º EJÉRCITO ALEMÁN SE ABRE PASO HACIA SU TUMBA**

Con la captura de Kalatsch quedó anulado el principal obstáculo para el ataque frontal sobre Stalingrado. Los flancos de la progresión alemana convergieron sobre la gran ciudad industrial del Volga, llave de las comunicaciones entre el corazón de Rusia y sus campos petroleros del Cáucaso. Su captura significaría el estrangulamiento de la URSS al ser privado el ejército rojo del 85% de su petróleo; además Moscú y toda su retaguardia industrial quedarían mortalmente amenazados. La fogueada cuarta flota aérea de Wolfram Von Richthoffen, hijo del «as» de la primera guerra, apoyaba la embestida aproximadamente con mil aparatos. Los nuevos bombarderos Junker 88 y Heinckel 177, capaces de subir a 12,000 metros de altura y burlar así el fuego de los antiaéreos, destrozaron las enormes fábricas Octubre Rojo, Barricadas y Stalin.

El general Von Richthofen habló el 24 de agosto con el general Von Paulus, comandante del 6º ejército. Lo encontró nervioso y preocupado, porque frecuentemente los tanques alemanes quedaban aislados de la infantería. En el flanco izquierdo los soviéticos golpeaban con rudeza. Tres días después volvió a verlo igualmente excitado. Von Paulus pedía mayor apoyo aéreo. Varios comandantes coinciden en que Von Paulus había sido un brillante miembro del Estado Mayor, pero que las crisis en el frente le restaban facultades, al contrario que su antecesor en el mando del VI ejército, Von Reichenau, que meses antes había muerto repentinamente.

En los últimos días de agosto el general Hoth operaba con la mitad de su IV ejército bastante al sur de Stalingrado y mediante una osada maniobra logró abrir una brecha en las líneas soviéticas, por lo cual pidió que en la

madrugada del primero de septiembre Von Paulus desviara hacia el sur algunos contingentes del VI ejército, a fin de cercar y aniquilar a los ejércitos soviéticos 62° y 64°. El mariscal Von Weichs aprobó esa maniobra y se la recomendó a Von Paulus, pero éste tuvo dudas, hizo cálculos y hasta en la tarde del día 2 se resolvió a enviar una columna hacia el sur. Ya Hoth había extendido una poderosa tenaza a retaguardia de los bolcheviques, pero la fuerza de Von Paulus llegó a enlazar hasta el día 3, y ya para entonces los rusos habían percibido el peligro mortal y se habían replegado. Una brillante oportunidad acababa de perderse por un titubeo de 36 horas.

El 12 de septiembre Von Paulus le sugería a Hitler efectuar una retirada, pues juzgaba que la situación era difícil. A Hitler le repugnaba ceder terreno al enemigo, pero además 3 días antes el Estado Mayor le había comunicado que los soviéticos carecían de reservas, y el propio día 12 le llegó otra reiteración sobre el particular, por lo cual se empeñó en que Stalingrado fuera dominado con las fuerzas disponibles.

El 16 de septiembre el general Von Richthoffen visitó el frente de Stalingrado, percibió que las cosas no marchaban bien y le aconsejó a Von Paulus que diera mayor ímpetu al ataque.

El 6° ejército irrumpió en el centro de la ciudad el 17 de septiembre. Había participado eminentemente en la campaña de Francia, al mando del general Von Reichenau, y luego en la invasión de Rusia. En 1941 perforó el frente bolchevique en Ucrania y participó en la gigantesca batalla de cerco donde 5 ejércitos del mariscal Budenny fueron aniquilados por Von Rundstedt y Guderian. Luego libró duras luchas en la zona de Karkov, donde en combinación con el 1er. ejército aniquiló a tres ejércitos soviéticos (9°, 6° y 57°, en Izyun-Barvenkovo), y más tarde envolvió y aniquiló en Kalatsch al 1er. ejército blindado del general Kolpalchtschi y a varias formaciones del 62° de infantería. Finalmente, en septiembre, fue lanzado a capturar la valiosa presa de Stalingrado. Algunas de las divisiones de este ejército habían sangrado tanto que, de la 376 de infantería sólo sobrevivía el 28% de sus componentes; de la 384, el 30% y de la 398, el 32%.

Una vez reforzado con un Cuerpo procedente del IV ejército, el VI ejército constaba de 12 divisiones de infantería, 3 de tanques, 3 motorizadas, 1 de cazadores y varios regimientos de zapadores e ingenieros,

más 2 divisiones rumanas. De sus 375 tanques restaban 163. Inicialmente lo integraban un total de 315,000 hombres. Al irrumpir en Stalingrado encontró que cada calle era una línea de resistencia y cada ruina una trampa o un nido de ametralladoras. El general Von Hartmann, comandante de la 71ª división de infantería que había padecido bajas del 67%, pereció al frente de sus tropas. Rápidamente la enorme ciudad fue convirtiéndose en un confuso laberinto de ataques y contraataques.

El grueso del 6º ejército alemán y el 62º ejército rojo del general Vasili Chuikov chocaron sangrientamente en los suburbios y en las calles de Stalingrado. Era una lucha frenética casi sin campo de maniobra y la mayor hasta entonces dentro de una gran urbe.

Las costosas ganancias alemanas se contaban por metros. Lentamente el 62º ejército soviético fue arrojado a las orillas del río Volga y días después se hallaba terriblemente agotado cuando llegó de refuerzo el 16º ejército del general Rokossovski, que por estrecho margen evitó el colapso de la resistencia. Luego siguieron días y semanas de encarnizada batalla entre las casas y las ruinas de la enorme ciudad de 60 kilómetros de largo: El fuego de más de dos mil aviones y de 13,000 ametralladoras de los tres ejércitos contendientes barría toda el área de combate. Los refuerzos soviéticos cruzaban el Volga y parte de ellos se infiltraban a través del drenaje y operaban a retaguardia de las avanzadas alemanas.



A los ejércitos soviéticos 62° y 16° se añaden siete más para realizar el cerco. Toda la situación alemana en Stalingrado ha cambiado repentinamente de signo.

Fue una lucha de características únicas. Los pilotos de los bombarderos alemanes de picada tuvieron que afinar la puntería, con guías de la ciudad en la mano, para atacar objetivos enemigos situados a unos cuantos metros de las fuerzas atacantes. Cada ventana era un centro de resistencia. Luces de bengala de diversos colores iluminaban siniestramente el cielo por la noche; eran señales convencionales con que las tropas de uno y otro bando se transmitían mensajes luminosos.



Cada ventana y cada ruina era un centro de resistencia. El 6º alemán combate en Stalingrado.

Los puentes de pontones que los soviéticos retenían a través del Volga eran destruidos o averiados durante el día, pero por la noche volvían a restaurarlos y pasaban refuerzos para los dos ejércitos rojos que lentamente, seguían siendo desalojados de sus madrigueras.

(El fuego fue tan devastador que todavía dos años después de silenciarse, el periodista norteamericano William L. White escribió que la ciudad había desaparecido: «Allí sólo quedan algunas paredes sin techo. Fábricas destrozadas con restos de maquinaria, retorcidos y herrumbrados»).

A fines de octubre las nueve décimas partes de Stalingrado se hallaban dominadas o destruidas por el 6º ejército. Propiamente dicho había cesado la importancia estratégica de la ciudad, pues su industria bélica estaba fuera de combate, pero era una cuestión de prestigio acabar de dominar, ahí la situación. Nikita S. Krushchev, que se había distinguido aniquilando a grupos rusos anticomunistas y que se había ganado el calificativo de «carnicero de Ucrania», era el jefe político de la resistencia ante el 6º ejército alemán. A fines de octubre logró que Stalin le enviara seis divisiones de refresco. Por su parte, Alemania tenía inmovilizadas en la costa francesa 29 divisiones. Siete de ellas hubieran sido suficientes para decidir rápidamente la lucha en Stalingrado, pero el Almirante Canaris (jefe del servicio secreto alemán y traidor a Alemania) exageraba el peligro de



una invasión, con objeto de que esas fuerzas continuaran inmóviles, pese a que la invasión aun tardaría cerca de dos años.

Y mientras Stalingrado era el escenario principal de la guerra, el 8 de noviembre Roosevelt y Churchill desembarcaron tropas en Noráfrica, con la secreta cooperación del Mariscal Petain. Esto abría un nuevo frente contra Italia y el sur de Francia. Hitler acudió de nuevo en auxilio de Mussolini, por el cual tenía no sólo afecto, sino admiración, y 13 divisiones de la reserva estratégica de Alemania —que podían haber decidido la lucha en Stalingrado— fueron enviadas a Túnez (África) para proteger a Italia, junto con 400 aviones retirados del frente ruso. Al parecer el Mando Alemán volvió a creer que afrontaba las últimas reservas bolcheviques y supuso —como un año antes lo hizo frente a Moscú— que el enemigo carecía de fuerzas organizadas para una contraofensiva de invierno.

En ese crítico momento el coronel general Von Paulus establecía su cuartel general en la Plaza Héroe de la Revolución, situada en el centro de la ciudad.

El 16 de noviembre el general Von Richthofen, jefe de la 4ª flota aérea, volvía a visitar el frente de Stalingrado y reportaba al Alto Mando que tres divisiones blindadas estaban a la defensiva, en vez de ser empeñadas en la batalla. Sugería el relevo de Von Paulus, «que lucha con desgano», según decía. Ya 15 días antes se había quejado de que sus bombardeos no eran suficientemente aprovechados por las tropas de Von Paulus debido «al cansancio del mando» y a «los formalismos burocráticos».

El 16 de noviembre, súbitamente, como es normal en esa región, empezó el invierno con vendavales y hielo en el Volga. Para entonces había sido ya reducida la dura resistencia bolchevique en las enormes fábricas de tanques y cañones «Octubre Rojo», «Barricadas» y «Stalin». La temperatura descendió a 20° bajo cero y el combate se hizo extremadamente penoso.

El 19 de noviembre, 64 días después de iniciada la batalla, una inesperada catástrofe surgió en las heladas riberas del Volga. Al noroeste de la ciudad, en el flanco izquierdo del 6º ejército, se hallaba el tercer ejército rumano, y los rusos descargaron allí por sorpresa un mazazo con 24 divisiones y brigadas. Algunos tanques penetraron a retaguardia, los rumanos perdieron la moral y abandonaron el frente sin poder ni siquiera

comunicar a Von Paulus lo que estaba ocurriendo. En 4 días perdieron 74,000 hombres, 34,000 caballos y todo el armamento pesado de 5 divisiones.

Y en el sur de la gran urbe los soviéticos aplicaron otro golpe gemelo sobre el 4º ejército rumano que cubría el flanco derecho del 6º ejército. Los dos sectores rumanos se desmoronaron rápidamente.



Las enormes fábricas de material bélico de Stalingrado fueron destruidas por la aviación o por la artillería alemanas.

Dado que la resistencia de una cadena es igual a la resistencia del más débil de sus eslabones, los bolcheviques golpearon en los dos puntos de menor dureza. (Tanto la aviación alemana como el 3er. ejército rumano habían reportado amenazadoras concentraciones rusas frente al Volga, pero el Alto Mando no les prestó mucha atención porque se hallaba vivamente impresionado ante las tremendas bajas soviéticas y no creía factible que lanzaran una ofensiva. Hitler había dicho que los rusos se hallaban al final de sus fuerzas y el general Zeitzler, jefe del Estado Mayor General, había reiterado a mediados de noviembre que «los rusos ya no cuentan con reservas dignas de ese nombre» y que no podrían lanzar ninguna ofensiva

de importancia. Los informes secretos de que disponía eran absolutamente falsos).

Fue la Luftwaffe la primera en advertir las perforaciones del frente. El coronel Hans Ulrich Rudel lo refiere con las siguientes palabras: «Estamos volando casi a ras del suelo cuando de pronto descubrimos... Pero no... No puede ser... Que Dios nos ampare...

»¿Rusos...? ¡No...! A mitad del camino de nuestro punto de acción nos encontramos con masas turbulentas humanas, todos vestidos de uniforme color kaki, pero no son rusos... son rumanos... ¡Nuestros aliados...! Podemos distinguir cómo varios tiran hasta sus armas de mano para poder correr más rápido... Es una escena dantesca. Sospechamos el advenimiento de una catástrofe, de una hecatombe. Seguimos volando a lo largo de las columnas fugitivas hasta llegar, a las posiciones de artillería de nuestros aliados. Las piezas de campaña han sido abandonadas sin ser destruidas previamente. Todo está sembrado de munición.

»Un poco más allá nos encontramos con las primeras unidades de los rojos ya en posiciones rumanas abandonadas. Inmediatamente los atacamos con bombas y con los cañones de a bordo, pero ¿para qué? Ya nadie les ofrece resistencia en tierra... Una ira incontenible nos invade y volvemos a temer lo más horrible, lo jamás esperado... ¿Cómo podremos salvar esta situación, cómo hacer para detener la marcha de esta catástrofe que se cierne sobre nuestras tropas?

»Con una amargura jamás experimentada lanzo mis bombas y rastreo con mis ametralladoras las hordas asiáticas que se lanzan sobre nuestro ejército. Como un mar de color amarillo sucio avanzan las masas bolcheviques, incontenibles, sin límites... Ya no me queda ni una sola bala, ni siquiera para poder defenderme contra posibles cazas... Nuestros ataques son bajo estas circunstancias como una gota de agua sobre una plancha caliente, pero no quiero pensar en eso ahora...»<sup>[147]</sup> Al ser arrollados al primer impacto los dos ejércitos rumanos que cubrían los flancos del 6º ejército alemán, una tromba de 71 Divisiones y brigadas blindadas soviéticas se precipitó hacia la retaguardia alemana, en tres días de avance capturó Kalatsch y el 6º ejército quedó cerrado en una bolsa que equivalía a un cuadrilátero de 90 kilómetros por lado.

De hora en hora fluían más reservas rusas y pronto hubo ocho ejércitos soviéticos íntegros alrededor del 6º ejército alemán, o sean los siguientes; el 62 por el oriente, sobre el río Volga; el 66 y el 24 por el norte; el 65 y el 21 por el poniente, el 57 y el 64 por el sur, y el 5 por el sudoeste. Entretanto en el interior de ese círculo el 6º ejército seguía batiéndose contra grupos de los ejércitos 62 y 16 que se aferraban a la parte oriental de la ciudad o que sostenían cabezas de puente sobre el Volga. Días antes tenía la victoria al alcance de la mano, pero su situación había cambiado y ahora sería prensado por los cuatro puntos cardinales. Lo que la víspera era pacífica retaguardia que lo unía con el resto del frente y con la lejana Patria (a dos mil kilómetros de distancia), se convirtió en otra línea de combate.

Para entonces los efectivos del recién copado 6º ejército ascendían a 235,00 soldados alemanes, descontadas ya las bajas sufridas en 64 días de combates por la posesión de Stalingrado.

En esas condiciones, Hitler pensó inicialmente en un repliegue rompiendo el cerco mediante un ataque concentrado y repentino. El mariscal Rommel dice en sus «Memorias» que cuando la orden en ese sentido iba a ser enviada, intervino Goering (segundo de Hitler y mariscal del aire), con las siguientes palabras: «¡Pero, mi Führer, no nos mostremos débiles! Abasteceremos a Stalingrado desde el aire». Y Hitler, a quien le repugnaba autorizar repliegues, cambió de parecer y ordenó a Von Paulus que organizara sus tropas en forma de «erizo» y que se sostuviera mientras se preparaban tropas que fueran a reforzarlo. Entretanto, se le abastecería por aire de víveres, combustible y municiones.

Para esto se necesitaría abrirse paso a través de la aviación soviética y hacer llegar diariamente a Stalingrado un mínimo de 300 transportes «Junker 52» y «Heinkel 111», con 550 toneladas de abastecimientos.

El jefe del Estado Mayor General, Kurt Zeitzler, insistía casi diariamente ante Hitler para que ordenara la retirada del 6º ejército. Como afirmaba que el abastecimiento por aire no era posible, Hitler llamó a Goering y éste reiteró que sí, a lo cual Zeitzler gritó: «¡Mi Führer! Eso es mentira». Goering palideció y repuso que él sabía más de aviación que Zeitzler. No se llegó a ninguna conclusión. Poco después Zeitzler volvió a insistir en la retirada, Hitler llamó al mariscal Keitel y al general Jodl,

quienes opinaron que era mejor seguir resistiendo en Stalingrado. «Observe usted, general —dijo Hitler a Zeitzler— que mi opinión es compartida por esos dos jefes, ambos más antiguos que usted».

Goering ya no era el mismo de antes de la guerra, se inclinaba á la vida fácil y descuidaba su trabajo. La audaz promesa que había hecho no pudo cumplirla. En vez de las 500 toneladas diarias de abastecimientos ofrecidas sólo envió 100, y esto únicamente los primeros días.

La misión de organizar el rompimiento del cerco soviético de Stalingrado le fue encomendada al mariscal Erich Von Manstein, el vencedor de Crimea, quien asumió la jefatura del Grupo de Ejércitos del Sur.

Inmediatamente trazó un plan para atacar el cerco ruso desde dos direcciones, o sea por el oeste y por el suroeste. Desde esta última dirección se lanzó el 4º ejército blindado, al mando del experimentado general Hoth.

En marchas forzadas las tropas de Hoth ganaron terreno a través de las estepas nevadas e hicieron retroceder a 5 divisiones soviéticas, pero luego chocaron con el 51º ejército ruso enviado de refuerzo. Sin embargo, el avance continuó todavía varios días y la distancia iba acortándose. A 300, a 200, a 100 kilómetros de Stalingrado... Las fuerzas alemanas de rescate se aproximaban jadeantes al cerrojo de la gigantesca trampa... Se les pide un esfuerzo supremo: ¡el 6º ejército debe ser salvado...!



Una de las ofensivas alemanas de 1942 llegó hasta el umbral de los pozos petroleros en Ordzhonikide. La otra penetró a la gran urbe industrial de Stalingrado. La contraofensiva soviética (flechas blancas) copó ahí al 6º Ejército. El 4º salió a prestarle auxilio.

Mientras, los copados han tenido que reducir su ración alimenticia a 200 gramos de pan, un plato de caldo y 20 gramos de carne de caballo. Más tarde es frecuente ver soldados royendo huesos de caballo. Después de noventa días de combate este ayuno es desastroso y hay hombres que pierden hasta 20 kilos de peso. Cada soldado recibe una dotación diaria de 30 cartuchos para utilizarlos sólo en desesperados casos de defensa personal. La capacidad de fuego va mermándose a cada momento que pasa. Después que se cerró el cerco las condiciones higiénicas han empeorado y los casos de disentería aumentan. El servicio médico resulta insuficiente en

la emergencia y las bajas crecen desalentadoramente. No siempre las avanzadas pueden relevarse en un plazo razonable y de nuevo hay numerosos casos de congelación; las extremidades se hielan hasta quebrarse como si fueran de cristal. La única esperanza son las fuerzas de Hoth que arremeten por fuera del cerco.

El 19 de diciembre, casi un mes después de consumado el sitio, el 4o ejército de Hoth llega a 48 kilómetros de Stalingrado. Desde allí es ya visible el resplandor de la batalla que sigue sosteniendo el 6º ejército, encerrado entre las ruinas de la presa que trataba de ganar.

El general Hoth lleva una larga impedimenta con 3,000 toneladas de víveres, gasolina y municiones para entregarlas a los copados en cuanto se logre hacer contacto con ellos. Por momentos parece que el milagro se va a realizar.

En estas horas decisivas las tropas del general Hollidt se disponían a lanzar otro ataque para perforar el cerco soviético en sus líneas occidentales, pero en el flanco norte de Hollidt varias divisiones italianas huyen ante el rumor de un ataque ruso. Esto abre otro boquete en el frente y Hollidt tiene que ceder tropas para cubrirlo, lo cual imposibilita su ataque hacia Stalingrado. El 4º ejército de Hoth también tiene que deshacerse de la 6ª división blindada para cubrir el sector de los italianos.

¡Con cuánta razón Stalin había dicho que ni los italianos ni los rumanos contaban para él como enemigos! Hopkins le preguntó en una ocasión si no habían aparecido tropas italianas en el frente y Stalin contestó riendo: «El ejército soviético no cuenta con otras divisiones que las alemanas».

Frustrado así el ataque de Hollidt, sólo queda a Von Manstein el mermado 4º ejército de Hoth para tratar de romper la trampa. Al 4º ejército se le enfrentaban primero cinco divisiones soviéticas, pero luego fueron reforzadas por el 51º ejército y poco después por el 2º de la guardia. Los tanquistas y la artillería antitanque alemanes no se daban punto de reposo tratando de abrirse paso para auxiliar a sus camaradas copados. «Era abrumador ver aquellas manos fraternas hacia nosotros tendidas».

En opinión de Von Manstein hubo algunos momentos en que el 6º ejército pudo haber salido de la trampa si hubiera empujado resueltamente. El 18 de diciembre Von Manstein pidió a Hitler autorización para que se

realizara esa maniobra, pero Hitler puso por condición que el 6º conservara a la vez sus posiciones en Stalingrado y que sólo rompiera el sitio para recibir abastecimientos.

Sin embargo, lo que decidió que el 6º no intentara la ruptura —dice Von Manstein— fue su propio comandante, Von Paulus, y su jefe de Estado Mayor, general Arthur Schmidt. Ambos creyeron al principio que tenían más probabilidades de sobrevivir manteniéndose inmóviles en Stalingrado que intentando romper el sitio.

Asumiendo toda la responsabilidad de su acción, el 19 de diciembre Von Manstein le ordenó a Von Paulus que se desprendiera de Stalingrado y atacara en dirección del 4º ejército de Hoth, para romper el cerco, pero Von Paulus juzgó irrealizable esa maniobra y se negó a ejecutarla alegando que carecía de combustible.

Von Manstein comenta: «Tantas probabilidades como brindase de salvación una salida, tantas llevaba de acabar en desastre. Pero Paulus se hallaba ante la viva imagen de la catástrofe... ¿íbamos a esperar, después de todo esto, que el Mando de los cercados fuese a salir airoso, de una operación sobremanera ardua en sí misma, cuando el comandante en jefe y el jefe de Estado Mayor de las fuerzas que habrían de llevarla a cabo empezaban por estimarla descabellada?»<sup>[148]</sup>.

Por otra parte, los pilotos de caza hacen vuelos continuos tratando de apoyar el avance hacia Stalingrado, en tanto que otras escuadrillas intentan abastecer al 6º ejército entre las ruinas de la ciudad. El mal tiempo impide incluso arrojar víveres con paracaídas. El fracaso del abastecimiento por aire es completo, contra lo que Goering había hecho creer a Hitler. Las medicinas también escasean y dieciocho mil heridos esperan turno para ser curados. Los médicos apenas duermen minutos.

Las tropas de Hoth hacen supremos esfuerzos y algunas avanzadas llegan a 30 kilómetros de la urbe sitiada. Son horas de gran expectación y los soviéticos lanzan tenaces contraataques para no soltar su presa. El diezmado 4º ejército queda inmóvil dando golpes en el mismo sitio y recibiendo los del enemigo, cada momento más poderosos. Ya no avanza ni un metro más. Por su parte, los que están dentro de la trampa —sitiados por 8 ejércitos soviéticos—, apenas pueden sostener sus posiciones. Von Paulus



le reporta a Von Manstein qué carece de combustible para que sus cien tanques supervivientes puedan intentar el rompimiento desde dentro.

El rescate se frustra definitivamente el 25 de diciembre. Ese día el 4º ejército alemán se bate en retirada acosado por los ejércitos soviéticos 51 y 2 de la guardia. La última esperanza se disipa para el 6º ejército a medida que el estruendo de la artillería va haciéndose cada día más lejano, hacia el oeste, como síntoma ominoso de que las tropas de auxilio son alejadas del cerrojo de la trampa.

Desde ese momento el 6º ejército sabe que está irremisiblemente perdido. Los 8 ejércitos rojos van estrechando el sitio.

Al consumarse el cerco soviético el 19 de noviembre, un peligro todavía peor comenzó a perfilarse en todo el sur del frente alemán en Rusia. Embistiendo con 143 divisiones y brigadas, los rojos habían hecho desaparecer de la escena a dos ejércitos rumanos y a uno italiano. Esto dejó abiertos enormes huecos en el frente e hizo posible el sitio de Stalingrado, pero además quedaban las puertas francas para que los soviéticos avanzaran sobre Rostov y coparon a tres ejércitos alemanes, o sean el 4º que trataba de auxiliar al 6º, el 1º blindado y el 17º de infantería que operaban en el Cáucaso (Ordzhonikide). Es decir, peligraba cerca de un millón de hombres, incluyendo servicios de intendencia, de maestranza y de aeropuertos.

Eso hubiera sido un desastre triple al de Stalingrado. Como de las 143 grandes unidades utilizadas por los bolcheviques en su gran, ofensiva, 60 divisiones mantenían el cerco del 6º ejército, Hitler ordenó a éste que siguiera resistiendo. Era urgentísimo ganar tiempo para formar nuevas reservas que acudieran a apuntalar todo el sector sur del frente y también para que los dos ejércitos del Cáucaso logran replegarse y evitar su copamiento.

El mariscal Von Manstein dice que no había otra alternativa. Se necesitaba el sacrificio del 6º ejército para salvar a los demás del ala sur y para evitar que se desplomara todo el frente, que medía 2,900 kilómetros de largo y que se hallaba a más de dos mil kilómetros de sus bases en Alemania. Por eso comenta que «el tributo del 6º ejército fue el mayor que a ningún soldado habíasele pedido: seguir luchando por sus camaradas hasta el último cartucho, cuando ya sabía que para él no había salvación».

A fines de diciembre Hitler reiteró a Von Paulus la orden de «¡Resistir!» Von Paulus transmite la orden a sus comandantes de división; los comandantes de división la transmiten a sus comandantes de regimiento y ellos a cada compañía, a cada puesto de mando, a cada soldado. Después de cuatro meses de penosa batalla, y ya sin esperanzas de salvación, el espíritu de combate y de sacrificio no se ha extinguido. Bajo la abrumadora prueba, la voluntad y la disciplina forjan el milagro...

El 26 de diciembre Von Paulus comunica a Von Manstein: «El pan se terminará mañana; la manteca esta noche y algunas corporaciones no tendrán cena desde mañana...»

Así transcurren 51 días desde que se inició el envolvimiento y 115 desde que se inició la lucha en la ciudad. Es el 8 de enero y el 6º ejército sigue en su puesto. De 235,000 hombres que lo integraban en el momento de ser sitiado, han caído aproximadamente la mitad. Algunas de sus 21 divisiones se han sacrificado casi íntegramente; las 3 motorizadas y las 2 blindadas carecen ya de combustible. La temperatura es de 28 grados centígrados bajo cero y los soldados son espectros que han consumido casi toda la grasa de su cuerpo; algunos se parapetan entre caballos recién muertos, en busca de algo de calor.

Ahora se lucha por una casamata, por un embudo de granada, por un montón de escombros que sirva de refugio.

Ese día 8 de enero (1943) el general Rokossovski suspende el fuego y arroja volantes a los copados explicándoles, que ya nada podrá salvarlos y les pide su rendición. En un golpe psicológico les ofrece abrigo, atención médica y comida. ¡Todo un paraíso, en medio de aquella desolación...! Poco después unos parlamentarios rusos aparecen en el frente con banderas blancas. La consigna es recibirlos a tiros, y a tiros son rechazados. La lucha se reanuda en todo el frente.

Los restos del 6º ejército son comprimidos cada vez en un área menor. Una cuña bolchevique se clava profundamente en el centro y quedan separadas las fuerzas alemanas del norte y del sur de la ciudad. Cada penetración abre un nuevo sector de combate. Los pocos tanques que aún pueden maniobrar son requeridos de diversos puntos a la vez. Los cañones antiaéreos ya no se preocupan del espacio; ahora escatiman las pocas

granadas que les quedan para proteger a la infantería en los puntos más expuesto.

Los comandantes de regimientos, reducidos a batallones o compañías, y los comandantes de compañías reducidas a pelotones, comunican de hora en hora su comprometida situación. La respuesta sigue siendo la misma: «¡Resistir!...» Y todos resisten un día y otro día, y una semana y otra semana, ya sin esperanzas de salvación.

El general Zeitzler dice que los cercados sabían que las condiciones en que vivían «podían únicamente ser más horribles si la muerte no llegaba. Muchas unidades de artillería inutilizaban sus cañones tras disparar sus últimas granadas. Los conductores incendiaban sus vehículos al agotarse la gasolina».

Era aquello el estertor de un gran ejército, veterano de la batalla de Flandes, del envolvimiento de Kiev y de la batalla de Karkov. Nadie lo hubiera imaginado cuatro meses antes. Cerca de 200,000 hombres habían caído muertos, heridos o enfermos. Nunca un ejército copado había resistido algo semejante y sufrido tal cantidad de bajas y de privaciones. Aunque más numerosos, los ejércitos bolcheviques copados en Minsk, en Smolensk, en Kiev, en Vyazma y en Bryansk, se habían desplomado en menor tiempo y con menor desgaste. Por primera vez un ejército alemán estaba agonizando.

En los tres años de guerra era común y corriente que ejércitos polacos, franceses, belgas, yugoslavos, griegos, ingleses y soviéticos fueran copados y destruidos, pero por primera vez un ejército alemán corría esa misma suerte. Esto dio al suceso una extraordinaria resonancia mundial.

Y mientras el drama de Stalingrado tocaba a su fin, 13 divisiones alemanas de primera línea (195,000 hombres), que podían haber evitado ese desastre, combatían al otro lado del Mediterráneo, en Noráfrica, para apuntalar el frente italiano contra las fuerzas de Roosevelt y de Churchill.

El 12 de enero se calculaba que el 6º ejército no podría resistir más de dos o cuatro días. En el sector norte diez divisiones rusas embestían sobre la 3ª división de infantería y la 29 motorizada alemanas, que se aferraron obstinadamente al terreno y destruyeron cien tanques soviéticos; De momento, el peligro se conjuraba allí. En el sector sur, la 297 división de

infantería afrontó un diluvio artillero, destruyó 40 tanques y consiguió restablecer sus maltrechas líneas. Al nordeste, la 16 división blindada alemana estaba a punto de la postración.

El 13 de enero el capitán Behr, del Estado Mayor, voló al cuartel general de Von Manstein para poner en sus manos el diario de guerra del 6º ejército. Era aquella la entrega de las memorias de un coloso moribundo.

El día 14 muchas avanzadas comienzan a replegarse hacia las ruinas del centro de la ciudad y se observan brotes de postración psicológica, pues algunos soldados ya no auxilian a sus compañeros heridos. Es como si la desgracia, que abruma a todos, los volviera insensibles. Cerca de ochenta mil habían caído muertos o gravemente heridos. No había ningún soldado que no hubiera perdido a varios o a todos sus compañeros de grupo.

El 16 de enero la Luftwaffe pierde el último aeródromo que le quedaba en Stalingrado. Hitler se indigna ante el fracaso de Goering y ordena al mariscal Milch que intente hacer algo por los copados. Milch recupera un aeródromo y comprueba que Goering no había desplegado todos los recursos que tenía a su alcance. El número de vuelos podía duplicarse. Bajo el apremio de Milch la Luftwaffe hace un último y tardío esfuerzo que en total habrá de costarle 488 aviones y mil tripulantes. A ese alto costo logra llevar algún auxilio a los sitiados y evacuar a treinta mil heridos.

El 19 de enero hay 259 grandes unidades soviéticas en todo el frente sur de Rusia, de las cuales 90 se hallan manteniendo el cerco de Stalingrado. Si el 6º ejército se desplomara, estas 90 divisiones se lanzarían como un huracán sobre toda el ala sur alemana y ocurriría una catástrofe sin precedente. La noche de ese día desfallece la moral en algunas unidades alemanas y Von Paulus se lo comunica a Hitler, quien le responde: «No cabe pensar en la capitulación. El ejército cumple su misión histórica al resistir para hacer posible la creación de un nuevo frente al norte de Rostov y facilitar al mismo tiempo el repliegue del grupo de ejércitos del Cáucaso». Estos ejércitos podrían auxiliar al 6º, pero llegarían hasta mediados de febrero.

El 20 de enero el comandante Thiel, de la 9ª escuadrilla aérea de combate, se queja con Von Paulus de que no descargan rápidamente los abastecimientos y Von Paulus, nervioso, le grita: «¡Está usted hablando con

hombres muertos. Nos encontramos aquí por orden del Führer. La Luftwaffe nos ha dejado en la estacada...!» El 22 de enero, perdido de nuevo su último aeródromo, Von Paulus pide autorización a Hitler para negociar la rendición. Hitler le niega el permiso alegando que nada se ganaría porque los soviéticos no tienen conmiseración con los prisioneros. (En el sector italiano habían capturado recientemente a 80,000 soldados y los despojaron de sus abrigo, de sus víveres y a muchos hasta de sus botas y los hicieron marchar por la nieve varios días. Sólo quedaron diez mil supervivientes).

El día 24 los comunistas insistieron ante Von Paulus en que se rindiera, éste consultó por radio con el Alto Mando y Hitler le contestó negativamente y envió un mensaje a las tropas diciéndoles que luchaban no sólo por Alemania, sino por «todo el mundo occidental».

Y así llega el 31 de enero. 71 días desde que se consumó el sitio soviético y 138 desde que se inició la lucha en Stalingrado. Como un estímulo Von Paulus fue ascendido a mariscal, con el ominoso antecedente de que en la historia del Ejército Alemán ningún mariscal había sido hecho prisionero. Pero precisamente ese día juzgó que nada podía exigirles ya a sus tropas. Oficiales que no podían resistir más la tensión —dice el general Zeitzler— permanecían de pie en la línea de fuego, disparando contra el enemigo hasta caer «acribillados por las balas, poniendo así fin a la agonía. Agrega que «cuando se recuerdan las condiciones físicas, psicológicas y climatológicas en que lucharon, no existen palabras para describir el amor al deber que ellos mostraron».

El primero de febrero Von Paulus capituló; en la madrugada del día 2 cesó el fuego en el norte de Stalingrado, y al medio día en el sur. La transmisión radial fue cerrada con las palabras «¡Viva Alemania!» Los restos del 6º ejército dejaron de existir como fuerza de combate y 90,000 supervivientes, casi en los huesos y en harapos, salieron de sus escondrijos para iniciar la marcha mortal hacia el cautiverio, en donde la mayoría de ellos iba a perecer... En sus lejanas tierras, en Alemania, a dos mil kilómetros de distancia, las banderas ondeaban a media asta y durante una semana las campanas de los templos doblaban a muerto... ¡Eran las exequias por el 6º ejército que había caído luchando contra el bolchevismo!

La capitulación de Von Paulus y de sus generales, después del ejemplo que sus tropas habían escrito con su sangre, enfureció a Hitler. «¡Deberían haberse atrincherado y suicidado» gritó<sup>[149]</sup>.

«No sé qué pensar de un soldado que titubea y es hecho prisionero. Puedo entenderlo sólo en el caso del general francés Henri Honoré Giraud. Von Paulus permitió que 50,000 de sus hombres murieran defendiendo a Stalingrado hasta el final.

»¿Cómo pudo entregarse a los rusos? Me asombré la primera vez que me preguntó qué debía hacer. ¿Cómo podía preguntar? ¡Qué fácil fue para Udet! ¡La pistola! Esa es la cosa más fácil de hacer. En esta guerra nadie más será ascendido a Mariscal de Campo... y lamento haberlo hecho con Von Paulus. Quería cumplirle su último deseo...

»Tenemos hombres que hacen algo con nada y otros que nada pueden hacer aunque lo tengan todo. Von Manstein tiene gran talento y triunfa si cuenta con material de primera clase, combustible y suficientes municiones. Pero si algo le falta es un hombre perdido. En mi opinión, el factor más decisivo es que las tropas tengan buena moral. Si alguien me dice que, la moral no tiene efectos sobre los ejércitos, le responderé esto: soy un hombre que me he formado a mí mismo y ahora dirijo la más grande organización que jamás haya existido. Si un oficial dice que la moral no tiene influencia sobre los hombres, mi respuesta es: su influencia no tiene valor. Debe usted retirarse».

Von Paulus y Von Zeydlitz (otro de los que capitularon), se prestaron para formar una especie de gobierno pelele alemán al servicio de Stalin. Al conocer esa traición, el ministro alemán Paul Goebbels anotó en su Diario: «Esta es una de las peores noches de toda mi vida. Leí el discurso que transmitió por la radio de Moscú el general Von Zeydlitz. Este alto aristócrata es el marrano mayor del grupo de generales alemanes. Nada me gustaría más que escupirle la cara».

Von Paulus no solamente estaba faltando a su juramento como soldado, sino también a la lealtad que merecían los millares de soldados que perecieron bajo sus órdenes. No se puede pedir a los hombres que luchen hasta la muerte por una causa y luego capitular y colocarse en el bando

opuesto. El disgusto de Hitler era tan grande o mayor que el de Goebbels; acerca de una conversación entre ambos, Goebbels refiere en su diario:

«Hitler está absolutamente asqueado de los generales... No come ya a la mesa de ellos, en el Cuartel General. Dice que todos ellos mienten, que todos son desleales, que se oponen al nacionalsocialismo y que son reaccionarios... En la casa del hermano del coronel general Schmidt, a quien se aprehendió por traición, se encontraron varias cartas de ese coronel general, que hablaban muy mal del caudillo. ¡Y sin embargo era uno de los generales de quien Hitler pensaba especialmente bien!»<sup>[150]</sup>.

También con Eva Braun tuvo Hitler desahogos sobre ese frente interno que le creaban los generales: «Está furioso en contra de los generales que lo abandonan pérfidamente y que hacen lo contrario de lo que él ordena». Asimismo transcribe la siguiente observación de Hitler: «Les dije netamente mi opinión. No es exagerado repetir, como lo hago continuamente, que se trata para nosotros de vencer o desaparecer. No lo pueden comprender y piensan todavía que se evitará lo peor».

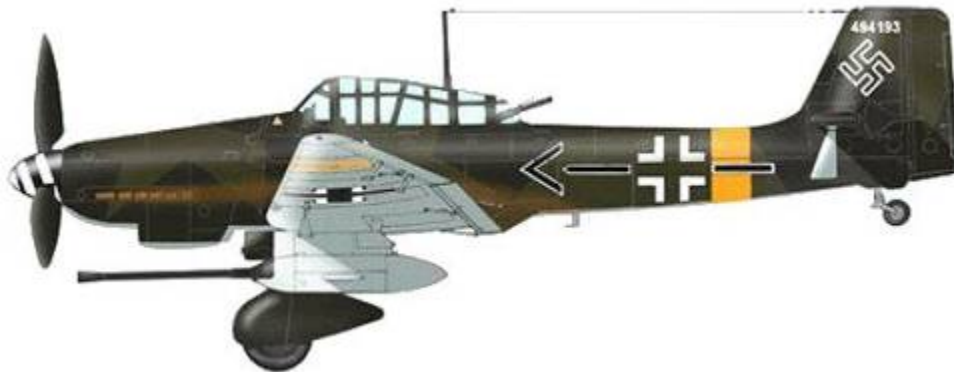
Entretanto, el general Ludwig Beck, el general Hammerstein Equord, el Almirante Canaris, el Dr. Goerdeler, el banquero Schacht y otros ampliaban su círculo de conspiración. La Gestapo había estado a un milímetro de descubrir a Canaris, y por lo tanto toda la trama, pero los paracaidistas judíos arrojados en Lídice mataron al subjefe Heydrich y la investigación quedó desarticulada.

Era notable que la mayoría de los generales se hallaran enterados de ciertas fases de la conspiración pero ninguno quiso delatarla, aunque la rechazaran. Von Manstein opinó que «cambiar el jockey en plena carrera» era peligroso; Von Bock dijo que no quería hablar de conspiraciones; Von Kluge se mostró indiferente; Von Küchler contestó que no le interesaba la política, etc. Y la conspiración seguía adelante minando las más altas «esferas del mando. (Grupos aislados trataron de escapar del cerco de Stalingrado, pero murieron en el camino o fueron capturados. Sólo se supo de uno que logró atravesar las líneas soviéticas, o sea el suboficial Niewig, pero 24 horas después lo alcanzó una granada en un hospital y pereció. Durante toda la batalla de Stalingrado los bolcheviques hicieron 107,800

prisioneros, que utilizaron en trabajos forzados. Diez años después sólo sobrevivían seis mil).



Messerschmitt Bf 109 G-10 volado por el Mayor Erich Hartmann *Gruppenkommandeur* II/JG 52, máximo as de la Luftwaffe, y de toda la historia de la aviación con 352 victorias.



Junkers Ju 57G-1 «Stuka», volado por Hans Ulrich Rudel: 2.500 misiones, 519 tanques enemigos destruidos, 2 buques y alrededor de 800 vehículos de todo tipo.



# **CAPÍTULO VIII**

## **Oscilación de la Victoria (1943)**

## LA HERENCIA DEL 6º EJÉRCITO

Al desaparecer el 6º Ejército en «donde nunca se alzaría una cruz ni un cenotafio a su memoria», dejó una herencia de incalculable valor a sus compañeros. Los 71 días que resistió bajo el sitio de ocho ejércitos soviéticos, sirvieron para improvisar nuevas líneas en todo el sector sur del frente alemán. Dos ejércitos rumanos se habían desplomado en diciembre al primer impacto de la ofensiva bolchevique; un ejército italiano huyó en seguida al rumor de que en su sector también atacarían los rusos, y días más tarde el ejército húngaro hizo lo mismo. Esto había abierto boquetes de cientos de kilómetros en el sector sur y sólo el 6º Ejército quedó en Stalingrado sirviendo de rompeolas durante 71 días.

Al extinguirse ese ejército el primero de febrero, 341 unidades soviéticas (un equivalente de 220 divisiones) pudieron embestir sobre 32 divisiones alemanas desde el norte de Karkov hasta el área de Rostov, en una extensión de 700 kilómetros. La superioridad de los rusos era de 7 a 1. Sin embargo, su abrumadora infantería había descendido sensiblemente en calidad, aunque seguía soportando enormes sacrificios, y su artillería era relativamente débil, después de las enormes pérdidas padecidas en 1941 y 1942, que ascendieron a más de 40,000 cañones.

De todas maneras, la situación del sector sur era extraordinariamente comprometida. Sobre el 4º ejército blindado alemán, del general Hoth, cayeron a principios de febrero los ejércitos rusos 44, 58, 51 y 2º de la guardia. Sereno y audaz, Hoth llevaba tanques de una a otra ala, en golpes de sorpresa, y frustraba las maniobras de cerco, a la vez que lentamente retrocedía. Con el cambio fulgurante del centro de gravedad de sus golpes defensivos multiplicaba su contundencia. Así pudo salvarse y a la vez

cubrió la retaguardia del primer ejército blindado de Von Kleist que se retiraba del Cáucaso.

Durante todo febrero el sector sur del frente alemán fue una tela de araña frecuentemente hendida. Las 32 divisiones que lo defendían desplegaron movilidad extraordinaria para pegar hoy en un sitio y mañana en otro, dando así la impresión de una fuerza numérica inexistente. El 17 de febrero Hitler se trasladó a ese crítico frente. Llegó, a Saporoshje y ofreció a Von Manstein hacer todo lo posible por enviarle refuerzos. Los bolcheviques se hallaban a 60 km y de haber sabido la presencia de Hitler podían haber irrumpido hasta ahí en pocas horas. La guarnición alemana era muy débil y el grupo que rodeaba al Führer vivió días de zozobra.

Poco después llegaron reemplazos para algunas de las más diezmadas divisiones, así como un Cuerpo de Tanques de las SS íbamos a ver —dice Von Manstein— si aún podíamos pisotear la derrota, como dijera Schlieffen. Y en efecto, la derrota sufrida en Stalingrado fue pisoteada más tarde cuando los soviéticos trataron de recuperar la rica cuenca del Donetz y toda Ucrania. Los ejércitos blindados 4º y 1º de Hoth y de Von Kleist, se combinaron para golpear a los vencedores de Stalingrado. En varios cercos aniquilaron 5 cuerpos de tanques, un cuerpo de caballería y 7 divisiones, e infligieron bajas paralizantes a otros 2 cuerpos de tanques y a 6 divisiones.

En esa batalla de pequeños cercos se inhumaron 35,000 muertos soviéticos y se capturaron 676 tanques, 648 cañones y 600 vehículos. En comparación con los contingentes derrotados el número de prisioneros fue bajo, o sea de 10,000, debido a que por la noche el frío obligaba a los sitiadores a concentrarse en las aldeas y quedaban brechas por donde los rusos podían escurrirse.



Con su 4º ejército blindado, el general Hoth, hizo esfuerzos desesperados por salvar al 6º y posteriormente ganó la batalla de los ríos Donetz y Dniéper. Aquí se le ve a la derecha, sin gorra, acompañado de Guderian.

Después de ese triunfo en las zonas de Krasnograd y del Donetz, el Cuerpo de Tanques SS compuesto por las divisiones blindadas «Leibstandarte Adolf Hitler», «Das Reich» y «Totenkopf», ardía en deseos de venganza por lo de Stalingrado y trataba de avalanzarse sobre los soviéticos que habían ocupado la gran ciudad industrial de Karkov. Las tres divisiones selectas tuvieron que ser frenadas para ahorrar bajas y luego se combinó su ataque con el 4º ejército de Hoth. Los soviéticos fueron nuevamente derrotados y perdieron Karkov el 14 de marzo. Con este golpe la iniciativa en todo el sector sur volvía a manos alemanas.

«Se le torció el cuello a la derrota —dice Von Manstein—, debido a las valerosas divisiones de infantería que supieron mantenerse en todo momento con gallarda entereza frente a la intimidante superioridad enemiga, y a que tuvieron el coraje suficiente para cerrar nuevamente las filas detrás de las potentes filtraciones de tanques rojos hasta dejarlos aislados y hacer posible su aniquilamiento».

El sacrificio del 6º ejército no había sido inútil; en sus 137 días de lucha «(71 de ellos copado) aminoró la fuerza de la ofensiva soviética y dio tiempo a que se hicieran suturas en el destrozado sector sur del frente alemán, que volvió a estabilizarse.

Stalin se quejó entonces de que su ofensiva no había explotado su triunfo en Stalingrado (recuperando Ucrania, como era su plan), porque los angloamericanos no distraían más tropas alemanas en el occidente de Europa. Para ese entonces aproximadamente cuatro millones de alemanes hacían frente a los ataques aéreos, terrestres o navales de los contingentes de Roosevelt y Churchill, o se encontraban de guarnición en puntos amenazados.

Los logros del Ejército Rojo se hallaban condicionados —como lo siguieron estando durante toda la guerra— al hecho de que no se le enfrentara íntegramente el Ejército Alemán. La dispersión de las fuerzas germanas en diversos frentes era una condición imprescindible que reclamaban todos sus opositores. Y es que en rigor se trataba de un ejército

invencible por cualquier otro ejército; para combatirlo se requerían combinaciones mundiales de ejércitos.

## PEQUEÑO MARGEN DE LA DERROTA AL TRIUNFO

Todos los grandes guerreros han hablado de cuan poca distancia hay entre la derrota y la victoria. Con asombrosa frecuencia ocurre que entre ambas sólo existe un estrecho margen y que el triunfo se escapa de entre las manos si no se cruzan los linderos de la evidencia lógica y sigue confiándose en el triunfo más allá de lo que la razón aconseja. Entre otras muchas, la batalla de Rívoli, en Italia, es un ejemplo. A las once de la mañana las tropas de Napoleón estaban casi deshechas.

Y Spengler precisaba: «El azar es la causa que permanece invisible detrás de la cortina; es lo que no ha sido demostrado. ¡Cuántas batallas perdidas o ganadas por ocurrencias ridículas!» **«Yo he visto en momentos decisivos —escribió Napoleón— que una nonada ha decidido siempre los más grandes acontecimientos».**

En la pasada guerra hubo muchos momentos en que Alemania y Rusia bordearon alternativamente la cima del triunfo y el abismo de la derrota. Contra las apariencias engañosas del momento, ambas estuvieron varias veces a punto de vencer o perecer. Un cuidadoso examen disipa la falsa creencia de que la ofensiva alemana en la URSS estaba irremisiblemente condenada al fracaso.

Esa impresión comenzó a formarse en el invierno de 1941, cuando Stalin echó mano de todas sus reservas movilizadas hasta entonces y sorprendió al frente alemán fuera de equilibrio. «Pero fijándose más a fondo —dice el historiador Liddell Hart—, se ve que fue por un “margen estrechamente desesperado como la resistencia rusa pudo sobrevivir”, pues la superioridad operativa del ejército alemán —añade— había destruido el

grueso del ejército rojo en las batallas de cerco del verano y del otoño, cuando hizo **“la captura de prisioneros más grande de la historia”**».

En la crisis de finales de otoño un hecho ajeno a la habilidad del ejército rojo lo libró del tiro de gracia: 63 divisiones alemanas (un, millón de hombres) se hallaban inmovilizadas muy lejos del frente germano-soviético, debido a Churchill y Roosevelt.

Semanas más tarde la contraofensiva invernal soviética —1941— y los problemas logísticos derivados del invierno<sup>[151]</sup> estuvieron a punto de abrir un boquete de 600 kilómetros en las líneas alemanas y ocasionar una catastrófica retirada abandonando armas y equipo entre la nieve. Fue entonces la voluntad de Hitler, con imponderables recursos psicológicos, lo que salvó al ejército alemán por estrecho margen.

Nuevamente en el otoño de 1942 la sombra del desastre cambió de sitio y volvió a cernirse sobre la URSS. En golpes tajantes le fueron arrebatados 35,000 kilómetros cuadrados más de territorio vital y un millón de prisioneros. Sus bajas ascendían al total inverosímil de diez millones de hombres en muertos, prisioneros y heridos irrecuperables. Perdidas sus ricas cuencas del Donetz y del Don e interceptados sus oleoductos, el corazón industrial de Rusia se cimbró con el estrangulamiento de Stalingrado. Ya entonces las fuerzas alemanas sustraídas al frente ruso ascendían a 80 divisiones (1.200,000 hombres) y en ese crítico momento el Kremlin recibió mayor ayuda de las potencias occidentales; la recibió no sólo en tanques, aviones, cañones, proyectiles y comestibles, sino también en forma de bombardeos terroristas sobre Alemania y en el desembarque angloamericano en Noráfrica, que obligó a Hitler a retirar más aviones y tropas de Rusia y a enviar sus reservas al Mediterráneo muy lejos del frente soviético. Entonces fue cuando la victoria alemana en las ruinas de Stalingrado se escapó de las manos y la suerte de la guerra dio otra media vuelta.

El año siguiente —1943— fue para Alemania más duro que los anteriores, pero aún existían posibilidades de victoria en el Oriente. El primero de enero Hitler reiteró sus esfuerzos para demostrar que la contienda de Occidente era insensata: «Jamás hemos hecho nada contra

Francia, Inglaterra ni Estados Unidos. No hemos pedido nada a esos países que pudiese dar lugar a la guerra.

Cada una de nuestras proposiciones de paz ha sido brutalmente rechazada». Durante ese año la situación del frente germanosoviético tuvo un cambio visiblemente favorable para la URSS, o sea la recuperación de un tercio del territorio perdido, pero junto a ese hecho alentador para el bolchevismo existió también una terrible sangría de sus masas combatientes. Con frecuencia se cambiaron cientos de millares de vidas por unos cuantos kilómetros de tierra devastada. Y por tercera vez los golpes afortunados del ejército rojo en 1943 no se debían exclusivamente a su habilidad, pues las potencias occidentales hicieron que Alemania distrajera en otros muchos frentes 3.150,000 hombres<sup>[152]</sup> y 3,300 aviones.

Atendiendo a sus propios arbitrios, la URSS seguía en mortal peligro frente al ejército alemán y se hallaba tan terriblemente herida que pese a sus grandes recursos no era capaz de salvarse por sí sola. Por eso ni la invasión aliada de Noráfrica ni la caída de Italia hicieron amainar sus angustiosas demandas para que Roosevelt y Churchill abrieran el implorado «segundo frente» en la Europa Occidental.

La terrible situación de la URSS y los progresos decisivos de los inventores alemanes que trabajaban en las armas secretas son la explicación de que todavía el 10 de mayo de 1943 Hitler mostrara absoluta confianza en el triunfo. El coronel Rudel refiere así la entrevista que tuvo con él en esa fecha: «Está lleno de nuevas ideas y planes, irradiando una seguridad y una confianza únicas en el Destino.

Subraya varias veces que el bolchevismo debe ser vencido por nosotros, pues de lo contrario sumirá a todo el mundo en el caos... Tanto más si tenemos en cuenta que los aliados occidentales no han notado aún la política fatal que están siguiendo y la catástrofe que amenaza desencadenarse para el resto del mundo. Durante 1943 la vital producción de acero se redujo en la URSS a la mitad, o sea a 9 millones de toneladas al año. La de petróleo era de 31 millones de toneladas y bajó a 17 millones. El bolchevismo había perdido también dos tercios de su producción de hulla, las tres cuartas partes de sus minerales de hierro y manganeso; 62 altos hornos y 213 hornos eléctricos; 175,000 plantas laminadoras; más de millón



y medio de kilómetros cuadrados de territorio, poblado por más de 70 millones de habitantes.

La economía soviética se hallaba profundamente herida y cada vez dependía más de la ayuda de Roosevelt y Churchill. Por su parte, Alemania resentía la terrible carga de una lucha contra todas las potencias mundiales. En 1943 hubo una movilización alemana más drástica. El ministro de producción Alberto Speer, que había tomado posesión en 1942, descubrió que el potencial bélico de Alemania no era utilizado a toda su capacidad, pese a que ya llevaba tres años en guerra. Algo verdaderamente inconcebible<sup>[153]</sup>.

Speer logró un alza vertiginosa en la producción de armas, si bien la alimentación descendió de 3,000 calorías que se consumían antes de la guerra, a 1,980 durante 1943. La producción bélica tuvo el siguiente aumento

	1942	1943
Tanques	9.880	12.700
Piezas de artillería	11.800	17.800
Aviones de combate	14.800	17.800
Municiones (Ton)	1.270.000	1.650.000

## **SANGRE A RAUDALES EN EL FRENTE ORIENTAL**

Después del desastre alemán en Stalingrado y del descalabro bolchevique en Karkov, toda la primavera de 1943 transcurrió en relativa calma en el frente germano-soviético. Entretanto, Alemania hizo esfuerzos frenéticos por restaurar sus 190 divisiones que operaban ya en la URSS, y esta puso en pie nuevas divisiones hasta completar 378, inclusive 51 blindadas. Además, disponiendo del armamento que le enviaban Roosevelt y Churchill, el Kremlin movilizó brigadas y regimientos especiales con cuyos efectivos el Ejército Rojo completaba contingentes que equivalían a 543 divisiones.

El régimen comunista de la URSS estaba recibiendo de Roosevelt 451,000 vehículos; 17,000 aviones; 12,000 tanques y carros blindados; 8,000 cañones; 105 submarinos; 15 millones de pares de botas; 340,000 toneladas de explosivos; 50,000 toneladas de cuero;

4.7 millones de toneladas de víveres; 3.7 millones de llantas; 2.8 millones de toneladas de acero; 2.6 millones de toneladas de combustible y otros valiosos auxilios que le permitían a la URSS mantenerse en pie.

El general Kurt Zeitzler, jefe del Estado Mayor general alemán, trazó un plan para copar los grupos de ejércitos soviéticos de Vatutin y Konev, aprovechando un saliente del frente ruso entre las plazas de Orel y Belgorod, en el área de Kursk.

Hitler llamó nuevamente al servicio al general Guderian, que ya se había restablecido, y le pidió su opinión sobre dicho plan. Guderian manifestó que no lo creía viable. «Tiene usted toda la razón, dijo Hitler. Se me revuelve el estómago cada vez que pienso en ese ataque». El general

Jodl, jefe del Estado Mayor del Alto Mando, y el mariscal Von Kleist, eran de la misma opinión.

Inicialmente esa operación (llamada «Ciudadela») se había proyectado para mediados de mayo. El mariscal Von Manstein insistía en que no se diera a los soviéticos tiempo de reponerse. En cambio, el general Model decía que éstos tenían trincheras muy profundas y un nuevo cañón antitanque, por lo cual pedía que la operación se pospusiera a fin de prepararla mejor.

Von Manstein dice que Model gozaba de gran confianza de Hitler por su energía extremada y por su resistencia tenaz. Tenía gran capacidad de trabajo, una energía extraordinaria, si bien un poco despiadada a veces. Era a todas luces un optimista por temperamento para quien la palabra dificultad carecía de significación. El hecho de que fuera precisamente Model quien recomendara prudencia, influyó para que Hitler aplazara la operación.

Hitler dio además la justificación de que a mediados de mayo se disponía de 686 tanques y 160 cañones para la operación «Ciudadela», y que para julio habría 1,081 tanques y 376 cañones. Para entonces podría incluso disponerse de algunos tanques del nuevo modelo «Pantera» y «Tigre» con una coraza de 10 y 15 centímetros en la parte frontal, o sea el doble de los anteriores. El poder de penetración de sus disparos había aumentado casi al cuádruple. El general Guderian refiere que Hitler se hallaba entonces muy interesado en perfeccionar el blindaje, en cuya materia «demostraba gran conocimiento» y que seguía repudiando la ofensiva «Ciudadela»; por lo cual no se explica cómo fue que poco después dio su consentimiento para que se lanzara el 5 de julio. Al parecer, lo hizo bajo la presión de Zeitzler, Jefe del Estado Mayor General, de Von Manstein y de otros generales.

Von Manstein tenía muchas esperanzas en esta operación y pedía insistentemente que se le dedicaran todas las reservas alemanas. Veía con malos ojos que precisamente en esos días Hitler estuviera enviando refuerzos a Grecia, a Creta, a Cerdeña, a Sicilia y a Italia, en previsión de ataques angloamericanos por el Mediterráneo.

En tales circunstancias la ofensiva empezó el 5 de julio con una enorme batalla de tanques en la que participaron 17 divisiones blindadas alemanas y 19 de infantería. La ambiciosa meta era cercar en el área de Kursk más de 90 divisiones soviéticas. Para el efecto, el 9º ejército blindado alemán, del general Model, atacaba al norte de Kursk, y bastante al sur embestía el 4º ejército blindado del general Hoth. Si ambos lograban hender el frente ruso y enlazarse, la operación se habría consumado. Al poniente, nueve mermadas divisiones del 2º ejército alemán trataban de fijar sobre el terreno a los soviéticos para facilitar su envolvimiento por los flancos.

En dos días de batalla Model penetró 14 kilómetros en el denso sistema defensivo. En la otra tenaza, el ejército de Hoth perforó el frente, aniquiló a dos oleadas de tanques rusos y atrajo las reservas operativas del enemigo, que a su vez contestó con un poderoso ataque hacia el poniente y creó una difícil situación en el debilitado 2º ejército. Model tuvo que acudir en auxilio de éste y suspender su avance encaminado a consumir el cerco.

En esos críticos momentos (10 de julio) tropas británicas y norteamericanas desembarcaron en la isla italiana de Sicilia, y Hitler habló de la conveniencia de desistir de «Ciudadela» para enviar tropas a evitar que Italia se desmoronara. Siete días después un cuerpo de tanques fue retirado de la operación y enviado al frente italiano. La ofensiva quedó truncada antes de agotar todas las posibilidades y Hitler ordeno asumir la defensiva en Rusia. Así pudo reunir algunas fuerzas para auxiliar a Mussolini.